OBRAS COMPLETAS DE

ANDRES BELLO

I

POESIAS

COMISION EDITORA DE LAS OBRAS COMPLETAS DE

ANDRES BELLO

RAFAEL CALDERA
DIRECTOR

AUGUSTO MIJARES

ENRIQUE PLANCHART

PEDRO GRASES
SECRETARIO

JULIO PLANCHART (1885-1948)
PRIMER DIRECTOR

CAA5451

V861.2
B446.pv
G.12

ANDRES BELLO

POESIAS

PROLOGO DE
FERNANDO PAZ CASTILLO

INTRODUCCION GENERAL DE
LA COMISION EDITORA

EDICIONES DEL
MINISTERIO DE EDUCACION
CARACAS VENEZUELA

1952

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS

ABREVIATURAS Y SIGNOS CONVENCIONALES

ABREVIATURAS

AMUNÁTEGUI, *Vida Bello.* = *Vida de don Andrés Bello,* por M. L. Amunátegui, Santiago, 1882.

CARO. *1882.* = *Poesías de Andrés Bello, precedidas de un estudio biográfico y crítico,* por D. Miguel Antonio Caro. Madrid, 1882.

JUICIO CRÍTICO. *1861.* = *Juicio crítico de algunos poetas hispanoamericanos,* por M. L. y G. V. Amunátegui. Santiago, 1861.

O. C. III. = *Obras Completas de Don Andrés Bello,* Vol. III. *Poesías.* Santiago, 1883 [1].

ROJAS HERMANOS, *1870.* = *Colección de poesías originales,* por Don Andrés Bello, con apuntes Biográficos por J. M. Torres Caicedo. Caracas. Rojas Hermanos, 1870.

ROJAS HERMANOS, *1881.* = *Colección de poesías originales de Andrés Bello. Acompañada de la infancia y juventud de Bello y de notas bibliográficas,* por Arístides Rojas. Caracas, Rojas Hermanos, 1881.

SIGNOS CONVENCIONALES

[ ] = Parte supuesta, completada por la Comisión Editora.

* = El signo * asterisco antepuesto a un verso de las notas indica que es repetición del que se da en el texto de las *Poesías,* pero que se reproduce para mejor comprensión de alguna variante.

(?) = Lectura dudosa de la palabra precedente.

(ileg.) = Ilegible.

[1] La sigla *O. C.* referirá siempre a la edición de Santiago de Chile, 1881-1893.

INTRODUCCION GENERAL A LAS OBRAS COMPLETAS DE ANDRES BELLO

En el mundo actual, cuando nada escapa a la zozobra de una tremenda crisis, honrar una figura como la de Andrés Bello es renovar la fe en la humanidad y alentar la esperanza en los tiempos futuros. Fué la suya igualmente una época de crisis, en la que no faltaron tristes presagios a pesar del optimismo que parecía dominar las inquietudes. Y por analogía singular, también en esa época la humanidad fijaba sus angustiados ojos en el Continente Americano, pues el derrumbe de su orden colonial abría sobre nuestro destino una interrogación que hoy vuelve a levantarse sobre nuestros pueblos.

Desde el Descubrimiento, ningún momento estuvo la humanidad tan pendiente de América como en la hora de la Independencia. Sus hombres más ilustres lo entendieron así; por ello alienta en los héroes de la Emancipación, comenzando por Miranda y Bolívar, la idea de que estaban actuando ante el mundo, de que éste observaba sus pasos y de que desbordaría las fronteras el significado de su obra..

Igual fenómeno vivieron aquellas personalidades contemporáneas de los libertadores a quienes tocó actuar en el campo de la cultura. Se trataba de dar forma al espíritu hispanoamericano, tras una gestación de siglos; de interpretar el alma de Hispanoamérica e infundirla en el trazado de un gran plano, el del futuro continental; de recoger su inspiración en un mensaje para las generaciones subsiguientes.

Andrés Bello, de modo resaltante, supo consagrar su vida a este ideal.

Después de una atormentada centuria, otra vez más se encuentra América con que el mundo fija en ella sus ojos. Hispanoamérica se ve obligada a hacer inventario de su acervo, en el apremio de ofrecer un concurso que pudiera ser decisivo a la amenazada civilización universal. Y en este acto de introspección encuentra que lo más elevado de su cultura y lo más denso de su pensamiento están, todavía, en las grandes figuras creadoras de la primera mitad del siglo XIX.

Macizo como el testimonio de su obra, el pensamiento de Andrés Bello supera cualquiera otra de las manifestaciones culturales del alma hispanoamericana, como riqueza de positiva actualidad, como potencial de una creación no ultimada todavía. Si admira la variedad de campos alcanzados por sus producciones y la profundidad que logró en ellos, también el sentido actual de sus escritos adquiere proyecciones pasmosas. Buscar a Bello no equivale a volverse hacia atrás; sino a recoger, en el camino de la historia, el hilo que conduce al camino de una urgente labor creadora.

No es, por consiguiente, el simple cumplimiento de ineludible deber, ni la satisfacción de honrar un hijo propio, lo que para Venezuela significa emprender en esta hora la edición de las Obras Completas de Andrés Bello. Esta edición aspira a tener un valor de mucha mayor amplitud: recoger su mensaje a los pueblos hispanoamericanos. Si características señaladas han tenido las figuras venezolanas de la época de la Independencia, no ha sido la menor la de su valor continental. Miranda fué Precursor, Bolívar, Libertador, en un ámbito americano. Ni ellos, ni Sucre, ni los demás varones que los acompañaron en la lucha, estuvieron circunscritos a un escenario local. En Andrés Bello resalta el mismo aspecto. No pertenece él a una localidad estrecha, sino a la amplia comunidad hispanoamericana. Su pensamiento y su ejemplo no constituyen patrimonio de un solo país —ni siquiera de aquel que le dió nacimiento y lo formó,

ni siquiera de aquel otro donde sentó su hogar y encontró campo generoso para cumplir su obra—: Andrés Bello pertenece a Hispanoamérica.

Parecen escritas hoy día las palabras introductorias de la edición de París (1847) *de los* Principios del Derecho de Gentes: "*Las ideas del señor Bello, sus grandes talentos y cuanto puede dar de sí no se quedarán reducidos al país que tiene la fortuna de poseerlo, sino que recorrerán sus producciones toda la América del Sur para ilustrarla con luces propias, y para servir de estímulo a todos los americanos ilustrados de México a Buenos Aires, para que multiplicando su saber, poniéndolo en común, civilicen así la masa de los pueblos de aquel continente*".

* * *

Sería traicionarlo olvidar ese sentido continental en la presentación de sus obras. Más aún, ese sentido continental, penetrado del deber de América, dedicado a elevar el valor de lo hispanoamericano en el mundo, está infundido de un amplio y noble espíritu ecuménico. Hispanoamérica puede presentar a Bello como la expresión más alta del papel que su cultura tiene dentro de un radio universal: como el exponente de un genuino humanismo americano, tanto más americano cuanto por más humano puede expresar mejor los anhelos del hombre —del hombre de todos los tiempos y de todos los climas— hacia la realización de un superior destino.

Para que no le faltara nada en este carácter americano y universal, la vida de Bello no sólo discurrió en su época precisa, sino que estuvo marcada por el accidente geográfico. El hecho de nacer y formarse en el país más septentrional de América del Sur y de culminar y producir en el país más austral del Hemisferio, después de pasar casi veinte años en la capital más internacional de Europa, imprime hondamente en su obra ese carácter de amplitud que es gala del

espíritu hispanoamericano. Al mismo tiempo, la coyuntura social era propicia a la extensión del campo abierto a sus investigaciones y enseñanzas. Una personalidad creadora, de labor tan vasta y diversa que recordaba a Menéndez y Pelayo la de los primitivos patriarcas constructores y orientadores de pueblos, pudo darse en su medio y en su tiempo (1781-1865). *Para los países recién independizados políticamente, para nuestros Estados que surgían del desmembrado Imperio Hispánico, la obra de civilización nacional debía llevarse adelante en toda magnitud. Bello logró entender y proclamar en más de una oportunidad ese programa civilizador, en momentos que supo juzgar excepcionales para la historia de Hispanoamérica:*

> *"Nos hallamos incorporados en una grande asociación de pueblos, de cuya civilización es un destello la nuestra. La independencia que hemos adquirido nos ha puesto en contacto inmediato con las naciones más adelantadas y cultas; naciones ricas de conocimientos, de que podemos participar con sólo quererlo. Todos los pueblos que han figurado antes de nosotros en la escena del mundo han trabajado para nosotros".*

Estas palabras de Bello expresaron el más íntimo sentir de su alma de sabio y maestro, presente en todos los instantes de su creación científica, literaria y artística. Muchas de sus obras más famosas aparecieron con la urgencia de atender a determinada necesidad docente, por ejemplo, los Principios del Derecho Internacional; *o a inaplazable requerimiento colectivo, por ejemplo, el* Código Civil de la República de Chile; *su genial concepción gramatical tuvo como finalidad expresa servir a sus pueblos americanos; y lo más noble y elevado de su arte poético está penetrado de un religioso culto por América.*

A la distancia a que podemos hoy contemplar su obra, se nos aparece como una amplia base de la cultura americana en lengua castellana. Sería increíble que una sola vida hubiera dado tantos frutos, si no fueran producto de altísimo ideal: la educación de un Continente. Ideal ambicioso,

pero en armonía con la capacidad de quien se propuso servirlo.

* * *

La aventura biográfica de Bello es relativamente escasa en sucesos de notoriedad pública, mientras el vuelo de sus estudios y su renovado goce en el saber y en la creación le hacían vivir una de las más pletóricas personalidades que jamás haya dado Hispanoamérica. Cuanto más se le conoce, más asombra. Sobrecoge pensar en las iniciativas que acometió y llevó a feliz término. Todos los temas a que dedicó su poderosa atención fueron estudiados con ánimo de perfección, desde los más sencillos quehaceres del magisterio o del periodismo hasta la más penetrante concepción poética o ley filosófica.

Empezó a producir en plena madurez de su vida. Salvo algunos escritos juveniles, la mayor parte de su obra fué publicada después de sus cuarenta años de edad. Si la preparación fué laboriosa, vino la cosecha en plena sazón y resultó más gloriosa y perdurable para la cultura de América. Es bien escaso lo que en sus Obras Completas *puede considerarse de poca trascendencia. Sus grandes poemas —las dos Silvas— fueron publicados en Londres en 1823 y 1826, cuando era ya hombre de 42 y 45 años. Su primer libro* —Principios de Derecho de Gentes— *se publicó en 1832, a sus 51 años de edad. Cierto es que la* Análisis Ideológica de los Tiempos de la Conjugación Castellana *la tenía terminada, según su testimonio, para 1810, cuando salió de Venezuela hacia Londres. Pero tenía un virgiliano y exquisito cuidado en la decantación de sus escritos. Larga fué la gestación de su pensamiento, tanto como fué esplendorosa su obra, ofrecida con ánimo de incansable construcción en las afortunadas circunstancias que Chile supo ofrecerle. Apenas salido un libro suyo de las prensas, húmedo todavía de tinta, emprendía la tarea de mejorarlo y corregirlo. Cada edición nueva que hacía era una reelaboración*

de sus trabajos. En todos sus manuscritos hay huella de ese afán insaciable de superación.

Por otra parte, si la madurez de sus estudios determinan la perfección de su obra, la visión del deber americano, superior en sí misma a las preocupaciones inmediatas de una o pocas generaciones, explica su vigorosa actualidad. En 1947 se cumplieron cien años de la aparición de la Gramática, *y el mundo saludó el centenario con la afirmación de que estaba fresca todavía, en pleno valor aquella obra, estimada como la mejor de su género en lengua castellana. En 1955 se cumplirá el primer centenario de la promulgación del* Código Civil *chileno, redactado por el gran humanista, y se le reconoce aún como la obra de mayor valor y más influencia en la codificación latinoamericana. En 1932 se cumplió el centenario del* Derecho Internacional, *y se le mira más que antes como obra fundamental en la vida jurídica de Iberoamérica. El 17 de setiembre de 1943 el mundo, reunido en Santiago para conmemorar el primer siglo de la Universidad de Chile, hizo centro de sus homenajes a Bello, su primer Rector, encargado de guiarla hasta después de su muerte. Y cumplida desde 1926 una centuria de aparecida la "Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida" en el* Repertorio Americano, *los críticos encuentran que ella es la primera expresión reflexiva, de insigne calidad artística y de renovada validez, de una poesía americana.*

Podrían señalarse otras fechas, como hitos de referencia en otros aspectos de la producción de Andrés Bello. Creemos que con lo apuntado basta, para tener idea de la amplitud y trascendencia de su obra prodigiosa.

* * *

No es raro que ya en vida —cruzados los sinsabores e incomprensiones— se le comenzara a hacer objeto de creciente respeto, que antes de morir iba transformándose en culto y devoción. El bellismo es un hecho fecundo en la historia literaria de América. Chile, Colombia y las demás

naciones hispanoamericanas le han rendido culto y han recibido su mensaje con la misma fervorosa emoción que el país que tuvo la fortuna de verle nacer.

Chile hizo posible la obra de Bello. Le brindó fraternal hospitalidad y acogió con afectuoso respeto su voz de maestro. Desde Chile se expandió su fama por todo el continente de habla hispánica y pronto le fué llegando de las demás Repúblicas la palabra de aliento y la resonancia de sus escritos. Las generaciones chilenas que le escucharon estimularon en él su capacidad poligráfica y recogieron su enseñanza para dar fisonomía y empuje al país. El bellismo chileno, formado por sus mejores discípulos durante los mismos días de su existencia, tiene desde el primer momento este sello de devota gratitud, tan hermoso, con que se recuerda a los primeros maestros.

En Colombia prendió la admiración a Bello a través de humanistas ilustres. Caro y Cuervo, en primer término; Suárez, Marroquín y tantos otros esclarecidos pensadores vincularon de modo indestructible la tradición bellista a las letras colombianas. México y Ecuador, Argentina y Brasil, a través de sus escritores o juristas, enaltecieron como las demás naciones de América la obra imponderable del sabio. España misma, a pesar de la separación trasatlántica, ahondada por los duros sucesos de la guerra de Independencia, supo advertir la importancia de Bello. Los centros de estudio individuales o académicos percibieron el valor de su obra y pronto le rindieron reconocimiento de admiración.

Era natural que Venezuela fuera también campo propicio para la devoción bellista. A los venezolanos de hoy nos causa profunda emoción recoger el testimonio fervoroso del bellismo nacional, iniciado durante la propia vida del humanista. En los días caraqueños de Bello, antes de ausentarse de esta tierra frisando sus 29 años de edad, se le consideraba excelente promesa y a pesar de su mocedad se había ganado la estima de sus conciudadanos. Quizá nada puede expresar más rotundamente el sentimiento de sus compatriotas que las palabras de Bolívar: "Yo conozco

BIBLIOTECA NACIONAL

la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío; fué mi maestro cuando teníamos la misma edad; y yo le amaba con respeto".

Durante sus años de Londres, abunda el testimonio que señalaba en Venezuela a Bello como excelente poeta y estudioso insigne. En 1824, por ejemplo, se anunciaba en Caracas una traducción suya, desgraciadamente perdida, del Arte de Escribir de *Condillac "arreglado a la lengua castellana por el Sr. Andrés Bello, cuyos conocimientos son notorios en esta parte de la bella literatura". De las cartas escritas a Bello podríamos reunir copiosas muestras de altísimo afecto y honrosísima consideración por parte de sus compatriotas; y es dolor y nostalgia el sentimiento dominante cuando las circunstancias lo empujan a rendir su acción en otros lares.*

Las ediciones caraqueñas de las obras de Bello constituyen uno de los hechos más significativos del bellismo venezolano. Las palabras de presentación conmueven. En la edición de los Principios de Derecho de Gentes, *de 1837, se destaca —por ejemplo— al par del mérito de la obra "la circunstancia de ser producción de un paisano nuestro, a quien en demostración del distinguido y particular aprecio que hacemos de sus luces y talentos, tributamos este pequeño si bien sincero obsequio, que al mismo tiempo refluye en gloria de nuestra patria". Y en la de la* Gramática, *hecha en Caracas en 1850 sobre la de Santiago de 1847, asienta Valentín Espinal: " . . .nos lisonjeamos en presentar al público una edición muy mejorada de un libro que sobre interesar como producción de un célebre compatriota nuestro, merecería por su propio mérito y utilidad estamparse en dorados caracteres". "Ojalá que nuestro pequeño trabajo tipográfico sea grato al ilustre venezolano que en ímprobas tareas y profundo estudio de la historia y la literatura de nuestra bella lengua, ha dado a los americanos claras, precisas y filosóficas reglas para hablarla con elegancia y corrección".*

A la muerte de Bello, la manifestación de duelo nacional

es unánime. En toda la prensa se traduce este pensar sincero. Juan Vicente González escribe su famosa Meseniana, *vibrante oración de dolor ante la pérdida del más valioso hombre de letras venezolano. Después, el culto bellista se acrecienta. En 1881, centenario del nacimiento, en toda la Nación se hacen publicaciones en honor de quien en todo el país es llamado con satisfacción "ilustre caraqueño". Se editan poesías y libros didácticos de Bello. Y si después la bibliografía bellista en Venezuela no es tan copiosa como debiera serlo, ello no es hecho aislado: es manifestación de un grave fenómeno general.*

* * *

La presente edición aspira a continuar y servir la noble tradición bellista de todo el Continente. En cuanto a Venezuela, ella aspira a testimoniar la devoción con que sus compatriotas han pronunciado siempre el nombre de Andrés Bello; a ser nueva expresión de un culto vivo que no ha dejado nunca de sentirse de modo seguido y profundo.

Al invocar los nombres de Mariano Talavera y Garcés, el Obispo de Trícala que de memoria retenía poesías enteras de Bello, salvada alguna al través de esta veneración poética; el del insigne bellista Juan Vicente González; el de su atildado editor Valentín Espinal y el de su apasionado historiador Arístides Rojas, entre tantos otros que forman legión de figuras ilustres, no sólo en Venezuela sino en América, aspiramos a recoger su legado y a cumplir su deseo de que la producción de Andrés Bello se imprimiera con todo el esmero y perfección posible, para disfrute de su patria y del mundo. Su admonición la tenemos presente al afrontar las incalculables dificultades de investigación, depuración y presentación de los textos bellistas; y su espíritu hemos creído sentirlo vibrar al ver que el acicate de esas mismas dificultades nos llevaba a lograr insospechadas novedades y un grado muy alto de aproximación hacia la idea de presentar completa la obra escrita del gran polígrafo.

Pero no es solamente la tradición bellista venezolana

la que pretendemos continuar. A Bello no podríamos servirle con la mezquina postura de un patrioterismo cerrado. Ello sería desconocer su espíritu, borrar su figura, traicionar su lección, sepultar su mensaje. Para honrarle es menester recoger la inspiración bellista de un Barros Arana o de los Amunátegui; de Miguel Antonio Caro o de Rufino José Cuervo; de Juan María Gutiérrez o de Irrisarri, como la de Manuel Cañete y Marcelino Menéndez y Pelayo: y al mencionarlos sólo queremos insinuar con su prestancia el incontable número de egregios varones que han interpretado o aclarado el inagotable tesoro que vive en la entraña del bellismo.

Inspirada por esta firme orientación, la Comisión Editora *ha solicitado el aliento, la colaboración y el consejo de personalidades distinguidas que conocen y honran a Bello en naciones hermanas. Ha buscado la presencia y el ejemplo de Bello en todos los caminos que holló su planta y que animó el hálito de su palabra majestuosa. No hemos llamado en vano a ninguna puerta. Siempre se nos ha ofrecido la más cordial colaboración y se nos ha franqueado cuanto hemos solicitado. No tan sólo en Venezuela, donde el homenaje es obligación y de donde ha partido la iniciativa, sino en todas partes, de América o de Europa, donde hemos acudido en busca de mano amiga que nos facilitase datos, documentos y observaciones.*

No es tiempo todavía de dar las gracias a todos aquellos que han colaborado y colaboran en sacar adelante esta empresa. Apenas ofrecemos hoy los primeros volúmenes y sólo cuando concluya la edición estaremos en capacidad de cumplir, sin que peligre la justicia, el deber de mencionarlos a todos. Arriesgado sería en este momento mencionar algunos, cuando ello podría interpretarse como injustificable olvido para otros. Pero no es posible retener hasta entonces el testimonio de que al lado de los venezolanos que han dado impulso a la presente iniciativa, hay muchos chilenos, y americanos de otras patrias hermanas, que con sobrado título pueden considerar esta colección como obra suya.

Sería injusto callar que del Gobierno venezolano ha recibido la Comisión Editora *pleno apoyo para desarrollar sus labores: tanto de Don Rómulo Gallegos, que decretó la edición, como de la Junta Militar de Gobierno constituída en noviembre de 1948 y de la Junta de Gobierno establecida en 1950. De todos los organismos administrativos hemos obtenido la colaboración que ha sido necesaria y en especial de los Ministros de Educación, Dr. Luis Beltrán Prieto, Profesor Augusto Mijares y Dr. Simón Becerra, y de sus colaboradores inmediatos en la Dirección de Cultura y Bellas Artes.*

Pero sería igualmente injusto no adelantar que esta edición no habría sido posible sin el generoso apoyo del ilustre chileno, hoy desaparecido, Don Miguel Luis Amunátegui Reyes, y de sus familiares, quienes facilitaron a la Comisión Editora *el estudio directo del acervo manuscrito de Bello que se ha conservado en su poder; sin el concurso constante y erudito de la Comisión Chilena que colabora con esta* Comisión Editora *bajo la experta dirección de Ricardo Donoso; sin la atención ejemplar de Héctor Paúl Viale-Rigo, Cónsul de Venezuela en Santiago, quien ha hecho el primer deber de su servicio a Venezuela el invalorable esfuerzo rendido para esta Comisión; sin la ayuda y aliento del humanismo colombiano, representado especialmente por el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, bajo la dirección atinada de José Manuel Rivas Sacconi; y sin la buena voluntad y abnegada cooperación de un gran número de personas, funcionarios o particulares, que en Venezuela y en el mundo entero han hecho una verdad literal la desinteresada hermandad de trabajadores intelectuales al servicio de una noble causa, por encima de fronteras y de grupos.*

* * *

Ojalá el resultado de nuestro empeño esté a la altura del propósito, cuya fuerza y alcance sentimos vivamente. Hemos dedicado nuestro mejor esfuerzo a la tarea de presentar la obra poligráfica de Don Andrés Bello en forma tal que

dentro de las posibilidades humanas resulte realmente completa, ordenada, cuidada con esmero. Cada volumen ha sido objeto de estudios especiales, para presentar su historia bibliográfica, su significación, su contenido, su valor histórico y su vigencia actual, a más de las notas, referencias e índices que contribuyen a mostrarlo de manera adecuada. Hemos previsto, además de los tomos que recogen los escritos de Bello, una colección de Anexos dedicada a recoger aspectos biográficos, bibliográficos, antológicos e interpretativos, cuyo conocimiento resulta indispensable para completar una concepción cabal del bellismo. Nos hemos inspirado en el deseo de hacer de la colección, más que el justo tributo a un pasado glorioso, la necesaria contribución a la obra que con apremios de presente, reclama el porvenir.

Nada estaría más lejos del propósito de esta edición de las Obras Completas de Bello, *que el de acumular tomos, fríos como bloques de mármol, en homenaje a la gloria del sabio. El propósito es otro; y si se ha querido y se persigue honrar con la edición la memoria ilustre de Don Andrés Bello, la forma intentada por lograrlo es la de ofrecer al caudal de la cultura hispanoamericana —y ¿por qué no? de la cultura universal— la fuerza vigorosa y noble que es el pensamiento del maestro.*

No son, pues, para dormir plácidamente en anaqueles y museos estas páginas que con religiosa emoción ofrecemos. Ellas están destinadas al ajetreo de las universidades y centros de cultura, a la devoción de los investigadores y maestros, a la inquietud de los estudiosos, a la avidez de los lectores. Ellas son una muestra de lo que Hispanoamérica ha logrado en el terreno de la creación espiritual y de lo que su cultura es capaz de alcanzar.

Anhelamos que sea un monumento de perpetuidad, más sólido que el bronce y el granito. Una fuente de vida para el porvenir de la civilización de habla castellana.

Caracas, 29 de noviembre de 1952.

La Comisión Editora.

ADVERTENCIA EDITORIAL

LAS OBRAS COMPLETAS DE BELLO

La República de Chile honró la memoria de Bello con la publicación de sus *Obras Completas,* en cumplimiento de la ley de 5 de setiembre de 1872, expresión oficial de un propósito que había tomado cuerpo en el Consejo de la Universidad, el día siguiente de la muerte de Andrés Bello, acaecida el 15 de octubre de 1865. En los *Anales de la Universidad de Chile,* desde el volumen correspondiente al año del fallecimiento de Bello, constan los trámites y acuerdos relativos a la edición de las *Obras Completas* del ilustre Rector de la Corporación. Es justo subrayar el papel predominante que por su devoción y entusiasmo desempeñó Diego Barros Arana en el proyecto de edición [1]. En los referidos *Anales*, y posteriores a 1872, aparecen a menudo noticias sobre la preparación de la obra [2], en la que iban a tener parte tan preponderante los hermanos Amunátegui Aldunate, don Miguel Luis y don Gregorio Víctor, así como el hijo de éste, don Miguel Luis Amunátegui Reyes, a quien tanto debe la actual Comisión Editora.

Desde 1881 hasta 1893 fueron viendo la luz los quince volúmenes de la colección [3], que constituyen, fuera de toda duda, un extraordinario

[1] Véanse los *Anales de la Universidad de Chile,* especialmente los tomos XXVIII, XXIX, XXX y XXXI. Véase asimismo en el tomo XLVI el primer plan de distribución de las Obras de Bello, presentado por Barros Arana, quien, además, se había propuesto escribir una biografía completa de Bello.

[2] Hay un resumen de los hechos, hasta 1878, en la *Memoria de Justicia, Culto e Instrucción Pública presentada al Congreso Nacional por el Ministro del ramo en* 1878. Era Ministro, a la sazón, don Miguel Luis Amunátegui Aldunate.

[3] La colección comprendió los siguientes tomos:

Vol. I. *Filosofía del Entendimiento,* Introducción de Juan Escobar Palma, Santiago, 1881.

Vol. II. *Poema del Cid,* Introducción de Baldomero Pizarro, Santiago, 1881.

Vol. III. *Poesías,* Introducción de Miguel Luis Amunátegui, Santiago, 1883.

Vol. IV. *Gramática de la lengua castellana,* Introducción de Francisco Vargas Fontecilla, Santiago, 1883.

Vol. V. *Opúsculos Gramaticales,* Introducción de Miguel Luis Amunátegui, Santiago, 1884.

Vol. VI. *Opúsculos literarios y críticos* (I), Introducción de Miguel Luis Amunátegui, Santiago, 1883.

monumento a la memoria de Bello; mas, proclamando el invalorable servicio que ella representa, hay que reconocer que adolece de defectos, tanto en la ordenación de los materiales, cuanto en la presentación de los mismos, que no es completa ni excesivamente pulcra. Sería impropio de este momento enumerar los defectos que hemos observado en la edición prínceps mientras hemos estado en la tarea de preparar la presente publicación. En cada caso, y en su debido lugar, anotaremos las pertinentes glosas. Conste ahora, como afirmación conclusiva, que con ella se tributó a Bello un homenaje dignísimo; que ella ha constituido hasta ahora la mejor y casi única fuente para estudiar su pensamiento; y que, con toda seguridad, gracias a ella se han salvado escritos del maestro que posiblemente se habrían perdido para siempre. Ello basta para dejar empeñada por siempre la gratitud de la cultura hispanoamericana.

* * *

Posteriormente hubo otros intentos de publicación de las *Obras Completas* de Bello. Uno, debido principalmente a la vivísima devoción de Miguel Antonio Caro; y otro, emprendido por la Universidad de Chile. Ambos, inconclusos.

Gracias al entusiasmo de Caro aparecieron varias obras de Bello en la Colección de Escritores Castellanos, de Madrid, editada por Mariano Catalina. Las *Poesías* (1882), con prólogo de Don Miguel Antonio; los *Principios de Derecho Internacional* (2 vols., 1883) con notas de Carlos Martínez Silva; y, más tarde, los *Opúsculos gramaticales* (2 vols., 1890-1891) y la *Gramática* (2 vols., 1903-1905). El propósito fué publicar las *Obras Completas* de Bello, como se desprende del texto de las Cartas de Caro a Menéndez y Pelayo y a Cuervo [4]. De la edición de Bello en la

Vol. VII. *Opúsculos literarios y críticos* (II), Introducción de Miguel Luis Amunátegui, Santiago, 1884.

Vol. VIII. *Opúsculos literarios y críticos* (III), Introducción de Miguel Luis Amunátegui, Santiago, 1885.

Vol. IX. *Opúsculos jurídicos,* Introducción de Miguel Luis Amunátegui, Santiago, 1885.

Vol. X. *Derecho internacional,* Introducción de Miguel Luis Amunátegui, Santiago, 1886.

Vol. XI. *Proyecto de Código Civil,* Introducción de Miguel Luis Amunátegui, Santiago, 1887.

Vol. XII. *Proyecto de Código Civil* (1853), Introducción de Miguel Luis Amunátegui Reyes, Santiago, 1888.

Vol. XIII. *Proyecto inédito de Código Civil,* Introducción de Miguel Luis Amunátegui Reyes, Santiago, 1890.

Vol. XIV. *Opúsculos científicos,* Introducción de Miguel Luis Amunátegui Reyes, Santiago, 1892.

y Vol. XV. *Miscelánea,* Introducción de Miguel Luis Amunátegui Reyes, Santiago, 1893.

[4] Véase *Epistolario de don Miguel Antonio Caro,* Bogotá, Editorial Centro. S. A. 1941.

Colección de Escritores Castellanos se habla desde la carta de Caro a Menéndez y Pelayo de 18 de mayo de 1881; y en la de 1º de noviembre de 1882 se hace explícita mención del proyecto:

> "Estimulado por la benevolencia y amistad de nuestro compañero el señor Catalina, y con la colaboración de algunos amigos, me he propuesto ordenar una edición de *todas las obras de Bello*, que ha de formar parte de la Colección de *Escritores Castellanos*, con estudios preliminares y notas que le den algún valor sobre otras ediciones incompletas. Mi estudio sobre las *Poesías* (que con haber merecido la aprobación y aplauso de usted nada más tiene que desear), sólo se refiere a la parte lírica, y ya habrá ocasión de juzgar a Don Andrés Bello en otros aspectos literarios y científicos. Acabo de enviar originales para el *Derecho Internacional*, anotado ad hoc por Martínez Silva, y luego irán *Opúsculos filológicos*, *Gramática*, *Filosofía*, etc. Yo querría que usted favoreciese esta colección (que bien puede también llamarse suya, como que en ella se prepara usted a publicar su gran historia literaria) con una introducción para la bellísima traducción del *Orlando enamorado*, que pienso debe ir aumentada con algunas poesías que no se incluyeron en el tomo publicado. Si usted conviene en ello, vaya preparando el prólogo" [5].

Don Marcelino Menéndez y Pelayo aceptó escribir el estudio sobre el *Orlando enamorado*, e incluso le comunicó el plan de la investigación, que jamás llegó a publicarse. Del mismo modo, asoció Caro a Rufino José Cuervo en la empresa de las *Obras* de Bello [6], encomendándole el estudio y edición del texto del *Poema del Mío Cid*, preparado por Bello. Pero tampoco llegó a ver la luz este tomo. Parece que la interrupción del proyecto se debió a las ocupaciones políticas de Mariano Catalina, como aparece repetidamente afirmado en cartas de Menéndez y Pelayo y de Caro [7]. Y la edición quedó apenas iniciada.

[5] *Epistolario de Caro*, pp. 238-239. Le contestó Menéndez Pelayo aplaudiéndole la empresa: "Deben ustedes continuar la edición de Bello, y yo por mi parte se lo he encarecido a Catalina". *Id.* p. 246.

[6] La comunicación del proyecto a Cuervo está en la carta de Caro, de 12 de octubre de 1883: "No sé si le he dicho a usted que el señor Catalina me ha autorizado para dirigir la parte americana de su colección de escritores, y yo le he comprometido a seguir publicando las obras de Bello".

[7] Menéndez Pelayo a Caro, en 24 de febrero de 1884: "Ya sabrá usted que con el advenimiento de nuestros amigos al poder, Catalina se ha convertido en Director General de Agricultura, con lo cual me temo que no pueda atender con tanta asiduidad a los negocios editoriales". Le contesta Caro, el 18 de julio de 1884: "Mucho me temo que esas empresas literarias y editoriales, y sobre todo *nuestra* Colección de escritores castellanos, queden ahora desatendidas..." "Importa activar la edición de ése (el *Orlando enamorado*) y otros tomos de Bello, para no quedarnos muy atrás respecto de la edición chilena".

Finalmente, fué en Santiago de Chile donde se intentó otra impresión de las *Obras Completas* de Bello, bajo los auspicios de la Universidad de Chile. Aparecieron únicamente nueve tomos, como simple reedición de la colección de 1881-1893, sin otra modificación que dar distinta ordenación a los volúmenes: "Sólo se ha cambiado el orden de publicación en los volúmenes, respecto de la primera edición, sin que ello en nada pueda contribuir, sustancialmente, a alterar el plan inicial ideado y resuelto por su ejecutor testamentario espiritual, don Miguel Luis Amunátegui, cuyos estudios, ricos en noticias y generosos de erudición, explicativos de no pocas de las circunstancias en que fueron escritos muchos de sus libros, figuran ahora en forma de apéndices a sus obras" [8].

Ignoramos cuál fué el motivo de la interrupción de esta segunda publicación de las *Obras Completas* de Bello [9].

LA PRESENTE EDICIÓN

La edición venezolana de las *Obras Completas* de Andrés Bello es un viejo proyecto de la intelectualidad nacional y anhelo común de todo el país. En 1943, el Patronato Pro-Estudios Andrés Bello, constituído por iniciativa privada en el Instituto Pedagógico de Caracas, señaló la edición como un objetivo final de la preocupación bellista. La idea pasó al mundo oficial mediante acuerdo de la Asamblea Nacional Constituyente, adoptado por unanimidad a proposición de su Presidente, Dr. Andrés Eloy Blanco, en sesión del 27 de octubre de 1947 [10]. Llegó finalmente al terreno de la Administración con el Decreto dictado el 25 de febrero de 1948 por el Presidente de la República, Don Rómulo Gallegos, en el cual se ordenaba la edición revisada de las *Obras Completas* de Bello y se disponía la creación de una Comisión Especial a la que se encomendaba el trabajo preparatorio y el de la edición [11].

En virtud del Decreto fué designada la Comisión Editora, integrada por Julio Planchart, como Director, Augusto Mijares, Rafael

[8] "Advertencia", al Tomo primero, *Poesías*, p. 8.

[9] Se publicaron en la Editorial Nascimento los siguientes tomos:

I. *Poesías* (1930).
II. *Gramática de la lengua castellana* (1931).
III. *Proyecto de Código Civil.* Primer tomo (1932).
IV. *Proyecto de Código Civil.* Segundo tomo (1932).
V. *Proyecto de Código Civil.* Tercer tomo (1932).
VI. *Derecho Internacional* (1932).
VII. *Opúsculos jurídicos* (1932).
VIII. *Opúsculos gramaticales* (1933).
IX. *Opúsculos literarios y críticos.* Tomo primero (1935).

[10] Véase el *Diario de debates de la Asamblea Nacional Constituyente de Venezuela*, Sesión del 21 de octubre de 1947.

[11] *Gaceta Oficial de los Estados Unidos de Venezuela* de 26 de febrero de 1948.

Caldera y Pedro Grases, como Secretario. Empezó la Comisión Editora sus tareas con todo entusiasmo y preparó la ordenación de los escritos de Bello de acuerdo con los conocimientos que de ellos se tenían. A fines de 1948 falleció Don Julio Planchart, quien con lujo de capacidad y afecto por la obra, tuvo la dirección de la empresa como la última y más grata tarea de su vida, y su muerte fué hondamente lamentada por sus compañeros de labor. Desaparecía un hombre justo que había ilustrado con su recto criterio los problemas de una edición trascendental. Pasó Rafael Caldera a ocupar la Dirección de la Comisión Editora y se designó para formar parte de la Comisión a Enrique Planchart.

PROBLEMAS DE LA EDICIÓN

Al confiársenos por el Gobierno Nacional la honrosa tarea de preparar la edición de las *Obras Completas* de Andrés Bello, no era posible imaginar el cúmulo de cuestiones a que sería preciso atender para cumplir a cabalidad el encargo, o, a lo menos, para poner nuestro esfuerzo en la solución del complejo tejido de problemas que la edición de las obras de Bello provocaba a medida que íbamos adelantando en nuestra empresa. Nuestro primer plan de trabajo, hecho sobre lo que era conocido al acometer nuestra obra, tuvo pronto que modificarse. Al profundizar en el estudio de la vida y los escritos de nuestro humanista, aparecieron las considerables rectificaciones que era preciso hacer a las ediciones anteriores. La colección chilena, con todo y los honrosísimos merecimientos a que es acreedora y que somos los primeros en proclamar, exigía un trato cuidadoso y atento, pues habían transcurrido setenta años de su publicación. No podían ni debían ser dejados de lado los nuevos conocimientos sobre Bello, y era preciso tratar los textos de acuerdo con las normas que aconseja la técnica moderna, muy posterior al tiempo de aquella edición.

De ahí que esta Comisión Editora se viese en la necesidad de resolver un punto previo y de capital importancia. O se decidía a imprimir la obra de Bello como simple reedición de los textos que proporcionaba la colección chilena, con otra ordenación más adecuada, con el expurgo de lo repetido y con la adición de lo conocido con posterioridad; o emprendía una investigación a fondo, con el fin de resolver hasta donde fuere posible los problemas de la edición, como lo merecía su carácter trascendental para la bibliografía americana. Entendimos que el encargo del Gobierno de Venezuela nos obligaba con el compromiso mayor. Y nos dimos entonces a la tarea de agotar todas las vías de investigación para entregar, en cuanto fuere humanamente posible, una obra que fuese digna de la altura de los propósitos nacionales. De ahí que esta Comisión Editora se haya transformado, desde

sus inicios, en centro de investigación, y haya establecido una red de colaboradores, a quienes debemos inmenso agradecimiento. En Venezuela, Chile, Inglaterra, Colombia, Perú, Ecuador, España, Estados Unidos, Francia, Argentina, México, Italia, Canadá, Cuba, Brasil y otros países, hemos tenido y mantenemos contacto con distinguidas personas, excelentes copartícipes en el interés por la gloria de Bello.

La fortuna no nos ha sido adversa y con toda la ilusión de contribuir en algo a la mejor honra del gran humanista hijo de Caracas, ofrecemos hoy los primeros frutos de nuestra empresa. A las valiosas cooperaciones con que hemos contado hay que adjudicar buena parte de la nueva presentación de Bello que estas *Obras Completas* ofrecen a la cultura universal.

Veamos algunos de los aspectos que hemos estudiado con la esperanza de lograr acierto, dejando para capítulo aparte dos de ellos, que revisten especial importancia: el de la ortografía que se va a usar en la edición y el de la redistribución de los tomos en el plan de las *Obras Completas*.

a) *BIBLIOGRAFÍA BELLISTA*

Para la indispensable documentación de nuestro estudio se requería tener a mano en la forma más completa posible la colección de las ediciones de Bello y de los estudios que su vida y su obra han suscitado. Ya constituye una hermosa biblioteca el acervo bibliográfico que la Comisión ha reunido. Ha sido una labor sistemática de acopio de libros y de reproducciones en microfilm o en fotocopia. Nos halaga la idea de que una vez terminada nuestra empresa, pueda ser base de futuros estudios en un centro de investigaciones humanistas que bajo el estímulo y patrocinio de Bello, su patria habría de crear. Junto a las publicaciones estrictamente bellistas, se ha preocupado la Comisión Editora por coleccionar un repertorio de obras que ilustren la época vivida por Bello, sus propios estudios, y los temas a que dedicó su poderosa inteligencia. La pequeña biblioteca de la Comisión ha venido a ser un instrumento cada vez más rico para el conocimiento de Bello.

b) *BIOGRAFÍA*

La Comisión ha atendido al no fácil problema de reconstruir la vida de Bello con el necesario apoyo documental. De las tres etapas de la existencia de Bello (Caracas, Londres, Santiago) es la parte chilena la mejor conocida, a causa de la gloriosa fecundidad y la repercusión pública de los años de Chile y, además, por la devoción generosa de sus discípulos. En cambio, los diecinueve años anteriores quedan ocultos por

la bruma londinense, y aunque se haya logrado esclarecer algunos puntos parcialmente ignorados en las biografías del Maestro, no se ha conseguido a cabalidad el conocimiento de esta escala en la vida de Bello. De sus primeros años de Caracas, algunos hechos han quedado ilustrados, pero no con la claridad y abundancia que hubiéramos deseado.

La biografía de Don Andrés, con todo y nuestros reparos a los resultados obtenidos, será mejor conocida después de los trabajos de nuestra Comisión. Su tiempo, sus actos, sus estudios, su trato, sus ideas y propósitos, sus obras, recibirán luz del cúmulo de datos recogidos y de las noticias documentadas que la Comisión pueda dar a sus futuros biógrafos.

c) *LOS TEXTOS*

Como es natural, éste es el punto al que la Comisión ha dedicado mayor atención, requerida por la misma índole de la empresa.

La generosa devoción bellista de los Amunátegui, para quienes toda gratitud será escasa, nos ha proporcionado el estudio de la mayor parte de los escritos originales que hemos consultado. No hemos visto todos los que se utilizaron en la primera edición, pues en asunto de papeles el tiempo actúa inexorablemente como factor de dispersión y de pérdida inevitable, pero sí una buena parte que nos ha permitido la revisión de algunos textos de Bello. La lectura de la letra es proverbialmente reconocida como extremadamente difícil. El mismo Miguel Luis Amunátegui cuenta, y es testigo de calidad, que "hubo casos en que [Bello] renunció a la penosa tarea de interpretar tal verso, y prefirió hacerlo de nuevo. El notable anciano demostraba un profundo y sincero regocijo, cuando podía adivinar lo que su escritura deforme expresaba, o mejor dicho ocultaba" [12].

Pues bien; para la presente edición hemos podido leer directamente la propia letra de Bello: la hermosa, grande y de rasgos muy finos de su juventud, y aun de los tiempos de Londres; y la que luego, en Chile, va reduciéndose a trazos minúsculos, con alguna letra simplificada a una diminuta insinuación de la pluma. Si bien es verdad que en muy contadas ocasiones ha habido necesidad de renunciar a su lectura, casi siempre hemos podido establecer el texto, con lo que se han restituído algunos pasajes, mal leídos en las otras ediciones, especialmente en poesía, donde es esencial la correcta lección.

A la dificultad del manuscrito hay que añadir otro elemento perturbador de la lectura: las correcciones y enmendaduras del autor. Casi no hay página original de Bello que no haya sido rectificada, corregida, tachada y enmendada. Fué un tipo de escritor reposado, meditativo, in-

12 En: *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 18 de setiembre de 1881.

satisfecho de su propia obra, pues sus originales eran conservados por años en sus carpetas, sometidos constantemente a nuevas elaboraciones. Las correcciones aparecen alguna vez sobre la misma primera redacción, pero con más frecuencia son notas al margen, mientras la parte tachada aparece con gruesos trazos horizontales o con lineas verticales para indicar el rechazo de las redacciones desechadas. A menudo las enmiendas son múltiples y hay que hacer un verdadero análisis de la imagen del manuscrito para seguir el orden de las sucesivas rectificaciones hasta llegar a lo que dejó sin tachar. Y esto no sólo acontece en los manuscritos, sino también en sus libros impresos. Da la sensación de que una vez salida la obra de la imprenta, iniciaba Bello su propia corrección, ya sobre las mismas páginas, ya en tiras de papel cuidadosamente pegadas con obleas al margen de la página enmendada. No es raro que haya varias tiras de papel pegadas sucesivamente.

A este afán de perfección, hay que añadir otro rasgo característico de Bello. Guardaba, por años, sus manuscritos inéditos. Acontece especialmente con sus poesías, aunque también en otros trabajos (piénsese por ejemplo en la reconstrucción del *Poema del Cid*, en el *Código Civil* o en la *Gramática* y en tantos estudios de investigación). Iba corrigiendo constantemente los originales inéditos, y así pueden observarse distintos caracteres manuscritos del propio Bello en un mismo texto, de acuerdo con la evolución de su caligrafía.

Tal cúmulo de enmiendas y rectificaciones sobre un original, o de una edición a otra, ha planteado a la Comisión Editora el problema de las variantes del texto. En cada caso, si nos ha sido posible estudiarlas, las hemos registrado cuidadosamente en forma de notas, particularmente en las poesías, por la esencial importancia que tienen para conocer íntimamente el proceso de la creación poética. Bello es, en verdad, un poeta de lenta y exigente elaboración de sus propias poesías, las originales y las traducidas. El análisis de las innumerables autocorrecciones nos da el conocimiento de un poeta extraordinariamente riguroso y severo en la rectificación reiterada de conceptos y expresiones.

Bello, por el placer puro de servir a los demás, publicó muchos de sus escritos sin firma, reduciendo más todavía la modestia de las iniciales, A. B., con que aparecieron tantas veces sus obras, incluso libros, como sus *Principios de Derecho de Gentes* (1832), o su *Cosmografía* (1848), por ejemplo. Las publicaciones sin firma han creado a la Comisión Editora un delicado problema de atribución de autor. Ha procedido, en todo caso, con suma cautela y prudencia, amparándose en autoridades y en documentos fehacientes. Cada texto ha sido motivo de investigación individualizada, a fin de poder dictaminar con seguridad.

Cuando una obra de Bello ha tenido varias ediciones se han cotejado los distintos impresos, para anotar el que damos como definitivo.

Esta labor ha sido posible gracias al fondo bibliográfico que ha formado la Comisión.

d) *EL EPISTOLARIO*

Desde el primer momento, la Comisión Editora planeó la recolección del Epistolario de Andrés Bello, constituído tanto por las cartas escritas por él, como por las que le fueron dirigidas. En las biografías, especialmente en la de Miguel Luis Amunátegui, de Santiago 1882, se transcribía un buen número de cartas, aunque algunas fragmentariamente. La Comisión Editora emprendió una campaña de localización de documentos epistolares, con el propósito de formar una sección aparte en las *Obras Completas* de Bello. Actualmente poseemos material para un par de volúmenes, pues el éxito ha correspondido a nuestro esfuerzo.

La colección de cartas da a conocer más íntimamente la personalidad de Bello, ya que nos muestra más al desnudo sus ideas y sus sentimientos. Por ello, la Comisión Editora concede extraordinaria importancia a la publicación del Epistolario, debidamente anotado. La figura de Bello, la época, el ambiente y los personajes que trató, se hallan muy de relieve en estas cartas.

e) *ESTUDIOS PRELIMINARES*

Las *Obras Completas* van ordenadas según los aspectos fundamentales de los escritos de Bello. Para presentarlos debidamente ha creído indispensable la Comisión Editora que cada sección o trabajo principal de Bello llevase una introducción o estudio preliminar que, en cada caso, contestase a dos preguntas: 1) qué significación tuvo la obra de Bello referida al tiempo de elaboración y publicación; y 2) qué sobrevive hoy de esta obra, o cuál es la valoración que puede hacérsele referida a nuestros días.

Se han encomendado a especialistas en cada materia los estudios preliminares, que van a figurar al frente de los volúmenes. Es de justicia el proclamar la amplia colaboración y aun el entusiasmo con que han sido recibidos los encargos hechos por la Comisión Editora. Al término de nuestra empresa habrá quedado a la cultura contemporánea el análisis, hecho en no pocas ocasiones por personalidades relevantes, de cada uno de los aportes de Bello en la historia de la cultura.

f) *ILUSTRACIONES*

También se ha preocupado la Comisión Editora de presentar dignamente ilustrados los volúmenes de la colección. En primer lugar, ha reunido la iconografía de Bello, retratos, monumentos e interpretaciones

artísticas. En el frontispicio de cada tomo habrá de aparecer una lámina con una efigie distinta de Bello. En el cuerpo de los tomos se incluirán láminas adecuadas al texto del volumen, para enriquecerlo y para facilitar la comprensión del pensamiento del Maestro.

El repertorio de ilustraciones que ha recogido la Comisión Editora forma una rica colección destinada a complementar el fondo bibliográfico.

g) *LA OBRA DE IMPRENTA*

Sin duda, la ejecución tipográfica de la edición de las *Obras Completas* es uno de los puntos importantes de la empresa. La Comisión Editora realizó una cuidadosa y larga encuesta, antes de recomendar la adjudicación de la obra de imprenta, finalmente contratada por el Ministerio de Educación con el reputado taller que la ejecuta, el cual, por sus condiciones de seriedad y acreditado buen gusto, garantiza la digna ejecución de la empresa a que tantos desvelos hemos dedicado.

Es de justicia consignar que la pericia del Sr. J. M. López Soto y su buen deseo de hacer de esta colección una de las más valiosas aportaciones a la bibliografía hispanoamericana, han constituído un eficaz auxilio técnico en las tareas de la Comisión.

LA ORTOGRAFÍA DE LA PRESENTE EDICIÓN

A primera vista, cuando se trata de imprimir escritos de Bello, puede parecer obligado el uso de la denominada "Ortografía de Bello". Pero el estudio atento de este problema no conduce a una conclusión tan segura y rotunda, puesto que en realidad lo que Bello propugnó en diversos momentos de su vida —en Londres y en Santiago de Chile— fué un sistema de reformas ortográficas, basado fundamentalmente en la necesidad de unificar la ortografía del castellano, vacilante en su tiempo, con el propósito de hacer más fácil el estudio y la enseñanza en lengua española [13]. De su plan de reforma más radical, quedaron sólo unos rasgos que han dado en llamarse "Ortografía de Bello", pero que no son ni la totalidad de sus ideas, ni responden tampoco a un sistema que hubiese empleado de modo orgánico y uniforme.

Movida por el respeto a la obra de Bello, y con el deseo de acertar en su determinación, la Comisión Editora estudió, desde el primer momento, qué ortografía debía usarse en la edición. Después de una cuidadosa investigación de los antecedentes del problema, del estudio de los

13 Véase el trabajo de Ángel Rosenblat: "Las ideas ortográficas de Bello" análisis completo del tema, en el Prólogo a los *Estudios Gramaticales* de Bello, tomo V de esta edición. Especialmente págs. LXXXVIII-CXXXVIII.

artículos de Bello sobre la materia, así como de sus propios manuscritos, la Comisión Editora optó por el empleo de la ortografía que hoy es general [14]. Para tomar tal decisión, solicitó en consulta la opinión de notorios especialistas en la materia, quienes vinieron a corroborar nuestro acuerdo de principio [15]. Además, examinó prolijamente el modo cómo se habían publicado los textos de Bello en sus distintas reediciones [16]. Como resultado obtuvo la Comisión el convencimiento de que la solución adoptada era la más conveniente.

Es preciso proclamar que al preferir la ortografía actual no consideramos que este sistema pueda estimarse superior al de Bello. Nuestra preferencia no supone comparación de sus reglas ortográficas con las que la Academia Española ha formulado; si a ello fuéremos, tendríamos que inclinarnos probablemente en favor de las ideas de Bello, por adaptarse a principios más sencillos y más lógicos. La idea principal que ha dirigido nuestro acuerdo ha sido la de pensar cuál habría sido la decisión del propio Andrés Bello, ante el empleo casi uniforme de un sistema ortográfico, ya que había siempre defendido el ideal de unidad del lenguaje y la necesidad de uniformar el sistema ortográfico; y se inclinaba ante la autoridad suprema del "uso popular, verdadero y único artífice de las lenguas".

Si nos hubiéramos acogido a un sistema ortográfico basado en las proposiciones de reforma de Bello, nos habríamos encontrado ante la insoluble dificultad de no saber cuál debíamos preferir: a) la de la reforma radical de 1823, en su primera o segunda época; b) la académica de 1829-1844, en Chile; c) la de la Facultad de Humanidades de Chile, en 1844, que él tanto defendía; o d) la de los elementales rasgos de la *i* y *j*, por *y* y *g*, en la última etapa de Bello.

En todo caso, siempre habría habido necesidad de rectificar y corregir la ortografía usada por el propio Bello en la mayor parte de sus manuscritos, como tuvo que hacerse en la primera edición chilena de sus *Obras Completas*. De respetarse la varia ortografía usada por él en los distintos momentos de su vida, se produciría una tremenda confusión.

Creemos, pues, que un buen número de razones abonan el empleo de la ortografía de uso general, con la que, por otra parte, se facilita la difusión y el conocimiento de la obra de Andrés Bello. De todos modos, en los trabajos de Bello que editamos, en los facsímiles que reproduci-

[14] Véase el "Informe-dictamen" de la Comisión, en la *Revista Nacional de Cultura*, Nº 74, Caracas, mayo-junio de 1949, págs. 151-166.

[15] Nos acompañan en nuestro criterio casi todas las personas consultadas, así como los colaboradores de la Comisión, entre quienes cabe señalar el magnífico grupo de bellistas chilenos, presididos por Ricardo Donoso.

[16] Entre los americanos que usaron la ortografía general al publicar obras de Bello, están Miguel Antonio Caro, Valentín Espinal, Rufino José Cuervo, Juan Vicente González, y tantos más.

mos y en el Prólogo del tomo V puede reconstruir perfectamente el que lo desee las ideas y las prácticas ortográficas de Bello.

PLAN DE NUESTRA EDICIÓN

Aunque el proceso de investigación no puede darse nunca por terminado en una figura de tan vastas dimensiones como Don Andrés Bello, la Comisión Editora ha resuelto en principio el plan de ordenación de los volúmenes de las *Obras Completas*. Los grandes aspectos de la labor de Bello mantienen, naturalmente, cierta unidad con la edición chilena; sin embargo, ha habido que establecer profundas diferencias. Estas diferencias se deben de modo principal a dos razones: la primera, la inclusión de materias, a veces tomos enteros, que no habían sido incorporados en la edición de Santiago; y la segunda, la de haber sido posible, gracias a la previa labor de recopilación, organizar de manera sistemática el conjunto de los textos de Bello.

La presente colección se inicia con las *Poesías*, por ser la parte más creadora y universal de toda la obra de Bello [17]. Se recogen con cuidadoso esmero las composiciones poéticas, originales y traducidas, en orden cronológico. En numerosas notas se consignan las variantes de redacción que ha sido posible establecer y que muestran visiblemente el proceso de versificación en Bello. Sin embargo, el material poético de Bello no se agota con las *Poesías*. El significado extraordinario de algunos borradores, llenos de versos inéditos, correspondientes a sus más importantes poemas, nos ha decidido a presentar en volumen aparte sus *Textos de Elaboración Poética*, materia que constituirá una novedad interesantísima y que se encuentra en preparación.

Siguen luego la *Filosofía del Entendimiento*, obra fundamental de Bello, y sus otros escritos de temas filosóficos, añadidos para complementar su pensamiento en esta disciplina.

A continuación se ordenan los textos de Bello relacionados con materia gramatical y filológica y con la crítica e historia literaria. Nos referimos a obras de tan alto valor como la *Gramática de la Lengua Castellana para uso de los Americanos*, a la *Análisis Ideológica de los tiempos de la Conjugación Castellana*, a sus escritos sobre la reforma ortográfica, a sus *Compendios de Gramática* y demás *Estudios Gramaticales;* a su excelente trabajo acerca del *Poema del Cid*, con los estudios monográficos relacionados con la literatura medieval; a la *Ortología y Métrica* con las investigaciones de Bello sobre versificación. Sigue luego la *Gramática Latina*, escrita y publicada inicialmente por su hijo Francisco, pero reformada después tan considerablemente por el

17 Era también el volumen I en la edición de 1930, de Santiago de Chile.

padre, que por lo menos hay que estimarla como obra escrita en colaboración; y junto a ella, los otros escritos de Bello sobre el estudio del latín. Cerrarán esta sección los *Temas de Crítica Literaria,* seleccionados por su objeto, entre los *Opúsculos literarios y críticos* de las ediciones anteriores.

Se ha colocado a continuación el cuerpo de escritos de Bello sobre temas de derecho, política y sociología. En primer lugar sus *Principios de Derecho Internacional,* y luego, sus dictámenes sobre *Temas de Derecho Internacional,* que forman principalmente la doctrina aplicada por Bello en la Cancillería de Chile. La gran obra legislativa de Bello, el *Código Civil de la República de Chile,* será publicado por primera vez en texto concordado. En vez de colocar sucesivamente los distintos proyectos, se ha querido ofrecer una obra orgánica que presente para cada artículo el texto del código promulgado y su historia y variantes en los diversos proyectos y modificaciones. A continuación, el *Derecho Romano,* que comprende, tanto el resumen publicado de las lecciones de Bello, como el texto considerablemente reformado, aún inédito, inspirado directamente en las ideas romanistas de Savigny, Du Caurroy y Marezoll, y que habrá de constituir espléndido aporte al conocimiento del Bello jurista. Los *Opúsculos sobre temas jurídicos y sociales* serán reunidos y ordenados adecuadamente. Todos los *escritos oficiales* del Gobierno de Chile, que sean indudablemente de Bello, serán recogidos por manos expertas e incorporados a sus obras, así como sus *discursos en el Senado chileno.*

Gran interés se ha puesto en recoger también los escritos que legó Bello a Chile como educador, tanto en la Universidad, como en otros centros de enseñanza. Tan interesante compilación ha de llevarla a cabo reconocida autoridad en la materia.

Un buen número de textos de Bello sobre *Temas de Historia y Geografía* se agruparán en tomo aparte. De ellos, algunos tienen carácter meramente informativo y otros reflejan una elaboración más personal, pero todos son de interés manifiesto para el conocimiento del autor y de su época. Los encabezará el famoso y discutido *Resumen de Historia de Venezuela,* cuyo texto ha sido ya definitivamente establecido y cuya importancia aumenta al considerar que fué la parte principal del primer libro impreso en Venezuela. La *Cosmografía* se reunirá, al presentarla, con sus *otros escritos de divulgación científica,* ordenados según un plan metódico.

Cerrarán la colección los volúmenes del *Epistolario,* en los que se incluyen todas las cartas de Andrés Bello que en búsqueda paciente se ha logrado reunir, así como aquellas que a Bello le fueron dirigidas. Llevarán las necesarias notas para la comprensión de ambiente, de menciones y de referencias.

Concebida así la edición, prologados los distintos volúmenes en

la forma que se apuntó antes, no se omitirá esfuerzo para acompañar cada tomo de todos los Índices necesarios; completados luego, como es lógico, por un Índice General, con el que habrá de ser más fácil el manejo y consulta de las *Obras Completas*.

No creemos, sin embargo, que con ello quedaría agotado el objeto de nuestra edición. La Comisión Editora, llevada por su profundo convencimiento del papel que la publicación de los escritos de Bello ha de jugar en el futuro de la cultura hispanoamericana, ha acordado la publicación de una serie abierta de Anexos. Esta serie se considera indispensable para dar acogida a cuanto el bellismo ha producido de más notorio y a lo que pueda rendir para la interpretación y aclaración del pensamiento de Bello y de su obra. De ahí que haya también dispuesto desde ahora la edición de otros volúmenes, como una nueva *Biografía de Bello,* hecha con vista de todo el material reunido, y la *Bibliografía Crítica de Bello,* elaborada con la colaboración de expertos de distintos países, en magnífica cooperación a favor del homenaje al gran humanista americano.

En la colección de Anexos, van a incluirse también otros tomos, como la selección de *Prólogos de la edición chilena* (1881-1893), para favorecer la comprensión de los textos y en señal de respeto a la obra hecha por hombres ilustres del país hermano en la gloria de Bello; la *Antología de escritos clásicos sobre Don Andrés Bello,* recuento y testimonio de pleitesía a quienes han laborado por la mejor comprensión del insigne caraqueño; y monografías valiosas de ampliación y desarrollo al estudio de la Filosofía de Bello, así como de su elaboración poética.

Estas líneas generales que bosquejamos en el momento de aparecer los primeros volúmenes, servirán para informar a los lectores acerca de esta empresa editorial que el Gobierno de Venezuela ha iniciado y sostiene con ejemplar espíritu bellista. Debemos proclamar nuestra esperanza de que esta colección ha de representar un jalón de positivo avance para la cultura de nuestros pueblos.

La Comisión Editora.

POESIAS

PROLOGO

INTRODUCCIÓN A LA POESÍA DE BELLO

POR *FERNANDO PAZ CASTILLO.*

EL POETA Y SU TIEMPO.

En las postrimerías de 1781, nació don Andrés Bello en Caracas. Ocho años antes de la toma de la Bastilla, fecha inicial de una nueva era; de la difusión de la cultura francesa en todo el mundo y, de modo especial, en las jóvenes tierras de América. Su infancia se deslizó mansamente a la sombra de los naranjos del patio familiar y en el convento de las Mercedes, donde junto a libros severos encontró, para alimentar su innata afición a la poesía rusticana, la rama verde del romance o alguno que otro volumen de poesía pastoril.

Desde muy joven fué aficionado al teatro. En una tienda que existía en Caracas, con los escasos recursos de un niño de modesta fortuna, adquiría, para su naciente biblioteca, las comedias, galantes, religiosas y populares de Pedro Calderón.

Su juventud, por lo tanto, se va desarrollando bajo la doble influencia de la literatura española y de la francesa, si bien es cierto que siempre conservará, tierra propicia para el arraigo de toda semilla fecunda, las primeras impresiones de sus lecturas españolas.

Por lo que conviene fijar el cuadro de la literatura española y el de la francesa en aquellos tiempos de transición, al menos el de los escritores o agrupaciones que mayormente

pudieron ejercer influencia en el espíritu curioso del joven aprendiz de poesía.

En España había varias tendencias que oscilaban entre las antiguas maneras del siglo XVII y el prerromanticismo. La escuela salmantina alcanzó el mayor auge. Reunió en su seno nombres como los de Cadalso y Meléndez Valdés. Más tarde Jovellanos entró en ella, precisamente cuando su fama se dilataba por todo el Reino por la severidad de su crítica y variedad de conocimientos.

No puede negarse a Cadalso ni a Meléndez cierta sensibilidad nueva. El uno con sus *Noches Lúgubres*, suerte de elegía en prosa y el otro con sus odas, anacreónticas escritas en romances, abren camino en España a la poesía sentimental, nueva tendencia que había invadido a Europa, hija, según Gustavo Lanson, de la filosofía de Locke.

No obstante haberse fundado esta escuela bajo el amparo de maestro tan severo como Fray Luis de León, en ella aparecen, con relación a la naturaleza, la melancolía bucólica, un poco amanerada, de los poetas franceses del siglo XVIII; y el amor a lo lúgubre, como en la elegía de Cadalso, que, andando los años, será una de las notas más salientes del romanticismo español.

En Francia, a más de Voltaire, Rousseau y en general de los enciclopedistas que dominaban el panorama intelectual de la época, la literatura neoclásica estaba representada por Andrés Chénier, cuya obra poética fué publicada después de su trágica muerte; Delille, poeta que encarna los ideales científicos de la época y el abate Barthelemy. El libro de este ingenioso escritor titulado *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce* responde a la erudición y gusto helenista de entonces.

Las primeras poesías de Bello, según el testimonio de los críticos más autorizados, aparecen en 1800, en este período crepuscular del neoclasicismo y de comienzos del romanticismo. No puede, por lo tanto, desecharse en la formación

de su personalidad literaria, influencia de unos y de otros escritores.

Inicia su vida intelectual bajo disciplinas clásicas. Penetra desde joven los secretos de la lengua latina y de su poesía, inteligentemente dirigido por Fray Cristóbal de Quesada, quien como tantos religiosos del siglo XVIII, en España y Francia, tuvo una vida pintoresca llena de inquietudes modernas y de clásica erudición. Conviene recordar lo que dice Amunátegui de estas cordiales lecciones, más bien ejercicios espirituales, entre un maestro docto y un estudiante aprovechado: "No limitándose a las simples reglas de la gramática, le enseñaba prácticamente, y sobre el modelo mismo, puede decirse, las de la composición, los vicios en que suelen incurrir los escritores, el modo como los han evitado los hombres de talento".

Sin duda, desde un comienzo, el padre Quesada descubrió en Bello un extraordinario temperamento literario. El tierno aprendiz de cosas bellas había ya hecho su primer recorrido intelectual en las comedias de Pedro Calderón. Éstas dejaron en su alma el gusto por las metáforas brillantes y precisas, propias de la escuela conceptista, si bien es cierto que en su madurez clásica, rehuyó, con juicio sereno, el amontonamiento barroco de que aquélla había hecho gala.

Pero junto con la influencia de Calderón recibe Bello, puede decirse en la infancia misma, la de Cervantes. Y si de aquél tomó el brillo de las metáforas, de éste aprende la llaneza e intimidad del estilo. Su poesía responde a estas impresiones iniciales que conservará frescas —fiel a ellas— pese a las vicisitudes por que atravesará su vida al contacto de las variadas transformaciones ocurridas en el primer tercio del siglo XIX.

El fondo clásico de Bello se halla bien preparado, por la meditación y el estudio, para recibir, sin mengua de la propia personalidad, las diversas corrientes de fines del siglo XVIII, ingenioso y erudito, como sus abates rebeldes; y las de comienzos del XIX, naturalista y sentimental.

Tres acontecimientos ocurridos en la juventud de Bello

determinan el cambio de su orientación. La amistad con Luis Ustáriz, joven afrancesado de la Colonia, que puso en sus manos la primera gramática francesa, y la llegada a Caracas del barón de Humboldt y la del poeta Arriaza.

El estudio del francés le abre nuevos horizontes. Sin duda ya tendría conocimiento de algunas obras francesas en traducciones o imitaciones españolas, de Iriarte, Samaniego y el padre Isla; pero las traducciones por mejor hechas que estén, carecen de la frescura del vocablo propio y de la poesía, dulce misterio, del idioma original. Bello, que tanto ama el lenguaje, encuentra en la precisión del habla de Francia, nuevo espacio para sus meditaciones y en su literatura una corriente clara; naturalismo sensual, propicio a la expresión americana, con que contrarrestar el ascetismo español, senequismo de los escritores clásicos, del cual no acierta a librarse ni siquiera el alma suave y generosa de Cervantes.

Este suceso tiene tanto mayor importancia cuanto que los maestros principales en la Colonia temían las influencias de escritores franceses, los cuales, no obstante la vigilancia practicada, penetraban por el conducto de los afrancesados españoles; por el prestigio que les granjeó la nueva universidad de Caracas, de origen borbónico; por la novedad de las ideas francesas y por la decadencia de la nación y literatura española.

Amunátegui dice lo siguiente —refiriéndose a la sorpresa que experimentó don José Antonio Montenegro, vicerector del Colegio de Santa Rosa, al ver a Bello entregado a la lectura de una tragedia de Racine, en francés, lengua que ignoraba conociese el joven estudiante: "El presbítero, que, aunque convertido entonces al sistema rancio, conocía por experiencia propia, el irresistible ascendiente de las ideas francesas, temía seriamente que fuera demasiado dificultoso contener el curso de ellas, y aún su dominación en el mundo". Y añade el mismo escritor este dato de suma importancia para el conocimiento de la época inicial de la literatura que con verdadera propiedad puede llamarse venezolana:

"Estaba sobre todo persuadido de que, en el misterio de las bibliotecas, las obras de los enciclopedistas operaban, entre ciertos criollos de la primera clase, una propaganda que consideraba funesta para el régimen establecido, por cuya conservación hacía votos".

Las ideas intransigentes de aquel maestro que no carecía de méritos, según manifiesta Bello al evocar su figura entre lejanos recuerdos, y a quien Baralt califica de bueno, afectuoso y sabio, se revelan, sin dejar lugar a dudas, en estas palabras: "¡Es mucha lástima, amigo mío, que usted haya aprendido el francés!".

Pero ya era tarde. Toda precaución había sido vencida por las nuevas corrientes que inquietaban al mundo. La tertulia de los hermanos Ustáriz, tenía que ser un centro de juventud, de oposición al régimen universitario, de aspiración a la cultura universalista que Jovellanos y otros escritores habían introducido en la Península; en fin, de temprano despertar del alma venezolana a la ciencia y al arte contemporáneos, cuyo centro principal era Francia, donde la clásica tradición italiana, renacentista, y la ideología de los filósofos ingleses, bajo la influencia del racionalismo cartesiano creaban nuevas formas de pensamiento.

Arriaza no dejaba de ser tímidamente afrancesado en literatura. Entre sus obras poéticas, bien que de la madurez, figura un poema titulado *La moral de los escritores*. Es el canto IV del *Arte Poética* de Boileau, traducido para uso de los alumnos del Seminario de Nobles de Madrid; y un poema didáctico, sin duda alguna imitación de los versos de Delille.

El poema bucólico y el didáctico tratan de la naturaleza; pero mientras que uno, inspirado en escenas campesinas, busca lo bello y pintoresco, el otro más bien inclinado a la ciencia, se detiene minuciosa o analíticamente, no sólo en lo bello, sino en lo interesante, por lo que el género didáctico, si ciertamente expresó los ideales de fines del siglo XVIII, no podía subsistir en el XIX, cuando el sentimiento en la poesía adquiere tanta importancia.

Acaso a través de Arriaza, poeta de fácil ritmo y de agudo ingenio, llegó a Bello en su temprana juventud el nombre y la tendencia de Delille. Hemos visto una edición de las poesías de Arriaza que seguramente circuló entre los lectores de la colonia. Un pequeño tomo empastado en verde con guarniciones de oro y delicadas ilustraciones grabadas en acero. La primera página ostenta el título en letras de finos perfiles elegantes y evocadores. Todo en este tomito denuncia el romanticismo incipiente de la época. Un romanticismo velado, ligera fuga hacia la naturaleza viviente de que ya había hablado Rousseau y Bernardino de Saint Pierre. Una libertad graciosa de ritmo, propia de la poesía sentimental, cuando la nota lírica —tragedia del poeta con su propia alma— triunfa sobre la épica; cuando el sentimiento del paisaje domina la naturaleza.

Pero el viaje de Humboldt es, quizás, lo que mayor trascendencia tuvo, ya para la formación de Bello, ya para el conocimiento de la naturaleza americana en Europa. Marca el fin de una orientación. Hasta entonces los viajes científicos se habían realizado por tierras de antiguas civilizaciones. El Mediterráneo era el camino, con el encanto de sus sirenas muertas. La meta el Partenón, el Foro romano o las Pirámides.

Con Humboldt se inicia una nueva etapa. El interés que despierta su aventura apenas tiene parangón en la historia contemporánea. El Viejo Continente, unánimemente estremecido, tiene los ojos puestos en él. Se le considera muerto, perdido en la selva, acaso devorado por los indios caribes o caníbales.

En torno a su figura se adensa una atmósfera romántica. Crece la curiosidad por América. Sus anchas llanuras, espesas montañas e impetuosos torrentes atraen la atención de todos. Humboldt se halla perdido. El fondo romántico del cuadro es un panorama magnífico de dilatadas campiñas y mudas perspectivas lejanas.

Cuando regresa a Europa, después de largos años de ausencia, es saludado por todos con verdadero regocijo. Lleva

de América una rama verde para plantarla entre olmos y encinas; pero ha dejado en nuestras tierras una semilla que el tiempo hará prosperar; que Bello ha recogido de sus propios labios y a la cual permanecerá fiel durante toda su vida.

Con Humboldt descubrimos la realidad de nuestra naturaleza romántica, de nuestra expresión natural. El clasicismo nunca existió en América. Es netamente europeo. Lo aprendemos en los libros, lo recibimos como reflejo de fenecidas culturas; pero el romanticismo, no. Él nace de nuestro suelo, como la hierba. Lo reencontramos intelectualizado en los libros. Nos lo retorna Chateaubriand y Bernardino de Saint Pierre estilizado, como la civilización nos devuelve en amanerados bombones el áspero cacao de nuestras selvas. América que hasta entonces solamente había recibido, comienza a dar. Se establece una verdadera compenetración entre ambos continentes. Poco a poco la curiosidad se torna hacia el Atlántico. Europa, de simple heredera de una cultura extraordinaria que descubrió el Renacimiento, pasa a ser maestra de pueblos jóvenes. Al contacto de América se universaliza. Lo regional se hace cosmopolita. Encuentra Europa su verdadero sentido clásico. El centro de la cultura se traslada de Italia a Francia. No sin razón dijo Goethe, al presenciar la derrota de los prusianos en Valmy, que se iniciaba una nueva era. Ciertamente hasta entonces el Viejo Continente no se había dado cuenta de que representaba un valor clásico para pueblos jóvenes que estaban pendientes de él. El romanticismo va a descubrirlo. Stendhal tiene razón cuando dice que "el clasicismo representa el pasado". Esto es, una cosa concreta, definida, precisa, un ideal ya cumplido, superado, sin inquietud alguna para nuevas generaciones.

En cambio el romanticismo, que comienza mucho antes de 1830, encarna la inquietud, la agonía, como se dice hoy, de las generaciones que hicieron la Revolución o que nacieron de ella. Es la aspiración natural de una sociedad renaciente. A pesar de los años transcurridos, todavía Baudelaire no logra precisarla, cuando afirma: "Qu'on se rappelle les

troubles de ces derniers temps, et l'on verra que, s'il est resté peu de romantiques, c'est que peu d'entre eux ont trouvé le romantisme; mais tous l'ont cherché sincerement et loyalement".

Lo han buscado sinceramente y con lealtad; pero no lo han encontrado. No podían encontrarlo porque el romanticismo no era una escuela literaria, sino el comienzo de una cultura. Lo que Europa descubrió fué su propio clasicismo, su calidad principal, normativa, y América el sentido de un nuevo humanismo.

Así como Europa renacentista ve en la antigüedad y en sus obras los claros modelos de superación, América comienza a ver en los escritores renacentistas y del siglo XVIII, valores normativos para sus producciones; pero los busca sin el pesimismo o amargura de los neoclásicos, porque todavía no ha llegado a ella el desaliento de los fracasos imperiales, ni la miseria de las masas trabajadoras.

Entre nosotros, por lo tanto, se produce simultáneamente el clasicismo y el romanticismo. En todo el primer período del siglo XIX se confunden las tendencias. No podría decirse hasta dónde son clasicistas o románticos los escritores. Aún a mediados de siglo, Juan Vicente González es un romántico en su prosa magnífica y neoclásico en el verso.

Por el contrario, el Viejo Continente, con el regreso al medioevo, a la corriente de cultura que interrumpió el Renacimiento, afirma y define su posición. Reencuentra la vena de subjetividad que iniciara desde el silencio de su celda gótica, el iluminado Tomás de Kempis en el pequeño, pero fecundo libro, la *Imitación de Cristo*. Nada parecido se había hecho antes. Marca este libro el punto límite entre la antigua y la nueva sensibilidad; el predominio del alma sobre la inteligencia; de lo subjetivo, espacio sin fronteras, sobre lo objetivo definido; en fin, el origen de esa corriente turbia que va a desembocar en Werther y en René.

Las conciencias se agitan entre dos luces. Se impone una viva controversia entre lo objetivo y lo subjetivo. Y Goethe, arquetipo de los escritores de su época, dice a este respecto

las siguientes palabras que definen, cuando menos, su posición frente al arte y de consiguiente frente a la vida, puesto que Goethe, como todo gran artista, sacrifica a la sinceridad las mayores conquistas de la inteligencia: "Un arte robusto, verdadero, inagotable, no puede existir sino mediante el estudio del universo y su asimilación, que es lo que han hecho los clásicos".

Parecida evolución sufrirá Bello. De lo subjetivo o lírico irá a lo objetivo o clásico. De los romances a las *Silvas Americanas*. Por ello no vacilamos en afirmar, contrariamente a lo que hasta ahora han dicho los críticos, que su primera expresión es romántica y que en un fondo romántico —la naturaleza americana— evoluciona hacia lo clásico, no hacia el clasicismo, como Goethe a través de las crisis de Fausto, llega a la perfecta serenidad de Helena.

Nadie más parecido a Goethe que Bello en este proceso. La actitud de ambos frente al universo es la misma, si bien es cierto que el autor de las *Silvas Americanas* tiene poca inclinación a la metafísica o estética alemana, que califica de "neblina mística".

Con frecuencia la crítica se contenta con repetir, sin ahondar en ellos, conceptos, más o menos justos, acerca de los grandes escritores. A Bello frecuentemente se le juzga como un poeta precoz en su juventud, y en su madurez como un frío humanista. Ni lo uno ni lo otro es completamente exacto, no obstante haber sido, cuando niño una clara inteligencia, y cuando hombre un erudito.

No es completamente exacta la apreciación por cuanto se refiere a la niñez. Desde temprano su inteligencia fué encauzada por recias disciplinas; por el ejemplo de maestros discretos y la diaria lectura de sus autores predilectos. Tampoco lo es con relación al erudito. Bello conservó hasta su avanzada ancianidad la fresca vena de la poesía y un alma sensitiva.

No conocemos el poeta precoz. Tampoco lo negamos.

Sus primeros poemas han debido desaparecer. Seguramente fueron cantos eróticos, escritos a la manera de la época, semejantes a los romances de Meléndez. Nada sabemos de ellos. ¿Acaso quedaron en la casa solariega junto con los naranjos y granados del patio casero y con sus grandes y pequeños afectos? No lo dudamos, pero Bello no recogió ninguno de estos poemas de su infancia, de estos primeros alborozos de su imaginación. Sin embargo Amunátegui que lo conoció, admiró y recibió muchas de sus confidencias, dice: "Desde muy joven, fué en extremo aficionado a leer y componer versos. Tuvo o adquirió una gran facilidad para improvisarlos".

La afirmación del minucioso crítico chileno ha creado en torno a la juventud de Bello, por lo que respecta a su actividad poética, cierto ambiente de frivolidad elegante, propio del siglo XVIII y de la cual fué representante en Caracas el poeta Arriaza, donoso improvisador en versos y hombre de agudo ingenio en la conversación. La idea de Bello improvisador prospera. Mariano Picón Salas dice a este respecto: "En ese tiempo juvenil un poeta eclógico, docto ya en latín y letras clásicas, cuyos suaves poemas *Al Anauco,* soneto *Hoc erat in votis,* alegran las amables tertulias de la casa de los Ustáriz, ricos jóvenes caraqueños, amigos de la música y de la poesía".

Mariano Picón cita entre los versos que recitaba Bello, el poema *Al Anauco,* el cual, según Amunátegui, que lo califica de mediocre, fué escrito en 1800. Pero esta composición, desde luego bastante meditada, no puede considerarse como una improvisación, ni mucho menos calificarse de mediocre dentro de la poesía española y americana de la época.

El poema *Al Anauco,* si bien de sentimientos juveniles, responde al concepto que Bello tuvo siempre de la poesía. Contiene los elementos poéticos que aparecen en sus obras de madurez: compenetración con la naturaleza, amor al árbol, fina sensibilidad, gracia retórica propia del siglo XVIII, de donde procede su primera inspiración, sentimiento trá-

gico de la vida en el campo venezolano, angustia por el porvenir de estas tierras; y sobre todo, una inteligente manera de mezclar la mitología y nombres de contenido poético, con los humildes de nuestros ríos, árboles y campos.

Así, Bello inicia con este poema que recuerda, por su lozanía y factura, los clásicos de Villegas y los sentimentales de Meléndez, su poesía de sentido campesino, sin apartarse del caudal de su cultura, el cual naturalmente lo lleva, como profeta de sociedades nacientes, al poema didáctico de la naturaleza, esto es, a utilizar al par que lo bello idílico, lo interesante, como material de poesía.

> Tú, verde y apacible
> ribera del Anauco,
> para mí más alegre,
> que los bosques idalios
> y las vegas hermosas
> de la plácida Pafos,
> resonarás continuo
> con mis humildes cantos;

Bello afirma que sus cantos, a pesar de calificarlos de humildes, harán resonar continuamente las riberas del Anauco. ¿Podría pensarse en que un poeta que habla de este modo, improvise sus versos?

La realidad poética de Bello está ya creada. El recado que traía a los hombres, entrevisto. De aquí en adelante sólo tendrá que perfeccionar su instrumento. Pasar sin perder frescura de la expresión lírica a la objetiva, encauzar el impulso romántico de su primera inspiración, depurar, destilar la primitiva angustia de su alma sensitiva, limar las palabras ásperas del habla cotidiana, limarlas como una joya, hasta hacerlas entrar en el acervo de los vocablos poéticos; en fin, unir, sin hacer violencia, los elementos clásicos a los rusticanos.

> Y ante la triste tumba,
> de funerales ramos
> vestida, y olorosa

con perfumes indianos,
dirá llorando Filis:
"Aquí descansa Fabio".

Filis, nombre pastoril, alma de la égloga, envuelta en perfumes indianos. Esto es, la poesía clásica, con todas sus virtudes de erudición y de universalidad, trasplantada al ambiente americano.

Pero si en este poema aparecen nítidamente los sentimientos eclógicos de Bello, en el consagrado al samán se definen más los patéticos, hasta el punto de prevalecer sobre los motivos campestres. El pastor Delmiro adquiere un valor real, un contenido de mayor humanidad que el de Filis en el romancillo *Al Anauco*.

No es circunstancial el hecho de que Bello haya comenzado su poesía con romances. Tenía gran admiración por esta forma poética, bien se trate del género pastoril, renovado por Meléndez Valdés, bien del histórico, menospreciado hasta que el duque de Rivas lo hizo renacer. A este respecto dice: "Don Ángel Saavedra ha tomado sobre sí la empresa de restaurar un género de composiciones que había caído en desuetud. El romance octosílabo histórico, proscrito de la poesía culta, se había hecho propaganda del vulgo; y sólo se oía ya, con muy pocas excepciones, en los cantares de los ciegos".

El empleo del romance, por lo tanto, obedece al criterio sustentado por Bello de que éste servía para la poesía culta; así como el empleo de los nombres criollos, entre escenas o cosas pastoriles, al concepto que se había formado de la poesía bucólica: "En la poesía bucólica de los castellanos, —dice Bello— ha sido siempre obligada, por decirlo así, la mitología, como si se tratase, no de imitar la naturaleza, sino de traducir a Virgilio, o como si las églogas o idilios de un siglo y pueblo debieran ser otra cosa que cuadros y escenas de la vida campestre en el mismo siglo y pueblo, hermoseada enhorabuena, pero animadas siempre de pasiones e ideas que no desdigan de los actuales

América, acabarían por borrar también de ellas todo sello americano.

VII.

VENEZUELA.

La antigua Capitanía General de Caracas, hoy República de Venezuela, tiene la gloria de haber dado á la América española, simultáneamente, su mayor hombre de armas y su mayor hombre de letras: Simón Bolívar y Andrés Bello. Pero la aparición súbita de estos dos varones egregios, que por breve tiempo ponen á su patria al frente del movimiento americano, ya en la esfera de la acción política, ya en la de las ideas, contrasta, si no con la obscuridad anterior de la historia de Venezuela (que, por el contrario, es en el período de la conquista, de las más varias, interesantes y novelescas que pueden leerse), á lo menos con el puesto secundario que, á despecho de su admirable situación geográfica, de su vastísima extensión y de sus riquezas naturales, ocupó el territorio de Costa Firme en el cuadro inmenso de las posesiones españolas. De aquí el desarrollo lento y tardío de la cultura, que nunca, hasta los últimos días de la época colonial, pudo competir allí, no ya con la de México ó con la del Perú, sino con la del vecino virreinato de Nueva Granada, del cual, en parte dependía Venezuela hasta 1731 (1). La población era muy mezclada: de

(1) La Capitanía general, erigida definitivamente aquel año, comprendía as provincias de Caracas (en la cual se incluían entonces las de Coro, Bar-

Facsímil de las páginas CX y CXVII, relativas a Bello, de la *Antología de*

lecto parece haber sido Arriaza, que en 1806 visitó á Caracas como oficial de marina, y sin duda concurrió á la tertulia de los Ustáriz. Sus versos, tan populares en América como en España, se pegaban dulcemente al oído, y es fama que dejaron huella aun en el mismo clásico y severísimo Bello.

La gran figura literaria de este varón memorable basta por sí sola para honrar, no solamente á la región de Venezuela, que le dió cuna, y á la República de Chile, que le dió hospitalidad y le confió la redacción de sus leyes y la educación de su pueblo, sino á toda la América española, de la cual fué el principal educador: por enseñanza directa en la más floreciente de sus repúblicas: indirectamente y por sus escritos en todas las demás: comparable en algún modo con aquellos patriarcas de los pueblos primitivos, que el mito clásico nos presenta, á la vez filósofos y poetas, atrayendo á los hombres con el halago de la armonía para reducirlos á cultura y vida social, al mismo tiempo que levantaban los muros de las ciudades y escribían en tablas imperecederas los sagrados preceptos de la ley. Acerca de Bello se han compuesto libros enteros, no poco voluminosos, y aun puede escribirse mucho más, porque no hay pormenor insignificante en su vida, ni apenas materia de estudio en que él no pusiese la mano. Sus timbres de psicólogo, de pedagogo, de jurisconsulto, de publicista, de gramático, de crítico literario, no han obscurecido (por raro caso) su gloria de poeta, vinculada, no en raptos pindáricos ni en creaciones muy originales, sino en unas cuantas incomparables traducciones, y en un número todavía menor de fragmentos descriptivos de naturaleza americana, donde el estudio de la dicción poética llega

*...o-americano*s, de Marcelino Menéndez Pelayo, de la edición de Madrid, 1927.

habitantes del campo. Ni aun a fines del siglo XVIII, ha podido escribirse una égloga, sin forzar a los lectores, no a que se trasladen a la edad del paganismo (como es necesario hacerlo, cuando leemos las obras de la antigüedad pagana), sino a que trasladen el paganismo a la suya".

Por ello no comprendemos la afirmación de Amunátegui, ni mucho menos la de que estos poemas no revelaran las cualidades poéticas de Bello, cuando ellos contienen con un sentimiento romántico de la naturaleza y una suave expresión lírica, puede decirse en potencia, las grandes calidades que integran las obras mayores del poeta.

Tampoco comprendemos el que Mariano Picón Salas los califique de suaves poemas a la riente naturaleza venezolana. No dudamos de que los poemas sean suaves. Lo es el ritmo de Bello; o lo que es lo mismo, la expresión ingénita de su alma. La naturaleza venezolana puede ser riente o no; pero los dos poemas aludidos están saturados de tristeza. Por ellos pasa la angustia sembradora de temores como la brisa de aromas. El primero está dedicado al Anauco; mas, el Anauco es un pretexto. Un río eclógico de "verde y apacible ribera" que le evoca cosas tristes, bien captadas en la vida, bien aprendidas en sus lecturas: "sombra", "funesto barco", "el Erebo", "estigios lagos", "lastimero llanto". Estas evocaciones no tienen nada de rientes. Más bien están saturadas de un romanticismo melancólico, el cual puede verse de modo más claro en el ambiente creado por los siguientes fragmentos del poema:

> y cuando ya mi sombra
> sobre el funesto barco
> visite del Erebo
> los valles solitarios,
> en tus umbrías selvas
> y retirados antros
> erraré cual un día,
> tal vez abandonando
> las silenciosas márgenes
> de los estigios lagos.
> La turba dolorida

BIBLIOTECA NACIONAL

de los pueblos cercanos
evocará mis manes
con lastimero llanto;

. . . . . .

Pero, tú, desdichado,
por bárbaras naciones
lejos del clima patrio
débilmente vaciles
al peso de los años.

Todas estas expresiones tienen un indiscutible contenido romántico. La palabra alegre con que califica al Anauco, también resulta melancólica dentro del ambiente creado por el poeta. Parecida cosa puede decirse del romance a un samán. Uno como el otro son frutos de una misma inspiración, de un mismo sentimiento de la naturaleza, de una sola y firme concepción estética.

Horacio, antes que Rousseau, había buscado el refugio de la naturaleza para librarse de la fatiga de la vida de la corte. En el poeta clásico se advierte, no obstante la sátira, una fría nostalgia por la soledad. En el filósofo de Ginebra, por lo que respecta a la sociedad, el pesimismo de la adustez calvinista. Bello que recibe influencias de uno y otro escritor, experimenta el deseo de regresar a la naturaleza; pero en su sentimiento hay algo que no existía en las estrofas del poeta latino, si bien es cierto que no llega nunca a la nota sombría de Juan Jacobo.

¿Sabes, rubia, qué gracia solicito
cuando de ofrendas cubro los altares?
No ricos muebles, no soberbios lares,
ni una mesa que adule al apetito.

De Aragua a las orillas un distrito
que me tribute fáciles manjares,
do vecino a mis rústicos hogares
entre peñascos corra un arroyito.

Para acogerme en el calor estivo,
que tenga un arboleda también quiero,
do crezca junto al sauce el coco altivo.

¡Felice yo si en este albergue muero;
y al exhalar mi aliento fugitivo,
sello en tus labios el adiós postrero!

No se puede desdeñar en este soneto la influencia del período clásico español, ni mucho menos del pseudoclásico. La estructura del poema conserva la modalidad del siglo cumbre de la literatura peninsular. Si hay algo que molesta es el diminutivo "arroyito". Pero Bello defiende su uso. Dice, refiriéndose a la crítica que hace Hermosilla a Meléndez, por el empleo de ellos: "Parecen humildes esos diminutivos, porque desgraciadamente lo han querido así los clásicos, desterrándolos hasta de composiciones en que pudieran muy bien tener cabida. Si no, dígasenos: ¿son de mal gusto los diminutivos de Catulo?; ¿no dan suavidad y blandura al estilo de sus versos? Si no sucede lo mismo en castellano, no se culpe a la lengua, sino a los poetas que han querido hacerla inadecuada a todo género de asunto".

No despreciaba Bello ni los diminutivos, ni palabra alguna de origen más humilde. "Si de raíces castellanas —afirma— hemos formado vocablos nuevos según los procederes ordinarios de derivación que el castellano reconoce, y de que se ha servido y se sirve continuamente para aumentar su caudal, ¿qué motivos hay para que nos avergoncemos de usarlos? Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias, cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada. En ellas, se peca mucho menos contra la pureza y corrección del lenguaje que en las locuciones afrancesadas, de que no dejan de estar salpicadas hoy día aun las obras más estimadas de los escritores peninsulares".

Pocas personas de autoridad y competencia han defendido con mayor brío el habla de América y sus naturales modificaciones en una lengua viva. Pero volvamos al soneto, a su sentido clásico y a sus expresiones románticas.

y al exhalar mi aliento fugitivo
sello en tus labios el adiós postrero!

Estos versos románticos —trasuntos de nueva sensibilidad— se encuentran unidos, en un solo conjunto poemático, a otros, como el siguiente, que recuerda a Horacio:

Cuando de ofrendas cubro los altares.

Aun cuando sabemos que Bello es un poeta católico y que en más de una de sus composiciones alude a la Virgen del Carmelo y a San Antonio, consideramos que los altares a que se refiere tienen ciertos resabios de paganía. Entre las flores cristianas vemos abatirse palomas degolladas en ofrenda a la Musa.

Se ha dicho que Bello encuentra el romanticismo en la madurez de su vida, con el conocimiento de Byron en Londres y las traducciones de Hugo. Para mí nunca Bello es más clásico que en las traducciones del *poeta de la barba florida;* entendiendo, desde luego por clasicismo, la limpieza de la expresión y el equilibrio de la forma.

Su evolución se ha cumplido totalmente. Ni la pureza del verso en su traducción del Orlando Enamorado, una de sus mejores obras, ni la severidad de ritmo de las Silvas, tienen la suavidad y limpidez de las estrofas del poema a *Moisés*:

¿Qué son las fuentes en que el oro brilla,
y el mármol de colores,
a par del Nilo, y de esta verde orilla
esmaltada de flores?

No es tan grato el incienso que consume
en el altar la llama,
como entre los aromos el perfume
que el céfiro derrama.

Ni en el festín real me gozo tanto,
como en oír la orquesta
alada, que, esparciendo dulce canto,
anima la floresta.

¿Véis cuál se pinta en la corriente clara
el puro azul del cielo?
El cinto desatadme, y la tiara,
y el importuno velo.
¿Véis en aquel remanso trasparente
zabullirse la garza?
Las ropas deponed; y al blando ambiente,
el cabello se esparza.

No estamos completamente de acuerdo con don Marcelino Menéndez y Pelayo en muchas de sus apreciaciones acerca de la obra poética de Bello. El notable crítico se deja llevar por su propio concepto de la poesía. Juzga a Bello desde un ángulo un poco estrecho, le niega algunas cualidades de importancia capital, a pesar de que siempre le atribuye pureza, pulcritud y elevación en los conceptos. Sin embargo suyas son las siguientes opiniones dignas de meditarse por venir de persona de tantos merecimientos.

"Bello, de quien no puede decirse que cultivara, a lo menos originalmente y con fortuna, ninguno de los grandes géneros poéticos, ni el narrativo, ni el dramático, ni el lírico en sus manifestaciones más altas, es clásico e insuperable modelo en un género de menor pureza estética, pero sembrado por lo mismo de escollos y dificultades, en la poesía científica descriptiva o didáctica; y es, además, consumado maestro de dicción poética, sabiamente pintoresca, laboriosamente acicalada y bruñida, la cual a toda materia puede aplicarse, y tiene su propio valor formal, independiente de la materia. En este concepto, más restringido y técnico, puede llamarse a Bello creador de una nueva forma clásica que, sin dejar de tener parentesco con otras muchas anteriores, muestra, no obstante, su sello peculiar entre las variedades del clasicismo español, por lo cual sus versos no se confunden con los de ningún otro contemporáneo suyo, ni con los de Quintana y Gallego, ni con los de Moratín y Arriaza, ni con los de Lista y Reinoso, ni con los de Olmedo y Heredia".

A pesar de la autoridad de Menéndez y Pelayo encontramos algunas contradicciones en los conceptos. "Voz unánime de la crítica —dice— es la que concede a Bello el principado de los poetas americanos; pero esto ha de entenderse en el sentido de mayor perfección, no de mayor espontaneidad genial, en lo cual es cierto que muchos le aventajan. La poesía de Bello es reflexiva, y no sólo artística, sino en harto grado artificiosa, pero con docto, profundo y laudable artificio". Y más adelante añade: "Más que el título de gran poeta, que con demasiada facilidad se le ha adjudicado, y que en rigor debe reservarse para los ingenios verdaderamente creadores, le cuadra el de poeta perfecto dentro de su género y escuela".

No comprendemos cómo don Marcelino niega la facultad creadora a quien ha inventado un lenguaje poético, una expresión americana, tan personal que él mismo afirma que el estilo de Bello no se parece al de ninguno de sus contemporáneos. Más justo en sus apreciaciones nos parece Caro en el siguiente pasaje que tomamos del mismo don Marcelino: "Hay en la poesía de Bello cierto aspecto de serena majestad, solemne y suave melancolía; y ostenta, él más que nadie, pureza y corrección sin sequedad, decoro sin afectación, ornato sin exceso, elegancia y propiedad juntas, nitidez de expresión, ritmo exquisito: las más altas y preciadas dotes de elocución y estilo".

Don Marcelino Menéndez y Pelayo afirma que las cualidades sustanciales de esta poesía de Bello han sido apreciadas por Caro, mejor que por ningún otro. Si esto es así, la apreciación de Caro destruye la de Menéndez y Pelayo. No puede haber artificio en harto grado, junto a la "pureza y corrección sin sequedad, decoro sin afectación, ornato sin exceso".

Pero de todo ello importa destacar en los conceptos de Caro "la solemne y suave melancolía"; en los de Menéndez y Pelayo, "la creación de un nuevo clasicismo".

Ciertamente, Bello ha hecho en su vida un gran recorrido. De la ingénita y suave melancolía de los romances ha

llegado, con el alma todavía joven, a la serenidad de las *Silvas*.

Muchas veces viendo La Source, ese admirable cuadro donde nada sobra ni nada falta, donde la luz no se sabe si brota del cuerpo de la mujer o del aire que la rodea, he pensado en la obra de Don Andrés Bello. Me refiero a la obra poética. Sobre todo a las composiciones consideradas como maestras. Ingres logra la perfección despojando el cuerpo de la mujer de todo lo adventicio. Diríase que éste llega a tener el color terroso del ánfora, la cual si alcanza tonalidades más frescas es por la presencia del agua que trasciende. Y el agua adquiere tal plasticidad que parece brotar, como reflejo vibrante, del fondo del manantial, cuerpo desnudo de la mujer fuente. Y ello es la poesía, el símbolo, de esta creación impecable del genio francés. Tal vez lo que más se aproxima al arte griego —al espíritu del arte griego— en todo cuanto han pintado los artistas modernos.

Despojarse de todo lo adventicio es la mayor dificultad con que puede tropezar un artista. La poda es sacrificio que sólo acatan los grandes temperamentos como Goethe o Flaubert. La exuberancia es propia de todos los jóvenes, pero la parquedad no se concibe sino en los temperamentos clásicos.

No obstante lo apuntado con relación a Bello en lo que a romanticismo se refiere, lo habremos de considerar siempre como un clásico de la literatura americana. Poco importa la época en que le tocara vivir. Y esto es de grande importancia si se tiene en cuenta el hecho de que no renunció a ella, de la cual tomó lo esencial, así como del sitio donde vió la luz primera, el cual no desdeñó por pequeño. Antes por el contrario, con ser grande, grande lo hizo universalizando lo regional, en hermosas poesías.

Su actitud en la vida —y lo que es más heroico, en su época— es la de un intelectual, en el más puro sentido de la palabra.

Por lo tanto, bien debió de encontrarse en Londres entre los poetas de su generación. Su temperamento, sin duda alguna, congeniaba con el de los ingleses. Su posición ante

lo cotidiano, recuerda la de algunos escritores de entonces, cargados de deudas y de serenidad, como Walter Scott. Muchas de sus obras tienen marcada semejanza con lo que llaman los británicos ensayos y que tanto auge alcanzaran en Inglaterra desde Bacon hasta Carlyle.

La precisión del estilo —estilo en la mayoría de sus obras didáctico— corre pareja con el de historiadores ingleses, y la variedad de sus conocimientos con la de escritores que, para su tiempo, dominaban el panorama intelectual del brumoso Londres.

Para los antiguos, especialmente para Pitágoras que le dió el nombre, filósofo era el amante de la sabiduría. Hace pensar, por lo tanto, esta expresión en su sentido prístino, en una posición objetiva, de observación y, en cierto modo, de devoción. En este aspecto, debemos considerar a Bello como un filósofo. Pocos como él han tenido mayor amor a la sabiduría. Su obra, en verso y en prosa, es un constante ejercicio espiritual, una profesión de fe por la ciencia de su tiempo. Un acto de definida devoción hacia todas aquellas personas por quien sentía aprecio. En este simple y noble sentido de la palabra y no en el más moderno de crear sistemas o adentrarse en los cerrados vericuetos de la metafísica, debe considerarse a Bello como filósofo.

Como poeta sigue parecido impulso generoso. Para él la poesía es una contemplación constante de la naturaleza. Trata los elementos como un pintor, bien se refiera al viento, al fuego o al agua.

Ante la naturaleza es un epicúreo. Su delectación es verdaderamente sensual. Pleno de un gozo no desbordado pasea la mirada por los paisajes, por las flores de variados matices, por los frutos de sabrosísima miel.

El campo lo atrae y en él se solaza como un niño que descubre, por primera vez, el placer de sus propios sentidos. Y esto es la poesía, descubrir siempre lo ya descubierto y expresarlo como si fuera la primera vez que se advierte.

Pero para bien de la poesía americana, que de su enseñanza deriva, percibió a tiempo, que el arte romántico pe-

caba de oscuridad, de vaguedad. Entonces vuelve sin desdeñar las adquisiciones del subjetivismo, a la plenitud de la naturaleza, especialmente a la naturaleza tropical, que ve entre recuerdos lejanos, desde los paisajes brumosos de Londres o desde las azules costas del Pacífico.

El arte romántico siempre se debatirá entre Goethe y Víctor Hugo. Entre Fausto que da toda la expansión posible a su inteligencia y Juan Valjean, que se la da, sin reconocer límite alguno, al sentimiento, por lo que llega a ser una especie de santo laico. Tanto se es romántico por una serenidad llevada al extremo, como Goethe en su madurez, como por una exaltación lindante con el delirio, como Hugo. Sólo que mientras que Hugo, voz de su época, persiste en lo romántico, Goethe, voz de un siglo, sin renuncia alguna, llega a conquistar lo clásico.

En Bello —poeta de su tiempo— se operan cambios semejantes. Nunca se aparta del romanticismo —expresión ingénita— signo de América. No se aparta, pero se vigila. Por lo que habrá de considerársele como creador de "un nuevo clasicismo".

El clasicismo es precisamente esto: una superación y no una renuncia de las formas adquiridas. El que voluntariamente renuncia a nuevas maneras, expresión de su época, se convierte en un pseudo-clásico. Pero el que depura las expresiones nuevas, por revolucionarias que sean, y las encauza en límites justos, mediante disciplinada evolución, alcanza la magnitud clásica, principal, que esto expresa la palabra en su origen, o se convierte en escritor normativo, o de clase, que también el vocablo tiene esta significación.

En cualquiera de las dos valoraciones, puede tomarse la poesía de Bello como clásica. La expresión americana que ya para su época comenzaba a definirse en destacados escritores, adquiere en él mayor calidad que en otros de sus contemporáneos. Ciertamente aparece en el orbe literario una expresión singular. Se perciben en escritores de esta zona elementos desconocidos por los peninsulares. Elementos, en veces de una fonética ruda, que ha de ir depurando el tiempo,

a medida que el lenguaje popular se va haciendo culto, propio de quienes cultamente lo heredan de sus padres, con su intrínseca musicalidad espontánea, dejando en el rodar del tiempo, que es lima también de las palabras, el estiramiento de un vocabulario aprendido bajo la sabia dirección de profesores de academias.

El lenguaje adquiere en cada región, bien que proceda del mismo tronco, rasgos de diferenciación característica. No se aparta Bello, por gramático, de ellas. Americano, como ningún otro lo ha sido, hunde bien sus pies en la tierra. Sobre todo en la tierra venezolana. De ella extrae el jugo más precioso para sus composiciones, aún para aquellas que no podríamos considerar originales por derivar su inspiración de extraños modelos.

Esta tenaz disciplina, constante reajuste de la expresión americana a normas universales, es, desde todo punto de vista, una de las cosas más originales en la poética de Bello. En tan ardua empresa, al parecer retórica, hállase lo más fecundo de su poesía. Lo personal de su estética. Poeta del lenguaje, puede clasificársele. Pocas veces se ha alcanzado más alta jerarquía en el manejo de las palabras ni éstas han asumido mayor dignidad. Arranca de él una poesía narrativa, rica en metáforas, que continúa todavía en Darío, a quien Nervo, con sobrada razón, llamó, en la misma hora de la muerte, cuando la eternidad había perfeccionado la estatua de su vida de dolor: "el de las piedras preciosas".

Y piedras preciosas, labor de fina orfebrería ha sido casi siempre la poesía americana. Pero es menester reivindicar la palabra orfebre, la cual durante mucho tiempo fué pronunciada con tono peyorativo. No obstante que orfebre, en el más puro sentido de la expresión, quiere significar el que trabaja con esmero, paciencia y amor la propia obra. El que maneja las palabras como los artífices metales recios o piedras preciosas.

Reúne Bello cierta gracia tropical a la finura de la expresión moratiniana, y sin amaneramientos, desde luego, incorpora a la poesía el sentido metafórico de nuestro lenguaje

americano: canto, como todo lenguaje humano, pero canto que tiene en sus vocales alargadas, la pereza de los palmares hieráticos engarzados en las hebras de la brisa.

Bello toma nuestra habla, vívida riqueza de armonía, exuberancia de adjetivación, compenetración con la naturaleza orquestal del trópico, la domina, vence como si fuera un potro en amaño y la reduce a sus propios límites. Acaso haya poeta entre nosotros de más numerosa obra concluída; pero no lo hay, en toda la América, de mayor pureza de inspiración ni dominio de la palabra.

Y, ciertamente, no se valía para ello del fácil artificio, en formas y vocablos, del arcaísmo. Por el contrario, los repudia cuando los encuentra en escritores de merecimiento que se dejan llevar por estas falsas galas de estilo.

Nadie más enamorado del lenguaje que Bello; pero para él, como para todo buen hablista, es cosa viva y no colección de hojas muertas. El pasado tuvo sus expresiones peculiares que no podría tolerar la gramática ni el buen gusto moderno, como no podría tolerar las formas del pensamiento.

No está la palabra en modo alguno desligada de la idea, como no lo está la fruta de la semilla; ni lo está, por muchas razones, de la flor. Bien dijo Baudelaire: la naturaleza es un templo de vivientes pilares, una ingente arquitectura en donde prevalece la armonía por sobre todas las cosas.

Hablamos como pensamos. Cuanto más alto se eleva nuestro pensamiento con mayor pureza lo expresamos. Las palabras en la hora de la muerte tienen una limpieza de estrellas. Las de Sócrates y Jesucristo son una gota de luz, síntesis de una vida de sufrimientos y de meditación.

La lucha más fuerte de Bello al enfrentar este problema, fué dilucidar lo correcto y lo impropio de la expresión americana y separar la gracia ingénita de ella de lo que propiamente hiciera violencia al idioma desnaturalizándolo; y aprovechó para enriquecerlo, las formas dialectales, biennacidas en los distintos pueblos de América. Porque conservar la pureza de un idioma no consiste en ceñirse absolutamente

a la manera de hablar de nuestros antecesores, sino en respetar las idiosincrasias del lenguaje, a fin de no incurrir en barbarismos que, después de todo, por ser elemento extraño, es lo que mayormente lo afean.

La rectitud de don Andrés Bello a este respecto llega hasta la aceptación de formas que para otros hablistas menos sagaces, podrían ser arbitrarias. Y no debemos olvidar que fué su época de intensa preocupación por la gramática. El castellano desembocaba de pleno en el romanticismo, que también en el lenguaje tuvo influencia esta manifestación del espíritu inquieto del siglo. La gramática de Bello, por lo tanto, es una filosofía, una verdadera filosofía del lenguaje. Penetra en lo más profundo de la mecánica de la expresión, llegando por este camino a descubrir lo poético de la palabra: esos toscos vasos de barro de que habla San Agustín, destinados a contener la mezquindad o la grandeza del licor —espíritu— que se vierta en ellos.

Y de nuevo tenemos que afirmar de Bello, que es un filósofo en el sentido griego de la palabra. Su amor a la sabiduría lo lleva, por natural impulso creador, a adentrarse en la entraña misma del lenguaje vivo de América.

El destino o el carácter —drama individual de todo hombre— lo lleva a Londres, donde a la sazón se encontraban desterrados, por causas políticas —romanticismo en acción— algunos españoles y americanos. Con ellos comparte el ostracismo y la erudición. Toma de unos y de otros, tanto como les da. La correspondencia entre estos ingenios es de un desinterés franciscano, como lo era la pobreza en la que vivían. Entre ellos Bartolomé José Gallardo escribía sus opúsculos empleando una ortografía racional que apenas puede entenderse y Blanco White, indaga, cuando le da vagar el cotidiano trabajo, formas de gramática nuevas, y problemas filosóficos.

Nunca hubo época más cercana a Alejandría. Cartas cruzadas casi diariamente revelan una tensa labor intelectual: consultas de obras de erudición halladas en bibliotecas particulares y oficiales. Romances y libros de caba-

llería que, en tierra británica, estudiaban aquellos escoliastas, y confidencias generosas de proyectos que pensaban realizar. Las noticias de España no eran buenas y las de América eran peores. La sola cosa perdurable entre los proscriptos de patrias distintas, era el lenguaje común. Rara sociedad de abatidos por el infortunio, a quienes, no obstante distintos ideales, unía un sentimiento humano de la cultura. Para ellos la adversidad tuvo consuelo en la actividad del pensamiento. El frío lo disminuyó el calor del corazón inflamado en iras justas. Dios puso tregua en sus dolores con el encanto de la poesía, que cultivaban en horas de ocio. La labor útil para el futuro reemplazaba el presente áspero. La frecuencia de la historia, en horas de investigación, prestábales la fuerza de varones ilustres, para confortarlos en la propia miseria; y la familiaridad con pensamientos elevados, disipábales nublos de una tempestad que se cernía sobre cada uno de ellos. Sociedad pintoresca y heroica, donde Bello, ya docto en amarguras, acrecienta su sed de conocimientos y adquiere, sin duda alguna, al contacto de inteligencias esclarecidas, estímulos para proseguir sus investigaciones filológicas y gramaticales.

Del examen de la obra de Bello se desprende que pocas veces en la poesía castellana hay mayor correspondencia entre el lenguaje y la inspiración, sin que esto signifique corrección académica simplemente. Antes por el contrario Bello rehuye todo lo que pueda tener visos de academicismo, de falsedad, de falta de consecuencia del hombre creador con la naturaleza de su creación.

Con frecuencia reacciona contra el amaneramiento que infestaba la poesía española y, sobre todo, la americana. Suerte de afectado academicismo que no representaba una nueva expresión. Más bien era repetición de formalismos retóricos, aprendidos de segunda mano en imitadores de Góngora, sin que esto expresara nobleza alguna de dicción, ni penetrase en la inmensidad de la naturaleza del Nuevo Mundo, llena de majestad imponente e inesperada mansedumbre.

Para Bello tales afectaciones venían de la decadente poesía española. De allí que dijera en su célebre *Alocución* que era llegado el tiempo para que las Musas dejaran la culta Europa y se volvieran al mundo de Colón.

Esta expresión tiene hondo significado. En muchas ocasiones la he estimado como uno de los momentos más notables de la poesía americana. Con ella Bello, por primera vez, señala a sus contemporáneos la necesidad de renunciar a lo ya hecho, de olvidar lo construído con tanta inspiración en obras famosas.

Una naturaleza apenas descubierta requería una nueva expresión. En América ya se había logrado, sobre todo en México y en Quito, una pintura fuerte, de una significación propia. Triste hubiera sido que los pintores de América pintasen sus cuadros con la serena luz de la zona templada, desdeñando los tonos sepia y ofuscados, que tanto carácter imprimen a la pintura colonial.

Hasta ahora hemos visto como hay una interferencia de lo clásico y lo romántico en Bello. Hemos querido estudiar el desarrollo de su personalidad en este doble ambiente, ya que, en modo alguno podría considerársele como un clásico puro, ni como un romántico exaltado.

Mas, esta dualidad aparece en todos los hombres de su generación en América, puesto que con la influencia pseudoclásica, recibida de la Colonia, entraron en el siglo inquieto y turbulento del romanticismo; y el sabio Barón de Humboldt les entreabrió, desde las cumbres del Ávila, el camino de los espacios infinitos. Acaso el *Delirio sobre el Chimborazo,* de Bolívar, una de las páginas más románticas de la época, no sea otra cosa que retardada manifestación de la semilla que dejara en el alma del Libertador el prodigio de la ascensión del sabio alemán a las cumbres del monte caraqueño, como podría también serlo la afición de Bello por la poesía de sentido, digámoslo así, geográfico.

CLÁSICO EN SEGUNDA POTENCIA.

Dice Ortega y Gasset que Goethe es el más cuestionable de todos los clásicos, porque es el clásico en segunda potencia. Y esto significa, desde luego, que el clasicismo del gran escritor alemán, por lo que a la Europa culta se refiere, es un clasicismo retardado, que aparece después de cumplido el período transformador del Renacimiento.

Bueno es observar que en el siglo XVI, época de transición, Europa se dividió en dos porciones: la Europa católica y la Europa reformada o protestante. De allí que el clasicismo sea también una afirmación religiosa, una exasperación del sentimiento religioso, bien que en muchos de sus aspectos el Renacimiento se tiñe de desinteresada paganía.

Para mí lo más dramático de la época lo entraña precisamente la división de la cristiandad homogénea de la Edad Media en las dos porciones antagónicas que integran a Europa, a partir del siglo XVI.

Una especie de conciencia crepuscular invade las mentes recién salidas del estupor de la Edad Media. Florecen Santos con mayor inquietud espiritual que en pasadas generaciones. Muchos de sus hombres caminan entre dos luces. No podría saberse dónde termina el católico en Shakespeare y dónde comienza el protestante. El sentido ascético de la muerte que, en varias oportunidades muestra el príncipe vacilante, recuerda expresiones descarnadas de la mística española, no obstante deslizarse su figura tambaleante, como su conciencia, entre los pesados cortinones de la corte de Dinamarca.

Goethe es el hombre de conciencia crepuscular, nacido ya superada aquella etapa. No sin razón se ha clasificado el Romanticismo de segundo Renacimiento. Pero esta vez el libre examen se encauza por el camino del racionalismo.

Por ello, sin duda alguna, resulta un verdadero acierto la clasificación de clásico en segunda potencia: epígonos de

una época de transformaciones ya superada en muchas partes, pero todavía por realizarse en otras muchas.

Bello, desde este punto de vista y con relación a Europa de donde deriva todos sus conocimientos científicos e influencias poéticas, debe, desde luego, ser estudiado como un clásico en segunda potencia. Pero en el escenario americano debe considerársele como un romántico que evoluciona siempre hacia lo clásico, como un hombre de su tiempo que incorpora a la vida incipiente de estos pueblos elementos universales. La separación es una simple cuestión de perspectiva. Con ser tan distantes las patrias de Bello y de Goethe y tan diferentes sus culturas, el fenómeno es más o menos parecido. En ambas naciones la incorporación del romanticismo tiene sentido clásico; pero de un clasicismo aprendido en los clásicos, o lo que es lo mismo en segunda potencia, como afirma Ortega.

Bello es, por lo tanto, un espíritu cuestionable; con él se opera una evolución de gran trascendencia para el espíritu americano. Evolución que corre pareja con el desarrollo político de América ya libre de la tutela de España.

Marca este período de transformación, como signo indiscutible de ella, la *Alocución a la Poesía*. Bello se dirige a la Musa para que deje la culta Europa "que su nativa rusticquez desama". Ya el Romanticismo había hecho la misma sugestión a la Musa amanerada del siglo XVIII. Desde luego el escenario que Bello le ofrecía para sus naturales esparcimientos era mucho más amplio que los peinados jardines y bosques ciudadanos de las églogas europeas; y no obstante la forma clásica del apóstrofe, virgiliana introducción de la oda, hay un impulso romántico en la misma invitación.

No se puede negar en esta introducción una rebeldía, aunque mesurada, contra la cultura que para la época existía en Europa; precisamente contra la misma que reaccionó el Romanticismo, despertar de espíritus fatigados por lo afectado de un arte, en su mayoría, de tediosas repeticiones, inconcebible en un mundo renovado por ideales, puede decirse recién descubiertos, y por la penetración de una nue-

BELLO

(ANDRES.)

El Señor D. Andres Bello, miembro del Senado de Chile y Rector de su Universidad, nació en Caracas, en el seno de una familia respetable, por los años de 1780.

Cuando Venezuela dió su primer paso a la independencia el 19 de Abril de 1810, el Sr. Bello, oficial mayor en la Secretaría de la Capitanía Jeneral, fue llamado a servir a la Junta Suprema Gubernativa, como oficial, tambien de su Secretaría.

Probó allí con varios trabajos su capacidad, y su celo por los nuevos destinos que se preparaban para su patria. Fue uno de aquellos trabajos, la redaccion de la nota con que contesta la Junta a la circular en que la Rejencia de España daba cuenta de su reciente instalacion.

Tan decididos y liberales fueron los principios y procederes del nuevo gobierno venezolano, que bien pronto se apercibió de la necesidad de precaver el peligro contra una invasion de sus antiguos dominadores. Penso a este fin, en la cooperacion y en la amistad política de la Inglaterra.

Con el objeto de alcanzarlas, nombró una comision compuesta de los Señores, Simon Bolivar (coronel entonces) Luis Lopez Mendez y Andres Bello, la cual partió para Londres por el mes de Junio de 1810. — Data desde entonces la amistad que siempre se profesaron Bolivar y Bello, de la cual recibió este pruebas mui honoríficas hasta la muerte del heroe venezolano.

Diez y nueve años consecutivos permaneció el Señor Bello en Inglaterra, a escepcion de algunas breves escursiones por la Francia.

Su vida allí fue siempre laboriosa, prestando servicios importantes a las legaciones de Colombia y de Chile, y publicando algunas de las obras que le han granjeado lugar entre los primeros literatos y publicistas en la America que habla lengua española.

Nunca perdió de vista en estas tareas, ni el suelo ni los intereses reales del continente a que pertenecia por su nacimiento.

Convencido de la poca luz intelectual que alumbraba en America, y de lo necesario que era desvanecer errores que sobre cosas americanas reinan cabida, aun entre los sábios y estudiosos de Europa, contribuyó a la fundacion y redaccion de dos publicaciones periódicas consagradas esclusivamente a aquellos fines.

Nos referimos a la «Biblioteca Americana» y al «Repertorio Americano,» que empezaron a publicarse en Londres; la primera en 16 de Abril de 1823, y el segundo en Octubre de 1826.

Los numerosos y variados artículos firmados A. B., en aquellas publicaciones, son orijinales, estractados o traducidos por el Sr. D. Andres Bello. — y no a nuestro juicio, sino al de personas competentes, ya traten de literatura amena o de crítica, ya esplíquen el uso de una fórmula algebrica o un fenómeno de la naturaleza, llevan siempre aquellos artículos el sello de recomendacion que ponen a sus producciones, el talento, la reflexion y la propiedad del estilo.

Iguales méritos distinguen a las obras que el Sr. Bello ha publicado en Chile desde su llegada a este pais en 1829. De ellas mencionaremos las siguientes:

«Principios de Derecho internacional: 2.ª edicion corregida y aumentada.» — 1844. «Principios de la ortología y Métrica de la lengua castellana.» — 1835. «Análisis ideológica de los tiempos de la conjugacion castellana.» — 1841. «Teoría del entendimiento.» — 1843 y 44 [1]. «Proyecto de codigo civil» [2] «Discurso en el acto de la instalacion de la Universidad de Chile» en 17 de Setiembre de 1843 [3].

En cuanto a las producciones poéticas del autor reunimos ahora las que ya han visto la luz pública, pero es esta la primera vez que aparecen en un cuerpo.

El mérito de ellas ha sido reconocido desde mui atras. En 1826 reproducian con encomio las prensas de Buenos Aires, los fragmentos del poema titulado «America» [4]. El Cantor de la batalla de Junin, llama «brillantísima composicion» a este poema, y en nombre de la «patria y de la buena literatura» se considera autorizado para exijir su continuacion [5]. Un elegante literato al adoptar los pensamientos del Sr. Bello, no cree justo citarle sin añadir el dictado de «escelente poeta» [6] y mas de un periódico de nota se ha recomendado ante el público anunciando la reproduccion de algunas de estas poesías [7]. Finalmente, el elocuente autor de las «Delicias y ventajas de estudio» concluye su escursion por las regiones de la imajinacion con el siguiente juicio sobre el templo del talento poético del Sr. Bello:

«Reflexivo como Pindemonte, filosófico por carácter y por la fuerza de su razon, dotado de conocimientos vastos »y profundos, inspirado del cielo para comunicar a sus lectores una centella del fuego divino, ora cante Bello los »gloriosos hechos los claros adalides de nuestra revolucion, despertando recuerdos que agitan y exaltan el alma; »ora pinte la majestuosa naturaleza, las bellas escenas y las ricas producciones de las regiones tropicales, entre»gándose a las inspiraciones del entusiasmo; ora nos exorte a la práctica de la virtud y al amor de la patria, »encontraremos siempre en sus composiciones elegancia e independencia, sentimientos puros, alta moralidad, »elevados y nobles pensamientos, y una ardiente pasion a la Libertad racional y a la paz [8].»

LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA.

¡Salve, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribes
El vago curso, y cuanto ser se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas; tú la uva

Das a la hirviente cuba:
No de purpúrea fruta o roja o gualda
A tus florestas bellas
Falta matiz alguno: y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano

---

1 Crepúsculo: periódico de Santiago, desde el núm. 1.º al 12 del tomo 1.º — En este mismo periódico (tomo 2.º se rejistran dos artículos del mismo Sr. Bello, bajo el epígrafe «Historia literaria,» el 1.º sobre el «Origen del romance caballeresco» y el 2.º sobre la «Influencia de la poesía jermánica en el romance.»

2 En el «Araucano» periódico oficial hebdomadario.

3 Se rejistra en el Araucano de 22 de Setiembre de 1843. «El Dia» periódico de Bogotá del 1.º de Enero de 1844, núm. 203, año 3.º, dice al reproducir este discurso: «El Dia se complace en reproducir íntegramente este documento »tan sentencioso y profundo en el fondo, como brillante y natural en la forma: es una pieza literaria que confirma la alta »nombradía de su autor, y que descubre en él una alma noble, religiosa y elevada; manifestando así prácticamente »que la verdadera y sólida ilustracion, lejos de estar en divorcio con los principios morales y religiosos, necesita »de ellos para su progreso y para hacer la felicidad social.... el Sr. Bello tan conocido en el mundo literario, y sin »disputa el primer literato de América, es el autor de aquel discurso: su nombre solo es la mejor recomendacion de »esta obra con que se engalana «El Dia» al principiar el año de 1844.»

4 «Teatro de la opinion» tomo 2.º núm. 6.

5 D. José Joaquin Olmedo — en la nota 6.ª a su Canto a Bolivar.

6 Rafael María Baralt — «Resumen de la historia de Venezuela.» Paris 1841.

7 Prospecto del «Liceo Venezolano.»

8 El Sr. D. Juan García del Rio. — «Museo de ambas Américas.» tomo 1.º

Facsímil de dos páginas de la *América Poética*, primera colección de poesías hispanoamericanas publicadas en *1846* por Juan María Gutiérrez. El libro se inicia con la *Alocución a la Poesía* de Bello. Las dos páginas que se reproducen contienen la notagráfica sobre Bello y el principio de la Silva *La agricultura de la Zona Tórrida*.

va capa social; redimida por el Evangelio de la Revolución, en el campo de la cultura.

El poeta, pues, por sobre todas las cosas busca la sencillez, lo espontáneo que brota, como fuente cristalina, de lo más recóndito de la selva americana, bien en el hombre nativo que también es naturaleza, bien en la naturaleza misma, o sea en el campo.

Pero Bello no se limita sólo a la naturaleza admirable del Nuevo Mundo como poeta, sino que como filósofo también estudia al hombre.

Platón hace decir a Sócrates que no es posible encontrar la ciencia fuera del hombre. Para el padre de la filosofía griega, como para todo filósofo, el hombre es lo esencial.

La criatura humana es la más importante obra del ingenio divino. Los filósofos griegos estudian al hombre en todos sus aspectos, si bien es cierto que daban mayor importancia a la inteligencia que al sentimiento. Porque verdaderamente, para ellos, la psicología estaba confundida con el pensamiento.

No conocían ciertamente la profundidad del alma, porción de la humana criatura misteriosa y oscura que apenas existe de cierto tiempo a esta parte y que, en la vida moderna, adquiere tanta importancia.

La novela contemporánea se mueve en estas dimensiones. Por lo que a pesar de emplear métodos conocidos por los poetas épicos, encuentra para su desarrollo la novedad de una región de mayores profundidades. Puede decirse que la novela es la historia de un héroe, al parecer vulgar, visto por dentro.

No obstante la época y su amor a la cultura de su siglo, Bello es uno de los temperamentos más objetivos que existe.

Y al decir que es objetivo lo reintegro al clasicismo, cuando lo que más importaba era la inteligencia en todas sus manifestaciones.

La ciencia absoluta, como suele decirse al referirse a ella, entraña el conocimiento de todas las cosas. Pero la ciencia es positiva, especialmente en la época de Bello.

De allí que en toda su obra, en cuanto a método, aparezca el positivista. Hay, sin embargo, un punto donde los sentimientos de la época no logran penetrar: la religión.

Conservó durante toda su vida —y fué larga la de Bello— los principios religiosos que imprimieron profundamente en su alma las candorosas palabras de los nobles maestros virgilianos de su juventud.

Pero es un positivista en todo cuanto no atañe a la religión. Un positivista por lo que a la comprensión del mundo, como fenómeno, se refiere. Por cuanto a los ideales propugnados por él en materia educativa, bien pudiera enclavársele en el grupo de los pragmatistas.

Filósofos de esta escuela han establecido la diferencia que existe entre los antiguos pedagogos, los cuales juzgaban la educación como una preparación para vivir, y los modernos que la consideran como un proceso en la vida.

Nadie entre antiguos y modernos, podría encontrarse más acorde con esta tendencia que Bello. De allí que toda su vida no fuera otra cosa que un continuo educarse, un sostenido proceso de transformación, de superación. Su sed de conocimientos no conoció límites posibles. En todo momento leía. No daba tregua a la lectura ni siquiera para comer. Se dice que respondía a quienes en su avanzada edad le aconsejaban que no cometiera tal imprudencia: "Las Partidas son un gran digestivo". Frase llena de humor, de un humor sano. Alguien ya ha señalado, con bastante agudeza, que en Bello había también un humorista. No podía ser de otro modo. En parte era fruto retrasado del siglo XVIII. Sonrisas y sangre. Encajes y acero. Epigramas y madrigales.

Sin duda Bello tuvo el sentido de la educación de los modernos pedagogos. No es éste un medio para llegar a una meta, sino un camino que camina. Educándose educa. Su obra, de consiguiente, tiene la calidad de ensayo. A pesar de ser tan perfecta, contiene algo de perspectiva.

Pero, en la poesía es donde más se advierte este sentido de ensayo. Parece que cada uno de sus poemas es un esfuerzo, para llegar a otros de mayor importancia. Así se va superando

hasta la perfección de las Silvas americanas. Es lástima que el canto *América* no lo hubiera concluído.

A este respecto es bien revelador el hecho de que haya una repetición de las mismas metáforas en los poemas la *Alocución a la Poesía* y la *Silva,* así como metáforas e ideas esparcidas por doquiera, que recoge con mayor brillo en estos frutos de su madurez.

En la constante búsqueda del propio paisaje se arriesga Bello por sendas completamente nuevas en la incipiente literatura americana. Y es un constante hallazgo su peregrinar. Nada semejante a la *Silva a la Zona Tórrida,* por brillo y novedad de sus metáforas, se había hecho en América.

Puede decirse que con él nace una forma peculiar de la expresión traslaticia: una metáfora que excede en vivacidad a todo lo que hasta entonces se conocía entre nosotros. Pero que no es totalmente nueva si se tiene en cuenta que en muchos de los poetas —cronistas de la época de la Conquista— como Juan de Castellanos, aparecen algunos versos dedicados a cantar la naturaleza americana, no exentos de originalidad; y que sin duda alguna, por el sentimiento que expresan de la variada selva tropical, tienen cierta sensualidad expresiva que les da un gracioso aire de familia con la poesía de Bello. Sin embargo conviene recordar que en aquéllos las metáforas son frutos naturales y un poco desordenados de una imaginación estimulada por la grandeza del paisaje, mientras que en Bello son productos de la concepción de una poesía típicamente americana y de una vigilada disciplina estética.

El pedagogo nunca duerme. La poesía es camino de perfección que ofrece a sus discípulos. En su ejercicio depura su alma sensitiva, templa el metal de sus penas, bien cuando recuerda la Patria distante, bien cuando evoca la hija desaparecida, especie de luminosa estela para su alma abatida, en medio al césped lento de la muerte.

El viejo escolar, en la serenidad recoleta de su cuarto de estudio, cuando dejaba los densos libros de investigación

filológica o de cualesquiera otras disciplinas, se entregaba a la dulce tarea de rimar; pero no como pasatiempo ni descanso. Nunca lo conoció la agilidad de su pensamiento. Su poesía revela trabajo. Un trabajo minucioso de orfebre. De allí que sus poemas parecen hechos de fragmentos. Algunos podrían aislarse en magníficos epigramas por la perfección de la forma y la riqueza del contenido.

La unidad poemática de sus largas composiciones revela honda meditación; y el equilibrio, esto es, la paciente realización sin que nada falte ni nada sobre, es el fruto de vigilada experiencia.

Es indispensable establecer, llegados a este punto, la diferencia que existe entre ensayo, de que hemos venido hablando, e improvisación. Nada hay tan distante de Bello como la idea de improvisación. En él nada es improvisado. Todo nace de una profunda elaboración mental, de un largo proceso espiritual. El mundo de Bello, en el que se mueve ampliamente, es una concepción intelectual. La realidad truécase en fantasía. Las cosas que lo rodean están investidas de una noble calidad de pensamiento. Esto explica que pueda, en forma original, hacer propios ajenos pensamientos y trasladar a escenarios americanos episodios que se realizaron en campos completamente exóticos.

En verdad, lo exótico no existe para él. Los poemas románticos de Byron y de Hugo, situados por el amor a lo pintoresco de aquellos ingenios, bajo la luz de cielos orientales, con el influjo de su palabra creadora adquieren como una nueva emotividad y gracia. Un proceso de elaboración mental se ha efectuado lentamente: no traduce, crea. Con pensamientos adquiridos en ricos graneros hace obra propia. Por ello en su poesía se confunde lo original y lo adquirido. Por ello sus creaciones sin perder la frescura de la inspiración ingénita, recuerdan los mejores tiempos de la lírica española.

Clásico en segunda potencia que es cosa completamente diferente que pseudo clásico. El clásico en segunda potencia, cuyo arquetipo es Goethe —que tampoco deja de ser ro-

mántico —es un temperamento vital, revolucionario si se quiere, que vive de los clásicos, que no prescinde de la cultura sino que se ampara en ella para reaccionar contra formas preteridas. En este mismo rango, entre los escritores del siglo XVII español, siglo normativo, podríamos con todo acierto colocar a Don Francisco de Quevedo. Aún sus novelas que reflejan de modo realista el panorama político de la época, acusan influencias de obras anteriores. Quevedo vive de influencias literarias. Su mundo es una estructuración mental, voluntariamente fabricada con materiales de pasadas civilizaciones. Un andamiaje culto, intelectualista, por lo que en su estilo y en sus invenciones prevalece un ingenio que, en veces, llega a ser fatigante por artificioso. Reverso de Cervantes en cuyo ámbito todo parece natural. No podríamos imaginar a Quevedo leyendo los papeles rotos de la calle. Tampoco podríamos concebir que lo hiciera Don Andrés Bello. Ni el uno ni el otro tienen paño para estos menesteres. Su ciencia no les viene de lo popular, romances de ciegos y canciones de soldados rodadas por el viento, sino de latinos profundos de bibliotecas conventuales. Por lo que Cervantes, en todo momento, será el clásico genuino de las letras hispanas, a menudo desprevenido en sus expresiones, pero siempre atinado en sus conceptos y uso del lenguaje con que suelen expresarse sus personajes en la vida cotidiana.

Muchas veces se me ha ocurrido pensar, repasando los versos de Bello, en Don Francisco de Quevedo, no ciertamente por los motivos que los inspiran, sino por la forma. Nada más parecido al endecasílabo de Quevedo que el de Bello. Ambos construyen el verso con una precisión notable. Ambos conservan, como ningún otro poeta castellano, el sentido lapidario de la estrofa latina.

Dígase lo que se quiera, pero si con algo tiene semejanza la *Silva a la Zona Tórrida,* por su elaboración, es con los poemas de la escuela cultista o intelectualista del Siglo de Oro. Don Francisco de Quevedo fué su más conspicuo representante en España, y Bello, a mi entender, su más atildado cultivador en América, precisamente en la época en que

nuestra poesía tendía al pseudoclasicismo, a una expresión sin grandeza, circunscrita a la forma exterior, como suele acontecer siempre que se toma como norma estética la retórica de una tendencia, sin parar mientes en que toda expresión verdaderamente artística, responde, bien a un ideal colectivo, bien a una idiosincrasia personal.

Pero el cultismo de Bello, con todos los matices de su alma equilibrada, constituyó una reacción contra esa poesía artificiosa y circunstancial, que a despecho de la frescura y rusticidad de nuestra vida, cultivaban poetas de escasa inspiración.

Toda obra poética grande entraña una reacción contra el pasado inmediato. Contra la vulgaridad. Porque toda escuela después de culminar en sus representativos, degenera en repeticiones; pierde novedad. Se necesita que el viento, soplando en los jardines marchitos, arrastre la hojarasca. Pero entre la seroja siempre hay flores sostenidas por la savia vital al tallo robusto. Volverlas a encontrar es obra de recreación, labor de crítica. Bello es al par crítico y poeta. Con su ejemplo reanima formas desdeñadas y con su crítica enseña. Ambas cosas se encuentran en su misma poesía. La Silva ha sido modelo para muchas generaciones. En este sentido puede ser considerado como un poema didáctico, pero por la inspiración es lírico. Las metáforas son de un lirismo que no aceptaría la épica. La desventura y la grandeza de Bello es la lucha con el medio; sus versos responden a este dolor, acción íntima del poema, por lo que, no obstante la forma descriptiva, tienen las silvas el dramatismo interior de los poemas líricos.

El retórico adocenado, el falso escritor, se conforma con los modelos heredados. Pero el verdadero poeta comienza por romperlos. En todo gran escritor hay un aventurero. Un pirata que roba en mares infinitos, embarcaciones cargadas de ricas joyas. Las roba para deformarlas y hacerlas propias. Sin riesgo no hay belleza posible. La serenidad es una belleza indiscutible, pero es bella cuando supera el dolor; si no, es simplemente retórica.

Mucho teme el hombre sedentario a la aventura cuando ésta entraña un esfuerzo muscular. Pero el tímido hombre de estudio no teme la más terrible aventura del pensamiento en trance de creación. ¡Con cuánta audacia se lanza por mares desconocidos, con cuanta impaciencia sondea báratros profundos del espíritu, con cuánta delectación rompe barreras y se atreve hasta a profanar regiones intocadas!

En esta aventura del pensamiento, el tímido Don Andrés Bello no tiene par en nuestras letras ni émulo en las de América. Nadie como él penetró los secretos del lenguaje, de la filosofía de su época ni de la historia del pensamiento español en las pasadas. En su afán de conocer al alma española descifra los secretos del romance, expresión popular, colectiva, cuya dramática adustez casi no tiene parangón en otras literaturas de Europa.

No tiene parangón porque precisamente el romance no pertenece a la "culta Europa". Nace como hierba espontánea de una tierra en barbecho. España siempre está en barbecho. Tiene el romance la sobriedad espléndida de la llanura. Diríase que es como las hojas que la cubren y que en cierto modo tienen el color de la tierra. Todo en Castilla es del color de la tierra. No hay nada tan telúrico en el mundo como la meseta castellana. Los versos del Poema del Cid son tierra, y tierra a pesar de lo espiritual de ellos, los poemas de Santa Teresa.

Nuestra llanura dilatada tiene un color plomizo, algo vago entre tierra y nube, algo que llevó a Lazo Martí, el mejor cantor de la llanura, a decir que el Llano es una ola que ha caído y el cielo es una ola que no cae. Pero en Castilla el cielo, el que pintan los pintores castellanos, tiene algo de tierra en sus colores, algo perenne, fuertemente cimentado, que no es ni puede ser pasajero.

Imposible encontrar en el cielo castellano nada que pueda parecer una ola: un poco de agua que está por caer. En cambio el Llano tiene semejanzas con el mar. El viento entre las hierbas raseras tiene cierto rumor de agua; pero en Castilla nada hay que recuerde el agua: Castilla es sedienta.

No hay frescura en el romance. Bello transita por esta sequedad, por esta tierra del color de la tierra, pero no se contagia de ella. Nada existe más fresco, de un verdor más reciente, que la poesía de Bello. Es un trozo de paisaje rusticano, un paisaje donde las hierbas crecen con abandono de égloga, de una égloga cantarina, como la nota larga de los vientos marceros sacudiendo las flautas ingentes de las "espigadas tribus".

No se contagia Bello de la sequedad española. La tierra enjuta no penetra en su alma. El paisaje sediento no agosta sus manantiales. La opacidad de los adustos rincones de la llanura, no apaga la vena de agua que brota de su interior fontana. Su trato con escritores ascéticos no marchita su panteísmo de hoja verde. Tiene un sentimiento esperanzado de la naturaleza. Ama las cosas con pasión lejana, platónica. Nunca trata de poseer el secreto de una naturaleza que respeta; su poesía del campo tiene una alada gracia virginal.

Como un tímido mancebo enamorado contempla las rosas, pero no las deshoja. No se deja llevar por el arrebato de la inspiración poética ni religiosa, ni por el agónico de los santos de Castilla, ni por el satánico de Byron, no obstante tener por unos y por otros profunda admiración.

De todo esto se desprende la diferencia notable que existe entre el sentimiento religioso de Bello y el de los escritores españoles: Bello no es asceta. No es un desesperado de esperar: un agónico, como diría Unamuno, ni un náufrago, como dice Ortega. Ni lo uno ni lo otro . . .

Bello es un hombre sereno. Un contemplativo para quien la religión significa esperanza y no tortura. Cada vez que expresa sus sentimientos religiosos los asocia a la naturaleza, bien en su obra inspirada directamente en ella, bien en la que brota, no menos original por cierto, del fondo riquísimo de su cultura.

A este respecto debo decir que Bello, como todo escritor culto, no tiene obra absolutamente original. Sus poemas están enraizados con los de otros escritores anteriores por lo

que de aquéllos tomaron, y vigentes en producciones posteriores por influencias secretas o delatadas.

Así todas sus obras nacen del fondo de su cultura, de un esfuerzo intelectual. Sin embargo es original... Lo que generalmente suele llamarse un creador... Pero ¿qué es un creador? ¿Qué significa en arte esta palabra? ¿Cuál de los grandes escritores ha sido creador? ¿Cuál ha sacado sus obras de la nada, de la ignorancia?... Ninguno. La creación en el sentido simplista que suele dársele a la palabra, no existe.

Durante muchos años —soberbia de nuevas generaciones, que no conocieron los antiguos, maestros en la repetición—, se ha estado hablando de creación, sin recordar que el arte, cuando es verdadero arte, no hace otra cosa que reproducir. El arte es imitación. Desde que el hombre comienza a escribir, o mejor, a pensar, no hace otra cosa que imitar. El lenguaje que es la forma primera de la imaginación poética no es otra cosa que una imitación.

El arte tiene un hondo sentido humano, de universal comprensión, precisamente por ello: porque es una imitación que se viene perfeccionando a lo largo de los años. Por lo que en el poema más reciente y desprevenido de influencias culturales, encuéntranse sin duda, reminiscencias de épocas anteriores.

A pesar de la constante repetición, logra el arte, por su ingénita generosidad, escapar a la monotonía, porque la belleza no está en las cosas sino en el hombre y la originalidad en la capacidad emotiva del temperamento receptor. Así de pronto, nos sorprende una expresión, una metáfora o la belleza de una flor, aunque anteriormente hayamos estado en contacto con ellas. Y esta capacidad de emoción hace al poeta... Poeta también es el lector en trance de comprender la originalidad de las cosas, o lo que es lo mismo su propia originalidad.

Este estado de alma, suerte de una virginidad que se renueva, es conocido por los místicos— que tanto saben de estas cosas— como el estado de gracia. También los pri-

meros poetas, vecinos a los dioses, le dieron el nombre de inspiración.

La rosa, mil veces vista en el jardín, se hace nueva cada vez que la contempla una pupila que ama la rosa, como se hace nueva una metáfora cuando la capta una persona que tiene sensibilidad para el lenguaje. La única creación posible en poesía es el lenguaje, la propia expresión, la manera de exteriorizar la imagen, forma visible del conocimiento subjetivo que tenemos del mundo. Por eso Bello, no obstante expresar en la mayoría de las veces impresiones tomadas en ajenos huertos, tiene una forma original, como la tiene Garcilaso, a pesar de que recuerda fuentes italianas y la tiene Shakespeare, pese al influjo, delicado y sangriento, de Florencia y de Venecia en sus comedias.

La poesía de Bello puede clasificarse como una gramática de la sensibilidad. Y, por lo tanto, el vocablo de este poeta del lenguaje es una verdadera poesía. Pocas veces hemos visto mayor unidad y compenetración de ideas, sentimientos y palabras. Cuando Bello habla parece que las cosas adquieren una vida singular. En esta vitalidad del lenguaje es un verdadero émulo de Cervantes. La Zona Tórrida tiene en su poesía un color especial. Se siente su paisaje: la gracia de un paisaje visto con amorosa inteligencia. Así el maíz es "jefe altanero de la espigada tribu", el algodón "rosa de oro y vellón de nieve", el cacao "urna de coral" y el cielo de nuestros crepúsculos magníficos, "cambiante nácar". Hasta el mismo viejo torreón de la hacienda solariega tiene una personalidad, se diría paisaje de un torreón, comparable al de los molinos y posadas de Cervantes.

En todas las expresiones de Bello, hay, sin duda, una gran originalidad idiomática. Escribía como pensaba. No era la literatura en él artificio. Nació para escribir como otros nacen para cantar. Su expresión es por naturaleza poética. Cuando se adentra en campos más estériles, lo hace impulsado por la necesidad de expresión. Estudia para escribir porque necesita darle forma a sus ideas. No es la escritura para él sacrificio impuesto por la necesidad; no

podía quedar almacenado su pensamiento, puesto que no permanecía estático, sino que adquiría nueva forma. La novedad no se resigna a la anonimia. El proceso de elaboración o de gestación, concluye solamente con el parto. El fruto no se queda en semilla si la semilla conserva intacta su potencialidad. El fruto animal, vegetal, o intelectual una vez elaborado, pugna por vivir y, sobre todo, por independizarse del lugar donde sufrió la oculta transformación.

Los escritores que leen y no escriben, o mejor que no sienten la necesidad de escribir, son aquellos que no elaboran lo que leen sino que lo conservan en la misma forma que lo captaron. Los que, dicho de otro modo, no tienen imaginación creadora. Porque, ciertamente, no hay mayor tortura que la de la imaginación, constante transformadora, hilandera que con hilos vulgares teje hermosas telas, que con palabras corrientes hace ricas metáforas.

Bello es el arquetipo del escritor. Por lo que escribe siempre, constantemente, de diferentes materias. Escribe textos de Derecho y en sus definiciones roza la poesía, que nunca dejó de serle fiel; como fray Luis de León contempla el cielo entre arrobamientos candorosos y como Newton intuye la poesía de los números.

Bello en su comprensión enciclopedista de las varias actividades del pensamiento, tenía, como Voltaire y como Rousseau, un concepto poético de la ciencia; pero su estética no aborda con frecuencia la metafísica. Su temperamento latinoamericano la rehuye. Siempre posee una claridad mediterránea. La claridad de sus maestros latinos. La claridad de nuestro sol tropical. Parece que la belleza emana de su comunión con la naturaleza y especialmente de su sentimiento del lenguaje, de la palabra que perseguía hasta su más íntima esencia.

Poesía y lenguaje. Así podemos clasificar la obra de Bello, romántico por cuanto significa comprensión del paisaje —el hombre es también paisaje en nuestra América. Clásico, por derivar su obra del fondo inmenso de su cultura, fluencia de una tradición noble que asume, sin desvir-

tuarse, caracteres de novedad americana al pasar por su temperamento extremadamente sensible de hombre nuevo de estas latitudes.

LA FILOSOFÍA DEL ENTENDIMIENTO.

No podemos juzgar a Bello únicamente por su obra de creación poética. Si esto se hiciera perdería el sentido de unidad que tiene. Para situarlo en el puesto que le corresponde, excepcional desde todo punto de vista en el panorama intelectual de su época, es preciso seguirlo paso a paso en la amplitud de su actividad intelectual, bien se trate de obra poética propiamente dicha, o de las otras de carácter didáctico, las cuales, sin duda alguna, constituyen la parte más numerosa de su ardua labor.

Tanto unas como otras obedecen a un mismo impulso de su inteligencia creadora, a un mismo concepto de la vida, a una misma actividad interior, suerte de íntima fuerza que lo lleva a penetrar la belleza, pero no de un modo sentimental, como suele acontecer a la mayoría de los poetas de su tiempo, sino con una aspiración intelectual, elaborada, sutilmente elaborada, merced al profundo estudio del ambiente y, ¿por qué no decirlo?, de los modelos que se había propuesto seguir desde su juventud.

Al hacer esta observación no nos mueve prurito alguno de justificar la actitud llamada didáctica de la poesía de Bello, sino destacar, por lo que tiene de importancia para la comprensión de ella, que la poesía de Bello es una manifestación de su pensamiento filosófico, de su sentido de universalidad y de hondo espiritualismo, bien que como ya he manifestado, los métodos que emplea en el análisis del hombre y de la naturaleza, generalmente lo acercan a las escuelas modernas, que por aquellos tiempos de transformaciones vitales —romanticismo— comenzaban a difundirse por todos los países de América.

Acaso la obra en donde mejor pueda verse esta tendencia de Bello a la universalidad, a la captación de todos los mé-

todos o sistemas de pensamiento, creados hasta entonces por el hombre, sea la *Filosofía del Entendimiento.*

Consideramos este libro, en su perspectiva histórica desde luego, indispensable para el conocimiento de Bello; para poder comprender la magnitud de su pensamiento y explicarse el carácter enciclopedista de su obra profunda.

En aquellos momentos iniciales del pensamiento verdaderamente americano, la situación de Bello, con relación a las nacientes repúblicas hispanoamericanas, era de gran responsabilidad. Su palabra, autorizada por años de experiencia en países de mayor cultura, era oída atenta y fervorosamente por todas las naciones que se incorporaban, con anhelos de renovación, a la cultura universalista y humana del siglo XIX. Su pensamiento fué seguido en Chile por un grupo de jóvenes que escuchaban sus lecciones bajo el influjo de su mirada serena y persuasiva y, en otros climas, por los que leían en *El Crepúsculo* los artículos en que aquel grave intelectual definía la posición que había adoptado, con relación a la psicología y otras disciplinas de la inteligencia, precisamente en momentos de controversia contra el pasado escolástico.

Mediaba el siglo XIX. Bello tenía 64 años. La cabeza armoniosa, como sus pensamientos, coronada por canas de una blancura azulosa. Un reflejo de sabiduría sobre la frente ancha. La boca de trazos finos conservaba la amable sonrisa, brasa apagada de una juventud bondadosa.

Dos cosas hay en Bello que conservan la gracia de la juventud hasta bien entrado en años: la sonrisa y la mirada. Ni la una ni la otra pierden su candor al recorrer las sombras del arrabal de senectud de que nos habla el poeta Jorge Manrique. La lectura constante no apagó la luz de aquellos ojos hechos para posarse sobre todas las cosas. Ni los dolores e injusticias, con ser muchos los que abatieran su alma sensitiva, borraron aquella sonrisa, forma exterior de la íntima serenidad que en él, por la fuerza de la meditación constante, había superado la humana flaqueza.

Bello contaba para razonar con precisión en todas las

disciplinas del saber con la preparación escolástica con que lo había iniciado en la vida del espíritu, Don Rafael Escalona. Por lo tanto, bien armado penetra las ideas del tiempo y toma parte activa en las controversias que para entonces se suscitaban entre las opuestas tendencias de la psicología, ciencia que, por su novedad, solicitaba la atención de los espíritus inquietos y, muy esencialmente, la de los jóvenes.

Pero aquí, como en todas las manifestaciones de su vida, aparece su temperamento sereno. Así, el intelectual enciclopedista, sin la pasión de los Maestros franceses de aquella escuela, mantiene, no obstante lo amplio de su ideología, un templado equilibrio en el pensamiento.

Su ciencia, con la constante observación de la naturaleza y alma americana, no podía tener otro sentido que el del acercamiento a la vida del campo, la estabilidad de la sociedad al amparo de las leyes que la rigen y la armonía entre los hombres, lograda por medio de la inteligencia, esto es, por medio de la ilustración.

En aquel momento, cumbre de madurez de un siglo inquieto, cuando los nacidos bajo su signo frisaban en los cincuenta años y los que quedaban del pasado tramontaban los sesenta, Bello enfrenta el arduo problema de definir su situación. No hay que olvidar, por lo que esto contiene de lucha interna, la resonancia que su actitud asumiría en países como los de América, cuya nueva mentalidad tendía a asimilar, bajo el prestigio de doctrinas exóticas, las más recientes formas del pensamiento.

Por lo tanto, la *Filosofía del Entendimiento* representa, sin duda, un tenaz esfuerzo mental realizado por Bello, en la madurez de sus años, bien para encontrar su propio camino, bien para iluminar el de las generaciones que de él aprendían, con verdadera devoción, los más intrincados secretos del arte y de la ciencia.

Y, como pocas veces en la vida de otros hombres, su palabra adquiere una serenidad magistral: "Entre los problemas —dice— que se presentan al entendimiento en el

examen de una materia tan ardua y grandiosa, hay muchos sobre que todavía están discordes las varias escuelas. Bajo ninguna de ellas, nos abanderizamos. Pero tal vez, estudiando sus teorías, encontraremos que su divergencia está más en la superficie, que en el fondo; que reducida a su más simple expresión, no es difícil, conciliarlas; y que, cuando la conciliación es imposible, podemos a lo menos ceñir el campo de las disputas a límites estrechos, que las hacen hasta cierto punto insignificantes, y colocan las más preciosas adquisiciones de la ciencia bajo la garantía de un asenso universal. Tal es el resultado a que aspiramos: resultado que nos parece, no sólo el más conforme a la razón, sino el más honroso a la filosofía".

Hay, sin duda alguna, muchas tendencias en el ámbito filosófico de aquellos días augurales. Pocas épocas en la historia del pensamiento humano encuentran para su universal expresión, mayor fecundidad; y, ¿por qué no decirlo?, mayor anarquía. Los espíritus conservadores se obstinaban en mantener las creencias antiguas, por virtud de su sola antigüedad, sin parar mientes en que el hombre y, de consiguiente, el pensamiento viven en constante evolución.

En modo alguno podía ser igual la filosofía de un Erasmo, por ejemplo, condenado por las circunstancias de su época a viajar a caballo, a la de un filósofo moderno, de aquellos tiempos turbulentos, capaz de emplear otros medios más rápidos de locomoción.

Y aquí está la principal grandeza de Bello como poeta y como filósofo: hijo de una sociedad pequeña y familiar, de un medio más o menos restringido, de la severa disciplina de aquellos monjes maestros, que a la sombra de libros austeros, lo adoctrinaron en los latines litúrgicos y de Escalona que le enseñó la escolástica; en un momento dado rompe con todas las ligaduras y echa a andar por caminos nuevos. Andar e innovar... Ésta es su vida. Andar de un extremo a otro del pensamiento serenamente como anduvo de un punto a otro del mundo. Peligrosa aventura para muchos; pero para él, no. Fuerzas le sobraron para recorrer desde

las páginas amarillas de las bibliotecas conventuales hasta las más recientes de Berkeley y Stuart Mill. Fuerzas también le sobraron para vivir por mucho tiempo en Europa y no dejar de ser americano.

Pero cuánta diferencia hay entre Bello, signo de claridad latina, y los españoles de su generación, muchos de los cuales como Salvá, Blanco White, y, sobre todo el inquieto Gallardo, fueron sus íntimos amigos y no pocas veces confidentes o cordiales contrincantes, sobre todo en lo que se refería a disquisiciones gramaticales.

Los escritores de aquellos tiempos, en España, se dividían en dos grupos, bien definidos por las circunstancias especiales por que atravesaba la Península. Los católicos y de consiguiente españolizantes, como Alberto Lista, con quien Caro, el notable crítico colombiano, compara a Bello por la pulcritud de su enseñanza; y los liberales y republicanos de espíritu inquieto, muchos de los cuales andaban a la sazón desterrados por el mundo.

En ambos grupos no hay nadie que no sea apasionado. Alguien, refiriéndose a la época de Godoy, ha dicho: "en el español la pasión duerme, pero no desaparece". Y la observación es importante por tratarse de aquel paisaje confuso de España; entre aristocrático y plebeyo —Goya y Ramón de la Cruz. Contrasta con aquellos temperamentos la figura de Bello, siempre morigerado, bien trate de política, bien de filosofía, bien deje mecer su espíritu en las ondas sosegadas de una poesía, generalmente de carácter pastoril.

Con razón en tiempos de tanta turbulencia se le ha llamado sabio. ¡Y qué cosa puede ser la sabiduría sino serenidad! No en vano se queman los carbones de la juventud en la contemplación del misterio. No impunemente se penetra en los secretos del corazón humano, abismos de grandeza y miserias; ni mucho menos, pueden frecuentarse las teorías que explican la condición humana, los sistemas religiosos o políticos, sin riesgo del candor. Pero si la decepción abate las almas débiles, para las fuertes es acicate, per-

diendo en el recorrido lo adventicio, mas no lo permanente. La fe en la propia obra, realizada o por realizar, sin duda es la salud del espíritu: la sabiduría.

No sería por modo alguno arbitrario ni interesado, tomando a Bello como arquetipo del hombre culto de América y muy especialmente del poeta, establecer la diferencia que existe entre el español y el americano, y, sobre todo por estar más definidas las características, entre el romántico europeo y el del Nuevo Continente que, desde luego, viene a ser nuestro clásico, puesto que toda nuestra cultura es esencialmente romántica.

Diferencia que para mí estriba, principalmente, en la cualidad contemplativa y de consiguiente poco violenta del poeta americano. En el sentimiento profundo de la naturaleza que lo lleva frecuentemente a un esperanzado panteísmo, concepto del mundo totalmente opuesto al ascetismo español: sequedad de alma de que ya hemos hablado, y que apenas desaparece en algunos personajes de índole popular en el teatro, ¿por qué no decirlo?, espontáneo, de Lope de Vega y los dramaturgos del Siglo de Oro.

Pero volvamos a la *Filosofía del Entendimiento,* obra cumbre en la actividad creadora de Bello. Obra crepuscular —suave luz matizada— que resume el pensamiento activo de toda una vida.

Tiene la serenidad de las cumbres, el resplandor de los cielos en el tramonto, la generosidad de la brisa, portadora de aromas y semillas. Cuando penetramos el ancho pensamiento que la anima, comprendemos el nombre de patriarca de las letras que dieron a Bello casi sus contemporáneos. Emana de sus páginas absoluta seguridad al par que un templado afán de entender, actitud constante de un espíritu atento a quien no turban las penalidades ni atemoriza la vejez.

Cargado de merecimientos, no se empeña, como generalmente sucede en la ancianidad, en aferrarse a un ideal, a una norma. Antes, por el contrario, intenta, aunque con un paso cansado por los años, penetrar en el huerto, para

muchos de sus contemporáneos cerrado, de las nuevas ideologías. Por ello, después de analizar opuestas tendencias en boga, dice: "Bajo ninguna de ellas nos abanderizamos".

No quiere abanderizarse. Pero, en modo alguno, por espíritu de oposición, de rebeldía, sino por un sentimiento filosófico, ya expresado cuando afirma que toda divergencia puede, cuando menos, reducirse. "Porque, si fuese tan grande, como pudiera pensarse a primera vista, la discordia de las más elevadas inteligencias, sobre cuestiones en que cada escuela invoca el testimonio infalible de la conciencia, sería preciso decir que el alma humana carece de medios para conocerse a sí misma, y que no hay, ni puede haber filosofía".

De nuevo encontramos en estos conceptos al hombre universalista. Para él el pensamiento es un todo homogéneo, una infinita relación sin divergencias insalvables ni solución de continuidad.

Sólo puede alcanzarse parecida actitud por una constante meditación, digámoslo así, por un sentimiento heroico de la inteligencia, ya que tal madurez revela y manifiesta una insistente renuncia de lo propio y aún de lo extraño, que en un plano intelectual también nos pertenece. Renuncia que no obstante resignados sacrificios, en ella misma encuentra su recompensa, como la tiene toda obra del espíritu, más que en la riqueza del fruto logrado, en el mismo dolor de la elaboración.

La ecuanimidad a que llegó el pensamiento de don Andrés Bello, después de la marejada de su vida social e íntima, tenía que ser, porque la naturaleza tiende al equilibrio, la recompensa a una existencia de sacrificios, dedicada al estudio y al bien de América; pues si ciertamente Venezuela lo vió nacer y Caracas fué su cuna, América fué su Patria.

Para él como para muchos filósofos de la época, la humanidad llegaría a la perfección por el estudio, por el desarrollo de la ciencia, o dicho de un modo más cónsono, por la educación.

Ésta es una expresión, desde luego, más humilde. Y

Bello, a pesar de la conciencia que siempre tuvo de su valer, era de natural humilde y humildemente procuraba acercarse a todas las cosas. Por lo tanto, no podía desdeñar en su afán de conocimiento al alma humana ni permitir que se le disputaran tendencias contrarias, lo que sería convenir en que "carece de medios para conocerse a sí misma, y que no hay ni puede haber filosofía".

Pero, ¿qué era el alma para Bello sino una manifestación de la inteligencia, de la mente, o si se quiere, para usar sus palabras, del entendimiento?

Todos sus raciocinios se fundan en hechos concretos. Ya hemos dicho que Bello era poco metafísico. De la filosofía ama, por sobre todo, la lógica. Suya es esta expresión, refiriéndose a la psicología, que a mi ver, aclara mucho su ideología: "Nueva será bajo muchos aspectos la teoría que vamos a bosquejar de la mente humana; porque para manifestar la armonía secreta entre opiniones al parecer contradictorias, y para deslindar el terreno verdaderamente litigioso, tendríamos a veces que remontarnos a puntos de vista generales y comprensivos de las sectas antagonistas; y otras veces nos será necesario manifestar por una severa análisis el lazo oculto que las une".

El pensamiento de Bello penetra profundamente en las ideas hasta encontrar "el lazo oculto que las une". Bien sabe el filósofo, el cotidiano profesor de materias arduas, que la mente humana, acaso por instinto de conservación, se resiste a aceptar novedades. Pero también tiene la conciencia, en la dulce madurez de su vida, de que no es la primera vez que se aventura por caminos nuevos.

De allí que emprenda la tarea, desde todo punto de vista necesaria entonces en América, de establecer con su *Filosofía del Entendimiento,* una armonía entre las varias tendencias que inquietaban el espíritu de la juventud, mediado el siglo XIX. Y esto asume gran importancia si se tiene en cuenta la autoridad que ejercía en las más avanzadas culturas del Continente.

Como director del pensamiento de una época, incan-

sable orientador de varias generaciones, no tiene parangón, si bien es cierto que muchos lo secundaron en la ingente tarea.

Su actividad intelectual a este respecto, llama profundamente la atención de cuantos lo frecuentaron. No apagó la experiencia, como hemos dicho, los impulsos generosos de su corazón ni agostaron los años la vena fresca del íntimo manantial. Fiel a su vocación, todavía en la ancianidad aprendía y enseñaba, doble tarea que constituyó la realidad de su vida. Su crítica, al parecer didáctica, fué un verdadero aporte espiritual para la formación intelectual del Nuevo Continente.

Así vemos que para los años de 1846 a 1849 publica en *El Araucano* y en la *Revista de Santiago* artículos de gran penetración sobre escritores, cuya influencia no podía pasar inadvertida para quien se había impuesto, labor verdaderamente patriótica, la divulgación de viejas culturas en las nuevas generaciones, desarrolladas, puede decirse, bajo la guía de su clara inteligencia.

Pero al decir divulgar, conviene insistir en la calidad de su obra, puesto que nunca escribía sin aportar, para mejor conocimiento de los escritores elegidos, sus experiencias personales en la materia tratada, sus hondos sentimientos de humanidad en la comprensión de la ciencia, su ingenio y perspicacia en la penetración de problemas intrincados del saber; en fin, su sensibilidad poética en la recreación de la obra y su sinceridad para entender el esfuerzo realizado por éste o aquel autor.

Jamás sorprendemos en Bello, bien se trate de autor consagrado por la gloria o tolerado por la severidad de los siglos, bien se dirija a un contemporáneo, de mayor o menor estatura, sentimientos que no correspondan a una íntima simpatía, a una persistente necesidad de comprender, a una inteligencia amorosa que, en muchas ocasiones, a pesar de la rectitud del juicio severo, lo lleva a disculpar ciertas debilidades o bien a ocuparse de algunas obras que, en rigor, no merecían que tal ingenio se detuviese en ellas.

Refiriéndose a Rattier, dice: "En la variedad de sistemas que dividen hoy la filosofía, cada cual es dueño de elegir los principios que más fundados conceptúe; y no somos tan presuntuosos que pensemos imponer nuestras opiniones a nadie".

No piensa en esta oportunidad, como no lo ha pensado nunca, imponer sus pensamientos, pero tampoco se deja llevar por la fácil corriente de los ajenos. Discute. Emplea la persuasión, la crítica orientada inteligentemente hacia la verdad. Una verdad relativa, como tenía que ser para el filósofo que durante los años de su dilatada existencia activa, había visto aparecer y desaparecer muchos sistemas filosóficos, en un siglo, como el suyo, cuando la filosofía, despojándose de prejuicios escolásticos, había entrado en los más recónditos secretos de la conciencia, noche de Dios infusa en el ser humano con el soplo divino de la Creación.

No pretende imponer sus propias ideas; pero tampoco se resigna a abandonar la palestra. Para él, espíritu vigilante, la lucha intelectual es una necesidad. Por ello afirma: "No es nuestro ánimo rebajar el alto concepto de que gozan en Chile las obras filosóficas de M. Rattier. Nosotros mismos hemos sido de los primeros en recomendarlas". Y no obstante recomendarlas, a la juventud por quien tanto aprecio sentía, o más bien por eso mismo, apresúrase a fijar los puntos en que difiere con las teorías del autor. De nuevo la discusión con los otros y consigo mismo como motriz de su obra creadora.

Aparece más firme en esta fase de su vida el espíritu reflexivo, el intelectual puro que se agita en círculos muy elevados del pensamiento, que no ceja un momento en el monólogo, diálogo con su propia alma, en un afán de descubrir la verdad y que en todo momento, por natural actividad de su inteligencia, mantiene una dramática polémica íntima.

Esta actividad, dramática, como he dicho, por lo que hay de fatal en ella, lo lleva a transformar —recrear, como se dice hoy— la obra de divulgación, dotándola de originalidad, bien en la poesía, síntesis de su pensamiento, bien en

la crítica, fruto de su generosa simpatía y madurez intelectual.

Si las obras de Rattier —afirma— "no son del pequeño número de aquellas en que campea algún gran principio original, que abra un nuevo y vasto horizonte a la ciencia, el autor ocupa a lo menos un lugar distinguido entre los escritores cuya misión es refundir trabajos ajenos, coordinarlos, y darles la forma conveniente para hacerlos entrar en la circulación general, misión, también, de alta importancia, y cuyo adecuado desempeño exige cualidades nada comunes".

Tiene Bello la facultad de retratar su espíritu en una frase. Parece que su pensamiento pugna siempre por salir a la superficie. Diríase que la avaricia de las ideas jamás afectó su personalidad. Se vierte en una expresión como en un espejo, cuya limpidez de luz estancada diera más brillo a la figura. Casi puede decirse que estas palabras, consagradas a Rattier, son rasgos sinceros de la autocrítica implícita en casi todos sus escritos.

Como una misión, no siempre fácil de cumplir, entendió Bello su obra de divulgación. Por esto abordó los más diversos temas y trató acerca de libros y autores que hoy conocemos principalmente por haberse ocupado de ellos el genial poeta de la *Silva de la Zona Tórrida*. Pero a más de considerar como una misión la tarea de coordinar pensamientos ajenos para facilidad de su estudio, afirma que su adecuado desempeño exige cualidades poco comunes.

En la filosofía de Balmes, encuentra Bello puntos con los que disiente, no obstante tener una gran admiración por el autor. El pensamiento vigilante de Bello, nunca se entrega. Su admiración no es rendimiento. Su crítica tiene una gran intimidad por ser confesión de su propia alma. Así, refiriéndose a Balmes, dice que la filosofía es "la ciencia de los hechos del sentido íntimo".

Intimidad, compenetración, verdadera actitud filosófica ante la naturaleza, ante la creación del hombre —intelectualidad— tal es la vida de Bello. De allí que pocas veces lo asalte la duda de su capacidad; de allí que siempre encuentre

una respuesta adecuada a profundas interrogaciones; de allí que tenga, como pocos, la facultad de objetivar todos los sentimientos, aún los más hondos. Su posición, por lo tanto, es la de un intelectual del siglo XIX.

Muchas son las teorías filosóficas elaboradas desde Platón hasta Balmes, muchas las interrogantes que se ofrecen a las diferentes escuelas. El alma humana anda siempre entre sombras. Pero Bello frente a tan arduos problemas encuentra, como siempre, la solución que satisface su inteligencia, que da seguridad a sus pasos. Las siguientes palabras, reveladoras de su pensamiento entre tantas vacilaciones, como entonces había, son frutos de destilada meditación: "La causa está, a mi ver, en que el alma confunde a veces las apariencias falaces de la imaginación con los hechos verdaderos suyos, en que el testimonio de la conciencia es irrecusable".

No puede imaginarse mayor frescura. Bello ha tramontado la cumbre de los años. La ascensión no ha sido fácil. En las vueltas del camino, como suele decirse, ha dejado algunas ilusiones. Alguna vez la maldad mordió su alma. Pero ni acíbar almacenó para ensombrecer su vida, ni disimuló el arma de la venganza para herir al enemigo en momento propicio.

Valiéndose de los pensamientos de Hugo y haciéndolos propios pidió a Dios por los enemigos, por los que habían destruído, en parte, su vida, alejándolo para siempre de la tierra donde había nacido; de los graciosos naranjos —oro, verde y carmín—, del apacible patio familiar; de los viejos libros sobre los cuales se espaciaron sus ojos infantiles: comedias de Pedro Calderón, églogas de Virgilio frecuentemente acariciadas por las manos del padre Quesada; gramática francesa que un día le cediera el conde de Ustáriz, su amigo intelectual, su compañero de lecturas, acaso su primer interlocutor en el inteligente diálogo del pensamiento vagabundo por zonas apenas entrevistas de la generalidad.

Por lo que sorprende el que este hombre más de una vez enlutado por la desaparición de un ser querido, más de una vez alcanzado por la mezquindad, tenga a la hora de

la vejez tanta mansedumbre de alma, tanta fe en la humanidad, tanto amor en la ciencia y tanta bondad en el corazón.

El testimonio de Miguel Luis Amunátegui es de indiscutible valor a este respecto. Y junto al de este meritorio escritor chileno, fiel guardián de la obra del insigne poeta, el de todas las personas que, por diversas circunstancias y actividades, tuvieron trato con Bello en las postrimerías de su vida.

Dice Amunátegui: "Cuando se sintió aquejado por las dolencias propias de la vejez, una inclinación natural aumentó su gusto a la medicina". De este replegarse en sí mismo, después de una arriesgada aventura espiritual por el mundo de los hombres y de las ideas, surgieron siempre conceptos que revelaban una profunda serenidad interior, no obstante la actividad persistente, brasa viva de la idea en elaboración. Porque su meditación no era pasiva, como frecuentemente acontece en los ancianos, sino que el pensamiento continuaba hilando entre experiencias fecundas, como en los mejores tiempos de su vida, hasta el punto de que son frutos de estas horas de soledad, pero no de despego a la vida que lo abandonaba lentamente, las correcciones definitivas al *Poema del Cid,* al *Orlando Enamorado* y a la *Filosofía del Entendimiento,* obra, como hemos dicho ya, de indiscutible valor, para el conocimiento exacto de su ideología.

Ejemplo de virilidad, de resignación cristiana y de conciencia en el valor que la propia obra tendrá para la posteridad, sólo lo encontramos parecido en Cervantes, quien con un pie puesto sobre el estribo del misterio, en el Persiles habla con dolor, pero sin amargura, de otros libros suyos que la premura del tiempo no le permitirá concluir.

Del libro de Amunátegui tomo este trozo del escritor francés T. Mannequin, quien, como testigo presencial, aporta datos inapreciables, relativos a la serenidad, expresión de su íntima sabiduría, del Patriarca de las Letras Americanas.

"He conocido —dice el señor Mannequin— a algunos

de los escritores escogidos por el señor Torres Caicedo, y podría agregar mi testimonio al suyo respecto a ellos. Citaré particularmente a Don Andrés Bello, a quien yo llamaría con gusto el Néstor de la literatura hispano-americana. Don Andrés Bello será bien pronto nonagenario; y continúa trabajando como en su juventud. Un historiador eminente, Don Diego Barros Arana, a quien siento no ver figurar en la primera serie de las biografías del señor Torres Caicedo, me condujo a casa de Bello, cuatro años ha, en Santiago de Chile. El sabio anciano estaba en su bufete, donde pasa regularmente ocho o diez horas cada día; es el puesto en que quiere morir. No he visto nunca cabeza más bella ni fisonomía más dulce y benévola. Contra los hábitos de los ancianos, habla poco, y gusta de oír hablar. Hay siempre que aprender, dice, en el trato de nuestros semejantes. ¡Rara y encantadora modestia que aún no ha formado escuela en parte alguna! Don Andrés Bello sería excusable, sin embargo, si tuviese vanidad, porque ha escrito obras estimadas sobre el derecho internacional, el derecho civil, la gramática y la filosofía, sin contar numerosas y bellas poesías, que por sí solas habrían bastado para adquirirle nombradía. Debo agregar que ha entrado en posesión de su fama científica y literaria desde el principio de su carrera".

Ciertamente, una de las personas que disfrutó temprano de una justa reputación intelectual, fué Don Andrés Bello. En la Colonia, admirado por sus compañeros y respetado por sus maestros en los claustros estudiantiles, comenzó su vida intelectual, fecunda en triunfos y dolores; pero siempre mecida por la Musa propicia, que puso en sus labios la palabra hermosa para consuelo de sus penas.

El primero que gustó los frutos de su inteligencia —discípulo y compañero— fué Bolívar, quien oyó de los labios del educador precoz, lecciones de geografía, precisamente en aquellos momentos, cuando la geografía tuvo tanta importancia por el amor romántico a la aventura.

La ocupación de las armas y las letras modernas no apartaron jamás a Bolívar y a Bello de las serenas fuentes de la

poesía que encierran, sobre todo para quienes lo han leído con el alma fresca de la juventud, los libros de Virgilio y el incomparable Horacio.

La emoción, diríase religiosa, con que el escritor francés se acerca a Bello nos conmueve profundamente, y nos sobrecoge de admiración el respeto que traducen sus palabras por el ambiente sereno, poético, en que se apagaba la vida del anciano, rodeado de sus libros ya famosos y de sus serenos pensamientos ya vecinos a la eternidad.

La amistad franca es don divino en los hombres de pensamiento. La simpatía, de grandes y pequeños, sólo puede despertarla el alma que, despojándose de vanidades, presta oídos generosos a quienes se acercan a ella para disfrutar las ventajas de su sociedad.

A Bello le gusta oír hablar, pero no por pereza mental, sino porque tenía la firme convicción de que "hay siempre que aprender en el trato con nuestros semejantes". Esta rara facultad, don de la naturaleza, poco frecuente en los temperamentos latinos, explica el afecto de los que lo trataron, de los que frecuentemente concurrían a su casa para escucharlo o para hacerse escuchar del sabio maestro.

Es un sentimiento muy humano y, desde luego, muy noble el hacerse estimar de aquellos a quienes apreciamos. Si oír una persona discreta es placer íntimo, de intimidad generosa, también lo es expresar con elocuencia nuestros pensamientos y, de consiguiente, acrece el concepto de propia estimación despertar interés en personas dilectas.

La tertulia de Bello, en la ancha hospitalidad de su retiro, en Santiago de Chile, tenía que ser clima propicio para el cultivo de amistades profundas, sobre todo porque la conversación era entonces una, y tal vez la mayor, gala del hombre. Respondía a la dignidad del pensamiento; y no sólo la palabra escogida para el lenguaje social tenía importancia, sino los gestos y los ademanes, puesto que el hombre, individuo, todavía suprema expresión de la naturaleza, merecía el más fervoroso respeto.

Bello, sin duda alguna, disfrutó en su vejez de la consi-

deración de propios y extraños, bien que no le faltaron, para ensombrecer su vida, enemigos que hubieron de torturarlo reavivando heridas tan hondas que ni el tiempo mismo pudo mitigarlas con la serenidad de los años maduros.

Don José Manuel Restrepo en la historia de Colombia, publicada entonces, acoge las acusaciones de infidencia que tanto amargaron el alma del patriota durante su larga ausencia de la tierra nativa.

La historia es la única sancionadora efectiva de la conducta de los hombres. La documentación implacable desnuda la realidad. El tiempo austero no perdona; pero también el tiempo reclama la veracidad y, por una suerte de providencia divina, borra las injusticias y reivindica la honradez.

En defensa de Bello sale don Manuel Ancízar, quien, según dice Amunátegui, fué a Chile por el año de 1853, con el carácter de Encargado de Negocios de Nueva Granada, y, gracias a sus naturales dotes y a sus cualidades de escritor, pronto conquistó el aprecio de todas las personas de la sociedad y, muy especialmente, la de Bello, a cuya tertulia era uno de los más asiduos visitantes.

Al referirme a este hecho y a esta noble amistad, no obstante la diferencia de años, no pienso reanimar la polémica, sino confirmar con su ejemplo, lo que vengo diciendo acerca de la simpatía que despertaba la ancianidad de Bello en los jóvenes. La circunstancia de la defensa sólo tiene importancia por ello. Hoy nadie podría dar cabida en su corazón a injusticia tan grande.

No hay en el alma de Bello, madura ya para la muerte, rencor. No sorprendemos en sus labios palabras duras para quienes lo ofendieron. Siempre habla de los amigos de su juventud con amor, y de la Patria, que se ha hecho en su ausencia, con nostalgia. Sus afectos lo atan a ella como raíces de un árbol casi centenario. Su destierro es el centro vital de su obra poética. Su canto a la naturaleza de la zona tropical es una viva aspiración a reintegrarse por la poesía a la vida de la nación y de prosperar por el afecto, en la conciencia tierna de las nuevas generaciones.

No es poca cosa llegar a la ancianidad con el rostro plácido. Y digo plácido porque esta palabra no expresa alegría. La placidez es una actitud de reposo, de confianza, de superación. No puede producirse en la faz solamente, sino que brota de lo más profundo del alma. Es como una luz que iluminara, apenas rozando, la superficie de las cosas.

Las manos de las Santas sobre las telas sagradas tienen una placidez incomparable. Las palabras de las madres para llamar al hijo pequeñito son plácidas. El rostro de Bello en su ancianidad también tiene esta plácida ternura. No lo turban secretas marejadas ni futuros temores. Se acerca a la muerte con la noble serenidad del justo, del hombre que ha cumplido plenamente su tarea, del que ha llenado todas las horas de su vida con pensamientos nobles, del que ha hecho de la palabra, el supremo don que ha otorgado Dios a los hombres, un instrumento de belleza.

La amistad se acerca a él confiada. No temen las nuevas generaciones su presencia. El egoísmo no pone barreras entre él y los que han de reemplazarlo. El camino está abierto por sus manos para los pies ansiosos. El jardín cultivado para futuras cosechas. Las cartas que recibe le muestran el aprecio que despertaba. Sonríe ante la muerte porque sabe que algo suyo, su pensamiento, ha de sobrevivirlo. En su ancianidad cosecha el fruto de su labor, en palabras de afecto sincero.

Un día le llega una carta de una ciudad distante de América, pero cercana a su corazón, otro día otra y luego otra. Todas son afectuosas, todas le demuestran ternura. No es más suave la caída de las hojas del otoño, en un parque silencioso, que la de estas cartas en el augusto silencio del escritorio de Bello. Todas se amontonan en una gaveta, amorosamente conservadas. Son la historia de sus confidencias con almas hermanas. He aquí una de estas cartas que le dirige Ancízar: "Según me informó el señor Codecido, con quien he hablado largamente de usted, es a Valparaíso a donde debo dirigirle esta carta. Allá le van, pues, los recuerdos de mi cariño, saliéndole al encuentro a orillas del mar, gran civili-

zador, y pidiéndole algunos minutos de su pensamiento para éste su amigo, que, en tenerlo presente, no cede el primer lugar a ningún otro".

Y luego le dice en otra correspondencia: "Lo tengo a usted por fin a mi lado, y puedo saludarlo todas las mañanas. Muy severo semblante le ha dado el daguerrotipo; pero yo, que siempre recordaré la expresión de bondad esparcida en su fisonomía, procuraré que la fije en el lienzo el artista granadino al ejecutar el cuadro con que debe honrarse nuestra biblioteca nacional. Ahí lo contemplarán con amor y veneración los numerosos jóvenes que han aprendido a respetar el nombre de usted, estudiando el texto preferido entre nosotros para la enseñanza del derecho internacional. Es un antiguo amigo el que les llevo. ¡Gracias por la condescendencia de usted, nueva prueba del afecto con que me favorece!"

La expresión de bondad que emanaba del rostro de don Andrés Bello produjo la misma afectuosa impresión al escritor francés Mannequin y al neogranadino Ancízar. Ambos coinciden en parecidas afirmaciones. Uno dice, "no he visto nunca cabeza más bella, ni fisonomía más dulce"; y el otro, "que siempre recordaré la expresión de bondad de él esparcida".

Feijóo, uno de los más profundos escritores de su tiempo, ampliamente informado del movimiento literario de Europa y América y de las ideas entonces en boga, con múltiples ejemplos, tomados de la realidad, destruye la creencia generalizada en Europa, de que en Nuestro Continente la inteligencia, esto es, la lucidez del entendimiento, es de menos duración que en el Viejo Mundo. Aduce en contra de tales prejuicios severas razones el sabio escritor, bien fundándose en argumentos científicos, bien citando personas conocidas de países americanos que llegaron a la vejez con una inteligencia clara.

Si no hubiera otro ejemplo a que recurrir, el de Bello sería de incomparable valor. Pocos ancianos han conservado —en Europa y América— mayor lucidez de pensa-

miento, frescura de expresión y facultad creadora. Puede decirse que llegó a la orilla de la muerte repasando, con ternura infantil, sus viejos papeles y pidiendo a la lectura constante, consuelo para su alma afligida por las últimas dolencias que agotaron su prodigiosa naturaleza.

Ocho años antes de su muerte, la parálisis abatió su cuerpo. No obstante, su cerebro continuó la labor, cada vez más fecunda en el mejoramiento de su obra. Del médico que lo asistía son estas frases patéticas: "La vida que había abandonado las extremidades inferiores del cuerpo, se había concentrado en la extraordinaria actividad de su cerebro".

Su muerte como su vida tuvo un sentido singular. Puede decirse que regresó a la juventud. Una vuelta ilusionada a las riberas del Anauco eclógico. Suavidad campesina oreó su frente ardida por la fiebre. Entre las mariposas del delirio tranquilo, según dice su biógrafo, descifraba en las paredes del cuarto y entre las cortinas de la cama, versos de la *Eneida* y de la *Ilíada.*

Para morir regresó a la infancia de su pensamiento. Su vida se había realizado totalmente. Era como si se cerrara un círculo. Como si la flecha disparada hacia el cielo, después de recorrer un espacio infinito, volviera al punto de partida. Como si las estrofas que encendieron su alma, resonaran de nuevo en su corazón, con suaves esperanzas, para aligerarle las pesadas cortinas de la fúnebre estancia.

Virgilio condujo a Dante de la mano por círculos infernales. Pero los versos del poeta mantuano, entrevistos en la fiebre de la agonía, llevaron a Bello por el camino de lo pastoril y de lo heroico. Por el sendero profundo que recorriera Enéas.

¿No es esto un verdadero símbolo? ¿No es morir rodeado de sus afectos intelectuales el premio de una vida dedicada a la poesía?

Fueron, sin duda, los dioses propicios para con él en la hora solemne. Y si alguna tristeza pudo experimentar entre los gratos rumores, fué también una serena tristeza intelec-

tual, al ver que los versos, que tanto amaba, se le presentaban borrosos.

Pero esto también tiene un hondo sentido inescrutable. Parece que el misterio, suave luz del mundo de las sombras, comenzaba a insinuarse. Por primera vez Bello no encontró la palabra dócil.

Así Bello en la hora de su muerte fué, acaso, más poeta que durante toda su vida. Su cerebro privilegiado pudo siempre penetrar el secreto de la poesía en la naturaleza y en las obras. Sus traducciones son ejemplo de una claridad perfecta. Sus estrofas al campo de una precisión incomparable. Diríase que la palabra no tuvo secretos para su alma, ni la expresión dificultades para su pensamiento. Pero a la hora de morir, iniciada el alma en los primeros secretos desconocidos de los mortales, veía la mitad de las estrofas... Y la otra mitad, que se perdía entre sombras, era, sin duda, el venero de poesía oculta, no descifrada, que mantuvo su alma atenta para la excelsa creación.

LA POESÍA DE DELILLE.

La poesía de Don Andrés Bello para su mejor clasificación puede dividirse, sin tomar en cuenta las épocas, en poesía de circunstancias, de imitación y de "mensajes". En esta última como es natural comprenderlo, se encuentra lo más importante, por la tendencia profética, de la lírica del gran americano.

Desde luego los poetas que mayor influjo ejercieron en la infancia de su vida, fueron los españoles, luego los latinos a través de éstos, y al fin en la propia fuente clara de Virgilio y Horacio.

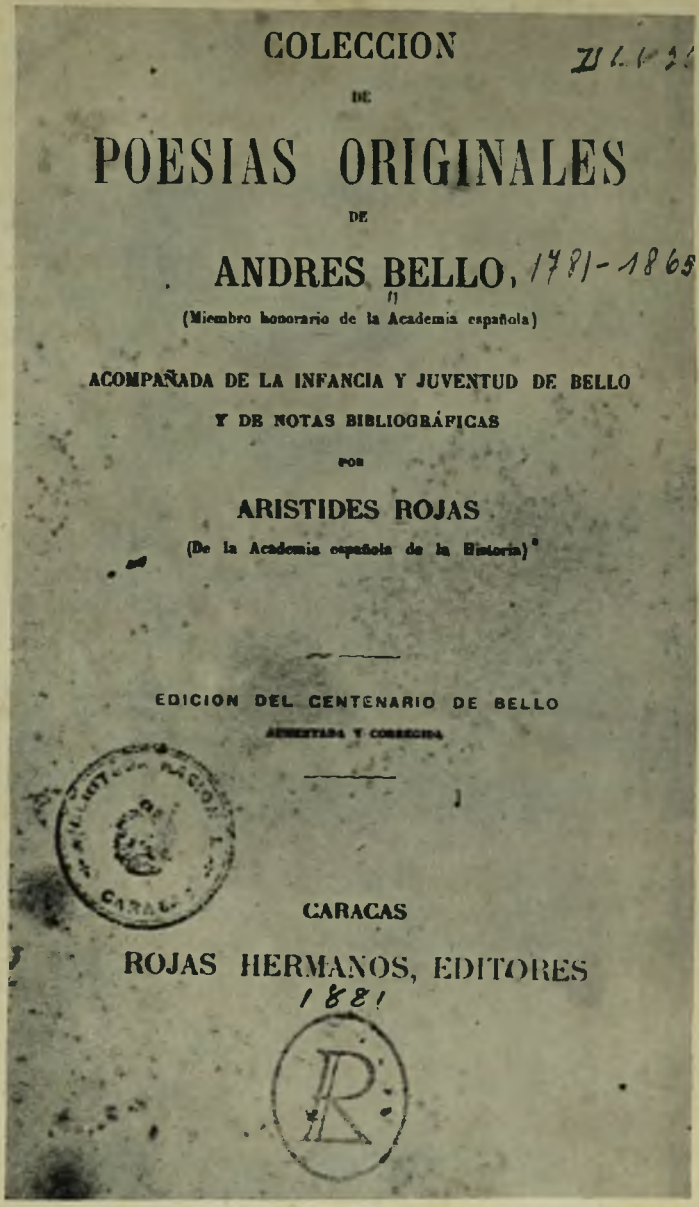
Dejando un poco de lado las otras agrupaciones mencionadas, por ahora nos ocuparemos de Delille; y del ascendiente que ejerció en la obra de Bello, el método descriptivo y agudo ingenio del escritor francés, a pesar de no ser un gran poeta, ni su tendencia una verdadera norma estética que pudiese tener gran arraigo en la historia de la poesía.

Este poeta del siglo XVIII francés, cuya fama entonces excedió a sus merecimientos, según expresión de los críticos y cuyos versos apenas aparecen en una que otra antología, introdujo en Francia con su poema *Los Tres Reinos de la Naturaleza* la novedad del poema descriptivo; y la fama de sus versos originales, aunque inferiores en calidad, corrió pareja a la de sus traducciones de Virgilio.

Este género, desde luego condenado a desaparecer, no se conoció en la antigüedad. Hay, sin duda, una gran diferencia entre lo épico y lo descriptivo; pero la innovación del poeta francés consistió en tomar de los géneros épico y didáctico, sabiamente cultivados por los poetas de Grecia y Roma, solamente la parte descriptiva y muy especialmente aquella que se refería a la naturaleza.

No se puede negar que esta poesía, menor desde todo punto de vista, respondía a la evolución cultural de Europa enciclopedista, cuando por sobre el sentimiento se colocó la razón, y el empirismo de los grandes filósofos ingleses; y la ciencia, como nueva musa de la inteligencia, penetraba en todos los dominios de la actividad humana.

A este respecto, dice Wilhelm Dilthey: "Este proceso se inició entre 1726 y 1729 en la época en que Voltaire y Montesquieu visitaron a Inglaterra para inaugurar a su regreso a Francia la literatura de la oposición. Ahora Descartes cedió el puesto a Newton y a Locke. La metafísica dejó el campo libre a la filosofía empírica. Pero fueron las condiciones inherentes al espíritu francés las que imprimieron un carácter radicalmente distinto a los grandes análisis de los ingleses extensivos a todo el campo de nuestras actividades estéticas, morales y cognoscitivas. La idea motriz del movimiento científico de Francia desde Voltaire se cifraba en la unidad y cohesión del universo, basada en el punto astronómico de Newton. Partiendo de aquí y bajo la influencia inicial de Newton y Locke, Voltaire estableció un orden teológico universal y un Dios que trazaba como un geómetra los movimientos de los astros y que había concebido como un artista la contextura de los cuerpos animados. Pero


COLECCION

DE

POESIAS ORIGINALES

DE

ANDRES BELLO, 1781-1865

(Miembro honorario de la Academia española)

ACOMPAÑADA DE LA INFANCIA Y JUVENTUD DE BELLO

Y DE NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

POR

ARISTIDES ROJAS

(De la Academia española de la Historia)

EDICION DEL CENTENARIO DE BELLO

AUMENTADA Y CORREGIDA

CARACAS

ROJAS HERMANOS, EDITORES

1881

Facsímil de la portada de la edición de Caracas de las *Poesías Originales de Andrés Bello*, preparada por Arístides Rojas, en ocasión del Centenario del nacimiento del poeta.

al mismo tiempo Voltaire, al igual que sus maestros ingleses, se atiene firmemente a la responsabilidad del hombre y su libertad como condición de aquélla".

He aquí, sin duda, el ambiente científico y literario de entonces. Los salones de París eran reflejo de hombres preocupados en el saber e ingeniosos de palabra. Entre ellos paseaba su inteligencia aguda y su prestigio el abate de las églogas, que tenían en su poesía cierta novedad, no obstante el predominio de formas clásicas, que años más tarde había de romper el Romanticismo.

Con estos pensamientos en el ambiente y con el descubrimiento de que el hombre interior era un ser libre, moralmente libre, idea que informó toda la filosofía de aquel siglo de grandes escritores en prosa, justo es que apareciera una literatura científica, para la cual la naturaleza sería un vasto escenario y el ser humano su verdadero dueño.

Comenzaba éste a conquistar el infinito por el predominio de una inteligencia matemática, ya asomada hacia las posibilidades de una cultura mecánica. El más grande exponente era Newton. Por el mayor esfuerzo del entendimiento realizado hasta entonces, aquella tierna alma audazmente asombrada, se había remontado hasta los astros. Había encontrado leyes precisas que regulan, como un concierto, la marcha de ellos.

El microscopio, ojo verdaderamente mágico, penetraría audazmente los más secretos misterios de la vida pequeñita, pero tan bien organizada como la del hombre y como la de los innumerables mundos celestes.

De consiguiente la naturaleza solicitaba, por grande o por pequeña, la atención de los hombres de pensamiento. La poesía tenía que inclinarse ante esta tendencia. El método descriptivo iba a ser su expresión.

Hay por lo tanto una gran diferencia entre el método descriptivo, completamente objetivo, científicamente objetivo, y el didáctico, empleado por los antiguos para enseñar el gran misterio de viejas teogonías.

La poesía de Hesíodo, por ejemplo, es una adivinación,

una penetración inspirada, en el silencioso mundo de las cosas. El pensamiento en albores pugna por develar el misterio. Acaso los seres sobrenaturales, perdidos entre nebulosas, tengan el mismo deseo de entrar en relación con los mortales. Pero los dioses son también limitados. Seres cuya fuerza no puede traspasar fronteras. Y el poeta, inteligencia pura, suerte de pequeño demiurgo sobre la tierra—el inspirado—trata de penetrar ese misterio. No es, por lo tanto, la poesía didáctica, una poesía descriptiva sino una adivinación, una profecía.

Considerado así, dentro de la relatividad de los géneros, el abate Delille tiene el mérito de haber fijado, por lo menos en perspectiva literaria, los sentimientos de aquel momento.

¿No es a este respecto digno de tomarse en cuenta el éxito alcanzado en Francia por el autor de *Los Tres Reinos de la Naturaleza,* y traductor de Virgilio? ¿No era aquella sociedad tan amanerada como los poemas de Delille? ¿No había una especie de bucolismo de jardines ciudadanos que reflejan también los cuadros de los pintores y hasta la música de la época?

¿Y no es bastante revelador de la trascendencia que tuvo aquel género en el mundo, que comenzaba a ser más francés de lo que se suponía, según frase de Rivarol, el hecho de que Bello hubiera traducido al español los poemas de Delille y de que Olmedo se preocupara de su publicación?

> El sol se puso; y envolvió la noche
> la creación; mas por su triple imperio,
> discurre aún la mente vagarosa.
> Descendió de los astros el silencio,
> derramando en mi ser sabrosa calma;
> y de mil formas peregrinas veo
> el mágico prestigio todavía,
> y aun no da tregua a la memoria el sueño.

Estos conceptos, este sentimiento de asombro ante la naturaleza, responde a las ideas de arte de la época. ¿No era acaso una nueva naturaleza la que se presentaba ante los hom-

bres? ¿No iban a ser estos sentimientos revestidos de una sensibilidad más aguda, los mismos del Romanticismo? He aquí un punto que conviene anotar: Bello sin duda introduce algunos elementos románticos; vaguedad en el aire que envuelve las cosas, riqueza de ritmo que presta agilidad a las ideas y cierta musicalidad subjetiva que imprime novedad al poema.

Pero esto no es raro; Bello siempre que traduce, crea, tal es la generosidad de su verbo, tal es la abundancia de su corazón.

> A la celeste bóveda, mi vuelo
> dirige tú, Delambre, que combinas
> gusto y saber, y la elegancia amable
> con el severo cálculo maridas.

Estas estrofas del canto a *La Luz* son bastante para revelarnos el pensamiento y propósitos literarios del poeta de *Los Tres Reinos* y la simpatía que sus versos, naturalmente despertaron en el alma sensitiva del cantor de la naturaleza tropical. ¿No propugnó siempre Bello, como norma de su propia estética y como disciplina para el estudio, *la unión del gusto y el saber?* ¿No persiguió durante toda su vida esa armoniosa unión? ¿No maridó siempre Bello la elegancia amable y el cálculo? Bien sabemos que el maestro Rafael Escalona a la par que la lógica le enseñó las matemáticas. Sabemos también que desde la serenidad recoleta de las aulas universitarias llegaron a su alma, cera propicia para el rasgo magistral, los sentimientos profundos de la poesía.

Nueva era, sin duda, para los hombres la naturaleza, ya aligerada de preocupaciones metafísicas; y nuevo y desbordado el placer de hundirse en ella con el pleno gozo de los sentidos.

> no es posible, Delambre, que te siga
> en pos de objetos, que a Virgilio mismo
> dieron pavor, no vuelo ya. Campiñas,
> y prados, y boscajes me enamoran.
> Ellos, como al mantuano, me convidan.

A gozar voy su asilo venturoso;
y mientras tú con alas atrevidas
corres tu reino etéreo, y pides cuenta
de su prestado resplandor a Cintia,
o del soberbio carro del Tonante
contemplas la lumbrosa comitiva,
te veré yo, desde mi fuente amada,
en los astros dejar tu fama escrita;
y menos animoso, a cantar sólo
la bella luz acordaré mi lira.

Por poco que se conozca la psicología de Bello, se comprenden los motivos que lo indujeron a apreciar este canto. Unos, sin duda, emanaban de su propia sensibilidad y otros de la arboladura científica que se habían aparejado los hombres de su generación.

Su aprecio por el poeta lo revela la pulcritud de la versificación y hasta el que no se hubiera decidido a publicarlo, a pesar de las recomendaciones de Olmedo que tanta fe le merecía, como si se propusiese echarle todavía una mano de corrección.

te veré yo, desde mi fuente amada,

Después de una fuga intelectual, del recorrido por los espacios celestes, el hallazgo de un sitio de intimidad.

¿No se repite este sentimiento frecuentemente en Bello? ¿No era un constante nostálgico de su intimidad?

No podemos comprender hoy, con nuestra sensibilidad y sentimientos de la belleza, la importancia y fama que lograron los poemas de Delille entre sus contemporáneos. ¿Pero, cuántas cosas no comprenderán las generaciones futuras de nuestra poesía?

Pura es allí de la verdad la fuente,
cuyo ideal modelo te cautiva;
más ¡ah! que en esos rutilantes orbes
do el ángel de la luz con ojos mira
de piedad este cieno que habitamos,
do te ofrece un abismo cada línea,
cada astro, un punto, y cada punto, un mundo,

"Cada astro un punto y cada punto un mundo". El infinito con su rumoroso concierto. Bello amaba la cosmografía. Trataba de ella con ingenuidad. No pocas veces, a pesar de sus profundos conocimientos en la materia, habla de los astros con el candor de los clásicos españoles. Pero, ni aún inspirado por los sentimientos del poeta francés podría pensar nunca que la tierra es cieno. Para él la naturaleza, la tierra, la vida, tienen una gran solemnidad, una fuerza de seducción incomparable.

La diferencia entre Bello y Delille estriba en que el uno escribía acerca de la naturaleza con el alma fatigada por las miserias de la corte, en tanto que el otro la contemplaba directamente, rodeado por un paisaje hermoso.

Así, los sentimientos de Bello, siempre generoso, acompañados de su verbo magnífico, dan una gran calidad a muchas de las estrofas de la traducción.

> El descogió la espléndida madeja,
> y de la magia de su prisma armado,
> del iris desplegó la cinta etérea.

Cuánto aire de familia, sin contar el que le infunde la palabra, hay en los siguientes versos del poema a la luz con algunos de la *Silva a la Zona Tórrida*, bien que en éstos la presencia del campo tiene el rumor del agua y de las hojas.

> De los siete colores la familia,
> si toda se reúne, el brillo engendra
> de la radiante luz; y si con varia
> asociación sus varios tintes mezcla,
> ya del metal el esplendor produce,
> ya el oro de la mies que el viento ondea,
> ya los matices que a la flor adornan,
> ya los celajes que la nube ostenta,
> y de los campos el verdor alegre,
> y el velo azul de la celeste esfera.
> Su púrpura el racimo, y su vistosa
> cuna de nácar le debió la perla.
> Y ¿quién los dones de la luz no sabe?

Delille no creó una gran poesía. Su inspiración no llega a alcanzar sublimidad. Ni cuando llevado de la imaginación se aventura en cosas abstractas, como el inmenso vacío o los mundos tenebrosos que sobrecogieron a Virgilio. No obstante ello, tiene el mérito indiscutible de haber interpretado una fase de la cultura de la humanidad, a la cual tendía Don Andrés Bello al liberarse, por natural inquietud de su espíritu moderno, de los modelos clásicos de la antigüedad; y esta liberación necesariamente tuvo que producirse, en aquellos momentos, a través de los escritores franceses.

No es para nadie un misterio que el siglo XVIII francés derivó su ciencia de los escritores ingleses; pero tampoco se escapa a persona alguna que Francia realizó un prodigio de inteligencia y equilibrio al hacer propia aquella evolución. A este respecto, dice Dilthey: "En Francia este nuevo espíritu se encontró con condiciones que imprimieron a la literatura francesa, a pesar de depender de Inglaterra, un carácter peculiar. De allí había arrancado con Descartes el imperio absoluto de la inteligencia lógica que no dejaba ni en el mundo ni en el alma humana el más pequeño residuo inaprehensible para el pensamiento. La sociedad cortesana exigía que esta precisión lógica fuese asociada a la gracia".

Aparece Voltaire. Desde entonces hasta nuestros días se encuentran unidas en Francia la lógica y la gracia; pero esta gracia difiere del ingenio. La gracia francesa del siglo XVIII es una actitud espiritual. Una concepción intelectual de la vida.

Surgen algunos espíritus ligeros. Diríase que no quieren penetrar en las cosas sino rozarlas. Sobre todo en la pintura aparece la égloga aristocrática, escenas amorosas bajo un aire suave: Watteau y Fragonard. Pero no era raro que a través del ambiente apacible pasara la gota de luz de la abeja del epigrama.

Gracia y claridad, lógica y dignidad integran la poesía de Bello, la cual se inicia con el tierno y sencillo poema al Anauco y culmina, bien que en diferentes épocas, con las *Silvas* americanas.

Desde un comienzo, a pesar de marchar mano a mano con los latinos, se ve decidido a cantar las cosas de América. Su voluntad no ceja ante ingentes dificultades. Sabe lo que tiene que afrontar. Sabe que Europa representa para nosotros un fondo clásico, por lo que no descuida autores españoles, italianos, franceses e ingleses. Sabe que está en una época de aporte, de semillero. Su labor de traductor, bien lo demuestra la intención libre de sus traducciones, responde a la necesidad de cultivarse cultivando ajenos predios.

En los albores de la juventud debió de llegar a manos de Bello el libro de Delille. Su influencia se acusa aun cuando la versión haya sido tardía. Marca el paso de la frescura eclógica, de la cual es trasunto el romancillo al Anauco, a la poesía descriptiva de una parte de la *Alocución* y de la *Silva*. Bello no podía contentarse con la simple descripción de las cosas. De allí que en sus dos poemas mayores una a los sentimientos del campo conceptos morales.

EL POEMA *A LA VACUNA*.

La poesía de Bello responde a su vida. Sufre las modalidades de su vida. Las obras circunstanciales dejan de serlo si se construye la biografía espiritual del hombre. Entonces entran a formar parte de una unidad. Dicen de sus amores y dolores. Cosas pasajeras, pero eternas. Minutos de una emoción que ha modelado su íntima integridad. Bien pudiéramos trazar las vicisitudes de su alma, frecuentemente sorprendida de temores propios o ajenos, a través de la lectura de sus versos.

Comencemos esta biografía con el canto *A la Vacuna*, de suma importancia histórica por su contenido, puesto que él revela el sentimiento que tenía Bello de la cultura española.

Bello consideraba antes de 1810 fecha inicial de nuestra nacionalidad, la América como parte preciosa de la unidad española:

Vasconcelos ilustre, en cuyas manos
el gran monarca del Imperio Ibero
las peligrosas riendas deposita
de una parte preciosa de sus pueblos;

Algunos patriotas, sin duda inspirados por sentimientos propios de la época, vieron en este poema una sumisión de Bello a un régimen odioso de despotismo, sin detenerse a pensar que el poeta fué movido a escribirlo por lo que España representaba como unidad cultural. Cultura a la cual debían aspirar los hombres ilustrados de América en bien de sus pueblos, fuera de toda ideología política. Y este sentimiento de lo trascendental español, del inmenso dominio que aún mantenía la unidad monárquica bajo Carlos IV, se halla expresado en las siguientes estrofas del canto *A la Vacuna.*

¿Venezuela? Me engaño. Cuantos moran
desde las costas donde el mar soberbio
de Magallanes brama enfurecido,
hasta el lejano polo contrapuesto;
y desde aquellas islas venturosas
que ven precipitarse al rubio Febo
sobre las ondas, hasta las opuestas
Filipinas, que ven su nacimiento,
de ternura igualmente poseídos,
sé que unirán gustosos a los ecos
de mi Musa los suyos, pregonando
beneficencia tanta al universo.

Estas ideas, lealmente expuestas, correspondían a los sentimientos de Bello, bien que contribuyeron más tarde a agravar su suerte entre los patriotas. Y el poema, si no de las mejores producciones de su juventud, es de trascendencia en la historia de la poesía venezolana por el sentido de universalidad que lo inspira:

Muchas regiones, bajo los auspicios
españoles produce el hondo seno
del mar; y en breve tiempo, las adornan
leyes, industria, población, comercio.

El esfuerzo poblador de España en la conquista encuentra eco simpático en el alma de Bello. Parte de su educación se ha hecho con los libros españoles que encontró cuidadosamente colocados en el convento de las Mercedes. En los primeros años de su juventud leyó en ediciones baratas que llegaban a Caracas las comedias de Pedro Calderón y las obras de Cervantes. España heroica y romántica. Perspectiva de profundidad religiosa en un ambiente popular. Todo ello contribuyó a que el joven Bello amara la cultura peninsular; pero no la restringida de su tiempo neoclásico, sino aquella otra que, por sus grandes empresas espirituales y materiales, tiene un sentido ecuménico.

España, pues, considerada no políticamente sino desde un plano intelectual, era la meta de sus ideales.

Sentimiento universalista que caracteriza la obra de nuestro poeta y que, a la par de la pureza del lenguaje, que es consecuencia de ella, le da valor principal en nuestra literatura. Valor que trasciende fuera de la tierra en la juventud misma del escritor; y en la madurez dilata su fama por todos los climas, bien por la profundidad de sus estudios gramaticales, bien por sus investigaciones en la apretada selva del romance.

Pasemos por alto y respetemos los sentimientos, naturales en una época de tanta y tan patriótica vitalidad, que inspiró en el corazón de muchos el canto *A la Vacuna;* la dedicatoria a Vasconcelos; los elogios a Carlos IV de España. Consideremos este poema en lo que tiene de poético; en lo que significa en la obra de Don Andrés Bello.

Sigámosle, pues, por su derrotero. Por los caminos por donde lo conduce la inspiración, o mejor la Musa, como solía decir en forma clásica, la vista siempre puesta en la tradición, o lo que es lo mismo, en la cultura.

> El piloto que un tiempo las hercúleas
> columnas vió con religioso miedo,
> aprende nuevas rutas, y las artes
> del antiguo traslada al mundo nuevo.

"Y las artes del antiguo traslada al mundo nuevo"... Ésta es la teoría de Don Andrés Bello. La que ha de sustentar durante su vida larga. Para él la cultura no tiene solución de continuidad. Comienza en tiempos remotos, en la noche de la inteligencia, cuando el hombre inventa las primeras palabras, los primeros mínimos poemas. Y luego esta semilla plantada en el surco fértil de la humana conciencia llega a convertirse en una fronda, cuyos más ricos frutos son la ciencia y el arte, puesto que aún las plásticas deben parte de su grandeza a la inspiración del lenguaje.

Don Andrés Bello, nostálgico de la soledad de los campos aragüeños, recorriendo las verdes riberas del Anauco eclógico, comprende la verdad de que la poesía es universal como la ciencia.

Impulsado por estos ideales siente un respeto grande por los europeos que, venciendo dificultades, trasladan la ciencia y la poesía del Mundo Antiguo al Mundo Nuevo; del mundo antiguo donde los progresos son innumerables, al nuevo asombrado, como un niño, ante la creciente maravilla de aquéllos.

Las Columnas de Hércules, comienzo de mares tenebrosos, de cascadas profundas, de aguas misteriosas, dejaron de inspirar a las nuevas conciencias, el miedo religioso que sobrecogió la de nuestros antepasados.

La ciencia en esta parte, como en muchas otras del mundo antiguo, había vencido la superstición y de consiguiente a la poesía. El espacio de los poemas se iba haciendo más pequeño cada vez. Sólo le quedaría al hombre, fresco hallazgo del Romanticismo, ese otro mar del corazón humano, que filósofos nuevos iban a explorar, acaso con más riesgo que las audaces velas de los viejos navegantes por entre escollos y ensenadas.

Bello ama la ciencia. Siente por ella un culto profundo. Como un poeta de su siglo se acerca a su misterio. Ciencia y poesía se confunden en su imaginación creadora. De allí

que exprese su admiración al piloto —símbolo— que pasa las Columnas de Hércules: esto es, que sale del Mediterráneo para aportar la cultura —la verdadera cultura clásica— por los mares de América.

Expresión de tan profundos pensamientos son los siguientes versos:

> Este mar vasto, donde vela alguna
> no vieron nunca flamear los vientos;
> este mar, donde solas tantos siglos
> las borrascas reinaron o el silencio,
> vino a ser el canal que, trasladando
> los dones de la tierra y los efectos
> de la fértil industria, mil riquezas
> derramó sobre entrambos hemisferios.

El poema *A la Vacuna* debe ser considerado, en la obra poética de Bello, como uno de los más importantes de su lírica, a pesar de no ser de los mejores, por cuanto contiene los sentimientos que de la cultura de España en América tenía el notable humanista:

> Un pueblo inteligente y numeroso
> el lugar ocupó de los desiertos,
> y los vergeles de Pomona y Flora
> a las zarzas incultas sucedieron.

"Los vergeles de Pomona y Flora": la gracia de una naturaleza cultivada, inteligentemente cultivada, reemplazando los incultos zarzales que zaparon los audaces instrumentos de los Conquistadores. La civilización industriosa tomando puesto entre ásperos breñales.

Lo más estilizado, lo más puro que aún conservaba la poesía de la antigüedad, en la época de Bello, eran, sin duda, los dioses de la siembra y la cosecha. Todos los otros habían desaparecido o comenzaban a desaparecer. En una fuga armoniosa, pero inevitable, se retiraban a sus recónditas moradas.

Las alegorías mitológicas de la vendimia y en general de la cosecha tuvieron vida fecunda hasta fines del Romanti-

cismo. La claridad de los idilios griegos, poemas sin acción, y de las églogas latinas, suerte de diálogos pastoriles, persistieron en la poesía campesina del siglo XIX.

Así Bello, que generalmente rehuye alusiones mitológicas, recurre, cuando se refiere al campo, a su querido campo venezolano, a ellas, pero no por simples recursos retóricos, sino para darle importancia al pensamiento con símbolos universales.

Opone Bello la nueva cultura cristiana, la que importaron los españoles, a la de los primitivos pobladores de América, especialmente los aztecas de ritos crueles:

> No más allí con sanguinarios ritos
> el nombre se ultrajó del Ser Supremo,
> ni las inanimadas producciones
> del cincel, le usurparon nuestro incienso:
> con el nombre español, por todas partes,
> la luz se difundió del Evangelio,

Como lo demuestran todas estas citas, lo que más importó a Bello, fué el contenido cultural de la expedición, o dicho de otro modo, que tiene, desde luego, un sentido universal en el poema: "la luz del Evangelio".

El Evangelio, en una inteligencia como la de Bello humanitaria, significa comprensión y caridad. Algo que se oponía a los cruentos ritos de los pueblos primitivos. Fuerza espiritual que hacía salir del seno oscuro de mares donde el viento no había hinchado vela alguna, poblaciones sumidas en la ignorancia, a la civilización:

> y fué con los pendones de Castilla
> la cruz plantada en el indiano suelo.

Castilla era el centro de la nacionalidad española. Sentido de universalidad de una raza. La cruz de los conquistadores, anhelo de ascensión hacia las nubes y de expansión horizontal sobre la tierra, la que sembró en suelo de América, para gloria de estas naciones, una de las más dulces hablas del mundo.

Bello tenía respeto por el habla de Castilla y admiración por quienes la trajeron en sus carabelas. Consagró su vida a buscar en el lenguaje escrito y en el lenguaje hablado, vivo como un retoño, reglas precisas para su mayor limpieza.

Lengua verdaderamente feliz, sembrada en americano suelo —como la lengua de los predicadores— el latín en la Europa pagana, bajo el resplandor de la cruz.

Lo importante en este canto es el espíritu que lo anima. El paso que marca de los poemas juveniles, subjetivos, inspirados por un sereno lirismo pastoril, a las formas descriptivas, madurez intelectual a la que había llegado Bello aún sin salir de los límites de la nativa Venezuela.

No hay que olvidar que aquella expedición tuvo una gran importancia. La América lejana y pobre estuvo siempre sometida al peligro de una peste que había surgido de los más profundos senos de la Etiopía. Terrible flagelo que destrozó regiones enteras de esta zona después de haber causado desolación en Europa.

La horrible pestilencia marca una época de la historia de dolores de la humanidad. En nuestra poesía, generalmente lírica o epopéyica, se recuerda sólo por las patéticas estrofas de Bello, que si no tienen la grandeza trágica de Manzoni, al menos alcanzan momentos dignos de considerarse, en buena poesía, por la nobleza de la expresión.

Quintana, uno de los valores más firmes de España entonces, consagró también un canto a la expedición que condujo Balmis, sin duda inspirado por los mismos sentimientos de admiración y simpatía que impulsaron a Bello. Lo circunstancial de la expedición había dejado de serlo. La poesía sorprendió la significación humanitaria de ella. Voces grandes rompen los límites de lo temporal. El drama es la estatua de un momento. Bello había fijado ese momento. En el canto *A la Vacuna* aparecen los dos sentimientos que lo acompañarán durante toda su vida: su amor por América y su admiración por el esfuerzo cultural de España.

Presagios de tormenta cruzan los cielos anchos de la tierra nativa. Con ojos serenos mira Bello la empresa. Encuentra en ella cauce para derramar los sentimientos que pesaban sobre su corazón. Pone frente a los ideales guerreros de los Conquistadores, los ideales humanitarios de la expedición.

tú sepultas en lóbrego silencio
aquellas melancólicas hazañas,
que la ambición y el fausto sugirieron;
tú, mientras que guerreros batallones
en sangre van sus pasos imprimiendo,
y sobre estragos y ruina corren
a coronarse de un laurel funesto,
ahuyentas a la Parca de nosotros
a costa de fatigas y desvelos;
y en galardón recibes de tus penas
el llanto agradecido de los pueblos.

Agradecimiento hondo es, sin duda alguna, el que se expresa en llanto. No encuentra palabras porque la palabra es pobre para contenerlo. Sale del corazón y se derrama en el fresco manantial de los ojos. De los ojos que siempre callan, pero que siempre comprenden.

Bastaría este verso, este solo verso, claro como gota de agua sobre una hoja verde, para justificar la inmensa y dolorida sinceridad de Bello en el poema *A la Vacuna.*

Su comprensión de la poesía americana no está ausente en este poema. En él hace una síntesis de los ideales poéticos que constantemente aparecen en su obra, ya de un modo incipiente, como en el canto *Al Anauco,* ya de un modo definido y preciso, como en sus obras maestras, la silva *La Agricultura de la Zona Tórrida* y la *Alocución a la Poesía.*

Los que consideran este poema como una obra sin trascendencia desconocen la aflicción que debió producir en naturalezas sensibles, preocupadas del bienestar común, la terrible epidemia. El cuadro sombrío de la muerte de los apestados en las chozas pajizas, a donde apenas podrían llegar escasos recursos de la ciencia.

Movido a compasión el sentimiento de Bello, escribe un canto de agradecimiento al Rey de España y, principalmente, de gratitud a la expedición misma:

> A tu vista, los hórridos sepulcros
> cierran sus negras fauces; y sintiendo
> tus influjos, vivientes nuevos brota
> con abundancia inagotable el suelo.
> Tú, mientras la ambición cruza las aguas
> para llevar su nombre a los extremos
> de nuestro globo, sin pavor arrostras
> la cólera del mar y de los vientos,
> por llevar a los pueblos más lejanos
> que el sol alumbra, los favores regios,
> y la carga más rica nos conduces
> que jamás nuestras costas recibieron.

En mi opinión, poco valor tiene el verso incidental, "los favores regios" y otros, que expresan, como hemos dicho, gratitud por tan grande merced, en comparación a la nobleza ancha de la expresión con que se refiere al beneficio mismo de la vacuna, providencial consuelo de corazones afligidos:

> y la carga más rica nos conduces
> que jamás nuestras costas recibieron.

Para Bello como para toda persona consciente, preocupada de la suerte del suelo nativo, debió ser terrible el temor de una peste que afectaría, con su propagación, el desarrollo de la agricultura, del comercio y de la incipiente cultura que llegaba atrasada a nuestras costas:

> La agricultura ya de nuevos brazos
> los beneficios siente, y a los bellos
> días del siglo de oro, nos traslada:
> ya no teme esta tierra que el comercio
> entre sus ricos dones le conduzca
> el mayor de los males europeos;
> y a los bajeles extranjeros, abre
> con presuroso júbilo sus puertos.

Si hubo gratitud para el monarca, fué por el beneficio derramado sobre el pueblo y prosperidad que de él derivara el campo venezolano. Entonces, ¿por qué no ver en este poema una expresión pura de los sentimientos humanitarios de Bello? ¿No es el cantor de la naturaleza?... ¿Podría acaso Bello cantar el campo venezolano sin sentir simpatía por el hombre que lo habitaba?

No eran nuestros campos rodeados de peligros y fatigas, como las plácidas campiñas crepusculares de Millet, sitios de aburguesada paisanía. Trabajos costaba la labranza y sudores la cosecha que ponía oro en los árboles de los plantíos, pero ciertamente no en las arcas de los sembradores.

Su protesta contra la esclavitud, contra un sistema odioso de desigualdad ante la ley constituído en fundamento de una sociedad culta, déjala consignada, de modo maestro en los versos de la *Silva* que dedica al banano, árbol generoso, pan del campesinado venezolano, que no debe su lozanía y fecundidad al esfuerzo de la mano esclava.

> Escasa industria bástale, cual puede
> hurtar a sus fatigas mano esclava.

Todo el pensamiento de Bello en la *Silva* a la naturaleza es una expresión de libertad. De libertad moral y material. De allí que cuando se refiere a la agricultura, símbolo de esa libertad, su voz adquiera mucho más amplitud que cuando alude al ganado, en escasos versos o a otras manifestaciones de la vida del campo.

Por sobre todo es Bello el cantor del árbol, bien sea originario de nuestro suelo como el samán, bien sea forastero, con carta de naturalización, como el cafeto.

Pero si siente compasión por el campesino que padece, mano esclava que trabaja, también se indigna contra el que hace de la agricultura, la más noble de las actividades del hombre, profesión mercenaria. Protesta contra los que abandonan las heredades, tanto porque húrtanle su trabajo a la tierra, como porque esclavizando manos humanas, disfrutan de beneficios que a aquéllas pertenecerían.

¿Por qué ilusión funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra y pingüe y varia,
al cuidado abandonan
y a la fe mercenaria
las patrias heredades,
y en el ciego tumulto se aprisionan
de míseras ciudades,
do la ambición proterva
sopla la llama de civiles bandos,

LA MADUREZ POÉTICA.

Los anteriores versos pertenecen a la *Silva,* que hemos clasificado entre los mensajes. Pasemos pues del canto *A la Vacuna* a la *Silva.* De la juventud del poeta a la madurez. Así hemos seguido los puntos salientes de la unidad poemática de su obra. Los otros poemas, originales o traducciones, son adornos del huerto. Las *Silvas Americanas* contienen lo esencial de su poesía. Parece que todas las anteriores hubieran sido escritas para llegar a esta perfección.

No es posible mayor equilibrio en la parte descriptiva ni mayor profundidad en los conceptos morales.

No allí con varoniles ejercicios
se endurece el mancebo a la fatiga;
más la salud estraga en el abrazo
de pérfida hermosura,
que pone en almoneda los favores;
mas pasatiempo estima
prender aleve en casto seno el fuego
de ilícitos amores;
o embebecido le hallará la aurora
en mesa infame de ruinoso juego.
En tanto a la lisonja seductora
del asiduo amador fácil oído
da la consorte: crece
en la materna escuela
de la disipación y el galanteo
la tierna virgen, y al delito espuela
es antes el ejemplo que el deseo.

Recuerdan estos versos por su sobriedad los tercetos dirigidos por Quevedo al Conde-Duque de Olivares. No es más rica la poesía de Bello cuando se refiere a la naturaleza que cuando aborda conceptos morales. En aquélla ciertamente se reviste su expresión del brillo de metáforas nuevas y de frescura; pero en ésta adquiere precisión incomparable y varonía en el ritmo, propia de los mejores tiempos de lírica castellana.

El sentimiento del campo, bien desde un punto de vista contemplativo o poético, bien desde una interpretación práctica constituye el eje de su poesía. En la vida del campo y en la naturaleza del campesino, ajeno por el aislamiento en que vive y la índole de su faena a la política, encontraba un elemento vigoroso con que contrarrestar la cultura guerrera del país.

> Allí también deberes
> hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
> heridas de la guerra: el fértil suelo,
> áspero ahora y bravo,
> al desacostumbrado yugo torne
> del arte humana, y le tribute esclavo.
> Del obstruído estanque y del molino,
> recuerden ya las aguas el camino;
> el intrincado bosque el hacha rompa,
> consuma el fuego; abrid en luengas calles
> la oscuridad de su infructuosa pompa.
> Abrigo den los valles
> a la sedienta caña;
> la manzana y la pera
> en la fresca montaña
> el cielo olviden de su madre España;
> adorne la ladera
> el cafetal; ampare
> a la tierna teobroma en la ribera
> la sombra maternal de su bucare;

Como se ve el poema *Silva a la Zona Tórrida* es un canto de regreso a la naturaleza. A la naturaleza "nodriza", a la naturaleza, sepulcro que cobija la ceniza de sus mayores. De allí que tenga siempre una oculta nostalgia y un sentimien-

to religioso, solemne, que no aparece ni en la traducción de los poemas descriptivos de Delille, ni en los tiernos idilios virgilianos. Y ésta es precisamente la novedad de la *Silva*: invitación melancólica al cultivo de un suelo devastado por la guerra, reincorporación del hombre joven a campiñas convertidas en ceniza; grito desgarrado de desolación, como el de un profeta bíblico, pero también de esperanza.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
alzáis sobre el atónito occidente
de tempranos laureles la cabeza!
Honrad el campo, honrad la simple vida
del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
la libertad morada,
y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes a la senda
de la inmortalidad, ardua y fragosa,
se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
vuestra posteridad; y nuevos nombres
añadiendo la fama
a los que ahora aclama,
"hijos son éstos, hijos
(pregonará a los hombres)
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima:
de los que en Boyacá, los que en la arena
de Maipo, y en Junín, y en la campaña
gloriosa de Apurima,
postrar supieron al león de España".

Canto de reintegración: unidad perfecta. La naturaleza y el héroe. El hombre en su más alta categoría y la naturaleza también en su más alta categoría humana: la agricultura. De allí el que no sea una coincidencia simple el hecho de que Bello en sus dos poemas fundamentales, los que encierran el mensaje que trajo a los hombres, mezcle en un acento verdaderamente lírico la descripción del campo y el canto a los héroes.

Para hablar de Bolívar, como si la palabra le quedara

estrecha para contener los sentimientos que hinchaban su corazón, acude a un símil poético, y simboliza la imagen de la gloria creciente del Libertador con la majestuosa figura del samán:

> pues como aquel samán que siglos cuenta,
> de las vecinas gentes venerado,
> que vió en torno a su basa corpulenta
> el bosque muchas veces renovado,
> y vasto espacio cubre con la hojosa
> copa, de mil inviernos victoriosa;
> así tu gloria al cielo se sublima,
> Libertador del pueblo colombiano;
> digna de que la lleven dulce rima
> y culta historia al tiempo más lejano.

No dejan de tener importancia las expresiones: "dulce rima" y "culta historia", refiriéndose a la gloria de Bolívar y al tiempo sin límites de la inmortalidad.

En materia de versificación, bien se sabe que fué Bello uno de los poetas de habla castellana que más atención prestó a la suavidad y armonía del ritmo. Pero aquí tiene un sentido más profundo el adjetivo. No se refiere únicamente a la virtud fonética del poema sino a la calidad intrínseca de él. Dulce rima expresa ternura, un sentimiento íntimo que emana de un corazón amoroso. Es como una venda puesta sobre el dolor de la herida, como el perfume derramado en la alcoba del enfermo, como la oración postrera sobre el lecho del moribundo. Dulce rima expresa piedad para el pasado, por cuanto tuvo de dolor, pero también deseo de que el nombre llegue sin aspereza alguna al tiempo más lejano. Dulce rima dice, refiriéndose a Bolívar, su amigo de la infancia —máximo héroe de una patria lejana— lo más íntimo, lo más puro, y también lo más candoroso del alma de Bello.

En la poesía *A un Samán* se mezcla un sentimiento de serena melancolía a los de la naturaleza. El árbol, "sombra placentera", ha presenciado desde su alcor historias dolorosas. Bajo su copa que decora el espacio vive la memoria del

"dulce Dalmiro", a quien los hijos de los vecinos campos "no sin lágrimas recuerdan".

Pero los tiempos son duros. Pesa sobre su fronda una brisa infausta. Es hijo de otro samán "que en otros campos se eleva, —testigo que el tiempo guarda— de mil historias funestas".

No obstante ser "la campiña risueña" hay en el aire que lo rodea, como hemos anotado, un abatido vuelo de tragedia: algo de presagio, "extiende, samán, tus ramas —sin temor al hado fiero"— ¿Por qué temor al hado fiero? ¿Acaso los recuerdos que bullen en su savia de las "historias funestas"? Amarga raíz alimenta su hercúleo tronco, porción oscura, soterrada, en la campiña risueña; pero... ¿no es la copa que ha de hundir las ramas en el futuro, "placentera"?

A Bello no lo abandonó nunca la fe. Hay que insistir en esto. En toda su poesía hay la nota de amargura que imprimió en su alma el pasado sangriento, los cuadros sombríos de la Colonia, las escenas sublimes y trágicas de la Independencia; pero también hay una persistente voz de esperanza: "Ya vendrán otras edades —que más lozano te vean".

No es difícil sorprender en este poema los elementos característicos de la poesía de Bello y hasta el mismo método o artificio empleado en sus poemas mayores: primero un canto plácido a la naturaleza, luego, como eje de la composición, un sentimiento dramático, matizado de evocaciones, y al final, suavemente teñida de eclógica tristeza, una clarinada de esperanza.

> Del puro Catuche al margen,
> propicios los cielos quieran
> que, más felice, no escuches
> tristes lamentos de guerra;
> antes, de alegres zagales
> las canciones placenteras,
> y cuando más sus suspiros
> y sus celosas querellas.

Al situar a Bello en su tiempo, manifestación vital de una fase normativa de nuestra cultura, hay, desde luego, que

considerarlo como un valor clásico, quizás el más definido de las letras americanas; pero no solamente por cuanto sea, "el sabio por excelencia de América", según expresión de Rafael Caldera, sino por la intuición poética que lo llevó a comprender con sentimiento universal nuestra naturaleza, universalizando él mismo, con la gracia de su habla perfecta, nombres de sitios, de árboles y forma de vida americana.

No nos cansaremos de repetir que aquella época —privilegiada— tuvo en nuestra América un arraigado sentido de universalidad. Ciencia, arte, religión, y, sobre todo la milicia, pasaron los límites de lo regional. Pocas veces, como entonces, el pensamiento de América se ha extendido en profundidad y anchura. En todos los sitios, aun en los más apartados del Continente, florecieron valores no superados. A Venezuela, la pequeña Capitanía General, de menos importancia que las ciudades virreinales, le tocó jugar un papel singular en el Nuevo Mundo. Cuna de Bolívar el más grande de todos sus hijos por el pensamiento y por la espada, y de dos hombres que tienen más de un punto de contacto: Miranda y Bello. Hijos los dos de Caracas, de ascendencia más o menos parecida, con un sentimiento romántico e intelectual de la libertad y con una inquietante ambición de cultura universal.

El girondino de cabeza blanca, amplia frente y serena faz de filósofo escéptico, y el sabio de rostro apacible y sonrisa bondadosa, nunca pensaron en una Patria pequeña; de allí el que no pudieran ser comprendidos por la mayoría. Si algunos los comprendieron por elevación de alma, lloraron en silencio con sus angustias o fueron instrumentos fatales de una tragedia griega que tenía que cumplirse —terrible unidad de la historia— en suelo americano.

Ambos cumplieron el destino del héroe romántico. Proscriptos de la tierra nativa abrevaron sus espíritus en fuentes de cultura universal. Recorrieron ciudades entre éxitos y miserias. Terminaron sus días en sitios apartados del cielo nativo. Pero Bello, más afortunado que Miranda, murió, si no cerca de los queridos granados del patio solariego, sí ro-

deado de sus afectos más íntimos y de sus libros y viejos papeles.

Juan Vicente González con su palabra magnífica, por donde siempre pasa un soplo de poesía, dice: "¡Qué hombre y qué destino! Modesto y puro como soñamos a Virgilio; de un embarazo ingenuo y amable y de una esquivez sencilla y llena de atractivo, la ternura de su corazón traspiraba sobre su frente virginal. Eran necesarios los relámpagos de sus grandes ojos por entre negros crespos y largas pestañas, para adivinar el genio que se albergaba en aquel niño prodigioso. Dormido bajo un rosal a las orillas de Anauco, es fama que abejas depositaron en sus labios la miel de la palabra".

La fantasía de Juan Vicente González, suavemente mecida por ática brisa, recuerda que abejas libadoras de rusticanas flores en los bosques de Galipán, depositaron sus sabrosas mieles en los labios adormecidos del futuro cantor de la naturaleza americana. El cuadro es de una ingenua paganía encantadora. La expresión de una justeza impecable. No hay en castellano palabra de mayor dulzura que la de Bello. Una de las cualidades de su poesía es la suavidad de la frase, la transparencia del lenguaje adecuado, la armonía de la estructura, la musicalidad de la forma. El castellano en sus labios criollos adquiere una tersura pocas veces igualada. En ocasiones llegamos a pensar que es peculiaridad de América la mansedumbre del lenguaje. Sobrepasa a las mismas formas dialectales de Andalucía, si bien es cierto que de éstas toma algunos rasgos de pronunciación, muchos de los cuales, con su amplitud de criterio para juzgar estas cosas, llega Bello a explicar o cuando menos a tratar de comprender.

En el siguiente párrafo de Juan Vicente González, concebido en la forma romántica de la época, encontramos, al par que sentimientos de admiración, una síntesis de la actitud de Bello frente a la naturaleza y frente a la poesía:

"Cantaba como la alondra, que saluda los rayos primeros del sol, despierta a los hombres con gritos de alegría y los llama al trabajo, a los combates y al placer. Cantaba como

el ruiseñor a la sombra del bosque, convidándonos al reposo, a los tristes recuerdos, a la oración y sabroso sueño: sus versos exhalaban el aliento del más suave amor".

Envuelto en estas galas se nos presenta Bello en su juventud. Sus primeros versos tienen la frescura matinal del canto de la alondra. Pero junto al joven cuya "ternura de corazón traspiraba sobre su frente virginal", madura el hombre adusto. Por lo que la poesía reflexiva, sabia, no tardaría en reemplazar, con menguas de virtudes ingénitas, aquella fuente espontánea como las mieles de Galipán y las corrientes claras del nemoroso Anauco.

¡Qué signo tan hondo el de este escritor que tiene un paisaje que le es propio! Como no puede evocarse el Tajo, en el severo campo de Toledo, sin recordar a Garcilaso, no puede nombrarse el Anauco eclógico, hoy aprisionado entre muros, sin que nos venga a la memoria la figura juvenil de Bello.

Pocas palabras le bastaron a este hijo de Caracas para crear el ambiente bucólico del desaparecido valle de Gamboa, el cual en el pasado siglo, bajo la sombra apacible de sus mangos y bucares, fué sitio deleitoso para nuestros románticos.

No tardó la poesía reflexiva en desalojar del alma de Bello gran parte de la frescura congénita que trascendió a los poemas *Al Anauco* y *A un Samán,* como al soneto *Mis Deseos,* de que ya hemos hablado.

Bello siguió, más que los impulsos de su corazón sensitivo, la corriente de la época. Los comienzos del Siglo fueron intelectualistas. Predominaban los ideales literarios del siglo XVIII. La métrica de Boileau ejercía gran influencia.

Bello se dejó llevar por la suave corriente científica que iba a desembocar en el positivismo. La gloria de Newton se llenó de infinito. No hay duda de que envuelto en el misterio de su teología y de su alquimia anduvo siempre entre poetas. ¿Podía Bello escapar a esta influencia?

Wordsworth dice:

Newton with his prism and face
The marble index of a mind for ever
Voyaging through strange seas of thought alone

Pero el prestigio entre los poetas, de que gozó largamente el sabio inglés, no dependió tan sólo de la belleza de su descubrimiento, como alguien dijo, "la lira de siete colores del prisma", sino también de su posición poética ante la vida.

Poco tiempo antes de su muerte escribe: "I do not know what I may appear to the world; but to myself I seem to have been only like a boy, playing on the sea shore, and diverting myself, in now and then finding a smoother pebble or a prettier shell than ordinary, whilst the great ocean of truth lay all undiscovered before me".

Ciertamente compartiéronse la poesía y la ciencia el amor de Bello desde los tiempos ingenuos de sus primeras lecturas virgilianas; pero la dualidad de admiración tan profunda y arraigada es reflejo natural de la cultura de la época.

No sabemos, como lo he manifestado, cuando llegaron las obras del dicaz abate, ídolo de los salones de París, a las manos de Bello. Pero el paso de la poesía pastoril a la poesía reflexiva, de las églogas al Canto de la Vacuna, demuestra que, cuando menos, tuvo entonces conocimiento de la unión de la poesía y la ciencia como género poético.

Por lo que el poema *A la Vacuna* es obra fundamental para el estudio de la poesía de Bello. Aparece en él el poeta tempranamente podado de la frescura inicial. Seducido por la ciencia. Orientado hacia un nuevo clasicismo —el suyo— que no desdeñaba lo romántico que se iniciaba, ni menospreciaba lo pseudoclásico que moría. No podía ser de otro modo. Era joven, pero no había dejado de ser aquel "niño serio" de que nos habla Juan Vicente González.

"Ese niño serio y distraído lleva un alma tierna y amante del estudio, enamorada del campo y de la soledad, modesta y moderada, nutrida en esa mediocridad doméstica, que nos hace sentir y amar más todas las cosas".

"Niño serio", "mediocridad doméstica", dos trazos magníficos. Dos puntos de partida para comprender una parte de la obra de Bello. ¿Pero qué podía entender Juan Vicente González por mediocridad doméstica que nos hace sentir y amar todas las cosas? Esta frase, no hay duda, tiene un sabor horaciano. ¿A qué oponía Juan Vicente González esa mediocridad? Acaso la mediocridad de la casa de Bello, familia mediana de la Colonia, al lado de las casas de mayor auge de los Ustáriz? ¡No! . . . Juan Vicente González habla de una mediocridad, de una manera de vivir, de los grandes y los pequeños. De los que tenían derecho a usar bastón en las grandes solemnidades y de los que no tenían derecho a llevarlo.

Limitación de una vida sosegada, en un valle estrecho rodeado de montañas, de haciendas de caña, de oscuros cafetales. ¿Mediocridad moral o intelectual? Ni lo uno ni lo otro: nos hacía amar todas las cosas, las nuestras; las flores de los campos y los jugosos platos de la perfumada cocina indígena.

No se había afectado la vida nuestra de extranjerismo, aunque sí asimilado inteligentemente culturas forasteras. . . Sin embargo existe una mediocridad. Juan Vicente González la siente, la sintió Bello también que fué el niño triste y distraído. Teníamos en medio a ella que amar más todas las cosas que nos rodeaban. ¡Las pocas cosas que nos rodeaban! ¿Nos pertenecían más o nosotros les pertenecíamos más a ellas?

Anhelo moderado tenía que ser el de los escritores, el de los políticos, el de los sabios. Anhelo moderado el de los padres para el futuro de sus hijos, el de la hija para elegir esposo y el del esposo para mantener hogar.

Cuando esta mediocridad se impone en Bello, cuando se deja llevar por los sentimientos restringidos que puso en su alma la mediocridad de la casa y la mediocridad de la vida y la mediocridad de afectos hogareños, surgen los poemas circunstanciales; pero cuando esta mediocridad, sin dejar de serlo, se engarza en el pensamiento universalista de

Bello, del Bello que ha superado el ámbito de su aventura intelectual, se producen los grandes poemas.

El material de unos y de otros es el mismo. Los elementos que maneja, iguales; y las palabras que emplea pertenecen a su natural léxico extraordinario.

Ahora, lo que nos importa es saber si el Bello de los grandes poemas pudo existir sin el de los pequeños... ¿Podría?... Creemos que no. Bello es hijo de la mediocridad doméstica de que se dió cuenta la mente ágil de Juan Vicente González; y de esa mediocridad fué hijo también Cervantes. Pobre médico sordo, aunque de solar hidalgo, el padre de Cervantes. El padre de Bello, un hombre de modesto pasar. El uno nació en la sabia Alcalá de Henares, el otro en la modesta Caracas. Mediocre la vida íntima de los dos, no obstante estar rodeados de grandeza. Cervantes, como un soldado oscuro combatió en Lepanto. Bello ausente de la Patria contempló la Independencia; pero de esa mediocridad que les hizo amar humanamente todas las cosas, nacieron las expresiones más puras, más hondas de las obras de ambos escritores. ¡Cuánta grandeza, por ejemplo, encierran los versos de *La Oración por Todos* en los que Bello derrama en estrofas pulquérrimas su amor de apretada intimidad por los seres humildes!

La Oración por Todos es el poema que refleja, limpia como un cristal, el alma de Bello. Si mal no recuerdo, Marcelino Menéndez y Pelayo encuentra original en poesía castellana, la intimidad con que Maitín se acerca a los pormenores más simples en su Elegía... ¿No será una virtud de nuestra poesía esa intimidad? Una virtud llevada hasta la solemnidad de la oración, por Bello; hasta la tristeza funeral de la Elegía, por Maitín.

No hay libro ciertamente donde haya mayor intimidad entre las personas y el ambiente que las rodea que en el Quijote. Pero Cervantes es una excepción en España. Por ello Menéndez y Pelayo se sorprende con la intimidad de Maitín. Sin embargo, el caso de Maitín no se encuentra aislado en nuestra literatura. Tiene como ascendiente a Bello,

en la forma como Bello trata las personas humildes y la vida sencilla. Tiene como compañeros a los criollistas, sobre todo cuando se refieren al campo y hablan de él con vocablos campesinos.

Mas, la intimidad de Bello es siempre intelectual. En esto difiere de los poetas criollistas. En él nunca se sorprenden regionalismos. Los regionalismos al desembocar en su obra adquieren categoría universal. Tienen el color de la Patria porque la Patria está en él, aun cuando se halle distante; el viejo torreón recuerda las haciendas vecinas a Caracas; el ruedo de cambiante nácar los crepúsculos caraqueños; el desigual rumor del carro vacilante, las calles empedradas y los polvosos caminos profundos, pasada la alegría de las alcabalas, cuando en las puertas de tiendas y posadas colgaban vistosas telas; en las repisas frutos de mil colores que venían por aquellos caminos: naranjas de Valencia, duraznos de Galipán, aguacates de Guarenas, cambures de la Laguna, cotoprices de Aragua, guamas de los Altos, cañas de los Valles de Tuy; y en las jaulas, pendientes en el vano de las puertas, ponían reflejos de plumajes vivos, la paraulata llanera, el cardenal de Oriente o el loro de las serranías de Barlovento.

El verso de Bello me evoca estas cosas...: Viejas alcabalas de la infancia...: Recuerdo que por las madrugadas me gustaba oír alejarse los carros vacilantes. Rodaban hacia el misterio de los caminos. Pero ya estos carros no dicen nada a las nuevas generaciones. ¿Sabrán dentro de pocos años los niños de mi tierra, qué es un carro vacilante en la madrugada o en el atardecer? ¿Sabrán lo que eran aquellas alcabalas alegres donde se vendía el rústico cuatro para cantar por los caminos?

Bello en muchos de sus poemas apresó la emoción de intimidad del paisaje. Su poesía dirá siempre el encanto de una vida, tal vez mediocre pero que todavía no hemos reemplazado por otra que contenga la misma potencialidad poética.

"El Vate caraqueño —dice Juan Vicente González— es el sacerdote que ha tributado a las letras culto más puro.

Su estilo es tranquilo y sobrio, sus términos modestos, siempre con esa dignidad que nace de la paz de un alma superior a todas las cosas. Él supo reunir todo lo que la lengua castellana ha tenido en todos los siglos de bello, de rico y grande: gracia, flexibilidad, dulzura, fuerza, elevación, profundidad, con una libertad juiciosa".

En esta serie de palabras que por ser la opinión del escritor, tienen una brillante calidad adjetiva, está admirablemente captada la modalidad expresiva de Bello. Tiene la claridad de Fray Luis de León, la rústica cortesanía de Garcilaso, la sobriedad de Quevedo, la plasticidad de Fray Luis de Granada, la sencillez de Santa Teresa, la intimidad de Cervantes, la viveza de metáfora de Herrera y Calderón y la profundidad idiomática de Góngora.

Hay veces que sus versos alcanzan regusto de adagios como en el Marqués de Santillana y hay veces en que surge entre tanta gala, "con libertad juiciosa" administrada, el tallo verde del romance.

Juan Vicente González, sin duda, al enumerar las cualidades del lenguaje poético de Bello, pensó en estos ingenios. Por no comparar limitóse a enunciar las cualidades de aquéllos, callando nombres que no podían estar ausentes de su memoria prodigiosa.

Este insigne varón de las letras venezolanas hace notar que Bello se apropia todas las cualidades tradicionales del lenguaje y de la poesía castellana con "una libertad juiciosa".

¿No fué en todo momento una libertad juiciosa la vida de Bello? Nunca le faltó audacia en el pensamiento, pero siempre supo encauzarla.

Contrariamente a lo que pensaba Sarmiento, ese otro coloso de las letras americanas, creó un lenguaje poético original, acatando desde luego lo que consideraba genio del lenguaje, suerte de fuerza intrínseca que mantiene unidad en el idioma, bien que formas dialectales lo enriquezcan con nuevos giros o le presten la gracia de vocablos frescos.

Pero en modo alguno acepta su "libertad juiciosa" la in-

BIBLIOTECA NACIONAL

corporación de palabras extranjeras, desnaturalizadas por la imprudencia de una libertad sin vigilancia o de una pronunciación sin disciplina.

Prueba de la ecuanimidad de Bello en materia de crítica y de su serenidad para juzgar las contrapuestas tendencias de la época, sin "abanderizarse", son los siguientes conceptos:

"Han llegado recientemente a Santiago algunos ejemplares del *Juicio Crítico de los principales poetas españoles de la última era,* obra póstuma de don José Gómez Hermosilla, publicada en París el año pasado por don Vicente Salvá. Los aficionados a la literatura hallarán en esta obra muy atinadas y juiciosas observaciones sobre el uso propio de varias voces y frases castellanas, y algunas también que tocan al buen gusto en las formas y estilo de las composiciones poéticas, si bien es preciso confesar que el *Juicio Crítico* está empapado, no menos que el *Arte de Hablar,* en el rigorismo clásico de la escuela a que perteneció Hermosilla, como ya lo reconoce su ilustrado editor.

"En literatura los clásicos y románticos tienen cierta semejanza no lejana con lo que son en la política los legitimistas y los liberales. Mientras que para los primeros es inapelable la autoridad de las doctrinas y prácticas que llevan el sello de la antigüedad, y el dar un paso fuera de aquellos trillados senderos es rebelarse contra los sanos principios, los segundos, en su conato a emancipar el ingenio de trabas inútiles, y por lo mismo perniciosas, confunden a veces la libertad con la más desenfrenada licencia. La escuela clásica divide y separa los géneros con el mismo cuidado que la secta legitimista las varias jerarquías sociales; la gravedad aristocrática de su tragedia y su oda no consiente el más ligero roce de lo plebeyo, familiar o doméstico. La escuela romántica, por el contrario, hace gala de acercar y confundir las condiciones; lo cómico y lo trágico se tocan, o más bien, se penetran íntimamente en sus heterogéneos dramas; el interés de los espectadores se reparte entre el bufón y el monarca, entre la prostituta y la princesa; y el esplendor de las cortes contrasta con el sórdido egoísmo de los sen-

timientos que encubre, y que se hace estudio de poner a la vista con recargados colores.

"Pudiera llevarse mucho más allá este paralelo, y acaso nos presentaría afinidades y analogías curiosas. Pero lo más notable es la natural alianza del legitimismo literario con el político. La poesía romántica es de alcurnia inglesa, como el gobierno representativo y el juicio por jurados. Sus irrupciones han sido simultáneas con las de la democracia en los pueblos del mediodía de Europa. Y los mismos escritores que han lidiado contra el *progreso* en materias de legislación y gobierno, han sustentado no pocas veces la lucha contra la nueva revolución literaria, defendiendo a todo trance las antiguallas autorizadas por el respeto supersticioso de nuestros mayores: los códigos poéticos de Atenas y Roma, y de la Francia de Luis XIV. De lo cual tenemos una muestra en don José Gómez Hermosilla, ultra-monarquista en política, y ultra-clásico en literatura.

"Mas aun fuera de los puntos de divergencia entre las dos escuelas, son muchas las opiniones de este célebre literato, de que nos sentimos inclinados a disentir. Si se presta alguna atención a las observaciones que vamos a someter al juicio de nuestros lectores, acaso se hallará que las aserciones de Hermosilla son a veces precipitadas, y sus fallos erróneos; que su censura es tan exagerada como su alabanza; que tiene una venda en los ojos para percibir los defectos de su autor favorito, al mismo tiempo que escudriña con una perspicacia microscópica las imperfecciones y deslices de los otros. Si así fuese, las notas o apuntes que siguen, escritos a la ligera en los momentos que hemos podido hurtar a ocupaciones más serias, no serían del todo inútiles para los jóvenes que cultivan la literatura, cuyo número (como lo hemos dicho otras veces, y nos felicitamos de ver cada día nuevos motivos de repetirlo), se aumenta rápidamente entre nosotros".

La anterior crítica es una expresión clara del pensamiento de Bello. No puede haber mayor equilibrio. Como lo hemos dicho, no le falta respeto por Hermosilla, pero no

acepta su criterio *legitimista*, porque en él, no obstante su "juiciosa libertad" había un temperamento rebelde.

"Poeta de la naturaleza y la Patria; mas sobre todo, de la religión y la piedad" según expresión de Juan Vicente González.

Hemos examinado los sentimientos de Bello con relación a la naturaleza. Su acercamiento amoroso a ella: la égloga, brote lírico y, desde luego subjetivo, de su corazón juvenil. Hemos visto que de la naturaleza ama al árbol más que a los ganados: la agricultura es para él nodriza de la gente, la campiña consuelo, el bosque cobijo.

La piedad para con el que sufre adversa fortuna se halla derramada en toda su obra, lo mismo la religión, o mejor sus dulces sentimientos religiosos... ¡Pero la Patria!... ¿Qué es la Patria para Bello? ¿Un paisaje distante?... ¿una familia ya casi desaparecida?... ¿el recuerdo de unos amigos fieles?... ¿La cadencia de un lenguaje?: la Patria para Bello era una lejanía.

Entendemos a Bello como poeta de la Patria en este sentido. Sentido ancho que tuvo la palabra para los hombres de 1810. Restringirlo sería desnaturalizarlo.

Es el poeta del concepto de la Patria. Por eso la canta en su símbolo. No obstante, cuando se refiere a Caracas su voz adquiere nuevas dimensiones:

> ¿Y qué diré de la ciudad que ha dado
> a la sagrada lid tanto caudillo?
> ¡Ah que entre escombros olvidar pareces,
> turbio Catuche, tu camino usado!
> ¿Por qué en tu margen el rumor festivo
> calló? ¿Dó está la torre bulliciosa
> que pregonar solía,
> de antorchas coronada,
> la pompa augusta del solemne día?
> Entre las rotas cúpulas que oyeron
> sacros ritos ayer, torpes reptiles
> anidan, y en la sala que gozosos
> banquetes vió y amores, hoy sacude
> la grama del erial su infausta espiga.

Pero más bella y grande resplandeces
en tu desolación, ¡oh Patria de héroes!

Y no faltan en el canto escenas trágicas en la vida familiar. Magníficos cuadros trazados con sobriedad por una voz, cuyo ámbito resulta insuficiente para contener la tristeza.

A ti también, Javier Ustáriz, cupo
mísero fin: atravesado fuiste
de hierro atroz a vista de tu esposa
que con su llanto enternecer no pudo
a tu verdugo, de piedad desnudo:
en la tuya y la sangre de sus hijos
a un tiempo la infeliz se vió bañada.

Los que hemos visto guerras de cerca sabemos todo el dolor y desolación existente en las escenas trágicas que se desarrollan en el seno del hogar. Mientras en el campo de batalla el triunfo disimula el sufrimiento, en la casa día a día se va destilando la angustia; por lo que la espada, que tiene un sentido de grandeza junto a la luz del clarín, al herir sin piedad mujeres y niños, no puede encontrar otro calificativo mejor que el de "hierro atroz".

La *Alocución a la poesía* y la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida,* no obstante ser poemas descriptivos, tienen una gran proyección lírica, de un lirismo hondo: brotan de los sentimientos de nostalgia del poeta.

Con el alma cargada de años, Bello, poeta y legislador, según expresión de Menéndez y Pelayo, dice a su generación la palabra de paz y la palabra de amor a la agricultura: dos palabras, simplemente dos palabras . . Pero todo un mensaje.

Poeta y legislador . . . Con ser nobles las dos actividades, sin duda tienen diferentes categorías en la conciencia del hombre. La poesía es individualista, por ello es la mayor expresión de dignidad del ser humano. El hombre ante el infinito crea la poesía. Primero mito, luego oración. Desde los comienzos del mundo se acerca a Dios confiadamente

por la palabra. La ley, por el contrario nace de la sociedad, de la imperiosa necesidad que han tenido los hombres de respetarse los unos a los otros. El pecado original del temor está implícito en la ley, como el silencio creador de la confianza desbordada está contenido en la poesía.

Bello encontró el momento más alto de su inspiración lírica en *La Oración por Todos*. Lo expresó, a pesar de ser los versos originales de Victor Hugo con honda e íntima sinceridad, y de frente al infinito:

Ruega, hija, por tus hermanos,
los que contigo crecieron,
y un mismo seno exprimieron,
y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen sólo
el favor del cielo implores:
por justos y pecadores,
Cristo en la Cruz expiró.

Ruega por el orgulloso
que ufano se pavonea,
y en su dorada librea,
funda insensata altivez;
y por el mendigo humilde
que sufre el ceño mezquino
de los que beben el vino
porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios
sumido en profundo cieno,
hace aullar el canto obsceno
de nocturno bacanal;
y por la velada virgen
que en su solitario lecho
con la mano hiriendo el pecho,
reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
en cuyo pecho no vibra
una simpática fibra
al pesar y a la aflicción;
que no da sustento al hambre,
ni a la desnudez vestido,

ni da la mano al caído,
ni da a la injuria perdón.

Por el que en mirar se goza
su puñal de sangre rojo,
buscando el rico despojo,
o la venganza crüel;
y por el que en vil libelo
destroza una fama pura,
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso
la mar, de peligros llena;
por el que arrastra cadena,
y por su duro señor;
por la razón que leyendo
en el gran libro, vigila;
por la razón que vacila;
por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
los que penan y trabajan;
y de todos los que viajan
por esta vida mortal.
Acuérdate aún del malvado
que a Dios blasfemando irrita.
La oración es infinita:
nada agota su caudal.

En estas estrofas aparecen los sentimientos más íntimos y más profundos de Bello. ¿Podrían no ser originales?

Como legislador, júzguenlo otros. A mí no me corresponde tan ardua tarea. De todos modos lo prefiero como poeta. Su poesía es la obra íntima de toda su vida. Su biografía espiritual... ¿Clásico? ¿Romántico?... Bello no se abanderizó, ni quiso abanderizarse... no lo abandericemos nosotros.

F. Paz Castillo.

Baltimore, 11 de abril de 1950.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

EDICIONES DE LAS POESÍAS

Sólo en contadas ocasiones publicó Bello, durante su vida, sus propias poesías. En Caracas, hasta 1810, no imprimió ninguna. En Londres (1810-1829), únicamente los dos grandes poemas de su inconcluso plan de Silvas Americanas en la *Biblioteca Americana* (1823) y en el *Repertorio Americano* (1826-1827), y la traducción de *Los Jardines* de Delille. En Chile (1829-1865) dió a la imprenta algunas de sus poesías en revistas (*Museo de Ambas Américas, El Crepúsculo, La Revista de Santiago, Picaflor, El Mosaico, El Progreso, El Correo Literario*), y unas pocas más insertas en *El Araucano*. La mayor parte de la obra poética de Bello fué publicada por sus fervientes discípulos y admiradores, o por su hijo Emilio. Andrés Bello no tuvo, pues, mayor deseo de ver impresa su propia poesía. Si a esto añadimos que los versos eran continuamente retocados y reelaborados, podemos concluir que los juzgaba con severo rigor. Este anhelo de perfección puede verse claramente en las variantes de redacción de los poemas en cuyos manuscritos hemos podido seguir el largo proceso de elaboración.

Por no haber publicado en vida Bello sus poesías, debemos dolernos hoy de pérdidas lamentables, que ha sido posible subsanar únicamente en parte, gracias a la devoción con que se ha seguido la obra de Bello especialmente en Venezuela y en Chile. La desaparición más considerable de poemas de Bello corresponde naturalmente a sus poesías juveniles, acerca de las cuales tenemos un valioso texto que nos confirma el trato dado por Bello a sus poemas escritos en la época caraqueña. Tomás J. Quintero (Th. Farmer), agente del Gobierno de Colombia en Madrid, escribe a 1º de mayo de 1827, una carta de contestación a otra de Bello, en la que trataba de sus primeros versos: "La modestia con que usted habla de sus obras realza más su mérito; y si se atiende a la terrible severidad con que, excepto cuatro composiciones, quería usted condenarlas al olvido, podrían aplicarse a usted los sentidos versos de Augusto

a Virgilio, quejándose de que hubiese mandado quemar la Eneida" [1]. Del mismo modo, en coincidencia con el anterior juicio, refiere Arístides Rojas que Bello en carta a sus familiares de Caracas, por los años de 1853 o 1854, al referirse al hecho de que el Obispo de Trícala, Don Mariano Talavera y Garcés recitaba de memoria su *Oda a la Vacuna*, escribía: "Debe ser muy mala esa composición cuando no la recuerdo".

La pérdida de gran parte de los poemas juveniles de Bello es ciertamente lamentable, porque con la totalidad de los primeros escritos habríamos podido fijar con más seguridad la formación literaria de Bello y la evolución de su poesía. Lo que llama Miguel Antonio Caro: "misteriosas cabeceras de grande y poderoso río".

Tenemos conocimiento, por testimonio de Juan Vicente González [2] que fué autor en Caracas de "*la canción patriótica* [3] con que saludó nuestra libertad, la primera que oyó la América del Sur". Asimismo, atestigua que "la tradición conserva fielmente los primeros cantos que balbuceó su musa; y es hoy un privilegio de pocas familias, en la especie de auto que llaman *La Infancia de Jesús*, representar las escenas de los reyes por los elegantes endecasílabos del precoz niño".

Conocemos, igualmente, que tradujo el libro V de la *Eneida* de Virgilio, y la *Zulima*, de Voltaire. Ambos textos, hoy perdidos.

Se tiene noticia cierta, del mismo modo, que escribió Bello un drama en verso, con el título de *España restaurada, o El Certamen de los Patriotas* seguramente al estilo de *Venezuela consolada*, que se publica en este tomo. Además de la égloga que poseemos, *Tirsis, habitador del Tajo umbrío...*, escrita a imitación de Virgilio, compuso otra, *Palemón y Alexis* [4], de la que se conserva sólo el primer verso:

Hace el Anauco un corto abrigo en donde...

No es obra de Bello el soneto *Recuerdos* pues los razonamientos de Miguel Romera Navarro [5] son convincentes. El soneto pertenece a José María Heredia.

[1] Amunátegui, *Vida Bello*, página 64.

[2] Cf. *Revista Nacional de Cultura*, nº 66, Caracas, enero-febrero de 1948, p. 141. Se reproduce el texto publicado en *El Heraldo* de Caracas, de 1859.

[3] Sólo se conoce el primer verso:

Caraqueños, otra época empieza;

[4] Para la historia del drama y de la égloga, perdidas, véase P. Grases, *Andrés Bello, el primer humanista de América*, p. 27-30.

[5] "Un soneto de Heredia atribuído a Bello", en *Hispanic Review*, Lancaster, Pa. July 1945, p. 197-203. Amunátegui lo publicó en O. C. III, p. 36, como escrito por Bello, a pesar de que él mismo en su estudio "D. José María Heredia" (en *Revista del Pacífico*, I, Valparaíso, 1858, p. 65 y ss.) hace un largo comentario al soneto de Heredia "Renunciando a la poesía", con el mismo texto que luego atribuye a Bello. Véase, también, para este punto, el trabajo de José Antonio Fernández de Castro "Domingo Del Monte, editor y corrector de las Poesías de Heredia", en *Revista Cubana*, XII, 34-36, La Habana, abril-junio, 1938, pp. 91-144.

Desde 1810, fecha de su llegada a Londres, no imprime poesía alguna, que se sepa, hasta el año de 1823 en la *Biblioteca Americana,* revista de la que es coeditor con Juan García del Río. Del tiempo comprendido entre 1810 y 1823 no tenemos noticia sino del soneto *Dios me tenga en gloria,* que fué publicado por Antonio José de Irisarri, en 1819, atribuyéndolo a un *Blas O'Drenel,* anagrama de las letras de Andrés Bello. Ignoramos si Bello con su propio nombre, o con las iniciales —A. B.—, con que acostumbraba firmar, o con el anagrama referido, habrá publicado algo más antes de 1823. En este año imprime la *Alocución a la poesía* y en 1826-1827, el poema *La Agricultura de la Zona Tórrida,* silvas pertenecientes al gran proyecto del poema *América,* inconcluso. Salvo la traducción de *Los Jardines* de Delille no publica nada más, aunque prosigue su creación poética con todo ahinco y fervor, alternándola con las investigaciones y estudios literarios con que parecía querer apaciguar en Londres la zozobra de su inestable vida.

En Chile fué algo más pródigo en publicaciones, aunque no mucho más. Imprimió, es verdad, en algunas revistas y en el periódico *El Araucano,* pero sólo una pequeña parte de lo mucho que produjo, y aun en algunos casos fué preciso el requerimiento de los editores para que Bello condescendiese a que se divulgasen sus versos. Tal es el caso de Juan García del Río, quien le reclama colaboración para el *Museo de Ambas Américas* que publica en Valparaíso; y del mismo modo el caso de los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, a quienes se debe que se haya conservado un número muy considerable de poemas de Bello.

Al preparar Juan María Gutiérrez la edición de la *América Poética,* publicada en 1846 en Valparaíso, le escribe a Bello en solicitud de datos sobre su persona y sobre sus versos. Éste le contesta en carta de 9 de enero de 1846: "Con respecto a mis pobres producciones literarias, usted las ha mencionado todas, excepto una que otra composición poética, que no vale la pena de añadirse a la lista" [6].

En 1860, en la *Revista del Pacífico* (vol. III) apareció con la firma de Miguel Luis Amunátegui un estudio crítico sobre las poesías de Andrés Bello [7], con inclusión de un buen número de poesías inéditas. Bello le escribe a Miguel Luis Amunátegui, el 23 de enero de 1861, una carta en la que le dice: "He leído con mucho gusto el artículo relativo a mis poesías que ha salido en el último número de la *Revista del Pa-*

[6] En la *América poética* se publicaron solamente: *Alocución a la Poesía, La Agricultura de la Zona Tórrida, Los Jardines, El incendio de la Compañía, El 18 de setiembre, A Olimpio, Las Fantasmas, La Oración por todos, Moisés salvado de las aguas,* y *Los Duendes.* Es el primer intento de coleccionar todas las poesías de Bello, publicadas hasta 1846.

[7] Se incorpora después como cap. IX en el trabajo *Juicio crítico de las obras de algunos de los principales poetas hispanoamericanos,* que en 1861 firmarán conjuntamente Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui.

cíftco, y él me ha hecho concebir que mis fabulitas valen un poco más de lo que yo había creído hasta ahora. Usted, sin embargo, las ha tratado demasiado favorablemente" [8].

La colección de poesías de Bello se forma por tres caminos distintos:

a) Los textos dados a las prensas por el propio Bello;

b) La edición póstuma de poesías encontradas entre sus papeles; y

c) Los poemas copiados o retenidos de memoria por sus admiradores, cuya publicación se hizo en muy pocos casos en vida de Bello.

En este último apartado debe mencionarse lo que adujo la veneración de algunos venezolanos contemporáneos de Bello y otros de generaciones posteriores, y de modo especialísimo Juan Vicente González, de quien es bien conocido el incidente que suscita en 1846 al reclamar algunas de las poesías de Bello, al primogénito del poeta, Carlos Bello, con ocasión de su visita a Caracas [9]. De la colección formada por Juan Vicente González, con la contribución de Carlos Bello, hermano de don Andrés, ha salido la mayor parte de los primeros poemas compuestos en Caracas, sin lo cual se habrían perdido irremisiblemente.

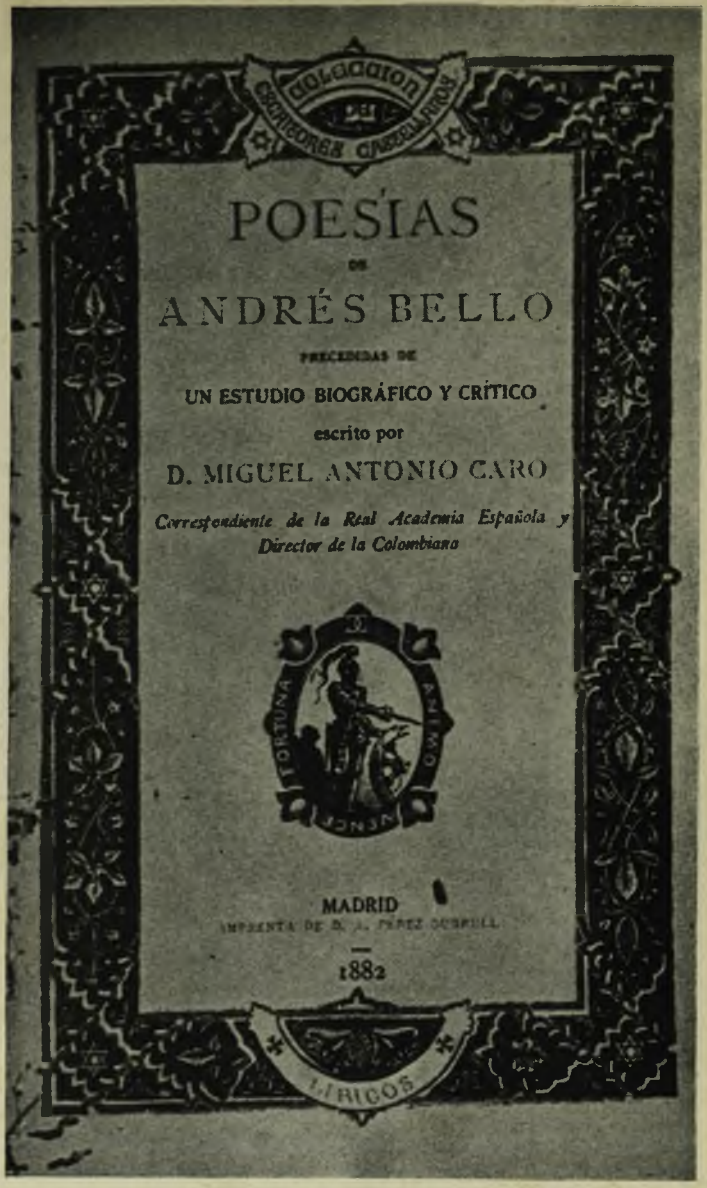
Las consideraciones antecedentes explican perfectamente que algunos de los textos sean hasta cierto punto inseguros, pues no recibieron la sanción definitiva que da a toda publicación la última palabra del autor al preparar su obra para la imprenta. Por otra parte, nos aclara también que algunos poemas aparezcan inconclusos, ya que en algunos casos el autor no les dió el último toque.

De ahí que concedamos extraordinaria importancia al hecho, no tan sólo de poder publicar algunos textos inéditos de poesías que pueden estimarse terminadas, sino de dar en esta edición numerosos textos de los propios borradores manuscritos de Bello que nos ha sido dable examinar, los cuales son valiosos hitos de poemas, en proceso de elaboración. A nadie escapará el valor que tales testimonios tienen para comprender en su más viva intimidad cuál ha sido la gestación de la poesía de Bello y

[8] Da el texto de esta carta, Domingo Amunátegui Solar, en *Archivo epistolar de don Miguel Luis Amunátegui*, I, p. 15.

[9] En carta de 15 de agosto de 1846, desde Londres, le escribe Carlos Bello a su padre:

"Hay en Caracas un hombre muy original, de treinta y tantos años de edad, a quien llaman el literato monstruo. Llámase González y en medio de un exterior brusco y poco pulido, tiene talento y un entusiasmo inaudito por V. y sus obras poéticas. A pesar de hallarse hoy engolfado en la política, no pierde oportunidad de recoger hasta aquellos versos que hacía V. para los nacimientos; tiene una colección muy prolija, ha seguido los pasos de V. y visita todas las personas con quienes V. tuvo alguna relación. Fáltale no obstante el soneto al *Samán de Hueres* y verdaderamente se enfadó conmigo porque no lo sabía yo de memoria".



Facsimil de la portada de la edición de las *Poesías de Andrés Bello*, prologadas por Miguel Antonio Caro, publicadas en la Colección de Escritores Castellanos, en Madrid, 1882.

cuáles los matices que alcanza el esfuerzo creador poético de nuestro primer humanista.

Las colecciones fundamentales que han sido utilizadas como fuentes bibliográficas para recoger la obra poética de Bello —pues cada una de ellas aporta algún texto nuevo [10]—, son las siguientes:

Juicio crítico de las obras de algunos de los principales poetas hispanoamericanos, por Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. Santiago, 1861. Impreso, antes de ser libro, en *Anales de la Universidad de Chile,* XVIII, 1er. semestre de 1861. La parte relativa a Bello, (Cap. IX) se había publicado en la *Revista del Pacífico,* III, Valparaíso, 1860.

Colección de poesías originales, por don Andrés Bello, con apuntes biográficos por J. M. Torres Caicedo. Caracas. Rojas Hermanos, 1870 [11].

Colección de poesías originales de Andrés Bello. Acompañada de la infancia y juventud de Bello y de notas bibliográficas por Arístides Rojas. Caracas, Rojas Hermanos, 1881.

[10] Hay otras colecciones importantes, pero se limitan a reimprimir textos publicados con anterioridad: a) *América Poética. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo. Parte lírica.* (Colección ordenada por D. Juan María Gutiérrez). Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1846; b) *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos ordenada con noticias biográficas por José M. Rojas.* Caracas, Rojas hermanos, 1875; y c) *Parnaso Venezolano,* Curazao, A. Bethencourt e hijos, 1887, con prólogo de Víctor Antonio Zerpa. Esta última aunque no añada sustancialmente cosa nueva, está hecha muy inteligentemente.

[11] Reproducimos, del original manuscrito, la carta de Rojas Hermanos dirigida a don Emilio Bello, hijo del poeta. Contiene la historia de los preparativos de la primera edición venezolana, a los tres años y medio de muerto Bello. Don Emilio facilitó a los editores los siguientes poemas: *Al Anauco; El Campo; El cóndor y el poeta;* y *El tabaco.* Dice la carta:

Caracas, abril 6/869.

Señor D. Emilio Bello. Santiago, Chile.

Muy señor n/

Valido de la amistad y admiración que nuestro padre Sr. José Mª de Rojas, profesó al de Vd. Señor Dn. Andrés Bello y de las honrosas atenciones que le demostró el Señor Dn. Andrés en los últimos años de su vida, valido del título de compatriota de su Señor padre y de la grande admiración que desde muy temprana edad hemos tenido por sus talentos y virtudes, nos permitimos hoy molestar la atención de Vd. para solicitar su valiosa ayuda en el proyecto que tenemos de publicar un tomo de las *Obras poéticas* del Señor Dn. Andrés.

Como estas poesías no se han publicado, sino en periódicos y folletos literarios, nos cuesta inmenso trabajo reunir todo lo escrito por su Sr. padre —no hay entre nosotros el espíritu de coleccionar y esto embaraza más nuestro propósito—. Es con grandísimos trabajos, que hemos logrado reunir las composiª. cuya nota le enviamos inclusa, así que le estimaremos muy mucho nos envíe todas las demás que Vd. tenga, pues deseamos que el tomo sea lo más completo posible.

Debemos asegurar a Vd. que al intentar esta publicación nos lleva principalmente un justo orgullo patrio, y no el de especulación. El Señor Dn. Andrés puede considerarse como el primero de los poetas, no solamte. Venezolano, sino también Sud-

Poesías de Andrés Bello, precedidas de un estudio biográfico y crítico por D. Miguel Antonio Caro, Madrid, 1882.

Vida de don Andrés Bello, por Miguel Luis Amunátegui, Santiago, 1882. Incluye textos de poesías de Bello.

Obras Completas de don Andrés Bello, Vol. III. *Poesías,* Santiago, 1883.

ALGUNAS NORMAS DE LA PRESENTE EDICIÓN

Se han numerado cada cinco versos en cada poema a fin de simplificar las llamadas a las notas, en las cuales se han registrado las variantes

---

Americano y sería muy triste que tantas obras de su grande ingenio, quedasen perdidas para las letras.

Nuestro hermano y socio Sr. Milcíades Rojas, partirá para París el 4 del mes próximo con el objeto de negocios y le estimaremos a V$^{d.}$ que todo lo que le sea posible enviarnos lo dirija a él bajo la siguiente dirección

Sr. Milcíades Rojas
al cuidado de los SS.
Thirion, Bosquet. &,.
32 rue du Fauburg Poissonniere
Paris

Deseamos que la edición sea lo más completa posible y muy esmerada en su parte tipográfica y es por esta razón que preferimos hacerla en París así es que los documentos que V. tenga la bondad de remitirnos, deben estar en dicha capital de julio a agosto lo más tarde.

Por los vapores ingleses de la mala real o por los franceses, pueden enviarse periódicos o folletos, con tal que no sean empastados y cubriéndolos con fajas de papel doble llegarán con toda seguridad.

El valor de cualquier periódico o cuaderno que V$^{d.}$ nos envíe, su francatura y demás gastos, se servirá avisárnoslo y decirnos si podemos entregarlo a alguna persona por s/c, sea en Londres o París.

También estimaremos a V$^{d.}$ envíe a París, la biografía del Señor D$^{n.}$ Andrés escrita en 1854 por los distinguidos literatos HH. Amunátegui, así como algún retrato fotográfico del Sr. Su Padre, pues deseamos que el tomo lleve el retrato.

A su Señor tío y amigo nuestro D$^{n.}$ Carlos debemos cuatro o cinco composic$^{s.}$ —teníamos muchas esperanzas en él, pero sucede que tampoco ha coleccionado, a él debemos la indicación de dirigirnos a V$^{d.}$—. A pesar de sus 85 años se conserva fuerte; ayer tuvimos el gusto de verlo y nos encarga recuerdos p$^{a.}$ V$^{d.}$

Sírvase V$^{d.}$ creer que tendremos mucho gusto en estar a su servicio en cualquier cosa, que juzgue podemos serle útiles en esta ciudad.

Somos SS
q. b. s. m.
Rojas Hermanos

Nota de las composiciones a que se refiere n/ carta:

1. Silva a la Agri$^{a.}$ de la zona tórrida.
2. Canto a América - 1^{a} y 2ª parte.
3. El Himno de Colombia.
4. Al 18 de Setiembre.
5. id. - id.
6. La Oración por todos.
7. El Incendio de la Compañía.
8. Las fantasmas.
9. A la nave -oda imit$^{n.}$ de Horacio.

de redacción, unas pocas tomadas de fuentes impresas y la mayor parte de los propios manuscritos de Bello. Las variantes llevan algunas veces notas, en cuyo caso la llamada se ha hecho por medio de letras (a), (b), (c), etcétera.

Cuando en la anotación de variantes se dejan espacios en blanco se quiere indicar que recomienza la variante anotada.

Las notas que no son variantes de versos, llevan identificación:

1. (Nota de Bello), las del autor.

2. (Edición Chilena. Santiago), las que se han tomado de la edición de Chile, 1881-1893.

3. (Comisión Editora. Caracas), las que se deben a la actual edición.

Al título de cada poesía se le ha añadido en nota, la fuente bibliográfica utilizada y la historia de las publicaciones de cada poema.

La Comisión Editora.

10. A la victoria de Bailén.
11. Canción a la Disol$^{n.}$ de Colombia.
12. Diálogo (Anales, pág. 182).
13. La Cometa.
14. El hombre, el caballo y el toro.
15. Las Ovejas.
16. La ardilla, el dogo, etc.
17. En el álbum de la Sra. D. E. Pinto.
18. id de la Sra. Da. M. Muñoz.
19. Diálogo entre la amable Isidora.
20. Al Biobío.
21. En el álbum de la Sra. J. Reyes.
22. El Miserere.
23. El vino y el amor.
24. A Olimpio.
25. Frag$^{to.}$ de los Jardines de Delille.
26. Moisés salvado de las aguas.

Caracas, abril 6/869.
Rojas Hermanos.

POESIAS

I

CARACAS

1800 - 1810



EL ANAUCO*

Irrite la codicia
por rumbos ignorados
a la sonante Tetis
y bramadores austros;
el pino que habitaba
del Betis fortunado
las márgenes amenas
vestidas de amaranto,
impunemente admire
los deliciosos campos
del Ganges caudaloso,
de aromas coronado.
Tú, verde y apacible
ribera del Anauco,
para mí más alegre,
que los bosques idalios
y las vegas hermosas
de la plácida Pafos,
resonarás continuo
con mis humildes cantos;
y cuando ya mi sombra
sobre el funesto barco
visite del Erebo
los valles solitarios,
en tus umbrías selvas
y retirados antros

* Impresa por primera vez en la colección de *Rojas Hermanos, 1870.* Publicada, después, en las *Poesías* ordenadas por Miguel Antonio Caro (Madrid, 1882). En *O. C. III*, p. 1-2. La fecha de composición es insegura. Arístides Rojas (*Infancia y juventud de Bello*) da a entender que fué escrita en 1800. Miguel Luis Amunátegui en la *Introducción* a las *Poesías* (*O. C. III*, p. VIII) repite el aserto de Arístides Rojas. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

erraré cual un día,
tal vez abandonando
la silenciosa margen
de los estigios lagos.
La turba dolorida
de los pueblos cercanos
evocará mis manes
con lastimero llanto;
y ante la triste tumba,
de funerales ramos
vestida, y olorosa
con perfumes indianos,
dirá llorando Filis:
"Aquí descansa Fabio".
¡Mil veces venturoso!
Pero, tú, desdichado,
por bárbaras naciones
lejos del clima patrio
débilmente vaciles
al peso de los años.
Devoren tu cadáver
los canes sanguinarios
que apacienta Caribdis
en sus rudos peñascos;
ni aplaque tus cenizas
con ayes lastimados
la pérfida consorte
ceñida de otros brazos.

MIS DESEOS*

Hoc erat in votis.

¿Sabes, rubia, qué gracia solicito
cuando de ofrendas cubro los altares?
No ricos muebles, no soberbios lares,
ni una mesa que adule al apetito.

De Aragua a las orillas un distrito
que me tribute fáciles manjares,
do vecino a mis rústicos hogares
entre peñascos corra un arroyito.

Para acogerme en el calor estivo,
que tenga una arboleda también quiero,
do crezca junto al sauce el coco altivo.

¡Felice yo si en este albergue muero;
y al exhalar mi aliento fugitivo,
sello en tus labios el adiós postrero!

* Lo publicó Miguel Antonio Caro en la colección de *Poesías* de Andrés Bello (Madrid, 1882). El texto fué hallado entre los papeles de Juan Vicente González, que poseía en 1880, Antonio Leocadio Guzmán. Había sido impreso en España, entre 1820 y 1823, por Tomás J. Quintero, escondido hasta ahora bajo el nombre de Th. J. Farmer, agente secreto del Gobierno de Colombia en Madrid. Caro le atribuye fecha anterior a 1800.

Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, en la *Biografía de Bello*, en 1854, y en el *Juicio crítico, 1861*, mencionan este soneto. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

A LA VACUNA *

POEMA EN ACCIÓN DE GRACIAS AL REY DE LAS ESPAÑAS POR LA PROPAGACIÓN DE LA VACUNA EN SUS DOMINIOS, DEDICADO AL SEÑOR DON MANUEL DE GUEVARA VASCONCELOS, PRESIDENTE GOBERNADOR Y CAPITÁN GENERAL DE LAS PROVINCIAS DE VENEZUELA

Vasconcelos ilustre, en cuyas manos
el gran monarca del imperio ibero
las peligrosas riendas deposita
de una parte preciosa de sus pueblos;
tú que, de la corona asegurando
en tus vastas provincias los derechos,
nuestra paz estableces, nuestra dicha
sobre inmobles y sólidos cimientos;
iris afortunado que las negras
nubes que oscurecían nuestro cielo
con sabias providencias ahuyentaste,
el orden, la quietud restituyendo;
órgano respetable, que al remoto
habitador de este ignorado suelo
con largueza benéfica trasmites

* Arístides Rojas inserta sólo algunos fragmentos (*Rojas Hermanos, 1881*) de una copia facilitada por Carlos Bello, hermano del poeta. Expresa duda sobre la exactitud del texto, por "las repetidas copias que se han sacado desde 1804 a hoy", razón por la cual no publica íntegramente el poema. Además, entendía don Arístides, que "después de conocer la célebre Oda de Quintana, *Propagación a la vacuna*, toda obra sobre tema semejante aparece pálida".

En 1880 se localizó nuevamente el poema entre los papeles de Antonio Leocadio Guzmán, poseedor del archivo de Juan Vicente González.

Se publicó completo en la colección de poesías preparada por M. A. Caro (Madrid, 1882). Figura también en *O. C. III*, p. 3-11.

En Caracas había tenido anteriormente curiosa publicación en 1860, recordado el poema de memoria por el Dr. Mariano de Talavera y Garcés.

La expedición de la vacuna, que canta Bello, llegó a Caracas en los primeros días del mes de abril de 1804, por lo que debe tomarse esta fecha como la de composición aproximada del poema. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

el influjo feliz del solio regio;
digno representante del gran Carlos,
recibe en nombre suyo el justo incienso
de gratitud, que a su persona augusta,
tributa la ternura de los pueblos;
y pueda por tu medio levantarse
nuestra unánime voz al trono excelso,
donde, cual numen bienhechor, derrama
toda especie de bien sobre su imperio;
sí, Venezuela exenta del horrible
azote destructor, que, en otro tiempo
sus hijos devoraba, es quien te envía
por mi tímido labio sus acentos.

¿Venezuela? Me engaño. Cuantos moran
desde la costa donde el mar soberbio
de Magallanes brama enfurecido,
hasta el lejano polo contrapuesto;
y desde aquellas islas venturosas
que ven precipitarse al rubio Febo
sobre las ondas, hasta las opuestas
Filipinas, que ven su nacimiento,
de ternura igualmente poseídos,
sé que unirán gustosos a los ecos
de mi musa los suyos, pregonando
beneficencia tanta al universo.
Tal siempre ha sido del monarca hispano
el cuidadoso paternal desvelo
desde que las riberas de ambas Indias
la española bandera conocieron.

Muchas regiones, bajo los auspicios
españoles produce el hondo seno
del mar; y en breve tiempo, las adornan
leyes, industrias, población, comercio.
El piloto que un tiempo las hercúleas
columnas vió con religioso miedo,
aprende nuevas rutas, y las artes
del antiguo traslada al mundo nuevo.
Este mar vasto, donde vela alguna
no vieron nunca flamear los vientos;
este mar, donde solas tantos siglos
las borrascas reinaron o el silencio,
vino a ser el canal que, trasladando

los dones de la tierra y los efectos
de la fértil industria, mil riquezas
derramó sobre entrambos hemisferios.

Un pueblo inteligente y numeroso
el lugar ocupó de los desiertos,
y los vergeles de Pomona y Flora
a las zarzas incultas sucedieron.
No más allí con sanguinarios ritos
el nombre se ultrajó del Ser Supremo,
ni las inanimadas producciones
del cincel, le usurparon nuestro incienso;
con el nombre español, por todas partes,
la luz se difundió del evangelio,
y fué con los pendones de Castilla
la cruz plantada en el indiano suelo.
Parecía completa la grande obra
de la real ternura; en lisonjero
descanso, las nacientes poblaciones
bendecían la mano de su dueño,
cuando aquel fiero azote, aquella horrible
plaga exterminadora que, del centro
de la abrasada Etiopia transmitida,
funestó los confines europeos,
a las nuevas colonias trajo el llanto
y la desolación; en breve tiempo,
todo se daña y vicia; un gas impuro
la región misma inficionó del viento;
respirar no se pudo impunemente;
y este diáfano flúido en que elementos
de salud y existencia hallaron siempre
el hombre, el bruto, el ave y el insecto,
en cuyo seno bienhechor extrae
la planta misma diario nutrimento,
corrompióse, y en vez de dones tales,
nos trasmitió mortífero veneno.
Viéronse de repente señalados
de hedionda lepra los humanos cuerpos,
y las ciudades todas y los campos
de deformes cadáveres cubiertos.
No; la muerte a sus víctimas infaustas
jamás grabó tan horroroso sello;
jamás tan degradados de su noble
belleza primitiva, descendieron

al oscuro recinto del sepulcro,
Humanidad, tus venerables restos,
la tierra las entrañas parecía
con repugnancia abrir para esconderlos.
De la marina costa a las ciudades,
de los poblados pasa a los desiertos
la mortandad; y con fatal presteza,
devora hogares, aniquila pueblos.

El palacio igualmente que la choza
se ve de luto fúnebre cubierto;
perece con la madre el tierno niño;
con el caduco anciano, los mancebos.
Las civiles funciones se interrumpen;
el ciudadano deja los infectos
muros; nada se ve, nada se escucha,
sino terror, tristeza, ayes, lamentos.
¡Qué de despojos lleva ante su carro
Tisífone! ¡Qué número estupendo
de víctimas arrastran a las hoyas
la desesperación y el desaliento!
¡Cuántos a manos mueren del más duro
desamparo! Los nudos más estrechos
se rompen ya: la esposa huye al esposo,
el hijo al padre y el esclavo al dueño.
¡Qué mucho si las leyes autorizan
tan dura división!... Tristes degredos,
hablad vosotros; sed a las edades
futuras asombroso monumento,
del mayor sacrificio que las leyes
por la pública dicha prescribieron;
vosotros, que, en desorden espantoso,
mezclados presentáis helados cuerpos,
y vivientes que luchan con la Parca,
en cuyo seno oscuro, digno asiento
hallaron la miseria y los gemidos;
mal segura prisión, donde el esfuerzo
humano, encarcelar quiso el contagio,
donde es delito el santo ministerio
de la piedad, y culpa el acercarse
a recoger los últimos alientos
de un labio moribundo, donde falta
al enfermo infelice hasta el consuelo
de esperar que a los huesos de sus padres,

se junten en el túmulo sus huesos.
Tú también contemplaste horrorizada
de aquella fiera plaga los efectos;
tú, mar devoradora, donde ejercen
la tempestad y los airados Euros
imperio tan atroz, donde amenaza,
aliado con los otros tu elemento
cada instante un naufragio; entonces diste
nuevo asunto al pavor del marinero;
entonces diste a la severa Parca
duplicados tributos. De su seno,
las apestadas naves vomitaron
asquerosos cadáveres cubiertos
de contagiosa podre. El desamparo
hizo allí más terrible, más acerbo
el mortal golpe; en vano solicita
evitar en la tierra tan funesto
azote el navegante; en vano pide
el saludable asilo de los puertos,
y reclamando va por todas partes
de la hospitalidad los santos fueros;
las asustadas costas le rechazan.
Pero corramos finalmente el velo
a tan tristes objetos, y su imagen
del polvo del olvido no saquemos,
sino para que, en cánticos perennes,
bendigan nuestros labios al Eterno,
que ya nos ve propicio, y al gran Carlos,
de sus beneficencias instrumento.

Suprema Providencia, al fin llegaron
a tu morada los llorosos ecos
del hombre consternado, y levantaste
de su cerviz tu brazo justiciero;
admirable y pasmosa en tus recursos,
tú diste al hombre medicina, hiriendo
de contagiosa plaga los rebaños;
tú nos abriste manantiales nuevos
de salud en las llagas, y estampaste
en nuestra carne un milagroso sello
que las negras viruelas respetaron.
Jenner es quien encuentra bajo el techo
de los pastores tan precioso hallazgo.
Él publicó gozoso al universo

la feliz nueva, y Carlos distribuye
a la tierra la dádiva del cielo.

Carlos manda; y al punto una gloriosa
expedición difunde en sus inmensos
dominios el salubre beneficio
de aquel grande y feliz descubrimiento.
Él abre de su erario los tesoros;
y estimulado con el alto ejemplo
de la regia piedad, se vigoriza
de los cuerpos patrióticos el celo.
Él escoge ilustrados profesores
y un sabio director, que, al desempeño
de tan honroso cargo, contribuyen
con sus afanes, luces y talento.
¡Ilustre expedición! La más ilustre
de cuantas al asombro de los tiempos
guardó la humanidad reconocida;
y cuyos salutíferos efectos,
a la edad más remota propagados,
medirá con guarismos el ingenio,
cuando pueda del Ponto las arenas,
o las estrellas numerar del cielo.
Que de polvo se cubran para siempre
estos tristes anales, donde advierto
sobre humanas cenizas erigidos
de una bárbara gloria los trofeos.

Expedición famosa, tú desluces,
tú sepultas en lóbrego silencio
aquellas melancólicas hazañas,
que la ambición y el fausto sugirieron;
tú, mientras que guerreros batallones
en sangre van sus pasos imprimiendo,
y sobre estragos y rüina corren
a coronarse de un laurel funesto,
ahuyentas a la Parca de nosotros
a costa de fatigas y desvelos;
y en galardón recibes de tus penas
el llanto agradecido de los pueblos.
Con destrucción, cadáveres y luto,
marcan su infausta huella los guerreros;
y tú, bajo tus pies, por todas partes,
la alegría derramas y el consuelo.

A tu vista, los hórridos sepulcros
cierran sus negras fauces; y sintiendo
tus influjos, vivientes nuevos brota
con abundancia inagotable el suelo.
Tú, mientras la ambición cruza las aguas
para llevar su nombre a los extremos
de nuestro globo, sin pavor arrostras
la cólera del mar y de los vientos,
por llevar a los pueblos más lejanos
que el sol alumbra, los favores regios,
y la carga más rica nos conduces
que jamás nuestras costas recibieron.
La agricultura ya de nuevos brazos
los beneficios siente, y a los bellos
días del siglo de oro, nos traslada;
ya no teme esta tierra que el comercio
entre sus ricos dones le conduzca
el mayor de los males europeos;
y a los bajeles extranjeros, abre
con presuroso júbilo sus puertos.
Ya no temen, en cambio de sus frutos,
llevar los labradores hasta el centro
de sus chozas pacíficas la peste,
ni el aire ciudadano les da miedo.
Ya con seguridad la madre amante
la tierna prole aprieta contra el pecho,
sin temer que le roben las viruelas
de su solicitud el caro objeto.
Ya la hermosura goza el homenaje
que el amor le tributa, sin recelo
de que el contagio destructor, ajando
sus atractivos, le arrebate el cetro.
Reconocidos a tan altas muestras
de la regia bondad, nuestros acentos
de gratitud a los remotos días
de la posteridad trasmitiremos.
Entonces, cuando el viejo a quien agobia
el peso de la edad pinte a sus nietos
aquel terrible mal de las viruelas,
y en su frente arrugada, muestre impresos
con señal indeleble los estragos
de tan fiero contagio, dirán ellos:
"Las virüelas, cuyo solo nombre
con tanto horror pronuncias, ¿qué se han hecho?"

Y le responderá con las mejillas
inundadas en lágrimas de afecto:
"Carlos el Bienhechor, aquella plaga
desterró para siempre de sus pueblos".
¡Sí, Carlos Bienhechor! Este es el nombre
con que ha de conocerte el universo,
el que te da Caracas, y el que un día
sancionará la humanidad y el tiempo.
De nuestro labio, acéptale gustoso
con la expresión unánime que hacemos
a tu persona y a la augusta Luisa
de eterna fe, de amor y rendimiento.
Y tú que del ejército dispones
en admirables leyes el arreglo,
y el complicado cuerpo organizando
de la milicia, adquieres nombre eterno;
tú, por quien de la paz los beneficios
disfruta alegre el español imperio,
y a cuya frente vencedora, honroso
lauro los cuerpos lusitanos dieron;
tú, que, teniendo ya derechos tantos
a nuestro amor, al público respeto
y a la futura admiración, añades
a tu gloriosa fama timbres nuevos,
protegiendo, animando la perpetua
propagación de aquel descubrimiento,
grande y sabio Godoy, tú también tienes
un lugar distinguido en nuestro pecho.
Y a ti, Balmis, a ti que, abandonando
el clima patrio, vienes como genio
tutelar, de salud, sobre tus pasos,
una vital semilla difundiendo,
¿qué recompensa más preciosa y dulce
podemos darte? ¿Qué más digno premio
a tus nobles tareas que la tierna
aclamación de agradecidos pueblos
que a ti se precipitan? ¡Oh, cuál suena
en sus bocas tu nombre!... ¡Quiera el cielo,
de cuyas gracias eres a los hombres
dispensador, cumplir tan justos ruegos;
tus años igualar a tantas vidas,
como a la Parca roban tus desvelos;
y sobre ti sus bienes derramando
con largueza, colmar nuestros deseos!

VENEZUELA CONSOLADA*

PERSONAS

VENEZUELA. EL TIEMPO. NEPTUNO

El teatro representa un bosque de árboles del país

ESCENA PRIMERA

Venezuela aparece en actitud de tristeza

VENEZUELA

—Errante pasajero,
dime ¿en qué triste sitio
contemplaron tus ojos
un dolor semejante al dolor mío?
Tú, que en mejores días
viste el hermoso brillo
con que Naturaleza
ostentó su poder en mis dominios,
Hoy a los dolorosos
acentos con que explico
al universo todo
mis desventuras, une tus gemidos...
Afortunados días
de gozo y regocijo,

* El original de este poema fué encontrado en 1880 entre los papeles de Juan Vicente González, que poseía Antonio Leocadio Guzmán. Se publicó por primera vez en las *Poesías* de Andrés Bello, preparadas por Miguel Antonio Caro, Madrid, 1882. Después en *O. C. III*, p. 12 - 23.

El motivo central del drama, la vacuna contra las viruelas, nos induce a pensar que es poco posterior a 1804. Cf. nota p. 8. (Comisión Editora. Caracas).

estación de abundancia,
alegre imagen del dorado siglo,
¡Qué pronto en noche oscura
os habéis convertido!
¡Qué tenebrosa sombra
sucede a vuestro lustre primitivo!

ESCENA II

DICHA, EL TIEMPO

EL TIEMPO

—Desusados clamores
en el feliz recinto
de Venezuela escucho;
antes todo era cánticos festivos;
Mas ya no se percibe
el acorde sonido
de gratos instrumentos,
ni de danzas alegres el bullicio.
Por todas partes, oigo
sólo quejosos gritos
y lastimeros ayes;
pavor, tristeza, anuncia cuanto miro.
Deliciosas provincias,
frondoso y verde hospicio
de la rica Amaltea,
¿qué se hicieron, decidme, los corrillos
De zagalas, alcores
de pastores festivos,
que hacían a la tierra
envidiar vuestro júbilo continuo?
Pero sobre la alfombra
de este prado mullido,
a Venezuela misma,
si no me engaña la aprehensión, diviso.
Venezuela es sin duda...
y su rostro abatido,
sus inmóviles ojos
de profunda tristeza dan indicios.
Diosa de estos confines,
¿qué funestos motivos

a tan fatal extremo
de aflicción y dolor te han compelido?
¿No eres tú Venezuela?
¿Falta acaso a tus hijos
del español monarca
la amorosa tutela y patrocinio?

VENEZUELA

—Si por ventura guardas
¡oh Tiempo! en tus archivos
la historia de infortunios
que puedan compararse con los míos;
Si tan lúgubre escena
vieron jamás los siglos,
condena entonces, Tiempo,
el extremo de angustia en que me miro.
Las atroces viruelas,
azote vengativo
de los cielos airados,
ejercen su furor sobre mis hijos.
La atmósfera preñada
de vapores malignos,
propaga a todas partes
con presteza terrible el exterminio.
En las casas y calles,
y sobre el sacro quicio
de los templos, se miran
cadáveres sin número esparcidos.
Del enfermo infelice,
huyen despavoridos
cuantos en su semblante
ven de la peste el negro distintivo.
¡Qué lúgubres objetos!
Aquél deja al recinto
de sus lares impuros
una familia, y busca en los pajizos
Campesinos albergues
un saludable asilo;
más allá, separado
del seno de la madre el tierno niño,
Y al degredo por manos
extrañas conducido,

el maternal socorro
implora en vano con agudos gritos.
Aquí expira el anciano
sin el pequeño alivio
de que cierre siquiera
sus fallecientes párpados el hijo.
Allí noto que arrojan
al hoyo confundidos
en espantosa mezcla
con cadáveres yertos cuerpos vivos.
Pues ¿cómo, cuando escenas
tan tristes examino,
te admiras de que acuda
llanto a los ojos y a la voz quejido?

EL TIEMPO

—No, Venezuela, nunca
más fundado motivo
las lágrimas tuvieron,
que el que tienen las tuyas; desde el sitio
De brillantez y gloria
a que los beneficios
del trono te ensalzaron,
hoy te despeña al más profundo abismo
De horrores y miserias,
ese contagio impío
que tus hijos devora,
esas viruelas cuyo agudo filo
Por todas partes lleva
el luto, el exterminio,
y en soledades vastas
deja tus territorios convertidos.
Llora, pues, tu miseria,
llora tu lustre antiguo
y tus pasadas glorias,
de que estaba envidioso el cielo mismo.
Laméntate en buen hora;
a tu dolor crecido,
Venezuela, no puedo
yo mismo, siendo el Tiempo, dar alivio,
Y así... Pero ¿qué escucho?
(*Se oye música alegre*).

VENEZUELA

—¿Sueño, cielos?

EL TIEMPO

—¿Delirio?

VENEZUELA

—¿No siento alegres voces?

EL TIEMPO

—¿Regocijados sones no percibo?

CORO

—Recobra tu alegría, Venezuela,
pues en tu dicha el cuarto Carlos vela.

UNA VOZ

—¡A las *próvidas leyes*
del mejor de los reyes
debías la riqueza, la cultura,
la paz apetecida!
Hoy la salud, la vida,
dádivas son también de su ternura.

CORO

—Recobra tu alegría, Venezuela,
pues en tu dicha el cuarto Carlos vela.

VENEZUELA

—¿No sabremos decir de dónde vienen
tan gozosos acentos?

EL TIEMPO

—Apartando
los enramados árboles, camina
hacia nosotros, con ligero paso,
un incógnito numen. Su cabello
húmedas gotas vierte, y coronado
está de algas marinas; pero juzgo
reconocerle ya, pues en las manos
conduce el gran tridente.

ESCENA III

Dichos, Neptuno

NEPTUNO

—Mi venida
es a daros consuelo. Cese el llanto.
La queja interrumpid. Yo soy el numen
a quien presta obediencia el mar salado;
Neptuno soy, que...

VENEZUELA *(con espanto)*

—Vete de mis ojos;
para siempre, retírate. El amargo
conflicto en que me miras, ¿de quién vino,
sino de ti? Mi doloroso estado
otra causa no tiene que tú solo;
al dulce abrigo del monarca hispano,
venturosa y pacífica vivía,
las plagas y los males ignorando
que al resto de la tierra desolaban.
Su nombre augusto en inmortales cantos
bendecir, celebrar sus beneficios,
era la ocupación, era el cuidado
que el cielo me imponía. Los favores
gozaba alegre de su regia mano,
cuando en infaustas naves me trajiste
de las viruelas el atroz contagio.

¿Cómo pretendes, pues, que Venezuela
sin turbación te mire y sin espanto?

NEPTUNO

—Tus lágrimas enjuga, Venezuela;
los cielos de tu pena se apiadaron;
ya no verás a tus dichosos hijos
con tan horrenda plaga señalados;
ya Carlos de tus pueblos la destierra
para siempre.

VENEZUELA

—¡Qué dices! ¿Puede acaso
el humano poder?...

NEPTUNO

—Escucha atenta
los beneficios de tu augusto Carlos.
Y tú, Tiempo, conserva en tus archivos
para siempre el más grande y señalado
suceso que jamás vieron los siglos
desde que su carrera comenzaron.
En la fértil provincia de Glocester,
a la orilla del Támesis britano,
aparecieron de repente heridos
de contagiosa plaga los rebaños.
A los cuerpos pasó de los pastores
el nuevo mal; y cuando los humanos
el número juzgaban de las pestes
por la divina cólera aumentado,
notaron con asombro que venía
en aquel salutífero contagio
encubierto un feliz preservativo
que las negras viruelas respetaron.
Jenner tuvo la dicha de observarle;
y de su territorio en pocos años,
desterró felizmente las viruelas,
el contagio vacuno propagando.
¿Qué acogida imaginas que daría
la ternura benévola de Carlos
al gran descubrimiento que liberta

a sus queridos pueblos del estrago
de las negras viruelas? Al momento
escoge profesores ilustrados
y un sabio director cuyas fatigas
llevan hasta los puertos más lejanos
de sus dominios el precioso flúido
que de viruela libra a los humanos.
Sí, Venezuela; alégrate; tus playas
reciben hoy el venturoso hallazgo
de Jenner, que te envía, como muestra
de su regia bondad, tu soberano.
Hallazgo que tus hijos te asegura,
que de vivientes llena los poblados,
que libra de temores la belleza;
y, dando a la cultura nuevos brazos
para que en tus confines amanezcan
días alegres, puros, sin nublados,
el gozo te dará con la abundancia,
y la felicidad con el descanso.

VENEZUELA

—¡Oh gran Dios! ¿Conque al fin las tristes quejas
de Venezuela a tu mansión llegaron?
¿Conque nos miras ya compadecido?
Al Eterno cantad regocijados
himnos, ¡oh pueblos! que debéis la vida
y la salud a su potente brazo;
que resuene su nombre en las eternas
bóvedas; y después que el holocausto
de gratitud ante su trono excelso
hayáis humildemente tributado,
haced también sinceras expresiones
de reconocimiento al soberano.
Del más cumplido gozo dad señales,
y publicad en otro alegre canto
la gran ventura de que sois deudores
a su paterno, cuidadoso amparo.

EL TIEMPO

—¿Y nosotros qué hacemos, que en tal día
todos nuestros esfuerzos no juntamos

para solemnizar el beneficio
que recibe este pueblo de sus manos?
A ti, Neptuno, el cetro de los mares
los supremos destinos entregaron.
Pomona enriqueció de bellos frutos,
Venezuela, tu clima afortunado;
y yo, que soy el Tiempo, a mi capricho
rijo las estaciones y los años.
¿Por qué, nuestras funciones reuniendo,
suceso tan feliz no celebramos?

NEPTUNO

—Tienes razón; aguarda. Roncos vientos
que subleváis con vuestro soplo airado
las bramadoras ondas, tempestades,
furiosos huracanes, sosegaos,
y en el imperio todo de las aguas,
la dulce calma reine y el descanso;
respetad este día venturoso;
y dondequiera que miréis las naos
de la dichosa expedición que trae
tantos bienes al suelo americano,
callad y respetadla. — Habitadoras
de los marinos, húmedos palacios,
rubias Nereidas, que de frescas ovas
lleváis vuestro cabello coronado,
formad alegres danzas; y vosotras,
blancas Sirenas, que adormís cantando
al navegante, haciendo que le sea
grato el morir, dulcísimo el naufragio,
entonad himnos nuevos, y acompañen
los roncos caracoles vuestro canto,
los móviles Tritones difundiendo
alegres ecos por el vasto espacio.

CORO DE NEREIDAS

—El reino de Anfitrite
con júbilo repite
el nombre siempre amado
de Carlos Bienhechor.

CORO DE TRITONES

—Y luego que le escucha
se aplaca el Ponto undoso,
y el austro proceloso
refrena su furor.

EL TIEMPO

—Yo de notables hechos la memoria
a las edades venideras guardo,
y fama doy gloriosa al buen monarca,
al gran guerrero y al ministro sabio;
mas a los beneficios distinguidos
que la suerte del hombre mejoraron,
doy un lugar brillante en mis anales,
y en inmortalizarlos me complazco.
Por mí suena en la tierra todavía
el nombre de los Titos y Trajanos,
y sonará mientras de blandas fibras
tenga el hombre su pecho organizado.
Yo daré, pues, a tu feliz memoria,
Carlos augusto, un eminente rango;
y al lado de las tuyas las acciones
de los Césares, Pirros y Alejandros,
quedarán para siempre oscurecidas...
Siglos futuros, a vosotros llamo:
salid del hondo seno en que os oculta
a la penetración de los humanos
el velo del destino; y a presencia
de Venezuela, pronunciad los cantos
con que haréis resonar en algún tiempo
el claro nombre del augusto Carlos.
Celebre con eterna
aclamación el hombre
el siempre claro nombre
de Carlos Bienhechor.
Jamás el merecido
título que le damos
sepulte en el olvido
el tiempo destructor.

VENEZUELA

—Y yo que el testimonio más brillante
debo hacer de ternura al soberano,
¿qué mejor alabanza puedo darle,
qué monumento más precioso y grato
levantar a sus ojos, que su nombre
con indelebles letras estampado
en los amantes pechos de mis hijos?
Sí, yo te ofrezco, yo te juro, Carlos,
que guardarán los pueblos tu memoria,
mientras peces abrigue el mar salado,
cuadrúpedos la tierra, aves el aire,
y el firmamento luminosos astros.
Yo te ofrezco cubrir estos dominios
de celosos y dóciles vasallos,
que funden su ventura y su alegría
en prestar obediencia a tus mandatos.
Te ofrezco derramar sobre estos pueblos,
que tus leyes respetan prosternados,
fecundidad, riqueza y lozanía,
dorados frutos, nutritivos granos.
Yo te juro también que con perenne
aclamación repetirán sus labios:
"¡Viva el digno monarca que nos libra
de las viruelas! ¡Viva el cuarto Carlos!"
Hombre, mujer, infante,
todo mortal que pise
estos confines, cante
a Carlos Bienhechor.
Publique Venezuela
que quien de nuestro clima
lanzó la atroz viruela,
fué su paterno amor. (*Se repite*).

OCTAVA A LA MUERTE DEL I. S. O. FRANCISCO IBARRA, ARZOBISPO DE CARACAS *

Cambió Sïón la pompa de alegría
por el cilicio y el oscuro velo,
sólo una voz profunda noche y día
rompe el mustio silencio de su duelo.
¡Murió mi Padre, mi Pastor, mi guía!
Dice, las manos levantando al cielo.
Llore Sión, ¿qué extremo habrá que cuadre
a su justo dolor? Es hija y madre.

* Se publicó en *Crónica Eclesiástica de Venezuela* (Año II, Semestre 4, Nº 90. Caracas, 26 de noviembre de 1856), gracias a la devoción del prelado Mariano de Talavera y Garcés, gran admirador de Bello. El Dr. Dn. Francisco de Ibarra fué el primer Arzobispo de Caracas. Falleció el 19 de setiembre de 1806. Hay que datar este poema poco después de tal fecha. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

ÉGLOGA *

Imitación de Virgilio

Tirsis, habitador del Tajo umbrío,
con el más vivo fuego a Clori amaba;
a Clori, que, con rústico desvío,
las tiernas ansias del pastor pagaba.
La verde margen del ameno río,
tal vez buscando alivio, visitaba;
y a la distante causa de sus males,
desesperado enviaba quejas tales:

"No huye tanto, pastora, el corderillo
del tigre atroz, como de mí te alejas,
ni teme tanto al buitre el pajarillo,
ni tanto al voraz lobo las ovejas.
La fe no estimas de un amor sencillo,
ni siquiera, inhumana, oyes mis quejas;
por ti olvido las rústicas labores,
por ti fábula soy de los pastores.

"Al cabo, al cabo, Clori, tu obstinada
ingratitud me causará la muerte;
mi historia en esos árboles grabada
dirá entonces que muero por quererte;
tantos de quienes eres adorada
leerán con pavor mi triste suerte;
nadie entonces querrá decirte amores,
y execrarán tu nombre los pastores.

* Publicada por primera vez en Madrid, 1882, en la colección de *Poesías* de Andrés Bello, preparada por Miguel Antonio Caro. También se halló el texto entre los papeles de Juan Vicente González, que poseía en 1880 Antonio Leocadio Guzmán. Es fechada generalmente entre 1806-1808. (Comisión Editora. Caracas).

"Ya la sombra del bosque entrelazado
los animales mismos apetecen;
bajo el césped que tapiza el prado,
los pintados lagartos se guarecen.
Si afecta las dehesas el ganado,
si la viña los pájaros guarnecen,
yo solo, por seguir mi bien esquivo,
sufro el rigor del alto can estivo.

"Tú mi amor menosprecias insensata,
y no falta pastora en esta aldea
que, si el nudo en que gimo, un dios desata,
con Tirsis venturosa no se crea.
¿No me fuera mejor, di, ninfa ingrata,
mis obsequios rendir a Galatea,
o admitir los halagos de Tirrena,
aunque rosada tú, y ella morena?

"¿Acaso, hermosa Clori, la nevada
blancura de tu tez te ensoberbece?
El color, como rosa delicada,
a la menor injuria se amortece.
La pálida violeta es apreciada,
y lánguido el jazmín tal vez fallece,
sin que del ramo, que adornaba ufano,
las ninfas le desprendan con su mano.

"Mi amor y tu belleza maldecía,
tendido una ocasión sobre la arena,
y Tirrena, que acaso me veía,
—¡oh Venus, dijo, de injusticias llena;
lejos de unir las almas, diosa impía,
las divide y separa tu cadena!...
De Clori sufres tú las esquiveces,
y yo te adoro a ti que me aborreces.—

"¡Ah! No sé por qué causa amor tan fino
puede ser a tus ojos tan odioso;
cualquier pastor, cuando el rabel afino,
escucha mis tonadas envidioso.
¿No cubre estas praderas de contino
mi cándido rebaño numeroso?

¿Acaso en julio, o en el crudo invierno,
me falta fruto sazonado y tierno?

"Ni tampoco es horrible mi figura,
si no me engaño al verme retratado
en el cristal de esa corriente pura;
y a fe que a ese pastor afortunado
que supo dominar alma tan dura,
si a competir conmigo fuese osado,
en gentileza, talle y bizarría,
siendo tú misma juez, le excedería.

"Ven a vivir conmigo, ninfa hermosa;
¡ven! mira las Drïadas, que te ofrecen
en canastos la esencia de la rosa,
y para ti los campos enriquecen.
Para ti sola guardo la abundosa
copia de frutos que en mi huerto crecen;
para ti sola el verde suelo pinto
con el clavel, la viola y el jacinto.

"Acuérdate del tiempo en que solías,
cuando niña, venir a mi cercado,
y las tiernas manzanas me pedías
aún cubiertas del vello delicado.
Desde la tierra entonces no podías
alcanzar el racimo colorado;
y después que tus medios apurabas,
mi socorro solícita implorabas.

"Entonces era yo vuestro caudillo,
mi tercer lustro apenas comenzado,
sobresaliendo en el pueril corrillo,
como en la alfombra del ameno prado
descuella entre las yerbas el tomillo.
Desde entonces Amor, Amor malvado,
me asestaste traidor la flecha impía
que me atormenta y hiere noche y día.

"¡Ah! Tú no sabes, Clori, qué escarmiento
guarda Jove al mortal ingrato y duro;
hay destinado sólo a su tormento
en el lóbrego Averno un antro oscuro;

en su carne cebado, un buitre hambriento
le despedaza con el pico impuro,
y el corazón viviente devorado
padece a cada instante renovado.

"Mas, ¡ay de mí! que en vano, en vano envío
a la inhumana mi doliente acento.
¿Qué delirio, qué sueño es este mío?
Prender quise la sombra, atar el viento,
seguir el humo y detener el río.
Y mientras lo imposible loco intento,
tengo en casa la vid medio podada,
y en el bosque la grey abandonada.

"¿Qué fruto saco de elevar al cielo
esta continua lúgubre querella?
Ni encender puedo un corazón de hielo,
ni torcer el influjo de mi estrella.
Si Clori desestima mi desvelo,
sabrá premiarle otra pastora bella.
Ya baja el sol al occidente frío;
vuelve, vuelve al redil, ganado mío".

A UN SAMÁN *

Árbol bello, ¿quién te trajo
a estas campiñas risueñas
que con tu copa decoras
y tu sombra placentera?
Dicen que el dulce Dalmiro,
Dalmiro aquel que las selvas
y de estos campos los hijos
no sin lágrimas recuerdan,
compró de un agreste joven
tu amenazada existencia;
en este alcor, estos valles,
viva su memoria eterna.
Del huérfano desvalido,
de la infeliz zagaleja,
del menesteroso anciano
él consolaba las penas.
Extiende, samán, tus ramas
sin temor al hado fiero,
y que tu sombra amigable
al caminante proteja.
Ya vendrán otras edades
que más lozano te vean,

* Publicada en *Rojas Hermanos. 1881.*

De ahí derivan las demás ediciones. En O. C. III, p. 28-29. La fecha de composición es insegura. Miguel Antonio Caro, siguiendo a Arístides Rojas, la sitúa en los primeros años del siglo. Se da también la fecha entre 1806 y 1808.

Al comentar esta poesía dice Arístides Rojas (*Rojas Hermanos, 1881*, p. 75): "El samán a que se refiere este romance es el mismo que existe en el barranco del río Catuche, al este del puente de la Trinidad, en Caracas, lugar predilecto de los paseos vespertinos de Bello en los primeros años del siglo. El padre de este árbol, de que habla el poeta, es el coloso vegetal llamado *Samán de Güere*, que aún se conserva en los valles de Aragua, cerca de la laguna de Valencia, y del cual habla Bello en sus fragmentos del poema *América*". (Comisión Editora. Caracas).

y otros pastores y otros
que huyan cual sombra ligera;
mas del virtuoso Dalmiro
el dulce nombre conserva,
y dilo a los que pisaren
estas hermosas riberas.
Di, ¿de tu gigante padre,
que en otros campos se eleva,
testigo que el tiempo guarda
de mil historias funestas,
viste en el valle la copa
desafiando las tormentas?
¿Los caros nombres acaso
de los zagales conservas
que en siglos de paz dichosos
poblaron estas riberas,
y que la horrorosa muerte,
extendiendo el ala inmensa,
a las cabañas robara
que dejó su aliento yermas? . . .
Contempló tu padre un día
las envidiables escenas;
viólas en luto tornadas,
tintas en sangre las vegas;
desde entonces solitario
en sitio apartado reina,
de la laguna distante
que baña el pie de Valencia.
Agradábale en las aguas
ver flotar su sombra bella,
mientras besaban su planta
al jugar por las praderas.
Del puro Catuche al margen,
propicios los cielos quieran
que, más felice, no escuches
tristes lamentos de guerra;
antes, de alegres zagales
las canciones placenteras,
y cuando más sus suspiros
y sus celosas querellas.

A UNA ARTISTA*

Nunca más bella iluminó la aurora
de los montes el ápice eminente,
ni el aura suspiró más blandamente,
ni más rica esmaltó los campos Flora.

Cuanta riqueza y galas atesora,
hoy la Naturaleza hace patente,
tributando homenaje reverente
a la deidad que el corazón adora.

¿Quién no escucha la célica armonía
que con alegre estrépito resuena
del abrasador sur al frío norte?

¡Oh Juana! gritan todos a porfía;
jamás la Parca triste, de ira llena,
de tu preciosa vida el hilo corte.

* Lo publicó Arístides Rojas (*Rojas Hermanos, 1881*). De ahí derivan las ediciones posteriores.

La fecha atribuída es la de 1806-1808.

Arístides Rojas (*loc. cit.*) lo comenta en esta forma: "Este soneto fué una improvisación de Bello en el teatro de Caracas, delante de la artista señora Juana Facompré, cantatriz de la primera compañía de ópera que visitó a Caracas por los años de 1806 a 1808". (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

XXVI

137

VICTORIA BAETICA

Illa quibus latro captivum ferre parabat,
Exsurgens fregit ferrea vincla leo.
Excutit ecce iubam per grandia colla comantem
Et rabido spumas ore cruentus agit.
Rugit, et obscuris tigres exterret in antris,
Rugit, et attonitum commovet omne nemus.
Ergo surrexit: trepidi date terga venantes:
Dixistis senium, somnus at illud erat.
In solidis servat iuvenilia robora membris;
Impete, post requiem, ~~surgit~~ fertur in arma novo.
Mansuetum liceat cervum leporemque fugacem
Ludere; ne regem laedite silvicolum!

Facsímil del original manuscrito de Miguel Antonio Caro, con la traducción al latín del soneto *A la Victoria de Bailén*. Significa un delicado homenaje a Bello del humanista colombiano.

BIBLIOTECA NACIONAL

A LA VICTORIA DE BAILÉN *

Rompe el león soberbio la cadena
con que atarle pensó la felonía,
y sacude con noble bizarría
sobre el robusto cuello la melena;

La espuma del furor sus labios llena,
y a los rugidos que indignado envía,
el tigre tiembla en la caverna umbría,
y todo el bosque atónito resuena.

El león despertó; ¡temblad, traidores!
lo que vejez creisteis, fué descanso;
las juveniles fuerzas guarda enteras.

Perseguid, alevosos cazadores,
a la tímida liebre, al ciervo manso;
¡no insultéis al monarca de las fieras!

* Soneto publicado en España por Tomás J. Quintero (Th. J. Farmer), entre 1820 y 1823. La suerte de este soneto es muy particular. Llegó a convertirse en elogio al General Páez. Los hermanos Amunátegui publicaron el Soneto en *Juicio crítico, 1861*. Se lo dictó el propio Bello, quien lo retenía en su memoria. (O. C. III, *Introducción*, p. x). Fué compuesto, con toda probabilidad, en 1808. (Comisión Editora. Caracas).

A LA NAVE*

ODA IMITADA DE LA DE HORACIO O *NAVIS, REFERENT.*

¿Qué nuevas esperanzas
al mar te llevan? Torna,
torna, atrevida nave,
a la nativa costa.

Aún ves de la pasada
tormenta mil memorias,
¿y ya a correr fortuna
segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes
aleves tu derrota,
do tarde los peligros
avisará la sonda.

¡Ah! Vuelve, que aún es tiempo,
mientras el mar las conchas
de la ribera halaga
con apacibles olas.

Presto erizando cerros
vendrá a batir las rocas,
y náufragas reliquias
hará a Neptuno alfombra.

De flámulas de seda
la presumida pompa

* Publicada por primera vez en *Juicio Crítico, 1861.* De ahí derivan las ediciones posteriores, que han sido numerosísimas. La reproducimos del manuscrito original, con las variantes de redacción. La fecha de composición es insegura. Se da habitualmente el año de 1808. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

16. En el manuscrito original aparece tachado *ondas*, y sustituído por *olas*.

Vintula

1

Oda,

Imitada de la de Horacio O Navis, referent. &c.

¿Qué nuevas esperanzas
al mar te llevan? Torna,
torna, atrevida nave,
a la nativa costa.
Aun ves de la pasada
tormenta mil memorias,
¿y ya a correr fortuna
segunda vez te arrojas?
Sembrada está de sirtes
aleves tu derrota.
do tarde los peligros
avisará la sonda.
Ah vuelve, que aun es tiempo,
mientras el mar las conchas
de la ribera alaga
con apacibles ~~[illegible]~~ olas.
Presto horizontes cerros
vendrá a batir las rocas,
y náufragas reliquias
hará a Cryptuno alfombra.
De Hámulas de seta
la presumida pompa
no arredra los insultos
de tempestad ~~[illegible]~~.
¿Qué valen contra el Euro,
tirano de ~~[illegible]~~ las ondas,
las barras y leones
de tu dorada popa?
¿Qué tu nombre, famoso
en reynos de la Aurora,
y donde al sol recibe
su cristalina alcova?
Ayer por esta aguas,
segura de sí propia,
desafiaba al viento
otra arrogante proa:
Ya, padrón infausto
que al navegante asombra,
en un desnudo escollo
está cubierta de ovas.

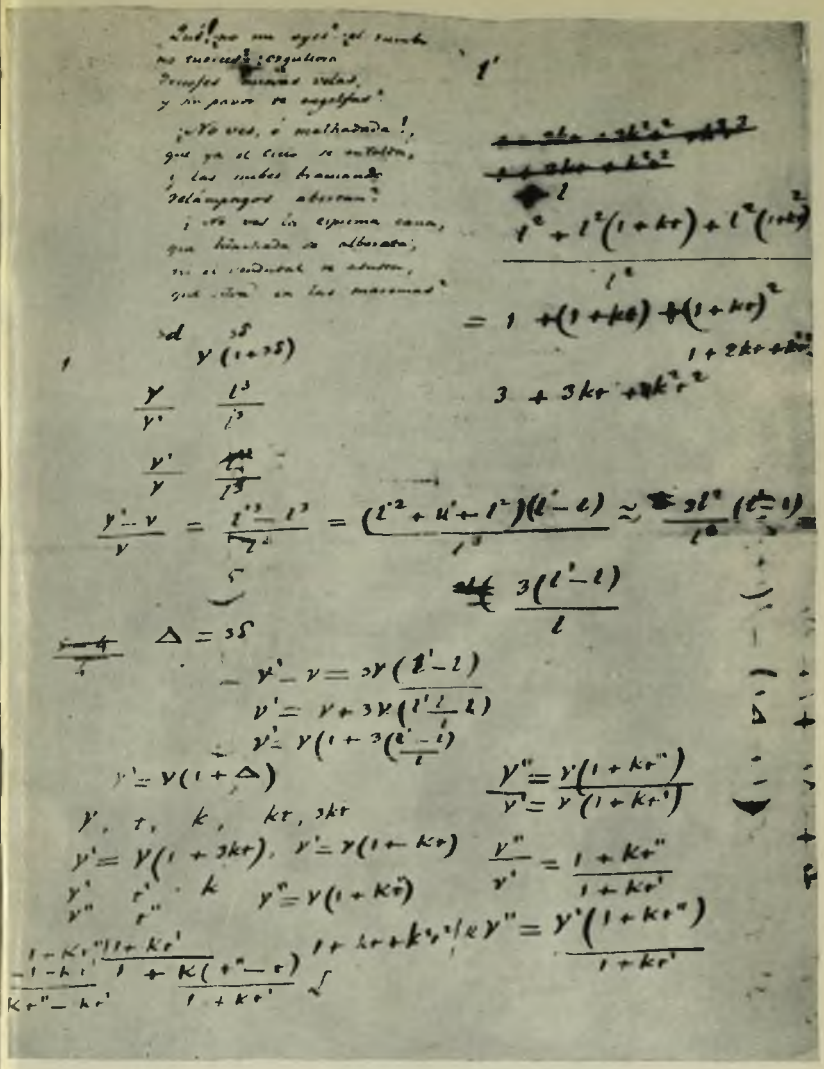
$L' + l' = L + 2\Delta t + l + 15t$

$S' - l' = S(1 + \Delta t) - l(1 + \delta t)$

$L' - S = S\Delta t$

$l' - l = 15t$

~~$S' - l' = S(1 - l) + (S\Delta t - 15t)$~~



Facsímil del manuscrito original de la oda *A la Nave*, imitada de la de Horacio, *O Navis, referent, &*. El poema de Bello pertenece a su edad juvenil, vivida en Caracas. En el mismo manuscrito original figuran de puño y letra de Bello las operaciones matemáticas que, según la opinión del Dr. Francisco J. Duarte, son fórmulas de desarrollo algebraico de un problema de Geometría Analítica o de algún problema de Física, que revela un alto nivel universitario de conocimientos matemáticos. Sin embargo, por ignorar la identificación de los signos no puede opinarse con exactitud y seguridad.

no arredra los insultos
de tempestad sonora.

¿Qué valen contra el Euro,
tirano de las ondas,
las barras y leones
de tu dorada popa?

¿Qué tu nombre, famoso
en reinos de la aurora,
y donde al sol recibe
su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,
segura de sí propia,
desafiaba al viento
otra arrogante proa;

Y ya, padrón infausto
que al navegante asombra,
en un desnudo escollo
está cubierta de ovas.

¡Qué! ¿No me oyes? ¿El rumbo
no tuerces? ¿Orgullosa
descoges nuevas velas,
y sin pavor te engolfas?

¿No ves, ¡oh malhadada!
que ya el cielo se entolda,
y las nubes bramando
relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana,
que hinchada se alborota,
ni el vendaval te asusta,
que silba en las maromas?

¡Vuelve, objeto querido
de mi inquietud ansiosa;
vuelve a la amiga playa,
antes que el sol se esconda!

26. En el manuscrito original aparece tachado *estas olas*, y sustituído por *las ondas*.

LONDRES

1810 - 1829

DIOS ME TENGA EN GLORIA *

A LA FALSA NOTICIA DE LA MUERTE DE MAC-GREGOR

Lleno de susto un pobre cabecilla
leyendo estaba en oficial gaceta,
cómo ya no hay lugar que no someta
el poder invencible de Castilla.

De insurgentes no queda ni semilla;
a todos destripó la bayoneta,
y el funesto catálogo completa
su propio nombre en letra bastardilla.

De cómo fué batido, preso y muerto,
y cómo me le hicieron picadillo,
dos y tres veces repasó la historia;

Tanto, que, al fin, teniéndolo por cierto,
exclamó compungido el pobrecillo:
—¿Conque es así? — Pues Dios me tenga en gloria.

* Se publicó por primera vez en la obra de Antonio José de Irisarri, *Carta al Observador en Londres, o impugnación a las falsedades que se divulgan contra América.* Londres, 1819, firmada la obra con el anagrama de Dionisio Terrasa y Rejón, letras del nombre de Irisarri, que se proclama "natural de *La Metagua*", o sea, *Guatemala.* Se inserta más tarde, en *Rojas Hermanos, 1881,* en *O. C. III,* y en *Caro,* 1882. (Comisión Editora. Caracas).

NO PARA MÍ, DEL ARRUGADO INVIERNO... *

No para mí, del arrugado invierno
rompiendo el duro cetro, vuelve mayo
la luz al cielo, a su verdor la tierra.
No el blando vientecillo sopla amores
o al rojo despuntar de la mañana
se llena de armonía el bosque verde.
Que a quien el patrio nido y los amores
de su niñez dejó, todo es invierno.

* Versos de un poema inconcluso, escritos en hoja de papel suelta, a modo de apunte, con letra que corresponde a la época de Bello en Londres, alrededor de 1820. Inédito hasta ahora. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

2. Otras redacciones:

rompiendo el duro cetro, primavera

rompiendo el duro cetro, vuelve el aura

4. Empezó el verso:

No para mí

5. Primera redacción:

ni al rojo despuntar de la mañana

6. Comenzó el verso:

se llena de

tachó y escribió: *bulle,* palabra que también tachó para escribir:

suena música alegre en esta orilla;

redacción ésta que fué igualmente tachada. Después del verso 6, escribe el verso 4, sin tacharlo.

ALOCUCIÓN A LA POESÍA *

FRAGMENTOS DE UN POEMA TITULADO "AMÉRICA"

I

Divina Poesía,
tú de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría,
tú a quien la verde gruta fué morada,
y el eco de los montes compañía;
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón su grande escena.
También propicio allí respeta el cielo
la siempre verde rama
con que al valor coronas;
también allí la florecida vega,
el bosque enmarañado, el sesgo río,

* Se publicó en *Biblioteca Americana*, Londres 1823, la primera gran revista de Bello en la capital inglesa. En el tomo I, p. 3-16; y en el tomo II, sección I (única publicada), p. 1-12. Tenía el siguiente título: "*Alocución a la Poesía, en que se introducen las alabanzas de los pueblos e individuos americanos, que más se han distinguido en la guerra de la independencia. (Fragmentos de un poema inédito, titulado "América")*". De ahí derivan las demás publicaciones. El año 1824 se reimprimió en Buenos Aires, en *Teatro de la opinión*, II, Nº 6. Anotamos, como singular reedición, la de la parte del tomo I de *Biblioteca Americana*, impresa en 1826, en París: *La flor Colombiana, biblioteca escogida de las patriotas americanas o colección de los trozos más selectos en prosa y verso*. Tomo Primero, p. 259-275.

Al publicar Andrés Bello en el *Repertorio Americano* I, Londres, octubre de 1826, el poema *La agricultura de la zona tórrida*, la denomina *Silva I*, de las *Silvas Americanas*, grandioso plan de poesía que él mismo explica en nota: "A estas silvas pertenecen los fragmentos impresos en la Biblioteca Americana bajo el título "América". El autor pensó refundirlas todas en un solo poema; convencido de la imposibilidad, las publicará bajo su forma primitiva, con algunas correcciones y adiciones. En esta primera apenas se hallarán dos o tres versos de aquellos fragmentos".

Los borradores inéditos del poema "América" constituyen un material tan copioso que se ha reservado para el tomo II de la presente edición de *Obras Completas* de Bello. (Comisión Editora. Caracas).

BIBLIOTECA NACIONAL

colores mil a tus pinceles brindan;
y Céfiro revuela entre las rosas;
y fúlgidas estrellas
tachonan la carroza de la noche;
y el rey del cielo entre cortinas bellas
de nacaradas nubes se levanta;
y la avecilla en no aprendidos tonos
con dulce pico endechas de amor canta.

¿Qué a ti, silvestre ninfa, con las pompas
de dorados alcázares reales?
¿A tributar también irás en ellos,
en medio de la turba cortesana,
el torpe incienso de servil lisonja?
No tal te vieron tus más bellos días,
cuando en la infancia de la gente humana,
maestra de los pueblos y los reyes,
cantaste al mundo las primeras leyes.
No te detenga, oh diosa,
esta región de luz y de miseria,
en donde tu ambiciosa
rival Filosofía,
que la virtud a cálculo somete,
de los mortales te ha usurpado el culto;
donde la coronada hidra amenaza
traer de nuevo al pensamiento esclavo
la antigua noche de barbarie y crimen;
donde la libertad vano delirio,
fe la servilidad, grandeza el fasto,
la corrupción cultura se apellida.
Descuelga de la encina carcomida
tu dulce lira de oro, con que un tiempo
los prados y las flores, el susurro
de la floresta opaca, el apacible
murmurar del arroyo trasparente,
las gracias atractivas
de Natura inocente,
a los hombres cantaste embelesados;
y sobre el vasto Atlántico tendiendo
las vagorosas alas, a otro cielo,
a otro mundo, a otras gentes te encamina,
do viste aún su primitivo traje
la tierra, al hombre sometida apenas;
y las riquezas de los climas todos

América, del Sol joven esposa,
del antiguo Océano hija postrera,
en su seno feraz cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿qué alta cumbre,
qué prado ameno, qué repuesto bosque
harás tu domicilio? ¿en qué felice
playa estampada tu sandalia de oro
será primero? ¿dónde el claro río
que de Albión los héroes vió humillados,
los azules pendones reverbera
de Buenos Aires, y orgulloso arrastra
de cien potentes aguas los tributos
al atónito mar? ¿o dónde emboza
su doble cima el Avila entre nubes,
y la ciudad renace de Losada?
¿O más te sonreirán, Musa, los valles
de Chile afortunado, que enriquecen
rubias cosechas, y süaves frutos;
do la inocencia y el candor ingenuo
y la hospitalidad del mundo antiguo
con el valor y el patriotismo habitan?
¿O la ciudad que el águila posada
sobre el nopal mostró al azteca errante,
y el suelo de inexhaustas venas rico,
que casi hartaron la avarienta Europa?
Ya de la mar del Sur la bella reina,
a cuyas hijas dió la gracia en dote
Naturaleza, habitación te brinda
bajo su blando cielo, que no turban
lluvias jamás, ni embravecidos vientos.
¿O la elevada Quito
harás tu albergue, que entre canas cumbres
sentada, oye bramar las tempestades
bajo sus pies, y etéreas auras bebe
a tu celeste inspiración propicias?
Mas oye do tronando se abre paso
entre murallas de peinada roca,
y envuelto en blanca nube de vapores,
de vacilantes iris matizada,

72. Monte vecino a Caracas. (N. de Bello).
73. Fundador de Caracas. (N. de Bello).
80. Méjico. (N. de Bello).
81. Nación americana, fundadora de Méjico. (N. de Bello).

los valles va a buscar del Magdalena
con salto audaz el Bogotá espumoso.
Allí memorias de tempranos días
tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce
y nativa inocencia venturosos,
sustento fácil dió a sus moradores,
primera prole de su fértil seno,
Cundinamarca; antes que el corvo arado
violase el suelo, ni extranjera nave
las apartadas costas visitara.
Aún no aguzado la ambición había
el hierro atroz; aún no degenerado
buscaba el hombre bajo oscuros techos
el albergue, que grutas y florestas
saludable le daban y seguro,
sin que señor la tierra conociese,
los campos valla, ni los pueblos muro.
La libertad sin leyes florecía,
todo era paz, contento y alegría;
cuando de dichas tantas envidiosa
Huitaca bella, de las aguas diosa,
hinchando el Bogotá, sumerge el valle.
De la gente infeliz parte pequeña
asilo halló en los montes;
el abismo voraz sepulta el resto.
Tú cantarás cómo indignó el funesto
estrago de su casi extinta raza
a Nenqueteba, hijo del Sol; que rompe
con su cetro divino la enriscada
montaña, y a las ondas abre calle;
el Bogotá, que inmenso lago un día
de cumbre a cumbre dilató su imperio,
de las ya estrechas márgenes, que asalta
con vana furia, la prisión desdeña,
y por la brecha hirviendo se despeña.
Tú cantarás cómo a las nuevas gentes
Nenqueteba piadoso leyes y artes
y culto dió; después que a la maligna
ninfa mudó en lumbrera de la noche,
y de la luna por la vez primera
surcó el Olimpo el argentado coche.

118. Huitaca, mujer de Nenqueteba o Bochica, legislador de los muiscas. V. Humboldt, *Vues des Cordillères*, t. I. (N. de Bello).

Ve, pues, ve a celebrar las maravillas
del ecuador: canta el vistoso cielo
que de los astros todos los hermosos
coros alegran; donde a un tiempo el vasto
Dragón del norte su dorada espira
desvuelve en torno al luminar inmóvil
que el rumbo al marinero audaz señala,
y la paloma cándida de Arauco
en las australes ondas moja el ala.
Si tus colores los más ricos mueles
y tomas el mejor de tus pinceles,
podrás los climas retratar, que entero
el vigor guardan genital primero
con que la voz omnipotente, oída
del hondo caos, hinchió la tierra, apenas
sobre su informe faz aparecida,
y de verdura la cubrió y de vida.
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso
que vuestros verdes laberintos puebla,
y en varias formas y estatura y galas
hacer parece alarde de sí mismo,
poner presumirá nombre o guarismo?
En densa muchedumbre
ceibas, acacias, mirtos se entretejen,
bejucos, vides, gramas;
las ramas a las ramas,
pugnando por gozar de las felices
auras y de la luz, perpetua guerra
hacen, y a las raíces
angosto viene el seno de la tierra.

¡Oh quién contigo, amable Poesía,
del Cauca a las orillas me llevara,
y el blando aliento respirar me diera
de la siempre lozana primavera
que allí su reino estableció y su corte!
¡Oh si ya de cuidados enojosos
exento, por las márgenes amenas
del Aragua moviese
el tardo incierto paso;
o reclinado acaso
bajo una fresca palma en la llanura,
viese arder en la bóveda azulada

tus cuatro lumbres bellas,
oh Cruz del Sur, que las nocturnas horas
mides al caminante
por la espaciosa soledad errante;
o del cucuy las luminosas huellas
viese cortar el aire tenebroso,
y del lejano tambo a mis oídos
viniera el son del yaraví amoroso!

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
algún Marón americano, ¡oh diosa!
también las mieses, los rebaños cante,
el rico suelo al hombre avasallado,
y las dádivas mil con que la zona
de Febo amada al labrador corona;
donde cándida miel llevan las cañas,
y animado carmín la tuna cría,
donde tremola el algodón su nieve,
y el ananás sazona su ambrosía;
de sus racimos la variada copia
rinde el palmar, da azucarados globos
el zapotillo, su manteca ofrece
la verde palta, da el añil su tinta,
bajo su dulce carga desfallece
el banano, el café el aroma acendra
de sus albos jazmines, y el cacao
cuaja en urnas de púrpura su almendra.

. . . . . .

Mas ¡ah! ¿prefieres de la guerra impía
los horrores decir, y al son del parche
que los maternos pechos estremece,
pintar las huestes que furiosas corren
a destrucción, y el suelo hinchen de luto?
¡Oh si ofrecieses menos fértil tema
a bélicos cantares, patria mía!
¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado
la sangre de tus hijos y la ibera?
¿Qué páramo no dió en humanos miembros
pasto al cóndor? ¿Qué rústicos hogares
salvar su oscuridad pudo a las furias
de la civil discordia embravecida?

188. *Yaraví*, tonada triste del Perú, y de los llanos de Colombia. (N. DE BELLO).

Pero no en Roma obró prodigio tanto
el amor de la patria, no en la austera
Esparta, no en Numancia generosa;
ni de la historia da página alguna,
Musa, más altos hechos a tu canto.
¿A qué provincia el premio de alabanza,
o a qué varón tributarás primero?

Grata celebra Chile el de Gamero,
que, vencedor de cien sangrientas lides,
muriendo, el suelo consagró de Talca;
y la memoria eternizar desea
de aquellos granaderos de a caballo
que mandó en Chacabuco Necochea.
¿Pero de Maipo la campiña sola
cuán larga lista, oh Musa, no te ofrece,
para que en tus cantares se repita,
de campeones cuya frente adorna
el verde honor que nunca se marchita?
Donde ganó tan claro nombre Bueras,
que con sus caballeros denodados
rompió del enemigo las hileras;
y donde el regimiento de Coquimbo
tantos héroes contó como soldados.

. . . . . .

¿De Buenos Aires la gallarda gente
no ves, que el premio del valor te pide?
Castelli osado, que las fuerzas mide
con aquel monstruo que la cara esconde
sobre las nubes y a los hombres huella;
Moreno, que abogó con digno acento
de los opresos pueblos la querella;
y tú que de Suipacha en las llanuras
diste a tu causa agüero de venturas,
Balcarce; y tú, Belgrano, y otros ciento
que la tierra natal de glorias rica
hicisteis con la espada o con la pluma,
si el justo galardón se os adjudica,
no temeréis que el tiempo le consuma.

. . . . . .

Ni sepultada quedará en olvido
la Paz que tantos claros hijos llora,

ni Santacruz, ni menos Chuquisaca,
ni Cochabamba, que de patrio celo
ejemplos memorables atesora,
ni Potosí de minas no tan rico
como de nobles pechos, ni Arequipa
que de Vizcardo con razón se alaba,
ni a la que el Rímac las murallas lava,
que *de los reyes* fué, ya de sí propia,
ni la ciudad que dió a los Incas cuna,
leyes al sur, y que si aún gime esclava,
virtud no le faltó, sino fortuna.
Pero la libertad, bajo los golpes
que la ensangrientan, cada vez más brava,
más indomable, nuevos cuellos yergue,
que al despotismo harán soltar la clava.
No largo tiempo usurpará el imperio
del sol la hispana gente advenediza,
ni al ver su trono en tanto vituperio
de Manco Cápac gemirán los manes.
De Angulo y Pumacagua la ceniza
nuevos y más felices capitanes
vengarán, y a los hados de su pueblo
abrirán vencedores el camino.
Huid, días de afán, días de luto,
y acelerad los tiempos que adivino.

. . . . . .

Diosa de la memoria, himnos te pide
el imperio también de Motezuma,
que, rota la coyunda de Iturbide,
entre los pueblos libres se numera.
Mucho, nación bizarra mejicana,
de tu poder y de tu ejemplo espera
la libertad; ni su esperanza es vana,
si ajeno riesgo escarmentarte sabe,
y no en un mar te engolfas que sembrado
de los fragmentos ves de tanta nave.
Llegada al puerto venturoso, un día
los héroes cantarás a que se debe
del arresto primero la osadía;
que a veteranas filas rostro hicieron
con pobre, inculta, desarmada plebe,
excepto de valor, de todo escasa;

y el coloso de bronce sacudieron,
a que tres siglos daban firme basa.
Si a brazo más feliz, no más robusto,
poderlo derrocar dieron los cielos,
de Hidalgo, no por eso, y de Morelos
eclipsará la gloria olvido ingrato,
ni el nombre callarán de Guanajuato
los claros fastos de tu heroica lucha,
ni de tanta ciudad, que, reducida
a triste yermo, a un enemigo infama
que, vencedor, sus pactos sólo olvida;
que hace exterminio, y sumisión lo llama.
. . . . . .

Despierte (oh Musa, tiempo es ya) despierte
algún sublime ingenio, que levante
el vuelo a tan espléndido sujeto,
y que de Popayán los hechos cante
y de la no inferior Barquisimeto,
y del pueblo también, cuyos hogares
a sus orillas mira el Manzanares;
no el de ondas pobre y de verdura exhausto,
que de la regia corte sufre el fausto,
y de su servidumbre está orgulloso,
mas el que de aguas bellas abundoso,
como su gente lo es de bellas almas,
del cielo, en su cristal sereno, pinta
el puro azul, corriendo entre las palmas
de esta y aquella deliciosa quinta;
que de Angostura las proezas cante,
de libertad inexpugnable asilo,
donde la tempestad desoladora
vino a estrellarse; y con süave estilo
de Bogotá los timbres diga al mundo,
de Guayaquil, de Maracaibo (ahora
agobiada de bárbara cadena)
y de cuantas provincias Cauca baña,
Orinoco, Esmeralda, Magdalena,
y cuantas bajo el nombre colombiano
con fraternal unión se dan la mano.
. . . . . .

317. Cumaná. (N. de Bello).

Mira donde contrasta sin murallas
mil porfiados ataques Barcelona.
Es un convento el último refugio
de la arrestada, aunque pequeña, tropa
que la defiende; en torno el enemigo,
cuantos conoce el fiero Marte, acopia
medios de destrucción; ya por cien partes
cede al batir de las tonantes bocas
el débil muro, y superior en armas
a cada brecha una legión se agolpa.
Cuanto el valor y el patriotismo pueden,
el patriotismo y el valor agotan;
mas ¡ay! sin fruto. Tú de aquella escena
pintarás el horror, tú que a las sombras
belleza das, y al cuadro de la muerte
sabes encadenar la mente absorta.
Tú pintarás al vencedor furioso
que ni al anciano trémulo perdona,
ni a la inocente edad, y en el regazo
de la insultada madre al hijo inmola.
Pocos reserva a vil suplicio el hierro;
su rabia insana en los demás desfoga
un enemigo que hacer siempre supo,
más que la lid, sangrienta la victoria.
Tú pintarás de Chamberlén el triste
pero glorioso fin. La tierna esposa
herido va a buscar; el débil cuerpo
sobre el acero ensangrentado apoya;
estréchala a su seno. "Libertarme
de un cadalso afrentoso puede sola
la muerte (dice); este postrero abrazo
me la hará dulce; ¡adiós!" Cuando con pronta
herida va a matarse, ella, atajando
el brazo, alzado ya, "¿tú a la deshonra,
tú a ignominiosa servidumbre, a insultos
más que la muerte horribles, me abandonas?
Para sufrir la afrenta, falta (dice)
valor en mí; para imitarte, sobra.
Muramos ambos". Hieren
a un tiempo dos aceros
entrambos pechos; abrazados mueren.

. . . . . .

Pero ¿al de Margarita qué otro nombre
deslucirá? ¿donde hasta el sexo blando
con los varones las fatigas duras
y los peligros de la guerra parte;
donde a los defensores de la patria
forzoso fué, para lidiar, las armas
al enemigo arrebatar lidiando;
donde el caudillo, a quien armó Fernando
de su poder y de sus fuerzas todas
para que de venganzas le saciara,
al inexperto campesino vulgo
que sus falanges denodado acosa,
el campo deja en fuga ignominiosa?

. . . . . .

Ni menor prez los tiempos venideros
a la virtud darán de Cartagena.
No la domó el valor; no al hambre cede,
que sus guerreros ciento a ciento siega.
Nadie a partidos viles presta oídos;
cuantos un resto de vigor conservan,
lánzanse al mar, y la enemiga flota
en mal seguros leños atraviesan.
Mas no el destierro su constancia abate,
ni a la desgracia la cerviz doblegan;
y si una orilla dejan, que profana
la usurpación, y las venganzas yerman,
ya a verla volverán bajo estandartes
que a coronar el patriotismo fuerzan
a la fortuna, y les darán los cielos
a indignas manos arrancar la presa.
En tanto, por las calles silenciosas,
acaudillando armada soldadesca,
entre infectos cadáveres, y vivos
en que la estampa de la Parca impresa
se mira ya, su abominable triunfo
la restaurada inquisición pasea;
con sacrílegos himnos los altares
haciendo resonar, a su honda cueva
desciende enhambrecida, y en las ansias
de atormentados mártires se ceba.

. . . . . .

¿Y qué diré de la ciudad que ha dado
a la sagrada lid tanto caudillo?
¡Ah que entre escombros olvidar pareces,
turbio Catuche, tu camino usado!
¿Por qué en tu margen el rumor festivo
calló? ¿Dó está la torre bulliciosa
que pregonar solía,
de antorchas coronada,
la pompa augusta del solemne día?
Entre las rotas cúpulas que oyeron
sacros ritos ayer, torpes reptiles
anidan, y en la sala que gozosos
banquetes vió y amores, hoy sacude
la grama del erial su infausta espiga.
Pero más bella y grande resplandeces
en tu desolación, ¡oh patria de héroes!
tú que, lidiando altiva en la vanguardia
de la familia de Colón, la diste
de fe constante no excedido ejemplo;
y si en tu suelo desgarrado al choque
de destructivos terremotos, pudo
tremolarse algún tiempo la bandera
de los tiranos, en tus nobles hijos
viviste inexpugnable, de los hombres
y de los elementos vencedora.
Renacerás, renacerás ahora;
florecerán la paz y la abundancia
en tus talados campos; las divinas
Musas te harán favorecida estancia,
y cubrirán de rosas tus rüinas.

. . . . . .

¡Colombia! ¿qué montaña, qué ribera,
qué playa inhospital, donde antes sólo
por el furor se vió de la pantera
o del caimán el suelo en sangre tinto;
cuál selva tan oscura, en tu recinto,
cuál queda ya tan solitaria cima,

421. *Catuche.* Riachuelo que corre por la parte de Caracas en que hizo más estragos el terremoto de 1812. (N. DE BELLO).

426. Cercano al Anauco están las ruinas de San Lázaro, asilo en un tiempo de pobres lázaros, y palacio, después, de los capitanes generales de Venezuela, donde obsequiaban éstos, con fausto, a los célebres extranjeros que visitaban a Caracas. (ARÍSTIDES ROJAS).

que horror no ponga y grima,
de humanas osamentas hoy sembrada,
feo padrón del sanguinario instinto
que también contra el hombre al hombre anima?
Tu libertad ¡cuán caro
compraste! ¡cuánta tierra devastada!
¡cuánta familia en triste desamparo!
Mas el bien adquirido al precio excede.
¿Y cuánto nombre claro
no das también al templo de memoria?

Con los de Codro y Curcio el de Ricaurte
vivirá, mientras hagan el humano
pecho latir la libertad, la gloria.
Vióle en sangrientas lides el Aragua
dar a su patria lustre, a España miedo;
el despotismo sus falanges dobla,
y aun no sucumbe al número el denuedo.
A sorprender se acerca una columna
el almacén que con Ricaurte guarda
escasa tropa; él, dando de los suyos
a la salud lo que a la propia niega,
aléjalos de sí; con ledo rostro
su intento oculta. Y ya de espeso polvo
se cubre el aire, y cerca se oye el trueno
del hueco bronce, entre dolientes ayes
de inerme vulgo, que a los golpes cae
del vencedor; mas no, no impunemente:
Ricaurte aguarda de una antorcha armado.
Y cuando el puesto que defiende mira
de la contraria hueste rodeado,
que, ebria de sangre, a fácil presa avanza;
cuando el punto fatal, no a la venganza,
(que indigna juzga), al alto sacrificio
con que llenar el cargo honroso anhela,
llegado ve, *¡Viva la patria!* clama;
la antorcha aplica; el edificio vuela.

Ni tú de Ribas callarás la fama,
a quien vió victorioso Niquitao,
Horcones, Ocumare, Vigirima,
y, dejando otros nombres, que no menos
dignos de loa Venezuela estima,

Urica, que ilustrarle pudo sola,
donde de heroica lanza atravesado
mordió la tierra el sanguinario Boves,
monstruo de atrocidad más que española.
¿Qué, si de Ribas a los altos hechos
dió la fortuna injusto premio al cabo?
¿Qué, si cautivo el español le insulta?
¿Si perecer en el suplicio le hace
a vista de los suyos? ¿si su yerta
cabeza expone en afrentoso palo?
Dispensa a su placer la tiranía
la muerte, no la gloria, que acompaña
al héroe de la patria en sus cadenas,
y su cadalso en luz divina baña.

Así expiró también, de honor cubierto,
entre víctimas mil, Baraya, a manos
de tus viles satélites, Morillo;
ni el duro fallo a mitigar fué parte
de la mísera hermana el desamparo,
que, lutos arrastrando, acompañada
de cien matronas, tu clemencia implora.
"Muera (respondes) el traidor Baraya,
y que a destierro su familia vaya".
Baraya muere, mas su ejemplo vive.
¿Piensas que apagarás con sangre el fuego
de libertad en tantas almas grandes?
Del Cotopaxi ve a extinguir la hoguera
que ceban las entrañas de los Andes.
Mira correr la sangre de Rovira,
a quien lamentan Mérida y Pamplona;
y la de Freites derramada mira,
el constante adalid de Barcelona;
Ortiz, García de Toledo expira;
Granados, Amador, Castillo muere;
yace Cabal, de Popayán llorado,
llorado de las ciencias; fiera bala
el pecho de Camilo Torres hiere;
Gutiérrez el postrero aliento exhala;
perece Pombo, que, en el banco infausto,
el porvenir glorioso de su patria
con profético acento te revela;
no la íntegra virtud salva a Torices;



El Samán de Güere, según dibujo de Laplante. El corpulento árbol crecido en el corazón de los Valles de Aragua, fué cantado por Bello en

no la modestia, no el ingenio a Caldas...
De luto está cubierta Venezuela,
Cundinamarca desolada gime,
Quito sus hijos más ilustres llora.
Pero ¿cuál es de tu crueldad el fruto?
¿A Colombia otra vez Fernando oprime?
¿Méjico a su visir postrada adora?
¿El antiguo tributo
de un hemisferio esclavo a España llevas?
¿Puebla la inquisición sus calabozos
de americanos; o españolas cortes
dan a la servidumbre formas nuevas?
¿De la sustancia de cien pueblos, graves
la avara Cádiz ve volver sus naves?
Colombia vence; libertad los vanos
cálculos de los déspotas engaña;
y fecundos tus triunfos inhumanos,
mas que a ti de oro, son de oprobio a España.
Pudo a un Cortés, pudo a un Pizarro el mundo
la sangre perdonar que derramaron;
imperios con la espada conquistaron;
mas a ti ni aun la vana, la ilusoria
sombra, que llama gloria
el vulgo adorador de la fortuna,
adorna; aquella efímera victoria
que de inermes provincias te hizo dueño,
como la aérea fábrica de un sueño
desvanecióse, y nada deja, nada
a tu nación, excepto la vergüenza
de los delitos con que fué comprada.
Quien te pone con Alba en paralelo,
¡oh cuánto yerra! En sangre bañó el suelo
de Batavia el ministro de Felipe;
pero si fué crüel y sanguinario,
bajo no fué; no acomodando al vario
semblante de los tiempos su semblante,
ya desertor del uno,
ya del otro partido,
sólo el de su interés siguió constante;
no alternativamente
fué soldado feroz, patriota falso;
no dió a la inquisición su espada un día,
y por la libertad lidió el siguiente;

ni traficante infame del cadalso,
hizo de los indultos granjería.

Musa, cuando las artes españolas
a los futuros tiempos recordares,
víctimas inmoladas a millares;
pueblos en soledades convertidos;
la hospitalaria mesa, los altares
con sangre fraternal enrojecidos;
de exánimes cabezas decoradas
las plazas; aun las tumbas ultrajadas;
doquiera que se envainan las espadas,
entronizado el tribunal de espanto,
que llama a cuentas el silencio, el llanto,
y el pensamiento a su presencia cita,
que premia al delator con la sustancia
de la familia mísera proscrita,
y a peso de oro, en nombre de Fernando,
vende el permiso de vivir temblando;
puede ser que parezcan tus verdades
delirios de estragada fantasía
que se deleita en figurar horrores;
mas ¡oh de Quito ensangrentadas paces!
¡oh de Valencia abominable jura!
¿será jamás que lleguen tus colores,
oh Musa, a realidad tan espantosa?
A la hostia consagrada, en religiosa
solemnidad expuesta, hace testigo
del alevoso pacto el jefe ibero;
y entre devotas preces, que dirige
al cielo, autor de la concordia, el clero,
en nombre del presente Dios, en nombre
de su monarca y de su honor, a vista
de entrambos bandos y del pueblo entero,
a los que tiene puestos ya en la lista
de proscripción, fraternidad promete.
Celébrase en espléndido banquete
la paz; los brindis con risueña cara
recibe... y ya en silencio se prepara
el desenlace de este drama infando;

607. Boves. (N. de Bello).

el mismo sol que vió jurar las paces,
Colombia, a tus patriotas vió expirando.

A ti también, Javier Ustáriz, cupo
mísero fin; atravesado fuiste
de hierro atroz a vista de tu esposa
que con su llanto enternecer no pudo
a tu verdugo, de piedad desnudo;
en la tuya y la sangre de sus hijos
a un tiempo la infeliz se vió bañada.
¡Oh Maturín! ¡oh lúgubre jornada!
¡Oh día de aflicción a Venezuela,
que aún hoy, de tanta pérdida preciosa,
apenas con sus glorias se consuela!
Tú en tanto en la morada de los justos
sin duda el premio, amable Ustáriz, gozas
debido a tus fatigas, a tu celo
de bajos intereses desprendido;
alma incontaminada, noble, pura,
de elevados espíritus modelo,
aun en la edad oscura
en que el premio de honor se dispensaba
sólo al que a precio vil su honor vendía,
y en que el rubor de la virtud, altivo
desdén y rebelión se interpretaba.
La música, la dulce poesía
¿son tu delicia ahora, como un día?
¿O a más altos objetos das la mente,
y con los héroes, con las almas bellas
de la pasada edad y la presente,
conversas, y el gran libro desarrollas
de los destinos del linaje humano,
y los futuros casos de la grande
lucha de libertad, que empieza, lees,
y su triunfo universal lejano?
De mártires que dieron por la patria
la vida, el santo coro te rodea:
Régulo, Trásea, Marco Bruto, Decio,
cuantos inmortaliza Atenas libre,
cuantos Esparta y el romano Tibre;
los que el bátavo suelo y el helvecio
muriendo consagraron, y el britano;
Padilla, honor del nombre castellano;

Caupolicán y Guacaipuro altivo,
y España osado; con risueña frente
Guatimozín te muestra el lecho ardiente;
muéstrate Gual la copa del veneno;
Luisa el crüento azote;
y tú, en el blanco seno,
las rojas muestras de homicidas balas,
heroica Policarpa, le señalas,
tú que viste expirar al caro amante
con firme pecho, y por ajenas vidas
diste la tuya, en el albor temprano
de juventud, a un bárbaro tirano.

¡Miranda! de tu nombre se gloría
también Colombia; defensor constante
de sus derechos; de las santas leyes,
de la severa disciplina amante.
Con reverencia ofrezco a tu ceniza
este humilde tributo, y la sagrada
rama a tu efigie venerable ciño,
patriota ilustre, que, proscrito, errante,
no olvidaste el cariño
del dulce hogar, que vió mecer tu cuna;
y ora blanco a las iras de fortuna,
ora de sus favores halagado,
la libertad americana hiciste
tu primer voto, y tu primer cuidado.
Osaste, solo, declarar la guerra
a los tiranos de tu tierra amada;
y desde las orillas de Inglaterra,
diste aliento al clarín, que el largo sueño
disipó de la América, arrullada
por la superstición. Al noble empeño
de sus patricios, no faltó tu espada;

661. *Caupolicán.* Véase el poema de Ercilla, y particularmente su canto XXXIV. (N. DE BELLO).

661. *Guacaipuro.* Cacique de una de las tribus caraqueñas, que, por no entregarse a los españoles, consintió ser abrasado vivo en su choza. (N. DE BELLO).

662. *España.* Uno de los jefes de la conspiración tramada en Caracas y La Guaira a fines del siglo pasado; véase el *Viaje* de Depons, cap. 3 t. I. (N. DE BELLO).

664. *Gual.* Compañero de España; envenenado en la isla de Trinidad por un agente del gobierno español. (N. DE BELLO).

665. *Luisa Cáceres de Arismendi,* la joven esposa del jefe republicano de la isla Margarita. (ARÍSTIDES ROJAS).

668. *Policarpa Salavarrieta,* heroína de Cundinamarca sacrificada en las aras de la libertad. (ARÍSTIDES ROJAS).

y si, de contratiempos asaltado
que a humanos medios resistir no es dado,
te fué el ceder forzoso, y en cadena
a manos perecer de una perfidia,
tu espíritu no ha muerto, no; resuena,
resuena aún el eco de aquel grito
con que a lidiar llamaste; la gran lidia
de que desarrollaste el estandarte,
triunfa ya, y en su triunfo tienes parte.

Tu nombre, Girardot, también la fama
hará sonar con inmortales cantos,
que del Santo Domingo en las orillas
dejas de tu valor indicios tantos.
¿Por qué con fin temprano el curso alegre
cortó de tus hazañas la fortuna?
Caíste, sí; mas vencedor caíste;
y de la patria el pabellón triunfante
sombra te dió al morir, enarbolado
sobre las conquistadas baterías,
de los usurpadores sepultura.
Puerto Cabello vió acabar tus días,
mas tu memoria no, que eterna dura.

Ni menos estimada la de Roscio
será en la más remota edad futura.
Sabio legislador le vió el senado,
el pueblo, incorruptible magistrado,
honesto ciudadano, amante esposo,
amigo fiel, y de las prendas todas
que honran la humanidad cabal dechado.
Entre las olas de civil borrasca,
el alma supo mantener serena;
con rostro igual vió la sonrisa aleve
de la fortuna, y arrastró cadena;
y cuando del baldón la copa amarga
el canario soez pérfidamente
le hizo agotar, la dignidad modesta
de la virtud no abandonó su frente.
Si de aquel ramo que Gradivo empapa
de sangre y llanto está su sien desnuda,
¿cuál otro honor habrá que no le cuadre?

728. Monteverde. (N. de Bello).

De la naciente libertad, no sólo
fué defensor, sino maestro y padre.

No negará su voz divina Apolo
a tu virtud, ¡oh Piar!, su voz divina,
que la memoria de alentados hechos
redime al tiempo y a la Parca avara.
Bien tus proezas Maturín declara,
y Cumaná con Güiria y Barcelona,
y del Juncal el memorable día,
y el campo de San Félix las pregona,
que con denuedo tanto y bizarría
las enemigas filas disputaron,
pues aún postradas por la muerte guardan
el orden triple en que a la lid marcharon.
¡Dichoso, si Fortuna tu carrera
cortado hubiera allí, si tanta gloria
algún fatal desliz no oscureciera!

Pero ¿a dónde la vista se dirige
que monumentos no halle de heroísmo?
¿La retirada que Mac Gregor rige
diré, y aquel puñado de valientes,
que rompe osado por el centro mismo
del poder español, y a cada huella
deja un trofeo? ¿Contaré las glorias
que Anzoátegui lidiando gana en ella,
o las que de Carúpano en los valles,
o en las campañas del Apure, han dado
tanto lustre a su nombre, o como experto
caudillo, o como intrépido soldado?
¿El batallón diré que, en la reñida
función de Bomboná, las bayonetas
en los pendientes precipicios clava,
osa escalar por ellos la alta cima,
y de la fortaleza se hace dueño
que a las armas patricias desafiaba?
¿Diré de Vargas el combate insigne,
en que Rondón, de bocas mil, que muerte

766. En la *Biblioteca Americana*, este verso se lee:

osa escalar por ellas la alta cima,

pero es, sin duda, mejor lectura la que damos en el texto, tal como la dieron *Rojas Hermanos, 1881*, y Amunátegui, en *O. C. III, 59*.

vomitan sin cesar, el fuego arrostra,
el puente fuerza, sus guerreros guía
sobre erizados riscos que aquel día
oyeron de hombres la primer pisada,
y al español sorprende, ataca, postra?
¿O citaré la célebre jornada
en que miró a Cedeño el anchuroso
Caura, y a sus bizarros compañeros,
llevados los caballos de la rienda,
fiados a la boca los aceros,
su honda corriente atravesar a nado,
y de las contrapuestas baterías
hacer huir al español pasmado?
Como en aquel jardín que han adornado
naturaleza y arte a competencia,
con vago revolar la abeja activa
la más sutil y delicada esencia
de las más olorosas flores liba;
la demás turba deja, aunque de galas
brillante, y de süave aroma llena,
y torna, fatigadas ya las alas
de la dulce tarea, a la colmena;
así el que osare con tan rico asunto
medir las fuerzas, dudará qué nombre
cante primero, qué virtud, qué hazaña;
y a quien la lira en él y la voz pruebe,
sólo dado será dejar vencida
de tanto empeño alguna parte breve.

¿Pues qué, si a los que vivos todavía
la patria goza (y plegue a Dios que el día
en que los llore viuda, tarde sea)
no se arredrare de elevar la idea?
¿Si audaz cantare al que la helada cima
superó de los Andes, y de Chile
despedazó los hierros, y de Lima?

. . . . . .

¿O al que de Cartagena el gran baluarte
hizo que de Colombia otra vez fuera?
¿O al que en funciones mil pavor y espanto
puso, con su marcial legión llanera,
al español; y a Marte lo pusiera?
¿O al héroe ilustre, que de lauro tanto

su frente adorna, antes de tiempo cana,
que en Cúcuta domó, y en San Mateo,
y en el Araure la soberbia hispana;
a quien los campos que el Arauca riega
nombre darán, que para siempre dure,
y los que el Cauca, y los que el ancho Apure;
que en Gámeza triunfó, y en Carabobo,
y en Boyacá, donde un imperio entero
fué arrebatado al despotismo ibero?
Mas no a mi débil voz la larga suma
de sus victorias numerar compete;
a ingenio más feliz, más docta pluma,
su grata patria encargo tal comete;
pues como aquel samán que siglos cuenta,
de las vecinas gentes venerado,
que vió en torno a su basa corpulenta
el bosque muchas veces renovado,
y vasto espacio cubre con la hojosa
copa, de mil inviernos victoriosa;
así tu gloria al cielo se sublima,
Libertador del pueblo colombiano;
digna de que la lleven dulce rima
y culta historia al tiempo más lejano.

825. *Samán.* Especie agigantada del género *Mimosa,* común en Venezuela. (N. DE BELLO).

SECCION I.

HUMANIDADES I ARTES LIBERALES.

*SILVAS AMERICANAS.**

Silva I.—La agricultura de la zona tórrida.

¡Salve, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribes
El vago curso, i cuanto ser se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas; tú la uva
Das a la herviente cuba:
No de purpurea fruta o roja o gualda
A tus florestas bellas
Falta matiz alguno; i bebe en ellas
Aromas mil el viento;
I greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano
Que tiene por lindero el Orizonte,
Hasta el erguido monte
De inaccesible nieve siempre cano.

---

* A estas silvas pertenecen los fragmentos impresos en la Biblioteca Americana bajo el título "América." El autor pensó refundirlas todas en un solo poema: convencido de la imposibilidad, las publicará bajo su forma primitiva, con algunas correcciones i adiciones. En esta primera apénas se hallarán dos o tres versos de aquellos fragmentos.

Facsímil de la página del comienzo de la Silva *La agricultura de la Zona Tórrida*, en su primera edición en el *Repertorio Americano*, revista publicada por Bello en Londres. Este poema abre el primer tomo correspondiente a octubre de 1826.

LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA *

I

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda,
a tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento;
y greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte,
de inaccesible nieve siempre cano.

II

Tú das la caña hermosa,
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales;
tú en urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;
bulle carmín viviente en tus nopales,
que afrenta fuera al múrice de Tiro;

* Publicada por primera vez en el *Repertorio Americano*, I. Londres, octubre 1826, p. 7-18. De esta inserción derivan las demás publicaciones, numerosísimas, pues seguramente es el poema de Bello que más reediciones ha tenido. Formaba parte del plan de *Silvas Americanas*, como Silva I, plan irrealizado. (V. nota al poema *Alocución a la poesía*, p. 43). (Comisión Editora. Caracas).

y de tu añil la tinta generosa
émula es de la lumbre del zafiro.
El vino es tuyo, que la herida agave
para los hijos vierte
del Anahuac feliz; y la hoja es tuya,
que, cuando de süave
humo en espiras vagorosas huya,
solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
el arbusto sabeo,
y el perfume le das, que en los festines
la fiebre insana templará a Lieo.
Para tus hijos la procera palma
su vario feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosía;
su blanco pan la yuca;
sus rubias pomas la patata educa;
y el algodón despliega al aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha
en enramadas de verdor lozano,
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos y franjadas flores;
y para ti el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano;
y para ti el banano
desmaya al peso de su dulce carga;

27. *Agave.* Maguey o pita (*Agave americana* L.) que da el pulque. (N. DE BELLO).

34. El café es originario de Arabia, y el más estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yemen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoy está Moka. (N. DE BELLO).

37. Ninguna familia de vegetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre: pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc. (N. DE BELLO).

40. No se debe confundir (como se ha hecho en un diccionario de grande y merecida autoridad) la planta de cuya raíz se hace el pan de casabe (que es la *Jatropha manihot* de Linneo, conocida ya generalmente en castellano bajo el nombre de *yuca*) con la *yucca* de los botánicos. (N. DE BELLO).

44. *Parcha.* Este nombre se da en Venezuela a las *Pasifloras* o *Pasionarias*, género abundantísimo en especies, todas bellas, y algunas de suavísimos frutos. (N. DE BELLO).

50. El banano es el vegetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones o haciendas, y de que sacan mediata o inmediatamente su subsistencia, y casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es que el bananal no sólo da, a proporción del terreno que ocupa, más cantidad de alimento que ninguna otra siembra o plantío, sino que de todos los vegetales alimenticios, éste es el que pide menos trabajo y menos cuidado. (N. DE BELLO).

el banano, primero
de cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las gentes
del ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo;
no es a la podadera, no al arado
deudor de su racimo;
escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava;
crece veloz, y cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.

III

Mas ¡oh! ¡si cual no cede
el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
y como de natura esmero ha sido,
de tu indolente habitador lo fuera!
¡Oh! ¡si al falaz rüido
la dicha al fin supiese verdadera
anteponer, que del umbral le llama
del labrador sencillo,
lejos del necio y vano
fasto, el mentido brillo,
el ocio pestilente ciudadano!
¿Por qué ilusión funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra y pingüe y varia,
al cuidado abandonan
y a la fe mercenaria
las patrias heredades,
y en el ciego tumulto se aprisionan
de míseras ciudades,
do la ambición proterva
sopla la llama de civiles bandos,
o al patriotismo la desidia enerva;
do el lujo las costumbres atosiga,
y combaten los vicios
la incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
se endurece el mancebo a la fatiga;
mas la salud estraga en el abrazo
de pérfida hermosura,
que pone en almoneda los favores;

mas pasatiempo estima
prender aleve en casto seno el fuego
de ilícitos amores;
o embebecido le hallará la aurora
en mesa infame de ruinoso juego.
En tanto a la lisonja seductora
del asiduo amador fácil oído
da la consorte; crece
en la materna escuela
de la disipación y el galanteo
la tierna virgen, y al delito espuela
es antes el ejemplo que el deseo.
¿Y será que se formen de ese modo
los ánimos heroicos denodados
que fundan y sustentan los estados?
¿De la algazara del festín beodo,
o de los coros de liviana danza,
la dura juventud saldrá, modesta,
orgullo de la patria, y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
de la severa ley regir el freno;
brillar en torno aceros homicidas
en la dudosa lid verá sereno;
o animoso hará frente al genio altivo
del engreído mando en la tribuna,
aquel que ya en la cuna
durmió al arrullo del cantar lascivo,
que riza el pelo, y se unge, y se atavía
con femenil esmero,
y en indolente ociosidad el día,
o en criminal lujuria pasa entero?
No así trató la triunfadora Roma
las artes de la paz y de la guerra;
antes fió las riendas del estado
a la mano robusta
que tostó el sol y encalleció el arado;
y bajo el techo humoso campesino
los hijos educó, que el conjurado
mundo allanaron al valor latino.

IV

¡Oh! ¡los que afortunados poseedores
habéis nacido de la tierra hermosa,
en que reseña hacer de sus favores,

como para ganaros y atraeros,
quiso Naturaleza bondadosa!
romped el duro encanto
que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso,
el mercader que necesario al lujo
al lujo necesita,
los que anhelando van tras el señuelo
del alto cargo y del honor ruidoso,
la grey de aduladores parasita,
gustosos pueblen ese infecto caos;
el campo es vuestra herencia; en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita,
no allá donde el magnate
entre armados satélites se mueve,
y de la moda, universal señora,
va la razón al triunfal carro atada,
y a la fortuna la insensata plebe,
y el noble al aura popular adora.
¿O la virtud amáis? ¡Ah, que el retiro,
la solitaria calma
en que, juez de sí misma, pasa el alma
a las acciones muestra,
es de la vida la mejor maestra!
¿Buscáis durables goces,
felicidad, cuanta es al hombre dada
y a su terreno asiento, en que vecina
está la risa al llanto, y siempre, ¡ah! siempre
donde halaga la flor, punza la espina?
Id a gozar la suerte campesina;
la regalada paz, que ni rencores
al labrador, ni envidias acibaran;
la cama que mullida le preparan
el contento, el trabajo, el aire puro;
y el sabor de los fáciles manjares,
que dispendiosa gula no le aceda;
y el asilo seguro
de sus patrios hogares
que a la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
que vuelve al cuerpo laso
el perdido vigor, que a la enojosa
vejez retarda el paso,

y el rostro a la beldad tiñe de rosa.
¿Es allí menos blanda por ventura
de amor la llama, que templó el recato?
¿O menos aficiona la hermosura
que de extranjero ornato
y afeites impostores no se cura?
¿O el corazón escucha indiferente
el lenguaje inocente
que los afectos sin disfraz expresa,
y a la intención ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
la risa se compone, el paso, el gesto;
ni falta allí carmín al rostro honesto
que la modestia y la salud colora,
ni la mirada que lanzó al soslayo
tímido amor, la senda al alma ignora.
¿Esperaréis que forme
más venturosos lazos himeneo,
do el interés barata,
tirano del deseo,
ajena mano y fe por nombre o plata,
que do conforme gusto, edad conforme,
y elección libre, y mutuo ardor los ata?

V

Allí también deberes
hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
heridas de la guerra; el fértil suelo,
áspero ahora y bravo,
al desacostumbrado yugo torne
del arte humana, y le tribute esclavo.
Del obstrüido estanque y del molino
recuerden ya las aguas el camino;
el intrincado bosque el hacha rompa,
consuma el fuego; abrid en luengas calles
la oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
a la sedienta caña;
la manzana y la pera
en la fresca montaña
el cielo olviden de su madre España;
adorne la ladera
el cafetal; ampare
a la tierna teobroma en la ribera

la sombra maternal de su bucare;
aquí el vergel, allá la huerta ría...
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil a tu voz, agricultura,
nodriza de las gentes, la caterva
servil armada va de corvas hoces.
Mírola ya que invade la espesura
de la floresta opaca; oigo las voces,
siento el rumor confuso; el hierro suena,
los golpes el lejano
eco redobla; gime el ceibo anciano,
que a numerosa tropa
largo tiempo fatiga;
batido de cien hachas, se estremece,
estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera; deja el caro nido,
deja la prole implume
el ave, y otro bosque no sabido
de los humanos va a buscar doliente...
¿Qué miro? Alto torrente
de sonorosa llama
corre, y sobre las áridas rüinas
de la postrada selva se derrama.
El raudo incendio a gran distancia brama,
y el humo en negro remolino sube,
aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
verdor hermoso y fresca lozanía,
sólo difuntos troncos,
sólo cenizas quedan; monumento
de la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravio
de las tupidas plantas montaraces,
sucede ya el fructífero plantío
en muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo a ramo alcanza,
y a los rollizos tallos hurta el día;
ya la primera flor desvuelve el seno,
bello a la vista, alegre a la esperanza;
a la esperanza, que riendo enjuga
del fatigado agricultor la frente,

221. El cacao (*Theobroma cacao L.*) suele plantarse en Venezuela a la sombra de árboles corpulentos llamados *bucares*. (N. DE BELLO).

y allá a lo lejos el opimo fruto,
y la cosecha apañadora pinta,
que lleva de los campos el tributo,
colmado el cesto, y con la falda en cinta,
y bajo el peso de los largos bienes
con que al colono acude,
hace crujir los vastos almacenes.

VI

¡Buen Dios! no en vano sude,
mas a merced y a compasión te mueva
la gente agricultora
del ecuador, que del desmayo triste
con renovado aliento vuelve ahora,
y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
tantos años de fiera
devastación y militar insulto,
aún más que tu clemencia antigua implora.
Su rústica piedad, pero sincera,
halle a tus ojos gracia; no el risueño
porvenir que las penas le aligera,
cual de dorado sueño
visión falaz, desvanecido llore;
intempestiva lluvia no maltrate
el delicado embrión; el diente impío
de insecto roedor no lo devore;
sañudo vendaval no lo arrebate,
ni agote al árbol el materno jugo
la calorosa sed de largo estío.
Y pues al fin te plugo,
árbitro de la suerte soberano,
que, suelto el cuello de extranjero yugo,
erguiese al cielo el hombre americano,
bendecida de ti se arraigue y medre
su libertad; en el más hondo encierra
de los abismos la malvada guerra,
y el miedo de la espada asoladora
al suspicaz cultivador no arredre
del arte bienhechora,
que las familias nutre y los estados;
la azorada inquietud deje las almas,
deje la triste herrumbre los arados.
Asaz de nuestros padres malhadados
expïamos la bárbara conquista.



"Paisaje del Ávila", óleo del pintor venezolano Manuel Cabré.

¿Cuántas doquier la vista
no asombran erizadas soledades,
do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones,
suplicios, orfandades,
¿quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera
las sombras de Atahualpa y Motezuma.
¡Ah! desde el alto asiento,
en que escabel te son alados coros
que velan en pasmado acatamiento
la faz ante la lumbre de tu frente,
(si merece por dicha una mirada
tuya la sin ventura humana gente),
el ángel nos envía,
el ángel de la paz, que al crudo ibero
haga olvidar la antigua tiranía,
y acatar reverente el que a los hombres
sagrado diste, imprescriptible fuero;
que alargar le haga al injuriado hermano,
(¡ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;
y si la innata mansedumbre duerme,
la despierte en el pecho americano,
El corazón lozano
que una feliz oscuridad desdeña,
que en el azar sangriento del combate
alborozado late,
y codicioso de poder o fama,
nobles peligros ama;
baldón estime sólo y vituperio
el prez que de la patria no reciba,
la libertad más dulce que el imperio,
y más hermosa que el laurel la oliva,
Ciudadano el soldado,
deponga de la guerra la librea;
el ramo de victoria
colgado al ara de la patria sea,
y sola adorne al mérito la gloria.
De su trïunfo entonces, Patria mía,
verá la paz el suspirado día;
la paz, a cuya vista el mundo llena
alma, serenidad y regocijo;
vuelve alentado el hombre a la faena,

alza el ancla la nave, a las amigas
auras encomendándose animosa,
enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
y no basta la hoz a las espigas.

VII

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
alzáis sobre el atónito occidente
de tempranos laureles la cabeza!
honrad el campo, honrad la simple vida
del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
la libertad morada,
y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes a la senda
de la inmortalidad, ardua y fragosa,
se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
vuestra posteridad; y nuevos nombres
añadiendo la fama
a los que ahora aclama,
"hijos son éstos, hijos,
(pregonará a los hombres)
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima;
de los que en Boyacá, los que en la arena
de Maipo, y en Junín, y en la campaña
gloriosa de Apurima,
postrar supieron al león de España".

EL HIMNO DE COLOMBIA

CANCIÓN MILITAR

DEDICADA A S. E. EL PRESIDENTE LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR *

1

Otra vez con cadenas y muerte
amenaza el tirano español.
Colombianos, volad a las armas,
repeled, repeled la opresión.

Suene ya la trompeta guerrera,
y responda tronando el cañón;
de la Patria seguid la divisa,
que os señala el camino de honor.

CORO

Suena ya la trompeta guerrera
y responde tronando el cañón;
ya la patria arboló su divisa,
que nos muestra el camino de honor.

* Publicada por primera vez en *Juicio Crítico, 1861*. Los Amunátegui explican que fué compuesta la Canción en Londres, habiendo permanecido inédita hasta la fecha de su inclusión en su trabajo crítico. De ahí derivan las demás impresiones del poema.

Se restituye ahora la lectura directamente del manuscrito original. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

2. En el manuscrito original tachado *orgullo*, y sustituído por *tirano*.
3. En el manuscrito original tachado *corred*, y sustituído por *volad*.
4. Primera redacción:

repeled al odiado invasor.

2

¿Qué Patriota de nobles ideas
apetece la torpe inacción?
¿quién aprecia el reposo entre grillos?
Ciudadano, morir es mejor.

Libertad, haz que dulce resuene
de Colombia a los hijos tu voz;
que jamás uno solo se afrente,
prefiriendo la vida al honor.

CORO

Libertad, ¡oh cuán dulce que suena
de Colombia a los hijos tu voz!
No será que uno solo se afrente
prefiriendo la vida al honor.

3

De la Patria es la luz que miramos,
de la Patria la vida es un don.
Verteremos por ella la sangre,
por un bárbaro déspota no.

Libertad es la vida del alma;
servidumbre hace vil al varón.
Defender a un tirano es oprobio;
perecer por la Patria es honor.

CORO

Libertad es la vida del alma;
servidumbre hace vil al varón.
Defender a un tirano es oprobio,
perecer por la Patria es honor.

4

Defended este suelo sagrado,
que crecer vuestra infancia miró;

38. En el manuscrito original tachado *mecer*, y sustituído por *crecer*.

en que yacen cenizas heroicas,
en que reina una libre nación.

Recordad tantas prendas queridas,
de la esposa el abrazo de amor,
de los hijos el beso inocente,
de los Padres la herencia de honor.

CORO

Defendamos la patria querida
que nos guarda las prendas de amor;
defendamos los caros hogares;
conservemos la herencia de honor.

5

Recordad los patriotas ilustres
que cobarde crueldad inmoló.
¿No escucháis que apellidan venganza?...
Embestid a esa turba feroz.

Recordad del Araure los campos,
que el valor colombiano ilustró;
a Junín, Boyacá y Ayacucho,
monumentos eternos de honor.

CORO

Recordemos de Araure los campos
que el valor colombiano ilustró;
a Junín, Boyacá y Ayacucho,
monumentos eternos de honor.

6

¿Veis llegar las legiones venales,
que conduce a la lid la ambición?
Contra pechos de libres patriotas
impotente será su furor.

40. En el manuscrito original tachado *fuerte*, y sustituído por *libre*.

Atacad; una fe mercenaria
poco da que temer al valor.
Por victoria hallarán escarmiento,
por botín llevarán deshonor.

CORO

Avanzad, oh legiones venales,
que conduce a la lid la ambición;
por victoria hallaréis escarmiento
por botín llevaréis deshonor.

65-72 Las dos estrofas finales tienen en el manuscrito original variantes de redacción. En la forma siguiente:

* *Por victoria hallarán escarmiento;*
por botín llevarán confusión;
no dudéis, arrostradlas, que nunca
vil salario hizo más que el honor.

CORO

* *Avanzad, oh legiones venales*
por botín llevaréis confusión
que jamás en el campo de Marte
vil salario hizo más que el honor.

Atacad, que una fe mercenaria (*a*)
* *poco da que temer al valor.*
* *Por victoria hallarán escarmiento,*
* *por botín llevarán deshonor.*

CORO

* *Avanzad, oh legiones venales*
* *que conduce a la lid la ambición;*
y veréis que la baja codicia
poco da que temer al honor.

(*a*) Estas estrofas tienen, todavía, una primera redacción:

* *Por victoria hallarán escarmiento,*
por botín llevarán confusión:
arrostradlas, que baja codicia
nunca dió que temer al honor.

CORO

* *Avanzad, oh legiones venales,*
* *que conduce a la lid la ambición:*
avanzad, una fe mercenaria
nunca dió que temer al honor.

LA LUZ

TRADUCCIÓN DE UN FRAGMENTO DE UN POEMA DE DELILLE, INTITULADO LOS TRES REINOS DE LA NATURALEZA *

La ciudad por el campo dejé un día
y recorriendo vagoroso el bello
distrito que a la vista se me ofrece
el prado cruzo y la montaña trepo;

* Se publicó por primera vez esta traducción en *Amunátegui, Vida Bello, 1882*, transcrita de manuscrito inédito, con el siguiente comentario: "Me es grato ponerla a los alcances de los aficionados, excusándoles la larga y penosa tarea que me ha costado el descifrarla". Debe fecharse esta traducción en 1827, pues Olmedo en carta a Bello, de 2 de julio de 1827, le insta a que la publique, en el *Repertorio Americano*, y en prueba de la estimación que tenía por la obra de Bello, le dice: "y aseguro a usted tres coronas". (Cf. *Amunátegui, Vida Bello*, pág. 271).

Se publica ahora transcrita directamente del manuscrito, enmendando las lecturas erróneas de su primera publicación. El manuscrito, de puño y letra de Bello, está muy bien caligrafiado como si hubiese sido preparado para la imprenta. Corresponde, sin duda alguna a la época de Londres, pero tiene correcciones marginales y en el texto, del propio Bello, de letra muy posterior a 1827. Algunas correcciones de Bello podrían fecharse después de 1850. Ello indica que Bello dió sucesivos retoques en Chile a la traducción realizada en Londres.

Es traducción de la primera mitad ("*La lumière*") del Canto Primero "La Lumière et le Feu" de *Les trois regnes de la Nature* de Delille. (Comisión Editora. Caracas).

1-4. Los versos con que comenzaba la redacción de este poema, sufrieron múltiples enmiendas. A continuación se transcriben en el orden en que éstas fueron hechas.

Primera redacción:

Del campo, huésped solitario un día
Del campo, un día, solitario huésped,

Aparece, inmediatamente después, un verso inconcluso:

A la campiña tras

Segunda redacción:

Huésped del campo solitario un día
gozoso erré por mil paisajes bellos;
corrí los prados, y trepé los montes;
la verde alfombra hollé de los oteros;

El penúltimo verso tiene una recorrección:

corrí los prados, y trepé a las cumbres

llevé por la espesura de la selva
de mi libre vagar el rumbo incierto;
del arroyuelo el tortüoso giro
seguí; pasé el torrente; oí el estruendo
de la cascada; contemplé la tierra,
y osé curioso interrogar al cielo.
El sol se puso y envolvió la noche
la creación, mas por su triple imperio
discurre aún la mente vagorosa.

Tercera redacción:

De la ciudad al campo trasladado,
gozoso recorrí mil sitios bellos;
piso de las colinas la verdura

Cuarta redacción:

* *La ciudad por el campo dejé un dia*
y sobre el vario y bello
distrito que a mi vista se ofrecía
corriendo alegre, ya la alfombra verde
de los oteros huello,
ya trepo al monte

El antepenúltimo verso tiene la siguiente corrección:
corriendo alegre, ya la verde alfombra

5. Primera redacción:
llevé por el silencio de la selva

10. Primera redacción:
y osé también interrogar al cielo

11-13. Estos versos tienen varios intentos de redacción, tachados. Transcribimos en el orden en que están hechas las diferentes correcciones.

Primera redacción:

Baja la parda sombra; y en la mente
duran las maravillas del imperio
triple del aire, el suelo y las espumas.

Segunda redacción:

Baja la parda noche; y de las ondas
y del suelo y del aire el triple imperio
muestra aún sus prodigios a mi mente.

Tercera redacción:

Bajó la parda noche; y de las aguas,
y del aire y la tierra el triple imperio
recorre aún la mente vagorosa.

Cuarta redacción:

Bajó la parda noche; y vagorosa
recorre aún la mente el triple imperio
de la tierra y las ondas y los aires.

Aparecen varios intentos de redacción inconclusos, que transcribimos del mismo modo como aparecen en el manuscrito:

Ya de la noche el velo oscuro envuelve
del triple, aire y agua tierra y agua el triple

imperio, tierra, aire

la tierra, el agua, el aire; ya el

El primero de estos cuatro intentos de verso tiene correcciones ilegibles.

Descendió de los astros el silencio
derramando en mi ser sabrosa calma;
y de mil formas peregrinas veo
el mágico prodigio todavía
y aún no da tregua a la memoria el sueño.
Parecióme mirar al Genio augusto
de la naturaleza, entre severo
y apacible el semblante, en luminosa
ropa velados los divinos miembros.
De sus siete matices Iris bella
bordóle el manto; Urania el rubio pelo
le coronó de estrellas; doce signos
el cinto le divisan; arma el fuego
de Júpiter su diestra, y su mirada
meteoros de luz esparce al viento.
Bajo sus huellas brota el campo rosas;
ábrense a su mandado mil veneros
de cristalinas ondas; las fragantes
alas Favonio agita; o silba el Euro
acaudillando procelosas nubes,
se inflama el aire, y ronco estalla el trueno.
Pueblase el ancho suelo de vivientes
y el hondo mar; en derredor el Tiempo
con mano infatigable alza, derriba,
cría, destruye; sus despojos yertos

14. Comenzó la primera redacción:
Bajó de las estrellas

15-16. Otra redacción, no tachada en el original, como sigue:
difunden la fatiga y el silencio
en mi lánguido ser sabrosa calma;

Entre ambos versos aparecen tachadas las palabras:
la apetecida

El último de estos dos versos tiene un *los* tachado después de *en.*

17. O. C. III y *Amunátegui, Vida Bello,* dan *prestigio,* por *prodigio,* por mala lectura del manuscrito.

17-19. Primera redacción:
la mágica visión, y aún no hace tregua
al dulce afán de la memoria el sueño.
Parecióme mirar al Genio entonces

28-31. Primera redacción:
meteoros de luz derrama al viento.
Bajo sus huellas brota el césped rosas.
Ábrense a su mandado los veneros
de las líquidas fuentes; las fragantes

34. Primera redacción:
se abraza el éter vasto, y brama el trueno

la tumba reanima; y da la Parca
eterna juventud al universo.
Cuanto le miro más, mayor parece:
"¡Mortal!, me dice al fin, si hasta aquí fueron
las formas exteriores que este globo
muestra a la vista, a tu pincel sujeto
a empresa superior la fantasía
levanta ya; sus íntimos cimientos
cala, y de su escondida arquitectura
revela a los humanos los misterios;
los primitivos elementos canta,
su mutua lid, sus treguas y conciertos.
Mide con huella audaz la escala inmensa

39-40. Primera redacción:

las tumbas reaniman, y la Parca
eterna juventud da al universo

42. O. C. III, y *Amunátegui, Vida Bello,* dan erróneamente:

"¡Mirad! me dice al fin. Si hasta aquí tierno

44. O. C. III da *supera,* y *Amunátegui, Vida Bello,* lee: *someto.* Ambas lecturas son erróneas. En este verso, *Amunátegui, Vida Bello,* leyó también mal: *tu vista,* por *la vista.*

42-46. Primera redacción:

óigole al fin: "¡Mortal! si hasta aquí fueron
las visibles bellezas de este globo
(me dice el dios) de tu pincel empleo;
asaz las vanas formas celebraste
que son de los sentidos embeleso.
Atrévete hoy a más: penetra osado

En el primer verso tacha *fueron* y escribe *dieron,* que también tacha.

Segunda redacción:

* *"¡Mortal!, me dice al fin, si hasta aquí fueron*
las exteriores formas de este globo
que son de los sentidos embeleso
(me dice el dios), a tu pincel asunto;
osa más hoy; sus íntimos cimientos

Tercera redacción:

* *"¡Mortal!, me dice al fin, si hasta aquí fueron*
las exteriores formas de este globo
asunto a tu pincel; mayor empeño
te aguarda ya; sus íntimos cimientos

El tercer verso está corregido así:

asunto a tu pincel; sus embelesos

y asunto a tu pincel mayor empresa

Hay algunas correcciones ilegibles.

47. Primera redacción:

cala, y de su divina arquitectura

Sobre la palabra *divina* hay una corrección ilegible.

51. Comienza con un verso inconcluso, tachado:

Huella con

Luego hay varias modificaciones a base de alternar *mide* y *sube.*

que sube desde el polvo hasta el Eterno.
Haz que en sus vetas el metal se cuaje;
desarrolla la flor; somete al cetro
del hombre el bruto; eleva a Dios el hombre.
Yo a tu pintura infundiré mi aliento,
y durará cuanto yo dure". Dijo;
y a obedecerle voy; mas lejos, lejos
de mí, sistemas vanos, parto espurio
de la razón que demasiado tiempo
tuvisteis en cadenas afrentosas,
de sí mismo olvidado, el pensamiento.

Sobre apoyos aéreos erigido,
obra de presuntuosa fantasía
que desprecia el examen, un sistema
hasta los cielos la cabeza empina,
y de los hombres usurpando el culto
reina siglos tal vez; mas no bien brilla
la clara luz de un hecho inesperado,
la hueca mole en humo se disipa.
Los vórtices pasaron de Cartesio;
pasaron las esferas cristalinas
de Ptolomeo; y con flamantes alas
en torno al sol la grave tierra gira.
De sus frágiles basas derrocados
así también vendrán abajo un día

52-54. Primera redacción:

que del átomo sube hasta el Eterno.
Haz que el metal se cuaje; haz que sus gotas
te desvuelva la flor; somete al cetro

O. C. III y *Amunátegui, Vida Bello,* dan *carro,* por *cetro,* erróneamente.

59-61. Primera redacción:

sistemas vanos, aborrecible prole
de la razón; asaz visteis sujeto
el mundo, y en cadenas afrentosas,

61. O. C. III y *Amunátegui, Vida Bello,* dan *pusisteis,* por *tuvisteis,* erróneamente.

63. Primera redacción:

Sobre aéreos apoyos erigido,

65-67. Primera redacción:

que desdeña el examen, un sistema
vetusto al cielo su cabeza empina (?)
y usurpa de los hombres el incienso

72. Primera redacción:

huyeron las esferas cristalinas

Antes de éste, aparece un verso inconcluso:

desapareció las

tantos sueños famosos; como aquella
estatua del monarca de la Asiria,
que de oro, plata y bronce fabricada
se sustentaba en flacos pies de arcilla;
y desprendida de una cumbre apenas
el tosco barro hirió menuda guija,
se estremece el coloso, y desplomado
cubre en torno la tierra de rüinas.
Sigamos pues de la experiencia sola
el seguro fanal; ella me dicta,
yo escribo; a sus oráculos atento,
celebro ya la luz; a la luz tinda
su homenaje primero el canto mío,
a la sutil esencia peregrina
que los cuerpos fomenta, alumbra, cala;
que el verde tallo de la planta anima,
su pureza vital conserva al aire,
llena el espacio inmenso en que caminan
los mundos, y en su rápida carrera
a la mirada del Eterno imita;
fuente de la beldad, pincel del mundo,
de la naturaleza espejo y vida.

77-84. Primera redacción:

tantos sueños famosos; cual la estatua
del monarca soberbio de la Asiria,
que fabricada de oro, plata y bronce
* *se sustentaba en flacos pies de arcilla;*
desprendida del monte toca apenas
el tosco barro una menuda guija,
tiembla el alto coloso, y desplomado
deja cubierto el suelo de rüinas.

El cuarto, quinto y sexto verso de esta primera redacción tienen, tachadas, las siguientes enmiendas:

se sustentaba en endebles pies de arcilla;
desprendida del monte hiere apenas
el tosco barro una menuda guija,

el tosco barro la hirió menuda guija,

91. Aparece tachada la palabra *forma*, antes de *fomenta*.

95. En la primera redacción escribe *mundos*, palabra que tacha para escribir *orbes*, que vuelve a tachar para escribir *mundos*.

96. Primera redacción:

a la mirada de aquel ser imita;

O. C. III y *Amunátegui, Vida Bello*, incluyen a continuación dos versos que están claramente tachados en el original manuscrito:

a cuya voz rasgó su primer rayo
el hondo seno de la noche antigua:

El primero de estos versos tachados decía *lanzó*, en donde aparece *rasgó*.

A la celeste bóveda mi vuelo
dirige tú, Delambre, que combinas
gusto y saber, y la elegancia amable
con el severo cálculo maridas.
Y pues Newton de su potente mano
a la tuya pasó no menos digna
las riendas de los Orbes luminosos;
tiende a tu admirador la diestra amiga;
subir me da sobre tu carro alado,
y la hueste de esferas infinita
que en raudo curso surcan golfos de oro,
o equilibradas penden de sí mismas,
veré contigo, y su diurna vuelta,
y su anuo giro, y de qué ley regidas,
ora se buscan con amantes ansias,
ora el consorcio apetecido esquivan.
No te conduce allá la gloria sólo
de interpretar ocultas maravillas,
ni en la región te engolfas de la duda,
en que sistemas con sistemas lidian;
mas del Gran Ser la soberana idea,
y el pacto eterno exploras que armoniza
ese de luz imperio portentoso
donde al orden común todo conspira;

99. Primera redacción:
¡Oh Delambre! a la bóveda celeste

109. Primera redacción:
que en raudo curso hienden golfos de oro,

113-114. Primera redacción:
ora se ven amantes acercarse,
ora el consorcio deseado esquivan.

O. C. III y *Amunátegui, Vida Bello,* dan *amante ansia,* erróneamente, en la redacción definitiva del primero de estos dos versos.

116. Primera redacción:
de (ileg.) *misteriosas maravillas*

119-120. Otras redacciones:

Primera:
mas de los mundos la grandeza exploras
o los eternos pactos que harmonizan

Segunda:
mas en las obras del Eterno exploras
los inmutables pactos que harmonizan

Tercera:
mas la grandeza exploras del Eterno
y las eternas leyes

Cuarta:
* *mas del Gran Ser la soberana idea,*
y las leyes exploras

y los pactos exploras

O. C. III y *Amunátegui, Vida Bello,* leen en el verso 120 *parto,* por *pacto,* erróneamente.

donde el cometa mismo, que la roja
melena desgreñando, pone grima,
guarda en su vasta fuga el señalado
rumbo, y el patrio hogar jamás olvida.
Pura es allí de la beldad la fuente,
cuyo ideal modelo te cautiva;
mas ¡ah! que en esos rutilantes orbes
do el ángel de la luz con ojos mira
de piedad este cieno que habitamos,
do te ofrece un abismo cada línea,
cada astro un punto, y cada punto un mundo,
no es posible, Delambre, que te siga.
En pos de objetos, que a Virgilio mismo
dieron pavor, no vuelo ya. Campiñas
y prados y boscajes me enamoran;
ellas, como al mantuano, me convidan;
a gozar voy su asilo venturoso;
y mientras tú con alas atrevidas
corres tu reino etéreo, y pides cuenta
de su prestado resplandor a Cintia,
o del soberbio carro del Tonante
contemplas la lumbrosa comitiva,
te veré yo desde mi fuente amada
en los astros dejar tu fama escrita,
y menos animoso, a cantar sólo
la bella luz acordaré mi lira.

A cada ser su colorida ropa
viste la luz; si toda le penetra,
oscuro luto; si refleja toda,
pura le cubre y cándida librea.

124. Primera redacción:
melena destrenzando, pone grima

134. Primera redacción:
no me es dado, Delambre, que te siga.

141. Escribe *corres*, en primera redacción; tacha y escribe *mides*, para tacharlo y volver a escribir *corres*.

150-152. Primera redacción:
da la luz cuando toda le penetra,
de triste luto cúbrele a la vista;
pero cuando recorre toda (ileg.) *refleja* (?)
de la faz de los cuerpos, los envuelve
en apacible cándida librea.

El primer verso tiene dos correcciones no tachadas, al margen: *veste* y *presta*.
El segundo verso tiene al margen la siguiente corrección:
en negro luto

Rompe también a veces y divide
su trama de oro en separadas hebras,
y reflejada en parte, en parte al seno
osando descender de la materia,
visos le da y matices diferentes.
Mas otras veces rápida atraviesa
el interior tejido; y lo más duro,
variamente doblada, trasparenta.
Ora a la superficie en que resurte,
con ángulos iguales busca y deja;
ora a diverso medio trasmitida,
según es denso, así los rayos quiebra.
Antes que de Newton el alto ingenio
de la luz los prodigios descubriera,
mostróse siempre en haces concentrada.
Él descogió la espléndida madeja
y de la magia de su prisma armado
del iris desplegó la cinta etérea.
Mas a las maravillas de tu prisma
precedió, inglés profundo, la ampolluela
de jabón, con que el niño sin saberlo
desenvolviendo los colores, juega.
Lo que inocente pasatiempo al niño,
fué a ti lección; así naturaleza
fía al atento estudio sus arcanos,
o un acaso felice los revela.
De los siete colores la familia,
si toda se reúne, el brillo engendra
de la radiante luz; y si con varia
asociación sus varios tintes mezcla,
ya del metal el esplendor produce,
ya el oro de la mies que el viento ondea,
ya los matices que a la flor adornan,
ya los celajes que la nube ostenta,
y de los campos el verdor alegre,
y el velo azul de la celeste esfera;
su púrpura el racimo, y su vistosa
cuna de nácar le debió la perla.

156. En primera redacción había escrito *penetrar* en lugar de *descender*.
166. Primera redacción:
de la luz los arcanos descubriera,
176. Primera redacción:
te fué lección; así naturaleza

BIBLIOTECA NACIONAL

¿Y quién los dones de la luz no sabe?
Triste la planta y lánguida sin ella
niega a la flor colores, niega al fruto
dulce sabor, y adonde alcanza a verla,
allá los ojos y los tiernos ramos
descolorida tiende y macilenta.
¿Ves de enfermiza palidez cubrirse
la endibia en honda estancia prisionera?
¿Ves en la zona do a torrentes de oro
derrama el sol su luz, cuál hermosea
florida pompa el oloroso bosque?
Empapadas allí de blanda esencia
bate las alas céfiro lascivo,
dorada pluma el avecilla peina,
abril florece sin cultura eterno,
y toda es vida y júbilo la selva;
mientras del norte la región sombría
de funeral horror yace cubierta.
¿Pero qué digo? allá en el norte helado
es do mejor sus maravillas muestra
la bella luz; brillantes meteoros
el largo imperio de la noche alegran,
y la atezada oscuridad en llamas
rompe de celestial magnificencia,
con quien el alba misma no compite
en el clima feliz que la despierta.
Ora la lumbre boreal el aire
cautiva tiene en tenebrosa niebla,
ora le da salida y la derrama
en fúlgidas vislumbres; ora vuela
en rayos dividida, ora se tiende
en ancha zona; aquí relampaguea
bruñida plata; allá con el zafiro
el amatiste y el topacio alternan
y del rubí la ensangrentada llama;
ya un alterado piélago semeja
que de furiosa ráfaga al embate
montes lanza de fuego a las estrellas;

196. Primera redacción:
descolorida vuelve y macilenta

198. O. C. III antepone un artículo *la* a *honda* indebido y ocioso.

201. Comenzó este verso con un *la*, tachado.

216 A partir de aquí aparece la primera redacción tachada, de los versos 235-240.



Andrés Bello y la Zona Tórrida. Obra de Tito Salas, existente en la sede central del Banco de Venezuela en Caracas.

ya estandartes tremola luminosos;
bóvedas alza; en carros de oro rueda;
columnas finge; o risco sobre risco,
fábrica de gigantes, aglomera;
y hace el horror de la estación sombría
de maravillas varïada escena.

Creyólas la ignorancia largo tiempo
ígneas exhalaciones que en la densa
nieve del septentrión reverberadas,
a las naciones presagiaban guerra,
iras, tumulto, y vacilar hacían
del tirano en la frente la diadema.
Otros el polo helado imaginaron
ver envuelto en el limbo de la inmensa
atmósfera solar, cuyos reflejos
denso el aire o sutil rechaza, alberga,
difunde en modos varios o acumula,
y su luz tiñe, y formas mil le presta.

Refieren los poetas (de natura
elegantes intérpretes) que Jove
a dos bellas hermanas hizo reinas,
una del rico oriente, otra del norte.
La Boreal Aurora cierto día
(añaden) viendo que su hermana el goce
de la divinidad obtiene sola
y el incienso le usurpa de los hombres,

229-232. Primera redacción:

ya columnas erige, o de peñascos

sobre peñascos informe mole encrespa
* *columnas finge; o risco sobre risco,*
cual obra de gigantes, aglomera;

pabellones tremola luminosos;

240. O. C. III y *Amunátegui, Vida Bello,* dan *al,* en lugar de *del,* tal como aparece en el manuscrito.

241. Primera redacción inconclusa:

Otros la helada zona en

242-243. Primera redacción:

ver en el limbo envuelto de la inmensa
atmósfera solar, cuya sustancia

250. Primera redacción:

una del ledo oriente, otra del norte.

al Sol su padre va a quejarse, y mientras
que de sus ojos tierno llanto corre:
"¡Oh eterno rey del día! ¡oh padre!, exclama,
¿hasta cuándo será que me deshonren
los que hija de la tierra me apellidan
y parto vil de frígidos vapores?
¿Hasta cuándo querrás que oprobio tanto
infame tu linaje? El manto rompe
de púrpura que visto, y de mis galas
la inútil pompa en luto se trasforme,
arranca de mis sienes la corona,
si por hija ¡ay de mí! me desconoces.
¡Oh cuánto es más feliz la hermana mía!
La hospeda el cielo, y la bendice el orbe,
conságranle sus cánticos tus musas,
y en blando coro la saluda el bosque.
¿Y a qué beldad honores tales debe?
¿Por qué la adora el mundo, y de mi nombre
se acuerda apenas? ¿Vale tanto acaso
el falso lustre de caducas flores
que a un leve soplo el ábrego deshoja?
Siempre descoloridos arreboles
la ven nacer, y de abalorios vanos
las trenzas orna que a tu luz descoge.
Mas yo de oro y de púrpura y diamantes
recamo el cielo; yo a la parda noche
hago dejar sus lúgubres capuces
y alas de luz vestir; por mí depone
su sobrecejo la arrugada bruma;
por mí Naturaleza, en medio el torpe
letargo del invierno, abre los ojos
y tu brillante imperio reconoce.
Mi hermana, dicen, a servirte atenta
madruga cada día, y tus veloces
caballos unce, y a la tierra el velo

256-257. Primera redacción:
de sus dos ojos tierno llanto corre:
"¡Oh eterno rey del día! (exclama) ¡oh padre!

264. Primera redacción:
la rica (?) pompa en luto se trasforme,

275. Primera redacción:
que a un breve soplo el ábrego deshoja?

289. Primera redacción:
caballos unce al carro, y las cortinas

de la tiniebla fúnebre descorre.
Sí, sábelo el Olimpo, que dejando
la cama de Titón, va con el joven
Céfalo a solazarse, y no se cura
de que a la tarda luz el mundo invoque.
¿Por qué, pues, ha de ser la hermana mía
única en tu cariño y tus favores?
¿Por qué, si hija soy tuya, no me es dado
beber contigo el néctar de los dioses?"
"Cese tu duelo, cese, ¡oh sangre mía!
tus lágrimas enjuga (el Sol responde);
yo vengaré tu largo vituperio.
Un mortal he elegido que pregone
la alteza de tu cuna, y a su cargo
con noble empeño tu defensa tome.
El diga tu linaje; y las estrellas,
cual hija de su rey, de hoy más te adoren".
Dice; ella parte; el rey del cielo un rayo
de su frente inmortal desprende entonces
(de aquellos con que a espíritus felices
de estro divino inflama, y lleva a donde
los haces de tus obras confidentes,
naturaleza, y tus arcanos oyen);
el nombre en él grabó de su hija amada
y la estirpe y las gracias; y lanzóle
al ilustre Mairán; el dardo vuela,
hiérele; y ya inspirado los blasones
de la hiperbórea diosa canta el sabio.
La Aurora de los climas de Bootes,
como la del oriente, es ensalzada,
y adoradores tiene, imperio y corte.

292. O. C. III y *Amunátegui, Vida Bello,* leen *Tritón,* erróneamente.

303-304: Primera redacción:

la alteza de tu cuna, a los mortales,
su defensa a cargo suyo tome

la alteza de tu cuna, y tu defensa

305-306. Primera redacción:

El diga tu linaje; yo a los astros
cual hija de su rey, haré te adoren".

317. Primera redacción:

de la hiperbórea diosa enuncia el sabio.

Así cantaron las divinas musas.
Otros la vasta atmósfera suponen
de eléctricos principios agitada,
que en intestina lid hierven discordes,
y el cielo hinchiendo de tumulto y guerra
alzan sobre el atónito horizonte
lúcidos meteoros; mas, en medio
de encontradas hipótesis, esconde
su lumbre la verdad, y el juicio ignora
donde la planta mal segura apoye.

322. A partir de este verso aparece tachada la siguiente redacción:
empero otros el fuego reconocen
de eléctrica materia en los aspectos
de la luz boreal, y con mejores

otros empero de la rauda y móvil

otros (ileg.) *desprender suponen*

y (ileg.) *eléctricos principios*

326. Comenzó este verso con una redacción inconclusa:
alzan present

CARTA

ESCRITA DE LONDRES A PARÍS POR UN AMERICANO A OTRO *

Es fuerza que te diga, caro Olmedo,
que del dulce solaz destitüido
de tu tierna amistad, vivir no puedo.

¡Mal haya ese París tan divertido,
y todas sus famosas fruslerías,
que a soledad me tienen reducido!

¡Mal rayo abrase, amén, sus Tullerías,
y mala peste en sus teatros haga
sonar, en vez de amores, letanías!

Y, cual suele el palacio de una maga,
a la virtud de superior conjuro,
toda esa pompa en humo se deshaga.

Y tú, al abrir los ojos, no en oscuro
aposento, entre sábanas fragantes,
te encuentres, blando alumno de Epicuro;

* La epístola a Olmedo, compuesta en *1827, publicóse parcialmente después de* la muerte de Bello, en *La Libertad* de Santiago, (Cf. Caro, Bibliografía). En la forma inconclusa en que era conocido fué incluído por Caro en las *Poesías de Andrés Bello* publicadas en Madrid, 1882. Miguel Luis Amunátegui en *Vida Bello* (p. 272-277) da un texto un poco más extenso del poema, pero todavía inconcluso. El mismo Amunátegui en la *Introducción* a las *Poesías* (O. C. III, p. XXV-XXVI) completó el texto del poema.

La parte del texto que da Caro presenta algunas diferencias respecto al que da Amunátegui. Después de cuidadoso estudio, nos hemos inclinado a creer que Caro reproduce errores contenidos en la fuente por él utilizada. Hemos podido revisar la segunda mitad del poema, sirviéndonos de copias fotográficas del manuscrito.

Gracias a ellas han podido rectificarse algunas lecturas incorrectas y añadirse algunas variantes de redacción que enriquecen sin duda el conocimiento de esta poesía de Bello. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

Sino, cual paladín de los que errantes
de yermo en yermo, abandonando el nido
patrio, iban a caza de gigantes.

Te halles al raso, a tu sabor tendido,
rodeado de cardos y de jaras,
cantándote una rana a cada oído.

Y suspirando entonces por las caras
ondas del Guayas (Guayaquil un día,
antes que al héroe de Junín cantaras),

Digas: "¡Oh! venturosa patria mía,
¿quién me trajo a vivir do todo es hecho
de antojos, de embeleco y de falsía?

A Londres de esta vez, me voy derecho,
donde, aunque no me aguarda el beso amante
de mi Virginia, ni el paterno techo,

Me aguarda una alma fiel, veraz, constante,
que al verme sentirá más alegría
de la que me descubra en el semblante.

Con él esperaré que llegue el día
de dar la vuelta a mi nativo suelo,
y a los abrazos de la esposa mía;

Y mientras tanto bien me otorga el cielo,
¡oh Musas! ¡oh amistad! a mis pesares
en vuestros goces hallaré consuelo".

Ven, ven, ¡ingrato Olmedo! ¡Así los mares
favorables te allanen su ancha espalda,
cuando a tu bella patria retornares;

Y cuanta fresca rosa la esmeralda
matiza de sus campos florecidos,
Guayaquil entreteja a tu guirnalda;

Y a recibirte salgan los queridos
amigos con cantares de alegría,
por cien bocas y ciento repetidos!

Ven, y de nuestra dulce poesía
al apacible y delicioso culto,
vuelva ya tu inspirada fantasía.

Otro se goce en el feroz tumulto
de la batalla y la sangrienta gloria,
a la llorosa humanidad insulto;

Otro encomiende a la tenaz memoria
de antiguos y modernos la doctrina,
de absurdos y verdades pepitoria;

Mientras otro que ciego se imagina
en sólidos objetos ocupado,
y también a su modo desatina,

Intereses calcule desvelado,
y por telas del Támesis o el Indo,
cambie el metal de nuestro suelo amado.

Te manda el cielo que el laurel del Pindo
trasplantes a los climas de occidente,
do crece el ananás y el tamarindo;

Do en nieves rebozada alza la frente
el jayán de los Andes, y la vía
abre ya a nuevos hados nueva gente.

¡Feliz, oh Musa, al que miraste pía
cuando a la nueva luz recién nacido
los tiernezuelos párpados abría!

No llega nunca al pecho embebecido
en la visión de la ideal belleza
de insensatas contiendas el rüido.

El Niño Amor la lira le adereza;
y díctanle cantares inocentes
virtud, humanidad, naturaleza.

73-75. Otra redacción:

El pecho del poeta embebecido
* *en la visión de la ideal belleza,*
jamás fué a torpe vicio impuro nido

jamás de la maldad fué impuro nido

Huye el loco tumulto de las gentes;
y a los dolores que codicia irrita,
prefiere el campo, y árboles, y fuentes.

O por mejor decir, un mundo habita
suyo, donde más bello el suelo y rico
la edad feliz del oro resucita;

Donde no se conoce esteva o pico,
y vive mansa gente en leda holgura,
vistiendo aún el pastoral pellico;

Ni halló jamás cabida la perjura
fe, la codicia o la ambición tirana,
que nacida al imperio se figura;

Ni a la plebe deslumbra, insulsa y vana,
de la extranjera seda el atavío,
con que tal vez el crimen se engalana;

79-81. Este terceto se publicó en otra redacción:

Oye el vano bullicio de esa gente
desventurada, a quien la paz irrita;
y se aduerme al susurro de la fuente;

como aparecía estropeada la rima del terceto encadenado (*inocentes, gente, fuente*), don Manuel Cañete censuró tal imperfección (*Revista Hispano-Americana*, Madrid, 1881). Don Miguel Luis Amunátegui, en la *Introducción* al tomo III, de las *Obras Completas*, Santiago, 1883, p. XXIV, dice que: "La acertada observación del Señor Cañete respecto a la imperfección de rima que señala, me impulsó a practicar una nueva y atenta rebusca en los borradores o jeroglíficos de Bello, la cual ha sido felicísima, pues me ha proporcionado el descubrimiento, no de una, sino de dos variantes que corrigen esta imperfección". Da entonces, además de la forma que adoptamos, esta otra:

Huye el vano bullicio de esas gentes
desventurada, a quien la paza irrita;
y se aduerme al murmullo de las fuentes.

(Comisión Editora. Caracas).

84. Otra redacción:

la antigua edad del oro resucita

85-86. Otra redacción:

Donde no se conoce arada o pico,
y vive alegre gente en leda holgura

88. Otras redacciones:

Donde no se conoce la perjura

Ni jamás halló entrada la perjura

92. Otra redacción:

de púrpura soberbia el atavío

Ni se obedece intruso poderío,
que, ora promulga leyes, y ora anula,
siendo la ley suprema su albedrío;

Ni al patriotismo el interés simula,
que hoy a la libertad himnos entona,
y mañana al poder, sumiso, adula;

Ni victorioso capitán pregona
lides que por la patria ha sustentado,
y en galardón le pide la corona.

¡Oh! ¡cuánto de este mundo afortunado
el fango inmundo en que yacemos dista,
para destierro a la virtud criado!

Huyamos dél, huyamos do a la vista
no ponga horror y asombro tanta escena
que al bien nacido corazón contrista.

¿Ves cómo en nuestra patria desenfrena
sus furias la ambición, y al cuello exento
forjando está otra vez servil cadena?

100. Otra redacción:

Ni victorioso general pregona

104. Otras redacciones:

amigo el mundo en que vivimos dista,

el torpe lodo en que vivimos dista,

el sucio lodo en que vivimos dista,

el odio infame en que vivimos dista,

107-108. Otras redacciones:

no ponga horror la abominable escena

no ponga horrible asombro tanta escena
que bien nacidos ánimos contrista

106-111. Otras redacciones:

Así quizá podremos nuestra vista
apartar de la escena dolorosa
que en nuestra patria el corazón contrista

Así quizá podremos de la vista
un momento apartar la infausta escena
que en nuestra patria el corazón contrista

¿No gimes de mirar cuál lleva el viento
tantos ardientes votos, sangre tanta,
cuatro lustros de horror y asolamiento,

Campos de destrucción que al orbe espanta,
miseria y luto y orfandad llorosa,
que en vano al cielo su clamor levanta?

Como el niño inocente, que la hermosa
fábrica ve del iris, que a la esfera
sube, esmaltado de jacinto y rosa,

Y en su demanda va por la pradera,
y cuando cree llegar, y a la encantada
aparición poner la mano espera,

Huye el prestigio aéreo, y la burlada
vista le busca por el aire puro,
y su error reconoce avergonzada;

Do la ambición malvada desenfrena
sus furias malhechoras, preparando
regir otra vez bárbara cadena

sus furias la ambición, al cuello exento
forja de nuevo bárbara cadena

114. Comenzó a redactar:
cuatro lustros de estrago

115-117. Otra redacción:
Campos de destrucción que al mundo espanta
miseria y duelo y orfandad llorosa
* *que en vano al cielo su clamor levanta?*

118-120. Otras redacciones:
* *Como el niño inocente que la hermosa*
cinta del iris ve esmaltar la esfera
con su vario matiz de oro y de rosa

con varios tintes de jacinto y rosa

124. Otra redacción:
La ilusoria apariencia a la burlada

Este verso tiene otros intentos de redacción:
Se le disipa, y huye

La burla, y se disipa

Huye el arco celeste

125. Otras redacciones:
vista le busca en vano sin provecho

vista le busca por el cielo en vano

Así yo a nuestra patria me figuro
que, en pos del bien que imaginó, se lanza,
y cuando cree que aquel feliz futuro
De paz y gloria y libertad alcanza,
la ilusión se deshace en un momento,
y ve que es un delirio su esperanza;

Fingido bien que ansioso el pensamiento
pensaba asir, y aéreo espectro apaña,
luz a los ojos y a las manos viento.

127-129. Empezó a redactarlos en varios intentos:

No de otra suerte

Así parece huir de nuestra mano
la libertad, en él

De tan propia manera me figuro

Así el dichoso objeto me figuro
que nos huye y nos burla en el instante
que más el alcanzarle se creyó seguro

135. Aparece a continuación un largo fragmento sumamente enmendado y totalmente tachado, de difícil lectura. Es fácil, por la rima encadenada de los tercetos, seguir el pensamiento poético de Bello que va expresándose en dos redacciones distintas. En la primera de ellas escribe:

La libertad en suma que hasta ahora
objeto fué de tanto sacrificio;
ilusión, que deslumbra y enamora;

La libertad en suma que hasta ahora
objeto fué de tanto afán; el cielo
negar parece al mundo que la implora;

Y cuando verla vinculada al suelo
natal imaginamos, convertida
llora la patria su esperanza en duelo

Gima otra vez la América oprimida
bajo el yugo real

De nuevo a la cadena aborrecida
se dobla el cuello

En redacción que parece posterior, dice Bello:

Sí; la bella apariencia nos engaña
de libertad, que asegurar pensamos,
y con fuga veloz se nos extraña.

Al yugo aborrecido sometamos
dormida la cerviz, y el fruto sea
de tanto sacrificio hornada de amos.

Abandonando mísera ralea
nacida a vergonzosa servidumbre,
llevamos de un tirano la librea

Huyamos, pues, a do las auras baña
de alma serenidad lumbre dichosa,
que, si ella engaña, dulcemente engaña;

Y este triste velar por la sabrosa
ilusión permutemos, que se sueña
en los floridos antros de tu diosa.

Dame la mano; y sobre la ardua peña
donde el sagrado alcázar se sublima,
podrán dejar mis pies alguna seña;

Mas ¡ay! en vano mi flaqueza anima
tu vuelo audaz, que, al fatigado aliento,
pone pavor la levantada cima.

Sigue con generoso atrevimiento
a do te aguarda, en medio el alto coro
de las alegres Musas, digno asiento.

De la razón extíngase la lumbre
y embravecido el pensamiento humano (a)
haga otra vez la sujeción costumbre.

Tales los bienes son con que tu mano,
vencedor de Junín y de Ayacucho,
brinda al pueblo feliz americano.

Y en otra redacción de este terceto escribe:

Tales los bienes son con que tu mano,
¡oh de libertadores jefe augusto!,
brinda al pueblo feliz americano.

136-138. Otra redacción:

Huyamos, pues, a donde el aire baña
de tu mundo feliz la luz hermosa
* *que, si ella engaña, dulcemente engaña;*

139. Otras redacciones:

Y a la realidad triste y medrosa

Y en este velar horrible la sabrosa
ilusión prefiramos

142. Otra redacción:

Que si me ayudas, en la altiva peña

146. Otra redacción:

tu paso audaz; que en mi mortal aliento

149-150. Otra redacción:

a do te espera en medio el alto coro
de las divinas musas digno asiento.

(a). Este endecasílabo tiene otra redacción:

y el pensamiento embravecido y ciego

Ya para recibirte su canoro
concento se suspende, y la armonía
de las acordes nueve liras de oro.

Y llegas, y te sientas, y Talía,
que al áureo cinto arregazó la falda,
la copa te presenta de ambrosía.

Y ciñe tu cabeza con guirnalda
de siempre verde lauro que matiza
purpúrea flor, y azul, y roja, y gualda.

Y luego que las cuerdas armoniza,
el coro celestial en nuevo canto
celebra tu llegada, y solemniza.

"Alma eterna del mundo, numen santo,
tutela del Perú (cantan ahora,
y su onda Castalia enfrena en tanto),

"Envía sin cesar luz bienhechora,
que cesó de tu tierra la rüina,
y libre ves al pueblo que te adora.

"La libertad, amable peregrina,
su templo allí plantó; y allí su llama
hermosa arde otra vez, pura y divina.

"Y en todos sus oráculos proclama
que al Magdalena y al Rimac turbioso
ya sobre el Tíber y el Garona ama".

151-153. Otra redacción:

Ya al mirarte llegar cesa el canoro
concento de las voces, que acompaña
el blando son de nueve liras de oro.

Miguel Luis Amunátegui (O. C. III, p. XXV) da como lectura del verso 152:

concepto se suspende, y la armonía

Por el sentido dice que debería leerse *concierto* por *concepto*, pero la lectura correcta es *concento*. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

153. Habitualmente se ha publicado sólo hasta este terceto, pero la parte final fué dada por Miguel Luis Amunátegui, en la *Introducción*, al tomo de *Poesías* (O. C. III, p. XXV-XXVI). En el texto, se imprimió inconcluso. El propio Amunátegui desconocía en 1882 la parte final, pues reproduce el poema, trunco, en la *Vida de Bello*, p. 272-277 y lamenta "la falta de lo que se ha perdido". (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

A encontrar vuela el himno melodioso,
la hueste de los vates inmortales,
el cielo, el agua, el viento, el bosque umbroso;

Y vestida de diáfanos cendales,
ocupa el aire en torno al Inca santo
bella visión de cándidos cristales
que con etérea voz repite el canto.

175. Otra redacción:

A encontrar vuela el canto melodioso

179. Miguel Luis Amunátegui lee este verso en la siguiente forma:

ocupa el aire en torno al foco santo

En la fotografía del manuscrito original se lee muy claramente:

ocupa el aire en torno al Inca santo

Aparte de que ésta es la lectura correcta, con ella se redondea el sentido poético de manera más cabal, pues el Olimpo americano aparece aquí presidido por el Inca, tal como establece Olmedo en el *Canto a Junín*. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

181. Intentos de redacción:

que con voz celestial repite

que con alegre voz repite el canto.

LOS JARDINES*

TRADUCCIÓN DE UN FRAGMENTO DE "LOS JARDINES" DE DELILLE

Ya de la primavera el blando aliento
a rejuvenecer el mundo torna,
trayendo alegre música a la selva,
flores al campo, y a Favonio aromas.
¿A qué nuevo cantar templo la lira?
¡Ah! cuando el largo luto se despoja
la tierra; cuando el valle y la montaña,
el prado humilde y la floresta hojosa,
todo de amor y de esperanza ríe,
mi voz también tu imperio reconozca,
¡genial abril! Cante otro las batallas,
y abra al valor los fastos de la gloria;
pinte el fulmíneo carro de Mavorte,
o ensangriente sus manos con la copa
del fratricida Atreo; los jardines
prefiero yo, las dádivas de Flora.
Yo diré cómo el arte gracias nuevas
da al césped, a la flor, la áspera roca,
el parlero cristal; y en la animada
tabla del suelo luces mezcla y sombras;
sabe sitio elegir, y perspectiva;
uno el designio y varia hace la forma;
llama al hábil cincel, llama a la noble
arquitectura; y con sus bellas obras,

* Se publicó por primera vez en *El Repertorio Americano*, IV, Londres, agosto de 1827, p. 1-10. De ahí las demás publicaciones.

Se completa el texto con la continuación inédita, sacada del original manuscrito, desde el verso 321. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

decora la mansión del hombre, y hace
a la naturaleza más hermosa.

Tú que con el vigor juntas la gracia,
cuando el verso didáctico sazonas,
¡Musa! si de Lucrecio en los acentos,
de las lecciones áridas la tosca
austeridad puliste; si su ilustre
rival, merced a ti, supo al idioma
del cielo hacer la esteva y el cayado
digna materia; ven, y un tema adorna
menos severo, y que a Virgilio mismo
pudo tentar; mas no la vana pompa
busquemos de prestados ornamentos;
ven, y teje a mi frente con mis propias
flores guirnalda; y cual temprano rayo
que el horizonte de celajes dora,
alguna parte alcanzará a mi estilo
de los colores que a mi asunto sobran.

Vió del arte inocente que celebro,
el antiguo universo la primera
infancia; y desde el tiempo que al colono
el duro suelo avasalló la reja,
fué a la recreación dada una parte
feliz de su dominio, estancia amena
de plantas escogidas, que halagaban
los ojos y el olfato a competencia.
En rústicos vergeles se complace
el simple lujo de Feacia; eleva
al aire Babilonia sus pensiles;
y cuando Roma al orbe dió cadenas,
en parques que cautivas adornaban
las maravillas de las artes griegas,
iban los orgullosos vencedores
a deponer el rayo de la guerra.
El saber habitaba los jardines
un día; y entre verdes alamedas,
pudo con sobrecejo menos grave

35-36. Alusión a los versos 116 y siguientes del libro IV de *Las Geórgicas*. (N. DE BELLO).

52. *Feacia*. Isla en que reinaba Alcinoo, cuyos jardines describe Homero en la *Odisea*, libro VII. (N. DE BELLO).

comunicarse a la pulida Atenas.
El venturoso Edén y el Eliseo,
que el cielo dió por cuna a la inocencia
y a la virtud por premio, ¿eran acaso
jaspeados palacios? Bosques eran,
lozanos bosques, y risueñas fuentes,
y alegres prados de mullida yerba,
do inaccesible el hombre a los cuidados
en paz vivía y bienandanza eterna.

Tú que a Natura pides que en el campo
simple se muestre, a par que amable y bella,
no a gran precio la insultes, que el ingenio
te manda prodigar, no la riqueza.
Elegante un jardín, más que ostentoso,
un ancho cuadro a nuestra vista ofrezca.
Sé pintor: la campiña y sus matices,
la luz del sol, las sombras de la selva,
el giro de los cielos que varía
de las horas y meses la librea,
de las colinas el ropaje verde,
la alfombra del abril en la pradera,
musgosas rocas, y árboles copados,
y fugitivas aguas, tal la tela,
tales son tus pinceles, tus colores.
Naturaleza es tuya, y a tu experta
mano, para que formas nuevas críes,
todas las formas da de la materia.

Mas antes de plantar, antes que toque
el corvo arado el seno de la tierra,
a la naturaleza observa, estudia,
por modelo la toma y por maestra.
¿No ves aparecer, vagando acaso
por apartado sitio, inculta escena
que te hace el paso suspender, y el alma
en blandas fantasías embelesa?
Copie el pincel, si puede, sus aspectos;
a hermosear el campo, el campo enseña.

También los sitios notarás, que el gusto
inteligente ornó, y en lo escogido
escogerás de nuevo. Ya la noble

pompa de Chantillí, que favorito
albergue fué a cien héroes, te convida;
Bel-Œil, que a lo campestre une lo rico;
Navarra, en que la sombra se complace
del grande Enrique; y Tívoli florido,
cuyas amables formas a la Francia
hicieron divisar de un nuevo estilo
el modelo primero, como suele
tímido recatando el botoncillo
su delicado seno todavía,
dar de la alegre primavera aviso.
Chanteloup, que te ufanas del destierro
de tu señor; Montreuil, cuyo recinto
las Gracias solazándose trazaron;
Auteuil, Rincy, Limours, ¡qué de atractivos
a la vista ofrecéis! ¡Cuán dulcemente
me pierdo en vuestros verdes laberintos!

De aguas rico y de prados y de selvas,
ostenta el alemán nuevos prodigios.
¿Quién a Rhinberg ignora, en que reposo
halla el valor, las artes domicilio;
Rhinberg, que se retrata en los cristales
de un lago inmenso? ¿A quién no es conocido
Potsdam, que, ya en la paz, y ya en la guerra,
dominó de la Europa los destinos,
mansión de la victoria; Bellavista,
por do las ondas corren sin rüido
del río que, a la juncia de sus trenzas,
supo enlazar el ramo de Gradivo;
Casel, de sus cascadas orgulloso,
de sus llanos Gosow? Jamás han visto
campiñas, montes, valles, aguas, bosques,
tan deleitosa variedad de sitios.

Los campos de los Césares te llaman,
donde te muestra bajo mil aspectos
la señora del mundo su rüina,
y entre despedazados monumentos,
engañada la vista, se figura,
en lugar de un jardín, ver un museo.
Piramidales árboles alternan
con mármoles, palacios, bronces, templos,

sepulcros, urnas, en que errar parece
de Roma antigua el imperial espectro.

De su Aranjuez ufana está la Iberia,
y del lujo real de San Lorenzo.
¿Y quién no ama tu fresca lozanía,
fastuoso Pardo? No el mezquino juego
ostentas tú de contrahechas fuentes
que solaz a la vista pasajero
muestran, y brevemente fatigadas
triste dejan la selva, y mudo el eco;
mas sin cesar las aguas resonando
vivifican tus parques altaneros,
y en bóvedas, en arcos, en columnas,
lanzándose animosas, dan al viento
frescura eterna, y de las patrias cumbres
igualan el nivel; sitio soberbio,
en que un Borbón la Francia reprodujo,
y emuló la grandeza de su abuelo.

El bátavo a su vez, hijo del arte,
en vistosos jardines mudó el cieno
de su anegada patria; mas produce
hastío allí a la vista el nimio esmero
en peregrinas flores; y esparcidos
boscajes dan insípido ornamento
a uniformes llanuras, en que el rudo
ceño de las montañas echo menos.
Empero tus canales, la abundancia
de tus orillas, los movibles lejos
en que el ganado anima la dehesa,
la barca el agua, y el molino el viento;
tus cabañas, Batavia, tus cortijos,
tales son tus jardines verdaderos.

Los líquenes, los musgos, la robusta
verdura de los pinos, vencedora
de los hielos polares, casi solos
el largo invierno al moscovita adornan.
¿Mas qué resiste al arte? Crudas nieves
el erizado polo en vano acopia;
el fuego vence al aire, y da Vulcano

en templos de cristal hospicio a Flora.
Fantásticas bellezas ama el chino,
contrastes pintorescos ambiciona;
de porcelana sus paredes cubre;
matices vivos, peregrinas formas
complácese en juntar; pero las gracias
de lo sencillo y natural ignora.

¿Diré de los jardines otomanos
el voluptuoso lujo, en que se gozan
las hijas del Oriente? Allí prodigan
las rosas el amor y los aromas;
en mármoles y jaspes bulle el agua,
y toldos de jazmines le hacen sombra;
el céfiro suspira entre azahares,
y pabellones de cendal tremola.

Mas ya, Inglaterra, a tus orillas vuelo,
a quien Bacon, a quien los dulces cantos
de Milton y de Pope el no sabido
arte de los jardines enseñaron.
Cayeron a su voz los terraplenes
de viejos parques; del nivel esclavos,
no fueron ya más tiempo los jardines;
que, como al pueblo, hiciste libre al campo;
y con la libertad, un nuevo estilo
apareció en tus bosques y en tus prados.
¡Qué leda muchedumbre de vergeles,
de hermosas vistas, de hechiceros cuadros,
en su camino tortüoso mira
aquel altivo río, que, en mil naos
acarreando sin cesar a Londres
el tributo del mundo, al oceano
leyes parece dar, rey del comercio,
y por urna tener la de los hados!

Park-Place, ¿a quién no agradan tus boscajes,
más que el vano esplendor de los palacios?
¡Y los tuyos, Leasow, dulce morada
de Shenston, que aun respiras los encantos
de amor y de las Musas! Lo elegante
de tus rurales gracias, Hayley, ¡cuánto

enamora la vista! Bowton, Foxley,
que sois, a vuestros dueños imitando,
amigos y diversos, el buen gusto
de sí mismo hizo alarde al dibujaros.
Ni a ti tampoco olvidarán mis versos,
Chiswick, que unidos gozas los milagros
de la naturaleza y de las artes;
en quien no sé si más deleita el blando
verdor de la floresta, o si la noble
arquitectura que trazó Paladio,
o los vivientes lienzos, que a tu sala
dió el flamenco pincel y el italiano.

Los sitios dije que imitarse pueden:
también peligros hay que cauto evites;
no de servil imitación llevado,
al suelo quieras dar lo que resiste;
obsérvale antes bien; consulta al genio
que mora en él, y adoración le rinde.
No impunemente violará sus leyes
el que sin gusto mezcle, alce, derribe;
que, por desatender osado artista
lo que el local rehusa y lo que pide,
fantástico parece en las del Sena
lo que es bello en las márgenes del Tibre.
Descubre perspicaz y diestro adopta
lo que el terreno de su grado admite.
El arte entonces, mientras copia, inventa:
es la naturaleza, y la corrige.
Así Berghem, así creó el Pusino:
sus diseños estudia y sus matices;
y lo que debe al campo la pintura,
vuélvalo agradecida a los jardines.

Contempla, pues, el vario aspecto y varia
índole de la tierra, ya sublime,
ya entre rudos contrastes caprichosa,
ya con modestas gracias bella y simple.
Hubo un tiempo funesto, en que tirano
violentó el arte al suelo, y el declive
que en blandas lomas recreó la vista,
cambiar osó por esplanadas tristes.
Hoy no menos despótico presume

montes crear y valles do no existen.
Ambos extremos huye. En ancho llano
hacer reír la montañuela humilde
que a pintoresca aspira, y de alta sierra
combatir la aspereza, ¿de qué sirve?

¿Quieres lugar propicio a tus trabajos?
No anivelado campo solicites,
no fragosa montaña, mas la leve
desigualdad que sin orgullo ríe,
do sin rudeza se levanta el suelo,
sin uniformidad es apacible.
¿Andas? El horizonte ande contigo;
ora se alce la tierra, ora se humille;
aquí se estreche, y más allá se extienda;
y a cada paso, un nuevo aspecto admires.

Oscuro agrimensor, en el retiro
del gabinete, helados trozos forme,
y jardines geométricos describa.
Tú al sitio mismo ve. Valles y montes,
sombras y lejos al papel traslada;
obstáculos prevé, medios escoge;
de la dificultad nace el milagro,
y da belleza el arte a lo disforme.
¿Cuál tan áspero suelo y tan esquivo
su divino poder no reconoce?
¿Desnudo está? Frondosos bosques cubran
su desnudez. ¿Tupido acaso? Dome
la inútil pompa de la tierra el hacha.
¿Húmedo? En vasto lago se transformen,
o en limpio estanque las impuras ondas,
o el campo bulliciosas alborocen.
¿Árido en fin? Explora, tienta, excava,
no desesperes: ya el cristal que esconden
secretas venas, va a brotar. Al modo
que, cuando a largo afán mi ingenio pobre
se rinde exhausto, y la difícil rima
fatiga en balde ingratos pormenores,
brilla un feliz concepto de improviso,
y numeroso el verso y fácil corre.

Nuevos cuidados restan, arte nuevo,
empeño superior. Poco es que logres
embelesar los ojos: habla al alma.
¿Los misteriosos vínculos conoces
entre lo inanimado y lo sensible?
¿Percibes de las aguas, de las flores,
de los boscajes la elocuencia oculta?
¿La muda voz de los desiertos oyes?
Repite sus acentos. En tus obras
lo bello hechice, y lo sublime asombre;
pasa de lo risueño a lo severo;
muéstrate fuerte y dulce, simple y noble,
triste y alegre; y varïado el tono,
al varïar del gusto se acomode.
Haz que vaya el pintor a su paleta
bajo tus mirtos a buscar colores;
allí, de sacra inspiración turbado
cante el poeta, el sabio filosofe;
y en sus dulces memorias el dichoso,
y en su llorar el infeliz se goce.
Ni presumiéndolo prender, desbarra
que es raro el juicio, aunque es común la audacia.
Ni en mezcla absurda un monstrüoso caos
de incompatibles elementos hagas.

El que en pequeño espacio lagos, ríos,
bosques apiña, y valles y montañas
de la naturaleza la osadía
torpemente remeda, no repara
que nunca fué lo inverosímil, bello,
ni cabe inmenso cuadro en breve tabla.

¡Feliz la perspectiva que se muestra
sin confusión, entretenida y varia;
do ya cerca, ya lejos los objetos
llamando la atención, no la embarazan;

320. En este verso termina el texto dado a la imprenta por Bello, y reproducido en todas las ediciones posteriores. Damos, a partir de aquí, la continuación inédita de la traducción de Bello, leída directamente del manuscrito, de difícil lectura. Señalamos, en nota, las variantes de redacción y los intentos de versos. (Comisión Editora. Caracas).

326. En la primera redacción aparece, sin tachar, la palabra *somete*, en lugar de *apiña*.

éste a la vista se presenta ufano,
y aquel allí modesto se recata!
Hechizados los ojos, de uno en otro
con deliciosa incertidumbre vagan;
excede a los anuncios el efecto,
y aun lo que no se espera, no se extraña.

¡Movimiento, ante todo! Distraída
se desliza la vista sin la magia
de móviles objetos, y se niega
la fantasía a desplegar las alas.
Testigo tú, pintura peregrina,
testigo tú otra vez. ¡Oh! ¡cuál derramas
sobre la torpe inanimada tela
calor y vida y movimiento: el agua
que se desliza por el valle alegre
con sesgo giro, el aquilón que asalta
el bosque, y su frondosa frente surca;
el humo que ligero se levanta
en blanca espira sobre humildes techos;
y las hirvientes ondas que las playas
azotan; y pastores, y rebaños
y regocijo y músicas y danzas!
Roba, pues, al pincel sus ilusiones;

335-336. Primera redacción:

uno a la vista se presenta ufano,
y el otro allí modesto se recata!

El primero de estos versos es de lectura insegura.

341-344. Primeras redacciones, cuya lectura es difícil por las tachaduras:

Mas, ante todo, movimiento. En vano
prodigue la belleza, si le falta
el movimiento y en tus campos reina
triste silencio; sin la dulce magia

tu movimiento, se (ileg.).

reina el silencio sin la dulce magia

A partir del verso tercero se incluyó la siguiente redacción, que aparece en el original sin tachar:

animación, en tus helados campos

346. Primera redacción, inconclusa:

aun sobre el rudo inani[*mado*]

349. Primera redacción:

que se desliza por el verde prado

351-353. Primera redacción:

el bosque umbrío y las hojosas copas
doblega; el humo leve que levanta
su blanca espira sobre humildes techos;

sacuda acá y allá flexibles ramas
la móvil arboleda y con süave
susurro verdes copas doble el aura
no dejes, no, que despiadada tale
la curva hoz sus inocentes galas.
¿No ves con qué primor naturaleza
esos olmos dibuja y esas hayas,
y del tronco a los ramos, de los ramos
a las trémulas hojas delicadas
van el porte graduando y la blandura,
las ondeantes formas y la gracia?
¿Y sufrirás que la crüel tijera. . . ?
Corred, salvajes ninfas, y tamaña
injuria defended; mas ¡ay! la verde
cima el acero inexorable ultraja.

358-368. Diversos intentos de redacción:

* *sacuda acá y allá flexibles ramas*
el céfiro apacible, y en la copa

Meza acá y allá floridas ramas
el céfiro apacible, y en la cima

Meza acá y allá floridas ramas
Favonio, y susurrando en la alta cima

Y plácida susurra en la alta cima
de agigantados árboles el aura:

de entretejidos árboles el aura

* *sacuda acá y allá flexibles ramas*
la vistosa arboleda y con süave

la agitada arboleda y con süave

Respeta su verdura, y no consientas
a la desapiadada hoz talarla

Respeta su ondeante lozanía

No a la naturaleza ultraje el hierro.
Mira con qué primor naturaleza
esos robles dibuja y esas hayas,
* *y del tronco a los ramos, de los ramos*
a las temblantes hojas delicadas
por grados va aumentando la blandura

370-380. A continuación se dan varios intentos de redacción de estos versos, algunos de los cuales están repetidos y muchos inconclusos. No es posible precisar el orden de las diferentes redacciones:

Ninfas, (ileg.) *venid; y da y*

Corred, ninfas del bosque: no tamaña
injuria defended; mas ¡ay! que el hierro

Cayó la pompa hermosa y cubre el suelo.
¡Qué triste soledad! Ni raudo brama
entre la densa ramazón el Austro,
ni brilla inquieta el aura regalada
o plácida suspira en el follaje
y poco a poco adormecida calla.

injuria defended; mas ¡ay! la hermosa
pompa el acero sin piedad

pompa el acero inexorable ultraja

No oigo ya murmurar el raudo viento

ya sobre los murmullos de tu frente

No oigo ya de tu frente el raudo viento

en su lozana frente ni con blanda

Sobre su frente el aquilón no o[igo]

Sobre su frente el aquilón no se oye

en su frente el aquilón cual solía

el aquilón cual solía, no brama,

¿es ido, que en su frente murmuraba?

Ya no oigo al

¡Qué triste soledad! los vientos callan:

Cayó la cima hermosa y cubre el suelo

¡Qué triste soledad! el viento calla

No en la lozana

y no, cual antes, brama airado, y bulle

frente murmura el aquilón y bulle

(ileg.) *oigo ya que el Abrego murmura* (*a*)
anunciador de tempestades brama,

o entre las hojas Céfiro suspira
y poco a poco se adormece y calla

Frío, (ileg.) *arboleda, al hierro*

queja espirar el céfiro en las hojas (*b*)

enmudeció, que ha poco murmuraba (*c*)

en su lozana frente; ni en sus ramos

(*a*) En este verso tacha *murmura* y lo sustituye por *tonante*.
(*b*) En lugar de *espirar*, escribe *bullir*.
(*c*) En el margen aparece: *calló*.

Del hierro que la troncha, la arboleda
muestra al espectador la yerta calma.

Déjala pues en blando bamboneo.
Todo se mueva: al arroyuelo manda
que esquivo huya, y salte, y se despeñe;
mandarás que la flor de hierba pastan
rebaños numerosos, y triscando
pueblará esa colina solitaria.
Pendiente allá de la distante roca
recortando el zarzal, miro la cabra.
Acá de los balantes corderillos
lleva el eco la voz por las cañadas,
o echado rumia el tardo buey; o ardiente,
impetüoso, de la bella estampa

siento bullir el Céfiro, que en blando

el céfiro lascivo

frente oigo ya que el Abrego tonante (*d*)

maleza oigo que

murmura, ni que el aura regalada
traviesa bulle o plácida suspira (*e*)
y poco a poco adormecida calla

en la lozana ramazón el humo (*f*)
ni bulle inquieta el aura regalada
o plácida suspira entre las hojas

Junta disputa la arboleda, al hierro
que la mutila incita

384. Primera redacción:
mandarás que afeiten la flor de grama

391-409. Primeros intentos de redacción, que damos en dos fragmentos, con sus notas respectivas:

y sobre sus rodillas descansando
rumia el testudo buey mientras

o echado rumia el tardo buey; en tanto
que el caballo gentil sobre la grama (*g*)
de los jugosos pastos lozanea (*h*)
y erguido el cuello, la nariz hinchada
los ojos centelleantes, de los bríos
nativos fiero y de la bella estampa

(*d*) Segunda redacción:
verdura se oye el Abrego tonante
(*e*) En segunda redacción tachó *suspira* y escribió *se queja*.
(*f*) En lugar de *lozana*, hay tres correcciones: *densa*, *espesa*, y la otra es ilegible.
(*g*) En primera redacción decía: *fogoso caballo*.
(*h*) En primera redacción decía: *valles* en lugar de *pastos*.

BIBLIOTECA NACIONAL

soberbio y de los bríos heredados,
suelto alazán por la jugosa grama
de los nativos pastos lozanea.
¡Cómo su libre porte y noble traza
me agrada ver, ora se lance al frío
raudal y estremeciéndose en la clara
corriente se hunda, y con el pecho hermoso
corte las ondas, que las riza blanca
espuma en torno; o cuando corre alegre
por la llanura espaciosa y marca

y rápido la tierra con liviana
huella pulsando va, de los nativos
bríos ufano y de la bella estampa.
¡Cuánto me agrada ver su altivo porte
ya la corriente busque acostumbrada
y rompa estremeciéndose las ondas.

Otra redacción de este fragmento:

que bravo, inquieto, de la bella estampa (*a*)
soberbio y de los bríos heredados
libre alazán por la nativa grama
de los jugosos pastos lozanea.
¡Cuánto su noble porte y libre traza (*b*)
me agrada ver, ora cuando al crecido (*c*)
río se arroja

* *¡Cómo su libre porte y noble traza*
me agrada ver, o impávido en las frías
ondas estremeciéndose zambulle

* *raudal y estremeciéndose en la clara*
corriente se lanza, y con el pecho altivo
corta las ondas, que de espuma blanca

espuma en torno; o cuando corre, y marca

lucha con el raudal que de la planta
ligera herido espumajoso hierve

ora cuando lozano corre y salta

ora lozaneando corre y salta

pulsa con casco resonante, o cuando

(*a*) En segunda redacción tacha *bravo* y escribe *ardiente*.
(*b*) Segunda redacción:
¡Cuánto su altivo porte y libre traza
Tercera redacción:
¡Cuánto su porte altivo y libre traza
Cuarta redacción:
¡Cómo su libre continente y fiera
(*c*) Segunda redacción:
me agrada ver, ora en las ondas frías
A partir de este verso pueden leerse, sueltas, estas palabras:
arrostre; corriente fría

con el casco sonoro el suelo, o cuando
alta la frente, la nariz hinchada,
centelleantes los ojos y la luenga
crin flotando sin orden, humo exhala,
bufa animoso, y vuela, atavïado
de orgullo y de deseo a sus amadas!
¡Ya no le veo, y van tras él los ojos!
Así el prado, el vergel, la selva opaca,
el otero, la grey, la fuerza pura,
dan al paisaje movimiento y alma.

¿Quieres que aún más la vista se enamore?
La libertad y el movimento a una
la halaguen; y esos límites odiosos
que un paraíso en triste cárcel mudan
y ceñudos me dicen, *retrocede*
no hay más que ver, o borra o disimula,
que do fallece la esperanza, luego
la indiferencia su lugar ocupa.
Allende esa barrera, que envidiosa
me cierra el paso, el alma se figura
que objetos más amables la convidan;
y lo que me encantó, ya me importuna.

Nuestros abuelos, del helado norte
fiera progenie, belicosa y ruda,
sus rústicos hogares transformaron

o con casco sonante hiere el suelo:
erguido el cuello, la nariz hinchada
* *centelleantes los ojos y la luenga*
* *crin flotando sin orden, humo exhala,*
* *bufa animoso, y vuela, atavïado*
de amor y de altivez a sus amadas!
¡Ya no le miro, y van tras él los ojos!

410-412. Primera redacción:
Así terreno, aspecto, selva opaca, (*a*)
felices (ileg.) *sonorosas ondas*
vegas floridas, greyes, aguas puras
dan a la tierra movimiento y alma. (*b*)

419. Primera redacción:
que como fallezca la esperanza, luego

(*a*) Comenzó a redactar este fragmento así:
Así dan a la tierra.

(*b*) Segunda redacción:
dan a las obras movimiento y alma.

Tercera redacción:
dan alegría y movimiento y alma.

en almenados campos, donde oculta,
entre el común pavor, cada familia
presa vivió, para vivir segura.
Mas la enojosa valla, que enemigos
no teme ya, y al ciudadano asusta,
¿qué sirve ahora? En vez de ingratos muros,
baluartes quiero de jazmín y murta,
o el erizado seto se alce en torno,
do, no sin miedo de las corvas puntas,
ya el travieso rapaz la negra mora
vaya a coger, y ya la rosa inculta.

Mas aun así la libertad se ofende;
todo lo que la enoja, me repugna;
tristes cercas, ¡adiós! el vuelo alcemos
a más gallardo estilo, y de más puras,
más hechiceras formas; lo que un día
el jardín debió al campo, restituya
hoy al campo el jardín, y en alianza
nueva se den la mano arte y natura.

Desde aquel monte, que de mil objetos
domina alrededor mezcla confusa,
mostrándole la vasta perspectiva,

428-429. Primera redacción:
en cerrados castillos, donde oculta
entre el común temor, cada familia

434-438. Primera redacción:
donde baluarte de jazmín y murta,
y defendido seto en torno se alcen (*a*)
do, receloso de las corvas puntas,
ya el travieso rapaz a coger vaya
la negra mora, y ya la rosa inculta.

439-440. Otra redacción:
Mas aun así la libertad se enoja;
todo lo que la ofende, me repugna;

444-446. Varios intentos de redacción:
llamó el jardín al campo, restituya
pidió el jardín al campo, restituya
debió el jardín al campo, restituya
hoy el campo al jardín, sus atractivos,
y formen nueva liga arte y natura. (*b*)

448. Primera redacción:
contempla alrededor mezcla confusa,

(*a*) Segunda redacción:
o el espinoso seto se alce en torno

(*b*) Segunda redacción:
y formen nueva alianza arte y natura.

Naturaleza al Genio dice: escucha;
¿ves la magnificencia que la tierra
a tus ojos presenta? Toda es tuya.
La descuidada pompa de mis obras
te pide que la alivies y la pulas...
Dice; con prestas alas parte el Genio...
atalaya, escudriña, y de la bruta
materia en que durmieran escondidas
saca la gracia a luz y la hermosura.
Ora toma el cincel, ora la brocha;
cuál objeto rebaja, y cuál abulta;
los tintes ora aviva y ora apaga;
contrasta y armoniza; orna y desnuda.
No compone de nuevo, mas retoca;
lo que antes fué bosquejo, es ya pintura.
Él viste al erïal, y al arroyuelo
extravïado señaló la ruta.
Alégrase la selva y su sombrío
ceño la parda roca desarruga.

450. Primera redacción:
Dice Naturaleza al Genio: escucha;
Segunda:
Naturaleza dice al Genio: escucha;
Tercera:
Naturaleza al Genio dijo un día;
451. Antes de este verso hay los siguientes intentos de redacción:
Contempla esa
mira esos prados, bosques, rocas, fuentes:
451-452. Primera redacción:
¿Ves la magnificencia de que el suelo
hace alarde a tus ojos? Toda es tuya.
457. Primera redacción:
masa en que informes duermen y escondidas
459. Primera redacción:
Ya maneja el cincel, y ya la brocha;
464. Siguen dos versos tachados:
Ya de la roca la tiznada cima
menos severa, el ceño desarruga.
467-468. Primera redacción:
aquí aprovecha el lago, allí la fuente.
Pierde su triste horror la selva oscura;
y de la roca la tiznada cima,
menos oscura, el ceño desarruga.
Segunda redacción:
alégrase la selva y el severo
alégrase la selva y su tiznada
frente la áspera roca desarruga
En el último verso tacha la palabra *áspera* y la sustituye por *triste.*

Manda; y por todas partes van senderos

469-472. Primera redacción:

Manda; y senderos por todas partes van
los que los miembros esparcidos juntan,
que de su nueva unión se maravillan
los complacidos miembros, y componen
de un nuevo Todo la soberbia suma.

El penúltimo verso tiene la siguiente enmienda:

los complacidos miembros, que ya forman

447-472. Estos versos son el resultado de una prolija elaboración poética. Toda esta parte está dividida en dos fragmentos, cada uno con copiosas enmiendas, que representan la primera y la segunda redacción.

A continuación se transcriben ambas redacciones por separado.

Primer fragmento:

Mira aquella colina, a cuya falda (*a*)
bosques, llanuras, prados, rocas, grutas,
en poco grata confusión parecen.
Naturaleza dice al Arte: escucha;
¿ves de tantos paisajes la riqueza, (*b*)
que a tu vista se ofrece? Toda es tuya.
De mis trabajos la silvestre pompa
el tosco lujo implora aquí tu ayuda.
Dice; y el Arte las ligeras alas (*c*)
descoge, y vuela, y sin parar la bruta
masa explorando en que mil formas duermen, (*d*)
del monte al valle, y de la selva oscura
a la pradera alegre, el vario cuadro (*e*)
asienta los colores; parte, junta,
aquí la luz derrama, allá la sombra.
Un objeto disfraza, otro desnuda.

al descubierto llano, saca nuevos (*f*)
tesoros de beldad, separa, junta, (*g*)
aviva aquí y allá amortigua el brillo

(*a*) Segunda redacción de este verso y de los tres siguientes:

Mira aquella colina a cuya falda
bosques, dehesas, fuentes, rocas, grutas,
en poco grata confusión parecen.

Tercera redacción:

Desde aquel alto monte a cuya falda
se miran apiñados en confusa
discordia objetos mil. Naturaleza
dice al talento creador: escucha:

(*b*) Segunda redacción de este verso y del siguiente:

¿Ves de paisajes varios la riqueza
que a tu vista se ofrece? Toda es tuya.

Tercera redacción:

De esas colinas, bosques, prados, rocas
¿ves la magnificencia? Toda es tuya.

(*c*) En segunda redacción tacha *Arte* y escribe *Genio*, en su lugar.

(*d*) Modificó estos dos versos:

descoge, y vuela, y de la selva oscura
al verde llano, y de la cumbre al valle

(*e*) Segunda redacción de este verso y del siguiente:

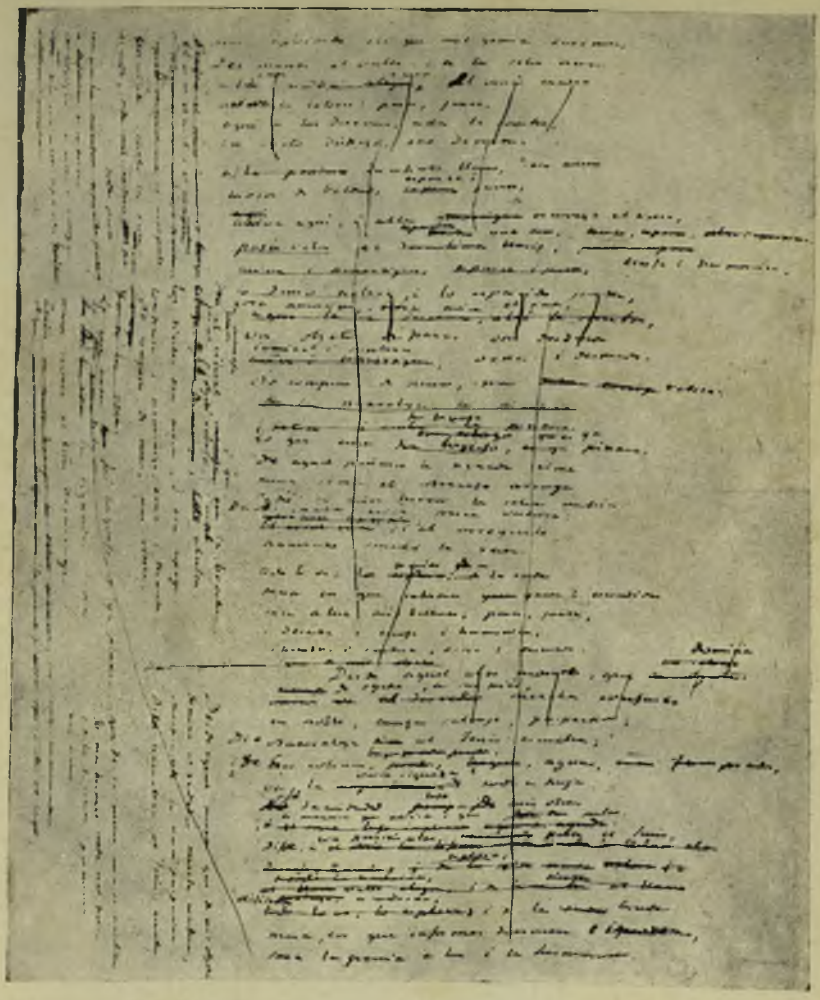
al verde prado corre el vario cuadro
aviva los colores; parte, junta,

(*f*) Comenzó a redactar este verso así:

a la pradera

(*g*) Segunda redacción de este verso y del siguiente:

tesoros de beldad, esparce y junta,
activa aquí y allá oscurece el brillo



Facsímil de una página manuscrita de la parte inédita de *Los jardines* de Delille, poema traducido por Bello.

los que se reconocen y se buscan
los complacidos miembros, y aparece

parte veloz al descubierto llano, (h)
aviva y amortigua, esparce y junta,

lo denso aclara, y lo esparcido junta,
aquí la luz derrama, allí la sombra. (i)
Un objeto disfraza, otro desnuda

aviva y amortigua, orna y desnuda.
* *No compone de nuevo, mas retoca; (j)*
de la naturaleza la pintura

y retoca y acaba la pintura. (k)

* *Lo que antes fué bosquejo, es ya pintura.*
De aquel peñasco la tiznada cima
menos ahora el sobrecejo arruga.
Perdió su triste horror la selva umbría.
El erial viste; y al arroyüelo (l)
* *extraviado señaló la ruta.*
Todo lo ve; lo explora; de la ruda (ll)
masa en que informes yacen y escondidas
saca a luz mil bellezas; parte, junta,
y desecha y escoge y armoniza,
ilumina y sombrea, orna y desnuda.

Segundo fragmento:

Desde aquel alto monte, que de objetos (a)
varios ve alrededor mezcla confusa,
en noble, aunque salvaje, perspectiva;

(*h*) Segunda redacción de este verso y del siguiente:
parte veloz al esparcido llano,
escoge, esparce. aleja y aproxima

Tercera redacción:
parte veloz al llano, junta, esparce
aviva y amortigua, y harmoniza

Cuarta redacción:
parte veloz al ancho verde llano
escoge, esparce, aleja y aproxima

(*i*) Segunda redacción de este verso y de los dos siguientes, refundidos:
ora amortigua, y ora aviva el tinte,
ilumina y sombrea, orna y desnuda.

(*j*) En este verso tacha *retoca* y lo sustituye por *corrige*, palabra ésta que tacha para volver a escribir *retoca*.

(*k*) Segunda redacción de este verso y del siguiente:
y retoca y bosqueja la pintura.

Lo que antes era esbozo, ya es pintura

(*l*) Segunda redacción:
Da al inculto erial fresca verdura

Tercera redacción:
el inculto erial fresca verdura
brota bajo sus pies; y al arroyuelo

(*ll*) Segunda redacción:
todo lo ve; las gracias que en la ruda

(*a*) Segunda redacción de este verso y del siguiente:
Desde aquel alto monte que en salvaje
escena ve alrededor, mezcla confusa.

Tercera redacción:
Desde aquel alto monte, que domina
de objetos, a sus pies, mezcla confusa,

de un bello Todo la soberbia suma.

Naturaleza dice al Genio: escucha; (b)
de esas colinas, prados, bosques, aguas, (c)
¿ves la magnificencia? Toda es tuya;
la descuidada pompa y de mis obras (d)
el tosco lujo implora aquí tu ayuda.
Dijo; y el Genio las ligeras alas (e)
descoge; y vuela; y de la selva oscura
al valle alegre, y de la cumbre al llano
todo lo ve, lo explora, y de la ruda
masa, en que informes duermen escondidas,
* *saca la gracia a luz y la hermosura.*
Ora el cincel maneja, ora la brocha; (f)
cuál objeto disminuye; cuál abulta;
* *los tintes ora aviva, y ora apaga;*
* *contrasta y armoniza; orna y desnuda.*
* *No compone de nuevo, mas retoca; (g)*
* *lo que antes fué bosquejo, es ya pintura.*
Ya de la roca la tiznada cima
menos severa el ceño desarruga.
Perdió su triste horror la selva. (h)
Aquí aprovecha el bosque, allá la fuente.

Perdió su triste horror el bosque umbrío
él vistió al erial y al arroyuelo
extraviado señaló la ruta.
Manda, y senderos mil por todas partes
con que los miembros esparcidos junta;
se alargan, (ileg.).

(*b*) Segunda redacción:
Dice Naturaleza al Genio: escucha;

(*c*) Segunda redacción de este verso y del siguiente:
de esas colinas, bosques, prados, aguas,
ves la magnificencia? Toda es tuya.

Tercera redacción:
¿De esas colinas, prados, bosques, flores,
ves la varia riqueza? Toda es tuya.

(*d*) Segunda redacción de este verso y del siguiente:
La descuidada pompa de mis obras
y el tosco lujo imploran hoy tu ayuda.

Tercera redacción:
El descuidado lujo de mis obras
es menester que alivies y que pulas

(*e*) Segunda redacción:
Dice; y con prestas alas parte el Genio

Tercera redacción:
Dice; aprontando las veloces alas

(*f*) Segunda redacción de este verso y del siguiente:
* *Ora toma el cincel, ora la brocha;*
aquello disminuye; esto abulta

Tercera redacción:
ya maneja el cincel, y ya la brocha;
* *cuál objeto rebaja, y cuál abulta;*

(*g*) A partir de este verso aparecen tachados los siguientes intentos de redacción, inconclusos:
de aquí

ya de la roca

(*h*) Segunda redacción de este verso y del siguiente:
Perdió a tu voz la selva enmarañada.
Aquí la fuente, y allá aprovecha el lago,

El resto de este fragmento presenta enmiendas totalmente ilegibles.

¿Pero tan vastas obras te acobardan?
Vuelve la vista a nuestros viejos parques,
mira su vano lujo, su costosa
frivolidad, las verjas, los canales;
mentida en espaldares la escultura;
y mal-hallada el agua en los estanques.
A menos costo, que el prolijo esmero,
de ese estragado gusto un breve instante
los ojos entretiene en grande escala
se puede presentar bello paisaje.
Tal es el noble estilo, ante quien debes,
falsa magnificencia, anonadarte.
Huye, y la Francia, transformada sea
de un vasto Edén la encantadora imagen.

Deciros quiero el arte que a la vista
sabe avisar, o sorprenderla sabe,
y bajo dos estilos aparece
en el imperio del jardín rivales.
Muéstrase el uno, en ordenada planta

473. Primera redacción:
¿Pero tan grandes obras te acobardan?

481. Este verso lo comenzó a redactar así:
produce de placer

pudo darme placer

482. Primera redacción:
se puede producir bello paisaje.

485-486. Otros intentos de redacción:
Huye, y la Francia entera hermoseada
de un inmenso jardín muestre la imagen.

Huye, y la Francia toda hermoseada
del primitivo Edén muestre la imagen.

Huye, y la Francia entera se hermosea

Huye, y sin ti la Francia toda sea
de un vasto Edén la encantadora [imagen]

Huye, y toda de un vasto paraíso
la Francia mostrará la bella [imagen]

487-494. Primeras redacciones:
Decir quisiera el arte, que a la vista
sabe advertir, y sorprenderla sabe.

y forma regular, soberbio y grande.
Arreos da a la tierra que ella ignora,
al bosque leyes, y a las ondas cárcel,
y altivo rey, de siervos rodeado,
junta a lo majestuoso lo elegante.
Risueño el otro, al par que suelto y libre
cuanto ambiciona menos, más atrae.
No a la naturaleza peregrinos
afeites da, mas con sencillo traje
gusta vestirla; a sus caprichos bellos
la deja enamorado abandonarse;
y realza el desorden la hermosura,
y entre el descuido se rebosa el arte.

Grandioso el uno y halagüeño el otro
de sus derechos cada cual se ufana.
Entre Kent y Le-notre no decido.

Mas, tiempo ha que ambiciosos el imperio (*a*)
que ambiciosos disputan dos rivales;
dos géneros opuestos.
Uno se muestra en ordenada traza (*b*)
y forma regular, pomposo y grande.
* *Arreos da a la tierra que ella ignora* (*c*)
y peregrino fasto

487. Primeras redacciones:
El arte enseñaré que en dos estilos

Del arte enseñaré los dos estilos

491-492. Primera redacción:
Uno apetece el orden y se muestra
en planta regular, soberbia y grande.

497. Primeras redacciones:
Risueño el otro, y blando y apacible

Risueño el otro irregular y libre

501. Primeras redacciones:
la viste sólo; a sus caprichos bellos

sus gracias orna; a sus caprichos bellos

(*a*) Corrección a esta primera redacción:
Mas el imperio del jardín ya ha tiempo
(*b*) Otra redacción:
Uno aparece en ordenada traza
(*c*) Otras redacciones:
Arreos da a la tierra y lujo extraño

Arreos da a la tierra: extraña pompa

Si aquél un dulce asilo al sabio, amante
de la feliz moderación, prepara;
decora estotro alcázares reales.
Nacen los reyes de la pompa esclavos;
el brillo del poder los acompaña,
derrame en torno el arte su prestigio,
y haga de la opulencia el lujo alarde.
Si al arte se concede que violente
a la naturaleza y la avasalle,
triunfe con gloria; usurpador, obtenga
a fuerza de grandeza el homenaje.
¡Lejos, pues, campesinas fruslerías,
que sois insulsamente regulares!

508-510. Primeras redacciones:

Aquél bajo la sombra de un boscaje
a la feliz moderación hospeda,

hospeda alcázares reales.

Si aquél bajo la sombra de un boscaje
asilo da al amor y a la inocencia;
y éste decora alcázares reales.

Si bajo um[brí]os álamos y sauces
asilo el uno a la inocencia ofrece

asilo el uno a la virtud ofrece

que si prepara el uno al sabio, amante

que si el uno prepara al sabio, amante

Aquél dibuja para el sabio amante
de la moderación, sus bellas obras,

El uno sus vergeles y boscajes (a)
dibuja para

511. Sigue, tachado, el siguiente verso inconcluso:

Quiero que al trono el esp

515. Primera redacción:

Pero si al arte es dado que violente

519. En este verso aparece tachada e inconclusa la palabra *bagatelas*, que iba a ser usada en lugar de *fruslerías*.

(a) A este verso, Bello antepone un *Si* y tacha el siguiente verso inconcluso, para dejar esta redacción:

Si el uno sus vergeles y boscajes
a la feliz moderación ofrece;
decora el otro alcázares reales.

insípidos jardines, cuyo dueño,
que en su mezquino gusto se complace,
me alaba sus peinados arbolillos,
y de sus cuadros el bordado esmalte,
sus esquilados saloncillos verdes,
su eterna simetría, en que dos partes
cada calle otra calle y cada objeto
mirando está su igual y semejante;
sus sendas a cordel, su hilito de agua
que si murmura en la estrechez del cauce,
sus [ur]nas y pirámides y globos,
martirio a mutilados vegetales,
y sus encaramados pastorcillos
hechos a torno en bojes y arrayanes.
Más que ese lujo frívolo me agrada
de un sitio inculto la esquivez salvaje.

521-523. Primera redacción:

lejos de mí, jardines cuyo dueño
que en su mezquino lujo se complace,
me alaba esos peinados arbolillos,

526. Lectura insegura.

535. Primera redacción:

Más que ese lujo mísero me agrada

536. En este verso se trunca el manuscrito de Bello. Aparece el comienzo del siguiente:

Quieres ver de la pompa

CANCIÓN

A LA DISOLUCIÓN DE COLOMBIA *

Deja, discordia bárbara, el terreno
que el pueblo de Colón a servidumbre
redimió vencedor; y allá vomita,
aborrecida furia, tu veneno,
y esa tu tea, a cuya triste lumbre
el tierno pecho maternal palpita,
allá tan sólo agita,
donde jamás fué oído
de libertad el nombre,
y donde el cuello dobla, encallecido
bajo indigna cadena, el hombre al hombre.

¿El que la ley ató sagrado nudo
que se dignaron bendecir los cielos
en tanta heroica lid desde los llanos
que baña el Orinoco hasta el desnudo
remoto Potosí, romperán celos
indignos de patriotas y de hermanos?
¿De labios colombianos
saldrá la voz impía:
Colombia fué? ¿Y el santo
título abjuraremos que alegría
al nuevo mundo dió y a Iberia espanto?

* Se publicó en *Juicio Crítico, 1861*, por los hermanos M. L. y G. V. Amunátegui. Había permanecido inédita durante muchos años entre los papeles de Bello. Es fechada generalmente en 1828. Añadimos en nota algunas variantes de redacción, leídas en fotografía del original manuscrito. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

13. Primera redacción:

que se dignaron los cielos bendecir

¡Ah! no será, ni en corazones cabe
que enamoró la gloria, tanta mengua;
o si pudo el valor desatentado
culpa, un momento, consentir tan grave;
honor lo contradijo, y de la lengua
volvió la voz al pecho horrorizado;
que no en vano regado
con la sangre habrá sido
de víctimas sin cuento
el altar, do en mil votos repetido
se oyó de unión eterna el juramento.

¿Qué acento pudo a la postrada España
más alegre sonar? Miradla el luto
mudar gozosa en púrpura fulgente.
Ya en su delirio, la visión apaña
del cetro antiguo, y el servil tributo
demanda con usura al Occidente.
Brilla en la cana frente
el orgullo altanero,
cual súbito revive,
cuando iba el rayo a despedir postrero,
la tibia luz que pábulo recibe.

"¿Es éste el pueblo desdeñoso, esquivo,
(con irrisión dirá) que oprobio estima
mis leyes, y mi nombre vituperio?
No de tener el corazón altivo
de sus padres blasone; no le anima
alma capaz de libertad e imperio.
En largo cautiverio
degeneraron; falta
para llevar a cabo
una empresa tan alta
generosa virtud al que fué esclavo.

"¿Veislos violar el pacto, fementidos,
jurado apenas? ¿Veislos ya la espada
contra sí revolver? El ebrio sueño

25. Primera redacción:
o si pudo un valor desatentado.

45. Primera redacción:
¿Es éste el pueblo desdeñoso, altivo,

desvanecióse; en breve, en breve uncidos
pedirán ser a la coyunda usada,
y de la voz se acordarán del dueño".
—¡Ciego error! ¡Vano empeño!
Si dejada el torrente
su natural costumbre,
arrastrare sus ondas a la fuente,
querrá volver el libre a servidumbre.

Mas, ¡oh vosotros!, ¿dejaréis que infame
la causa que os unió maldad tamaña?
¿Falta al acero empleo? ¿No hay tirano
que herencia suya vuestro suelo llame?
¿Vengóse ya la sangre que lo baña?
¿Los rumbos olvidó del oceano
el pabellón hispano?...
¿Qué digo? A vuestra vista
las barras y leones
en arreo despliega de conquista,
y guía a nueva lid nuevas legiones.

Sí, que de Cuba en la vecina playa
(merced a los furores parricidas
que en común daño alimentáis, y afrenta)
os amenaza Iberia, os atalaya,
y de combates mil las esparcidas
reliquias apellida, y junta, y cuenta.
De allí la seña ostenta
a la traición aleve,
que callada vigila
entre vosotros, y las tramas mueve
de oculto fraude, y ya el puñal afila.

¿Y en míseras contiendas distraídos
la pública salud tenéis en nada?
¿Queréis que, de humo y polvo en nube densa,
el bronce tronador dé a los oídos

62-66. El tema de estos versos revive en otro escrito en Chile: *Al Diez y ocho de Setiembre.* Véanse los versos 21-25, en las pp. 169-170.

68. Primera redacción:
maldad tamaña el lazo que os ha unido?
Segunda redacción:
el lazo que os unió maldad tamaña?

76. Comenzó a redactar:
desplega,

súbito aviso de enemiga entrada,
para acudir a la común defensa?
¡Cuán otro el que así piensa
de los que libertaron
de los incas la cuna,
y al carro de Colombia encadenaron
en distantes batallas la fortuna!

Mirad, mirad en cuál congoja y duelo
a la Patria sumís, que la unión santa
con voz llorosa invoca y suplicante.
La dulce Patria, en que la luz del cielo
visteis primera, y do la débil planta
estampó el primer paso vacilante;
la que os sustenta, amante
y liberal nodriza;
la que en su seno encierra
de tanto ilustre mártir la ceniza,
¿teatro haréis de abominable guerra?

¡Guerra entre hermanos, fiera guerra, impía,
do el valor frenesí, do la lid crimen,
y aun el vencer ignominioso fuera!
¡Ah, no! volved en vos; y aquel que un día
amor de patria, aquéllas os animen
con que humillasteis la arrogancia ibera,
virtud sublime, austera,
y ardiente sed de fama,
y fe de limpio brillo;
una es la senda a que la Patria os llama,
uno el intento sea, uno el caudillo.

SALUTACIÓN DE AÑO NUEVO *

Hoy que comienza, Darmid,
nuevo giro el astro bello,
que a nuestro humilde planeta
mide los pasos del tiempo,
¿qué te desea el amigo
que se cuenta poco menos
que primero en el cariño
aunque en la fecha postrero?
Salud, de todos los bienes
el necesario supuesto,
y que goces a tu Amira
por largos años y buenos.
Y que de vuestra existencia
veáis los dulces renuevos
como crecer en edad
crecer en merecimientos.
Y si tras esto Fortuna,
a la virtud sonriendo,
quisiera esta sola vez
contravenir a sus fueros.

* Dice Amunátegui: "He encontrado el borrador de una epístola... dirigida a Fernández Madrid con motivo de una salutación de año nuevo. Por desgracia sólo he podido descifrar el principio". Y da el texto, que sólo se ha publicado en la *Vida de Bello* (p. 296-297). Debe de fecharse en 1828. Damos el poema de lectura directa del manuscrito, completando unos versos no dados por Amunátegui. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

13. Decía en primera redacción:
Y que de vuestros amores

16. Hasta aquí el texto que da Amunátegui. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

20. El poema queda aquí trunco en el manuscrito. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

DIÁLOGO*

TIRSI

—Quisiera amarte, pero...

CLORI

—¿Pero qué?

TIRSI

—¿Quieres que te lo diga?

CLORI

—¿Por qué no?

TIRSI

—¿Y si te enojas?

CLORI

—No me enojaré.

TIRSI

—Pues bien, te lo diré.

CLORI

—Acaba, dímelo.

* Los señores M. L. y G. V. Amunátegui, en *Juicio Crítico, 1861*, al publicar por primera vez esta poesía, dicen que fué compuesta en Londres y que pertenecía al grupo de poesías que Bello tenía "traspapeladas". Caro en su Bibliografía, 1881, da el año de 1849, como fecha de composición de este "juguete métrico". (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

TIRSI

—Quisiera amarte, Clori, pero sé...

CLORI

—¿Qué sabes, Tirsi?

TIRSI

—Que a otro enamorado
el domingo pasado
juraste eterna fe.

CLORI

—No importa; a ti también la juraré.

EL VINO Y EL AMOR *

—Hijo alado
de Dïone,
no me riñas,
no te enojes,
si te digo
que los goces
no me tientan
de esos pobres
que mantienes
en prisiones.

Hechiceros,
¿quién lo niega?
son los ojos
de Filena;
pero mira
cómo el néctar
delicioso
de Madera
en la copa
centellea.

Tú prometes
bienandanza;
mas, ¿lo cumples?
¡Buena alhaja!
De los necios
que sonsacas,

* De fecha imprecisa. Fué publicada por primera vez en *Juicio Crítico, 1861*. De ahí derivan las reimpresiones posteriores. Amunátegui, en O. C. III, coloca esta composición a continuación de los poemas de Bello escritos en Londres. (Comisión Editora. Caracas).

unos llevan
calabazas;
otros viven
de esperanzas;
cuál se queja
de inconstancia;
cuál en celos
¡ay! se abrasa.
Baco alegre,
tú no engañas.

Hace el vino
maravillas;
esperanzas
vivifica;
da al cobarde
valentía;
a los rudos,
¡cómo inspira!
Aunque gruña
la avaricia,
tú le rompes
la alcancía.
Y otra cosa,
que a tu lima
no hay secretos
que resistan.

Los amantes
infelices
por las selvas
y jardines
andan siempre
de escondite;
cabizbajos
lloran, gimen;
mas, ¡cuán otro
quien te sirve!
dios amable
de las vides.
Compañeros
apercibe
que en su gozo

participen.
Cantan, beben,
bullen, ríen.

—Mas Filena,
¿no te mueve?
—Niño alado,
vete, vete.
—Sus miradas
inocentes,
sus amables
esquiveces...
—¿No te marchas,
alcahuete?...
—Sus mejillas,
que parecen
frescas rosas
entre nieves...
—Cupidillo,
no me tientes.

—Sola ahora
por la calle
se pasea
de los sauces,
y las sombras
de la tarde
van cundiendo
por el valle.
Y la sigue
cierto amante
que maquina
desbancarte.

—¿Tirsi acaso?
—Tú lo has dicho.
—Oye, aguarda,
ya te sigo.
Compañeros,
me retiro.
Vuelo a verte,
dueño mío.

LA BURLA DEL AMOR *

No dudes, hermosa Elvira,
que eres mi bien, mi tesoro,
que te idolatro y adoro;
. . . porque es la pura mentira.

¡Ah! lo que estoy padeciendo
no puede ser ponderado,
pues de puro enamorado,
paso las noches. . . durmiendo.

Y si tu mirar me avisa
que te ofende mi ternura,
tanto mi dolor me apura
que me echo a morir de. . . risa.

* De fecha insegura. M. L. Amunátegui lo inserta en O. C. III, p. 112, sin indicar nada acerca de la composición. La había publicado antes en *Vida Bello*, p. 597, como inédita hasta aquel momento. (Comisión Editora. Caracas).

ATESORE EL AVARO... *

(TRADUCCIÓN DE TIBULO)

Atesore el avaro
y de extendidas heredades coja
el opulento esquilmo
para que en susto viva y en congoja,
y oiga azorado el eco de la guerra
que el sueño de sus párpados destierra.

Allá el rico se goce
en su tesoro que de paz le priva
y heredades allegue
para que inquieto y temeroso viva

* Lectura del manuscrito original. Es traducción de los primeros 24 versos de la *Elegía* I, Libro Primero de las *Elegías* de Tibulo. No ha sido nunca impresa, salvo la fragmentaria publicación de dos estrofas por Miguel Luis Amunátegui, en *Vida Bello*, p. 66-67, quien las imprimió sin precisar que fuesen traducción de Tibulo. Debe de fecharse en 1828, en Londres, por el tipo de letra y porque figura en la misma hoja de la *Salutación de Año Nuevo* a José Fernández Madrid (v. p. 131). (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

1-3. Aparecen tachados versos de una primera redacción:

Tesoros amontone entre las gentes
el avariento y ricas mieses coja
de vastas heredades.

Otros tesoros ame
acumular y el rico esquilmo

Amontone tesoros
el avariento y el esquilmo coja
de inmensas heredades

Amontone el avaro
rico metal, y el largo esquilmo coja
de vastas heredades

y al eco se estremezca de la guerra
que el sueño de sus párpados destierra.

Contigo en ocio blando
me abrace yo, segura medianía,
y no falte al humilde
hogar el fuego; y la esperanza mía
no engañe la cosecha, y de la uva
con el purpúreo humor hierva la cuba.

Que yo la nueva cepa
mande a la tierra, labrador sencillo,
o de sabrosa poma
plante con fácil mano el arbolillo,
o confíe a los surcos las simientes,
culto doy a los ojos sonrientes.

Yo su imagen adoro
ora de ramas coronado vea
rudo leño en el campo,
o piedra antigua en la vecina aldea,
y llevo a sus altares de mi quinta
el primer fruto que el verano pinta.

Rubia Ceres, corona
de doradas espigas en la puerta
colgaré de tu templo,
y colocado en medio de la huerta

7-12. Nueva redacción, no tachada, de la primera estrofa. Damos las dos versiones en el texto por el mismo carácter inconcluso de esta traducción. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

17-18. Aparecen con varios tanteos de redacción:

mientras alegre fuego

contento, si no falta
fuego al hogar, y la esperanza mía

y mientras alegre fuego no falte

22. Primera redacción:

plante a debido tiempo el arbolillo,

24. Lectura muy dudosa.

28. Primera redacción:

o antigua piedra en la vecina aldea

31. Primera redacción:

Rubia Ceres, guirnalda

serás, rojo Príapo, tú que sabes
la hoz en mano amedrentar las aves.

Ni a vosotros rehuse,
oh Lares, la debida cortesía
la de quien sois amparo,
sin heredad ahora y rico un día,
aunque ya no os inmole el que antes era
ganadero feliz, gorda ternera.

Hoy blanca corderilla
será para vosotros degollada
y en rededor la fruta
de festivas guirnaldas adornada.
¡Ea! ¡Ea! dirán los campesinos
dadnos grande mies y dulces vinos.

37. Primera redacción:

Ni rehuse a vosotros

39. Lectura insegura.

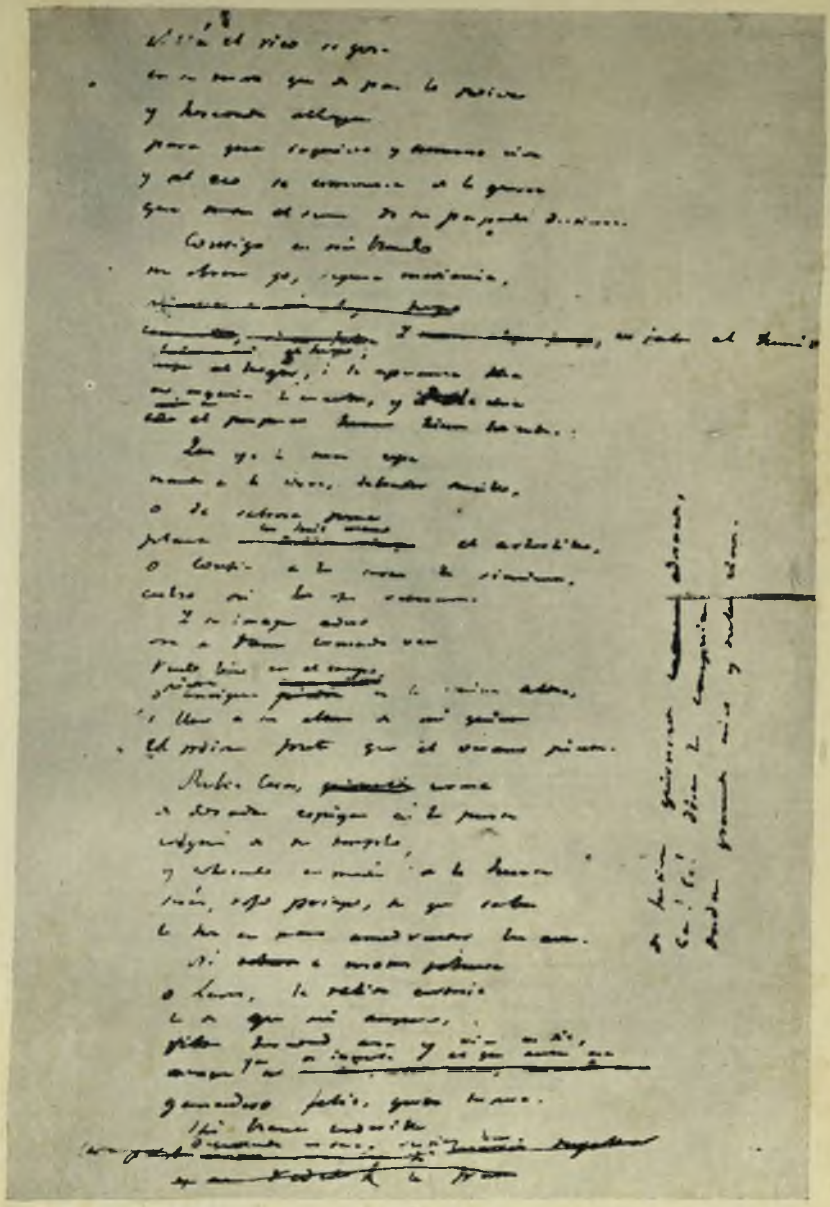
41. Este verso tiene una primera redacción, ilegible por las correcciones.

44-45. Estos versos fueron tachados por Bello, pero como dejó la nueva redacción inconclusa, damos como texto los versos de la primera redacción. Escribió el verso 44, no tachado:

degollada os será, su fina lana

después de otro intento de redacción:

A vosotros será sacrifi[cada]



Facsímil de una página del manuscrito inédito con la traducción del principio de una *Elegía* de Tibulo.

FLORELO*

FLORELO

—Vaya que mejor albergue
que la tal casa de campo
en diez leguas al contorno
fuera difícil hallarlo.

X

—Yo quisiera a par del alma
pasar en él todo el año
y más teniendo la dicha
de estar, Florelo, a tu lado,

* De esta poesía sólo era conocido un fragmento publicado por Miguel Luis Amunátegui en la *Introducción* a las *Poesías* de Bello (O. C. III, p. lxxiii-lxxvii). Le da el título de *Florelo* y asegura que es obra original de Bello. Publicamos ahora la lectura completa del manuscrito, dando en nota las variantes de redacción. Es obra inconclusa, en lo que conocemos. No tan sólo porque únicamente hay el trozo que transcribimos, sino porque los mismos personajes aparecen confusos (véase cómo el propio *Florelo* aparece tratado como mujer y como hombre en los versos 97-103 nota; asimismo en el verso 93 la confusión entre *Crispín* y *Marcelo*); y muy imprecisos (por ejemplo el interlocutor, que llamamos X, es difícil deducir si se trata de hombre o mujer); y aún el mismo empate de la porción que comienza en el verso 264 es muy inseguro. Por otra parte, nos parece difícil aceptar que sea obra original de Bello. Tenemos la sospecha vehemente de que es traducción o adaptación de otro idioma, pero no hemos logrado aclarar este extremo. Llevados por la confusión de nombres entre Marcelo y Crispín (vid. verso 93), hemos examinado la tradición teatral "crispiniana". En ella observamos que hay obras que presentan ciertas coincidencias en argumento y personajes con el escrito de Bello, pero no hemos dado con la pieza que nos compruebe la filiación del texto de Bello. Es posible que sea adaptación de obra francesa, inglesa o italiana, de autor poco conocido del siglo XVIII, o comienzos del XIX. Carecemos de datos respecto a esta composición. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

5. Primera redacción:

—*Quisiera por vida mía*

que mirando esos ojuelos
no hay para mí albergue malo.

FLORELO

—Pero pues el amo mío
a estos sitios no ha llegado,
es menester que de un vuelo
vuelva a Madrid.

X

—El tal amo
se llama, dices...

FLORELO

—Don Julio
de Contreras y Avendaño.
¿Le conoces por ventura?

X

—No.

FLORELO

—Pues venga acá esa mano.
Adiós.

X

—Adiós.

7-10. Otro intento de redacción:

y más cerca de esos ojos
bribonzuelos y ese garbo,
pues con ellos no es posible
encontrar albergue malo.

Al margen aparece otro intento de redacción:

que donde estén no es posible

12. Primera redacción:

no está aquí según reparo,

FLORELO

—Él, con todo
en casa de don Jenaro
me dijeron que pasaba
estos meses de verano

X

—Aquí don Jenaro vive.

FLORELO

—Y que unos aficionados
representaban con él
una comedia.

X

—Estudiando
mi papel precisamente
estaba yo ahora.

FLORELO

—¡Bravo!
¿Y el patrón tiene una hija
bonita?

X

—Sí.

FLORELO

—¿Que ha llegado
del convento hace muy poco?

19. A continuación aparecen tachados estos versos:
—No se llama don Jenaro
no Señor.

X

—Ese es su nombre

26-27. Otro intento de redacción:
una comedia.

X

—En la mano
tengo el papel cabalmente.

X

—Hoy mismo.

FLORELO

—¿Y a cuya mano
hay un millón de aspirantes?

X

—Como que tiene ducados
veinte mil de dote, y grandes
esperanzas, y quince años,
y es una guapa muchacha.

FLORELO

—Y hay muchos huéspedes.

X

—Tantos
que no nos vemos de polvo.

FLORELO

—Y habrá música, sarao,
iluminación.

36. Tachado *veinte* y sustituido por *quince.*
37. Primitivamente redactó: *y una cara como un ángel.*
38. Tachadas las palabras *hay* y *gente.*
40. Primera redacción:
—*Y hay baile, habrá concierto*
41. Otro intento de redacción:
iluminación.

X

—*Lo has dicho*
de pe a pa.

Hay dos palabras tachadas: *mucho, Cierto.*

X

—Cabal.
Fuegos, fuegos.

FLORELO

—Pues me planto.
Don Julio está aquí, no hay duda,
yo he de desenmascararlo.

X

—¿Qué traza de hombre es? ¿Qué cara
tiene? ¿Qué porte? ¿Qué estado?

FLORELO

—Eso, Florelo querido,
es difícil explicarlo,
porque según el humor
muda el gesto a cada paso,
tan presto cari-redondo
y tan presto cari-largo.

43. La redacción anterior fué:

Don Julio está aquí por fuerza.

44. Otros intentos de redacción:

y he de hallarlo, pese al diablo.

y he de encontrarlo aunque el

y he de dar con él

ya a buscarlo me marcho.

47. Se desprende del manuscrito que *Florelo* se habla a sí mismo; y aunque en el verso 81 se le contesta a *Florelo*, lo dejamos en la forma contradictoria del texto. Es otra confusión como las señaladas en la nota inicial a este texto.

47-52. Redacción anterior:

—Eso no es fácil decirlo;
porque según alto o bajo
le sopla la fantasía,
* *muda el gesto a cada paso,*
ya lo estira, ya lo frunce,
mi don Julio a cada paso.

muda el gesto, ya lo tiene
ya fruncido, ya estirado

51. Tachada, al final, la palabra: *carifruncido.*

En eso del traje siempre
los dos extremos tocando,
ya es un Adonis pulido
tan presto un estrafalario.
Lo que es profesión no tiene
ni tendrá jamás; letrado
no es, ni militar, ni abate,
labrador, ni cortesano.
Vive a su antojo, va y viene,
vela, suda y es lo raro
que se toma en no hacer nada
un grandísimo trabajo.
Él reúne en su persona
cien papeles de teatro:
melancólico, festivo,
finísimo, vivaracho,

53-56. Primeros intentos de redacción:

En el porte y traje, toca
los dos extremos contrarios:
* *ya es un Adonis pulido*
y ya un hombre chabacano.

tan presto un lindo Adonis

ya ves en él un Adonis
y ya un hombre estrafalario.

hoy es un pulido Adonis,
mañana un estrafalario.

57. Tachado *estado,* sustituído por *profesión.*

58. Este verso terminaba en las palabras *y en cuanto,* que encabezaba un intento de descripción, tachada, del personaje:

y en cuanto
al porte, un caballero

ya es un Señor, ya es un payo

y a veces parece un payo,
ya es un Adonis lucido
y ya un hombre chabacano

60. Figura otra descripción, tachada, del personaje:

Campesino o ciudadano
hacendado o comerciante.
Es un hombre, en fin, extraño

hace lo que se le antoja

Y, por último, en la redacción definitiva aparece tachada la palabra *militar.* Encima de *hacendado* aparece *labrador.*

61. La redacción inicial de este verso fué: *Vive a su capricho.*

68-70. Hay varios intentos de redacción, algunos ilegibles:

complaciente, atrabiliario,
(ileg.), *atolondrado,*

ya modesto, ya arrogante,
hoy social, mañana huraño.
Distraído... esto postrero
es en él lo cuotidiano;
y si aquí reside, apuesto
las orejas a que lo hallo
hablando a solas consigo
en algún sitio excusado,
donde le aguarda un zanjón
a que se acerca pian piano,
y después de dar en él
es cuando viene a notarlo.

X

—Ya caigo en ello; tenemos
al hombre que andas buscando.
¿No es lo que llaman poeta?

FLORELO

—Sí.

ya locuaz, ya (ileg.)
taciturno, vivaracho
distraído

73. Intentos de redacción:

tanto que si está por dicha
en esta casa de campo

De que (ileg.) *y si reside*
en esta casa de campo

74-76. Redacta primitivamente:

apuesto las dos orejas
a que en un sitio excusado,
lo encuentro haciendo castillos
en el aire

le encuentro haciendo visajes

77-80. Otras redacciones:

y acercándose pian piano,
a una zanja que le aguarda

y se acerca paso a paso
a una zanja que no advierte
y en la cual

83. Intento de redacción:

¿No es de esos que el vulgo llama
poeta?

X

—Pues hay uno alojado
en esta quinta.

FLORELO

—Es el mismo.

X

—Sólo una cosa reparo
que no se llama don Julio
sino...

FLORELO

—¿Cómo?

X

—Don Castalio.

FLORELO

—Si se habrá mudado el nombre.
No puede ser otro... Vamos
a buscarle.

84. Intento de redacción:
—*Tenemos alojado*

85. Varios intentos de redacción:
—*Ése es mi hombre.*
—*Pues él es.*

86. Varios intentos de redacción:
—*Así será*
—*Sin duda. Pero*
—*Puede serlo, mas reparo*

88. Tanto esta pregunta como la respuesta siguiente fueron redactadas primitivamente en esta forma:

FLORELO

—*Si no ¿cómo?*

X

—*Don Castalio.*

89. Aparecen varios intentos de redacción, algunos ilegibles, para esta réplica:
—*Se habrá variado*
—*Qué importa.*
El es no lo dudo.

X

—En aquel bosque
le hallarás; no te acompaño,
Crispín, porque viene gente
y en un *sitio solitario*
vernos entrar, fuera cosa...

FLORELO

—Te entiendo: hasta cada rato.
Mas ¿qué miro? ¿Don Marcelo?
¿Don Marcelo aquí?

MARCELO

—¡Qué hallazgo
tan feliz! Florelo mío,
¿qué esperas? Dame los brazos.
Y bien. ¿No me dices nada
del suceso de mi encargo?

93. Primitivamente decía *Marcelo* en lugar de *Crispín.*

97-103. Esta intervención fué redactada así anteriormente:

¿Qué miro?
¿Don Marcelo aquí? Señor
qué es esto.

Así como la introducción siguiente:

Dame los brazos,
Florelo mío

hermoso Florelo mío

Con esto termina un folio. En el siguiente, continúa el intento de lograr una redacción definitiva:

Gran Dios.
Los brazos
hermoso Florelo mío,
echa a mi cuello. ¡Qué hallazgo
tan feliz! y bien, mis cosas, Florelo mío
¿qué esperas?

mi hermosa, dame los brazos
y bien; qué nuevas me das
de mi amor

¡qué bella estás! Un abrazo
primeramente. Y después. Ea dime.
Dame las nuevas.

¿No me pides las albricias?
¡Oh cuánto, Florelo, cuánto
he suspirado por este
venturoso día! Salto
de contento. Vamos, habla;
dime pues que estás en autos
primero que yo, que al fin
mi Lucinda deja el claustro,
y que ya voy... que ya puedo...
que ya tendré... ¿Te haces cargo
de mi ventura? Habla, pues,
explícate con mil diablos.

FLORELO

—Sois en verdad poco cuerdo.

MARCELO

—¿Por qué lo dices?

FLORELO

—Si el amo

103. Primitivamente decía: *Pide pues.*

105. Otra redacción:

por este dichoso día

107-109. En el primer verso tachó: *mi ventura... pero habla* y en las dos líneas siguientes escribió:

tú que sabes el estado
de mis amores.

116. Hay varios intentos de redacción de esta réplica:

—¡Yo poco cuerdo!

¿Por qué muchacho? ¡Poco cuerdo yo!

Al margen aparecen estos intentos de redacción que seguramente corresponden a esta parte:

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Por qué lo dices?
Si lo dices por el pleito
de las dos familias, vano
es tu recelo.

FLORELO

—Vos en esta casa, el hijo
os olvidáis; vos olvidáis

os hallase, aquí, señor,
no fuera terrible chasco.

MARCELO

—Bien sé que el pleito maldito
por el cual se enemistaron
nuestras dos familias debe
hacerle muy poco grato
mi apellido; mas ¿me ha visto
en su vida don Jenaro
ni de cerca ni de lejos?
¿Puede conocerme acaso?
Yo encuentro este parque abierto.
Entro: ¿Qué tiene de malo?

FLORELO

—*Permitidme que os lo diga.*
Aunque fueseis más osado,
más emprendedor mil veces
de lo que sois y aun lazo
matrimonial aprobase
Doña Lucinda de Castro;
mientras el pleito subsiste
(que lleva ya sus diez años
y tiene traza lo menos
de durar otros diez largos)

118. Siguen a este verso otros tachados:
¿Teniendo, como sabéis,
aquel proceso entablado
con vuestro padre?

120-121. Hay varios intentos de redacción:
que con él tiene entablado

hace diez años mi padre

y porque se enemistaron

Hay además otras palabras tachadas, *podría, pudiera, hiciera,* que posiblemente fueron correcciones sobre estos intentos de versos eliminados. En la redacción definitiva, hay todavía numerosa correcciones: *pudiera* es sustituido por *debe; hacerle muy* sustituye a *pudiera hacer;* pone *apellido* en lugar de *nombre.*

137-138. Otros intentos de redacción:
de fecha, y durar pudiera
por lo menos otro tanto

y si Dios no lo remedia

no alcanzo cómo pudierais
obtener...

MARCELO

—Pues yo lo alcanzo;
y te lo voy a decir.
Hijo único de un anciano
que me ama con extremo
y un cuantioso mayorazgo
me destina; con un nombre
único heredero, guapo,
como ves, bien parecido,
para merecer la mano
de Lucinda ¿qué me falta?
Soy, además, estimado.
Pues lo quiero yo, mi padre
lo querrá también, es claro.
Si no quiere, soy buen hijo,
le obedezco, no me caso;
pero me dejo morir
que es algo peor...

FLORELO

—Y el largo
pleito que tiene pendiente
con nosotros...

MARCELO

—No hace al caso,
que lo deje. Yo sentencio
por mi suegro don Jenaro.

143. Otra redacción:
De un padre que me ama

144. Este verso fué escrito al margen; su primitiva redacción fué ésta: *y me guarda un mayorazgo*. Siguen varios intentos de redacción tachados:
y un título de
* *me destina; con un nombre*
que mil timbres ilustraron

147. Debajo de estos versos aparece tachado:
Con un rico mayorazgo
y un título de Castilla.

151. Primera redacción:
Pues que yo quiero, mi padre

FLORELO

—Y si vuestro padre apela
de la sentencia.

MARCELO

—Yo fallo
que no ha lugar.

FLORELO

—Y si...

MARCELO

—Deja
tus *ies*, y concluyamos

FLORELO

—Pero es que Lucinda tiene
un padre también, y al cabo
su consentimiento os falta.

MARCELO

—Su consentimiento es llano.

FLORELO

—Yo lo dudo.

MARCELO

—Es infalible.
Estoy cierto de lograrlo.

169. Empezó a redactar en esta forma:

FLORELO
—Yo lo dudo
MARCELO
—Yo estoy cierto
de ob...

FLORELO

—El viejo es firme.

MARCELO

—Y el mozo
testarudo como cuatro.

FLORELO

—Lucinda es un gran partido.

MARCELO

—¿Lo soy yo menos acaso?

FLORELO

—Veinte mil ducados tiene
de dote.

MARCELO

—Pues yo le traigo
cuarenta mil.

FLORELO

—¿Pero os quiere
la señorita?

MARCELO

—Tirano
dudar el tuyo. Esa duda
me llena de sobresalto.

175-177. La redacción primitiva fué:
—Cien mil ducados de dote
ha de llevar.
MARCELO
—Yo le traigo
doscientos mil!

178. Decía primitivamente *muchacha* en lugar de *señorita.*

FLORELO

—Os lo he dicho muchas veces
Lucinda es el más extraño
genio de mujer que he visto;
de carácter dulce y manso,
es verdad; pero indolente,
tibio, desapasionado.
Por el galán más rendido
no se le dan dos ochavos.
Es una estatua sin alma
para quien es un trabajo
el sentir; ella quisiera
que sin penas, ni cuidados,
sin temores, sin deseos,
fuese la vida un letargo.

181-188. Estos versos fueron redactados dos veces en folios diferentes; la primera redacción decía así:

* —*Os lo he dicho muchas veces*
* *Lucinda es el más extraño*
genio de mujer que vive;
de carácter dulce y franco,
pero indolente, insensible,
al amoroso cuidado.
Por el más rendido amante
* *no se le dan dos ochavos.*

El primer verso decía así primitivamente:

—Muchas veces os lo he dicho

El penúltimo:

y por el más fino amante

Por todo el amor del mundo

189. Primitivamente decía:

En sí misma piensa sólo.

190-194. Hay varios intentos de redacción:

insoportable el hablar;

insoportable el pensar;
y que quisiera que

el discurrir y el hablar

discurrir, hablar, moverse;
que quisiera que estos actos,
los hiciese otro por ella.

y quisiera que los actos
de la vida a respirar
estuviesen limitados

se redujesen, pasando
sin temores, ni deseos,
la existencia en un letargo.

191. Suprime *pensamiento* y pone *sentir* en su lugar.
194. Tacha *el vivir* y escribe *la vida.*

Y os prometéis que una dama
de este temple pueda amaros
y de un amoroso enredo
se entregue a los embarazos.
Eso la fatigaría:
¡Cuerpo de tal! Ni pensarlo.

MARCELO

—Hace ya un mes que la adoro,
Florelo; ¿y en eso andamos?

FLORELO

—Ella gusta de los versos
que nos habéis enviado
y que compone al intento
vuestro amigo; sólo aguardo
que una ocasión se presente
de decirle que son parto
de vuestro ingenio.

MARCELO

—¿Qué dices?

196. Redacción primitiva: *de esta clase haya de amaros*

197. Primitivamente decía: *enredo amoroso.*

199. Siguen a este verso unos intentos de redacción, no aprovechados en el texto definitivo:

—Mirad si estos dos meses

—Que solo un mes

—Dos meses contáis de amor;
¿y cómo tenéis los cascos?
A fe que un momento solo
no probaréis el descanso.

201-202. Primer intento de redacción:
—Pero en este mes, Florelo,
¿no hemos avanzado un paso?

Florelo; ¿y nada avanzamos?

204. Hay un intento de redacción anterior:
que vos le mandáis

208-209. Anteriormente había escrito:
en que le diga al pasarlos
a su mano que son vuestros

¿Quieres tenga yo el descaro
para mentir de ese modo?

FLORELO

—Eso dejadlo a *mi* cargo
que con esta mentirilla
podemos irla inclinando
a vuestro amor.

MARCELO

—Y en un siglo
podrá muy bien a ese paso
de su ternura amorosa
recibir mi pecho el lauro.
Conque en resumidas cuentas
¿ella aún no sabe que *la amo?*

FLORELO

—No lo sabe, no, señor.

214-220. Primeros intentos de redacción intercalados:
en su corazón incauto
una acogida más grata
iros puedo preparando
* *a vuestro amor*

[MARCELO]

—Y en un siglo
podremos lisonjearnos
según el paso que lleva
de dar a mi amor el lauro. (a)
Según eso mi Lucinda
¿aún no sabe que yo la amo?
¿Por qué de esos versos mismos
no nos valemos

¿no introducimos un rasgo
que de mi ternura amante
le informase?

¿le dé indicio?

FLORELO

—Ahora es temprano
preparémosla primero
que la indifere[ncia]

Poco a poco,

(a) Otra redacción:
que obtendré a mi amor el lauro.

MARCELO

—Vaya que has hecho milagros.
¿Por qué en esos versos mismos
no has introducido un rasgo
que mis afectos le pinte?

FLORELO

—Don Marcelo, aún es temprano.
Eso sí que fuera errarlo.
De la indolencia al amor
no va el corazón de un salto.
Poco a poco se anda lejos,
dice el refrán castellano;
y no siempre por meter
las espuelas al caballo
al término que apetece
llega el viajero temprano.
Preparemos a Lucinda;
si ve de flores sembrado
el jardín de amor, es fácil
se agache a coger un ramo.

222. Preceden versos tachados, algunos ilegibles:

—Eres una confidente
famosa; no hay que dudarlo.
—Es admirable

—Has andado largo trecho

—Eres bravo

—Yo sí sé que no lo sabe.

226-227. La rima asonante en los pares se estropea aquí por los dos asonantes seguidos, pero tal colocación se desprende del original manuscrito, aunque parece que el primero debiera suprimirse, ya que Bello comenzó a tacharlo.

230. Primera redacción:

Poco a poco se va lejos,

236-239. De estos versos hay varios intentos de redacción:

el camino: vea el campo si sembrado

de claveles

el tierno pecho; pongamos
a su vista mire de rosas
el jardín de amor sembrado

(ileg.) *de flores; no dudo*
se agache a tomar un ramo.

Dejadla que se divierta
con esos fingidos cuadros
de pastoras distraídas
y zagales desvelados
que vuestro amigo le pinta.
Oiga a la margen del Tajo,
en sus melifluos idilios,
suspirar al fiel Belardo
y de la bella Dorila
encarecer los encantos.
Escuche rendidas quejas,
y cuentos apasionados
en que amantes a la antigua
exhalan sus arrebatos;
a la música de amor
vaya el oído formando
y piense que este lenguaje
nuevo, pero dulce y grato,
sois vos el que lo pronuncia;
que el trecho no será largo

243-254. Intentos de redacción:
de pastoriles afectos

de pastoriles amores

de pastoras amorosas
* *y zagales desvelados.*
Oiga el vaquero Batilo
a las orillas

A las orillas del Betis,
oiga al vaquero Lisardo
de su querida Amarilis
* *encarecer los encantos.*
* *A la música de amor*
* *vaya el oído formando*

247. Primera redacción:
suspirar al Tirsi o Bato,

252. Empezó a redactar así:
que de afectos
Luego escribió:
en que un amor a la antigua

256. La redacción primitiva decía:
y piense que esta harmonía,
que a su oído (ileg.) *pecho embobando*
es otro de (ileg.) *nuevo*

257. Siguen a este verso los dos siguientes:
que hace nacer en su pecho
un nuevo placer

del verso de los pastores
a vuestra prosa y al cabo
de la jornada seréis
Dorila ella, y vos Belardo.
Porque, señor, la mujer
es en cuanto material,
una especie de animal
difícil de conocer;
y pues de la propia suerte
la bonita que la fea
es necesario que sea
animal hasta la muerte.
La mujer según infiero
de lo que probado está
es hembra y hembra será
aunque viva un siglo entero.
Por lo cual dijo Avicena
que la mujer parecía
arena que se movía...
como se mueve la arena.
Porque (ruego a V. que fije
la atención) del mismo modo
que vemos que al cuerpo todo

261-263. Primera redacción:

a vuestra prosa y pasando

a vuestra prosa y tomando
ella al lugar

a ser insensiblemente
* *Dorila ella, y vos Belardo.*

264. Desde aquí hasta el final pertenece a otras hojas manuscritas que parecen relacionadas con la parte dialogada anterior. Así las damos, aunque no estamos totalmente seguros de ello. (Comisión Editora. Caracas).

268-271. Primera redacción:

y puesto que un ente vea
así a mi corto entender
animal es y ha de ser
hasta la muerte, animal.

272-274. Primer intento de redacción:

Con justa razón infiero
que la que nació mujer
es hembra, y hembra ha de ser,

276. Primera redacción:

Por lo cual un autor sabio

280-284. Primera redacción:

Pues (atienda V., suplico,
que es peliaguda la cosa)
que es muy fuerte el argumento

la cabeza manda y rige;
y que un cuerpo sin cabeza...
(me parece que me explico)
es lo mismo que un borrico
y donde no cae tropieza;
y en tan ciego laberinto
todo sin concierto va,
él dice así, y ella asá,
él pide blanco, ella tinto.
Por eso debió de ser
que dijo cierto poeta
que era como una veleta

Segunda redacción:

Porque (atienda V., Señor,
que el asunto es peliagudo,
y para explicarlo, dudo
que haya argumento mejor)
así como la cabeza
es del cuerpo la atalaya

Modifica el tercero y cuarto versos:

y para aclararlo, dudo
que haya camino mejor)

283. Primera redacción:

la cabeza lo dirige

287. Siguen estos versos:

y si ella no anda con él
en buena paz y harmonía
todo es una algarabía
y en un confuso tropel
y un bosque sin...

y se arma en el cuerpo humano
una confusión tremenda
si la cabeza la rienda
no lleva siempre en la mano;
el uno va por ahí,

y si ella no lo reprende
y lo rinde a su coyunda,
todo es una baraúnda...
que Lucifer no la entiende;

y se arma en el cuerpo humano
una guerra desmedida...
si la cabeza la brida
no lleva siempre la mano (sic)

Los dos primeros versos de esta nota tienen correcciones ilegibles.

291. Primera redacción:

quién pide blanco, y quién tinto.

294. Intentos de redacción:

Una veleta, señor,
que el menor viento menea
porque se agita y se mueve.

el alma de la mujer
y Aristóteles, señor,
que fué un hombre singular
la compara con la mar
que es muchísimo peor;
y pues lo que a la virtud
de una buena conclusión
sirve la comparación
más que la similitud
quiero, señor don Lorenzo,
usar de un símil o dos;
escúcheme usted, por Dios,
y verá si le convenzo.
Como cuando un torbellino
pone el mar en movimiento
y empieza a soplar el viento
y la nave pierde el tino;
todo es bulla y desgobierno,
onda combate con onda
y se arma una trapisonda
que parece aquello infierno.

300-302. Primera redacción:

Pues bien,
y siguiendo esta razón

Fundemos pues la virtud
* *de una buena conclusión*
en una comparación
que es una similitud.

304-306. Otros intentos de redacción:

Usaré, señor don Diego,
la similitud usar;
sírvase V. escuchar

Este último verso no está tachado, aunque está sustituído.

308-311. Esta estrofa tiene múltiples correcciones, algunas ilegibles. El verso 308 tuvo una primera redacción:

Al modo de una tormenta

corregido luego:

Como cuando una tormenta,

Sustituye *tormenta* por *borrasca* y finalmente por *torbellino.* Las otras redacciones son ilegibles salvo la del verso 311, cuyas primeras redacciones fueron sucesivamente:

y el barco pierde el camino,

y el piloto pierde el tino;

315. Sigue un verso tachado:

y el piloto ya no sabe

Así cuando se le atasca
a la mujer la razón,
se levanta un ventarrón
a manera de borrasca,
ocasiona bataholas,
surge un como frenesí,
alza, por decirlo así,
mar a manera de ola...
la que (no sé lo que me hablo)
entre la arena y la espuma...
La mujer, señor, en suma
es peor que el mismo diablo.

320-323. Esta estrofa tiene varios intentos de redacción, tachados en tal forma, que algunos versos quedan ilegibles. Se leen:

surge un fiero frenesí

decir... ciertos disparates,

dar vueltas y cabriolas,

como... por decirlo así
a modo de frenesí
sin que ella sepa de sí
cierto mar en ciertas olas

PIDE LA DULCE PAZ DEL ALMA AL CIELO *

(Traducción de HORACIO)

Pide la dulce paz del alma al cielo
el navegante, si preñada nube
en el Egeo le escondió la luna,
y busca en vano entre la negra noche
a los amigos astros.

Pide la paz entre la lid el fiero
Tracio; la paz, el Medo belicoso
que adorna el hombro de dorada aljaba;
la paz, que ni la púrpura ni el oro,
ni los diamantes compran.

* Traducción de la Oda XVI, libro II, de Horacio: "A Grosfo, *Otium divos rogat in patenti...*". *Amunátegui, Vida Bello,* p. 66, da sólo el texto de las dos primeras estrofas, pero el manuscrito original tiene seis estrofas, aunque no llegaron a ser redactadas en forma definitiva. Corresponde a la época de Londres. El tema de esta traducción aparece en el poema a *Olimpio.* Véanse, especialmente, los versos 401-428. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

2. Primera redacción:

el navegante, que preñada nube

4. En primera redacción *busca en vano* fué sustituído por *no columbra,* para escribir de nuevo, *busca en vano.*

5. Primera redacción:

la luz de amigos astros.

9-10. Otros intentos de redacción:

la paz, que ni la púrpura de Tiro
puede comprar, ni el oro.

la paz, que ni la púrpura no compra,
ni las joyas, ni el oro.

Que no el preciado lujo, no, ni el hacha
el líctor consular, ¡oh Grosfo!, alejan
los míseros tumultos de la mente
y los cuidados, que a la sombra vuelan
de artesonados techos.

Gozarse puede en la escasez la dicha.
¡Feliz aquél en cuya parca mesa
el paterno salero brilla solo!
Ni sórdida codicia ni temores
el leve sueño ahuyentan.

¿Por qué en tan breve vida a mil objetos
osada asesta la ambición sus tiros?
¿A qué por climas que otro sol calienta
vagamos? Huyes de ti propio a dicha,
del suelo patrio huyendo.

11-15. Se toma la primera redacción de esta estrofa, porque la que no aparece tachada sufre tantas enmiendas que queda inconclusa. Así dos versos terminan en *alma*. Dicha redacción es como sigue:

Pues no la pompa, no del hacha armado
el líctor consular, aleja (a) *el alma*
a la angustiada situación el alma
y a los cuidados, que a la sombra vuelan
** de artesonados techos.*

12. Este verso tiene numerosas enmiendas a base de alternar *aleje* y *oh Grosfo*.

13. Este verso se redacta en un momento:

la tumultuosa agitación del pecho

para luego ser tachado y redactado en esta forma:

el mísero tumulto y los cuidados

que también fué tachado.

16-20. Primera redacción:

Aquel en la escasez dichoso vive,
en cuya parca mesa brilla solo
el paterno salero; y de su lecho
ni el temor ni la sórdida codicia
** el leve sueño ahuyentan.*

El primer verso tiene correcciones ilegibles en su conjunto. Se lee: *vive alegre, felice.*

21. En la primera redacción escribe: *breve existencia*, y corrige luego: *breve vida.*

24. El texto es inseguro.

(a) Esta palabra, en la forma no tachada, parece que Bello quiso enmendarla, como si quisiese escribir *alleguen, lleven*. De todos modos la grafía es insegura.

¡Ah! que a la nave de metal forrada
sube el cuidado roedor contigo,
y más veloz que fugitivo ciervo
o silbante Aquilón, te alcanza en medio
de la cohorte ecuestre.

27. Este verso tiene correcciones ilegibles.

28-30. Los tres últimos versos de esta estrofa fueron tachados. Empezó una nueva redacción, de la que hay sólo dos versos:

y alcanza esta veloz caballería,
rápido como el ciervo fugitivo

Tachó estos dos versos y puso al margen de los tres versos primeramente tachados: *vale.*

CHILE

1829-1865

AL DIEZ Y OCHO DE SETIEMBRE *

I

Celebra, ¡oh patria!, el venturoso día
en que tus fueros vindicar osaste,
y el yugo que oprimía
tu cuello, destrozaste,
y el canto de los libres entonaste.

II

A tu voz, cual incendio que violento
cunde por vasta selva y se derrama,
así en alas del viento
de libertad la llama
voló del Biobío al Atacama.

III

Atravesó la agigantada cima
de tus montañas el alegre canto;
corrió de clima en clima;
y entre furor y espanto
rasgó Iberia indignada el regio manto.

IV

"Volarán, dice, a la remota arena
de las playas del Sud mis campeones;
gemirás en cadena;
verás a mis legiones
arbolar los castillos y leones".

V

¡Vano error! Cuando el rápido torrente
que arrastra al mar su propia pesadumbre,
en busca de la fuente

* El texto figuraba en forma de inscripciones "en los medallones junto a las ventanas", el día de la fiesta nacional de Chile, en 1830.

Se publicó por primera vez en *El Araucano*, Santiago 25 de setiembre de 1830. (Comisión Editora. Caracas).

retroceda a la cumbre,
volverá el que fué libre a servidumbre.

VI

Cumplió la patria el generoso voto
en Maipú, en Chacabuco; por su mano
fué el férreo cetro roto;
y del mar araucano
huyó vencido el pabellón hispano.

VII

¡Oh día de ventura! ¡Oh fausto día!
tú de la gloria abriste la carrera.
Cantares de alegría
hasta la edad postrera,
Chile te entonará, la tierra entera.

VIII

¡Oh! vuelva veces mil tu luz hermosa
a ver a Chile libre; y en su frente
la palma victoriosa
que corona al valiente
mires reverdecer eternamente;

IX

Y halles siempre feliz bajo el amparo
de la justicia y de la ley severa
el suelo de Lautaro,
y la discordia fiera
en sempiternos hierros prisionera.

25. Véase nota a los versos 62-66, en la página 129.

INSCRIPCIONES PATRIÓTICAS CON OCASIÓN DE LAS EXEQUIAS OFICIALES DEL VICEPRESIDENTE JOSÉ TOMÁS OVALLE *

Subiste, Ovalle, a la mansión que el cielo
a tus virtudes preparó; y envuelta
a tu patria has dejado en triste duelo.

Cese el fúnebre llanto que derrama
Chile en la losa que mi polvo cubre,
pues vivo y vuelo en alas de la fama.

Cubre de la tristeza el negro manto
a la patria este día; agudo acento
de dolor y quebranto
dilata el sentimiento,
y amargura derrama y desaliento.

A Ovalle, al hijo de la patria amada,
al padre de los pueblos distinguido,
al mejor magistrado,
Chile llora afligido,
y llora la esperanza que ha perdido.

---

* Miguel Luis Amunátegui en la *Introducción* a las *Poesías* de Bello (O. C. III, p. xxxiv-xxxv) explica que "habiendo fallecido el vice-presidente de la república don José Tomás Ovalle, se celebraron, el 14 de abril de 1831, solemnes exequias en la catedral de Santiago. Como es de uso en estos casos, se erigió en la iglesia un soberbio catafalco, en el cual se leían inscripciones latinas y castellanas, que habían sido pedidas a Bello". Habían sido publicadas en *El Araucano*, de 16 de abril de 1831. (Comisión Editora. Caracas).

Contrista el alma tan acerba pena,
y Chile siente tanto,
que, en su dolor, es un placer el llanto.

Del fuego del más puro patriotismo
que en Ovalle ardió un día,
ved la ceniza en esa tumba fría.

ADIOS CAMPIÑA HERMOSA *

Adiós campiña hermosa
del olivar ameno,
morada deliciosa
donde feliz viví.

Mientras mi pecho anime
el soplo de la vida,
esta alma agradecida
se acordará de ti.

A enfermedad y pena
postrado el cuerpo estaba;
y mi vivir minaba
el tedio del placer.

Vine a tu caro asilo
y respiré tu ambiente;
y al ánimo doliente
sentí la paz volver.

¿Cuál ignorado hechizo
pudo en mis fibras tanto?
¿Por qué secreto encanto
tan alto bien logré?

Dolores y Agustina,
amable hija y madre,
solicitud tan fina
¿cómo pagar podré?

* Miguel Luis Amunátegui, en *Ensayos Biográficos*, III, p. 197-198 da estas seis estrofas escritas por Bello. "Después de una seria enfermedad" "...pasó una temporada de campo en los fundos del Olivar, donde fué hospedado cariñosamente por doña Isabel Valdovinos de Muñoz y su hija Agustina Muñoz del Solar". Según carta de Bello a su hijo Francisco, estuvo en Olivar en 1838. (Comisión Editora. Caracas).

AL EJÉRCITO RESTAURADOR DEL PERÚ *

¡Oh Casma, Llaclla, Buin! mientras los hombres
estimen de altos hechos la memoria,
escritos vuestros nombres
verá Chile en el templo de la gloria,
y dirá al repetirlos: mis guerreros,
sustentando valientes
mi libertad, y los hollados fueros
de dos pueblos hermanos,
en la tierra, en la mar, por dondequiera,
alzaron victoriosos mi bandera.

Despliega activo en una y otra cima
aguerridas legiones el tirano.
Todo le es favorable: el suelo, el clima,
la posición, que, a una,
arte y naturaleza fortalecen,
la copia de recursos y la fama
de otros laureles que le dió fortuna.
Pero todo es en vano. Osada embiste
la falange chilena, y lidia, y vence;
al chileno valor nada resiste.

Valientes, que en Yungay con fuerte brazo
vengar supisteis el honor chileno,
recibid los saludos y el abrazo
con que os estrecha a su amoroso seno
la patria, por vosotros vencedora.
Fuisteis su apoyo, y sois su orgullo ahora.

* Miguel Luis Amunátegui, al publicar el texto en la *Introducción* a las *Poesías* (O. C. *III*, p. xxxv-xxxvi) explica que Andrés Bello dirigió este poema como saludo al ejército vencedor en la batalla de Yungay, en el sarao dado a los jefes y oficiales en Santiago el 5 de setiembre de 1839. Se había publicado en *El Araucano*, de 13 de setiembre de 1839. (Comisión Editora. Caracas).

DESPIERTA, CHILE, DEL LETAL REPOSO *

Despierta, Chile, del letal reposo
en que yació tres siglos sepultado;
y a ser libre o morir determinado,
al campo corre de la lid glorioso.

Vence y humilla al español coloso;
y del laurel triunfante coronado,
al poder y grandeza a que es llamado,
se adelanta con paso presuroso.

Intenta detenerle en su carrera
un opresor que el continente indiano
a nuevo yugo someter espera.

El rayo vengador toma en su mano
heroico Chile; y a la tierra entera
asombra el escarmiento del tirano.

* Da como de Bello este soneto, Miguel Luis Amunátegui Reyes, en *Nuevos estudios sobre don Andrés Bello*, p. 175. Debe de ser alusivo a la guerra de Chile contra la confederación peruano-boliviana, en 1839. (Comisión Editora. Caracas).

VIVA PERPETUAMENTE EN LA MEMORIA*

I

Viva perpetuamente en la memoria
el día en que la Patria vuelve a verte,
oh bandera de Chile, astro de gloria,
que sus valientes a las lides guía;
meteoro de muerte,
que al suelo derribó a la tiranía.

II

Cubra la sien del ínclito guerrero,
laurel que viva en todas las edades,
y que recuerde a Chile venidero
que fueron tres deidades
autoras de su gloria:
la Libertad, la Patria, y la Victoria.

III

Fieles hijos de Chile,
intrépidos guerreros,
¿quién no se inflama, al veros,
de generoso ardor?
Chile os fió su causa,

* Miguel Luis Amunátegui Reyes, publicó estos versos en *Nuevos estudios sobre don Andrés Bello*, p. 174-175. Los atribuye a Bello. Iban dedicados al general Manuel Bulnes, vencedor de la batalla de Yungay (20 de enero de 1839). Se publicaron en *El Araucano*, 20 de diciembre de 1839. Rectificamos el texto, de acuerdo con la primera publicación. (Comisión Editora. Caracas).

su espada, sus pendones,
y le traéis blasones,
trofeos, fama, honor.

IV

La prenda que partiendo
a vuestra Patria disteis,
valientes redimisteis,
en una y otra lid.
Volvéis al fin triunfantes,
volvéis a su regazo;
su maternal abrazo,
guerreros, recibid.

MARINO FALIERO*

(Traducción de Byron. Fragmento).

ACTO PRIMERO

La cámara ducal

ESCENA PRIMERA

Marino Faliero, Bertuccio Faliero

MARINO

—¿No ha vuelto el mensajero todavía?

BERTUCCIO

—No, Señor; aún no ha vuelto. Congregada
la señoría de Venecia, juzga
al acusado Esteno; y en acuerdo
secreto, delibera.

MARINO

—¿Y tarda tanto

* Miguel Luis Amunátegui, en la *Introducción* a las *Poesías* (O. C. III, p. xl) explica que Bello tradujo sólo una parte de la tragedia *Marino Faliero*, de Lord Byron. Dice transcribirla de "un borrador casi ininteligible". Da el texto a continuación (*id.* p. xli-li). Debe de fecharse en 1840. Algunos endecasílabos son defectuosos, pero no nos es dado enmendarlos.

Respetamos el texto dado por Amunátegui, por cuanto que dice reproducirlo del manuscrito original, pero las diferencias son tan considerables, respecto a la obra inglesa, que más que traducción, debe pensarse en un intento de adaptación, emprendido por Bello. En el texto no hay sino una tercera parte del primer acto con cambios de escenas, trastrueques de personajes, y simplificación del diálogo. Con frecuencia se atribuyen partes de éste a personajes distintos a los que están hablando en la obra de Byron. Como el sentido de la obra se mantiene, es posible que todo ello se deba a la adaptación hecha por Bello. (Comisión Editora. Caracas).

la deliberación? ¡Oh, cómo angustia
esta mortal incertidumbre el pecho!

BERTUCCIO

—¿Qué teméis? El senado hará justicia.

MARINO

—¡Justicia!... Sí... La misma que la corte
de los abogadores, que la causa
le cometieron, porque en ella fuesen
árbitros los amigos y parciales
de mi ofensor.

BERTUCCIO

—Ni aun ellos osarían
proteger al culpable. Una indulgencia
tan criminal, oprobio fuera eterno
al nombre de Venecia y a las leyes.

MARINO

—¿Aún no conoces a Venecia? ¿Ignoras
de sus patricios el carácter? ¿Juzgas...?
Pero su fallo ha de saberse en breve.

BERTUCCIO

—Sin causa, vuestra alteza desconfía.
Venecia vió el delito, y lo detesta.
No osa negarlo el reo; ni el senado
a tanto alcanza, que absolverle pueda
contra el común sufragio, y con desdoro
de la suprema autoridad.

MARINO

—Vicencio,
¿qué nuevas traes?

ESCENA SEGUNDA

Marino Faliero, Bertuccio Faliero, Vicencio.

VICENCIO

—Gran señor, me manda
a avisaros la noble señoría
que ha pronunciado la sentencia; y luego
que en forma esté, será con el debido
honor y sumisión notificada
a vuestra alteza.

MARINO

—¡Ah!, sí. Conmigo siempre
sumisa fué en extremo y respetuosa
la señoría. ¿Mas, por fin, el fallo
dices que pronunció?

VICENCIO

—Señor, acaba
de pronunciarlo.

MARINO

—Y ¿qué falló?

VICENCIO

—Lo ignoro;
secreto fué el acuerdo.

MARINO

—Pero suele
algo de entre las sombras que rodean
a la justicia traslucirse; un sordo
murmurio, un aire grave, una mirada
a un ojo perspicaz revelar suelen
lo que la lengua calla. Los patricios
al fin son hombres... respetables, justos,
sabios, cuanto se quiera... y silenciosos
tanto como la tumba que devora

las víctimas que juzgan; mas con todo
algo pudo el aspecto revelarte,
algo los gestos y el silencio mismo.
¿Nada alcanzaste a percibir?

VICENCIO

—No estuve
más que un momento a vista del senado,
ni del decreto de los jueces pude
columbrar un indicio; y más del reo
Miguel Esteno hallándome tan cerca
que...

MARINO

—Pues ¿viste al menos el semblante
de ese Miguel Esteno? ¡Acaba!

VICENCIO

—Al verle
me pareció sereno, resignado
a la sentencia;... mas aquí la trae,
si no me engaño, el secretario.

ESCENA TERCERA

Marino Faliero, Bertuccio Faliero, Vicencio, Secretario.

SECRETARIO

—Al noble
Faliero, de Venecia ínclito jefe,
el tribunal de los Cuarenta envía
salud, honor; y espera que se digne
su alteza echar la vista sobre el fallo
que acaba de librar contra el patricio
Miguel Esteno por la grave culpa
de que su alteza le acusó. El rescripto
helo aquí.

MARINO

—Retírate. Tú, Vicencio,
déjame solo un breve instante.

ESCENA CUARTA

Marino Faliero, Bertuccio Faliero.

MARINO

—Toma,
Bertuccio, este papel. Siento turbarse
mis ojos, y fijar en él no puedo
la vista oscurecida.

BERTUCCIO

—¡Amado tío!
tened valor. ¿De qué tembláis? ¿Qué extraño
temor es ése?

MARINO

—Acaba, lee. . .

BERTUCCIO

—Decreta
conformemente que Miguel Esteno,
que por su propia confesión la noche
del carnaval grabó sobre la silla
ducal estas palabras injuriosas. . .

MARINO

—¿A repetirlas vas? ¿A repetirlas?
¡Tú, mi sobrino! ¿Mancharás tu labio
con la deshonra de la noble casa,
afrentada en su jefe, el primer jefe,
el duque de Venecia? Lee tan sólo
de mi ofensor la pena.

BERTUCCIO

—Perdonadme.
Ya os obedezco. "Un mes de arresto impone
para castigo de su culpa al reo
Miguel Esteno".

MARINO

—Sigue pues; ¿qué tardas?

BERTUCCIO

—Señor, no hay más.

MARINO

—¿No hay más? ¿Es eso todo?
¿Sueño? ¿Deliro? . . . Es falso . . . Es imposible.
Dame el papel... "Un mes de arresto"... Amigo,
sosténme.

BERTUCCIO

—Serenaos. No desmaye
en tan leve ocasión vuestra constancia.
Sentaos, noble duque, mientras llamo
la servidumbre a que os atienda y sirva.

MARINO

—Detente, ya pasó.

BERTUCCIO

—Negar no puedo
que es el castigo demasiado leve
para una culpa que a Venecia toda
ultrajó en vos; y que injusticia ha sido
dar a tamaño agravio tan mezquina
satisfacción; pero un recurso os queda;
juntad de nuevo el tribunal, o tornad
a los abogadores el proceso,
que, si antes a la causa se negaron,
al ver que se os rehusa hacer justicia,
anularán el fallo, y de las leyes
vindicarán la majestad violada.
¿No lo juzgáis así? . . . Pero, suspenso,
¿no me escucháis? Los ojos a la tierra
tenéis clavados; y a las voces mías
¿no dais oído? ¡Noble duque!

MARINO

—¡Al cielo
pluguiese que en San Marcos de Venecia
hoy los pendones turcos tremolaran!
De esta suerte, homenaje les haría.

BERTUCCIO

—Por Dios, por vuestro honor, por vuestra fama,
volved en vos.

MARINO

—¡Que no flotara ahora
la escuadra genovesa en estas aguas!
¡Que no cercaran el ducal palacio
las enemigas hordas de los hunos
que en Zara derroté!

BERTUCCIO

—No, no convienen
señor, razones tales en los labios
del duque de Venecia.

MARINO

—¿Dónde, dónde
el duque de Venecia está, que quiero
invocar su justicia? Si ya duque
de Venecia no soy, soy hombre al menos.
Hubo en Venecia duque; ya ese nombre
es un sonido vano; vano, he dicho.
Ya es solamente un título de oprobio.
El más desamparado, el más humilde,
el más vil e injuriado de los hombres,
el que mendiga de una puerta en otra
el alimento, si no le halla en ésta,
puede tal vez, tocando a la vecina,
ser socorrido; mas aquel que pide
justicia a los que deben ampararle
en su derecho, y no la alcanza, es pobre
más que el mendigo que de ajena mano
recibe el pan amargo del desprecio;
es un esclavo, un abatido esclavo;

y tal soy yo; tal eres tú, Bertuccio;
tal es mi casa y mi familia toda
desde este instante. El orgulloso noble
puede escupirme el rostro, y el más bajo
ganapán señalarme con el dedo.
Y ¿a quién apelaremos?

BERTUCCIO

—A las leyes.

MARINO

—¡Triste recurso! Yo busqué el remedio
en la ley sola. No pedí venganza
sino a la ley. Reconocí por jueces
los que las leyes dan al injuriado.
Supremo jefe de Venecia, ocurro
como suplicante a los que darme deben,
no tan sólo atención, sino obediencia,
a los que esta corona me ciñeron,
que hoy cubren de ignominia... y ¿qué he logrado?
Puesta de su justicia en la balanza,
la avilantez de ese patricio indigno
tuvo más peso que mi nombre ilustre,
que su propia elección, que los honores
de esta alta dignidad, que estos cabellos
canos, que estas honradas cicatrices,
que todas mis fatigas, ansias, penas
por la salud y gloria de la patria,
que la sangre y sudor de cincuenta años...
Y ¿he de sufrirlo?

BERTUCCIO

—No soy yo por cierto
el que resignación os aconseje.
Si se rechaza vuestra instancia, entonces
apelaremos a otros medios.

MARINO

—Basta.
¿Tú me aconsejas apelar, Bertuccio?
¿Tú mi sobrino? ¿Tú, renuevo ilustre

del tronco de Faliero, de aquel tronco
que ha dado ya tres duques a Venecia?
Pero bien dices: la humildad conviene
a mi nueva situación.

BERTUCCIO

—Señor, raya
vuestro dolor en un culpable exceso.
Torpe la afrenta ha sido, y torpe el fallo
que impune la dejó; mas esa furia
no guarda proporción con el agravio,
ni con agravio alguno. Si os ha hecho
injuria la sentencia reclamemos;
y si satisfacción se nos rehusa,
busquémosla, señor, por nuestra mano;
mas con serenidad, cordura y pulso.
¡Silencio!... y a vengarnos. Soy mancebo.
Amo la casa vuestra; amo su lustre.
Miro éste en el apoyo de mi tío,
mi jefe, mi tutor; mas, aunque admito
en parte la razón de vuestro enojo,
el verlo me horroriza.

MARINO

—¿Conque es fuerza
decirte lo que hubiera sin mis voces
entendido tu padre? ¿Sólo el golpe
material que lastima al cuerpo, sientes?
¿Tienes orgullo, bríos, alma, honra?

BERTUCCIO

—La vez primera es ésta que osó nadie
poner mi honor en duda, y la postrera
sería, si otro fuera el que dudara.

MARINO

—Tú sabes de qué suerte ese patricio
osó manchar la pura honra... ¡oh cielos!...
de mi mujer... de lo más caro y santo,
lo más precioso en el honor del hombre.

Pero, ¿no sabes tú, no saben todos
que fué la imputación libelo infame?
Al honor de una esposa aun el aliento
de la sospecha y la calumnia empaña.
Y si en esa inocente criatura,
yo no lavé la mancha de mi nombre,
fué porque hermosa y joven, a un anciano
recibió por esposo.

BERTUCCIO

—Y ¿qué castigo
satisfaceros pudo?

MARINO

—¿Cuál? ¡La muerte!
¿No era yo soberano de Venecia,
insultado en su trono, hecho el ludibrio
de los que obedecerme deberían,
amancillado como esposo? ¡Y vive!

BERTUCCIO

—Antes que el sol se oculte en el ocaso,
dejará de vivir: yo os lo prometo.
Confiadme, señor, vuestra venganza;
y sosegaos.

MARINO

—¡No, detente! Hubiera
bastado ayer ese recurso. Ahora
de nada sirve. No es Miguel Esteno
el que me ofende torpe. Ni lavara
una vida tan vil como la suya
ofensa tal. No temas; tendrás luego
una ocasión en que probar que corre
la sangre de Faliero por tus venas.
Mas no mi ofensa olvides entre tanto.
Negra en tus sueños se te muestre; negra,
cuando los ojos abras, se interponga
entre ellos y la luz, como la nube
de mal agüero enluta la mañana.

¿NO ES ÉSTE EL SUELO QUE MI DÉBIL PLANTA...*

(Traducción de PETRARCA)

"¿No es éste el suelo que mi débil planta
holló primero? ¿No es aquéste el nido
en que tan dulcemente fuí mullido?
¿No es aquésta la santa
tierra natal, madre benigna y pía
que cubre de mi padre los despojos?"
¡Por Dios! Esto la suerte
tal vez os mueva; y con piadosos ojos
mirad el duelo de la triste gente
que sólo de coronas
paz y descanso espera...

* Lectura de manuscrito hasta ahora inédito. Corresponde a la época de Bello en Chile. Por el tipo de letra podría fecharse alrededor de 1840. Es traducción de los versos 81-91 del poema de Petrarca *"Italia mia; ben che'l parlar sia indarno"*. En la misma hoja y con idéntica letra aparece una nota relativa a testamentarías. Dice: "1º Abolir la diferencia entre los testamentos y los codicilos. Se evita la cláusula codicilar; puede haber muchos testamentos. 2º Se puede morir parte testado y parte intestado". (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

4. Primera redacción:

¿No es aquésta, decid, la patria mía,

9. Empezó la redacción:

mirad el secreto de la triste

10-11. Otras redacciones:

que de coronas espera

que espera de coronas solamente
paz y descanso...

FUESE LUCILIO ENHORABUENA *

(Traducción de HORACIO, fragmento)

. . .Fuese Lucilio enhorabuena
festivo y elegante, y sus escritos
puliese más que el padre de este nuevo
género de poemas, que la musa
griega nunca tentó, mas él si hubiese
por decreto del cielo florecido
en nuestra edad, a muchos de sus versos
aplicara la lima.

* Traducción de Horacio, Sátira 10, Libro I, citada en *Análisis Ideológica de los tiempos de la conjugación Castellana.* Según afirma Marcelino Menéndez y Pelayo (*Horacio en España*, 3ª edición, Madrid, 1926, tomo I, p. 379) parece que Bello tradujo entera esta Sátira. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

EL INCENDIO DE LA COMPAÑÍA *

CANTO ELEGÍACO

I

Santa casa de oración,
templo de la Compañía,
que a plegaria y a sermón
llamas de noche y de día
la devota población;

¿Qué esplendor, qué luz es ésta
que sobre ti se derrama?
No es luz de nocturna fiesta;
es devastadora llama;
es una pira funesta.

Ni es sonido de alegría
el que por los aires corre;
ayes son esos que envía
envuelta en humo tu torre;
son gemidos de agonía.

Jamás con furor tan ciego,
prendió escondida centella;
vióse breve lumbre; y luego
a grande altura descuella
una cúpula de fuego.

* Se publicó en folleto, en Santiago, imprenta del Estado, julio de 1841. M. L. Amunátegui anota en O. C. III, p. 115, al publicar el poema: "Un incendio consumió, en la noche del 31 de mayo de 1841, el antiguo templo de los jesuítas en Santiago de Chile". (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

15. El toque a fuego en las campanas de la iglesia incendiada. (N. DE BELLO).

Raudo volcán se me antoja,
que aglomera nube a nube
de humareda parda y roja,
y ya hasta los cielos sube,
y encendida lava arroja.

Cual león que descuartiza
descuidada presa hambriento,
tal, encrespado se eriza,
tal ruge el fiero elemento,
que te reduce a ceniza.

Aunque el pueblo te circunde
a socorrerte anhelante,
rápido el incendio cunde,
y hasta el cerro más distante
terrífica luz difunde;

Y en cuanto la vista abraza,
tiñen medrosos reflejos
toda calle y toda plaza,
y aun contemplados de lejos
espanto son y amenaza.

Una visión gigantea
que negras alas agita,
en lo alto revolotea;
soplando, el incendio irrita;
y sacude humosa tea.

¿Será aquel ángel, al pozo
de perdición derrocado,
a quien la miseria es gozo?
Sobre su rostro eclipsado,
vislumbra horrendo alborozo.

Ya del techo, alta diadema
de fuego, lluvia desciende
ardiente, que alumbra y quema
la vasta nave, y se extiende
con voracidad extrema.

¡Virgen! si compadecida
te halló siempre el ruego humano,
detén la fiera avenida;
tiende el manto soberano
sobre tu mansión querida;

Sobre tu bella morada,
donde con ardientes votos
has sido siempre invocada;
donde mil labios devotos
te llamaron abogada.

Y tú, ¿puedes tolerar
que así las llamas te ultrajen,
Santo Arcángel titular?
¿Se cebarán en tu imagen?
¿Harán pavesas tu altar?

Nada aplaca su furor;
la destrucción es completa;
arde todo en derredor;
aun a su Dios no respeta
el fuego consumidor.

II

Y a ti también te devora,
centinela vocinglero,
atalaya veladora,
que has contado un siglo entero
a la ciudad, hora a hora.

Diste las nueve, y prendida
estabas viendo la hoguera
en que iba a expirar tu vida;
fué aquélla tu voz postrera,
y tu última despedida.

Cuando sellaba tu suerte
ese fatídico acento,
¿quién imaginó perderte,

68. La iglesia de la Compañía tuvo el título de San Miguel Arcángel. (N. DE BELLO).

y que en las alas del viento
iba la voz de la muerte?

Paréceme que decías:
"¡Adiós, patria! El cielo ordena
que no más las notas mías
desenvuelvan la cadena
de tus horas y tus días.

"Mil y mil formas miré
nacer al aura del mundo,
y florecer a mi pie,
y descender al profundo
abismo de lo que fué.

"Yo te vi en tu edad primera
dormida esclava, Santiago,
sin que en tu pecho latiera
un sentimiento presago
de tu suerte venidera.

"Y te vi del largo sueño
despertar altiva, ardiente,
y oponer al torvo ceño
de los tiranos, la frente
de quien no conoce dueño.

"Vi sobre el pendón hispano
alzarse el de tres colores;
suceder a un yermo un llano
rico de frutos y flores;
y al esclavo el ciudadano.

"¡Santiago, adiós! Ya no más
el aviso diligente
de tu heraldo fiel oirás,
que los sordos pasos cuente
que hacia tu sepulcro das.

"¡Adiós! Llegó mi hora aciaga,
como llegará la tuya.
No hay cosa que no deshaga
el tiempo, y no la destruya;
aún a los imperios traga".

III

El ángel que guarda y vela
a nuestra patria naciente,
ya que el incendio encarcela,
mustio, la mano en la frente,
al empíreo coro vuela.

Sacióse en el templo santo
el fuego; cesó el bullicio;
duerme la ciudad; y en tanto
en torno al trunco edificio
reina silencioso espanto.

Realza una opaca y fea
lumbre el horror y el asombro;
frío norte el humo ondea;
algún denegrido escombro
acá y allá centellea.

Entre la vasta rüina,
tal vez despierta y se encumbra
llamarada repentina,
que fantástica relumbra,
y todo el templo ilumina;

Mas otra vez se adormece;
y solamente la luna,
cuando entre nubes parece,
sobre el arco y la coluna
luminosa resplandece.

Y con pasmado estupor,
reciben nave y capilla
este tan nuevo esplendor,
lámpara sola que brilla
ante el Arca del Señor.

Y ya, si no es el graznido
de infelice ave nocturna
que busca en vano su nido,
o del aura taciturna
algún lánguido gemido,

O las alertas vecinas,
o anunciadora campana
de las preces matutinas,
o la lluvia que profana
las venerables rüinas,

Y bate la alta muralla,
y los sacros pavimentos,
triste campo de batalla
de encontrados elementos;
todo duerme, todo calla.

IV

Cuando, a vista de un estrago,
dolorido el pecho vibra,
¿hay un sentimiento vago
que nos alienta; una fibra
que halla en el dolor halago?

¿Es un instinto divino,
que cuando rompe y cancela
la fortuna un peregrino
monumento, nos revela
más elevado destino?

¿O con no usada energía
despierta en tu seno el alma
y bulle la fantasía,
Noche oscura, muerta Calma,
solemne Melancolía?

Yo no sé, en verdad, qué sea
lo que entonces la trasporta;
absorbida en una idea,
los terrenos lazos corta,
y libremente vaguea.

Y no es un descolorido
bosquejo lo que elabora,
que al pensamiento embebido
el *antes* se vuelve *ahora*,
y la memoria, sentido.

Las antiguas tradiciones
toman colores reales,
y quebrantan las prisiones
de las arcas sepulcrales
difuntas generaciones.

¿Qué nuevo rumor se advierte?
¿Qué insólito murmurar?
¿Qué voz turba de esta suerte
el silencio secular
de ese asilo de la muerte?

En sus lechos se incorporan
las heladas osamentas;
de los nichos en que moran
bajan sombras macilentas;
negras ropas las decoran.

Grima me da, cuando miro
la procesión, que la grada
monta del hondo retiro,
y en dos filas ordenada,
hace en torno un lento giro.

Va a su cabeza un anciano;
una blanca mitra deja
asomar su pelo cano.
Cantan, y el canto semeja
sordo murmullo lejano.

Mueven el labio, y después
desmayados ecos gimen;
la luna pasa al través
de sus cuerpos; y no imprimen
huella en el polvo sus pies.

No, no es cosa de este mundo,
ni es lustre de ojos humanos,
el de aquel mirar profundo;
sendas hachas en sus manos
dan un brillo moribundo.

216. El obispo don Juan Melgarejo, sepultado en el cementerio de la Compañía. (N. de Bello).

Y cuando atender se quiere
a lo que en el aire zumba
y en tristes cadencias muere,
se oye el cantar de la tumba,
el lúgubre *Miserere.*

"El brazo airado detén,
muestra benigno el semblante,
¡Sumo Autor de todo bien!
para que otra vez levante
sus muros Jerusalén".

V

Pero ya rayó la aurora,
y a su luz, cada vez más
la visión se descolora,
y al fin, como un leve gas,
por el aire se evapora.

Sobre la gran cordillera,
sube el primer sol de junio,
y apresura (cual si huyera
de ver tamaño infortunio)
entre nubes su carrera.

¡Ah! lo que ayer parecía
fábrica eterna, ¿quién pudo
adivinar que hoy sería
tostados leños, desnudo
paredón, ceniza fría?

Entre el pavor y el respeto
contempla el vulgo curioso
(¡horrible y mísero objeto!)
de lo que fué templo hermoso
el mutilado esqueleto.

236-240. Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut aedificentur muri Jerusalem. (Psalm. 50, v. 19). (N. DE BELLO).

No brilla la antorcha clara;
no arde el incienso süave;
polvo inmundo afea el ara...
mas ¿por qué en lo menos grave
el pensamiento se para?

El Tabernáculo Santo...
Tu rostro en la tierra humilla,
¡Jerusalén! rasga el manto;
por tu pálida mejilla
hilo a hilo corra el llanto.

Prendió llama, llama insana,
el Señor; y dió al olvido
la fiesta de la semana;
y su tienda ha demolido,
y desechó su peana.

Callan, ¡ay!, eternamente
la iglesia, la torre, el coro;
calló el rezo penitente;
calló el repique sonoro;
calló el púlpito elocuente.

La voz del himno ha cesado;
duelo cubre y confusión
al sagrario desolado;
y la hija de Sïon
es un cadáver tiznado.

269-275. Non est recordatus scabelli pedum suorum, etc. (Jerem., *Thren.* II 1, 2, 3, 6). (N. DE BELLO).

EL DIEZ Y OCHO DE SETIEMBRE *

I

Diez y ocho de Setiembre, hermosa fiesta
de Chile, alegre día,
que nos viste lanzar el grave yugo
de antigua tiranía;

Cánticos te celebren de victoria,
que blanda el aura lleve
desde la verde playa hasta las cumbres
coronadas de nieve.

Desde el desierto en que animal ni planta
viven, y sólo suena
la voz del viento, que silbando empuja
vastas olas de arena,

Hasta donde la espuma austral tachonan
islas mil, de la dura
humana ley exentas, paraísos
de virginal verdura,

El *Diez y ocho* se cante *de Setiembre;*
y en la choza pajiza,
en el taller, en la estucada sala
que la seda tapiza;

A su loor alborozados himnos
canora fama siembre,

* Se publicó en *El Araucano*, de 24 de setiembre de 1841. (Comisión Editora. Caracas).

y bulliciosos ecos le respondan:
Diez y ocho de Setiembre.

II

Cual águila caudal, no bien la pluma
juvenil ha vestido,
sufre impaciente la prisión estrecha
de su materno nido,

Y dócil al instinto vagoroso
que a elevarse atrevida
sobre la tierra, y a explorar los reinos
etéreos la convida,

Las inexpertas alas mueve inquieta,
y enderezada al cielo
la vista, al fin se lanza, y ya por golfos
de luz remonta el vuelo;

Así el pecho sentiste, patria mía,
latir con denodados
bríos de libertad, y te arrojaste
a más brillantes hados;

Así el día inmortal, de que hoy tus hijos
bendicen la memoria,
intrépida te vió, sublime, altiva,
campos buscar de gloria.

III

"No más, dijiste, un generoso pueblo
dormite en ocio muelle;
ser libre jure; y con su sangre el voto,
si es necesario, selle.

"Bramarán los tiranos; guerra y luto
decretarán traeros,
y convertir en servidumbre eterna
los recobrados fueros.

"Pero ¿cuándo en las lides la victoria
no ha coronado al fuerte,
que a la ignominia de servil cadena
antepuso la muerte?

"Que si al tirano alguna vez sonríe
la fortuna indecisa,
múdase presto en afrentoso escarnio
la halagüeña sonrisa;

"Y semejante al pueblo poderoso
que sojuzgó la tierra,
perdió la libertad muchas batallas,
pero ninguna guerra".

Dijiste, y el sagrado juramento
en simultáneo grito
sonó, y en los chilenos corazones
fué para siempre escrito.

IV

¡Día feliz! Cuando asomó la aurora
sobre la agigantada
cabeza de los Andes, y la diuca
te cantó la alborada;

Dime, ¿qué nuevas hojas en el libro
que de pueblos y gentes
contiene en caracteres inefables,
destinos diferentes;

Qué nuevas hojas desvolvió la mano
eterna? ¿Qué guardadas
eras del porvenir chileno, abrieron
sus páginas doradas?

¿Qué nobles hechos de alentado arrojo,
o de valor sereno,

71. *Fringilla Diuca.* Ave pequeña de color turquí, según el abate Molina: "su canto es delicioso, especialmente al amanecer, viviendo alrededor de las casas . ." (N. de Bello).

de patrio amor y de virtud constante,
llevabas en tu seno?

Los innatos derechos proclamados,
del hombre; la española
corona hollada, y concedido el cetro
a la ley santa sola;

De dos pueblos nacientes, ya en el brío
y en la esperanza grandes,
al choque impetüoso quebrantada
la valla de los Andes;

Los campales trofeos, que decoran
allá el monte, acá el llano,
y los que, hendido de chilenas quillas,
vió absorto el oceano,

Y los que, cuando nada en Chile resta
que no ceda y sucumba,
dos veces vindicaron de los Incas
la profanada tumba;

Tales ejemplos de valor tu seno
fecundo contenía,
¡Diez y ocho de Setiembre, memorable
y bienhadado día!

Como la colosal futura palma
tierno germen oculta,
que será de los campos ornamento
cuando descuelle adulta,

Y contrastar sabrá de procelosos
huracanes la guerra,
y dará fruto sazonado, y sombra
tutelar a la tierra.

V

Crece así tú, ¡querida patria! crece,
y tu cabeza altiva
levanta, ornada de laurel guerrero,
y fructüosa oliva.

Y florezca a tu sombra la fe santa
de tus padres; y eterna
la libertad prospere; y se afiance
la dulce paz fraterna;

Y en tu salud y bienestar y gloria,
con la mente y la mano,
trabajen a porfía el rico, el pobre,
el joven, el anciano;

El que con el arado te alimenta,
o tus leyes explana,
o en el sendero de las ciencias guía
tu juventud lozana,

O con las armas en la lid sangrienta
defiende tus hogares,
o al infinito Ser devoto incienso
ofrece en tus altares.

VI

Pero del rumbo en que te engolfas mira
los aleves bajíos,
que infaman los despojos miserables
¡ay! de tantos navíos.

Aquella que de lejos verde orilla
a la vista parece,
es edificio aéreo de celajes,
que un soplo desvanece.

Oye el bramido de alterados vientos
y de la mar, que un blanco
monte levanta de rizada espuma
sobre el oculto banco;

Y de las naves, las amigas naves,
que soltaron a una
contigo al viento las flamantes velas,
contempla la fortuna.

¿Las ves, arrebatadas de las olas,
al caso extremo y triste

apercibirse ya?... Tú misma, cerca
de zozobrar te viste.

VII

A tus consejos, a tu pueblo, sabia
moderación presida;
y a la insidiosa furia, cuyo aliento
emponzoña la vida,

Que de la libertad bajo el augusto
velo esconde su fea
lívida forma, y el puñal sangriento,
y la prendida tea,

No confundas, incauta, con la virgen
hermosa, pudibunda,
a quien el iris viste, a quien la frente
fúlgida luz circunda;

Nodriza del ingenio y de las artes,
de la justicia hermana,
que fecunda y alegra y ennoblece
la sociedad humana.

Así florecerás, patria querida:
tus timbres venideros
así responderán a los ensayos
de tu virtud primeros.

Y, del héroe a quien dió del Santa undoso
la enrojecida orilla
eterno lauro, el héroe que hoy ensalzas
a la suprema silla,

Pasando el grave cargo, en glorïosa
serie, de mano en mano,
madre serás de gentes, que tu suelo,
antes fecundo en vano,

Densas habitarán, libres, felices;
y con más alegría
cantarán cada nuevo aniversario
de este solemne día.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA DOÑA ENRIQUETA PINTO DE BULNES*

A plantar mis versos van
en este bello jardín
una flor; no es tulipán,
no es diamela, es un jazmín:
el jazmín del Tucumán;

El que su tapiz ameno
tendió a Enriqueta en su cuna,
y vino de aromas lleno,
imagen de su fortuna,
al suelo feliz chileno.

Me encanta, flor peregrina,
esa tu actitud modesta;
el que te ve se imagina
ver una joven honesta,
que el rostro a la tierra inclina.

Bella flor, y ¿a qué pincel
debiste tu nieve hermosa?
A tu lado, en el vergel,
vulgar parece la rosa,
y presumido el clavel.

Esa nítida blancura
con que la vista recreas,

* Asegura M. L. Amunátegui, (*O. C. III, Introducción*, p. lxxviii) que el poema fué compuesto en 1841, pero que permaneció inédito hasta su inserción en *Juicio Crítico*. 1861. (Comisión Editora. Caracas).

21. En *Juicio Crítico, 1861*, este verso se lee:
Esa tímida blancura

sin duda te dió natura
para que símbolo seas
de una alma inocente y pura;

De una alma en cuyo recinto
no ardió peligrosa llama,
y que, por nativo instinto,
sólo nobles hechos ama,
cual la de Enriqueta Pinto...

Mas, Enriqueta, tú quieres
la verdad en un ropaje
más natural, y prefieres
sus acentos al lenguaje
de que gustan las mujeres.

Te enfadan alegorías;
desprecias vanas ficciones;
niña aún, te divertías
en instructivas lecciones,
no en frívolas poesías.

Dejemos los oropeles
a labios engañadores
de almibarados donceles;
otras niñas buscan flores;
a ti te agradan laureles.

Oye, pues, querida mía,
la voz ingenua y sincera,
que en fe de su amor te envía
una alma que considera
suya propia tu alegría.

¡Con qué júbilo afectuoso
contemplo esa unión felice,
nudo santo y amoroso,
que tantos bienes predice
a la esposa y al esposo!

¡Quiera fecundarla el cielo
con renuevos que den gloria
y grandeza al patrio suelo,

y le acuerden la memoria
o del padre o del abuelo!

Y cual corre fuente pura
entre lirios y azahares,
así corra la ventura
siempre exenta de pesares
de tu existencia futura.

O si la dicha terrena
tasa el Autor soberano
de la vida; si El ordena
que des al destino humano
tu contribución de pena,

Hija, esposa y madre, amor
en ti consuelos derrame,
y te vuelva la interior
serenidad, y embalsame
las heridas del dolor.

Y perdona, niña, a un viejo,
que, como triste graznido
de buho, en nupcial festejo,
te hace oír el desabrido
duro acento del consejo.

Vanidad y afectación
jamás tu candor empañen;
y en toda voz, toda acción,
como suelen, te acompañen
cordura y moderación;

Que en la fortuna más alta
es el mérito modesto
oro que a la seda esmalta;
y en un envidiado puesto
con más esplendor resalta.

LAS FANTASMAS*

IMITACIÓN DE LAS *ORIENTALES* DE VICTOR HUGO

I

¡Ah, qué de marchitas rosas
en su primera mañana!
¡Ah, qué de niñas donosas
muertas en edad temprana!
Mezclados lleva el carro de la muerte
al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

Forzoso es que el prado en flor
rinda su alegre esperanza
a la hoz del segador;
es forzoso que la danza
en el gozo fugaz de los festines
huelle los azahares y jazmines;

Que, huyendo de valle en valle,
sus ondas la fuente apure;
y que el relámpago estalle,
y un solo momento dure;
y el vendaval que perdonó a la zarza
la fresca pompa del almendro esparza.

El giro fatal no cesa:
la aurora anuncia el ocaso.

* Publicado por primera vez en *El Museo de Ambas Américas*, editado en Valparaíso por Juan García del Río, antiguo compañero de Bello en Londres. Se insertó en el tomo I Nº 11, de 18 de junio de 1842. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

En torno a espléndida mesa,
jovial turba empina el vaso;
unos apenas gustan, y ya salen;
pocos hay que en el postre se regalen.

II

¡Murieron, murieron mil!
la rosada y la morena;
la de la forma gentil;
la de la voz de sirena;
la que ufana brilló; la que otro ornato
no usó jamás que el virginal recato.

Una, apoyada la frente
en la macilenta palma,
mira al suelo tristemente;
y al fin rompe al cuerpo el alma;
como el jilguero, cuando oyó el reclamo,
quiebra, al tomar el vuelo, un débil ramo.

Otra, en un nombre querido,
con loca fiebre delira;
otra acaba, cual gemido
lánguido de eolia lira,
que el viento pulsa; o plácida fallece,
cual sonrïendo un niño se adormece.

¡Todas nacidas apenas,
y ya cadáveres fríos! . . .
palomas, de mimos llenas,
y de hechiceros desvíos;
primavera del mundo, apetecida
gala de amor, encanto de la vida.

¿Y nada dejó la huesa?
¿ni una voz? ¿ni una mirada?
¿tanta llama, hecha pavesa?
¿y tanta flor, deshojada?
¡Adiós! huyamos a la amiga sombra
de anciano bosque; pisaré la alfombra

De secas hojas, que crujan
bajo mi pie vagoroso...
Fantasmas se me dibujan
entre el ramaje frondoso;
a incierta luz siguiendo voy su huella,
y de sus ojos la vivaz centella.

¿He sido ya polvo yerto,
y mi sombra despertó?
¿Cómo ellas estoy yo muerto?
¿O ellas vivas, como yo?
Yo la mano les doy entre las ralas
calles del bosque; ellas a mí sus alas;

Y a su forma vaga, etérea,
mi pensamiento se amolda...
A do, meciendo funérea
colgadura, el sauce entolda
un blanco mármol, de tropel se lanzan;
y en baja voz me dicen: ¡ven!... y danzan.

Vanse luego paso a paso
por la selva, y de repente
desparecen... Yo repaso
la visión acá en mi mente,
y lo que entre los hombres ver solía,
reproduce otra vez la fantasía.

III

¡Una entre todas!... tan clara
la bella efigie, el semblante
me recuerdo, que jurara
estarla viendo delante:
crespas madejas de oro su cabello;
rosada faz; alabastrino cuello;

Albo seno, que palpita
con inocentes suspiros;
ojos, que el júbilo agita,
azules como zafiros;
y la celeste diáfana aureola
que en sus quince a las niñas arrebola.

Nunca en su pecho el ardor
de un liviano afecto, cupo;
no supo jamás de amor,
aunque inspirarlo sí supo.
Y si cuantos la ven, la llaman bella,
nadie al oído se lo dice a ella.

El baile fué su pasión,
y costóle caro asaz:
deslumbradora ilusión,
que pasatiempo y solaz
a todo pecho juvenil ofrece;
pero el de Lola embriaga y enloquece.

Todavía, cuando pasa
sobre su sepulcro alguna
nube de cándida gasa,
que hace fiestas a la luna,
o el mirto que lo cubre el viento mece,
rebulle su ceniza y se estremece.

La circular se le envía,
que para el baile la empeña;
y si piensa en él de día,
en él a la noche sueña;
vuélanle en derredor regocijadas
visiones de danzantes, silfos y hadas;

Y la cercan plumas, blondas,
canastillas y bandejas,
mué de caprichosas ondas,
crespón, de que las abejas
pudieran hacerse alas; cintas, flores,
tocas de formas mil, de mil colores.

IV

Ya llega... los elegantes
le hacen rueda; luce el rico
bordado; en los albos guantes
se abre y cierra el abanico.
Ya da principio la anhelada fiesta:
y sus cien voces desplegó la orquesta.

¡Qué ágil salta o se desliza!
¡Qué movimiento agraciado!
Sus ojos, bajo la riza
crencha del pelo dorado,
brillan, como dos astros en la ceja
de luz que el sol en el ocaso deja.

Todo en ella es travesura,
juego, donaire, alegría,
inocencia... En una oscura,
solitaria galería,
yo, que los grupos móviles miraba,
a Lola pensativo contemplaba...

Pensativo... caviloso...
y triste no sé si diga;
en el baile bullicioso,
el loco placer hostiga;
enturbia el tedio la delicia, y rueda
impuro polvo en túnicas de seda.

Lola, en la festiva tropa,
va, viene, revuelve, gira:
¡valse! ¡cuadrilla! ¡galopa!
no descansa, no respira;
seguir no es dado el fugitivo vuelo
del lindo pie, que apenas toca el suelo.

Flautas, violines, violones,
alegre canto, reflejos
de arañas y de blandones,
de lámparas y de espejos;
flores, perfumes, joyas, tules, rasos,
grato rumor de voces y de pasos,

Todo la exalta; la sala
multiplica los sentidos.
No sabe el pie si resbala
sobre cristales pulidos,
o sobre nube rápida se empine,
o en agitadas olas remoline.

V

¡De día ya!... ¿Cuánto tarda
la hora que al placer da fin?
Lola en el umbral aguarda
por la capa de satín;
y bajo la delgada mantellina,
cuela alevosa el aura matutina.

¡Ah! ¡qué triste tornaboda!
Risas, placeres, ¡adiós!
¡Adiós, arreos de moda!
Al canto sigue la tos;
al baile, ardor febril que la desvela,
dolor que punza, y respirar que anhela;

Y a la fresca tez rosada
la cárdena sigue luego;
y la pupila empañada
a la pupila de fuego.
Murió... ¡la alegre! ¡la gentil! ¡la pura!
¡la amada!... el baile abrió su sepultura.

Murió... la muerte la arranca
del abrazo maternal—
último abrazo— y la blanca
vestidura funeral
le pone, en vez del traje de la fiesta,
y es en un ataúd donde la acuesta.

Un vaso de flores lleno
guarda la escogida flor,
que prendida llevó al seno;
y aún conserva su color:
cogióla en el jardín su mano hermosa,
y se marchitará sobre su losa.

¡Pobre madre! ¡Qué distante
de adivinar su fortuna,
cuando la arrullaba infante,
cuando la meció en la cuna,
y con solicitud, con ansia tanta,
miró crecer aquella tierna planta!

¿Para qué?... Su amor, su Lola,
cebo del gusano inmundo,
amarilla, muda, sola,
en un retrete profundo
duerme; y si en clara noche del hibierno
interrumpe la luna el sueño eterno,

Y a solemnizar la queda
los difuntos se levantan,
y en la apartada arboleda
fúnebres endechas cantan;
en vez de madre, un descarnado y triste
espectro al tocador de Lola asiste.

"Hora es, dice, date prisa";
y abriendo los pavorosos
labios con yerta sonrisa,
pasa los dedos nudosos
de la descomunal mano de hielo
sobre las ondas del dorado pelo;

Y luego la besa ufano;
y de mustia adormidera
la enguirnalda; y de la mano,
la conduce a do la espera,
saltando entre las tumbas, coro aerio,
a la pálida luz del cementerio,

Y tras un alto laurel
la luna su faz recata,
sirviéndole de dosel
nubes con franjas de plata,
que el iris de la noche en torno ciñe,
y de colores opalinos tiñe.

VI

¡Niñas! no el placer os tiente,
que víctima tanta inmola;
mas tened, tened presente
a la malograda Lola;

la compañera hermosa, amable, honesta,
arrebatada al mundo en una fiesta.

Cercada estaba de amores,
gracia, beldad, lozanía,
y de todas estas flores
una guirnalda tejía;
y cuando en matizarla se divierte,
a esta dulce labor da fin la muerte.

A OLIMPIO*

IMITACIÓN DE VICTOR HUGO

I

¿Recuerdas, Olimpio, aquella
única amistad constante,
que no copió en su semblante
las mudanzas de tu estrella?

¿Aquel amigo, consuelo
que en la miseria ha dejado
a tu corazón llagado
por último bien el cielo?

Testigo de los azares
de la encarnizada lidia
en que te postró la envidia,
que hoy te abruma de pesares;

Así te dijo; — y en tanto,
una luz serena y clara
desarrugaba tu cara,
mojando la suya el llanto:

* Se insertó por primera vez en *El Museo de Ambas Américas*, tomo II, No. 16, Valparaíso, 20 de julio de 1842. (Comisión Editora. Caracas).

1. *Olimpio* es un patriota eminente denigrado por la calumnia, y que se consuela de la desgracia en las meditaciones de una filosofía indulgente y magnánima. No sabemos quién fuese el personaje que Victor Hugo se propuso representar bajo este nombre. En las revoluciones americanas, no han faltado *Olimpios*. (N. de Bello).

II

"¿Eres tú aquel cuya gloria
ensalzaron nobles plumas,
y miraban de reojo
mil envidias taciturnas?

"Acatábante en silencio
las gentes: la infancia ruda
a escucharte se paraba,
como la vejez caduca.

"Eras meteoro ardiente
que en una noche profunda
se lleva tras sí los ojos,
cuando por el cielo cruza.

"Y ahora, arrancada palma,
doblas tu cabeza mustia:
no te da apoyo la tierra,
no das al aire verdura.

"¡Cuántas frentes a la sombra
acostumbraba la tuya!
Y ahora, ¡qué de sonrisas
irónicas te saludan!

"Ajado está el bello lustre
de tu blanca vestidura;
los que galán te adoraron,
andrajoso, te hacen burla.

"La detracción en tu vida
clavó sus garras impuras;
es texto a malignas glosas
tu reputación difunta;

"Y como helado cadáver,
desfigurada, insepulta,
sabandijas asquerosas
por todas partes la surcan.

"Revelada por la llama
que a tu memoria circunda,
tu existencia es un terrero
que cuantos pasan insultan;

"Y cien silbadoras flechas
vienen a herirla una a una,
que en tu corazón inerme
hondas encarnan la punta.

"Y con festivos aplausos
cuenta el vulgo las agudas
heridas, y los dolores,
y las ansias moribundas;

"Como suelen bandoleros,
al ver la presa segura,
contar monedas y joyas
que reciente sangre enturbia.

"El alma, que de lo recto
era un tiempo norma augusta,
es ya como la taberna
que por la noche relumbra;

"A cuya reja se apiñan
curiosos, por si se escucha
el canto de locas orgias,
o de las riñas la bulla.

"Cortaron tus esperanzas,
flor de que nadie se cura,
manos crüeles, y al suelo
las dan en trizas menudas.

"Nadie te llora; tu suerte
ningún corazón enluta;
tu nombre es un epitafio
de desmoronada tumba;

"Y el que con dolor fingido
alguna vez lo pronuncia,
es como el que muestra escombros
de arruinada arquitectura,

"Que un tiempo adornaron jaspes,
y sustentaron columnas,
y ya malezas la cubren,
y vientos y aguas la injurian.

III

"Mas ¿qué digo? En la miseria
más elevado y sublime
te muestras a quien la altura
de tus pensamientos mide.

"Tu existencia, combatiendo
a los contrapuestos diques,
suena como el oceano
que asalta los arrecifes.

"Los que observaron de cerca
la lucha, vuelven y dicen
que, inclinándose a la margen,
vieron tremenda Caribdis;

"Mas puede ser que la vista,
calando ese abismo horrible,
la perla de la inocencia
en lo más hondo divise.

"Turba los ojos la niebla
de que pareces vestirte;
mas sobre ella un claro cielo
serenas lumbres despide.

"¿Qué importa al cabo que el mundo
contra tu entereza lidie,
alzando nubes de polvo,
que cualquier soplo dirige?

"Para juzgar, ¿qué derecho,
qué título nos asiste?

100. La *i* en sílaba final va muchas veces en asonancia con la *e*. Es frecuente esta sima en la época clásica.

109. Este verso ofrece variantes en diversos impresos:

¿Qué importa al fin, que el mundo
(Museo de Ambas Américas).

¿Y qué importa al fin, que el mundo
(Rojas Hermanos, 1881).

¿Qué objeto no es un enigma
para los ojos más linces?

"¿La certidumbre?... ¡Insensatos,
que imagináis tierra firme,
la que celajes vistosos
en vuestro discurso fingen!

"Así puede asirla el juicio
del hombre, como es posible
a la mano asir el agua
sin que presta se deslice.

"Moja apenas, y al instante
huye; y al pecho que gime,
y al ardiente labio, nada
deja que la sed mitigue.

"¿Es día? ¿Es noche? Los ojos
nada absoluto distinguen:
toda raíz lleva frutos;
y todo fruto raíces.

"Apariencias nos fascinan,
ya sombras densas contristen
la vista, o ya luminosos
colores la regocijen.

"Un objeto mismo a visos
diferentes llora y ríe:
por un lado, terso lustre;
por el otro, oscuro tizne.

"La nube en que el marinero
ve rota nave irse a pique,
para el colono es un campo
que doradas mieses rinde.

"¿Quién habrá que los misterios
del pecho humano escudriñe?
¿Quién, que las trasformaciones
varias de un alma adivine?

"Larva informe surca el lodo;
y tal vez mañana, libre
mariposa, alas de seda
despliegue, y aromas libe.

IV

"Pero tú penas; y ¿cómo
pudo ser que no penaras,
oh víctima sin ventura
de persecución villana?

"¿Tú, a quien la calumnia muerde
lo más sensible del alma?
¿Tú, en quien el sarcasmo agota
sus flechas enherboladas?

"Herido león, huiste
a la selva solitaria;
y allí memorias acerbas
te hacen más honda la llaga.

"A ellas entregado vives;
y ¡cuántas veces, ay, te halla
la noche en la actitud misma
en que te halló la mañana!

"¡Dichoso, cuando a la sombra
en que tu pecho descansa,
la sombra, de los que piensan
favorecida morada;

"Desde el alba hasta el ocaso,
desde el ocaso hasta el alba,
contemplando las facciones
del valle y de la montaña;

"Atento al tapiz musgoso
que las rocas engalana,
al sosiego de los campos,
o al tumulto de las aguas;

"A la lozana verdura
de yerbas jamás holladas,
o a la nieve que los montes
empinados amortaja;

"A la bostezante gruta
de tenebrosa garganta,

165. En el *Museo de Ambas Américas*, este verso se lee:
"Entregado a ellas vives;
y así lo publica *Rojas Hermanos, 1881.*

y de verde cabellera,
con florecida guirnalda;

"O a la mar, do las antorchas
del mundo su curso acaban,
que como un pecho viviente
respirando sube y baja;

"O siguiendo con los ojos
desde la arenosa playa,
al ligero esquife, alegre
depósito de esperanzas;

"Que las velas tiende y huye,
huye, y rompe la delgada
hebra que ata el duro pecho
del marinero a la patria;

"Sobre el risco, donde tantos
dispersos rumores vagan;
bajo la espesura umbrosa,
donde ni el silencio calla;

"A los ecos das un eco;
a las confusas palabras
de místicas armonías
vibra tu mente inspirada;

"Y concurres al inmenso
coro que todo lo abraza,
lo que remontado vuela,
y lo que humilde se arrastra;

"¡Coro de infinitas voces
que suspende y arrebata,
y en que la naturaleza
a todos los seres habla!

V

"Consuélate, que algún día,
y no distante quizás,
el imperio de las almas
a la tuya volverá;

"Y ha de verse, ante los ojos
más obcecados, brillar
con nueva luz, de tu frente
la nativa majestad;

"Como joyel, a que el polvo
deslustró la tersa faz,
nuevamente acicalado
para fiesta nupcial.

"En vano tus enemigos,
de la sátira mordaz
contra tu pecho inocente
aguzaron el puñal;

"Y divulgaron secretos
fiados a la amistad,
como quien derrama el agua
sobre el camino real.

"En vano, en vano su furia
humillada lanzarán
contra tu nombre, a manera
de enhambrecido chacal,

"Que, para saciar la rabia
de su apetito voraz,
desgarra la última carne
del hueso roído ya.

"Esos hombres que te ponen
piedras en que tropezar,
y de asechanzas te cercan,
no, no prevalecerán.

"Pasarán, como vislumbres
entre espeso matorral,
que a merced del viento corren,
y no dejan huella atrás.

"Te detestarán, sin duda,
con el rencor infernal
que alimenta contra el cielo
el pecho de Satanás;

"Pero las voces de muerte,
que como ardiente raudal
salen de su boca impía,
leve soplo extinguirá.

"Mira entre tanto con ojos
de generosa piedad
a los que de un bajo instinto
arrastra el poder fatal;

"A los que, en densa ignorancia
sumidos, no ven rayar
celeste albor, que ilumine
su mísera ceguedad;

"Que llaman luz a la sombra,
y bonanza al huracán,
y andan a tientas, sin rumbo,
sin ley, sin fe, sin altar;

"Al soberbio que levanta
contra el débil el procaz
estrépito del torrente,
demolido el valladar;

"A la mujer seductora,
desamorada beldad,
a quien la sonrisa, estudio,
a quien es arte el mirar;

"Y en cuyo ropaje, suelto
a los vientos, redes hay,
redes, que prenden las almas
en dura cautividad;

"Al ambicioso que trepa
sobre el ambicioso, a par
de la hiedra, que a sí misma
entretejiéndose va;

"A la turba lisonjera
que rinde a cada deidad
efímera el torpe incienso
de su adoración venal;

"Y a declamadores vanos,
que hacen rüido y no más;
oráculos que atestiguan
la insensatez general.

"¿Qué son contigo esos hombres
de un día, enjambre fugaz
de insectos que vió la aurora,
y la tarde no verá?

"Ellos son viles, tú grande,
es el interés su imán,
la gloria el tuyo: la guerra
apetecen, tú la paz.

"Nada hay común a la suya,
y a tu carrera inmortal;
ni se puede su alegría
a tu dolor igualar;

"Que es sublime y grandïoso
espectáculo el que da
la mano dispensadora
que reparte el bien y el mal,

"Y alejando al genio el cebo
de lo vano y lo falaz,
lo labra con el arado
que se llama adversidad".

VI

¡Olimpio! un amigo fiel
entonces te hablaba así,
queriendo apartar de ti
la henchida copa de hiel.

Solo entre la turba larga
que antes te halagó perjura,
quiso de la desventura
aligerarte la carga.

Y tú, si en tono más grave,
no de metal diferente,

como el gran río a la fuente,
como al esquife la nave,

Le hablaste; —y cruzó veloz
una sombra tu semblante;
y un tierno afecto un instante
hizo vacilar tu voz:

VII

"¡No me consueles, ni te aflijas! Vivo
pacífico y sereno,
que sólo miro al mundo de las almas,
no a ese mundo terreno.

"Ni es tan perverso el hombre: la fortuna,
liberal o mezquina,
tiñe en puro licor o en turbias heces
la copa cristalina.

"Del estrecho teatro, que aprisiona
tu pensamiento, el mío
oye a lo lejos el rumor, y vuela
a su libre albedrío.

"Si murmura la fuente, o solitaria
bulle una verde orilla,
o viene a mis oídos el arrullo
de amante tortolilla;

"O el esquilón de las exequias llora
en la torre sublime,
o de los sauces la colgante rama
sobre las cruces gime;

"Paréceme que huello excelsa cumbre,
a do conduce el viento,
de cuanto ser criado habita el orbe
una voz de lamento.

"Allí la pequeñez a la grandeza,
el barro al oro igualo;
y exploro los arcanos del abismo,
y el firmamento escalo.

"Cuando el humo lejano se levanta
de humilde choza, pienso
que en el ara se exhala, do se quema
a Dios devoto incienso;

"Y de dispersas luces por la noche
sembrada la llanura,
el infinito espacio tachonado
de soles me figura.

"Contemplo allí de lejos cuanto puebla
la tierra, el mar profundo,
y miro al hombre, misterioso mago,
atravesar el mundo.

"Y como suele el pájaro a su pluma,
me entrego al pensamiento;
y entiendo qué es la vida, y lo que dice
aquel doliente acento.

"¿Y quieres que murmure de mi suerte?
¿Cuál es el hombre, dime,
a quien, parcial el cielo, de la carga
universal exime?

"Yo, que lóbrega noche vivo ahora,
en mi denso horizonte
conservo, cual rosada luz, que deja
la tarde en alto monte,

"La llama del honor, divina lumbre,
que, en apacible calma,
todavía ilumina lo más alto,
lo más puro del alma.

"Sin duda un tiempo —¿qué razón temprana
de este modo no yerra?—
sueños dorados vi, cuales el hombre
suele ver en la tierra.

"Vi alzarse mi existencia coronada
de visiones hermosas;
mas ¡qué! ¿debí juzgar que fuese eterna
la vida de las rosas?

"Las ilusiones que tocar pensaban
mis infantiles manos,
disipó la razón, como disipa
la aurora espectros vanos.

"Y digo ya a la dicha lo que dice
navegante que deja
el suelo patrio, a la querida orilla
que más y más se aleja.

"Señala Dios a todo ser que nace
su herencia de dolores,
como, a la aurora, un amo a sus obreros
reparte las labores.

"¡Ánimo, pues! ¿Qué importa a un alma grande,
destello peregrino
de antorcha celestial, eso que el hombre
suele llamar destino?

"Ni elación en la frente generosa,
ni aparezca desmayo,
ora brille a los ojos la serena
luz del día, ora el rayo.

"Brame allá abajo la preñada nube
que tempestades mueve,
y su tranquilidad conserve el alma,
cual la cumbre su nieve.

"Forceja en vano el rebelado orgullo
contra la ley severa
(necesidad o expïación se llame)
que al universo impera;

"Rueda fatal, que a todo lo criado
en movimiento eterno
girando abruma, y de una mano sola
reconoce el gobierno".

401-428. Compárense estos versos con la traducción parcial de la Oda de Horacio, "A Grosfo, *Otium divos rogat in patenti...*", publicada: *Pide la dulce paz del alma al cielo,* pp. 164-166, de este tomo.

LOS DUENDES*

IMITACIÓN DE VICTOR HUGO**

I

No bulle
la selva;
el campo
no alienta.
Las luces
postreras
despiden
apenas
destellos,
que tiemblan.
La choza
plebeya,
que horcones
sustentan;
la alcoba,
que arrean
cristales
y sedas;
al sueño
se entregan.
Ya es todo
tinieblas.
¡Oh noche
serena!

* Se publicó en *El Progreso,* diario de Santiago, el 19 de julio de 1843. (Comisión Editora. Caracas).

** La idea general, algunos pensamientos, y el progresivo ascenso y descenso del metro, es todo lo que se ha tomado del original. La composición francesa se titula *Les Lutins.* (N. de Bello).

¡Oh vida
suspensa!
La muerte
remedas.

II

¿Qué rüido
sordo nace?
Los cipreses
colosales
cabecean
en el valle;
y en menuda
nieve caen
deshojados
azahares.
¿Es el soplo
de los Andes,
atizando
los volcanes?
¿Es la tierra,
que en sus bases
de granito
da balances?
No es la tierra;
no es el aire;
son los duendes
que ya salen.

III

Por allá vienen;
¡qué batahola!
ora se apiñan
en densa tropa,
que hiende rápida
la parda atmósfera;
y ora se esparcen,
como las hojas
ante la ráfaga
devastadora.

Si chillan éstos,
aquéllos roznan.
Si trotan unos,
otros galopan.
De la cascada
sobre las ondas,
cuál se columpia,
cuál cabriola.
Y un duende enano,
de copa en copa,
va dando brincos,
y no las dobla.

IV

¿Fantasmas acaso
la vista figura?
Como hinchadas olas
que en roca desnuda
se estrellan sonantes,
y luego reculan
con ronco murmullo,
y otra vez insultan
al risco, lanzando
bramadora espuma;
así van y vienen,
y silban y zumban,
y gritan que aturden;
el cielo se nubla;
el aire se llena
de sombras que asustan;
el viento retiñe;
los montes retumban.

V

A casa me recojo;
echemos el cerrojo.
¡Qué triste y amarilla
arde mi lamparilla!
¡Oh Virgen del Carmelo!
aleja, aleja el vuelo

de estos desoladores
ángeles enemigos;
que no talen mis flores,
ni atizonen mis trigos.
Ahuyenta, madre, ahuyenta
la chusma turbulenta;
y te pondré en la falda
olorosa guirnalda
de rosa, nardo y lirio;
y haré que tu sagrario
alumbre un blanco cirio
por todo un octavario.

VI

¡Cielos! ¡lo que cruje el techo!
¡y lo que silba la puerta!
Es un turbïón deshecho.
De lejos oigo estallar
los árboles de la huerta,
como el pino en el hogar.
Si dura más el tropel,
no amanecerá mañana
un cristal en la ventana,
ni una hoja en el vergel.

VII

San Antón, no soy tu devoto,
si no le pones luego coto
a este diabólico alboroto.
¡Motín semeja, o terremoto,
o hinchado torrente que ha roto
los diques, y todo lo inunda!
¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué barahunda!...
¿Qué significa, raza inmunda,
esa aldabada furibunda?
El rayo del cielo os confunda,
y otra vez os pele y os tunda,
y en la caverna más profunda
del inflamado abismo os hunda.

VIII

Ni por ésas. Parece que arroja
el infierno otro denso nublado,
o que el diablo al oírme se enoja;
y empujando el ejército alado,
el asalto acrecienta y aviva.
El tejado va a ser una criba;
cada envión que recibe mi choza,
yo no sé cómo no la destroza
a tamaña batalla no es mucho
que retiemble, y que toda se cimbre,
cual si fuese de lienzo o de mimbre...
¿Es el miedo? o ¿quién anda en la sala?
Vade retro, perverso avechucho...
¡Ay! matóme la luz con el ala...

IX

¡Funesta sombra! ¡Tenebroso espanto!...
Amedrentado el corazón palpita...
y la legión de Lucifer en tanto,
reforzando la trápala y la bulla,
a un tiempo brama, gruñe, llora, grita,
bufa, relincha, ronca, ladra, aúlla;
y asorda estrepitosa los oídos,
mezclando carcajadas y alaridos,
voz de ira, voz de horror, y voz de duelo.
¡Qué fiero son de trompas y cornetas!
¡Qué arrastrar de cadenas por el suelo!
¡Qué destemplado chirrio de carretas!...
¡Ya escampa! Hasta la tierra se estremece,
y según es el huracán, parece
que a la casa y a mí nos lleva al vuelo...
¡Perdido soy!... ¡Misericordia, cielo!

X

¡Ah! Por fin en la iglesia vecina
a sonar comenzó la campana...
Al furor, a la loca jarana,
turbación sucedió repentina.

El tañido de aquella campana
a la hueste infernal amohina,
sobrecoge, atolondra, amilana.
Como en pecho abrumado de pena
una luz de esperanza divina;
como el sol en la densa neblina,
de los montes rizada melena;
el tañido de aquella campana,
que tan alto y sonoro domina,
y se pierde en la selva lejana,
el tumulto en el aire serena.

XI

¡Partieron! La sonante nota
a la hueste infernal derrota.
Uno a otro apresura, excita,
estrecha, empuja, precipita.
Huyó la fementida tropa;
no trota ya, sino galopa;
no galopa ya, sino vuela.
Por donde pasa la bandada,
una sombra más atezada
los montes y los valles vela,
y el luto de la noche enluta.
Como de leña mal enjuta,
que en el hogar chisporrotea,
de mil pupilas culebrea
rojiza luz intermitente,
que va señalando la ruta
de Satanás y de su gente.

XII

Cesó, cesó la zozobra.
A escape va la pandilla;
y la tierra se recobra
de la grave pesadilla
de esta visita importuna;
y la perezosa luna
sale al fin, y el campo alegra.

Allá va la sombra negra;
distante suena la grita
de la canalla maldita;
como cuando ciñe un monte
de nubes el horizonte,
y desde su oscuro seno
rezonga lejano trueno;
como cuando primavera
tus nieves ha derretido,
gigantesca cordillera,
y a lo lejos se oye el ruido
de impetüosa corriente
que arrastra una selva entera,
cubre el llano y corta el puente.

XIII

Mas a ti, ¿qué fortuna,
huerta mía, te cabe?
¿Respiras ya del grave
afán? ¿Injuria alguna
sufriste?... ¡Cuánta asoma,
entreabierta a la luna,
nueva flor! ¡Cuánto aroma
de rosas y alelíes
el ambiente embalsama!
No hay una mustia rama;
no hay un doblado arbusto.
Parece que te ríes
de tu pasado susto.

XIV

Sobre aquellos boldos
que a un pelado risco
guarnecen la falda,
al amortecido
rayo de la luna,
van haciendo giros.
Enjambre parecen
de avispas, que el nido

materno abandona,
despojo de niños
traviesos, y vuela
errante y proscripto.

XV

¡Desventurados!
Del patrio albergue
también vosotros
gemís ausentes;
vagar proscriptos
os cupo en suerte...
¡Terrible fallo!...
¡y eterno!... ¡Pesen
mis maldiciones,
blandas y leves,
sobre vosotros,
míseros duendes!

XVI

Hacia el cerro
que distingue
lo sombrío
de su tizne
—padrón negro
de hechos tristes—
vagorosas
ondas finge,
parda nube,
con matices
colorados,
como el tinte
que a la luna
da el eclipse;
y en la espira
que describe,
rastros deja
carmesíes...
¿En qué abismos,
infelice

nubecilla,
vas a hundirte?...
Ya los ojos
no la siguen;
ya es un punto;
ya no existe.

XVII

¡Que calma
tranquila!
Tras leve
cortina
de gasa
pajiza,
la luna
dormita.
Al sueño
rendidas,
las flores
se inclinan.
El viento
no silba,
ni el aura
suspira.
Tú sola
vigilas;
tú siempre
caminas,
y al centro
gravitas,
¡oh fuente
querida!
ya turbia;
ya limpia;
ya en calles,
que lilas
y adelfas
tapizan;
ya en zarzas
y espinas.
¡Tal corre
la vida!

LA ORACIÓN POR TODOS *

IMITACIÓN DE VICTOR HUGO

I

Ve a rezar, hija mía. Ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo:
cesó el trabajo afanador, y al mundo
la sombra va a colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino,
al soplo de la noche; y en el suelto
manto de la sutil neblina envuelto,
se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! su ruedo de cambiante nácar
el occidente más y más angosta;
y enciende sobre el cerro de la costa
el astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado,
brilla el albergue rústico; y la tarda
vuelta del labrador la esposa aguarda
con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
uno tras otro fúlgido diamante;
y ya apenas de un carro vacilante
se oye a distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
y la iglesia, y la choza, y la alquería;
y a los destellos últimos del día
se orienta en el desierto el viajador.

* Se publicó por primera vez en *El Crepúsculo*, tomo I, nº 6, Santiago, 1º de octubre de 1843. De ahí provienen las numerosas reimpresiones posteriores. (Comisión Editora. Caracas).

Naturaleza toda gime; el viento
en la arboleda, el pájaro en el nido,
y la oveja en su trémulo balido,
y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes:
¡He aquí la noche plácida y serena!
El hombre, tras la cuita y la faena,
quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
conversan con espíritus alados;
y los ojos al cielo levantados,
invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas, y los pies desnudos,
fe en el pecho, alegría en el semblante,
con una misma voz, a un mismo instante,
al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa,
sobre su cuna volarán ensueños,
ensueños de oro, diáfanos, risueños,
visiones que imitar no osó el pincel.
Y ya sobre la tersa frente posan,
ya beben el aliento a las bermejas
bocas, como lo chupan las abejas
a la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
esconde su cabeza la avecilla,
tal la niñez en su oración sencilla
adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!
¡de natural piedad primer aviso!
¡fragancia de la flor del paraíso!
¡preludio del concierto celestial!

II

Ve a rezar, hija mía. Y ante todo,
ruega a Dios por tu madre; por aquella
que te dió el ser, y la mitad más bella

42. En la edición de *El Crepúsculo,* este verso es:
sobre su cama volarán ensueños,

de su existencia ha vinculado en él;
que en su seno hospedó tu joven alma,
de una llama celeste desprendida;
y haciendo dos porciones de la vida,
tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega después por mí. Más que tu madre
lo necesito yo... Sencilla, buena,
modesta como tú, sufre la pena,
y devora en silencio su dolor.
A muchos compasión, a nadie envidia,
la vi tener en mi fortuna escasa;
como sobre el cristal la sombra, pasa
sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos... ¡ni lo sean
a ti jamás!... los frívolos azares
de la vana fortuna, los pesares
ceñudos que anticipan la vejez;
de oculto oprobio el torcedor, la espina
que punza a la conciencia delincuente,
la honda fiebre del alma, que la frente
tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
conozco el mundo, y sé su alevosía;
y tal vez de mi boca oirás un día
lo que valen las dichas que nos da.
Y sabrás lo que guarda a los que rifan
riquezas y poder, la urna aleatoria,
y que tal vez la senda que a la gloria
guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
y cada instante alguna culpa nueva
arrastra en la corriente que la lleva
con rápido descenso al ataúd.
La tentación seduce; el juicio engaña;
en los zarzales del camino deja
alguna cosa cada cual: la oveja
su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mía, a rezar por mí, y al cielo
pocas palabras dirigir te baste:

"Piedad, Señor, al hombre que criaste;
eres Grandeza; eres Bondad; ¡perdón!"
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
sube el humo a la cúpula eminente,
sube del pecho cándido, inocente,
al trono del Eterno la oración.

Todo tiende a su fin: a la luz pura
del sol, la planta; el cervatillo atado,
a la libre montaña; el desterrado,
al caro suelo que le vió nacer;
y la abejilla en el frondoso valle,
de los nuevos tomillos al aroma;
y la oración en alas de paloma
a la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,
soy como el fatigado peregrino,
que su carga a la orilla del camino
deposita y se sienta a respirar;
porque de tu plegaria el dulce canto
alivia el peso a mi existencia amarga,
y quita de mis hombros esta carga,
que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea,
en esta noche de pavor, el vuelo
de un ángel compasivo, que del cielo
traiga a mis ojos la perdida luz.
Y pura finalmente, como el mármol
que se lava en el templo cada día,
arda en sagrado fuego el alma mía,
como arde el incensario ante la Cruz.

III

Ruega, hija, por tus hermanos,
los que contigo crecieron,
y un mismo seno exprimieron,
y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen sólo
el favor del cielo implores:

por justos y pecadores,
Cristo en la Cruz expiró.

Ruega por el orgulloso
que ufano se pavonea,
y en su dorada librea
funda insensata altivez;
y por el mendigo humilde
que sufre el ceño mezquino
de los que beben el vino
porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios
sumido en profundo cieno,
hace aullar el canto obsceno
de nocturno bacanal;
y por la velada virgen
que en su solitario lecho
con la mano hiriendo el pecho,
reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
en cuyo pecho no vibra
una simpática fibra
al pesar y a la aflicción;
que no da sustento al hambre,
ni a la desnudez vestido,
ni da la mano al caído,
ni da a la injuria perdón.

Por el que en mirar se goza
su puñal de sangre rojo,
buscando el rico despojo,
o la venganza crüel;
y por el que en vil libelo
destroza una fama pura,
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel.

Por el que sulca animoso
la mar, de peligros llena;

169. Bello escribió *sulca*, palabra que ha sido corregida por *surca* en las otras ediciones. La restablecemos porque es forma etimológica (del latín *sulco, sulcare*) y de uso corriente todavía en los autores clásicos.

por el que arrastra cadena,
y por su duro señor;
por la razón que leyendo
en el gran libro, vigila;
por la razón que vacila;
por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
los que penan y trabajan;
y de todos los que viajan
por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
que a Dios blasfemando irrita.
La oración es infinita:
nada agota su caudal.

IV

¡Hija!, reza también por los que cubre
la soporosa piedra de la tumba,
profunda sima adonde se derrumba
la turba de los hombres mil a mil:
abismo en que se mezcla polvo a polvo,
y pueblo a pueblo; cual se ve a la hoja
de que al añoso bosque abril despoja,
mezclar las suyas otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
donde segada en flor yace mi Lola,
coronada de angélica aureola;
do helado duerme cuanto fué mortal;
donde cautivas almas piden preces
que las restauren a su ser primero,
y purguen las reliquias del grosero
vaso, que las contuvo, terrenal.

¡Hija!, cuando tú duermes, te sonríes,
y cien apariciones peregrinas
sacuden retozando tus cortinas:
travieso enjambre, alegre, volador.

192. Caro, en su edición de 1882, da así este verso:
mezclar las suyas uno y otro abril.

Y otra vez a la luz abres los ojos,
al mismo tiempo que la aurora hermosa
abre también sus párpados de rosa,
y da a la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!... ¡si supieras
qué sueño duermen!... su almohada es fría;
duro su lecho; angélica armonía
no regocija nunca su prisión.
No es reposo el sopor que las abruma;
para su noche no hay albor temprano;
y la conciencia, velador gusano,
les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
hará que gocen pasajero alivio,
y que de luz celeste un rayo tibio
logre a su oscura estancia penetrar;
que el atormentador remordimiento
una tregua a sus víctimas conceda,
y del aire, y el agua, y la arboleda,
oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto
la sombra ves, que de los cielos baja,
la nieve que las cumbres amortaja,
y del ocaso el tinte carmesí;
en las quejas del aura y de la fuente,
¿no te parece que una voz retiña,
una doliente voz que dice: "Niña,
cuando tú reces, ¿rezarás por mí?"

Es la voz de las almas. A los muertos
que oraciones alcanzan, no escarnece
el rebelado arcángel, y florece
sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ¡ay! a los que yacen olvidados
cubre perpetuo horror; hierbas extrañas
ciegan su sepultura; a sus entrañas
árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)
huésped seré de la morada oscura,

y el ruego invocaré de un alma pura,
que a mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entonces me será que vengas,
y para mí la eterna paz implores,
y en la desnuda losa esparzas flores,
simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás a mi enemiga estrella,
si disipadas fueron una a una
las que mecieron tu mullida cuna
esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
te arrancará una lágrima, un suspiro
que llegue hasta mi lóbrego retiro,
y haga mi helado polvo rebullir.

MOISÉS SALVADO DE LAS AGUAS *

IMITACIÓN DE VICTOR HUGO

"¡Compañeras, al baño! alumbra el día
la cúpula lejana;
duerme en su choza el segador, y enfría
las ondas la mañana.

"Menfis apenas bulle; hospedadora
nos da la selva abrigo;
y tendremos, amigas, a la aurora
por único testigo.

"De Faraón, mi padre, el jaspeado
palacio al mundo asombra;
a mí del bosque el pabellón, del prado
me agrada más la alfombra.

"¿Qué son las fuentes en que el oro brilla,
y el mármol de colores,
a par del Nilo, y de esta verde orilla
esmaltada de flores?

"No es tan grato el incienso que consume
en el altar la llama,
como entre los aromos el perfume
que el céfiro derrama.

"Ni en el festín real me gozo tanto,
como en oír la orquesta

* Se publicó en *El Crepúsculo*, tomo I, nº 9, Santiago, 1º de enero de 1844. (Comisión Editora. Caracas).

alada, que esparciendo dulce canto
anima la floresta.

"¿Veis cuál se pinta en la corriente clara
el puro azul del cielo?
El cinto desatadme, y la tïara,
y el importuno velo.

"¿Veis en aquel remanso trasparente
zabullirse la garza?
Las ropas deponed; y al blando ambiente
el cabello se esparza.

"¡Ea! trisquemos en el fresco baño,
alzando blanca espuma...
Mas ¿qué objeto descubre tan extraño
la fugitiva bruma?

"Mirad: enfrente al sicamor sombrío,
que verdes arcos tiende
sobre la playa, un bulto por el río
lentamente desciende.

"No temáis: de una palma el tronco anciano,
que en demanda navega
de las altas Pirámides, liviano
sobre las ondas juega.

"¿O es de Hermes por ventura el carro leve?
¿O es la concha divina
de Isis, que con suave aliento mueve
la brisa matutina?

"¿Qué digo? es tierno niño, que en ligera
barca duerme al sereno
arrullo de las olas, cual pudiera
en el materno seno.

"Arrastra el Nilo la flotante cama,
cual nido de avecilla
que arrebatado hubiese a la retama
de su silvestre orilla.

"¡Qué de peligros corre a un tiempo mismo!
¿Cuál puerto de salud
le aguarda? ¿Mece el proceloso abismo
su cuna o su ataúd?

"¡Los ojos abre, hijas de Menfis! llora...
¿Pudo una madre, ¡oh cielo!,
al agua abandonar devoradora
el hijo pequeñuelo?

"Tiende los brazos, ¡ay!, cual si supiera
su malhadada suerte;
y son frágiles cañas la barrera
que presenta a la muerte.

"Es de la raza de Israel, sin duda,
que mi padre sentencia
a proscripción... pero ¿qué ley sañuda
proscribe a la inocencia?

"¡Pobre niño! su llanto me conduele;
a su madre afligida
sucederá otra madre; salvaréle;
me deberá la vida".

Ifisa hablaba así, joven princesa;
y dócil al consejo
de la piedad, acometió la empresa;
y el juvenil cortejo

A la virgen, que presta se adelanta,
de confianza llena,
sigue, estampando con ligera planta
la movediza arena.

Semejaba, depuesto el blanco lino,
revolando las blondas
madejas por el hombro alabastrino,
la hija de las ondas.

El blanco pie con círculos de plata
el espumoso río
le ciñe; y ya a las olas arrebata
el pequeño navío.

Palpita con la carga que suspende,
alegre y orgullosa;
y en sus mejillas el color se enciende
de la temprana rosa.

Bullente espuma hendiendo, que se irrita
y la presa reclama,
el peso que la agobia deposita
sobre la verde grama;

Y del recién nacido alegremente
cercan todas la cuna;
y sonriendo, la asustada frente
le besan una a una.

Mas ¡oh tú, que de lejos a tu hijo
por la playa desierta
seguiste desolada, el rostro fijo
en su carrera incierta!

Llega; el hinchado seno da al infante;
tu llanto ni su risa
revelarán en ti la madre amante,
pues aun no es madre Ifisa.

En los brazos maternos, rociado
con lágrimas de duelo
y de gozo a la par, dulce cuidado
de la tierra y del cielo,

El pequeño Moisés iba seguro;
de Faraón crüel
hospeda el regio alcázar al futuro
caudillo de Israel.

Y ante el trono de Dios, la faz velada
con las alas, el coro
que ve a sus pies la bóveda estrellada,
pulsaba liras de oro.

"Alégrate, Jacob, en el asilo
de tu destierro (el canto
así sonaba), y no al impuro Nilo
se mezcle más tu llanto.

"El Jordán a sus campos te convida;
te oyó el Señor; Egipto
marchar verá a la tierra prometida
tu linaje proscripto.

"Ese niño que virgen inocente
salvó de olas y vientos,
es el profeta del Horeb ardiente,
rey de los elementos.

"Humillaos, mortales insensatos,
que al Eterno hacéis guerra;
he ahí el legislador, que sus mandatos
promulgará a la tierra.

"Cuna humilde, baldón de la fortuna,
juguete del profundo,
ha salvado a Israel; humilde cuna
ha de salvar al mundo".

LA COMETA (*Volantín*) *

(1833) **

Una bella Cometa se encumbraba
tanto, que ya de vista se perdía.
Reina se imaginaba
de la región del viento;
y no cabiendo en sí de la alegría
y el envanecimiento
y orgullo que sentía,
al mirarse tan alta,
ora danza, ora salta,
ora se contonea,
la larga cola ondea;
y en susurro parlero,
su dicha exprime... ¿Pero qué fortuna,

* Tuvo dos publicaciones: una, en *El Araucano*, el 6 de diciembre de 1833; la segunda, muy corregida, en *El Mosaico*, nº 7, Santiago 26 de julio de 1846. Las dos impresiones hechas en vida de Bello se recogieron en O. C. III, pp. 181-184. Reproducimos ambas redacciones, pero les añadimos, en nota, dos nuevos textos, que parecen ser intermedios entre las dos publicaciones. El texto *A*, corresponde a la redacción de 1833; mientras el *B* se relaciona con la de 1846. (Comisión Editora. Caracas).

** Texto *A*, relacionado con la edición de 1833:

Gallarda una Cometa se encumbraba
por la región del viento,
y ya casi de vista se perdía.
Señora semejaba
v *del espacioso diáfano elemento;*
* *y no cabiendo en sí de la alegría*
* *y orgullo que sentía,*
* *al mirarse tan alta,*
* *ora danza, ora salta*
x* *ora se contonea,*
* *la larga cola ondea,*
* *y en susurro parlero*
su dicha exprime... ¿Pero cuál estado,

qué estado venturoso y placentero,
no empalaga por fin, y no importuna?
¿Quién es aquel que dice:
A mí nada me falta; soy felice?
A madama Cometa
asalta un pensamiento,
que la turba y la inquieta,
y acibara su gozo en un momento.
Viendo que su carrera un hilo ataja,
y que al arbitrio ajeno sube y baja,
con voces tales entre sí murmura:

por alegre que sea y placentero,
xv *ni empalaga y enoja, continuado?*
* *¿Quién es aquel que dice:*
"Llenos están mis votos: soy felice?"
* *A madama Cometa*
* *asalta un pensamiento*
xx* *que la turba y la inquieta,*
* *y acibara su gozo en un momento.*
Entre sí de este modo murmuraba:

"Qué ley o qué derecho me hace esclava?

Estos versos son lo que queda sin tachar de esta variante de *La Cometa*, evidentemente inconclusa. A continuación se da otra redacción del mismo manuscrito, con sus correspondientes enmiendas. Forman unidad los diecisiete primeros versos:

Por la región del viento,
una bella Cometa se encumbraba.
Reina se contemplaba
del diáfano elemento;
v *y con el alborozo y ufanía*
que en su interior sentía,
montes y valles a sus pies mirando,
danza, se contonea,
* *la larga cola ondea,*
x *y con susurro blando*
su complacencia exprime.
Mas una repentina fantasía
altera su alegría.
Melancólica gime,

iii En este verso tacha *contemplaba* y escribe *juzgaba.*
vi Después de este verso sigue tachado:
danza, mirándose tan alta
Lo había comenzado a redactar:
danza, se co[ntonea]
x-xi Otros intentos de redacción:
y con arrullo
susurra blandamente
en blando arrullo su contento exprime . . .
xi Sigue este verso, tachado:
En medio de este júbilo inocente

"¿Por qué razón me quita
esta cuerda maldita
la dulce libertad y la soltura
dada a toda volátil criatura?
¿Por qué el hombre se ha hecho,
contra todo derecho,
dueño de mi albedrío,
sagrado, imprescriptible patrimonio
de lo viviente?... ¡Oh qué destino el mío,
si pudiese correr exenta y vaga
por ese mundo, en brazos de Favonio,
que amoroso me halaga;
y ya a guisa del águila altanera
remontarme a las nubes, ya rastrera
andar de prado en prado,
cual suelto pajarillo,
picando aquí la rosa, allá el tomillo!
¿A qué el instinto volador me es dado,
si he de vivir encadenada al suelo,
juguete de ese imbécil tiranuelo,
que según se le antoja,
o me tira la rienda o me la afloja?
¡Pluguiese a Dios viniera
una ráfaga fiera,
que os hiciese pedazos,
ignominiosos lazos!"

Escuchó Jove el temerario voto.
Viene bufando el Noto.
La cuerda silba, estalla... ¡Adiós Cometa!

xv *cuando se ve de ajeno arbitrio esclava,*
y entre sí de este modo murmuraba
al ver que sus

xv-xvii. Otros intentos de redacción:

al verse del capricho ajeno esclava,

al verse del gusto ajeno esclava,

y viendo que sus vuelos encadena
el hombre, y que en efecto vive esclava,
y a la merced ajena,
entre sí de este modo murmuraba:

La sin ventura da una voltereta;
cabecea ya a un lado,
ya al otro; al fin trabuca, y mal su grado,

Otros intentos de redacción del texto *A*:

* *¿Quién es aquel que dice:*
Nada más apetezco: soy felice?...

Me basta lo que tengo: soy felice?

Un extraño capricho de repente
viene a turbar el júbilo inocente

Un pensamiento desazona, inquieta (*a*)

Ya no es la reina a quien el aire
que poco ha ser dichosa se juzgaba

Ya no es feliz ni el cielo reina

a quien el aire daba

La que antes tan dichosa se juzgaba
se indigna.

ya se mira sujeta
del hombre, y ve

* *A madama Cometa (b)*
que antes tan venturosa se juzga[ba] (*c*)

en medio de sus

ocurre

y vuelve en pesadumbre su contento

La que antes reina ya se mira

creyóse reina, y ya se mira esclava.

Entre sí de este modo murmuraba.

¿Por qué la libertad y la soltura
dada a toda volátil criatura

(*a*) Al margen de este verso comienza la redacción siguiente:
Indignase de ver que le sujeta
un hilo miserable el movimiento.
¿Qué ley o qué derecho me hace esclava
del hombre? (*de este modo razonaba*):

(*Entre sí de este modo murmuraba*):

(*b*) Al margen de este verso se inicia esta redacción:
La que antes reina, ya se mira esclava
y entre sí de este modo murmuraba.

Creyóse reina y se contempla esclava

Indignada de ver que el movimiento
un hilo miserable le (ileg.)

(*c*) En lugar de *juzga[ba]* escribe *estimaba.*

entre las risotadas y clamores
de los espectadores,
que celebran su mísero destino,
fué de cabeza a dar en un espino.

Eres vivo retrato
de esta pandorga, tú, pueblo insensato,
que llamas a la ley servil cadena;
y en licenciosa libertad venturas
y glorias te figuras.
Eso mismo te ensalza, que te enfrena.

LA COMETA

(1846) *

Por la región del viento,
una bella Cometa se encumbraba;
y ufana de mirarse a tanta altura
sobre el terreno asiento,
que habita el hombre y el servil jumento,
de esta manera entre sí misma hablaba:

"¿Por qué la libertad y la soltura,
dada a toda volátil criatura
esta cuerda maldita,
tan sin razón me quita?
¡Ah; qué feliz estado fuera el mío,
si espaciarme pudiese a mi albedrío
por esa esfera luminosa y vaga
del aire, imprescriptible patrimonio

* Texto *B* relacionado con la redacción de 1846:

La Cometa

Una Cometa, que a favor del viento
por la región etérea se encumbraba,
engreída de verse en tanta altura,
consigo misma de esta suerte hablaba:
v *¿Por qué la libertad del movimiento*
* *dada a toda volátil criatura,*
* *tan sin razón me quita*
* *esta cuerda maldita?*

¿Por qué de esta manera mi persona
x *se embarga y aprisiona?*
¡Oh qué destino venturoso el mío,
si pudiese, dejada a mi albedrío,
por los aires cruzar, exenta y vaga,

de lo volante, en brazos de Favonio,
que amoroso me halaga;
y ya, a guisa del águila altanera,
al sol me remontase, ya rastrera
girase, como suelto pajarillo,
de jardín en jardín, de prado en prado,
entre el nardo, la rosa y el tomillo!
¿A qué el instinto volador me es dado,
si he de vivir encadenada al suelo,
juguete de un imbécil tiranuelo,
que, según se le antoja,
o me tira la rienda, o me la afloja?
¡Pluguiese a Dios viniera
una ráfaga fiera
que os hiciese pedazos,
ignominiosos lazos!"

Oyó el Tonante el temerario voto.
Viene bufando el Noto.
La cuerda silba, estalla... ¡Adiós, Cometa!
La pobrecilla da una voltereta;
cabecea, ya a un lado,
ya al otro; y mal su grado,

en alas de este blando cefirillo
xv * *que amoroso me halaga;*
¿acaso no pudiera
cual águila altanera
osadamente remontarme al cielo,
o viajar, como el suelto pajarillo,
xx *de vergel en vergel, de prado en prado?*
¿Es justo que un imbécil muchachuelo
así me ataje el vuelo?
¿A qué el instinto volador me has dado
oh próvida natura,
xxv *si condenada a sujeción tan dura*
he de vivir? ¡Pluguiera a Dios viniera
una súbita ráfaga que hiciera
la cuerda reventar, y de la mano
de ese rapaz tirano
xxx *que conmigo se huelga, me librara!*

Escuchó Jove el voto:
(¡valiera más que nunca lo escuchara!)
* *Viene bufando el Noto.*
¡La cuerda silba, estalla, adiós Cometa!
xxxv *La desgraciada dió una voltereta,*
cabecea ya a

xiv Primera redacción tachada:
en brazos del süave cefirillo
xxi Tachado *rapazuelo* y sustituido por *muchachuelo.*
xxxvi Aquí se interrumpe el manuscrito, del cual se transcribe esta redacción.

entre las risotadas y clamores
de los espectadores,
que celebran su mísero destino,
de cabeza fué a dar en un espino.

De esta pandorga, tú, vulgo insensato,
eres vivo retrato,
cuando a la santa ley, que al vicio enfrena,
llamas servil cadena;
y en licenciosa libertad, venturas
y glorias te figuras.

LA MODA *

Quise más de una vez, en mala hora,
escribir una página, Isidora,
que detener tu vista mereciera.
Desoyóme mi Musa. Toda entera
me pasé, te lo juro, esta mañana,
hilando coplas con tenaz porfia.
—Musa, son para el álbum, le decía,
de una joven beldad. —¡Plegaria vana!
No me salió una sola ni mediana.
—Para este bello altar que se atavía
con tanta flor de amena poesía,
entretejer una guirnalda quiero,
digna de la deidad que en él venero.

* Publicóse por primera vez en *Vida de Bello*, p. 598-608. Dice Amunátegui en la *Introducción* a las *Poesías* (O. C. III, p. lxxx) que "fué compuesta probablemente en 1846, pero no publicada hasta 1882". Por la letra del manuscrito parece posterior a 1846.

Damos en esta edición el texto de Amunátegui, con las variantes de redacción del manuscrito original de Bello. La letra es de difícil lectura por las copiosísimas enmiendas y tachaduras. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

1-3. Primera redacción:

* *Quise más de una vez, en mala hora,*
escribir una página, siquiera,
que detener tus ojos, Isidora,
por algunos momentos mereciera.

8. Primera redacción:

de la bella Isidora". Ni por ésas,

Tacha *Ni por ésas* y escribe: *Empresa vana!*

10-23. Primera redacción:

"*Para este altar, que ufano se atavía*
* *con tanta flor de amena poesía,*
Musa, tejer una guirnalda quiero,
* *digna de la deidad que en él venero.*

Es (tú lo sabes) cosa
de obligación forzosa.
Si agradable te fué mi culto un día,
te ruego, te conjuro, te requiero,
amada Musa mía,
que lo muestres ahora; y si ya cesas
de mirarme propicia, este postrero
favor te pido sólo. — ¡Ni por ésas!

Despechado, el papel hice pavesas;
al tintero, la pluma consignaba;
y ofrecerle pensaba,
por único tributo, humilde excusa
la culpa echando a la inocente Musa,
como es costumbre en semejantes casos;
cuando acercarse miro a lentos pasos
una, no sé si diga ninfa, diosa,
aparición, fantasma: caprichosa
forma que cada instante
de color, de semblante,
y de tocados, y de ropas muda:

* *Es, tú lo sabes, cosa*
* *de obligación forzosa.*
Si grato, pues, amada musa mía
te fué mi culto un día,
* *te ruego, te conjuro, te requiero*
que me asistas ahora; y si ya cesas
de mirarme benigna, este postrero
* *favor te pido sólo". Ni por ésas.*
Sorda a mi ruego vano (?). Ya al tintero
la pluma despechado consignaba,

Enmiendas a esta primera redacción:

Musa, para este altar, que se atavía
con tanta flor de poesía galana.
Si no mísera pues benigna y pía
y agradable te fué mi culto un día
Despechado, al tintero
la maldecida pluma consignaba,

26. Primera redacción:

la culpa echando a la rebelde Musa,

27. Siguen estos versos tachados:

cuando bete aquí. No pienses que lo invento
Es la pura verdad lo que te cuento.

28. Primera redacción:

Veo que se me acerca, a lentos pasos,

33. Primera redacción:

y de ropajes y de galas muda;

ora triste, ora alegre, ora sañuda;
ya pálida, ya rubia, ya morena.
Tan presto por el cuello y las espaldas
derrama en ondas de oro la melena;
tan presto en trenzas de ébano cogida,
adórnala de joyas y guirnaldas;
y tan presto ¡qué horror! encanecida
la lleva; o sin piedad la troncha y tala,
y de prestados rizos hace gala.
Ora el ropaje en anchuroso vuelo
despliega; y va arrastrando luenga falda
verde, azul, carmesí, purpúrea, gualda,
de gasa, de tisú, de terciopelo.
Señala luego en mórbido relieve
su figura gentil basquiña leve.
Sus ojos aprisiona en blanco velo,

37-49. Primera redacción:

descuelga en ondas de oro la melena;
tan presto de tocados, de guirnaldas,
la cubre, en negras trenzas recogida;
y tan presto, encanecida ¡qué horror!
la ostenta. Arrastra ahora luengas faldas
y de prestados rizos hace alarde.

El suelo barre ya con luengas faldas
azules, carmesíes, rojas, gualdas.
Apretada basquiña, corta, leve,
señala ahora en mórbido relieve
la figura gentil. Inclina al suelo
la vista aprisionada en bruno velo,

Enmiendas a esta primera redacción:

y tan presto de joyas, de guirnaldas,

y cubierta de joyas, de guirnaldas,
la ostenta, en negras trenzas recogida;

la ostenta en trenzas de ébano, cogida

Había comenzado a redactar este verso así:

la muestra, en negr[as]

la muestra, para troncharla más tarde

la muestra, o sin piedad la troncha y tala

Comenzó a redactar el quinto verso, así:

Tan presto luengas faldas

Ahora luengas faldas

Luego le hizo las modificaciones que se dan a continuación:

Si arrastra ahora sueltas, luengas faldas,

Da a sus vestidos anchuroso vuelo,
o arrastra luengas faldas,

Ya a sus vestidos da anchuroso vuelo,

pudibunda beata,
que hace de más valor lo que recata.
Y un momento después, traviesa niña,
ríe, retoza, guiña;
no sabe tener quieta
su pupila de fuego;
busca y rehuye luego:
cuanto más melindrosa, más coqueta.

Suspenso, absorto estaba yo pensando
si era ilusión aquello; y lo estuviera,
sabe Dios hasta cuándo,
si ella misma por fin no me dijera:
—Nadie puede sacarte del empeño
en que te ves, sino mi numen solo.
El arte de agradar yo sola enseño.
Ríete de las Musas y de Apolo.
Si aplaudido un poeta en boga está,
y ante los ojos de las damas brilla,
y con el loro, el gato y la perrilla,
divide los honores del sofá,
débelo todo a mí, que, cuando tomo

Los últimos versos sufren también varias enmiendas:

azules, carmesíes, verdes, gualdas

carmesíes, azules, verdes, gualdas,
y apretada basquiña, corta y leve
ora señala en mórbido relieve

62. Comenzó a redactar este verso así:

—Nadie sacarte puede

64. Primera redacción:

El arte de escribir yo sola enseño.

Siguen dos versos tachados, no incluídos en la redacción definitiva del poema:

Yo enseño a dominar las opiniones,
a pesar de Epictetos y Catones.

66-72. De estos siete versos hay varias redacciones, entre las cuales unas están sin tachar. En el texto se deja la misma que tomó Amunátegui, por considerarla definitiva.

Por mí sola un poeta es aceptado
y de las damas a los ojos brilla,
y hasta con la pelota o la perrilla
divide los honores del Estrado.
Cuando a la diestra tomo
* *esta mágica vara, lo más pobre*
hago (ileg.) *rico, hago oro el cobre.*

esta mágica vara, lo más pobre
hago rico, y trasmuto el oro en cobre.
Sea su entendimiento agudo o romo,
tosco o pulido, vista larga o corta,
ingenio estéril o feraz, no importa,
todo aquel que se viste mi librea,
altivo, ufano, espléndido campea.
Y a más de cuatro orates
coronas di tempranas,
que, a despecho de críticos embates,
durarán (no lo afirmo) tres semanas.
Por no cansarte más, yo soy la Moda.
Oye; y aprenderás mi ciencia toda.
En tres o cuatro prácticas lecciones,
voy a especificar mis opiniones;
y podrás expedirte en el presente
caso, y en los demás, gallardamente.

Si piensas que un poeta en boga está,
y que su libro a las hermosas grato
logra con la perrilla o con el gato
dividir los honores del sofá

Piensas que si un poeta en boga está,
y ante las damas brilla,
que con el loro, el gato, la perrilla
* *divide los honores del sofá.*
¿Lo debe a nadie sino a mí?

¿A otro que a mí lo debe?
Lo que yo apruebo es lo que el mundo aprueba.
Y en tres o cuatro fáciles lecciones
voy a exponerte mi destreza toda

Si tal vez un poeta en boga está,

78-81. Primera redacción:

A intrépidos petates,
coronas doy tempranas,
a despecho de críticos embates,
podrán durar muy bien cuatro semanas.
Y qué es sin mi favor el literato.
Un hombre sin principio, sin boato,
un rancio pedagogo, un estafermo,
nacido para el charco o para el yermo.

El cuarto verso tiene otra redacción:

brillan con mi oropel los disparates.

83. Primera redacción:

Oye, y en breve rato
aprendida tendrás mi ciencia toda;

87. Otra redacción:

caso, y en los demás, lucidam[ente]

—¿Una leyenda o cuento
es a lo que dedicas el intento?
Manos a la labor; o da principio
con gran proemio de elegante ripio;
o si te place, empieza
con esa *nonchalance* de buen tono,
con ese aire de lánguido abandono
de quien al despertar se despereza,
como si del lector no hicieses caso,
ni de la historia; y cuando paso a paso,
por entre mil rodeos,
ambages y floreos,
llegue al fin el momento de contarla;
y ya el lector dé al diablo tanta charla;
allá como a la octava ciento y cuatro,
mudarás de teatro,
y en una digresión... (importa un pucho
que no tenga que ver poco, ni mucho,

88-92. Primera redacción:

¡Manos a la labor! Hacer una oda,
una canción, leyenda, historia o cuento
sobre cualquier materia,
patética o sublime, bufa o seria,
séase o no apropiada a tu talento;
y le darás principio
con gran proemio de vistoso ripio;
o si te agrada, empieza
con aquella franqueza

En el cuarto verso tacha *bufa* y escribe *alegre.*

89. En el manuscrito se lee: *es a lo que dedicas tu talento?*

Dejamos en el poema, el texto dado por Amunátegui, porque desconocemos en qué basó la lectura de *el intento* por *tu talento.*

93-94. Primera redacción:

con citar nonchalance *de buen tono,*
y aquel aire de lánguido abandono

100-101. Primeros intentos de redacción:

llegue por fin a la ocasión precisa

llegue por fin la hora de contarla;

el punto de contarla;

y que del tiempo se abusa

y dé a todos los diablos tanta charla;

y se aburra y dé al diablo tanta charla;

y el lector dé a los diablos tanta charla;

con el sujeto, porque, amigo, hoy día
¿qué es para un escritor de fantasía,
en resumidas cuentas, el sujeto?
Es una percha cómoda, de donde
cuanto en su seno tu cartera esconde;
estudio, ensayo, informe mamotreto,
puedes colgar sin el menor empacho.
Uno de mis pupilos,
excelente muchacho,
ha escrito en diversísimos estilos
composiciones vastas, panteísticas,
escépticas, católicas y místicas,
patrióticas, y báquicas, y eróticas,
mirí ficas y exóticas;
y se propone hacer una leyenda
en que bonitamente las ensarte
todas, sin que aparezca en nada el arte
(que es lo que más a un genio recomienda),
dando en ella a lectores eruditos,
que tengan razonables apetitos,
una merienda monstruo, una merienda
con variedad de platos estupenda).
Pues, como digo, en una
digresión... (cuanto menos oportuna
mejor); produces de esa
suerte mayor sorpresa,
que es en el arte un mérito sublime,
a que debe aspirar todo el que rime.
Era una transición obra de suma
dificultad para la inhábil pluma
de aquellos escritores desdichados
de los tiempos pasados.
Era, como ponerlos en un potro,
el tener que pasar de un tema a otro,
de modo que el lector inteligente,
con movimiento el más süave y blando,

106-107. Primeros intentos de redacción:
en una obra de ingenio y fantasía,
¿qué se imagina que es el tal sujeto?

115. Primera redacción: *ha escrito en todo género de estilos*

118. En el manuscrito se lee:
satíricas, y báquicas, y eróticas,

se hallara, sin saber cómo, ni cuándo,
arrebatado a un mundo diferente.
En esto, como en todo,
los modernos han dado
un paso agigantado.
Hácese de este modo:
¿hay que pasar de un baile, por ejemplo,
a una batalla, de un mesón a un templo,
de una choza a un palacio soberano?
Se pone en medio un número romano.
Por tan sencillo arbitrio, como ése,
al discreto lector, mal que le pese,
en menos de un segundo,
se le dispara a donde tú le mandes,
desde los Pirineos a los Andes,
desde la tierra al Tártaro profundo,
o al bañado de luz coro seráfico,
con más velocidad que va un aviso
por el alambre electro-telegráfico;
y sin que de antemano, o al proviso,
se tome la fatiga
de preparar la cosa;
y gruña cuanto quiera y lo maldiga

142-146. Primera redacción:

por un maravilloso oculto puente
* *se hallara, sin saber cómo ni cuándo,*
transportado a una escena diferente.
En eso, como en todo,
en esta venturosa edad se ha dado
* *un paso agigantado.*

Enmienda el verso penúltimo:

la edad presente ha dado

149. Primera redacción:

a una función marcial, de un bosque a un templo

152-185. Primera redacción:

Por un tan simple arbitrio, como ése,
el discreto lector, mal que le pese,
tendrá que dispararse a do le mandes;
* *desde los Pirineos a los Andes,*
desde el terreno asiento
a los coros seráficos,
con la celeridad que el pensamiento
vuela por los alambres telegráficos,
y sin que tú te esfuerces
en preparar la cosa
* *y gruña cuanto quiera y lo maldiga*

el bueno de Martínez de la Rosa;
y hágalo con el clásico areopago.
Pero yo mismo sin pensar divago;
de uno en otro paréntesis, me pierdo.
Lo que quise decir, si bien me acuerdo,
es que la línea recta, cuanto puedas,
evites; tortüosas las veredas
son que prefiere el consumado artista
para el placer del alma o de la vista.
Como sobre un terreno,
de matorrales y malezas lleno,
un raudal serpentino

* *el bueno de Martínez de la Rosa;*
y todo el dueto clásico
* *y hágalo con el clásico areopago.*
* *Pero yo mismo sin pensar divago;*
de una en otra digresión me pierdo.
Lo que quise decir, según recuerdo,
* *es que la línea recta, cuanto puedas,*
* *evites; tortüosas las veredas*
* *son que prefiere el consumado artista*
para halagar la vista.
Como sobre un terreno enmarañado
* *de matorrales y malezas lleno,*
* *un raudal serpentino*
con gran dificultad se abre camino,
de repente se pierde
bajo el ramaje verde;
* *y en lejano horizonte,*
* *vuelve a mostrar su clara o turbia* [*onda*]
para que el denso monte
a pocos pasos otra vez le esconda

Otros intentos de redacción de algunos versos de este fragmento:

Por ese arbitrio natural

Por un medio tan fácil como ése
haces que el lector, mal que le pese
vaya en un santiamén

irá veloz a donde tú le mandes
irá veloz a do le mandes

se dispara a doquiera que le mandes

tiene que dispararse a do le mandes;
con la velocidad que el pensamiento

y de lo que decía no me acuerdo.

y lo que iba a decir ya no recuerdo.

de lo que iba a decirte no me acuerdo.

va abriéndose camino
lenta y difícilmente;
y aquí desaparece de repente
bajo el tupido monte;
y en lejano horizonte,
vuelve a mostrar su clara o turbia onda
para que, a poco trecho,
cuando algunos pantanos haya hecho,
bosque denso otra vez su curso esconda;
no de modo distinto,
aunque el fino lector se desanime,
el sujeto camine,
y por entre el espeso laberinto
de las enmarañadas digresiones,
se hunda, reaparezca, se zabulla
de nuevo, y nuevamente salga y bulla
hasta llegar al fin que te propones.
Mas ora en filosóficos zigzagues
teológicos, políticos, divagues,
o en un rocín aprietes los talones,
lanzándote a remotas excursiones,
o vía recta el argumento vaya,
y la locomotiva,
potencia de no fútil inventiva,
quieras tener a raya,
(lo que, si mis preceptos obedeces,
harás muy pocas veces)

de maleza, un hilo cristalino
se abre difícil[mente]

hace difícilmente su camino

Los seis últimos versos presentan estos otros intentos de redacción:

* *bajo el tupido monte;*
y en distante horizonte,
otra vez a la luz su curso ofrece

nuevamente a la luz su curso ofrece

a la lumbre solar de nuevo ofrece
su clara o turbia onda,
para que nuevamente
bajo la densa ramazón se esconda;

la densa ramazón su curso esconda;

196. Lo comenzó a redactar:
o en tu Pegaso

haya sin falta alguna
en tus poemas luna,
que esplendorosa o pálida rïele.
¡Oh de la noche solitaria reina!
¿cuál hay que a ti no apele,
vate, que canas peina,
o que rubio mostacho apenas hila?
Pero tan socorrida como ahora
nunca fuiste. Vigila
todo autor, toda autora
que a veces aúlla o canta, ríe o llora,
porque la bella luz con que plateas
el universo, irradie sus ideas,
desde el que hijo mimado de la fama
ciñe a su frente inmarcesible rama,
hasta el que dice *veya* por *veía*
en tosca jerigonza todavía.
No deje, pues, de rïelar la luna,
o en el cristal de límpida laguna
que el aura arrulle y que entre sauces duerma,
o en el follaje oscuro de una yerma

204-207. La primera redacción es ilegible, por las tachaduras. En segunda redacción escribe:

O en caprichosos rápidos zigzagues
y excursiones erráticas divagues.
No falta en obra alguna
la inspiradora antorcha de la luna,
que de dulces tristezas es fecunda
ya en placentera luz el orbe inunda
o pálida rïela.
¡Oh de la noche vaporosa reina!

¡Oh del nocturno imperio que es la reina!

* *que esplendorosa o pálida rïele*
y de dulces tristezas es fecunda

No falta en obra alguna
en que mi numen creador te infunda,
cerca del genio del amor, la luna,
que de dulces tristezas es fecunda
la inspiradora antorcha de la luna.

221-224. Primera redacción:

* *Pero yo mismo sin pensar divago*
y de una en otra digresión me pierdo.
¿No hablaba de la luna? (ya me acuerdo).
Haz que rïele en el cristal de un lago
que el aura arrulle y entre sauces duerma,
o en el verde tapiz de alguna yerma

cumbre, recién mojada de rocío,
o en bullicioso río
que al voraz oceano,
en que se abismará, corre anhelante,
¡imagen, ay, del existir humano!

Un *ay* de cuando en cuando es importante.
Por lo pronto, hará ver que tienes hecho
de hebras delicadísimas el pecho,
blandas en sumo grado y sensitivas;
y no será preciso que te afanes,
y los sesos que tengas los devanes,
buscando frases nuevas, expresivas
con que secretos íntimos reveles
del corazón. Atente a tus *rïeles;*
y pon de trecho en trecho uno o dos *ayes,*
cuando la cuerda del dolor ensayes.

Tras un cuadro de vívidos colores
en que retrates lúbricos amores,
encaja bellamente una homilía
contra la corrupción social; y luego
que a la ya inaguantable tiranía
de este gobierno jesüita, godo,
que lo inficiona y lo agangrena todo,
lances una filípica de fuego,
llora la servidumbre de la prensa,
que prohibe decir lo que se piensa,

241-257. Primeros intentos de redacción:

* *Tras un cuadro de vívidos colores*
* *en que retrates lúbricos amores,*
* *encaja bellamente una homilía*
* *contra la corrupción social; y luego,*
escribe una filípica de fuego
contra la abominable tiranía
que no deja salir una siquiera
de las verdades mil, que en su mollera
se cocinan; encantado
tesoro, destinado
a enriquecer más venturosa era.

* *Tras un cuadro de vívidos colores*
* *en que retrates lúbricos amores,*
* *encaja bellamente una homilía*
* *contra la corrupción social; y luego,*
que a la ya intolerable tiranía
* *de este gobierno jesüita, godo,*
que a tu fecunda voz pone un candado,

y por ninguna hendrija
permite que respire uno siquiera
(sábenlo los lectores demasiado),
útil verdad, de tantas que cobija
en sus profundidades tu mollera;
es el cuadro encantado
que se descubre en más dichosa era.
Leyendo tan espléndida bambolla,
habrá mil que suspiren por el día
en que eches a volar la fantasía
que tu medula cerebral empolla.

Si el tono blando tomas,
conviene que derrames
profusamente aromas,
y que todas las voces embalsames
de azahares, jazmines y azucenas,
y que de olores la nariz abrumes.
"Sacudir las alillas pueda apenas
el céfiro, agobiadas de perfumes".
Bello concepto, a que echarás el guante,
aunque no faltará tal vez pedante
que a Byron lo atribuya.
¡Necios! ¡cómo si fuera culpa tuya
que, cuando para ti del cielo vino,
Byron lo interceptase en el camino!

Es de rigor que llores
alguna pobre niña arrebatada
en verdes años ¡ay! a los amores.

que no deja salir una siquiera
de las verdades mil que en tu mollera
se cocinan; encantado
tesoro, destinado
a enriquecer más venturosa era.

Contra el gobierno torpe, corrompido,
que lo compra todo y lo deprava
y tiene en hierros la verdad, y esclava
la prensa y la conciencia

la conciencia y la prensa

y tiene la nación la prensa esclava

277. Primera redacción:
alguna tierna niña arrebatada

Su imagen adorada
de tu memoria un punto no se aparte;
y para más desgracia atormentarte,
y de esas penas aguzar la punta,
dirás que la difunta
era un ángel de amor, era un modelo
de perfección, en que vació natura
toda virtud, y gracia, y hermosura;
divina joya, incomparable perla,
que, para tu regalo y tu consuelo,
quiso enviar expresamente el cielo
a un mundo vil, indigno de tenerla;
y con estos elogios, y otros tales,
conocerán las damas lo que vales,
y el tuyo propio harás sin que te cueste
una sola palabra
que tu modestia en lo menor moleste.
¡Sólo con un diamante otro se labra!

Tenga abundante acopio
de ensueños tu paleta.
Nada más de mi gusto, ni más propio.
Cual suele de abejillas tropa inquieta
volar entre el tomillo y la violeta,
así acudir se ve legión alada
de ensueños en la silla o la almohada
de todo aquel que el inspirado pecho
a su pupitre arrima,
o se desvela en solitario lecho,
dándole caza a la difícil rima.

Pero lo que en el día
logra aplauso mayor, es una cosa

283-284. Intentos de redacción:
harás de la difunta
angélica modelo

* *dirás que la difunta*
era un cabal modelo

306. Primera redacción:
o que da vueltas en mullido lecho

308. Siguen varios intentos de redacción de versos tachados, bastante inconexos:
Apenas uno toma,
para escribir, asunto,

que se suele llamar misantropía.
Huye a la selva umbrosa,
o más bien a la selva que desnuda
de su follaje la estación sañuda;
oculta allí el hastío que devora
tu gastada existencia; el negro tinte
que los odios fantásticos colora,
de cada objeto alrededor se pinte.
Huye a donde jamás hiera tu oído
el eco envenenado, aborrecido,
de humana voz; allí donde la roca
amortaja de nieves su cabeza
titánica; o allí donde bosteza
de apagado volcán lóbrega boca.

en aquel mismo punto,
de los ensueños la bandada acosa;
cogerás en el aire cuantos quieras.

Pueda coger al vuelo
cuantos vengan a pelo,
que pasaporte franco y libre tienen

cuantos quisieras y no importa nada
que no vengan a pelo.

Puedes coger al vuelo;
y como pasaporte franco tienen

pues pasaporte libre y franco tienen
y nadie el tiempo gasta
de decir lo que son

darás muestra de todo, y nadie gasta
una línea en decir a lo que vienen.
Embuchas (?) a granel; con eso basta.

Para escribir, no bien se toma asunto

para escribir no bien elige asunto

no bien algún poeta elige asunto

no bien para escribir escoge asunto
algún ingenio, cuando
viene a la memoria la bandada.

Cuantos quisieras, vengan o no a pelo,
puedan coger al vuelo.

puedas coger al vuelo
cuantos quisieras o no, a pelo,

Cuantos quisieras y no importa un pito

BIBLIOTECA NACIONAL CARACAS

¿Ves cómo ya el postrero
rayo del sol expira en el otero,
y al entreabrirse cárdenos nublados,
de tempestad preñados,
lámpara sepulcral arde el lucero
sobre la tierra que la sombra enluta?
Huye al amigo seno de la gruta.
Medita allí, cavila;
y de tu pecho el negro humor destila
sobre todos los seres gota a gota;
y llama al mundo en que naciste, infierno,
de que fué a Lucifer dado el gobierno
para jugar con él a la pelota,
y con este menguado, pobre, triste,
infinitesimal átomo humano,
discorde unión de espíritu y materia,
que monarca se cree de cuanto existe,
porque le cupo el privilegio vano
de conocer él mismo su miseria.
Todo allí muerte, esplín, hondo fastidio,
no el que con el champaña se disipa,
o con el humo de cigarro o pipa,
sino el que pensamientos de suicidio
engendra; y logren sólo distraerte
impresiones de horror, de duelo y muerte.
O el ronco trueno música te sea,
y de encontrados vientos la pelea,
y de natura atormentada el grito
cuando sobre sus bases de granito
el bosque secular se bambolea;
o el esquilón distante
que llora la agonía
del moribundo día,
aunque de plagio se te queje el Dante;
o del buho el fatídico graznido,
que por la soledad pavor derrama;
o el gemir de la tórtola que llama,
y llama sin cesar... y llama en vano,
en el desierto nido,

335. Primera redacción:
de que sólo Satán tiene el gobierno

349. Al margen figuran unos versos totalmente ilegibles.

al esposo querido,
que presa fué de cazador villano.

Pero no es bien que mucho te demores
en silvestres y rústicas escenas,
que huelen a la edad de los pastores,
cuando andaban Belardos y Filenas
cantando a las orillas de los ríos
insulsos inocentes amoríos.
¿Inocencias ahora? Nada de eso
en un siglo de luz y de progreso.
Loca algazara aturda
en infernal zahurda,
do el adusto Timón, medio beodo,
haga de todo befa, insulte a todo;
y brillen entre copas las espadas,
y se mate, y se ría a carcajadas;
y retumbe en satánicos cantares
audaz blasfemia, horrífica, inaudita,
que es para ejercitados paladares
una salsa exquisita.

Mucho más dijo la parlera Diosa,
sin que de tanto embrollo
de lindos disparates, otra cosa
engendrarse pudiera en mi meollo,
que confusión, y vértigo, y mareo.
En el estado que me vi, me veo;
impotente la voz, el alma seca,
y por añadidura, una jaqueca.
Pero, para decir, bella Isidora,
que eres un ángel que la tierra adora,
que sabes ser honesta y ser amable,
¿ha de ser necesario que me empeñe
por selvas y por riscos, que me ensueñe,
que me arome, y por último, me endiable?
Antes seguro estoy de que sería
imperdonable insulto
el ofrecerte semejante culto.
Si ya no soy ni aquello que solía,
pues de la frente que la edad despoja,
huye, como el amor, la poesía,

puedo hablar a lo menos el lenguaje
de la verdad, que, ni al pudor sonroja,
ni hacer procura a la razón ultraje.
Aunque de la divina lumbre, aquella
que al genio vivifica, una centella
en mi verso no luzca, ni lo esmalte
rica facundia, y todo en fin le falte
cuanto en la poesía al gusto halaga,
lo compone benigna una alma bella
que de lo ingenuo y lo veraz se paga.

406-410. Intentos de redacción:

Aunque en mi tosco verso dos reales
de inspiración no luzca, ni lo esmalte
* *rica facundia, y todo en fin le falte,*
cuando en obras de ingenio al justo vales
yo sé que lo veraz

Aunque a mi tosco verso una centella
de inspiración no luzca, ni lo esmalte
* *rica facundia, y todo en fin le falte,*
cuando ya a la razón y al gusto halaga
yo sé que lo veraz

DIÁLOGO

ENTRE LA AMABLE ISIDORA Y UN POETA DEL SIGLO PASADO*

POETA

—Aquel tributo que mi pobre ingenio
ha ofrecido, Isidora, consagrarte...

ISIDORA

—Me lo has hecho aguardar todo un trienio,
y pudiera mandarte
que fueras con tu música a otra parte;
pero con una condición lo admito:
que tenga de lo nuevo y lo bonito.

POETA

—¿De lo bonito y de lo nuevo sólo?
A tus influjos me encomiendo, Apolo,
para salir de tan terrible aprieto:
inspírame un soneto,
que el fino gusto de Isidora apruebe.

ISIDORA

—¿Sonetos en el siglo diez y nueve?

* Poesía compuesta probablemente en 1846, por lo que asevera M. L. Amunátegui (O. C. III, p. lxxx) pero publicada en la revista *El Picaflor*, nº 7, Santiago, 10 de junio de 1849. Esta composición fué hecha para el álbum de la Sra. Doña Isidora Zégers de Hunneus. Iba complementada con la traducción de *L'Anticamera d'Amore* del poeta italiano Gherardo de Rossi, con el título de *La Corte de Amor*. Con esta última parte no fué publicada sino en el *Juicio Crítico. 1861.* (Comisión Editora. Caracas).

POETA

—Un romancito, pues, en asonante...

ISIDORA

—Es cosa de poeta principiante,
que el oído desgarra,
y merece cantarse con guitarra.

POETA

—Pero si no sé más, querida mía.
¿Cómo de tan estéril fantasía
creaciones hermosas
podrán salir? No da el espino rosas.

ISIDORA

—Todo cuanto me digas es en vano.
En estas hojas, con tu propia mano,
algo que a los lectores interese,
algo que de ponerse digno sea,
después de estas dos *emes* y esta *ese*,
has de escribir; lo exijo.

POETA

—¡Fuerte empeño!
Mas aguarda; una idea
me ocurre de improviso.
Fingiré que adormido en blando sueño
se presenta a mi vista un paraíso,
donde...

ISIDORA

—Toma la pluma, pues, y al caso.

POETA (*escribiendo y declamando*)

—"Sobre la verde falda
del erguido Parnaso,

26. Esta composición fué escrita en el álbum de la señora Zégers a continuación de otra de la sobresaliente poetisa chilena doña Mercedes Marín de Solar, firmada con las iniciales M. M. de S. (EDICIÓN CHILENA. SANTIAGO).

guiaba yo mi vacilante paso,
tejiéndote, Isidora, una guirnalda,
cuando de ninfas majestuoso coro,
sueltos sobre la espalda
alabastrina, los cabellos de oro
coronados de flores,
con ropas que robaron sus colores
a la primera luz de la mañana,
con cítaras de etérea melodía,
que arroba en dulce rapto el alma humana..."

ISIDORA

—¡Jesús! ¡Qué altisonante algarabía!
Amigo mío, en lengua castellana,
ésa se llama entrada de pavana.
¿No ves que tus poéticos primores
son estrujadas flores
de que cualquiera nene
en este siglo innovador se mofa?
Apostaré que en la siguiente estrofa
vas a beber las aguas de Hipocrene.
Guía, por Dios, tu vacilante paso
lo más lejos que puedas del Parnaso.

POETA

—Eso yo lo sabré, sin que lo mandes.
Mas, si te place, hagamos una cosa.
Dame un asunto tú, no de los grandes
que pidan alto ingenio, estilo fuerte,
inspiración fogosa,
sino sencillo, fácil, en que acierte,
no a idealizar angélica armonía
(eso a tu voz divina sólo es dado),
no a contentar tu gusto delicado,
a que dan cuatro idiomas alimento
(¿cupiera en mí tan alto pensamiento?),
sino a probar lo que conmigo vales;
pues dócil a tu imperio soberano,
tomo otra vez con atrevida mano
la lira, que en las ramas funerales
de sauces lloradores, monumento

de una temprana tumba, colgué un día.
Juré que nunca más la tocaría;
quebrantaré por ti mi juramento.
En suma, sólo pido
que tú me des el tema.

ISIDORA

—Concedido.

POETA

—¿Cuál es?

ISIDORA

—Amor.

POETA

—¡Jesús!

ISIDORA

—¿Qué es lo que temes?
¿Pido yo por ventura que en las aras
del ciego dios, profano incienso quemes?
¿Pido que a lo Petrarca o lo Macías
le entones quejumbrosas elegías?
Comprendo bien que ajeno lo estimaras
de ti y de mí; mas dime, ¿qué tendría
la propuesta materia

72. Alusión al fallecimiento de su hijo don Francisco Bello, que ocurrió el 13 de junio de 1845. (EDICIÓN CHILENA. SANTIAGO).

77-88. Otra redacción manuscrita de estos versos. Van seguidos de una estrofa totalmente ilegible:

—¿Cuál es? — Amor — Pardiez, linda materia
para un Matusalén — Más grave y seria,
no puede ser, que enamoradas canas
no poseo yo, ni propio en mi sería.
Yo te pido verdad, filosofía —
Pero tantos y tantos
afamados ingenios han escrito
sobre ese derecho (ileg.) —
Plágialos, que con eso me contento —
¿Me lo permites tú? — Tal permito —
Pues con esa licencia va de cuento.

de impropia ni de ingrata
para la cosquillosa fantasía
de la más zahareña mojigata
que allí vertida viese alguna seria
máxima de moral filosofía?

POETA

—¿Conque un sermón en verso?... ¡Linda cosa
por cierto para el álbum de una hermosa!

ISIDORA

—Sai che lá corre il mondo, ove piú versi
di sue dolcezze il lusinghier Parnaso
e che 'l vero condito in molli versi
i piú schivi, allettando, ha persuaso.

POETA

—¡Basta! Me rindo al Tasso;
me rindo a ti. Permite solamente
que hurtada inspiración mi verso aliente.

(*El poeta traduciendo del italiano*) *.

92-95. Tasso. — *La Jerusalén Libertada*, canto I, octava 3.

Sabes que allá va el mundo do se estima
el licor lisonjero del Parnaso,
cuando en sonora y deleitosa rima,
mejora al hombre de virtud escaso.

(Traducción de Juan Sedeño).

(Edición Chilena. Santiago).

* Sigue el texto de *La Corte de Amor* (*L'Anticamera d'Amore* de Gherardo de Rossi), que Bello tradujo como complemento del poema, que damos en dos redacciones con las variantes respectivas.

LA CORTE DE AMOR *

(TEXTO A)

Solemne audiencia un día
daba el Amor; servía
Capricho de portero
y a Dama y Caballero
que de su gusto era
fácil entrada abría.
Con los demás hacía
de diversa manera.
Vestida entró de gala
Juventud en la sala
y ocupó la testera.

* El texto de *La Corte de amor*, está en dos manuscritos que señalaremos como *A* y *B*. El manuscrito *B*, por el carácter de la letra y por la redacción, parece que fué elaborado antes del manuscrito A. Miguel Luis Amunátegui da en *O. C. III*, pág. 212-214, el texto del manuscrito *A*, que había insertado en *Juicio Crítico. 1861*. Publicamos ambos textos, con la lectura de las respectivas primeras redacciones, que aparecen tachadas en los manuscritos originales. Corregimos algunos errores de transcripción de las ediciones anteriores. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

99. Primera redacción:

Audiencia daba un día
Amor

102-104. Primeros intentos de redacción:

que a Dama y Caballero
entrada fácil daba
* *que de su gusto era*

que a Dama y Caballero
* *que de su gusto era*
gustosamente abría.

Este último verso fué tachado y sustituído sucesivamente por los siguientes:

La puerta al punto abría.

Prontamente admitía.

105. Otra redacción, que aparece sin tachar en el original:

Con los demás no hacía

Entraron Risa y Juego
y se salieron luego.
La Gracia a la Hermosura
llevaba de la mano,
y le alcanzó Ventura.
Llega con gesto ufano
Necedad, y se engríe
porque el Amor se ríe.
Mas ya del Chisme aleve
se oye el susurro leve,
y van tras él llegando
en bullicioso bando
Sospechas y Recelos
y pendencieros Celos.
La Lisonja apercibe
su más meliflua charla,
y gran placer recibe
Amor al escucharla.
Triscaban la Alegría
y la Coquetería,
y con semblante huraño
acecha el Desengaño.
Va el Rendimiento tímido,
que aún del desdén se paga;
va la Traición que pérfida
a los que vende halaga.
Fe, Modestia, Inocencia
lograron corta audiencia;
y avergonzadas salen
de lo poco que valen.

120. Primera redacción:

Y van tras él entrando

Tacha *entrando* y escribe *llegando*. Sin tachar esta última, escribe de nuevo *entrando*, y la deja igualmente sin tachar.

127. Primera redacción:

el Dios al escucharla.

128-131. Primera redacción:

Triscaba la Alegria
con la Coquetería,
y acecha en un escaño
ceñudo el Desengaño.

136. Comenzó a redactar este verso con la palabra *Locura.*

137. Primera redacción:

tuvieron corta audiencia

La Locura no falta,
que de Cupido era
antigua consejera
y tiene allí vara alta.
Alrededor del trono
Querellas y Suspiros
cantando en flébil tono
hacen variados giros,
y mézclanse en la Danza
Consuelo y Esperanza.

Falta entre tanta gente
la Razón solamente,
porque el Ujier Capricho
que es un perverso bicho
no está en buena harmonía
con la señora mía,
y anunciarla rehusa
con una y otra excusa.
Al cabo fué preciso.

140. Primera redacción:

Locura allí no falta

144-147. Primera redacción:

* *Cantando en flébil tono*
* *Querellas y Suspiros*
* *hacen variados giros,*

Segunda redacción:

* *Cantando en flébil tono*
* *Querellas y Suspiros*
en torno al regio trono
* *hacen variados giros,*

156-165. Primera redacción:

y anunciarla no quiso.
* *Al cabo fué preciso.*
"Hay una noble dama,
dice; Razón se llama
y hablaros desearía
si le mandáis que aguarde".
Responde Amor: "Ya es tarde;
di que venga otro día".

Otra redacción de los versos quinto y sexto:

y preguntar me hacía
si permitís que aguarde".

Al dorso del manuscrito intentó Bello nuevas redacciones, sumamente enmendadas. Por las tachaduras es indescifrable el primer intento de redacción. Damos a continuación lo que queda legible:

* *Al cabo fué preciso.*
Y pide así el permiso
(ileg.) *"Anciana dama,*

"La Razón allí fuera
(dice) su turno espera,
y si le dais permiso
hablar con vos querría
antes que se haga tarde".
Responde Amor: "Que aguarde,
o que vuelva otro día".

que la Razón se llama,
y hablaros desearía
* *antes que se haga tarde".*
* *Responde Amor: "Que aguarde,*
* *o que vuelva otro día".*

"Pide vuestro permiso
(dice) una noble dama
que la Razón se llama,
y hablar con vos querría
de cosas de valía,
* *antes que se haga tarde".*
* *Responde Amor: "Que aguarde.*
* *o que vuelva otro día".*

Cuarta redacción, no tachada:

* *"La Razón allí fuera,*
señor, su turno espera,
* *y si le dais permiso,*
* *hablar con vos querría".*
"Di que vuelva otro día".

LA CORTE DE AMOR

(TEXTO B)

Solemne audiencia un día
daba el Amor; servía
Capricho de portero
y solamente abría
a Dama o Caballero
que bien le parecía.
Juventud en la sala
vestida entró de gala
y ocupó la testera.
Entraron Risa y Juego
y se salieron luego.
Llevó de compañera
la Gracia a la Hermosura,
y le alcanzó Ventura.

99. Sigue la numeración correlativa, correspondiente a la página 281.

99-104. Primera redacción:

Audiencia daba un día
Amor, y de portero
Capricho le servía,
que solamente abría
la apetecida puerta
* *a Dama o Caballero*
que a complacerle acierta.

Otra redacción:

Audiencia daba un día
Amor y le servía
* *Capricho de portero,*
que sólo abrir solía
la apetecida puerta

Los dos últimos versos fueron refundidos así:

que sólo abre la puerta

105-109. La primitiva ordenación era: 107, 108, 109, 105, 106.

Esperanzas, temores,
ilusiones que ostentan
del Iris los colores,
deseos que atormentan
placeres que embriagan.
Requiebros y suspiros
en torno el numen vagan
en fantásticos giros.
Mas hete al Chisme aleve,
que todo lo remueve;
tras su susurro blando
llegan en fiero bando
Sospechas y Recelos
y pendencieros Celos.
Fe, Constancia, Inocencia
lograron corta audiencia.
Ruborizadas salen
viendo cuán poco valen.
La Locura no falta,
que de Cupido era
antigua consejera
y tiene allí vara alta.
Y el traidor Fingimiento
que a los que muerde halaga,
y el fino Rendimiento
que aun del desdén se paga,
el presumido Entono

123-124. Primera redacción:

y en susurro blando
siguen en fiero bando

129-131. Primera redacción:

Y avergonzadas salen
de ver cuán poco valen.
Locura allí no falta

134. Siguen estos versos tachados:

La parlera Lisonja,
que de viento se esponja,

Corrige el primer verso:

La pérfida Lisonja

Tacha y vuelve a dejar la redacción inicial.

135-165. Primera redacción:

El fino Rendimiento
* *que aun del desdén se paga,*
* *y el traidor Fingimiento*

que del triunfo se precia,
el pérfido Abandono,
la Confianza necia
cercan el áureo trono.

Falta entre tanta gente
la Razón solamente,
y fué que el tal Capricho
que es un perverso bicho,
nunca en buena harmonía
con la señora mía,
dar al Amor no quiso
de su llegada aviso.
Al fin, como precisa
cosa "Una noble dama"
(con solapada risa
le dijo) "aguarda afuera.
Doña Razón se llama
que la admisión espera".

que a los que mata halaga,
y el pérfido Abandono
* *cercan el áureo trono.*

* *Falta entre tanta gente*
* *la Razón solamente,*
* *y fué que el tal Capricho*
* *que es un perverso bicho,*
* *nunca en buena harmonía*
* *con la señora mía,*
* *dar al Amor no quiso*
* *de su llegada aviso.*
* *Al fin, como precisa*
cosa, "Una dama espera
* *(con solapada risa*
dijo) en la puerta espera,
saludarlo quisiera.
* *Doña Razón se llama".*
Mucho el Amor se altera.
Turbado el rapazuelo
la vista inclinó al suelo
y habló de esta manera:
"Que, por mucho tiempo aguarde,
¡Qué descortesía!
* *¡Entre!... Mas no... ya es tarde.*
Di que vuelva otro día".

Enmiendas hechas a los seis primeros versos:

* *El pérfido Abandono*
y la Confianza necia
y el presumido Entono,
que de triunfar se precia,

Cuando hubo el nombre oído
turbóse el tiranuelo;
confuso y amorrido
los ojos baja al suelo:
"¿Pero por qué cobarde
le he de temer?" decía.
"Entre... mas no... ya es tarde.
Di que venga otro día".

158-160. Otras redacciones:

Amor se turba todo
cuando su nombre ha oído.
Cabizbajo, amorrido
respondió de este modo:

Cuando aquel nombre ha oído
Amor se turba todo.
La vista inclina al suelo.
Contesta de este modo:

163. Siguen dos versos tachados:

enojosa, a fe mia,
la visita", decía

A PEÑALOLEN*

Boscajes apacibles de la Hermita,
¡oh cuánto a vuestra sombra me recreo,
y con qué encanto celestial poseo
lo que en vano se busca y solicita
en el bullicio corruptor del mundo:
el sosiego profundo,
la deliciosa calma,
la dulce paz!... Que al alma
de sí propia contenta,
y de cuidados míseros exenta,
le hace el silencio plácida armonía,
y hasta la soledad le es compañía.
Ni enteramente solitario vivo;
que cuando, embelesado y pensativo,
en vuestro grato asilo, me paseo,
la cara imagen veo
de aquel que lo formó, de aquel que un día
de la insana inquietud del vulgo vano,
móvil veleta con que juega el viento,
a vosotros huía,
y de su propia mano
elevó este sencillo monumento
a la sola veraz filosofía.

Sí; que en este retiro
que amaste, inseparable me acompaña

* Se publicó por primera vez en una colección de composiciones en prosa y verso intitulada *Aguinaldo*, de 1º de enero de 1848. (Comisión Editora. Caracas).

1 Peñalolen, o la Hermita, es un fundo vecino a la ciudad de Santiago, que perteneció al señor don Mariano de Egaña, quien, siendo plenipotenciario en Londres, contrató el año de 1829 al señor don Andrés Bello para que viniera a Chile. (Edición Chilena. Santiago).

tu venerada sombra, ilustre Egaña;
y en tu semblante miro,
como cuando la vida lo animaba,
de la virtud la estampa y el talento;
y escucho aquel acento,
que, mientras los oídos halagaba
abundoso vertía
provechosas lecciones de experiencia,
concordia, universal filantropía,
política sensata, gusto y ciencia.

Yo que de ellas saqué no escaso fruto
oso ofrecerte, Egaña,
este humilde tributo
de amor y admiración. Tú lo recibe,
ya que no puede ser por lo que vale,
porque de un pecho agradecido sale,
en que indeleble tu memoria vive.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA MERCEDES MUÑOZ*

La joven beldad que quiera
ceñir su frente de flores,
pídalas a la pradera,
cuando de varios colores
la esmalta la primavera.

Mas no vaya al bosque yerto
que el crudo invierno despoja,
árido y triste desierto,
do apenas de mustia hoja
está algún ramo cubierto.

¿Ves aquel árbol que escrita
lleva en sí la edad inerte
que lo postra y debilita?
¿Qué don pudiera ofrecerte?...
Una guirnalda marchita.

Pero en ese tronco exhausto
que sin sombra y sin verdor
es del tiempo estrago infausto,
puede tal vez el amor
encender un holocausto;

No aquel amor, niño ciego,
que de centellas armado,
para turbar el sosiego

* Publicada a 1º de enero de 1848, en la colección intitulada *Aguinaldo*. (Comisión Editora. Caracas).

de un corazón descuidado
prende en tus ojos su fuego;

Sino aquel que en poesía
pintan sin alas ni redes,
misteriosa simpatía,
blando cariño, Mercedes,
que arrastra a tu alma la mía;

Que, con poder halagüeño,
me aficiona a la dulzura
de ese humor jovial, risueño,
que trasparenta la pura
felicidad de su dueño.

Sí; me arrastra, y me enamora
la hija tierna, y tierna hermana,
y la amiga encantadora,
que, en su juventud temprana,
tantas prendas atesora.

No te ha dado el cielo en vano
ese admirado talento
que vierte, bajo tu mano,
alma, vida y sentimiento
sobre las teclas del piano;

Porque cuando con la grata
magia de acordados sones
los sentidos arrebata,
las amables emociones
de tu alma bella retrata.

Mas al estro que me excita,
debo ya tener la rienda...
Falta el papel, Mercedita...
Acepta la humilde ofrenda
de esta guirnalda marchita.

¿PARA QUÉ EL ODIO MUTUO ENTRE LAS GENTES? *

(Traducción de LAMARTINE)

¿Para qué el odio mutuo entre las gentes?
¿Para qué esas barreras,
que aborrecen los ojos del Eterno?
¿Hay acaso fronteras
en los campos del éter? ¿Vense acaso
en el inmenso firmamento vallas,
linderos y murallas?
¡*Pueblos, naciones,* títulos pomposos!
¿Qué es lo que dicen? ¡Vanidad, barbarie!
Lo que a los pies ataja
no detiene al amor. Rasgad, mortales
(Naturaleza os grita),
las funestas banderas nacionales;
el odio, el egoísmo tienen patria;
no la fraternidad.

* Miguel Luis Amunátegui, en la *Introducción* a las Poesías (O. C. III, p.xxi), inserta estos versos como traducidos de una obra de Alfonso de Lamartine. Orrego Vicuña en su *Andrés Bello* (Bibliografía, Nº 223) fecha esta traducción en 1848. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

EL TABACO*

EPIGRAMA

Epigrama me titulo;
no soy enigma, ni quiero;
no me precio de difícil,
porque repugna a mi genio.

Tres partes iguales forman
mi todo, ni más ni menos;
y de dos en dos unidas,
hacen seis pares completos.

Es el un par de gallinas;
otro un divertido juego;
al otro el celeste Olimpo
le dió lugar en su seno.

Otro es cómplice inocente
del estrago carnicero
que al hombre más fuerte postra,
y alcanza al ave en su vuelo.

Otro en edades pasadas
fué defensivo ornamento
que el feudal barón llevaba
al combate y al torneo.

El otro, en fin, elegante,
estrafalario o modesto,
es gala del tocador
y atavío del enfermo.

* Publicado por primera vez en *El Picaflor*, Santiago, 17 de julio de 1849 (Comisión Editora. Caracas).

Y con todo lo que digo,
soy un tirano hechicero,
un encanto indefinible,
un delicioso embeleso.

Me buscan ricos y pobres,
eclesiásticos y legos,
el que huelga, el que trabaja,
el estudiante, el zopenco.

Sólo (¡ay triste!) las hermosas
me miran con vilipendio,
si bien algunas conmigo
se solazan en secreto.

¡Oh! tú que contemplas
con ojo sereno,
hollado, insepulto,
mi frío esqueleto,

Llévale te pido
a su mausoleo
de metal dorado,
o de vidrio terso;

Y por epitafio,
ponle este letrero,
en grata memoria
de dichas que fueron:

"¡Me dió el ser la tierra,
me da vida el fuego,
y entre vagos giros,
en el aire muero!"

AL BIOBÍO*

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA DOÑA DELFINA PINTO DE ROSAS

¡Quién pudiera, Biobío,
pasar la existencia entera
en un boscaje sombrío
de tu encantada ribera!

Una cabaña pajiza,
donde viese tu onda pura,
que callada se desliza
entre frondosa verdura,

Donde, en vez del movimiento
de políticos vaivenes,
susurrar oyese el viento,
entre robles y maitenes,

Y escuchase la alborada
que en no aprendida armonía,
canta el ave en la enramada
saludando al nuevo día;

Una pajiza cabaña,
en que gozase el reposo
de la paz que nunca engaña,
ni envidiado ni envidioso;

* Según cree M. L. Amunátegui (O. C. *III*, p. LXXX) fué compuesta antes de 1849, pero se publicó en *El Picaflor*, de 28 de octubre de dicho año. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

Más grata, en verdad, me fuera
que una confusa Babel,
donde en pos de una quimera
corren todos en tropel,

Do deslealtad y falsía
cercan el trémulo altar
que a los ídolos de un día
alza el aura popular.

¡Oh feliz, oh dulce calma,
paraíso de la tierra!
¿vale más que tú la palma
del saber o de la guerra?

Verdad, no lisonja, quiero;
verdad sencilla, desnuda;
no el aplauso vocinglero,
que a la fortuna saluda;

Quiero en mis postreros años
decir a ese bien fingido:
¡Adiós! no más desengaños;
a los que olvidan, olvido.

Otros en loco tumulto
llamen dicha al frenesí;
yo en el rincón más oculto
quiero vivir para mí.

Pero ¿a dónde en arrebato
impensado me extravío?
Para otro asunto más grato
te invocaba, Biobío.

Por tus verdes campos gira
una amable forastera,
y los aromas respira
que embalsaman tu ribera.

Cerca de ti su mansión
tiene la bella Delfina;
la de noble corazón,
la de gracia peregrina.

Yo la vi, pimpollo hermoso,
que, con su beldad temprana,
tuvo a Santiago orgulloso,
en su primera mañana.

Vila en cerrado vergel
joven planta, que atesora
lozano brillo, y con él
a los vientos enamora.

Vino tormenta sañuda,
como la que en duro embate
al verde bosque desnuda,
y hermosa arboleda abate.

Casi (¡ay Dios!) su primavera
la vió morir, y agostada
la tuvo la Parca fiera,
y la lloré malograda.

Pero al modo que se eleva,
cuando el huracán se calma,
con vigor y vida nueva,
una destrozada palma,

Volvió mi Delfina así,
a beber el aura pura;
y correr las Gracias vi
a retocar su hermosura.

Hija la he visto amorosa
en la morada paterna,
y luego adorada esposa,
y madre ya, dulce y tierna;

Y siempre cabal modelo
de amabilidad serena,
ángel bajado del cielo
a nuestra mansión terrena.

Tal es la beldad que ahora
gozas, orgulloso río,
y la que Mapocho llora
en ajeno poderío.

Que te desveles por ella
te ruego; en diario tributo
95 ríndele la flor más bella,
y el más sazonado fruto.

Al llevarla el blando ambiente
del jazmín y el azahar,
de su viejo amigo ausente
100 hazla el nombre recordar.

Pero no con lazo eterno
presumas que la encadenes;
la llama el hogar paterno;
prestado tesoro tienes.

105 Y harás de la deuda pago,
y volveremos a verla,
y se gozará Santiago
en su enajenada perla.

EL CÓNDOR Y EL POETA *

DIÁLOGO

POETA

—Escucha, amigo Cóndor, mi exorcismo;
obedece a la voz del mago Mitre,
que ha convertido en trípode el pupitre;
apréstate a una espléndida misión.

CÓNDOR

—¡Poeta audaz, que de mi aéreo nido
en el silencio lóbrego derramas

* Este poema fué escrito en contestación a la poesía de Mitre *Al cóndor de Chile*. M. L. Amunátegui (O. C. III, p. LXXX) asevera que la poesía de Bartolomé Mitre *Al cóndor de Chile* fué leída en las fiestas cívicas de setiembre de 1848. Pero Raúl Silva Castro en su artículo "Bartolomé Mitre, redactor de "El Progreso" (*Mercurio*, Santiago de Chile, 26 de marzo de 1950) precisa que Mitre publicó su poema el 18 de setiembre de 1849, en la edición especial dedicada a la fecha de Chile. Por tanto, la réplica de Bello tiene que ser posterior al 18 de setiembre de 1849.

La poesía de Bello se imprimió, según M. L. Amunátegui (O. C. III, p. LXXX) en 1866. Le añadimos ahora, en nota, las variantes de redacción leídas en fotografías de un manuscrito original. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

1-3. Otras redacciones:

—Oye, Cóndor, el mágico exorcismo,
que a entonar voy. Ya es trípode el pupitre;
himno la voz. Despierta, Proto-buitre

—Oye, Cóndor, el mágico exorcismo,
que a entonar voy. El trípode al pupitre
suceda ya. Despierta, Proto-buitre

El primer verso tiene otras redacciones:

—Oye, Cóndor, profético mi mágico

—Oye, Cóndor, mi mágico exorcismo;

6. Otras redacciones:

perturbando el silencio en él derramas

profanando el silencio en él derramas

cántico misterioso! ¿a qué me llamas?
Yo sostengo de Chile el paladión.

POETA

—No importa; es caso urgente, es una empresa
digna de ti, de tu encumbrado vuelo,
y de tus uñas; subirás al cielo,
escalarás la vasta esfera azul.

CÓNDOR

—¿Y qué será del paladión en tanto,
cuya custodia la nación me fía?

POETA

—Puedes encomendarlo por un día
a las fieles pezuñas del Huemul.

9-12. Primeras redacciones:

POETA

—No importa: es cosa urgente, es una empresa
* *digna de ti, de tu encumbrado vuelo.*

CÓNDOR

—¿A dónde quieres enviarme?

POETA

—Al cielo,
a lo más alto de la esfera azul...

El tercer verso sufre las siguientes modificaciones:

y de tus uñas. Sube.

CÓNDOR

—¿A dónde?

POETA

—Al cielo,

y de tus uñas; remontaste al cielo;

13-16. Otra redacción:

CÓNDOR

* *—¿Y qué será del paladión en tanto;*
* *cuya custodia la nación me fía?*
¿He de llevarlo a cuestas?

POETA

—¡Boberías!
Echalo a tierra, o suéltalo al Güemul.

El último verso tiene otra redacción:

¿Habrá más que soltárselo al Güemul?

CÓNDOR

—Pero el camino del Olimpo ignoro . . .

POETA

—Mientes; tú hurtaste al cielo, ave altanera,
en pro de nuestros padres, la primera
chispa de libertad que en Chile ardió.

CÓNDOR

—¡Falaz leyenda! ¡Apócrifa patraña!
Robaba entonces yo por valle y cumbre,
según mi antigua natural costumbre;
monarca de los buitres era yo.

18-24. Primeras redacciones:

POETA

—Mientes; lo sabes bien, ave altanera.
De allá trajiste el fuego en que Carrera
los corazones patrios inflamó.

CÓNDOR

—¡Pura leyenda! ¡Apócrifa patraña!
* *Robaba entonces yo por valle y cumbre,*
según mi propia ingénita costumbre;
y nadie de mi nombre se acordó.

El verso 21 tiene otra redacción:

—¡Ficción tuya! ¡Apócrifa patraña!

El último verso tiene dos redacciones más:

tirano de los aires era yo.

rey de los aires era entonces yo.

24. Al margen del manuscrito aparecen tachados los versos que deberían seguir a continuación:

Y era en verdad sabrosa tiranía
que descuidado no pació cordero
en verde loma, ni voló jilguero,
ni entonó eterna matinal canción,
Que no reconociese el señorío
de estos garfios que ves, acicalados;
ociosas armas ya, por mis pecados,
si he de estar noche y día de plantón.

El segundo verso tiene otras redacciones:

que en verde valle no pació cordero

que impunemente no pació [*cordero*]

El tercer verso tiene otra redacción:

en verde valle, ni voló jilguero,

El quinto verso tiene otra redacción:

Que de la aguda punta se escapara

El último verso lo redactó también:

desde que aquí me tienes de plantón.

Años después, llamáronme, y conmigo
vino esa pobre, tímida alimaña,
de los andinos valles ermitaña;
y el paladión nos dieron a guardar.
Mal concertada yunta, que, algún día,
recordando los hábitos de marras,
estuve a punto de esgrimir las garras,
y atroz huemulicidio ejecutar.

POETA

—¡Oh mente de los hombres adivina!
¡Oh inspiración profética! No sabes,
alado monstruo, espanto de las aves,
el oculto misterio de esa unión.
¡Junto a la mansa paz, atroz instinto
de pillaje y de sangre! ¡Incauto el uno,
audaz el otro en tentador ayuno,
y de la Patria en medio el paladión!
Tremendo porvenir, yo te adivino,
pero no tiemblo. Es fuerza te abras paso
de la ilustrada Europa al rudo ocaso;
está en el libro del destino así.
Sus últimos destellos da la antorcha
que el hijo de Japeto trajo al mundo;

26-27. Primeras redacciones:

a este pobre Güemul, tímido, huraño,
de las andinas selvas ermitaño;

al hermano Güemul, medroso, huraño,

32. En el manuscrito se lee:

y atroz güemulicidio ejecutar.

33-38. Primera redacción:

—¡Oh cómo el hombre, sin saberlo, abriga
inspiración profética! No sabes,
alado monstruo, espanto de las aves,
no sabes el misterio de esa unión.
¡De un lado mansa paz. Atroz instinto
de robo y sangre al otro! Incauto el uno,

41-44. Primeras redacciones:

Tremendo porvenir, yo te diviso,
mas no me arredro. Es fuerza te abras paso
de la aurora a los pueblos del ocaso;
decreto eterno lo ha ordenado así.

está en el libro eterno escrito así.

suceda al viejo faro moribundo
joven tizón, ardiente, baladí.

CÓNDOR

—No sé, poeta, interpretar enigmas;
no entiendo de tizones ni de faro.
Deja los circunloquios, y habla claro.
¿De qué se trata? Explícate una vez.

POETA

—De aquel fuego sagrado que trajiste
(niégaslo en vano) a un ínclito caudillo,
apenas queda agonizante brillo;
nos viene encima infausta lobreguez.
Renovarlo es preciso.

CÓNDOR

—¿Cómo?

POETA

—Debes
seguir del sol la luminosa huella,

47. Otras redacciones:

sucede al noble faro moribundo

se extingue el noble faro moribundo

52. Aparece la siguiente estrofa tachada, cuya idea se recoge luego en los versos 57-60:

—Ya te lo dije; de escalar el cielo,
seguir al sol la luminosa huella;
* *sorprenderle, robarle una centella,*
* *metértela en los ojos y escapar.*

53-56. Otra redacción:

—De aquella sacra llama que trajiste
(mal que te pese) al ínclito Carrera,
agoniza la llama postrimera;
nos amenaza infausta lobreguez.

El último verso había empezado a redactarse:

amaga a Chile

sorprenderle, robarle una centella,
metértela en los ojos, y escapar.

CÓNDOR

—Muy bien; me guardo el fuego en las pupilas,
cual si fueran volcánicas cavernas.
¿Y qué haré luego de mis dos linternas?

POETA

—Quiero a Chile con ellas incendiar.

CÓNDOR

—¿Incendiarlo? ¿Estás loco? ¿De eso tratas?

POETA

—Incendiarlo pretendo en patriotismo;
abrasarlo, molondro, no es lo mismo;
quiero hacer una inmensa fundición.
Quiero llamas que cundan pavorosas,
descomunales llamas, llamas grandes,

61. Otras redacciones:

—¡Muy bien! Sorprendo al sol, le quito un rayo

—Muy bien; escondo el fuego en las pupilas,

63. En el manuscrito se lee:

¿Y qué hacer luego de mis dos linternas?

64-66. Otras redacciones:

POETA

—Debo a Chile con ellas incendiar.

CÓNDOR

—Incendiarlo, ¡gran Dios! ¿Eso pretendes?

POETA

—Incendiarlo en intenso patriotismo

POETA

—Pienso a Chile con ellas incendiar.

CÓNDOR

—Incendiarlo, ¡gran Dios! ¿De eso se trata?

—Incendiarlo, ¡me espantas! ¡me horrorizas!

que derritan la nieve de los Andes
y la de tanto helado corazón.
¿Abrasar? ¡Linda flema!—¿Es tiempo ahora
de contentarse con mezquinas brasas
que den pálida luz, chispas escasas,
como para el abrigo de un desván?
No, señor; vasto incendio, llamas, llamas,
que unas sobre las otras se encaramen,
y levantando rojas crestas bramen,
y les sirva de fuelle un huracán.
Despacha, pues; arranca; desarrolla
el raudo vuelo; tiende el ala grave,
como la parda vela de la nave
cuando silba en la jarcia el vendaval.
Vuela, vuela, plumífero pirata;
recuerda tu nativa felonía;
asalta de improviso al rey del día
en su carroza de oro y de cristal.

CÓNDOR

—Ya te obedezco, y tiendo, como mandas,
el ala; aunque eso de tenerla un ave

72. Otra redacción:
la nieve del chileno corazón.

77. Otras redacciones:
No, ¡señor! Llamas quiero, llamas, llamas,
No, ¡señor! Quiero incendio, quiero llamas,
No, ¡señor! Vasto incendio, raudas llamas,

79. Comenzó a redactarlo:
y alzando rutilantes crestas

80. Otra redacción:
y les sirva de fuelle el huracán.

86-88. Primera redacción:
y cuando tu nativa alevosía
asalta de sorpresa al rey del día
en tu alto solio de oro y de cristal.

El último tiene otra redacción:
en tu alto coche de oro y de cristal.

89-91. Primera redacción:
—Siendo las alas ya, como me dices;
aunque eso de tenerlas (tú lo sabes)
no ligeras, ni leves, sino graves,

El primer verso tiene otros intentos de redacción, algunos ilegibles.
—Ya obedezco tu voz, y dócil tiendo

no ligera ni leve, sino grave,
para tanto volar no es lo mejor.
Y si de más a más tenderla debo,
como la parda vela el navegante
cuando oye la tormenta resonante
que amenazando silba, peor que peor.
Que no despliega entonces el velamen,
antes amaina el cauto marinero,
y aguanta a palo seco el choque fiero,
si salvar piensa al mísero bajel.
Así lo vi mil veces, revolando
entre las nubes negras, cuando hinchaba
la Mar del Sur sus ondas, y bregaba
contra la tempestad el timonel.

POETA

—No lo entiendes: la nave del Estado
es la que yo pintaba; y la maniobra
a que apelamos hoy, cuando zozobra,
no es amainar, estúpido ladrón.

CÓNDOR

—¿Pues qué ha de hacer entonces el piloto?

POETA

—Según doctrina de moderna escuela,
debe correr fortuna a toda vela,
sin bitácora, sonda, ni timón.
Si tú leyeras, avechucho idiota,
gacetas nacionales y extranjeras,
la ignorancia en que vives conocieras;
todo ha cambiado entre los hombres ya.
Altos descubrimientos reservados
tuvo el destino al siglo diecinueve;

96. Otra redacción:
que amenazando brama, peor que peor.

106. Primera redacción:
es la que yo figuro; y la maniobra

113. Otra redacción:
Si tú leyeses, avechucho idiota,

hoy en cualquiera charco un niño bebe
más que en un hondo río su papá.
¡Oh siglo de los siglos! ¡Cuál machacas
en tu almirez decrépitas ideas!
¡Qué de fantasmagorías coloreas
en el vapor del vino y del café!
¡No era lástima ver encandilarse
los hombres estudiándose a sí mismos;
y tras mil embrollados silogismos,
salir con *sólo sé que nada sé!*

120. Otras redacciones:

lo que alcanzar no es dado a tu papá.

lo que alcanzar no pudo tu papá.

secretos que no alcanza tu papá.

123-124. Otras redacciones:

¡Qué de brillantes maravillas creas,
con el vapor del vino y del café!

¡Bellas fantasmagorías coloreas
entre el vapor del vino y del café!

¡Lindas fantasmagorías coloreas

125. Otras redacciones:

¿No era lástima ver encanecerse

¿No era lástima ver cómo vivían

En la fotografía del manuscrito aparece la estrofa de los versos 125-128 entre interrogantes, pero ignoramos si la publicación anterior a ésta, se hizo sobre otro manuscrito de Bello.

128. Siguen cuatro estrofas tachadas:

Hoy para revolver de arriba abajo
el mundo, sube más el que más grita.
Lógica, ¿para qué se necesita?
¿Moral? Delirio. ¿Historia? Necedad.

La Política sí; no, empero, aquella
rancia, que nos hablaba de poderes,
Equilibrios, maridos y mujeres,
Padres, Hijos, Familia, Propiedad.

¡No ves que el equilibrio es calma chicha!
¿No ves que el movimiento es la excelencia
del humano gobierno, y la potencia
movedora el sufragio universal? (a)

¡Qué de quimeras adoraba el mundo (b)
en los crédulos días de mi abuelo,
cuando escondida nos guardaba el cielo
esta piedra feliz filosofal!

(a) Otra redacción:

que ha de regirlo el voto universal?

(b) Otra redacción:

¡Qué de sandeces adoraba el mundo

¡Ea, pues! ¡A la empresa! Bate el ala,
y apercibe también las corvas uñas,
y guárdate de mí si refunfuñas,
lobo rapaz, injerto de avestruz.

CÓNDOR (*volando*)

—Ama aún el buitre robador su nido;
Chile, a traerte voy, no la centella
que incendiando devora, sino aquella
que da calor vital y hermosa luz.

129. Otra redacción:

¡Ea, pues! ¡A la empresa! Tiende el ala,

133. Otras redacciones:

CÓNDOR

(vuela el Cóndor y se retira el Poeta)

—Adiós, suelo natal, paterno suelo,

—Adiós, paterno suelo, ¡dulce nido!

—Ladrón sí; pero te amo, ¡dulce nido!

135. Primera redacción:

de incendio devorante, sino aquella

136. Reproducimos la composición de Bartolomé Mitre, a la que se refiere Andrés Bello.

AL CÓNDOR DE CHILE

I

Tú, que en las nubes tienes aéreo nido,
tiende tu vuelo, Cóndor atrevido,
que sustentas de Chile el paladión;
sigue del sol la luminosa huella;
roba, cual Prometeo, una centella
para incendiar con ella a la nación.

II

Para incendiarla en alto patriotismo,
para animar la antorcha del civismo,
para encender al pueblo en la virtud,
para templar los tibios corazones,
para quemar los últimos jirones
del manto de la torpe esclavitud.

III

Extiende, extiende pronto el ala grave,
como la parda vela de la nave
cuando siente bramar la tempestad;
vuela y trae en los ojos la centella
que, en ochocientos diez, fulgente y bella,
la antorcha reanimó de libertad.

IV

Tú sabes ya el camino, ave altanera;
fuiste de nuestros padres mensajera
para pedir a Dios chispa inmortal
con que incendiar de alarma los cañones,
y derretir los férreos eslabones
de la dura cadena colonial.

V

Tú los viste lanzarse a la pelea,
blandir la espada, sacudir la tea,
vencer, morir, y alzarse como el león;
mientras que tú, cruzando las esferas,
dabas aire, de Chile a las banderas,
y fuego, del patriota al corazón.

VI

Tú los viste en la noche tempestuosa,
guiados por tu pupila luminosa,
cual por la estrella el navegante audaz,
escalar de los Andes las montañas,
esculpiendo en su cima las hazañas
que realizaron con vigor tenaz.

VII

Allí también reverberó tu lumbre,
cuando bajó rodando de la cumbre
desmelenado el iracundo león,
a par que retumbaba en la eminencia
el grito atronador de independencia,
que repetía el mundo de Colón.

VIII

Desde entonces, tu lumbre se ha eclipsado;
el corazón del pueblo se ha enfriado;
y ha muerto el patrio fuego en el altar.
¡Fuego necesitamos! Danos fuego,
que nuestros ojos abundante riego
de libertad al árbol sabrán dar.

IX

Haz por los hijos lo que en otros días
hiciste por sus padres, cuando hendías
las esferas con ímpetu veloz,
para traer la centella salvadora
que de ese sol, que el universo adora,
brotó; y en tus pupilas, puso Dios.

X

Las alas tiende, y sube hasta los cielos,
cual si fueras a traer a tus hijuelos
el alimento que la vida da;

y mientras bajas desde el alta esfera,
nuestra voz de setiembre a la bandera,
con himno popular, saludará.

XI

Y cuando traigas la centella ardiente
que del cobarde el corazón caliente,
y nos llene de aliento varonil,
¡oh Cóndor! danos sombra con tus alas,
mientras que, en el espíritu que exhalas,
impregnemos la túnica viril.

XII

Condúcenos después a la victoria;
traza con luz la senda de la gloria
que nos lleve sin sangre a la igualdad;
toma luego en tu pico oliva y palma,
y arrancando la chispa de nuestra alma,
vuélvesela a ese sol de libertad.

SARDANAPALO *

DE LORD BYRON **

SARDANAPALO

—Que se corone el pabellón de estío
de olorosas guirnaldas; un banquete

* Traducción de algo más de la mitad del primer acto de la tragedia de Lord Byron, con adaptaciones bastante personales del texto. Lo publicó el propio Bello en la *Revista de Santiago,* junio de 1850, tomo IV. Bello acentuaba Sardanapalo como palabra llana, a la manera latina y clásica. Nótense los acentos internos de los versos 259 y 272. (Comisión Editora. Caracas).

** El *Sardanapalo* es una de las más bellas tragedias de Lord Byron. El carácter del protagonista es una concepción original, en que el poeta se propuso rehabilitar este personaje, tratado con demasiada severidad por la historia. El Sardanapalo de Lord Byron mira el placer como el primer objeto de la vida; pero no es el príncipe muelle y cobarde, cuya disolución y afeminación se han hecho proverbiales, bien que en esta parte la historia se convence a sí misma de preocupación e injusticia. Según ella, Sardanapalo peleó con valor contra el rebelde Arbaces, que capitaneaba un ejército formidable, y estaba de inteligencia con los sacerdotes caldeos y algunos de los gobernadores de las provincias. Venciólo tres veces; y en la tercera batalla, mostró no menos habilidad, que denuedo. Arbaces herido se refugió con los restos de su ejército a los montes de la Caldea. La insurrección pareció sofocada, y Sardanapalo asegurado en el trono, con la llegada de las tropas bactrianas, que acudían desde el fondo del Oriente a la defensa de su rey. Pero Belesis, sacerdote caldeo, que era el alma de la insurrección, sedujo a los jefes bactrianos, y persuadió a sus confederados a tentar por la cuarta vez la fortuna. Sardanapalo, sorprendido y derrotado, no desmayó por eso. Sitiado en Nínive, preparó una vigorosa defensa, mientras que Salamenes, a la cabeza de las reliquias de su ejército, hacía frente a los enemigos fuera de las murallas de Nínive. Su derrota y muerte acarrearon el levantamiento de las provincias del imperio que aun permanecían fieles a la antigua dinastía. Sardanapalo, reducido al recinto de su capital, resistió tres años enteros. En el tercer año, una inundación del Tigris echó por tierra una parte de las murallas de la ciudad, y abrió ancha brecha a los sitiadores. Sardanapalo hizo entonces levantar una alta pira, colocó en ella sus insignias reales, sus tesoros, sus mujeres, y sus eunucos; le puso fuego él mismo, y se lanzó a las llamas (el año 817 antes de J. C.). Tal es el verdadero Sardanapalo, rehabilitado por Byron, después de dos mil años de prescripción.

La muestra que presentamos podrá dar alguna idea del estilo trágico de Byron, y de la inteligencia superior con que ha trazado su Sardanapalo y su Salamenes. Mirra, la esclava griega, que sólo se deja ver aquí unos pocos momentos, presenta el tipo de casi todas las mujeres de Byron; ternura, desprendimiento, consagración al objeto amado, pero con los accidentes característicos de una hija de la Grecia.

El metro adoptado en la traducción es el mismo del original. Las personas que hablan son: *Sardanapalo,* rey de Asiria; *Salamenes,* hermano de la reina; *Mirra,* cautiva griega, concubina de Sardanapalo. Comparsa de damas. (N. de Bello).

opíparo se sirva; a medianoche
cenaremos allí: no falte nada;
reúnase la orquesta... Y mientras sigue
el sol su lento giro hacia el ocaso,
aprovechemos el süave soplo
que las ondas enriza del Eufrates.
¡El esquife!... ¡A embarcarnos!... Bellas damas,
las que os dignáis a mis alegres horas
dar compañía: en la más dulce y grata
de todas, cuando al orbe cubre el manto
de las tinieblas, al placer propicias,
nos juntaremos otra vez, al modo
que en la azulada bóveda los astros,
y haremos otro cielo tan brillante
y hermoso como el suyo. De su tiempo
hasta entonces disponga, como guste,
cada cual de vosotras. Y tú, hija
de Grecia, Mirra de mis ojos, ¿piensas
acompañarlas, o venir conmigo?

MIRRA

—¡Señor!...

SARDANAPALO

—*¡Señor!* ¡Bien mío! ¿Cómo puedes
darme ese triste nombre, ese dictado
de maldición, de los monarcas? Regla
tus horas, como quieras, y las mías.

MIRRA

—¡Ordene vuestra alteza!

SARDANAPALO

—*¡Vuestra alteza!*
¡Ah! por tu cara vida, que es la mía,
olvide ya tu labio ese lenguaje.
Por el primero de mis goces tengo
que tú te goces; y me atrevo apenas
a exhalar un deseo, recelando
que tal vez con alguno de los tuyos

cruzarse pueda; porque ¿cuándo duda
Mirra sacrificar a los ajenos
sus pensamientos?

MIRRA

—Es mi dicha sola
mirar la tuya; mas...

SARDANAPALO

—¿Qué *mas?* Barrera
no habrá ninguna entre tu amor y el mío,
sino tu gusto.

MIRRA

—Pienso que es ya hora
de que el consejo se reúna, y debo
retirarme de aquí.

SALAMENES

—La esclava griega
dice muy bien: retírese.

SARDANAPALO

—¿Quién osa
alzar la voz? ¿Qué es esto, hermano?

SALAMENES

—Hermano
de la reina, señor; vasallo vuestro.

SARDANAPALO

—Vosotras, idos. Cada cual disponga
del tiempo, como dije, a su talante,

hasta la hora del banquete. Mirra,
¿también te vas? Tus ojos me dijeron,
tus griegos ojos, cuya dulce lengua
habla tan claro al corazón, tus ojos
¿no me dijeron que partirte ahora
no pensabas de mí?

MIRRA

—¡Gran rey!... Tu hermano...

SALAMENES

—Hermano de la reina, de su esposa:
barragana de Grecia, ¿osas mentarme
sin rubor?

SARDANAPALO

—¿Sin rubor? Eres tan ciego
como insensible, que no ves bañado
su rostro en el carmín de la nevada
caucásea cumbre, cuando el sol se pone;
y de tu yerta ceguedad la acusas...
¿Tú lloras, Mirra?

SALAMENES

—Tiempo es ya que corra,
siendo tan justa la ocasión, su llanto.
Harto hay más que llorar, de lo que piensas;
y de más triste lloro es ella causa.

SARDANAPALO

—¡Maldición sobre el bárbaro que pudo
hacerla así llorar!

SALAMENES

—No te maldigas;
que demasiadas, demasiadas voces
ya te maldicen.

46. Vanse las damas. (N. DE BELLO).

SARDANAPALO

—Olvidar pareces
quién eres y quién soy. ¿Forzarme intentas
a recordar que soy monarca?

SALAMENES

—¡Al cielo
pluguiese que una vez lo recordaras!

MIRRA

—Augusto soberano de la Asiria,
y tú, príncipe ilustre, permitidme
que me retire.

SARDANAPALO

—Pues que tú lo quieres,
y herir tan despiadadamente pudo
rústica avilantez tu manso pecho,
ve; pero ten presente que te aguardo.
La corona de Asiria vale menos,
que tu vista a mis ojos.

SALAMENES

—Una y otra
vas a perder... y para siempre acaso.

SARDANAPALO

—Este paciente oído que a tus voces
me ves dar, manifiesta que a lo menos
sé vencerme a mí mismo. Pero baste;
no apures más mi natural templanza.

SALAMENES

—¡Templanza muelle, afeminada, torpe,
indigna! ¡Oh si apurarla al fin pudiese

77. Vase Mirra. (N. de Bello).

y despertar tu adormecido brío,
aunque contra mí mismo lo emplearas!

SARDANAPALO

—¡Por vida de Baal! este hombre quiere
hacer de mí un tirano.

SALAMENES

—¿Y qué otra cosa
has sido y eres que un tirano? ¿Juzgas
que hay sólo tiranía de cadenas,
de sangre y muerte? El mudo despotismo
del vicio, el débil depravado lujo,
la floja negligencia, la apatía,
la sensual pereza, engendran miles
y miles de tiranos delegados,
cuya crueldad excede a los peores
actos de un amo enérgico, por duro,
áspero, atroz, que en su conducta sea.
De tu lujuria el seductivo ejemplo
corrompe tanto como oprime, y mina
a un tiempo mismo el vano simulacro
de tu poder, y sus apoyos. Ora
fuerza enemiga invada, ora en el reino
civil tumulto estalle, igual miseria
amaga: a la primera, en tus vasallos
no hay valor que resista; y al segundo,
antes auxilio harán, que resistencia.

SARDANAPALO

—¿Quién te hizo a ti vocero de la plebe?

SALAMENES

—El perdón de la injuria de mi hermana,
el natural cariño a tus infantes
hijos, en que circula sangre mía,
la fe que debo al rey, la fe que presto
has de necesitar, y no en palabras,

el respeto a la estirpe esclarecida
de Nemrod; y otra cosa de que nunca
alcanzaste noticia.

SARDANAPALO

—¿Cuál?

SALAMENES

—Un nombre
que nunca oíste articular.

SARDANAPALO

—¿Qué nombre?

SALAMENES

—Virtud.

SARDANAPALO

—¡Oh cuánto yerras! No hay acento
que haya sonado tanto en mis oídos.
Peor es para mí que gritería
de alborotada plebe, o son guerrero
de aturdidora trompa. ¿El nombre, dices,
de la virtud? Jamás oí que hablase
tu hermana de otra cosa.

SALAMENES

—Pues al menos,
para mudar tan enojoso tema,
oirás hablar del vicio.

SARDANAPALO

—¿A quién?

SALAMENES

—¿No escuchas
el eco de las quejas nacionales
que va doquiera derramando el viento?

SARDANAPALO

—¡Menos exaltación y más cordura!
Sufrido soy, lo sabes. Tienes hartas
pruebas de mi paciencia. Habla. ¿Qué temes?
¿Qué es lo que así te inquieta?

SALAMENES

—Tu peligro.

SARDANAPALO

—Acaba de una vez.

SALAMENES

—Los pueblos todos,
cuantos de tus abuelos heredaste,
levantan contra ti la voz al cielo.

SARDANAPALO

—¿Contra mí? ¿Mis esclavos? ¿Qué les falta?

SALAMENES

—¡Un rey!

SARDANAPALO

—Pues yo ¿qué soy?

SALAMENES

—Nada a sus ojos:
la fantasma de un hombre que pudiera
ser algo, si quisiese.

SARDANAPALO

—¡Temerarios!
¿Qué puedo darles más de lo que tienen,
cuando en la paz y la abundancia viven?

SALAMENES

—Tienen de la primera, demasiado
para el honor; de la segunda, menos
de lo que piensa el rey.

SARDANAPALO

—Si alguna cosa
al bienestar de las provincias falta,
¿no es culpa de los sátrapas?

SALAMENES

—Es tuya,
tuya, que aletargado en el deleite,
no tiendes más allá de esos jardines
la vista, sino el día que trasladas
tu corte a otro palacio en la alta sierra,
hasta que los calores templa otoño.
¡Oh gran Baal, que en otro tiempo fuiste
el fundador, y hoy eres dios de Asiria,
o como un dios, al menos, en la larga
carrera de los siglos resplandeces!
Éste, que descender de ti presume,
jamás ha visto como un rey los reinos
que como un héroe conquistar supiste.
¿Y para qué? Para que fuese un día
el sudor de los pueblos devorado
en nocturnos festines, y cebase
la pública sustancia una ramera.

SARDANAPALO

—¡Ah! ya lo entiendo. ¿Tú quisieras verme
salir a conquistar? Por esos astros,
en que la ciencia lee de los caldeos,

bien a ese inquieto vulgo le estaría
que yo por maldición su gusto hiciese,
y los llevase a la victoria.

SALAMENES

—Hicieras
lo que la gran Semíramis, que sólo
fué una mujer, y las asirías huestes
llevó al remoto Ganges.

SARDANAPALO

—Y del Ganges,
¿cómo volvió?

SALAMENES

—Con veinte guardias sólo:
rechazada, es verdad, mas no vencida.

SARDANAPALO

—¿Y cuántos, dime, míseros asirios
quedaron en la India prisioneros,
o muertos?

SALAMENES

—No lo dicen los anales.

SARDANAPALO

—Pues yo por ellos digo que harto fuera
mejor para Semíramis, que dentro
de las alcobas de palacio hubiese
veinte o cuarenta túnicas tejido,
que el haberse salvado, abandonando,
para presa de cuervos y de lobos
y de hombres (que es peor), miles y miles
de súbditos amantes. ¿Gloria es ésa?
Prefiero a tales glorias la ignominia.

SALAMENES

—No todas las empresas lograr pueden
suceso igual. Semíramis augusta,
madre de cien monarcas, venturosa
no fué en la India, pero a Persia y Media
y Bactria incorporó con los dominios
de sus antepasados, que podrías
como ella gobernar.

SARDANAPALO

—Yo los gobierno;
ella no supo más que desolarlos.

SALAMENES

—Tiempo vendrá tal vez, y no distante,
que menester habrás, más que tu cetro,
la espada de Semíramis. Razones
vanas dejemos. El intento mío
fué arrancarte del ocio vergonzoso
en que dormitas. Lo que yo no pude,
la rebelión podrá.

SARDANAPALO

—¿Quién se rebela?
¿Por qué? ¿Con cuál pretexto? Soy monarca
legítimo, y desciendo de una línea
de reyes, que en el solio no tuvieron
predecesores. ¿Cuál mi culpa ha sido
contigo o con el pueblo?

SALAMENES

—De tu culpa
conmigo, nada he dicho.

SARDANAPALO

—Pero piensas
que a la reina hago injuria.

SALAMENES

—No lo pienso;
le haces injuria.

SARDANAPALO

—Salamenes, oye.
El poder, la tutela de sus hijos
mis herederos, la real grandeza,
el aparato, el público homenaje,
que al trono pertenece de la Asiria,
todo lo tiene. Me casé con ella,
como los reyes, por razón de estado.
Améla, como suelen los maridos
amar a sus esposas. Si creíste,
y si creyó tu hermana, que amoroso,
rendido, fiel, como un pastor caldeo
a su zagala, iba a tenerme siempre,
digo que no supiste, ni ella supo,
lo que soy yo, lo que es un rey, y un hombre.

SALAMENES

—Mudemos de sujeto. De la queja
desconozco el idioma; y la que tiene
sangre de Salamenes en el pecho,
no pide (aunque el del rey de Asiria sea)
forzado amor, con griegas prostitutas
y extranjeras comblezas repartido.
La reina calla.

SARDANAPALO

—¿Y por qué no su hermano?

SALAMENES

—Esta voz es la voz de los imperios,
y desoírla es abdicarlos.

SARDANAPALO

—¡Vulgo
desconocido! De su rey murmura,
porque no quise derramar su sangre;
porque no quise que sus huesos fueran
a rodar insepultos por la orilla
del Ganges, o aumentar desmoronados
el polvo del desierto; porque leyes
feroces no dicté que los diezmasen;
porque con el sudor de mis vasallos,
no levanté pirámides egipcias
ni babilonios muros.

SALAMENES

—A lo menos
fueran trofeos tales más honrosos
para tu pueblo y para ti, que bailes
y cantos y festines y rameras,
y entronizados vicios, y tesoros
desperdiciados.

SARDANAPALO

—Yo también trofeos
al mundo dejaré: las dos ciudades
de Anquíalo y de Tarso, edificadas
en pocas horas. ¿Qué más pudo, dime,
esa marcial Semíramis, mi *casta*,
mi heroica abuela, excepto destruirlas?

SALAMENES

—Te labraste por cierto gloria eterna
fundando por capricho dos ciudades,
y haciendo de esta acción memoria, en versos
que las infamarán perpetuamente,
y a ti con ellas.

SARDANAPALO

—¡Infamarme! Juro
a mi progenitor Baal, que hermosas

como son ellas, valen más mis versos.
Escucha: "El hijo de Anacíndaraxes,
Sardanapalo, edificó en un día
las ciudades de Anquíalo y de Tarso;
comed, bebed, gozad de amor los bienes,
que todo lo demás no importa un bledo".

SALAMENES

—¡Sabia moral, seguramente, y digna
de que para memoria de las gentes
la grabe un rey en mármoles y bronces!

SARDANAPALO

—A lo que entiendo, hermano, tú querrías
que yo hablase a mis pueblos de este modo:
"Obedeced al rey; pagad impuestos
a su tesoro; reclutad sus huestes;
derramad a su antojo vuestra sangre;
postraos y adorad"... O de este modo:
"El rey Sardanapalo en este sitio
mató cincuenta mil de sus contrarios:
ésas las tumbas son, y éste el trofeo".
Yo dejo, hermano, semejantes glorias
a los conquistadores; y me basta
para la mía, aligerar un tanto
a mis vasallos, si es posible, el peso
de la miseria humana, y que desciendan
sin gemir al sepulcro. Los placeres
que me permito a mí, se los permito
a los demás, que somos todos hombres.

SALAMENES

—¡Nínive! está sellada tu rüina.
¡Ay, ay de ti, señora de las gentes,
ciudad sin par!

SARDANAPALO

—¿Qué temes?

SALAMENES

—Los que guardan
tu persona y tu trono y tu familia,
tus enemigos son; y su carrera
no habrá el sol de mañana terminado,
cuando verá su fin la de tu raza.

SARDANAPALO

—¿Qué es lo que a tus temores da motivo?

SALAMENES

—Alevosa ambición, que tiende en torno
de ti sus redes. Mas aún hay remedio.
Dame el sello real, y de la oculta
conspiración trastorno el plan, y pongo
a tus pies las cabezas enemigas.

SARDANAPALO

—¿Cabezas? ¿cuántas?

SALAMENES

—Cuando está en peligro
la tuya propia, ¿para qué contarlas?
Dame tu sello, y lo restante deja
a mi cuidado.

SARDANAPALO

—Yo no doy a nadie
tan gran poder.

SALAMENES

—¿Respetarás las vidas
de fementidos, que a la tuya amagan?

SARDANAPALO

—¡Ardua cuestión! Mas di que no. ¿Forzoso
será remedio tal? ¿De quién sospechas?
Arresta a los culpables.

SALAMENES

—No querría
tener que responderte. En un momento
referirá sus nombres la liviana
charla de cortesanos; ni en palacio
serán sabidos solamente; y todo
se frustrará. Confía en mí.

SARDANAPALO

—Tu celo
conozco bien. Recibe el sello.

SALAMENES

—Pido
otra cosa además.

SARDANAPALO

—¿Cuál es?

SALAMENES

—Que omitas
la preparada fiesta.

SARDANAPALO

—¡No!, por cuantos
conspiradores sacudir un reino
osaron. Vengan; sobre mí descarguen
toda su furia. Demudarme un punto
no me verán; no dejaré la copa;
no perderé por ellos un instante
de placer, ni una sola rosa menos
coronará mi frente. No me inspiran
ningún temor.

SALAMENES

—Si la ocasión se ofrece,
¿las armas tomarás?

SARDANAPALO

—Dado que importe
para hacer de malvados escarmiento,
esgrimiré la espada hasta que mansos
pidan que la trasforme en rueca.

SALAMENES

—Dicen
que en eso el cetro has convertido.

SARDANAPALO

—¡Mienten!
Mas díganlo en buenhora. La calumnia
es privilegio de la plebe antiguo
contra los soberanos.

SALAMENES

—A tus padres
no calumniaron nunca de esa suerte.

SARDANAPALO

—Porque, en perpetuo afán, pasaban sólo
del grave arnés a la servil coyunda.
Ahora en paz y holganza triscar pueden
y murmurar. Murmuren; no me pesa.
No doy de un bello rostro la sonrisa
por cuantos ecos populares hinchen
el grito de la fama. Las procaces
lenguas de esa vil grey, que la abundancia
insolentó, ¿qué son, para que ofendan
o halaguen mis oídos las ruidosas
voces de su censura o su alabanza?

SALAMENES

—Si te desdeñas de ser rey, no es mucho
digan que no naciste para serlo.

SARDANAPALO

—¡Mienten! Por mi desgracia sólo sirvo
para ser rey. Si así no fuera, el trono
al más vil de los medos cedería.

SALAMENES

—Pues hay un medo que ocuparlo intenta.

SARDANAPALO

—¿Qué me quieres decir? Mas tu secreto
guarda; no soy curioso. Haz lo que importe
a la paz: yo te apoyo. Jamás hubo
quien más que yo la desease; pero
si hay quien la turbe y mi furor despierte,
harto mejor sería que evocase
del polvo helado de la tumba, al fiero
Nemrod, el cazador; haré la Asiria
un vasto yermo de silvestre caza,
donde a los que hombres eran, como brutos
acosaré. Si lo que soy calumnian,
para lo que seré los desafío
a que dictado tan odioso encuentren,
que me calumnie.

SALAMENES

—¿Al fin sentiste?

SARDANAPALO

—¿Qué alma
pudo a la ingratitud no ser sensible?

EN EL ALBUM

DE LA CANTATRIZ DOÑA TERESA ROSSI *

Hay una magia en tu cantar, Teresa,
que deliciosamente me embelesa.
¿Gimes? traspasa el alma tu gemido;
¿lloras? me arranca lágrimas tu llanto.
No sé decir si alegre o dolorido
tiene en mi pecho más poder tu canto.
Cuando ingenua aldeana
te burlas del amor y de la vana
charla que hechizos vende
y avasallar la voluntad pretende,
que tú sola lo tienes imagino
el elixir que busca Nemorino.
Si amorosa Lucía,
víctima triste de ambición impía,
te exhalas en acentos moribundos;
o si Julieta arrodillada invocas
la paternal piedad, ¡oh, cómo tocas
del corazón los pliegues más profundos!
¿Y qué diré de ti, sensible Amina?
Yo también al oírte, en vago sueño
me pierdo, y un fantástico diseño
de ilusión peregrina
me arroba, y de mí misma me enajena...
¿Pero qué alegre música resuena?
¿Quién es la que cantando se engalana?
¡Cómo tu voz me hechiza y me trasporta,

* En O. C. III, p. 243, se anota que "Bello escribió esta composición a solicitud de su hija la señora doña Luisa Bello de Vial, y para que fuese firmada por ella".
Fué publicada en la *Revista de Santiago*, tomo IV, junio de 1850. (Comisión Editora. Caracas).

Elvira, encantadora puritana!
¿*Vezzosa* te llamaste? Quedas corta;
llámate de las almas soberana.
Oyéndote, diviso
solitario encantado paraíso,
donde ninfa celeste al aura envía
cánticos de inocencia y de alegría.

Mas no pienses que sólo con prestadas
formas, Teresa, agradas,
ni que hablo sólo a la admirable artista
que los afectos con su voz conquista;
hablo a la amiga; y declararle quiero
el cariño sincero
de una alma fiel. ¡Jamás con pena alguna
acibare tus dichas la fortuna!
¡Dondequiera que mores,
a manos llenas sobre ti las flores
de la felicidad derrame el cielo!
Y si tal vez pisando extraño suelo,
o atravesando dilatados mares
de Chile te acordares,
y a mi memoria un breve instante dieres,
¡una amable sonrisa
te merezcan los rudos caracteres
que traza en estas páginas tu Luisa!

SEÑALES DE LA MUERTE *

(TRADUCCIÓN)

No habrá pulso que siga su carrera;
cesarán sus latidos; ni el aliento
revelará que vives, ni del cutis
el natural calor; mustia la rosa
en los helados labios y carrillos
tendrá el color de pálida ceniza;
las movibles cortinas de los ojos
caerán, como en la muerte, cuando cierra
la usada puerta al esplendor del día;
cada parte, privada del gobierno
que la regía, rígida, inflexible,
fría estará, como la muerte misma.

* Miguel Luis Amunátegui, en *Ensayos biográficos* (II, p. 238-239) incluye esta traducción del artículo *Señales de la muerte*, del *Quarterly Review*, hecha por Bello con motivo de la muerte de Ana, su hija mayor, acaecida el 9 de mayo de 1851. El referido artículo fué publicado en *Quarterly Review*, vol. CLXX, de setiembre de 1849, p. 346-399, con el titulo "Fontenelle on the Signs of Death", como comentario a la obra *Recherches Médico-Legales sur l'incertitude des signes de la mort, les dangers des inhumations précipitées, les moyens de constater les décès et de rappeler à la vie ceux qui sont en état de mort apparente*, por Julia de Fontenelle, impresa en Paris, 1834. El comentario original está en prosa. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

ALECCIONADO POR EL ALMA FUERTE *

(Traducción de POPE)

Aleccionado por el alma fuerte
y por el cuerpo exhausto: ¡bien venida!
dicen mis fríos labios a la muerte;
y siento en blanda calma irse la vida.

* Traducción de los versos de Pope, que Arturo Murphy había recitado al morir, traducidos por Bello con motivo del fallecimiento de su hija mayor, Ana, el 9 de mayo de 1851. Los publica Miguel Luis Amunátegui, en *Ensayos biográficos*, (II, p. 239). Los versos de Pope están citados en el artículo del *Quarterly Review*, descrito en la nota anterior. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

A LA SEÑORA DOÑA JULIA CODECIDO DE MORA *

SUPLICA EL AUTOR SE SIRVA ESCRIBIR ESTOS VERSOS EN SU ÁLBUM

Si es humilde homenaje, si es tardío,
encantadora Julia, el que te envío,
perdona a la aflicción, perdona al duelo
en que abrumó mi corazón el cielo.

Tú supiste la causa de mi lloro,
y también la lloraste, lo aseguro,
que, de cuanto es amable, y tierno, y puro,
tu pecho es el santuario y el tesoro.

Como tu padre en ti se goza y place,
tal me gozaba yo, tal me placía
en la que ahora helado polvo yace,
presa inmatura de la Parca impía.

Tú sabes qué celajes de esperanza,
tal vez a un padre el porvenir figura;

* A propósito de este poema, dice Miguel Luis Amunátegui, *Vida Bello*, p. 591: "El 18 de setiembre de 1881, tuve el honor de imprimir por la primera vez una nueva poesía de Bello, cuya copia me proporcionó mi amigo don Manuel Antonio Matta..." "...Debe haber sido escrita el año de 1851, pues doña Ana Bello de Valdés a que alude falleció el 9 de mayo de ese año".

Se publicó en el *Nuevo Ferrocarril* de Santiago, pues el número de 18 de setiembre de 1881 fué dedicado a Bello, con motivo del primer centenario de su nacimiento. Añadimos, en nota, algunas variantes de redacción, leídas de fotografía del original manuscrito. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

5. El autor alude al fallecimiento de su hija la señora doña Ana Bello de Valdés, el cual ocurrió el 9 de mayo de 1851. (EDICIÓN CHILENA. SANTIAGO).

12. Primera redacción:

presa inmatura de la muerte impía.

celajes ¡ay! que en súbita mudanza,
se me tornaron luego sombra oscura.

Pues, en ese horizonte arrebolado,
hoy a mis ojos, noche opaca y triste,
verte me parecía, y a tu lado,
la que para su padre ya no existe.

Creíla a conocerte destinada;
y si permites, Julia, que lo diga,
creíla de tus prendas adornada,
merecedora de llamarte amiga.

No quiso que lo fuese, concederme
el cielo; a mi ternura arrebatóla,
y a tu cariño; muda, yerta, sola,
mi hija querida en el sepulcro duerme.

Que así tu tierno corazón lastime,
perdona. ¿Puede dar dulces acentos
un alma que, en dolor profundo, gime?
De ayes sólo es capaz, y de lamentos.

Colgué en un árbol mustio de la selva
mi destemplada lira envuelta en luto;
y si me pides que a pulsarla vuelva,
¿cómo negarte, Julia, este tributo?

15-16. En la fotografía del manuscrito se lee claramente el texto que damos para estos dos versos, mientras que la redacción que da Amunátegui (O. C. III, p. 243-245) está tachada en el manuscrito:

celajes ¡ay! de aérea lontananza,
que vi tornarse luego en sombra oscura.

Estos dos versos tienen, todavía, otras correcciones tachadas:

celajes ¡ay! de aérea bianandanza,
tornáronse a mis ojos sombra oscura.

21-24. Otras redacciones:

* *Creíla a conocerte destinada,*
y, ¿me permites, Julia, que lo diga?
De algunas de tus prendas adornada
mi Anita mereció llamarse amiga.

y digna acaso de llamarse amiga.

y digna en fin de apellidarte amiga.

25. Otra redacción:

No quiso esta ventura concederme

¡Feliz, si la memoria que grabada
llevo, le vale, y Julia lo recibe,
y el nombre de mi Anita malograda,
que pongo en él, su bella mano escribe;

Y en este libro, en que, con larga vena,
derrama sus halagos, Poesía,
le da lugar, y lúgubre elegía
entre armoniosos cantos, no disuena!

Sí, le darás lugar; no el que se debe
al noble ingenio, al inspirado numen
(tanto mis toscos versos no presumen),
sino, en secreta hoja, espacio breve.

Así tal vez en un recinto ameno,
brillan a competencia Arte y Natura;
el aire está de mil aromas lleno;
onda argentina acá y allá murmura.

Entre marmóreos arcos, se divisa
bello pensil de espléndidos colores;
y en torno de la ninfa que lo pisa,
brotan del suelo enamoradas flores;

Y en una parte solitaria, inculta,
do apenas lleva el aura silenciosa
ecos lejanos, débiles, oculta
un sauce llorador funérea losa.

40. Otra redacción:

con tu pulida mano, ¡oh Julia!, escribe;

41-43. Otra redacción:

Y en ese libro en que con larga mano
verterá sus halagos poesía,
le da lugar; si acaso no disuena

51. Otras redacciones:

bello el vergel de mil aromas lleno;

riente jardín de peregrinas flores;

55-56. Otra redacción:

y al redor de la ninfa que lo pisa
a una beldad preciosa inspira amores;

A LA VIRGEN DE LAS MERCEDES *

TRADUCCIÓN DE UNA SEQUENTIA, O HIMNO ECLESIÁSTICO

Saludad, pobres cautivos,
a la Virgen redentora;
alce cánticos festivos
la devota cristiandad;
¡oh, qué hermoso brilla el día
en que el mundo su bandera,
que a los cielos da alegría,
tremoló la caridad!

Oyó el cielo vuestros votos;
cese el mísero gemido;
vuestros hierros serán rotos;
libertados vais a ser.
¡Virgen Madre! tú a la vida,
tú a la fe, que desfallece
de peligros combatida,
te dignaste socorrer.

Llegó a ti la queja triste
del esclavo encadenado,
y apiadándote quisiste
poner fin a su dolor;
coronada de luz bella
de los cielos descendiste,
y la noche vió la huella
del celeste resplandor.

* Esta secuencia es como otras similares que se rezan después del Gradual en determinadas misas. Aunque hoy día no se reza en general en las Iglesias, sin embargo, en la Misa *"Descensionis B. Mariae V. de Mercede" pro Dioecesi Barcinonensi,* aparece incluída entre las Misas Propias de los Santos *qui in Hispania celebrantur.*

Bello había pasado su infancia y primera juventud, en Caracas, en la vecindad y trato de los Padres Mercedarios del Convento de la Merced, donde aprendió el latín. Esta hermosa traducción es, quizás, recuerdo y fruto de sus años de estudiante.

La traducción fué publicada, según M. A. Caro (*Bibliografía,* 1881), en el *Manual del Tercero Mercedario,* en 1852. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).



Ruinas del Convento de las Mercedes, por Jacinto Inciarte. Óleo propiedad del Dr. Vicente Lecuna.

Abrasado en santo celo
se desvela el gran Nolasco;
y postrado ruega al cielo
por la opresa humanidad,
cuando ve tu faz serena,
y tu dulce voz le envía
al que yace en vil cadena
para darle libertad.

Orden nueva, en honra tuya
y de tu Hijo soberano,
le has mandado que instituya,
y le ofreces ayudar;
orden santa que socorra
al cautivo, y le conforte
en la lóbrega mazmorra,
y le vuelva al patrio hogar.

Virgen Santa, tú proclamas
la embajada bienhechora;
en las almas tú derramas
de piedad heroico ardor;
a tus hijos se encomienda
afanar por el cautivo,
y aun dejar la vida en prenda
a su bárbaro señor.

Siempre pía, enjuga el llanto
del que gime en cárcel dura;
dale alivio en su quebranto;
fortalece en él la fe;
mueve el pecho compasivo
de la grey cristiana toda,
y los medios, al cautivo,
de romper sus grillos dé.

En la orden que fundaste,
alimenta la encendida
caridad con que abrasaste
de Nolasco el corazón;
y en el lance pavoroso
de la hora postrimera,
danos ver tu rostro hermoso,
prenda fiel de salvación.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA DOÑA JOSEFA REYES DE GARMENDIA*

(TEXTO A)

Amable Pepa, en esa edad florida,
risueña, encantadora,
es la vida
una aurora
cuyo esplendor ninguna nube empaña;
cuando todo es verdor de primavera
en montaña
y pradera,
y todo alrededor es poesía,
y todo pensamiento, fantasía,
todo suspiro, amor, bellos reflejos
de esperanzas alegres a lo lejos
doran el porvenir; el alma crea
de la belleza la divina idea
en los objetos que la mente acopia,
y hace del mundo una encantada utopia.

Mas para aquel que como yo la vea
desde el confín opuesto

* De este poema hay dos redacciones distintas. Una, publicada en *El Museo*, N° 1, Santiago de Chile, junio 11 de 1853, y recogida en *Juicio Crítico, 1861*. Lo publicamos como texto *A*. Hay además otra redacción, que damos como texto *B*, la cual según Miguel Luis Amunátegui (O. C. III, *Introducción* pág. LXXXI) es anterior al texto *A*. Lo publicamos aparte por ser realmente una nueva composición del poema. Lo transcribimos directamente del manuscrito, con las variantes de redacción tachadas. Había dado una lectura incompleta del texto *B*, el propio Amunátegui en O. C. III, *Introducción* pág. LXXXII - LXXXIV. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

del opaco horizonte, consumida
en afanes, dolores, desengaños,
cuando es un breve resto
lo que falta a la suma de los años,
es una sombra pálida la vida,
una tarde fugaz, descolorida,
do del pasado entre la niebla oscura,
lo que esperanza fué, placer, ventura,
todo ya se deslustra y desencanta,
y en lívidos espectros se levanta.

Soy como el caminante fatigado
que va cruzando con medrosa planta
el bosque, verde ayer, hoy deshojado,
cuando el lucero su fanal suspende
entre nublados, y la noche tiende
su negro manto. ¡Qué de penas graves
mi corazón aquejan,
qué de pérdidas lloro, tú lo sabes,
y la huella profunda ves que dejan
el dolor y los años juntamente
en mi marchita frente!
¿Será, pues, Pepa hermosa, lo que escribe
el que esta vida de amargura vive,
digno de ti, poético homenaje?
¿Dará el sauce que cuelga su ramaje
sobre las tumbas, bella flor ni fruto,
o canto alegre la mansión del luto?

Pero aun en este mísero desierto,
a la alegría, a la esperanza muerto,
halaga entre malezas y entre abrojos
algún objeto los cansados ojos,
alguna rosa que embalsama el aura
y el falleciente espíritu restaura:
la tierna madre, la leal esposa,
que guarda su entereza generosa,
y en este siglo de licencia y crimen
en que las leyes conculcadas gimen
y el modesto pudor se vitupera
como tosco resabio de otra era,
del vicio la influencia pestilente
no contamina su virtud severa,
como la sombra de la nube oscura

pasa veloz sobre la fuente pura,
y no le enturbia su onda trasparente.
Esa madre y esposa,
de que yo admiro en ti noble modelo,
es del desierto la nativa rosa
con que embellece alguna vez el cielo,
para ejemplo fecundo
y para adorno de tu sexo, al mundo.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA DOÑA JOSEFA REYES DE GARMENDIA*

(TEXTO B)

Amable Pepa, en esa edad florida
risueña, encantadora,
es la vida
una aurora,
cuyo esplendor ninguna nube empaña
cuando ostenta sus galas Primavera
en montaña,
y pradera.
¿Qué pensar no es entonces fantasía?
¿Qué sentir no es amor? ¿Qué lontananza
no dora en el futuro la esperanza?
¿Dónde no ven los ojos poesía?

Mas ¡ay! al que la ve desde el opuesto
lado del horizonte, consumida
en dolores, acerbos desengaños,

* Es imposible transcribir una parte de la redacción tachada debido a que está escrita en forma enteramente ilegible. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

1. En primera redacción dice *hermosa* en lugar de *amable.*

3-8. Primera redacción:

* *es la vida*
* *una aurora,*
en que ostenta sus galas Primavera
en pradera
y montaña
y su esplendor ningún nublado empaña

14-15. Primeros intentos de redacción:

horizonte, en pesares consumida
en trabajos, y acerbos desengaños,

horizonte, en trabajos consumida
en dolores, pesares, desengaños,

cuando es un breve resto
lo que falta a la suma de los años,
¿qué es la vida?
Sombra de lo que fué; vislumbre aciaga
de una antorcha que trémula se apaga;
ya el luto se desvuelve que atavía
a la Naturaleza
viuda del Sol; aun no fenece el día
y ya el imperio de la noche empieza.

¿Qué musa alienta el ánimo cobarde
que ante su obra mira
esta fugaz, descolorida tarde
de que el último rayo se retira?
¿Qué inspirador acento
lleva a su oído el viento?
¿Qué escucha en la aspereza
de la escarpada roca
morada del invierno, o en la boca
que lóbrega bosteza,
de apagado volcán; en el sombrío
seno del hondo valle, en la llanura
do se desliza solitario el río,
que a perderse en la ola se apresura
del inmenso oceano?

Algún rumor lejano,
que se repite en eco dolorido.
Un aquilón que llora la agonía
del moribundo día;
o el gemir de la tórtola que llama,
y llama sin cesar, y llama en vano

20. En la primera redacción tachó *antorcha* y escribió *lámpara,* palabra que tachó de nuevo para escribir *antorcha.*

29-31. Primera redacción, con algún verso ilegible:

¿Qué blando sentimiento,
dará gratos acordes a tu lira?
¿Qué voces a su oído lleva el viento?
¿Qué se oye en la aspereza

41. Primera redacción:

que apenas llega en eco quejumbroso:

la prole implume que sacó del nido
el cazador tirano;
o del ave nocturna que derrama,
por el mustio boscaje
lúgubre cantilena,
fatídico mensaje,
que de medroso horror el aire llena.

Tales, amiga mía
son mis inspiraciones; ésta la escena
que a ver en torno alcanza
esta edad, como sorda a la harmonía,
difunta a la esperanza;
esta vida, preludio de la muerte.
Pero aún en este mísero desierto
¿a la alegría, a la esperanza muerto,
halaga entre malezas y entre abrojos
algún objeto los cansados ojos.

La tierna madre, la leal esposa,
que guarda su entereza generosa,

46. Primera redacción:
al malogrado esposo;

a su perdido esposo;

50. Primera redacción:
la triste cantilena,

54. Primera redacción:
son las inspiraciones; ésta la escena

58. Sigue un grupo de versos tachados. Se transcriben los que pudieron ser leídos:

¿Cómo, pues, Pepa hermosa
versos dignos de ti? triunfo dudoso

Pues ¿cómo, Pepa hermosa, complacerte?
¿cómo digno de ti podré ofrecerte
poético tributo?
¿Dará el estéril sauce dulce fruto,
fragante flor el arrecife esquivo
alegre canto la mansión del luto?

cantos un corazón envuelto en luto?

Pide la joven vates que ardorosa
inspiración aliente
* *juvenil fantasía,*

que no desmiente su virtud severa,
ante la causa altanera
de ejemplos seductores,
ni el acento halagüeño, fementido,
de ociosos amadores,
si hiere el casto oído,
deja en el alma bella
la más ligera mella,
(como la sombra de la nube oscura
pasa veloz sobre la fuente pura,
y no le enturbia su onda cristalina
o como el viento leve
que en la verde colina
endebles cañas mueve,
impresión no hace alguna
en marmórea coluna).

Esa madre, esa esposa
es entre abrojos la nativa rosa;
que al fatigado viajador (?) restaura
y alegra el bosque, y embalsama el aura;
y a la estéril floresta
acá y allá engalana.
Nativa rosa que entreabrió modesta
de tu amoroso seno el oro y grana,
y tú, Pepa, el modelo
de aquella que da Dios para consuelo,
para ejemplo fecundo,
y para adorno de tu sexo, al mundo.

70. Sigue este verso tachado:

haga ninguna mella

72. En primera redacción escribió *mella;* tachó esta palabra y escribió en su lugar *huella;* tachó y volvió a escribir *mella.*

75-77. Primera redacción:

y no enturbia su linfa cristalina
o como el aura leve
que (ileg.) *en la colina,*

82-88. Primera redacción:

es la nativa rosa
que entre abrojos presenta a la mañana
* *de tu amoroso seno el oro y grana*

¿Cómo pues ofrecerte
versos dignos de ti? Vibra dudosa
la cuerda en la vihuela,
y contra la rugosa
entumecida mano se rebela.
Alentada, fogosa,
juvenil fantasía,
merece que tú escuches, no la mía.

94-95. Primera redacción:

versos dignos de ti? Tiembla de miedo
la mano en la vihuela, que rehusa

El segundo de estos versos tienen otra redacción:

en la indócil vihuela

LA ARDILLA, EL DOGO Y EL ZORRO *

IMITACIÓN DE FLORIÁN

Madama Ardilla con un Dogo fiero,
compadre antiguo suyo y compañero,
salió al campo una tarde a solazarse.
Entretenidos iban en gustosa
conversación, y hubieron de alejarse
tanto, que encapotada y tempestuosa
los sorprendió la noche a gran distancia
de su común estancia.
Otra posada no se les presenta
que una alta encina, añosa, corpulenta;
el hueco tronco ofrece albergue y cama
a nuestro Dogo; la ligera Ardilla

* Fué publicado en *El Correo Literario*, Nº 6, Santiago, 21 de agosto de 1858. Damos en nota las variantes de redacción de este poema, que aparecen en el manuscrito que hemos examinado. Figura como subtítulo en letra de Bello: *Imitación de Florián*. La fábula de Florián es la segunda del libro IV, *L'Ecureuil, le Chien et le Renard*. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

1-11. Otra redacción:

Una Ardilla gentil y un Dogo fiero,
* *compadre antiguo suyo y compañero,*
salieron una tarde a solazarse.
Trepando cerros y cruzando ejidos,
triscando, retozando, divertidos
en plática sabrosa,
hubieron, sin sentirlo, de alejarse
* *tanto, que encapotada y tempestuosa*
* *los sorprendió la noche a gran distancia*
de la común estancia.
Otra posada allí no se presenta
* *que una alta encina, añosa, corpulenta;*
el hueco tronco albergue ofrece y cama

El séptimo verso tiene otra redacción:

hubieron, poco a poco, de alejarse

se sube de tres brincos a una rama,
y lo mejor que puede se acuclilla.
Danse las buenas noches, y dormidos
quedaron luego. A lo que yo barrunto,
eran las doce en punto,
hora propicia al robo y al pillaje,
cuando aportaba por aquel paraje
uno de los ladrones forajidos
de más renombre. Un Zorro veterano,
terror de todo el campo comarcano
en leguas veinte o treinta a la redonda,
en torno al árbol ronda,
alza el hocico hambriento
de palpitante carne, atisba, husmea,
y ve a la Ardilla en su elevado asiento;
ya en su imaginación la saborea,
y la boca se lame,
y la cola menea;
mas ¿cómo podrá ser que a tanta altura,
si no le nacen alas, se encarame?
Iba casi a decir: "No está madura",
cuando le ocurre una famosa idea.
—"Bella señora mía,
vuesa merced perdone (le decía)
si interrumpo su plácido reposo.
Después de tanto afán, cuando el consuelo
de hallarla me concede al fin el cielo,
no puedo contener el delicioso
júbilo que de mi alma se apodera.
¿No me conoce usted? Su buena madre
hermana fué de mi difunto padre.
Tengo el honor de ser su primo hermano.
¡Ay! en su hora postrera
el venerable anciano

23. Primera redacción:
por leguas veinte o treinta a la redonda.

28. Primera redacción:
ya en imaginación la saborea,

31. Primera redacción:
pero ¿cómo ha de ser que a tanta altura

40-41. Primera redacción:
no basto a reprimir el delicioso
trasporte que de mi alma se apodera.

me encomendó que luego en busca fuera
de su sobrina, y la mitad le diera
de la hacenduela escasa
que al salir de esta vida
nos ha dejado. A mi paterna casa
sea usted, pues, mil veces bien venida,
y déjeme servirla en el vïaje
de escudero y de paje.
¿Qué es lo que duda usted? ¿Qué la detiene,
que de una vez no viene
a colmar mi ventura, en lazo estrecho
juntando el suyo a mi amoroso pecho?"
Ella, que por lo visto era ladina,
a par que vivaracha y pizpireta,
y al instante adivina
la artificiosa treta,
así responde al elocuente Zorro:
—"Fineza tanta, mi querido primo,
y el liberal socorro
del piadoso difunto,
que en paz descanse, como debo, estimo.
Bajar quisiera al punto;
pero, ya veis... ¡Mi sexo!... A la entrevista
es menester que asista,
si lo tenéis a bien, un deudo caro,
que de mis años tiernos fué el amparo;
es persona discreta,
a quien podéis tratar sin etiqueta,
y que holgará de conoceros. Vive

47-52. Otra redacción:

me encomendó que luego en busca fuese
de su sobrina, y la mitad le diese
de la hacendilla escasa
* *que al salir de esta vida*
mortal dejó. Mil veces bien venida
sea usted pues a mi paterna casa,

68-78. Otras redacciones:

Voy a bajar al punto;
mas ante todo es propio y conveniente
que se halle aquí presente
un deudo mío, el protector amado,
que de mí en mi orfandad puso cuidado.
* *Es persona discreta,*
* *a quien podéis tratar sin etiqueta,*
* *y que holgará de conoceros. Vive*

en ese cuarto bajo;
llamadle". Don Marrajo,
dándose el parabién de su fortuna,
que le depara, según él concibe,
dos presas en vez de una,
con la mayor frescura y desahogo
fué en efecto, y llamó. Pero la suerte
se vuelve azar. Despierta airado el Dogo,
se abalanza, le atrapa y le da muerte.

Esta sencilla historia nos advierte
a un tiempo, hija querida,
tres importantes cosas:
de un seductor las artes alevosas,
de la maldad el triste paradero,
y lo que vale en lances de la vida
la acertada elección de un compañero.

* *en ese cuarto bajo;*
llamadle si os parece". Don Marrajo,
asaz agradecido a su fortuna,

El segundo y tercer verso tienen otra redacción:

mas la presencia es menester primero
de un deudo mío, un protector amado

88-91. Otras redacciones:

de un falso amor las artes alevosas;
* *de la maldad el triste paradero;*
y lo que vale a veces en la vida
* *la acertada elección de un compañero.*

cuál es de la maldad el paradero
y de cuánto valor es en la vida
* *la acertada elección de un compañero.*

EL HOMBRE, EL CABALLO Y EL TORO *

A un Caballo dió un Toro tal cornada,
que en todo un mes no estuvo para nada.
Restablecido y fuerte,
quiere vengar su afrenta con la muerte
de su enemigo; pero como duda
si contra el asta fiera, puntiaguda,
arma serán sus cascos poderosa,
al Hombre pide ayuda.

—"De mil amores, dice el Hombre. ¿Hay cosa
más noble y digna del valor humano,
que defender al flaco y desvalido,
y dar castigo a un ofensor villano?
Llévame a cuestas tú, que eres fornido;
yo le mato, y negocio concluído".

Apercibidos van a maravilla
los aliados; lleva el Hombre lanza;
riendas el buen rocín, y freno, y silla,
y en el bruto feroz toman venganza.

—"Gracias por tu benévola asistencia,
dice el corcel; me vuelvo a mi querencia;
desátame la cincha, y Dios te guarde".
—"¿Cómo es eso? ¿Tamaño beneficio
pagas así?"—"Yo no pensé..."—"Ya es tarde
para pensar; estás a mi servicio;
y quieras o no quieras,
en él has de vivir hasta que mueras".

* Publicado por primera vez en *Juicio Crítico. 1861.* (Comisión Editora. Caracas).

26. *O. C. III* da mal este verso:
en él has de servir hasta que mueras".

Pueblos americanos,
si jamás olvidáis que sois hermanos,
y a la patria común, madre querida,
ensangrentáis en duelo fratricida,
¡ah! no invoquéis, por Dios, de gente extraña
el costoso favor, falaz, precario,
más de temer que la enemiga saña.
¿Ignoráis cuál ha sido su costumbre?
Demandar por salario
tributo eterno y dura servidumbre.

LAS OVEJAS*

"Líbranos de la fiera tiranía
de los humanos, Jove omnipotente
(una oveja decía,
entregando el vellón a la tijera);
que en nuestra pobre gente
hace el pastor más daño
en la semana, que en el mes o el año
la garra de los tigres nos hiciera.
Vengan, padre común de los vivientes,
los veranos ardientes;
venga el invierno frío,
y danos por albergue el bosque umbrío,
dejándonos vivir independientes,
donde jamás oigamos la zampoña

* Publicada por primera vez en *Juicio Crítico. 1861.* En la misma publicación figura la primera redacción del final del poema. Reproducida luego en O. C. III, pp. 257-258. La *Comisión Editora* posee un manuscrito original, de puño y letra de Bello con muchas correcciones del autor, obsequiado a la *Comisión Editora*, por el historiador chileno don Guillermo Feliú Cruz. En la presente edición se anotan las variantes que aparecen en dicho manuscrito, cuya fecha es de difícil precisión. (Comisión Editora. Caracas).

7. Siguen tres versos tachados, refundidos por Bello en el que aparece con el número 8 en el texto:

la garra nos hiciera
del tigre o la pantera
más brava y más voraz que el bosque cría

11-13. Otras redacciones:

venga la escarcha fría,
y cuantas fieras la montaña cría, (a)
y déjanos vivir independientes

* *venga el invierno frío,*
y cuente por albergue el bosque umbrío,

(a) Este verso lo comenzó a redactar así:
y cuantas fieras el bosque

aborrecida, que nos da la roña,
ni veamos armado
del maldito cayado
al hombre destructor que nos maltrata,
y nos trasquila, y ciento a ciento mata.
Suelta la liebre pace
de lo que gusta, y va donde le place,
sin zagal, sin redil y sin cencerro;
y las tristes ovejas (¡duro caso!),
si hemos de dar un paso,
tenemos que pedir licencia al perro.
Viste y abriga al hombre nuestra lana;
el carnero es su vianda cuotidiana;
y cuando airado envías a la tierra,
por sus delitos, hambre, peste o guerra,
¿quién ha visto que corra sangre humana
en tus altares? No: la oveja sola
para aplacar tu cólera se inmola.
Él lo peca, y nosotras lo pagamos.
¿Y es razón que sujetas al gobierno
de esta malvada raza, Dios eterno,
para siempre vivamos?
¿Qué te costaba darnos, si ordenabas
que fuésemos esclavas,
menos crüeles amos?
que matanza a matanza y robo a robo,
harto más fiera es el pastor que el lobo".

Mientras que así se queja
la sin ventura oveja
la monda piel fregándose en la grama,

28-29. Otras redacciones:

y si enojado envías a la tierra
por sus delitos hambre, o peste o guerra

* *y cuando airado envías a la tierra*
por delitos del hombre, o peste o guerra,

34. Primera redacción:

¿Y mandas que sujetas al gobierno

40-41. Otras redacciones:

* *que matanza a matanza y robo a robo*
antes (ileg.) *que al pastor, al lobo*

Si nos destinas a matanza y robo
harás más fiera al pastor, que al lobo.

y el vulgo de inocentes baladores
¡vivan los lobos! clama
y *¡mueran los pastores!*
y en súbito rebato
cunde el pronunciamiento de hato en hato,
el senado ovejuno
"¡ah! dice; todo es uno".

45. Otra redacción:

y la plebe de tiernos baladores

50. Otra redacción:

el cónclave de ancianos

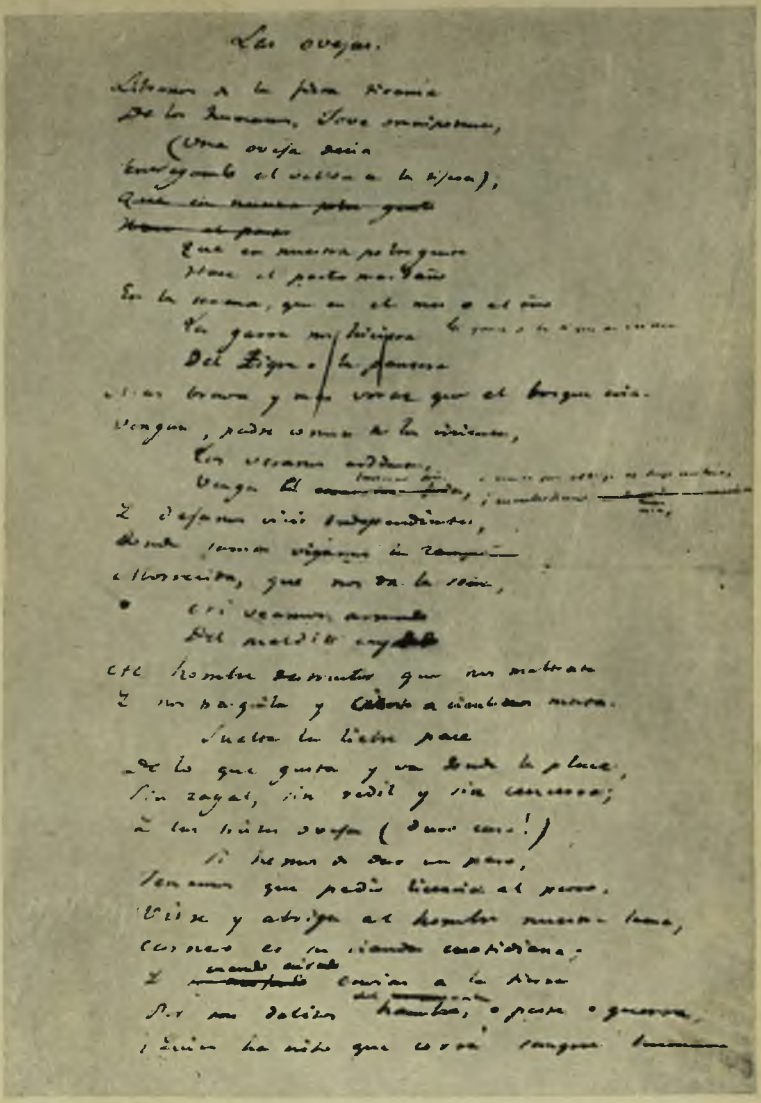
51. En O. C. III se da el siguiente texto como el final que Bello puso originariamente a esta fábula:

...de hato en hato,
un carnero de enhiesta cornamenta,
que hace muy poca cuenta
del bochinche ovejuno,
"callad, molondros, dice, todo es uno".
¿Cuál es la moraleja,
de esa ficción? quizás pregunte alguno.
América querida, a ti se deja.

En el manuscrito que de este poema posee la *Comisión Editora*, pueden verse las siguientes variantes de los tres últimos versos de este final:

¿Cuál es la moraleja,
de esa ficción? tal vez pregunte alguno.
Nación Americana, a ti se deja.

De esta ficción la oculta moraleja
América del Sur a ti se deja.



Las ovejas.

Facsímil de una página manuscrita original, con una de las redacciones del poema *Las ovejas*. Obsequiado el original a la Comisión Editora por el historiador chileno don Guillermo Feliú Cruz.

MISERERE *

TRADUCCIÓN DEL SALMO 50

¡Piedad, piedad, Dios mío!
¡que tu misericordia me socorra!
Según la muchedumbre
de tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades
lávame más y más; mi depravado
corazón quede limpio
de la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco
toda la fealdad de mi delito,
y mi conciencia propia
me acusa, y contra mí levanta el grito.

Pequé contra ti solo;
a tu vista obré el mal, para que brille
tu justicia, y vencido
el que te juzgue, tiemble y se arrodille.

Objeto de tus iras
nací, de iniquidades mancillado;
y en el materno seno,
cubrió mi ser la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,
y para más rubor y afrenta mía,

* Publicado por primera vez en *Juicio Crítico. 1861.* (Comisión Editora. Caracas).

tesoros me mostraste
de oculta celestial sabiduría.

Pero con el hisopo
me rociarás, y ni una mancha leve
tendré ya; lavarásme,
y quedaré más blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos
de consuelo y de paz en mis oídos,
y celeste alegría
conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta
tu faz ¡oh Dios! de mi maldad horrenda,
y en mi pecho no dejes
rastro de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cría
un corazón que con ardiente afecto
te busque; un alma pura,
enamorada de lo justo y recto.

De tu dulce presencia,
en que al lloroso pecador recibes,
no me arrojes airado,
ni de tu santa inspiración me prives.

Restáurame en tu gracia,
que es del alma salud, vida y contento;
y al débil pecho infunde
de un ánimo real el noble aliento.

Haré que el hombre injusto
de su razón conozca el extravío;
le mostraré tu senda,
y a tu ley santa volverá el impío.

Mas líbrame de sangre,
¡mi Dios! ¡mi Salvador! ¡inmensa fuente
de piedad! y mi lengua
loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,
si tanto un pecador que llora alcanza,
y gozosa a las gentes
anunciará mi lengua tu alabanza.

Que si víctimas fueran
gratas a ti, las inmolara luego;
pero no es sacrificio
que te deleita, el que consume el fuego.

Un corazón doliente
es la expiación que a tu justicia agrada;
la víctima que aceptas
es un alma contrita y humillada.

Vuelve a Sión tu benigno
rostro primero y tu piedad amante,
y sus muros la humilde
Jerusalén, Señor, al fin levante.

Y de puras ofrendas
se colmarán tus aras, y propicio
recibirás un día
el grande inmaculado sacrificio.

JERUSALÉN LIBERTADA *

(Fragmento. Traducción de Tasso).

Canto las armas de la fe, y al héroe
que del gran Redentor la santa tumba
libró de servidumbre. En los consejos
sabio, como esforzado en las batallas,
trabajos ni peligros le arredraron,
ni el infernal poder, ni coligadas
el Asia y Libia en poderosa lucha,
que le acorría el cielo.....

* Miguel Luis Amunátegui, en la *Introducción* al volumen I, de los *Opúsculos literarios y críticos* (O. C. VI, p. CXXVIII) explica que cierto día encontró a Bello escribiendo estos versos, inicio de la traducción de la *Jerusalén libertada* de Torcuato Tasso. Bello no continuó la empresa. No da la fecha de este fragmento. (Comisión Editora. Caracas).

ORLANDO ENAMORADO *

TRADUCCIÓN DEL POEMA DE BOYARDO REFUNDIDO POR BERNI

CANTO I

ANGÉLICA

Yo siento a par del alma que no hubiera
el gran cabalgador de Rocinante
resucitado la dichosa era
de la caballeresca orden andante;
que a ser él venturoso, no se viera,
como se ve, la iniquidad triunfante,
ni viciara la sórdida codicia
la humana sociedad, como la vicia.

* Esta obra de Bello tiene larga elaboración. Fué empezada, sin duda, en Londres y reelaborada durante su vida en Chile. Se publicó en *Correo del Domingo*, de Santiago, a partir del 27 de abril de 1862, con una nota introductoria de Diego Barros Arana, en la que explica el carácter de la obra italiana y la traducción de Bello:

"El señor don Andrés Bello tradujo en octavas castellanas en años atrás, gran parte del poema de Boyardo [1]. En esta obra se permitió algunas licencias, que en nada la perjudican. Elevó el tono de sus descripciones para adaptarlas mejor a la forma épica, suprimió o corrigió algunos pasajes demasiado libres, y puso a cada canto una introducción de varias octavas enteramente originales. En cambio de esto, el señor Bello ha sabido conservar con superior maestría el estilo general de la obra, su carácter, la soltura de su versificación, y la animación de sus escenas.

"El señor Bello guardaba su manuscrito entre tantos frutos de sus estudios que conserva inéditos, y no tenía la menor intención de darlo a luz durante sus días. Por instancias muy repetidas de algunos de sus amigos, ha consentido en que salga a la publicidad la obra de algunos años de su estudiosa y aprovechada juventud.

"El *Orlando Enamorado* fué traducido en verso castellano por Francisco Garrido de Villena, y publicado en dos ocasiones en el siglo XVI. El señor Bello no ha conocido este rarísimo libro sino por referencia y citaciones de otros autores, y aun esas citas revelan la pobreza de ingenio del traductor español. Es probable, sin embargo, que traduciendo ambos las mismas estrofas, se hayan encontrado en algún verso; pero la traducción que hoy comenzamos a publicar no puede temer la comparación con las octavas engorrosas y pesadas de Garrido de Villena; ni las airosas intercalaciones que ha puesto el señor Bello al principio de cada canto, admiten

[1] El poema de Berni tiene 69 cantos. La obra de Bello comprende sólo los 15 primeros. En el XII, refunde Bello los cantos XII y XIII de Berni. Los cantos I, II, IX, XII, XIII, y XIV comienzan con algunas octavas originales de Bello. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

Porque hoy al interés todo se postra;
¿dó se ve ahora aquel heroico aliento
que los peligros y la muerte arrostra
para dar cima a un generoso intento?
Nuestra ufana cultura es una costra
que esconde pestilente hondo fermento;
espléndido sepulcro, por defuera
pulido jaspe, adentro gusanera.
¿Qué es de aquellos valientes paladines
que en el campo, en el yermo, en regia corte,
daban contra alevosos malandrines
al débil sexo y la orfandad conhorte,
llevando hasta los últimos confines
del mundo en su tizona el pasaporte,
y una dama gentil tal vez al anca,
y todo sin costarles una blanca?
¡Feliz edad! Mil veces te bendigo,
no a la presente, en que si alguno piensa
(y al buen manchego apelo por testigo)
salir de la justicia a la defensa,
sepa que ha de tener por enemigo
al mundo, que le guarda en recompensa
la Peña Pobre de Amadís de Gaula,
el hospital, la cárcel o una jaula.
Un bravo capitán con eficacia
por una buena causa se apersona,
y os demanda después con mucha gracia
y con mucha modestia una corona;
y si orejeas la nación reacia,
y el monarca novel la desazona,
¡pobre de aquel que un poco recio chista!
¡Viva Su Majestad! y penca lista.
Esotro, demagogo vocinglero,
¡gloria, dice, *a la santa democracia!*

parangón con las difusas rapsodias del traductor español en las cuales pone en escena a los caballeros valencianos que son de su estimación y simpatía".

La traducción de Bello fué impresa después en volumen: *El Orlando Enamorado del Conde Mateo María Boyardo, escrito de nuevo por Berni y traducido al castellano por Don Andrés Bello,* Santiago de Chile, Imprenta Nacional, Calle de la Moneda, núm. 46, octubre de 1862, p. iii, 249. Lleva la introducción de Diego Barros Arana. Para revisar el texto se han tenido a la vista los manuscritos de Bello, que han permitido rectificar algunos puntos de las anteriores ediciones. Señalamos en nota las rectificaciones más importantes. Las notas de Bello llevan la indicación habitual. Las diversas redacciones inéditas del *Orlando Enamorado* se han reservado para el tomo II de la presente edición de *Obras Completas* de Bello. (Comisión Editora. Caracas).

y añade en baja voz: *un cargo quiero;*
de Ministro de Estado, verbigracia.
Así vivieras tú, noble Rugero,
y tú, Roldán, y Cirongil de Tracia;
que ya ajustar sabríades la cuenta
a tanto perillán que nos revienta.
Mas, aunque en el sepulcro te has hundido,
generación poética dichosa,
y está el género humano reducido
por sus pecados a vivir en prosa,
no por eso tu fama en el olvido
se hunda también bajo la misma losa,
antes perennemente clara y bella
luzca, y el alma se solace en ella.
Ya a los Reinaldos y Ricartes veo
salir armados de la huesa oscura,
y disputarse en justa o en torneo
el prez de la destreza o la bravura;
en cada campo algún marcial trofeo;
en cada encrucijada una aventura;
¡qué de castillos, torres, hadas, magos,
jayanes, y vestiglos, y endriagos!
Pues banquetes y zambras no se diga,
y alegre danza y música gozosa;
donde el valor depone la loriga,
y se enguirnalda de jazmín y rosa;
y la infanta heredera, que en la liga
de amor cayó, discreta a par que hermosa,
la fe recibe de su caro andante,
y se le rinde a todo su talante.
Como el cautivo su dolor serena,
cuando la desvelada fantasía
le finge en torno la campiña amena
en que suelto y feliz vagaba un día,
y en tanto ni le escuece la cadena
ni ve el horror de su mazmorra umbría;
con el ausente amigo tiene fiesta,
y la voz de su amada oye y contesta;
Tal se calma mi espíritu doliente,
cuando de lo que fué la sombra evoco,
y corro la cortina a lo presente,
y otro mundo más bello miro y toco.
¿A quién de cuando en cuando este inocente,
este dulce soñar, no agrada un poco?

Respira en tanto el alma y hurta al ceño
de la fortuna lo que dura el sueño.
De estas, pues, tradiciones venerables,
señores míos, tejeré mi cuento,
si mi rudo cantar queréis afables
acoger y le dais oído atento.
Diré de Orlando hazañas memorables
en que igualó al peligro el ardimiento,
cuando por lejas tierras iba errante,
de una ingrata beldad perdido amante.
Caso parecerá sin duda extraño
que a un hombre como Orlando Amor inquiete;
pero ¿cuál es el pecho tan huraño,
que a su tirana ley no se sujete?
Y de sus tiros no minora el daño
hadado arnés ni fino capacete;
antes a quien de más valor blasona
con más duras cadenas aprisiona.
Ni porque de este amor hasta el presente
ninguno hablase, es menos verdadero;
y si porque de Orlando era pariente
se lo dejó Turpín en el tintero
temiendo dar escándalo a la gente,
a mí me cumple, historiador severo,
sacarlo a luz, y nuevamente os pido
que licencia me deis y atento oído.
De Sericana la región distante,
según antigua crónica razona,
señoreaba el rey más arrogante
que en el mundo jamás ciñó corona;
jactábase de ser, sola, bastante
a conquistar el mundo su persona.
Gradaso se llamó; tan bravo y fiero,
como leal y franco caballero.
Y siendo propio de ánimos reales
no poner nunca a los antojos dique,
y acometer empresas colosales
por ambición, codicia, amor, despique,
haciendo desatinos garrafales
en que estados y fama echan a pique,

98. Orlando era tan famoso en las leyendas de la Edad Media, por su castidad como por su valor. En esta parte fué el modelo de Amadís de Gaula. (N. DE BELLO).
116. La edición de 1862 dice:
que en la tierra jamás ciñó corona;

antójasele al rey de Sericana
que señor ha de ser de Durindana;
De Durindana, aquella cortadora
espada, que antes era del troyano
Héctor; y en mil combates vencedora,
como pasase de una en otra mano,
se encuentra en las del conde Orlando ahora,
que con ella el poder de Carlomano
defiende y de la Cruz la enseña santa,
y a la morisma bárbara quebranta.
Y para que el caballo conviniera
a espada tal, ganar también quería
a Bayardo, el corcel que entonces era
del paladín Reinaldos, y tenía
de marcial brío y de veloz carrera
y bella estampa insigne nombradía;
y aun añaden que tuvo entendimiento
racional, y que fué su padre el viento.
No tiene que envidiar el rey Gradaso
en estados, riquezas, armas, gente;
la fortuna le dió colmado el vaso
de sus favores; tiémblale el Oriente.
Y de tanta grandeza no hace caso;
no hay gloria ni poder que le contente;
desvélase, los sesos se devana
pensando en el corcel y en Durindana.
Y después de encontrados pareceres,
viendo no ser posible que haya trato,
pues se las ha con unos mercaderes
que no venden lo suyo muy barato,
manda dejar campiñas y talleres,
manda armas aprestar; toca a rebato;
a Francia determina hacer jornada,
y lidiando ganar corcel y espada.
Pero mientras dispone el Sericano
lo que a tan ardua empresa corresponde,
pasemos a París y a Carlomano,
que una gran justa proclamaba, adonde
todo rey, todo príncipe cristiano,
todo duque, barón, marqués y conde,
que al franco emperador reconocía,
uno en pos de otro a más andar venía.
De famosos en armas caballeros
toda la gran París estaba llena,

de varios climas, lenguas, trajes, fueros,
ya de cristiana ley, ya sarracena;
pues naturales llama y forasteros
el hijo de Pipino a corte plena,
do cada cual en salvedad viniese,
como traidor o apóstata no fuese.
Por eso de marlota y de turbante
no es de admirar que tanta gente asista:
Grandonio, que es valiente y es gigante,
y Ferraguto el de la torva vista,
y el pariente de Carlos, Balugante,
Espinel, Isolero, Matalista,
con otros muchos españoles claros,
según después la historia ha de contaros.
Resonaba la corte de instrumentos,
trompas, tambores, pífanos, campanas;
vense con peregrinos paramentos
palafrenes correr, correr alfanas;
descógense vistosas a los vientos
banderas, ya moriscas, ya cristianas;
más finas armas no es posible verlas,
ni más diamantes y oro y plata y perlas.
Llegado de la fiesta el primer día,
Carlos, con imperial grandeza y gala,
ardiendo en relumbrante pedrería,
a reyes y magnates hizo sala.
Ilustre y numerosa compañía
en opíparas mesas se regala.
Fueron (dice Turpin, que hizo la cuenta)
los convidados, cuatro mil y ochenta.
A la tabla redonda está sentado
Carlos con sus valientes paladines;
y sobre el pavimento, aderezado
de alcatifas persianas, y cojines
cubiertos de velludo y de brocado,
echáronse a comer, como mastines,
los sarracenos, gente que tenía
por mesa el suelo a fuer de paganía.
De espaciosos salones larga hilera
ocupa el gran concurso; mano a mano
llenan cuatro monarcas la testera;
el inglés, el lombardo, el asturiano,

208. Paganía y Mahometismo eran sinónimos en la mitología caballeresca y en la opinión general de la Edad Media. (N. de Bello).

y el de la encanecida cabellera,
Salomón, de Bretaña soberano.
Y los demás, según su estirpe y gente,
se van sentando sucesivamente.
Seguíase a los duques y marqueses
el conde Galalón; y más abajo
la turba de traidores maganceses,
que honra grande reciben y agasajo,
y triscan, y se burlan descorteses
del paladín Reinaldos, porque trajo
menos lucido tren del que debía
en tan festivo y tan solemne día.
Reinaldos, que lo nota, se amostaza,
y fingiendo jugar con la vajilla,
"Villanos condes, fementida raza
(decía en baja voz a la pandilla)
yo veré, si os encuentro por la plaza,
cómo sabéis teneros en la silla".
A solapa reían los ribaldos,
y monta en ira más y más Reinaldos.
Balugante, que atento le miraba,
leíale en la cara el pensamiento,
y por un trujamán le preguntaba,
si en París más honroso acogimiento
a la riqueza que al valor se daba,
porque, siendo español de nacimiento,
de cristianos estilos no sabía,
y dar lo suyo a cada cual quería.
Rïó Reinaldo, y sosegado el pecho,
a Balugante así tornó el recado:
"Decidle de mi parte que en el lecho
suele darse a la dama el mejor lado,
y en la mesa el glotón tiene derecho
a que le sirvan el mejor bocado;
mas que cuando la espada usar se ofrece
lleva la honra aquel que la merece".
Regocijado, en tanto, y dulce coro
de música por una y otra banda
se oye sonar, y grandes fuentes de oro
entran henchidas de exquisita vianda.
Con la afabilidad templa el decoro

239. En las leyendas caballerescas no se hacía diferencia entre españoles y moros, y así se lee constantemente en Turpín. (N. DE BELLO).

BIBLIOTECA NACIONAL

Carlos, y en torno envía a quién la banda,
a quién la copa, a quién la espada rica,
que su real agrado significa.
Doble aliciente a la abundancia opima
presta el rumor de plática sabrosa.
Carlos, que de la gloria la alta cima
piensa hollar, y de júbilo rebosa,
inconmovible su grandeza estima
a los vaivenes de la instable diosa;
cuando un suceso a todos de repente
arrebató los ojos y la mente.
Entran jayanes cuatro, a cuál más fiero,
con sosegada marcha y gesto ufano,
escoltando a un armado caballero,
que conduce a una dama de la mano.
No a las pupilas matinal lucero,
no a la tez de la dama albor temprano,
ni al carmín de sus labios la corola
iguala del clavel o la amapola.
Alda la linda, la del conde Orlando,
estaba allí, y Clarisa, y Galïana,
con otras varias que al silencio mando,
flor de la gracia y gentileza humana;
y todas ellas parecieron, cuando
se alzó el velo la incógnita pagana,
lo que junto al lucero es una estrella,
o lirio humilde junto a rosa bella.
Deja el plato el glotón, y el ebrio el vaso;
todo quedó en silencio a la improvisa
aparición, si no es que se oiga acaso
el pie gentil que las alfombras pisa.
Acércase ella a Carlos paso a paso;
luego con un mirar y una sonrisa
que de todas las almas se apodera,
en dulce voz habló de esta manera:
"Inclito rey, de tu virtud la fama
y el nombre de tus bravos caballeros
que por toda la tierra se derrama
y llega ya a sus últimos linderos,
es lo que el pecho generoso inflama
de estos que ves humildes forasteros,

274. Clarisa, mujer de Reinaldos, y Galiana, princesa mora española, mujer de Carlomagno. (N. de Bello).

ansiosos de tentar difícil prueba
a que codicia de alto honor los lleva.
"El que hoy en tus estados halla puerto
es, como su divisa manifiesta,
el caballero del León, Uberto;
y cúbrese la negra sobrevesta,
porque fué de su casa echado a tuerto.
Yo Angélica su hermana soy, que en esta
errante vida bajo cielo extraño,
huérfana desgraciada, le acompañó.
"Allende el Tana (donde el patrio nido
tuvo nuestra familia, antes que injusta
se le mostrase la fortuna) oído
fué el llamamiento a tu solemne justa;
y gran parte del mundo hemos corrido
hasta llegar a tu presencia augusta,
de valor y nobleza espejo claro,
y de los desvalidos firme amparo.
"En donde (protestándote primero
que designio siniestro no le guía,
sino la profesión de caballero)
Uberto, con tu venia, desafía,
según caballeresca usanza y fuero,
a toda la presente compañía;
de punta en blanco y a caballo espera
a todo el que con él medirse quiera.
"Mas una condición poner desea,
contra la cual ninguna excusa valga,
que de su vencedor esclavo sea
todo el que en esta lid vencido salga;
y si es acaso Uberto el que flaquea
y alguno en el justar le descabalga,
sea yo, si le place, esclava suya,
y Uberto al Asia en paz se restituya".
Dice, y humildemente se arrodilla.
Todos la están suspensos contemplando,
y con mayor placer y maravilla
que los demás el paladín Orlando.
El corazón un dardo le aportilla,
y ya por lo más hondo le va entrando;
si bien procura la intestina guerra
disimular, y el rostro inclina a tierra.
El primer punto fué de su rüina,
la de Francia y de Carlos, aquel punto;

a el alma incauta un tósigo camina
que halaga, punza, inflama, todo junto.
Se pone a discurrir, y desatina;
el rostro, ya encendido, ya difunto,
bien claro al que le observa patentiza
que una extraña pasión le tiraniza.
Mas como hallar alivio se figura,
y late menos la amorosa llaga,
cuando pone la vista en la hermosura
que le enajena y la razón le estraga,
alza los ojos y el veneno apura
que todos los sentidos le embrïaga
como el enfermo, de la sed vencido,
osa empinar el vaso prohibido.
Cavilando, allá dentro se decía:
"¡Ah loco Orlando! ¿Qué delirio es ése?
¿Consientes que una torpe fantasía
que ofende a Dios, te turbe y te embelese?
¿Dó está el valor, dó está la bizarría
que única al mundo hiciste se dijese?
Por el orbe no dabas un ochavo,
y aquí de una mujer te has hecho esclavo.
"¿Mas de qué sirve que mi yerro vea,
si a mi flaca razón no está sujeto?
¿Qué espera el alma en desigual pelea
contra un tirano irresistible afeto?
Vana ilusión u oculto hechizo sea,
maligna estrella o superior decreto,
miro mi perdición en mi extravío,
y arrastrado me siento a pesar mío".
Así con el arpón en el costado
se quejaba Roldán míseramente;
pero el cabello a Naimo han plateado
los años, y de amor la herida siente.
El mismo Carlomagno fué atrapado,
aunque tan sabio príncipe y prudente.
¡Tan grande es el poder de una hermosura
sobre la verde edad y la madura!
Estaba todo el mundo embebecido;
y entre el común asombro y embeleso,
el moro Ferragú, que siempre ha sido,
aunque español, de atolondrado seso,
casi a romper sintióse decidido
por entre todos y a llevarse en peso

la dama; y ya en un tris de hacerlo estuvo;
pero el respeto a Carlos le contuvo.
Malgesí, nigromante caballero,
miraba atento aquel extraño grupo,
y un buen porqué del tósigo hechicero
que allí difunde Amor, también le cupo.
Pero como un fullero a otro fullero
sus tretas ocultar no siempre supo,
vió que se estaba urdiendo alguna trama,
y de su propio oficio era la dama.
Irresoluto Carlos no sabía
qué responder a la gentil doncella,
y de pretextos varios se valía
por platicar a su sabor con ella;
saciarse de mirarla no podía,
y le parece cada vez más bella;
al fin forzosamente la despide
otorgándola todo lo que pide.
Luego que en parte se creyó segura,
del seno Malgesí saca un cuaderno,
y una fórmula mágica murmura,
a que en baladros respondió el infierno.
Negra visión de fea catadura,
larga la cola y el testuz de cuerno,
aparece, y en voces de ira llenas
dice: "Francés maldito, ¿qué me ordenas?"
"Saber de ti lo que se fragua quiero
(responde el mago), y qué mujer es ésta".
"Angélica, es su nombre verdadero,
(Belcebú de este modo le contesta).
Su padre Galafrón, que en lo hechicero
con el de más saber se las apuesta,
es del Catay señor; y ese lozano
mancebo es de la dama único hermano.
"No Uberto del León, mas Argalía
se llama; oculta el nombre por cautela.
Cordura en verdes años y osadía
y generoso espíritu revela;
y cabalga un corcel que desafía
al viento mismo, y más que corre, vuela;
Bayardo en la carrera no le alcanza.
Dióselo el rey su padre, y una lanza,
"Una lanza le dió maravillosa,
que ya en torneo, y ya en función de guerra,

sale de todo encuentro victoriosa,
y no hay cabalgador que no eche a tierra;
hurtarle el cuerpo es imposible cosa,
y el que imagine resistirle yerra,
que ni Reinaldos, ni Roldán, ni el mundo,
si les da un tiento, aguardarán segundo.
"De un encantado arnés, desde la greba
hasta el morrión, el joven va provisto,
y de repuesto una sortija lleva,
obra del egipciaco Trismegisto:
si se la pone, está de encanto a prueba;
si en la boca la trae, de nadie es visto.
Pero el astuto rey no tanto fía
en el brazo y las armas de Argalía,
"Como en la gran beldad de la princesa,
que a cuantos hoy la regia corte aduna,
por la codicia de tan alta presa
hará que salgan a probar fortuna
en ésta a humanos bríos vana empresa,
do romperán sus lanzas una a una,
y llevados serán forzosamente
a eterna servidumbre en el Oriente.
"Mas ella, sin contar con el tirano
poder de su belleza encantadora,
las artes aprendió del padre anciano,
y en tan temprana edad ninguno ignora
de los secretos que el saber humano
en sus más hondos senos atesora
para hacer obedientes instrumentos,
de la ciencia a la voz, los elementos".
Malgesí, que esto ha oído, no se tarda;
hace de Belcebú caballería,
y vuela a destruir la zalagarda
que aderezada Galafrón tenía.
Señoreaba ya la sombra parda
el orbe, y reposaba el Argalía,
sobre muelles alfombras acostado,
bajo un gran pabellón iluminado.
Duerme distante la doncella hermosa,
tendido por la yerba el rubio pelo,
bajo la copa de un laurel frondosa
a cuyo pie serpea un arroyuelo.
Nadie dijera al verla que era cosa
terrena ni mortal, sino del cielo.

La mágica sortija tiene puesta
que todos los encantos contrarresta.
Montado el mago en su demonio vuela;
un buho por los aires parecía.
Desmontó al fin, y vió a la damisela,
que entre copados árboles yacía.
Servíala un jayán de centinela;
los otros rondan la ribera umbría;
mientras dormía el valeroso hermano,
velaban todos ellos, clava en mano.
Rióse el mago, y quiso, al punto mismo,
jugar a los gigantes una pieza;
sacando su cuaderno, un exorcismo
en bajo acento y temeroso reza;
de todos cuatro un blando parasismo
apoderóse; cada cual bosteza,
y dejando caer la herrada porra
se tiende largo a largo y se amodorra.
Leyendo estaba el mago, a los reflejos
de la tienda, en su libro fementido,
y atisba a los gigantes desde lejos,
que el conjuro fatal ha adormecido.
Del sabio Galafrón los aparejos
juzga haber trastornado y destruído;
y para no dejar la cosa en duda,
pone mano a la espada y la desnuda.
A la dormida niña asió del pelo,
y a matarla iba ya, cuando la cara
a mejor luz le vió; cabal modelo
de belleza, que a un tigre enamorara.
Siente en el alma un repentino hielo,
cual si en ella una voz así le hablara:
"¿A tan bella mujer, bárbaro, hieres?
No eres tú caballero; un zafio eres".
Mudó de intento, al suelo echó la espada,
y de asesino vuélvese en amante;
en el cándido seno la turbada
vista cebó, suspenso y palpitante.
Vióla en profundo sueño sepultada,
y resolvió robársela al instante;
por imposible juzga que resista;
ya tiene Belcebú la espalda lista.
Pensaba con aquel encantamento
haberla adormecido de manera

que si se desplomase el firmamento,
en su sentido ni aun así volviera;
y fué a poner por obra el loco intento,
sin ocurrirle que tener pudiera
en el dedo el anillo de Argalía,
como por su desgracia lo tenía.
Aquel anillo mágico bendito
el malvado designio desconcierta.
Ella despierta, y de pavor da un grito;
al grito el Argalí también despierta;
sale, y al ver que en desigual conflito
lucha la hermana a brazos, y no acierta
a desprenderse de un extraño bulto,
corre airado a vengar tamaño insulto.
De la tienda Argalí salió en camisa,
y agarrando un bastón descomunal
(que otra cosa no pudo por la prisa)
clamaba: "Hombre soez, torpe animal,
¿te parece quizás cosa de risa
hacer a una princesa escarnio tal?
Debes de ser sin duda un forajido;
a palos te he de dar tu merecido".
"Tenle, que se escabulle, tenle, hermano,
(dice la dama); este hombre es nigromante,
y a no ser tu sortija, esfuerzo humano
no era a poderle detener bastante".
Asiéndole Argalía de la mano
llévale, mal su grado, hacia un gigante
que, tendido a la larga, semejaba,
no que dormido, mas difunto estaba.
Mueve y remueve el vasto corpachón,
y como de vivir no da señal,
apresuradamente un cadenón
le arranca de la porra, con el cual,
por más que el pobre mago en su aflicción
apela a su menguado arte infernal,
sin gran trabajo, asegurado es,
y aherrojado de manos y de pies.
Ella, como le vió que estaba atado,
con ambas manos le registra el seno,
y el libro le quitó descomulgado,
de extraños signos y figuras lleno;
y no hubo en él tres líneas recitado,
cuando el aire se turba, estalla el trueno,

y roncas voces dicen de este modo:
"A tu servicio está el infierno todo".
La dama respondió: "Llevad el preso
al Catay, y decid al padre mío
que desde aquí sus regias manos beso,
y que esta muestra de mi amor le envío:
que, Malgesí cautivo, en el suceso
de la presente expedición confío;
y que, o muy mal nos andarán las manos,
o ya está cerca el fin de los cristianos".
La cornuda legión tomó el portante
con el cautivo y al Catay le lleva,
do Galafrón encierra al nigromante
bajo la mar, en una oscura cueva.
Como tocado fué cada gigante
con el anillo, cobra vida nueva;
y entre celajes bellos de oro y grana
a poco rato apunta la mañana.
Fácil es figuraros lo que pasa
en la corte de Carlos aquel día;
el conde Orlando, que de amor se abrasa,
salir pretende en busca de Argalía.
Dícenle los demás que se propasa
en quererse arrogar la primacía,
pues tienen, siendo el reto a todos hecho,
todos para salir igual derecho.
"Si es sobrino de Carlos, si es valiente,
otros tan buenos, dicen, hay en rueda".
Responde Orlando que morir consiente
primero que a ninguno el paso ceda.
"Barones (dice Carlos cuerdamente),
el arbitrio a la suerte se conceda;
cada competidor su nombre escriba,
y esta urna las cédulas reciba".
Escribe cada cual nombre y linaje;
las cedulillas urna de oro encierra;
un pajecico viene que baraje;
saca otro pajecico; otro abre y cierra.
En la primera que ha sacado el paje
dice la letra: *Astolfo de Inglaterra;*
síguese Ferragú; lleva el tercero
lugar Reinaldo; el cuarto es de Olivero.
Luego salió Grandonio el corpulento,
y tras Grandonio, Serpentino, y cuando

a Serpentino le hubo dado el viento,
Ricarte apareció, duque normando;
y, para no cansaros con el cuento,
salieron más de treinta antes que Orlando.
¡Maldito azar de cédula! ¡Siquiera
no haber sido la cuarta o la tercera!
El paladín Astolfo, que menciona
la historia en esta parte, fué un mancebo
rico, galán, gentil de su persona,
para las damas un Adonis nuevo.
Fué bravo, y fué locuaz; de la sajona
real estirpe, en Albïón, renuevo.
Nada en verdad faltara a su alabanza,
si igualase a sus bríos su pujanza.
Sale ya Astolfo en armas, y la gente
se agolpa a los balcones y a las rejas;
iba de ricas galas refulgente,
con rubíes y perlas que parejas
no vió jamás el mundo; especialmente
lleva un diamante en la coraza (orejas
críticas esta vez os quiero sordas)
gordo como una nuez de las más gordas.
Brilla en el ancho escudo el anglicano
leopardo, insignia de su estirpe, y nada
en roja seda su alazán roano
de vistosas labores recamada;
hácele dar corvetas por el llano,
y llegando que llega a la estacada,
empuña la trompeta y desafía
con retumbante son al Argalía.
El catayo, que estaba apercibido,
a justar con Astolfo al punto viene;
su hermana de escudero le ha servido;
el freno y el estribo ella le tiene.
De luto el joven estrenó un vestido,
y el del caballo en el color conviene;
blandía aquella lanza nunca vista
a la cual no hay pujanza que resista.
Después que el uno al otro ha saludado
y el pacto de la lid de nuevo jura,
toman campo los dos con reposado
continente y serena catadura;
revuelven luego y en mitad del prado

a ensayar van su fuerza o su ventura;
y en el encuentro el duque de Inglaterra
(como era de esperar) fué echado a tierra.
A la fortuna dice mil pesares,
y su desgracia el paladín deplora:
"Para que así en mi contra te declares,
¿qué causa he dado yo, Suerte traidora?
¿No pudiste otra vez echarme azares,
y no, crüel, precisamente ahora
que me va en ello eterna malandanza?"
Maldice escudo, arnés, caballo y lanza.
Entre estas vanas quejas, un jayán
le lleva de la diestra al pabellón;
los otros luego a desarmarle van,
y queda el duque en calzas y jubón;
mas donde faldas hay, cuerpo galán
no necesita ajena intercesión;
de Angélica recibe y de Argalía
todo honor, agasajo y cortesía.
Solo y sin guarda junto al agua pura
Astolfo desahoga su despecho;
Angélica se embosca en la espesura,
y sin dejarse ver le está en acecho;
y luego que la noche cierra oscura,
le lleva a reposar a un blando lecho,
y le consuela, y su custodia fía
a los cuatro gigantes y Argalía.
No bien la tierra vió el albor primero,
al aplazado sitio se avecina
vestido Ferragú de limpio acero,
y suena desde lejos la bocina.
Monta a caballo el otro caballero
y a su nuevo contrario se encamina,
que omitiendo preámbulos avanza,
llevando en ristre la robusta lanza.
Pero del tal caballo es bien que un breve
bosquejo antes que todo se despache;
era de esbelta forma, airosa y leve;
no hay pinta ni lunar que se le tache;
la frente, cola y pies tiñó de nieve;
en lo demás, purísimo azabache.
Rabicán se llamaba; y dicho queda
que en el correr no hay viento que le exceda.

No hubo caballo que a la par corriese,
ni el mismo Brilladoro, ni Bayardo;
pero por más aprisa que viniese,
a Ferragú le ha parecido tardo.
No duda derribar, mal que le pese,
del primer bote al contendor gallardo;
y ansioso de decir: *la dama es mía,*
cada minuto se le antoja un día.
Los cumplimientos, pues, dejando a un lado,
como una flecha a su contrario corre.
En el choque terrible que se han dado,
firme estuvo Argalí como una torre;
el otro, ya se sabe, es derribado
por más que del estribo se socorre;
y viéndose caído, en tanta ira
el pecho se le enciende, que delira.
Por tres cosas un hombre alza el copete:
verdes años, amor y genio altivo.
Ferraguto contaba veinte y siete,
y era de un natural soberbio, esquivo,
y está de amor, el pobre, hasta el gollete;
¿no pensáis, pues, que tuvo harto motivo
para perder paciencia y juicio y todo,
cuando se ve afrentado de este modo?
Y afrentado en presencia de la dama,
y por uno que ser le parecía
caballero novel de poca fama,
que no hilaba mostachos todavía.
Bramando como un toro de Jarama,
saca la espada, embiste al Argalía;
con la amenazadora punta en alto,
pensando hacerle trizas, da un gran salto.
"¡Aparta! ¡aparta! (el otro caballero
le grita). ¿El pacto olvidas? No me abajo
a reñir con quien es mi prisionero".
El español, echando espumarajo,
"Si tú reñir no quieres, yo sí quiero",
repuso, y le tiró tan recio tajo
que si otro arnés el Argalí llevara,
pudo salirle la venida cara.
Acuden los gigantes presto, presto,
a castigar tan desusado ataque.

690. Brilladoro era el caballo de Orlando. (N. de Bello).

Es de los cuatro el más pequeño, Argesto;
Lampuzo algo mayor, insigne jaque;
y luego Ulgán, que a todo frunce el gesto,
y no por eso es menos badulaque;
el más alto es Turlón, viviente asombro,
a quien ninguno de ellos llega al hombro.
Acércase Lampuzo y vibra un dardo
que si encantado Ferragú no fuera,
hallara en su valor débil resguardo,
y por la opuesta parte le saliera.
No hubo gato jamás, no hubo leopardo,
ni ráfaga en la mar que invierno altera,
ni exhalación tan presta el aire cruza,
a cuya vista el vulgo se espeluza,
Cual cierra el español con su enemigo,
y como si encontrase blanda pasta,
pásale la ventrera y el ombligo,
y el hierro crudo en el redaño engasta.
Ni de Lampuzo el hórrido castigo
a Ferraguto embravecido basta;
antes de nueva furia se reviste,
y al fiero Ulgán, que le amenaza, embiste.
Doblando Ulgano el cuerpo cuanto pudo,
pensó cogerle vivo; mas, de punta
esgrimiendo el contrario, el hierro agudo
le clava en el hoyuelo do se junta
el cuello al tronco; el figurón membrudo
con el ansia mortal se descoyunta;
mira azorado, da un traspié, resbala,
se desploma, y gimiendo el alma exhala.
Argesto al español sobre la nuca
(pues por detrás herirle a salvo intenta)
tan recio golpe da que le trabuca
el sentido; por poco no la cuenta.
Mas recobrado el moro le retruca
terrible cuchillada, truculenta,
que entra por la cadera en los riñones,
y hace salir la sangre a borbotones.
Mas lo peor le falta a Ferraguto;
con lento paso y grave se aproxima
Turlón, crüel, desaforado bruto,
y con la porra se le viene encima.
¿De qué le sirve al moro el resoluto

pecho, el robusto brazo y docta esgrima,
si apenas llega al monstruo a la escarcela?
Réstale un medio sólo, y a él apela.
Al vientre el español el golpe asesta,
a la cabeza el bárbaro gigante.
Trizó la porra en átomos la cresta,
morrión, visera y cuanto halló delante;
y resurtió de la encantada testa
más que el acero dura y que el diamante;
pero sin sentimiento el moro queda,
y amortecido por el campo rueda;
Al mismo tiempo que también caía
con la enorme barriga barrenada
Turlón, y revolcándose mugía,
como suele una res desjarretada.
Habíase retirado el Argalía
por no emplear en Ferragú la espada;
desmontando, a su hermana le encomienda,
y entre los dos le llevan a la tienda.
Donde, volviendo en sí, protesta y jura
que prisionero ni será ni ha sido:
"¿Soy vasallo de Carlos por ventura
para verme en sus pactos comprendido?
Enamorado estoy de una hermosura
y a ganarla por armas he venido;
o me la entregas o te doy la muerte;
la lid no ha de acabarse de otra suerte".
Turbó el rüido al duque Astolfo el sueño
y al fin le fuerza a que los ojos abra.
Sale, y tomando el oficioso empeño
de mediador, esfuerza la palabra.
Mas en el pecho esquivo y zahareño
del español razón ninguna labra;
ellos predican, y él se está en sus trece,
y con los argumentos se enfurece.
"Insensato, le dice el Argalía,
¿no ves cuán desigual la lidia fuera?
¿Piensas tener el yelmo todavía,
que dejaste hecho añicos allá fuera?
O te me rindes, o por vida mía
te mato; lo que eliges considera;
no me provoques más, que el verte inerme
pudiera al fin dejar de contenerme".

"Si con el yelmo, el peto y el escudo
y la loriga me faltase entera,
tú armado como estás y yo desnudo,
(responde Ferragú) nada temiera.
Deja que temerario y testarudo
me exponga yo a la suerte que me espera;
¿qué te va en ello a ti si el riesgo es mio?
Callen las etiquetas y hable el brío".

Parecióle ya aquello demasiado
al del Catay, que ardiendo en justa ira,
cuando por uno a quien haber quitado
pudo la vida, así insultar se mira,
salta al caballo, y dice demudado:
"El que te piense convencer, delira;
mas de mi espada hacer sabrán los filos
que aprendas menos bárbaros estilos.

"Cobra, pues, el corcel, cobra el acero,
y ya que quieres combatir, combate.
No pienses que cortés, como primero,
por verte desarmado no te mate;
justo es que al que de honor quebranta el fuero,
cual malandrín y cual follón se trate;
ven a donde te dé la espada mía,
¡salvaje! una lección de cortesía".

Rió de esta amenaza el bravo moro,
como de cosa que muy poco estime,
y borrar anhelando su desdoro
monta a caballo y el acero esgrime.
"Dame, le dice, la mujer que adoro,
y de este empeño mi valor te exime;
donde no, mozalbete vagabundo,
ya estás de viaje para el otro mundo".

No se entendió qué dijo el Argalía;
la cólera a la lengua le echa un nudo.
Embístense; cual yunque en herrería,
suena a los golpes uno y otro escudo.
Estar mirando el orbe parecía
la pavorosa lid suspenso y mudo.
Mas mi cansada voz pide que sea
en otro canto el fin de esta pelea.

837. En las otras ediciones se había dado:
justo es que al que de honor quebrante el fuero,

CANTO II

LAS JUSTAS

De un Aristarco adusto oigo el regaño:
"Poner en verso estúpidas consejas
que deleitaban a la plebe antaño,
pero que hasta los niños y las viejas
desprecian hoy, es un capricho extraño;
tenemos delicadas las orejas.
Desatinos narrar de tanto bulto
a nuestra sabia edad es un insulto.
"¿Qué es ver una princesa en medio el prado
con un laurel por colgadura y techo,
la orilla de un arroyo por estrado,
y por dama de honor a par del lecho
un feo gigantón desaforado?
¿Qué es ver un caballero que a despecho
del sentido común y de Cervantes
despacha a dos por tres cuatro gigantes?"
¿Y por eso no más pasar la esponja
pretende usted a lo que llevo escrito?
Digo que son escrúpulos de monja.
Lo que viene detrás es lo bonito;
lo de hasta aquí no vale una toronja.
Si usted depone un rato ese erudito
fastidio, y va adelante con el cuento,
cosas verá que le han de dar contento.
Verá usted jayanazos de una talla,
que con ellos Golías fué un pigmeo;
tierras visitará, que no las halla,
aunque se despestañe, en Ptolomeo;
verá esfinges y grifos, de que calla
el *systema naturae* de Linneo;
encantados jardines a docenas;
maravillas, en fin, a manos llenas.
"*Quodcumque ostendis mihi sic...*" ¿Y acaso
exijo yo, molondro, que lo creas?
Mentir es privilegio del Parnaso,
y si lo desconoces, no me leas,
ni al Ariosto, ni a Miltón, ni al Tasso,
ni al gran cantor de Aquiles, ni al de Eneas;

874. En las otras ediciones:
pretende usted a lo que lleve escrito?

estudia expositores del derecho,
o toma tu compás; y buen provecho.
Y si te place por veraz la historia,
sepas que cuelli-erguida y cari-seria,
como la ves, su parla es ilusoria,
y las mentiras por verdades feria.
Y es lo peor, que siempre da la gloria
al poder, siempre al flaco la miseria,
más que de pueblos, de tiranos aya;
al menos mi mentir es de otra laya.
De Ferraguto y del fingido Uberto
volvamos, si os parece, a la batalla.
Son en lo fuerte iguales y en lo experto;
igual en ambos el furor estalla;
y si de pie a cabeza está cubierto
el Argalía de encantada malla,
tiene encantado el moro todo el bulto,
salvo un pequeño lunarcillo oculto.
El que cruzarse dos exhalaciones
viese, bañando el aire en luz bermeja,
o embestirse dos líbicos leones
con sacudir horrendo de guedeja,
pudiera acaso de los dos barones
el crudo choque imaginar. Semeja,
de los aceros al brillante lampo
y raudo silbo, estremecerse el campo.
Su espada el Argalí derecha y alta
levanta, y luego atrás la echó ligero,
hasta que ya a la punta poco falta
para frisar con el arzón trasero;
y en los estribos afirmado, asalta
al moro, y un fendiente tan certero
le asienta en la mollera desarmada,
que creyó la contienda terminada.
Pero como no ya cabeza rota,
antes tan al contrario le sucede
que no se ve de sangre ni una gota,
dos pasos admirado retrocede.
Ferragú dolorido se alborota,
y dando fuerza al brazo cuanta puede,
"Veamos, dice, si la lid concluyo,
y si este acero corta más que el tuyo".
Y con un altibajo fulminante
que hallara entrada en un peñasco alpino,

la cabeza y el yelmo relumbrante
se figuró tajar como un pepino;
mas en un yelmo da, que no es bastante
ni a rasguñarlo el filo damasquino.
A su vez Ferraguto se retira;
el asombro hace treguas a la ira.
Suspensa queda la cruel porfía
un rato breve en pausa silenciosa,
cual un instante en borrascoso día
el viento calla en la floresta hojosa.
El primero que habló fué el Argalía:
"Quiero, señor, que sepas una cosa:
con este arnés de hadadas piezas hecho
tu espada ni otra alguna es de provecho.
"Desiste, pues, de un insensato duelo
que ha de traerte al fin mengua y bochorno".
Responde el moro: "Así me salve el cielo,
como este escudo y malla y cuanto en torno
a mi persona ves, llevarlo suelo,
más que para defensa, por adorno;
ir armado o desnudo no me importa,
porque en mi piel ningún acero corta.
"Dame, pues, tu amistad, y hágala firme
el parentesco; que delirio extraño
fuera con desventaja resistirme
tanta, y con tan forzosa afrenta y daño.
Yo de aquí sin la dama no he de irme,
si bien supiera estar lidiando un año.
Si por esposa me la das, contigo
a estrecha unión y eterna paz me obligo".
"Para que yo su mano te ofreciera,
(dice Argalía) tu valor te abona;
pero su gusto es condición primera;
y darte posesión de su persona
sin consultarla, hacer la cuenta fuera,
como dice el refrán, sin la patrona.
Veamos si te admite por su dueño;
si no te admite, seguirá el empeño".
Habiendo el moro en ello consentido,
va el otro a consultarla, como es justo.
Fué un hombre Ferragú descomedido,
y de un mirar desapacible, adusto;
bronco en el habla, inculto en el vestido,
y que en lavarse hallaba poco gusto;

toda la cara de vedijas llena,
el pelo grifo y la color morena.
Ella, que un novio quiere blanco y rubio,
responde que el galán no le acomoda.
Derramando de lágrimas diluvio,
"No me hablen, dice, en semejante boda.
Aunque arda como el Etna o el Vesubio,
y aunque en dote me dé la España toda,
antes que suya quiero verme muerta,
o por el mundo andar de puerta en puerta.
"Torna, pues, caro hermano, por tu vida;
renueva con el moro la pelea;
y mientras de tu anillo socorrida
me pongo en salvo yo, sin que él me vea,
tú en hallando ocasión vuelve la brida,
déjale en la estacada, y espolea.
De las Ardeñas tomaré el sendero,
do juntarme otra vez contigo espero".
Renuevan los barones la quimera,
después que el uno al otro ha referido
no haber forma ni modo de que quiera
la niña recibirle por marido.
Ferraguto se obstina, mate o muera,
en que sin ella no ha de haber partido;
y ella sin más ni más tomó el portante
dejando en la estacada al pobre amante.
Búscala con los ojos el pagano,
que siente en verla alivio a la fatiga;
y como a todos lados mira en vano,
no sabe lo que piense o lo que diga.
En esto el otro aguija a Rabicano,
que no hay hombre ni diablo que le siga;
y sin decir *adiós, hasta la vuelta,*
por el bosque se va a carrera suelta.
Quieto se estuvo el moro en confianza
de que volviese luego el Argalía.
Perdiendo finalmente la esperanza,
de corazón a entrambos maldecía:
"Nada te librará de mi venganza,
dice, tu necia hermana ha de ser mía
a tu pesar, siquiera la más honda
sima de los infiernos os esconda".
Impaciente, iracundo, enfurecido,
hinca las dos espuelas, y ligero

parte en pos del cobarde, mal nacido,
(que tal le juzga) indigno caballero,
y de la que a su amor ha respondido
con desdén tan esquivo y altanero.
Recorre el campo, en las cabañas entra,
anda de bosque en bosque, a nadie encuentra.
Astolfo, en tanto, que la lid miraba,
al ver que uno en pos de otro a gran carrera
se alejaba del campo, y que no estaba
tampoco allí la hermosa carcelera,
a la fortuna muchas gracias daba
de hallarse libre cuando no lo espera.
Plazo no quiere dar a su ventura;
vístese a toda prisa la armadura.
Quebrárase la lanza al paladino
en el pasado encuentro, y arrimada
mira por dicha suya a un verde pino
la del fingido Uberto, la encantada,
la invencible, cubierta de oro fino,
y de bellas labores entallada;
tómala sin saber lo que encubría,
pensando a su señor volverla un día.
Mientras lleno de júbilo espolea,
cual cautivo a la luz restitüído,
quiere la suerte que a Reinaldos vea,
y a relatarle va lo sucedido.
Reinaldos, que del mismo pie cojea
que Orlando y Ferraguto, ha decidido
ir de los fugitivos en alcance;
quiere, hasta verle el fin, jugar el lance.
Tanto el amor le trae al retortero,
que sin tornar palabra al del Leopardo
vuelve la brida, el estrellado acero
hincando en los ijares a Bayardo.
Parte cual rayo el animal ligero,
y óyese motejar de flojo y tardo.
De los gustos del amo poco sabe,
y de las penas gran porción le cabe.
Llega en tanto a París el rozagante
duque, y aún no ha desabrochado el peto,
cuando en su estancia entró el señor de Anglante,

1067. Se dió este título a Orlando por el señorío de la ciudad de Anglante, heredado de su padre Milón. (N. de Bello).

pidiendo nuevas del amado objeto:
"¿Dónde queda ese moro petulante?
¿Dónde el de Montalbán?" pregunta inquieto.
Donosamente Astolfo desembucha;
impaciente, anhelante, Orlando escucha.
Y al entender que es ida la doncella,
y que el hermano huyendo se retira,
y Ferragú y Reinaldos van tras ella,
al duque con torcidos ojos mira.
Reniega de sí mismo y de su estrella;
abatido después gime, suspira;
repélase las barbas, rompe en llanto.
¡Que en alma tal, amor pudiese tanto!
En la cama arrojándose, decía:
"¡Tiránica pasión, que a nada cede,
y se ahonda en el alma cada día,
y no hay solaz, no hay gusto que no acede!
¿Qué disputado prez, qué nombradía,
qué aplauso humano contentarme puede?
Lides, ¡adiós! ¡adiós, mi noble espada!
La existencia de Orlando es acabada.
"¡Oh, si diese a mis ansias refrigerio
mi adorada beldad! ¡si coronara
mi amorosa pasión! por el imperio
de la tierra mi dicha no trocara.
Pero si para eterno vituperio
del nombre mío, está mi prenda cara
destinada a otro dueño, ¡inicua Suerte!
nada te pido ya, sino la muerte.
"¿Qué puedo hacer? El corazón desmaya,
desigual a tan bárbaro suplicio;
entre tinieblas vivo, en que no raya
de una esperanza el más remoto indicio.
Y para que tormentos nuevos haya,
y en mis desvelos dé al través el juicio,
osa el de Montalbano y osa el Moro
(¡maldición!) disputarme mi tesoro.
"Tras ella van, como en el bosque umbrío
da caza el tigre a pávida corcilla;
y mientras el amado dueño mío
corre peligro tanto, ¡yo (¡mancilla
eterna a mi valor!) sin albedrío,
sin alma, con la mano en la mejilla,

como flaca mujer me quejo al cielo,
y busco en necias lágrimas consuelo!
"Si morir desamado es a la postre
la recompensa que a mis penas cabe,
¿por qué dejar que así este afán me postre
y que mi fama en ignominia acabe?
Salga yo, y por mi dama el mundo arrostre,
que más dulce en la lid la muerte sabe,
y un piadoso mirar de mi señora
felicísima hará mi última hora".
Así diciendo de la cama salta,
que no hay en ella alivio a su congoja;
tropa de pensamientos mil le asalta;
ora esto, ora aquello se le antoja;
como el enfermo a quien el sueño falta,
no puede sosegar, todo le enoja.
Mas llegada que fué la sombra oscura,
viste escondidamente la armadura.
Rojo sacó el pavés, desnudo y liso;
mudó yelmo, cimera, armas y traje;
y encabalgando a Brillador, no quiso
escudero llevar, doncel ni paje.
Deja a París; dejara el paraíso
por el horror de un páramo salvaje;
y se encamina entre dudosas señas,
tras la beldad que adora, a las Ardeñas.
Tres caballeros van a la ventura:
el conde Orlando, senador romano,
Ferraguto, el de torva catadura,
y el ínclito barón de Montalbano.
Y en tanto Carlomagno, que apresura
las anunciadas justas, llama a Gano,
a Salomón, Ricarte, Naimo el viejo,
y a todos los demás de su consejo.
Manda que armado a espada y lanza venga
el caballero que justar quisiere,
y mientras en la silla se sostenga,
a todos los demás bizarro espere;
y que una bella rosa en premio obtenga
el que de nadie derribado fuere;
una rosa de perlas, en memoria
de la feliz, pacífica victoria.
Todos este decreto confirmaron,
como a la antigua usanza conveniente,

y por toda París lo promulgaron
cuarenta reyes de armas a la gente.
Caballos y lorigas se aprestaron,
blasones y divisas juntamente;
y Serpentino, el español guerrero,
nombrado fué mantenedor primero.
Jamás sacó la Aurora igual tesoro
de alegre luz al mundo alborozado.
Carlos entró, con imperial decoro,
en la festiva plaza, desarmado,
sobre un caballo que era una ascua de oro,
en la derecha el cetro, espada al lado,
escoltándole en vez de alabarderos
condes, barones y altos caballeros.
He aquí que Serpentín sale a la arena
en ricas galas y en arnés lumbroso;
un melado corcel rige y sofrena,
que en los traseros pies se alza brioso;
los hierros tasca, qué de espumas llena,
y cual si le viniese estrecho el coso
y a su pesar sufriese freno y cincha,
vuélvese inquieto y las narices hincha.
Y bien le semejaba en el denuedo
el caballero que sobre él venía,
que en altivo ademán y rostro acedo
parece que a la tierra desafía.
Señálale la gente con el dedo
su destreza alabando y gallardía,
y de una en otra boca se derrama
de su linaje y su valor la fama.
Luciente en el escudo reverbera
estrella de oro en campo azul celeste,
conforme en los colores la cimera,
como la recamada sobreveste.
Y porque hablar de todas largo fuera,
no hay pieza que gran suma no le cueste;
ricas piedras llevaba a centenares
en las orlas, hebillas y alamares.
Luego que el coso paseado tiene,
calando la visera hace que rompa
la esperada señal el aire, y suene
marcial clarín y retadora trompa.
Gran multitud de justadores viene
con larga comitiva y rica pompa

de jóvenes donceles y de pajes;
bate el viento una selva de plumajes.
Sale al campo Angelino de Burdeos
trayendo, en indio fondo, blanca luna;
gran maestro de justas y torneos,
que añadir quiere a cien victorias una;
diviértese en hacer caracoleos,
como quien cierto está de su fortuna,
y muestra luego a Serpentín la frente;
embisten ambos denodadamente.
Y do el escudo al yelmo está vecino
le dió el cristiano al moro en la cabeza.
Doblóse tanto cuanto Serpentino,
pero con nuevo aliento se endereza;
el otro al suelo por las ancas vino,
y fué rodando no pequeña pieza;
y *viva el moro* y *Serpentino viva*,
en alta se oye aclamación festiva.
¡Oh cómo Balugante se abandona
al gozo, oyendo el popular saludo
a su hijo amado! Con real corona
llegó un anciano, a escaques el escudo;
Salomón era, el rey de la bretona
gente, y un bayo monta cernejudo.
Serpentino acomete como un rayo,
y van por tierra Salomón y el bayo.
Ricarte luego, haciéndose adelante,
magnífico señor de Normandía,
que lleva, en fondo argén, león rampante,
y cabalga una hermosa yegua pía,
al hijo arremetió de Balugante,
y en el pavés de arábiga ataujía
tal bote recibió, que en raudo vuelo
baja, las plantas levantando al cielo.
Echa Astolfo a su lanza entonces mano
(digo, a la que tomó de junto al pino),
trayendo en escarlata el anglicano
leopardo de oro; mas, ¡duro destino!,
hubo de tropezar el buen roano,
y no pudo evitar el paladino
venir a tierra, con tan mal suceso
que al diestro pie se le disloca un hueso.

1202. En los libros de caballería, [indio] significa azul. (N. de Bello).

Sintieron mucho todos este acaso,
y Serpentino más, según sospecho,
que con fatiga y con peligro escaso
el derribarle daba ya por hecho.
A mal agüero tuvo Astolfo el caso,
y llevar se hace, renqueando, al lecho,
do el hueso le ajustó con mano lista
y con potente ensalmo un algebrista.
Urgel Danés en tanto la visera
para medirse con el moro cala,
llevando su famosa empresa, que era
en campo gules argentada escala;
un basilisco de oro en la cimera
por ojos de diamantes fuego exhala.
El lomo oprime de un frisón que al Elba
afeitó el prado y sacudió la selva.
De las trompetas al sonoro canto
enristran uno y otro los lanzones;
temblar la tierra pareció de espanto
al recio choque de los dos barones;
pero a su bote Urgel dió empuje tanto,
que Serpentino, alzando los talones,
precipitado por las ancas baja,
y el yelmo de oro entre la arena encaja.
Así quedaba Urgel del campo dueño;
mas Balugante de furor se enciende,
y su propio peligro en el empeño
de dar venganza al hijo desatiende;
viene a la liza con airado ceño,
y por la grupa a su pesar desciende;
tras el cual Isolero entra en el coso,
de Ferraguto hermano valeroso.
Llevaba en el pavés dorada barca
que en verdes aguas los costados moja;
disparando el bridón, el fuste abarca,
e impetüoso contra Urgel se arroja;
mas el bravo señor de Dinamarca
a Isoler de la silla desaloja,
que de la noble lanza al golpe esquivo
sin sentido cayó y apenas vivo.

1277. Urgel de Dinamarca o Urgel danés es el mismo que se llama en nuestros romances viejos, Marqués de Mantua. (N. DE BELLO).

Gualter de Mauleón de roja escama
mostraba en campo de oro una serpiente;
y luego que también tuvo por cama
la tierra, "¿Lidiaremos locamente
los de una misma ley?", Urgel exclama:
"Moros, ¿dó estáis, que no os hacéis al frente?
Con vosotros habérmelas espero,
no con ningún cristiano caballero".
El valiente Espinela de Almería,
que una palma llevaba por emblema,
con este mote en español *es mía,*
oyendo a Urgel de cólera se quema,
y corre a castigar su altanería;
pero el bravo Danés con mucha flema
la furia de Espinel sosiega y calma,
a despecho del mote y de la palma.
Entonces Matalista, gran sujeto,
hermano de la hermosa Flordespina,
vengar pretende el temerario reto,
y al Danés, lanza en ristre, se encamina,
diciendo en baja voz a Mahometo
que, si no es un embuste su doctrina,
lo muestre allí, y a sostenerle salga;
pero no hay Mahometo que le valga.
Ni con más dicha el cordobés Garfaño
justó; llevaba en negro blanca torre,
y cabalgaba un pisador castaño,
que ya sin dueño por el campo corre.
Grandonio llega, feo bulto, extraño;
ahora, Urgel, si el cielo no te acorre,
en gran peligro estás, que el mundo entero
animal no crió más bravo y fiero.
Sobre un negro pavés lleva el gigante
esculpido un Mahoma horrendo de oro;
monta un frisón que es casi un elefante
y escarba el suelo y muge como un toro.
Múdase, en verle, a todos el semblante;
todo cristiano teme y todo moro;
el conde Gano entre las filas pasa
diciendo que está malo y se va a casa.
Lo mismo hizo Macario de Lausana,
Falcón y Pinabelo y otros ciento;
el de Altarripa dijo: *Hasta mañana;*
a unos ofende el sol, a otros el viento;

sólo de aquella pérfida y villana
casta quedó Grifón; ora de intento,
ora de empacho; o desacuerdo sea,
o que escurrirse a los demás no vea.
Corriendo en tanto el gigantón disforme
todo el recinto por do pasa atruena,
como un torrente que el invierno forme,
y ya ni tajamar ni dique enfrena;
el gran caballo bajo el peso enorme
se hunde y casi se atasca entre la arena;
quebranta en su carrera los peñascos,
y hace temblar la tierra con los cascos.
Con el Danés cerró el jayán crüel,
y en el escudo le metió el lanzón;
menudas piezas lo hace, y de tropel
a tierra van caballo y campeón.
Acorre el duque Naimo al pobre Urgel,
que apenas puede articular razón;
quedó de la caída asaz maltrecho,
y en todo un mes no estuvo de provecho.
Cual corre ufano el toro por la plaza
después que al lidiador de más denuedo
herido deja, y nadie le embaraza,
y a todos tiene en talanquera el miedo,
tal el gigante bufa y amenaza.
Sale (y fuera mejor estarse quedo)
Turpín el arzobispo, y viene abajo
como un despatarrado renacuajo.
Sale Grifón, el magancés villano,
y avínole en el polvo hundir la cresta.
"¡Flor de la cristiandad!, dice el pagano
con mucha sorna, ¿qué cachaza es ésta?
¿Quién se presenta ahora? Muy temprano,
a lo que veo, os enfadó la fiesta".
Embiste Guido el borgoñón, que trae
en verde un avefénix de oro, y cae.
Y no más venturoso es Angilero,
que lleva en gules tres palomas blancas;
Avino, Abolio, Otón y Bellenguero
se apea uno tras otro por las ancas;
Beltrán, que estatua pareció de acero,
abierto cae de brazos y de zancas;
y Geraldo, aunque gordo, al suelo vino
haciendo con los pies un remolino.

Sobre un tostado palafrén volvía
Astolfo, y, aunque sano de la tumba,
sin armas, no creyendo que este día
mostrarse en ellas otra vez le incumba,
del cortesano y del galante hacía,
con ciertas damas que le daban zumba;
cuando Grandonio de un terrible bote
descabalgaba al asturiano Argote.
Hizo volar de Hugón yelmo y peluca;
que fué cosa de risa y de deporte.
Al viejo Naimo por un tris desnuca;
moteja a Carlomagno y a la corte.
Y Carlos, como nadie le retruca,
no sabe de qué modo se reporte,
y ya apenas su cólera disfraza;
cuando llega Oliveros a la plaza.
Parece que más claro luce el día,
y que la cristiandad su rostro enhiesta.
Rico de galas el marqués venía,
con yelmo de oro y blanca sobrevesta.
Salúdanle las gentes a porfía,
y quién al uno y quién al otro apuesta,
Suena la trompa, y blandeando avanza
el gigante soez su gruesa lanza.
Al duro choque van de tal manera
que no hay lengua mortal que lo relate;
cada cual premedita y delibera
o matar al contrario o que él le mate.
Helos ya en la mitad de la carrera;
toda voz calla, y todo pecho late.
Empínase Oliveros cuanto alcanza,
y al monstruo en el escudo hunde la lanza.
De siete gruesas planchas fué el escudo;
pasólas la lanzada todas siete,
y rota la coraza en el nervudo
pecho del enemigo el hierro mete.
Pero Grandonio en la cabeza un crudo
golpe le da; quebrántale el almete,
y descabalga al campeón de Francia,
haciéndole rodar a gran distancia.
A la vista del yelmo hecho pedazos
pensaron todos que le hubiese muerto;
Carlos corrió, y al desatar los lazos
de la armadura hallóle casi yerto.

Sacaron al marqués del sitio en brazos,
y una semana fué el sanarle incierto,
sintiendo Carlos mucho el accidente,
que a Oliveros amaba tiernamente.
¡Válame Dios, y lo que echó de fieros,
de pullas el jayán y de bravatas!
"¿No queda ya, decía, otro Oliveros
que quiera por el suelo andar a gatas?
¡Oh danzarines, más que caballeros!
Venid por glorias, que os las doy baratas.
¡Oh valiente, oh sin par Tabla Redonda,
cuando no hay nadie aquí que le responda!"
Bufando de vergüenza Carlomano,
"¿Somos o no franceses?, vocifera,
¿ha de llevarse el prez este pagano,
y entre mis Pares hay quien lo tolera?
¿Qué es de ese perillán de Montalbano?
¿Ese babieca de Roldán qué espera?
¿Se premiará con menos que un dogal
plantarme de este modo, a tiempo tal?
"Presto verán si soy un rey de palo,
y si mi autoridad echo en olvido".
Tanto se prolongaba el intervalo,
que Astolfo se creyó comprometido:
"Probemos de Grandonio el varapalo,
y sea lo que Dios fuere servido",
entre sí dice; y como el caso apura,
vístese incontinenti la armadura.
Aunque con pocas esperanzas iba
de salir muy airoso de este lance,
propio creyó de su lealtad nativa
servir a su señor a todo trance.
Está el concurso en grande expectativa;
y al ver de Astolfo el no esperado avance,
con solapada risa en más de un corro
se oye decir: "¡Pardiez! ¡Bravo socorro!"
El noble duque en ademán sumiso
ante el mohino emperador se agacha:
"Dame, le dice, de justar permiso;
quiero el honor francés dejar sin tacha".
Carlos, que en vano disuadirle quiso,
"Ve, dice, ¡por amor de Dios, despacha!"
Y añade a media voz mirando en torno:
"No nos faltaba más que este bochorno".

Reconocido a tan benigna audiencia
corre Astolfo al jayán, y le reprocha
su avilantez y bárbara insolencia,
y con punzantes dichos le agarrocha.
Pero ya es tiempo, si otorgáis licencia,
de dar nuevos colores a la brocha;
cobre alientos la exhausta fantasía,
para reanimar la historia mía.

CANTO III

EL BOSQUE DE LAS ARDEÑAS *

Es el juzgar con tino cosa rara,
y más, de lo distante y de lo oculto;
que si en materia a veces simple y clara,
y que delante vemos y de bulto,
ilusiones que nadie sospechara
sacan de quicio a un pensamiento adulto,
¿qué tiene de difícil o de extraño,
de lejos y entre sombras, el engaño?

Cumple juzgar con reflexión madura
que a nuestra mente limitada alumbre;
y no, tras una débil conjetura,
dejarnos ir, siguiendo una vislumbre;
cosa que en muchas partes la Escritura
condena como pésima costumbre,
porque hace a la jineta andar los cascos,
y da a los hombres infinitos chascos.

Lo cual proviene (como nadie ignora
que haya leído a Condillac y a Locke)
de que el alma, embestida, a cada hora,
de objetos mil, no los ensaya al toque
de una análisis escudriñadora
que todo lo averigüe, observe, toque,
cale, registre, husmee, persiga, atrape,
de manera que nada se le escape.

Inobservado un mínimo accidente,
sucederá que del nivel se aparte
de la razón el hombre que no cuente
con él, o como inútil lo descarte;

* Bello titula también este canto, *La selva de Ardeñas.*

a que se agrega este otro inconveniente,
que si a la observación no ayuda el arte
del raciocinio, todo cuanto apaña
la mente, en vez de aprovechar, le daña.
Al presentarse Astolfo en el palenque,
¿imaginarse puede que resista
aquel garzón pulido, muelle, enclenque,
a un corpulento gigantón? Que embista,
es demasiado ya; que venza, ¿quién que
tenga razón, y sobre todo, vista,
no pensará que en lo imposible toca?
Pues todo el que lo piensa se equivoca.
Fiaos, pues, de autoridad tan vana;
venga contra este ejemplo, y argumente
y filosofe el sabio hasta mañana.
Hay en la vida una fatal pendiente
en que gravita la razón humana
hacia lo insustancial y lo aparente,
y en la ilusión encuentra su elemento.
Ya basta de sermón; vamos al cuento.
Oye el jayán soberbio al arriscado
paladín, y se abrasa en rabia loca,
como quien cree que el ser desvergonzado
es cosa que tan sólo a él le toca.
"Acaba, charlatán", dice enfadado;
a su contrario cada cual se aboca;
Astolfo, que otra lanza no tenía,
blande, ya lo sabéis, la de Argalía.
"Verás cómo te ensarto por la punta,
dice el jayán, menguado lechuguino".
El mismo Astolfo algún desmán barrunta,
y confesara, a lo que yo imagino,
si hacérsele pudiese la pregunta,
que el jayán no iba fuera de camino.
Embiste, empero, denodado, y sólo
a un tiento de la lanza derribólo.
El que viese a una torre apuntalada
con picos y hachas demoler la base,
y hacer que los puntales que apoyada
la tienen, poco a poco el fuego abrase,
y con súbito estruendo desplomada
el campo henchir de escombros la mirase,
figurarse pudiera el repentino
fragor con que Grandonio a tierra vino.

Sonó como un arcón que de armas lleno
desde algún alto mirador cayera.
Mudo ha quedado, y cual de vida ajeno,
el campo todo, cuan extenso era.
Ven rendido en la tierra al sarraceno,
y hubo quien a sus ojos no creyera.
Carlomagno lo mira y lo remira,
y lo tiene por sueño y por mentira.

Como Grandonio, al ser descabalgado,
cayese por la mano de la rienda,
el ancha grieta que en aquel costado
le abrió el marqués, una laguna horrenda
hizo de sangre. Asístele un criado,
y en árabe a Mahoma lo encomienda,
pues tanto era profunda aquella herida
que a poco más costárale la vida.

Campeaba el inglés en muestra ufana,
cuando se ven llegar con regia enseña
dos caballeros de nación pagana.
Feo y de catadura zahareña,
montaba el uno dellos negra alfana,
cuatralba, velocísima, extremeña:
es Felixmarte, rey de los Algarbes,
famoso entre los príncipes alarbes.

El otro infante, a la francesa corte
recién venido, Ormundo se nombraba,
joven de blanca tez y bello porte,
cuya estirpe real señoreaba
de la Tartaria lo que mira al norte,
y la Albarrosia y cuanto el Volga lava.
Nada vale el denuedo, nada el arte:
muerden el polvo Ormundo y Felixmarte.

Pero, mientras la lanza prodigiosa
derriba cuanto encuentra por delante,
y llora Carlomagno y le rebosa
de inesperado júbilo el semblante,
y de tan nueva y tan extraña cosa
estupefacto el vulgo circunstante,
ya enmudecido al noble duque otea,
ya estrepitoso aplaude y victorea;

Al conde Gano el caso notifica
un paje, que partió como un venablo
a darle cuenta. Galalón replica:
"Si borracho no estás, lléveme el diablo"

El paje se le afirma y ratifica,
jurando por San Pedro y por San Pablo
que, con sus propios ojos, de la tela
vió sacar a Grandonio en parihuela.
Tanto que Gano al fin tragó la cosa;
y como se le acuerda que él es Gano,
y materia no cree dificultosa
darle gato por liebre a Carlomano,
resuelve entrar en danza, y a la rosa
o por fas o por nefas echar mano;
cuanto más, que una justa con Astolfo
no era pedir cotufas en el golfo.
Catorce condes Galalón apresta,
y llévalos a todos de reata;
con gran prosopopeya va a la fiesta,
y de lucir la personilla trata.
Llegado a Carlomagno, le protesta
con voz meliflua y cara mojigata
que haber venido a tales horas siente,
mas que en servicio suyo ha estado ausente.
Dudo que Carlos le creyese; empero
atención le prestó benigna y leda.
Gano diputa al duque un mensajero
diciéndole que entre ellos (si no queda
algún otro pagano caballero)
a terminar la justa se proceda;
y que viene tan guapo y tan lucido,
porque hacerle desea honor cumplido.
"Mira, repuso Astolfo (la paciencia
no era su fuerte), le dirás a Gano
que no hallo entre él y un turco diferencia;
que yo siempre le tuve por pagano,
hombre sin ley, sin alma y sin conciencia;
que venga, y llevará una buena mano;
y que con su privanza y su guapura
le estimo en lo que a un saco de basura".
Oyendo el conde Gano tanto ultraje,
apela a su genial filosofía;
finge reír de lo que dice el paje.
"Tiene el inglés gracioso humor, decía,
todo blandura el exterior visaje;
toda el alma rencor y felonía.
Verás, dice entre dientes, casquivano,
si es saco de basura el conde Gano".

Hincando a su bridón el acicate,
dispara contra Astolfo, cual saeta.
"Pagarásmela, dice, botarate".
Pero el buen Galalón no era profeta.
También Astolfo las espuelas bate,
y los ijares al roano aprieta;
y a Galalón tocando con la lanza,
le hace en el barro hundir la oronda panza.
¿Visteis tal vez un figurón de paja,
tirado al cielo, revolver liviano,
y el gesto imperturbable con que baja,
y caído, no mueve pie ni mano?
Pues ninguna o poquísima ventaja
le lleva en el caer al conde Gano.
A levantarle el bando infiel venía,
mientras Macario al duque arremetía.
Éste de Galalón era pariente,
y acompañóle al punto en el desaire.
Pinabel, de la misma infame gente,
alzar también las piernas quiso al aire;
satisfízole Astolfo cortésmente,
y echóle a tierra con gentil donaire;
bien que el traidor, después que estuvo abajo,
no mostró agradecer el agasajo.
Que Astolfo ciertamente el prez alcanza
ya por el campo todo se susurra.
"¿No queda, campeones de Maganza,
dice el inglés, quien a la lid concurra?
Venid, amigos, a probar mi lanza;
venid, que yo os prometo linda zurra".
Esmeril, provocado de este insulto,
sale, y también da en tierra con el bulto.
Pero Falcón, que a todo está presente,
pensó con una treta alzar la baza;
en apartado sitio, conveniente
a poner en efecto lo que traza,
se hizo a la silla atar bonitamente
con gruesas cuerdas, y volvió a la plaza.
Astolfo vino sin sospecha, y trajo
la mejor voluntad de echarle abajo.
Y con la lanza del astil dorado
dióle un golpe tal cual en la cabeza.
Entre *caigo* y *no caigo* el amarrado
campeador se tuerce y se endereza,

tanto que el vulgo malicioso ha dado
en el ardid, y a rebullirse empieza,
y a reír y a gritar: "Dale al perjuro;
dale, que está amarrado, dale duro".
Échanle a voces y silbidos fuera;
de que mostró quedar nada contento.
"Venga, dice el inglés, venga el que quiera
que le sacuda el polvo, y al momento
le serviré de la mejor manera;
si no basta una cuerda, traiga ciento;
y átese bien, que con menor fatiga
a un bribón de ese modo se castiga".
Anselmo de Altarripa, confidente,
primo de Galalón, y paniaguado,
con Ganil de Valclosa, otro valiente
de la misma ralea, ha concertado
que a embestir vaya al duque frente a frente,
y él le acometerá del otro lado.
"Por detrás, dice, yo, tú por delante,
le hemos de hacer que en otro tono cante".
En tanto, pues, que el paladín lozano
endereza a Ganil su lanza hermosa,
le viene Anselmo por detrás *pian piano;*
y cuando Astolfo, hiriendo al de Valclosa,
ir se dejaba el cuerpo tras la mano,
hácele el de Altarripa la forzosa,
dándole en la cerviz con gracia tanta,
que en el suelo de bruces me le planta.
Piense el que tenga hiel y entendimiento
si los brazos Astolfo pondrá en jarras.
Cual jabalí, cual toro truculento,
cual preso tigre, que saltó las barras,
de un alevoso tiro al sentimiento,
se enfurece, y con dientes, cuernos, garras,
con lo que puede a su ofensor se arroja,
y ni aun verle morir le desenoja;
Tal o mayor la cólera semeja
de Astolfo, acuchillando a la pandilla.
Vió a Grifón (de quien dicho ya se deja
que le sacó Grandonio de la silla),
y dióle de revés en una oreja
tan a sabor, que a grande maravilla
se tuvo no le hubiese el casco hendido;
pero cayó el pobrete sin sentido.

Allí es la gresca, allí la barahunda,
allí el gritar los condes, *mata, mata.*
Parece que la plaza toda se hunda;
de asesinar al pobre inglés se trata.
Métese Carlomagno entre la tunda,
(que por cierto fué acción poco sensata;
el ser emperador le vino a cuento);
y haciendo relumbrar su espada al viento,
"Aparta, Astolfo, grita, aparta, Gano;
¿de ese modo mi corte se respeta?
¿no veis que está delante Carlomano?
¿o me tenéis quizá por un trompeta?"
En esto el buen Grifón, que con la mano
la oreja cercenada se sujeta,
se echa a los pies de Carlos, y afligido
dice que Astolfo a sinrazón le ha herido.
Pero Astolfo, que un áspid está hecho,
sin que el respeto a Carlos fuese parte
a contenerle, clama: "Hoy a despecho
del mundo, vil Grifón, he de matarte.
El corazón te he de sacar del pecho;
y aún no es, cual tú mereces, castigarte".
Grifón le dice: "En poco te estimara,
si lejos de este sitio te encontrara;
"Mas callo, porque el amo está delante;
no por ti, que sabemos bien lo que eres".
"¡Desvergonzado malandrín! ¡bergante!
repuso Astolfo, ¡voto a Dios que hoy mueres!"
Carlomagno, inmutado en el semblante,
"¿Donde yo estoy, le dice, tal profieres?
Si urbanidad no sabes, ¡vive el cielo!
la aprendas a tu costa, bellacuelo".
Pero Astolfo no ve, no oye, no siente;
antes se arroja con violencia extrema
a cuanto magancés está presente,
cada vez más frenético en su tema.
En esto asoma Anselmo, aquel valiente
que fraguó la villana estratagema.
Astolfo, al verle, brinca, cual manchada
onza, y tírale al pecho una estocada.
Y le horadara como blanda pulpa,
si a punto el rey del brazo no le asiera.
Todos ahora al duque echan la culpa;
Carlomagno mandó que preso fuera.

Llevado es el mezquino a do le esculpa
un cincel doloroso en la mollera;
que es propio fuero de Fortuna aleve
que uno merezca el prez y otro lo lleve.
Aquella rosa de valor divino
que con tanto peligro fué buscada,
por quien tanto barón a tierra vino,
y tanta noble lanza fué quebrada,
no a Ricarte se dió, no a Serpentino,
no a Urgel fué, no a Oliveros otorgada,
ni a tantos otros de gallarda prueba;
y Anselmo de Altarripa se la lleva;
¡Aquel traidor Anselmo de Altarripa,
de magancesa estirpe, atroz, villana!
¡Oh ilusión que tan tarde se disipa,
loor, aplauso, admiración humana!
¡Cuán necio aquel que por ganaros hipa!
Y si os alcanza al fin, ¡cuán poco gana!
Dígalo el noble paladín que ahora
en una torre aprisionado llora.
Mas consolarse pudo bien, pensando
cuánto más grave pena ha dado el cielo
a Ferraguto, a Montalbán y Orlando,
que atormentados de febril anhelo
errantes por el mundo van, tirando
amor a todos tres de un mismo anzuelo.
A las Ardeñas cada cual dirige
su curso; mas diversa senda elige.
Primero el paladín Reinaldos llega,
y por el verde yermo se aventura.
Atravesando una escondida vega
por una selva entró de gran frescura,
poblada de altos árboles, que riega,
serpeando entre guijas, onda pura,
que al fin en un estanque duerme mansa,
y fatigada de correr, descansa.
Era el brocal de cándido y pulido
mármol, labrado de sutil relieve,
do el cincel los amores ha esculpido
de Iseo y de Tristán en punto breve.
Y bajo signo tal fué construído,
que si un amante de sus aguas bebe,

1790. En otras ediciones:
serpenteando entre guijas, onda pura,

lo que ama olvida; dije mal, con presta
mudanza lo aborrece y lo detesta.
Merlín se dice haberlo fabricado,
porque Tristán, que de la bella Iseo
andaba locamente enamorado,
bebiendo allí, su abrasador deseo
trocase en aversión. ¡Vano cuidado!
Por más que en vagoroso devaneo
tanta parte del mundo visitara,
no quiso Amor que por allí pasara.
Reinaldo hacia el estanque el paso mueve,
casi rendido a la calor ingrata,
desmonta; y viendo aquel licor aleve,
puro a la vista como tersa plata,
abrasado de sed se inclina y bebe,
y la sed y el amor a un tiempo mata;
a la inquietud, al ansia furibunda,
fría calma sucede y paz profunda.
El mirar que en el alma trajo impreso
se le borró; la célica hermosura
que en cien lazadas le ha tenido preso,
mentirosa ilusión se le figura;
y empieza a discurrir con grave seso
en la majadería y la locura
de andar un hombre así de ceca en meca
tras una mujercilla, hecho un babieca.
Aquel bello semblante ya no es bello:
la boca era un coral, ya es otra cosa;
ya no hay oro de Ofir en el cabello,
ni en las mejillas azucena y rosa;
Reinaldos finalmente cayó en ello;
encuentra ser la que adoraba diosa
una mujer no más. ¡Tirana suerte!
A la que idolatraba odia de muerte.
En conclusión, Reinaldos resolvía
dar a París la vuelta en derechura;
y en esto vió otra fuente que corría
con apacibles ondas, tersa y pura.
Cuantas abril pintadas flores cría,
esmaltan de su margen la verdura:
un olmo erguido, un arrayán, un boldo
a jazmines y lirios hacen toldo.
Esta fuente Merlín de otra manera
encantó: el que en su linfa el labio pone,

a la persona que ha de ver primera
de opuesto sexo, es fuerza se aficione,
y dulcemente esclavizado, entera
la voluntad le rinda y le abandone.
Reinaldos no hace caso de esta fuente,
que ya en otra templó la sed ardiente.
Mas del silencio y del frescor sabroso
de aquella verde selva convidado,
a Bayardo dejando el oloroso
trébol pacer de un solitario prado,
a gozar un momento de reposo
reclínase; y apenas ha cerrado
los ojos, la Fortuna (que se niega
al que la busca, y si la esquivan, ruega),
Lo que Reinaldos ya no le pedía,
ahora por lo mismo le depara;
aquella por quien antes se moría,
aquella, que tan ciego le arrastrara,
hacia el paraje en que el barón dormía
viene derecha, y junto al agua para
que amor infunde, y junto al joven bravo.
Al asno muerto la cebada al rabo.
La dama arrienda al olmo su rocino,
y aplícase a los labios una caña,
con que el licor sorbiendo cristalino
que los sentidos dulcemente engaña,
muy otra se sintió de lo que vino,
merced al gran profeta de Bretaña;
y, visto el adormido caballero,
harto más calorosa que primero.
Al verle reposar tan blandamente
sobre la fresca florecida cama,
parécele sentir un clavo ardiente
que el pecho enciende en repentina llama.
Aquel rostro dormido, aquella frente
bella y serena, un no sé qué derrama
que suspensa la tiene y embebida
con todos los sentidos, alma y vida.
Tal en la selva un can de buena raza,
que en seguimiento va de liebre o ave
(y es de las cosas que Natura traza
cuya causa no pienso que se sabe),

1870. Merlín el encantador. (N. de Bello).

si de pronto la ve, no le da caza,
mas, cual si allí la vida se le acabe,
queda improvisamente mudo y quieto,
fijos los ojos en aquel objeto.
Con rostro está, de un ansia intensa lleno,
ante el barón la bella peregrina;
luego a coger por el distrito ameno
flores que echarle, acá y allá se inclina;
ora en puntillas, palpitando el seno,
suspenso el respirar, se le avecina;
ora hacia atrás cobarde el paso mueve;
quisiera despertarle, y no se atreve.
Después que un hora larga ha reposado
el joven paladín en la floresta,
recuerda; ve la damisela al lado,
y extrañamente el verla le molesta.
Ella le saludó con mucho agrado,
y él no sólo al saludo no contesta,
mas, como si un vestiglo allí mirase,
apresuradamente monta y vase.
Como era natural con tanta priesa,
tomó de todos el peor sendero.
Seguíale de lejos la princesa
diciendo: "Para, para, caballero;
escúchame un instante". Mas no cesa
Reinaldos de romper con su ligero
Bayardo por el bosque, y así para,
como si el diablo mismo le llamara;
Mientras siguiendo esotra al que lejano
casi se pierde en el ramaje umbrío,
clamaba: "¿Por qué huyes, inhumano?
¿Qué causa he dado a tan crüel desvío?
¿Qué significa ese desdén tirano?
Amor a ti me arrastra, dueño mío;
y si te sigo ahora, y si te llamo,
porque te adoro es, y porque te amo.
"Te sigo amante, y tú de mí te alejas,
y aun el darme un adiós te es cosa dura.
¿Te importuna el acento de las quejas?
¿Te es ofensa una cándida ternura?
Vuelve, y mira a lo menos lo que dejas;
que no es, no, tan horrible mi figura;
ni suele ser mi edad menospreciada,
sino con rendimientos halagada.

"¡Ah! no vayas (que el verlo me da espanto),
no vayas por tan áspero sendero,
que si el hüir de mí te obliga a tanto,
dar otro paso en pos de ti no quiero.
¡Desgraciada! mis voces y mi llanto
¿a quién derramo así? ¿qué más espero?
Huyó; se lleva el viento mis querellas;
y van mi vida y mi esperanza en ellas".
Así sembraba mísero lamento,
que se repite en eco dolorido,
y hasta las fieras mueve a sentimiento,
mas no aquel corazón empedernido.
Confuso más y más cada momento
se oye en el bosque el cuádruple sonido,
y cuando al cabo en la distancia expira,
con doble pena Angélica suspira.
"¿Conque el afecto, exclama, cariñoso
que en París me mostraste, era falsía?
¿Pude pensar que en cuerpo tan hermoso
un corazón desamorado había?
¿Qué pecho hay tan arisco que piadoso
no fuese a una pasión como la mía?
¿O cuál se vió tan intratable fiera
a quien más el halago embraveciera?
"¿Qué te costaba concederme, ingrato,
una palabra sola, e irte luego?
Que el placer de tu vista, un breve rato
templado hubiera este importuno fuego.
Mas ¡ay! quedó en mi pecho tu retrato,
enemigo mortal de mi sosiego;
cebo de una pasión que nada calma,
porque borrarla es imposible a el alma".
Diciendo así, los bellos miembros echa
sobre la verde yerba; ayes arroja;
suspira, y suspirar no le aprovecha,
el impío dolor ni un punto afloja.
Ahora calla, ahora se despecha,
y de copioso llanto el suelo moja.
Mas a la grave cuita que padece
se siente al fin rendida, y se adormece.
Descanse enhorabuena el angelito.
¿No será bien os hable de Gradaso,
que acaudillando ejército infinito
las regiones devasta del Ocaso?

Dejarémosle estar otro poquito,
que ya se nos vendrá más que de paso.
A Ferraguto es menester se vuelva,
que viene echando chispas por la selva.
Está el moro de cólera, que brama,
y enamorado está, que se derrite;
ira le enciende, y sopla amor la llama;
y por el mundo no dará un ardite,
si no acierta a topar la esquiva dama,
que jugar le parece al escondite,
o no topa a lo menos al hermano
para enseñarle a ser más cortesano.
Pues como en la espesura entrar le place
y por lo más tupido da una vuelta,
ve que a la sombra un caballero yace;
es Argalía, y duerme a pierna suelta.
Al ver que atado su caballo pace,
desmonta, arrienda el suyo, al otro suelta,
y con un palo dándole en las ancas
le hace volar por riscos y barrancas.
Ansioso de volver a la pelea,
a despertar al joven se encamina;
mas parecióle acción grosera y fea;
aguardar que él despierte determina;
mira abajo y arriba, se pasea;
ora se sienta y ora se reclina;
al diablo daba aquel dormir tan largo,
que a su justa venganza pone embargo.
Recordando por fin el caballero,
halla que Rabicán tomó el portante,
y andar le es fuerza a pie, como un palmero;
con que se puso de asaz mal talante.
"Aquí estoy yo, le dice el altanero
Ferraguto parándose delante;
hoy uno de nosotros aquí muere;
mi caballo será del que venciere.
"Yo el tuyo, si lo ignoras, he soltado
por impedirte que a la fuga apeles.
Anduviste conmigo malcriado;
mas otra no me harás de las que sueles;
ahora que la tierra te he cerrado,
es menester que por el aire vueles.
¡Ánimo, pues! resiste al brazo mío;
que está en el pecho, no en la espalda, el brío".

En voz alta el mancebo y faz serena
responde: "Es por demás que te conteste
si aquélla fué crianza mala o buena,
porque no es tiempo de argumentos éste.
Sólo diré que tú, ni una docena
de Ferragutos, ni una entera hueste,
hüir me hiciera, y que si pude hacello,
fué por tener mi hermana gusto en ello.
"Y el que con lengua diga zafia y tosca
que temí, mentirá por el gargüero".
A Ferraguto le picó la mosca;
como pintada sierpe que a un ligero
tiento de incauto pie se desenrosca
y acomete, silbando, al pasajero,
así furioso el español se lanza
al Argalí, sediento de venganza.
Ni el otro en el furor le cede nada.
Trábase pavorosa batahola,
y del estruendo horrísono asustada,
se estremece la selva opaca y sola.
Sabiendo el Argalía que a su espada
es Ferraguto invulnerable, alzóla;
ya que sacarle sangre es vano intento,
privarle imaginó de sentimiento.
Sobre el testuz le esgrime un altibajo;
mas entendióle Ferragú la traza;
súbito se le cuela por debajo,
y entre sus brazos al contrario enlaza.
Tiene Argalí para el marcial trabajo
más firme el pulso, y con más fuerza abraza;
pero destreza tuvo el moro mucha,
y un tanto más experto fué a la lucha.
No es mucho, pues, que al del Catay postrara;
bien que bregando el vigoroso infante
encima se le monta, y en la cara
golpes le da con el ferrado guante.
Mas otra ofensa Ferragú prepara;
empuñando la daga rutilante,
por un oculto ojal del coselete
hasta los gavilanes se la mete.
Brota de rojo humor copiosa fuente,
y la forma gentil se desmadeja,
como lacia se dobla tristemente
una flor que al pasar tronchó la reja.

Con apagada voz y balbuciente,
como a quien ya mortal angustia aqueja,
"Un solo don, decía, pues que muero,
te pido me concedas, caballero.
"Ruégote por tu mérito excelente
y a fuero de leal caballería,
que a un hondo río arrojes juntamente
este mi cuerpo y la armadura mía;
no sea que al mirarla alguno afrente
mi nombre y fama, y diga acaso un día:
Ruin caballero es fuerza que haya sido
el que con estas armas fué vencido".
El yelmo Ferragú le suelta y quita,
tornada en compasión la furia brava,
y ve en los ojos y en la tez marchita
que el aliento de vida se le acaba.
Vanamente la sangre solicita
restañar, que las ricas armas lava;
en sus brazos apoya al infelice,
ya cercano a expirar, y así le dice:
"¡Desventurado joven y dichoso
en tan temprana y tan honrosa muerte!
La alegre vida en el albor hermoso
de juventud te arrebató la Suerte.
Pero renombre dejarás famoso
de cortés caballero, osado y fuerte.
¡Ay! a quien da Fortuna edad más larga,
suele enojosa hacérsela y amarga.
"Y pues ya estás en sosegado abrigo,
y miras la tormenta desde el puerto,
generoso perdona, si contigo
loco de amor, he peleado a tuerto.
Al grande Alá poniendo por testigo,
del triste don que pides te hago cierto;
tu yelmo, si te place, solamente
reservaré, para cubrir mi frente.
"Préstame el uso de esta sola pieza,
mientras que de otra a proveerme llego".
Inclinóse la pálida cabeza,
como dando a entender que accede al ruego.
Oculto el español en la maleza
se estuvo hasta expirar el mozo, y luego
lo prometido a ejecutar se apronta,
y en su corcel con el cadáver monta.

Habiéndose a la frente acomodado,
separada la espléndida cimera,
aquel yelmo fatal, que destinado
a un porvenir más venturoso fuera,
lleva con lentos pasos el helado
cuerpo de un ancho río a la ribera,
y do más honda y rauda es la corriente,
suelta la infausta carga blandamente.
Un rato el agua se quedó mirando,
y luego por la selva solitaria
pensativo se fué, mientras Orlando
cruzaba el yermo en dirección contraria.
En busca de la dama jadeando
llegaba el conde, y plugo a la voltaria
Fortuna, o fuese el diablo, que la viera;
para hacerle tal vez la burla entera.
Profundamente Angélica dormía,
jugando el viento en el brïal de seda;
rosas el campo alrededor abría,
y susurraba amores la arboleda.
Al verla Orlando, ¿qué pensáis que haría?
Embebecido, estupefacto queda,
la boca abierta, la mirada fatua;
más que hombre vivo, inanimada estatua.
Tal el que inspira el hálito que el cielo
por arma, infecta boa, darte quiso,
torpe la vista y turbio el cerebelo,
enajenado queda de improviso.
"¿Qué es esto?, dice el conde medio lelo,
¿es la vida mortal? ¿o el paraíso?
¿es de mi caro dueño aérea copia
con que me engaña Amor? ¿o es ella propia?"
Pasándosela en estas y otras flores,
se echa a tierra a mirarla el necio amante.
En batallas más ducho que en amores,
ignoraba, bisoño cortejante,
ser doctrina común de los doctores
que el que ve la ocasión y en el instante
no la agarró de la fugaz guedeja,
se tira luego de una y otra oreja.
Ferraguto, que viene cabalgando
por aquella mismísima ladera,

2141. La edición de 1862 dice:
ser opinión común de los doctores

mira, mas no conoce al conde Orlando,
que sin divisa estaba y con visera.
Maravillóse; mayormente cuando
reparó en la dormida compañera;
quién ella sea un breve instante duda;
luego horrorosamente se demuda.
Pensando que a guardarla atendería
aquel desconocido, en altaneras
y descompuestas voces prorrumpía,
y dícele de buenas a primeras:
"Esa dama no es tuya, sino mía,
y serte ha sano que dejarla quieras;
donde no, vida y dama todo junto
has de dejar en este mismo punto".
Hacia el recién venido alzó la testa
Orlando, y le responde algo mohino:
"Tengamos, camarada, en paz la fiesta;
ve, por amor de Dios, ve tu camino.
¿De dónde sabes tú qué dama es ésta?
Naturalmente yo a la paz me inclino;
pero, si he de decirte lo que siento,
no me pareces hombre de talento".
El español, que luego se mosquea,
"¡Hola!, le respondió, ¿conque al acero
quieres que apele? Bien que no se vea
señal en ti de noble caballero,
de igual a igual la competencia sea;
fácilmente, ladrón, probarte espero
que es el contradecirme empeño vano".
Y esto dicho, a la espada puso mano.
Salta con vista entonces fulminante
el conde, que un volcán de furias era.
"Yo soy Roldán", poniéndose delante
dice, y alzando a un tiempo la visera.
Hácele extraños visos el semblante;
catadura jamás se vió tan fiera.
Ferraguto quedó medio aturdido;
pero tomó al instante su partido.
Con acento responde resoluto:
"No piense hombre mortal que me intimida;
si Roldán eres tú, yo Ferraguto;
a espada al punto el pleito se decida".
Monta Roldán en su alentado bruto,
y se juega en efecto la partida

de igual a igual, pues tienen al acero
ambos a dos impenetrable el cuero.
Al espantoso estrépito despierta
la dama, y viendo, como claro vía,
que era por causa suya la reyerta,
y que las costas ella pagaría,
huye despavorida y medio muerta,
por do sus pasos la Fortuna guía.
Y no hubo andado bien medio minuto,
notan su fuga Orlando y Ferraguto.
"Distante va, no hay hoja que rebulla
(el conde dijo, echando atrás la espada).
En vano el uno al otro se magulla,
cuando el vencer no ha de valernos nada;
que en dejar que nos plante y se escabulla
perdemos uno y otro la parada.
Si una amorosa súplica te obliga,
permíteme, te ruego, que la siga".
Con risa amarga y mal disimulado
enojo dice el español adusto:
"Ciertamente que es raro el desenfado
con que de mí dispones a tu gusto.
Hubiérasme a lo menos convidado
a seguir la batida; pero ¿es justo
que uno deje la res y otro la corra?
Pelea, conde, y súplicas ahorra.
"De paces ni de treguas no se trate,
que si eres duro tú, yo no soy blando".
"Pardiez que es un solemne disparate
argumentar contigo", exclama Orlando.
Con doble furia trábase el combate,
y finalizará Dios sabe cuándo.
Mas al canto siguiente se difiera,
que nuevo asunto y grande nos espera.

CANTO IV

GRADASO

¿Diremos que es amor hado preciso,
dura necesidad, y que si ataca
de recio a un corazón, humano aviso
de donde se atrinchera no le saca?

¿O mirando las cosas a otro viso,
decidiremos que su ardor aplaca
próvida reflexión, juicio discreto,
y que al arbitrio humano está sujeto?
El que dos toros ve, por la vacada,
darse de cuernos y escarbar la tierra,
o a espuela y pico en un corral trabada
entre dos gallos implacable guerra,
no cree que pueda equipararse nada
a ese instinto de amor que el pecho encierra,
centella etérea, elemental, prendida
en las fibras más hondas de la vida.
Mas si del amoroso paroxismo
suele calmar la fiebre, ya la opiata
de la seguridad, ya el sinapismo
de una correspondencia infiel o ingrata;
si amor violento se consume él mismo,
tibio, un soplo levísimo le mata;
si a larga ausencia, como Ovidio escribe,
o rara vez o nunca sobrevive;
Si modera sus ímpetus la Ética,
si tirita sin Ceres y sin Baco,
si aquella dura disciplina ascética
que hace a el alma robusta, al cuerpo flaco,
le cierra el corazón con tapa hermética;
muy más que poderoso eres bellaco,
¡oh ciego dios! ni hay hombre que no acierte,
queriéndolo de veras, a vencerte.
Pero según la idiosincrasia varia
quiere esta enfermedad vario el remedio.
¿Tiene el paciente condición voltaria?
Récipe: un mes o dos de tierra en medio.
A un manso afecto una pasión contraria
hace que una alma altiva cobre tedio.
¿El clarín de la fama la desvela?
Es niño amor, y amedrentado vuela.
Santíguase Harpagón, cuando le guiña
una moza agraciada, pizpireta;
no que le desagrade, no, la niña;
sino que más un patacón le peta.
¿Pídenle para un chal o una basquiña?
Se siente vocación de anacoreta:
"¡Fuera!, dice, amoroso garabato;
me atengo a no pecar, que es más barato".

Mas hay amor que prende en alma dura,
y entre contrariedades crece y medra;
hay amor que ningún remedio cura,
y ni el peligro ni la muerte arredra.
Contra el roble que andamios de verdura
levanta, y la raíz en honda piedra
de un risco alpino esconde, brega en vano
proceloso aquilón que barre el llano.
Mas ¿a qué repetir lo que ya han dicho
tantos en dulce rima y docta prosa?
Quédate, Amor, en tu sagrado nicho,
y guárdate tu ciencia misteriosa.
Eres, en conclusión, un duende, un bicho,
un enigma, una cierta cosicosa
que se viene y se va cuando le peta,
y trabuca a los hombres la chaveta.
He aquí dos que se tiran al codillo
(dije mal), que se tiran al degüello;
y en la parada no les va un cuartillo,
porque la dama que es la causa dello
huye, y de más a más lleva el anillo
puesto en la boca, y sin volver el cuello,
veloz se pierde en la montaña oscura,
que aun invisible, no se cree segura.
Artes y fuerza apura en su adversario
cada cual, ya repare, ya acometa;
tíranse golpes con suceso vario;
y todo sigue en igualdad completa.
Iba a durar la fiesta un octavario;
mas heos aquí que en traje de estafeta,
montada en palafrén de blanco pelo,
llega una dama, echado al rostro un velo.
Suspensa de las armas la porfía,
descúbrese la bella viajadora,
que afligida se muestra en demasía,
y con las tiernas lágrimas que llora
temprana flor parece que rocía
el aljófar primero de la aurora.
Mirando al conde, le saluda, y ruega
que no pase adelante la refriega.
"Aunque, mujer desconocida, creo
que mi demanda estimes necia y ruda
(díjole así), lo que en tus obras veo,
de que la otorgues no me deja duda.

Vengo, señor, de allende el Pirineo
en estos tristes paños de viuda
buscando a este infelice caballero,
y que le dejes ir deberte espero".
"Contento soy (dió el conde por respuesta,
que era la flor de toda cortesía),
y aun mi persona está a serviros presta,
si fuere menester más compañía".
"Gracias te doy, le respondió modesta;
honor insigne a la verdad sería;
pero mi primo solo me acompañe,
que a tu valor más alto empleo atañe".
Y vuelta a Ferraguto, "¿Has conocido,
dice, a la sin ventura Flordespina?
Pasas el tiempo en justas divertido,
¡mísero! y ni aun sospechas la rüina
de que a darte las nuevas he venido.
Arde toda la España en repentina
guerra; tu padre está cautivo, ¡ay triste!,
y el enemigo a Barcelona embiste.
"Acaba de llegar un rey Gradaso
que le llaman señor de Sericana;
y avasallada el Asia, hoy el Ocaso
sujetar quiere a su soberbia insana.
De reyes ni de pueblos hace caso;
común azote de la especie humana,
cristiano y musulmán, francés y godo,
al bárbaro invasor le es uno todo.
"Consigo arrastra un turbïón espeso
de naciones feroces y malvadas;
Marsilio está para perder el seso;
el pobre rey se da de bofetadas.
Y viendo a Falserón, tu padre, preso,
únicamente tiene en ti fundadas
sus esperanzas. Ven; postrada invoca
tu brazo España; a ti el salvarla toca".
Absorto, calla el moro, masticando
la relación de la afligida prima,
y unos pocos momentos vacilando
estuvo; al fin su decisión intima;
"A Dios te queda, dice, conde Orlando;
otra vez, si te place, se dirima
la interrumpida competencia nuestra;
eres valiente, y dello has dado muestra".

Para dejar que Ferragú se ausente
el conde intercesión no necesita;
antes a la Fortuna interiormente
las gracias da, que estorbo tal le quita.
Cambia Orlando la guerra antecedente
por la que dentro el pecho amor excita,
y tras la fugitiva mueve el paso,
mientras va el moro en busca de Gradaso.
Convoca en tanto Carlos a gran prisa
su regia corte, y sobre el mal que aflige
al Occidente, en puridad se avisa,
y a este modo discurre: "Lo que exige
de Nos la tempestad que se divisa
en la vecina España, se colige
de aquestas dos razones: la primera,
que el rey Marsilio es deudo nuestro, y fuera
"Mancilla que el honor real no admite,
en tamaño peligro abandonalle;
y la segunda, que si Dios permite
que a España ese rey bárbaro avasalle,
sin aguardar licencia ni convite
sobre la Francia se vendrá, y ahorralle
el viaje es convenible y cumplidero;
ca da dos veces el que da primero.
"Y pues la fe y honor os es patente
del ilustre barón de Montalbano,
nombrarle hemos juzgado conveniente
capitán del ejército cristiano".
Habiendo dicho así, solemnemente
el militar bastón le puso en mano.
Arrodillado el paladín lo aceta,
y una oración pronuncia asaz discreta.
"Seguirán, dice Carlos, tu estandarte
hombres cincuenta mil, gente de brío;
y para más cumplidamente honrarte,
y demostrar lo que en tu espada fío,
quiero también gobernador nombrarte
del Lenguadoc y cuanto baña el río
Garona; obedeciéndote Burdeos,
Rosellón y los montes Pirineos.
"Mira, añadió abrazándole, hijo caro,
mira que te encomiendo mi corona".
Contéstale Reinaldos: "El amparo
de los cielos me falte, si ambiciona

premio mi pecho, más ilustre y claro,
que el consagrar mi espada y mi persona
a tu gloria, y que ceda, mientras vivo,
en honor tuyo el que de ti recibo".
Dice, y los pies le besa, y se despide,
y la corte le da la enhorabuena.
Él lo cortés con lo valiente mide,
y a todos honra y de favores llena.
Con la celeridad que el caso pide
lo necesario a la partida ordena,
e incontinenti pónese en camino,
de Ivón acompañado y de Angelino.
Todo el que sabe de armas y de guerra,
luego que esta partida se pregona,
deja por ir tras él su casa y tierra,
como a quien tanto su gran nombre abona.
Pasado han ya lo estrecho de la sierra,
y en poco tiempo llegan a Gerona,
adonde el viejo rey se ha retirado,
dando a Grandonio el cargo del Estado;
Que teniendo cercada en crudo asedio
a Barcelona la enemiga hueste,
de salud le parece único medio
en el estado de las cosas este;
mas crece el mal, y no se ve remedio
que en situación tan apurada preste;
casi se trata de acordar la entrega,
cuando con Ferragú Reinaldos llega.
Como en la tempestad al marinero
que ya la tabla náufraga apercibe,
cuando más brama el piélago altanero,
mudado el viento, el ánimo revive;
cual lámpara que al dar el postrimero
destello, nuevo pábulo recibe,
tal de Marsilio entonces la abatida
moribunda esperanza torna a vida.
Llegan al mismo tiempo Balugante,
Isolero, Espinela, Matalista,
Serpentino, y el bravo rey Morgante,
a repeler la bárbara conquista.
El califa de España, el Almirante,
y Falserón, con otra larga lista
de nombres que por no cansar no escribo,
cuál era ya difunto, y cuál cautivo.

Porque Gradaso, aquel desaforado
rey de la populosa Sericana,
habiendo las dos Indias subyugado
y aquella ínsula grande Trapobana,
los persas y los árabes domado,
y de los negros la región lejana,
y la mitad del mundo, finalmente
desembarcó en España con su gente.
Multitud de naciones conquistadas
le siguen, belicosas y salvajes,
blancas, rojas, morenas, y tiznadas,
de varios climas, lenguas, armas, trajes.
Príncipes sólo y testas coronadas
le sirven de escuderos y de pajes;
valeroso, incapaz de felonía,
pero altivo, arrogante en demasía.
Cubre a la infausta España la avenida
de tanta horda terrífica, sañuda.
Marsilio, que la cree casi perdida,
no sabe a qué lugar primero acuda;
y Barcelona misma es reducida
a tal extremo, que aun Grandonio duda;
pues día y noche el sitiador la estrecha,
y se halla a punto de batirla en brecha.
Abraza, haciendo extremos de locura,
a Ferraguto el viejo rey Marsilio.
"Aunque imploraba ya la sepultura,
dice, con el vivir me reconcilio;
que tengo la victoria por segura
con tu asistencia y el cristiano auxilio".
Ferraguto le da respuesta breve:
que hará lo que acostumbra y lo que debe.
Mientras de la defensa agota el arte
Grandonio, con la Cruz la Media-luna
forman bizarro ejército, que parte
a probar en el campo la fortuna.
En brigadas la gente se reparte;
señálase caudillo a cada una;
y rige Serpentino la primera,
que combatientes veinte mil numera.
Cincuenta mil conduce a la pelea
Reinaldos; no le falta un solo infante;
Matalista a su vez capitanea
quince mil; va a su lado el rey Morgante;

luego otros tantos de hosca raza y fea
gobiernan Isolero y Balugante;
y sigue a todos la aguerrida banda
de treinta mil que Ferraguto manda.
Dirige el rey Marsilio la postrera
de treinta y cinco mil bravos peones.
La fuerza tal, y tal el orden era
de las seis coligadas divisiones.
El sol en los arneses reverbera;
de polvareda espesos nubarrones
álzanse, y en el polvo y los reflejos
los conoció Gradaso desde lejos.
Llamando a cuatro reyes de corona
Brutarroca, Grancoda, Urnaso y Berra,
"¡Hola!, dice, batidme a Barcelona:
cuidado que hoy sin falta venga a tierra;
no hay que dejarme a vida una persona;
solamente a Grandonio en esta guerra
vivo me cogeréis; metedle en hierros,
que a lidiar quiero echarle con mis perros".
Cada cual de estos reyes conducía
de los campos del Indo y los del Ganges
guerrera innumerable infantería,
de arcos armada, de hondas y de alfanjes;
y cubren, en lugar de artillería,
uno y otro costado a las falanges
doscientos elefantes nada menos,
que altos castillos cargan, de indios llenos.
Cual ondas forma con el raudo viento
la grama de una vasta pradería,
comienza a rebullir el campamento,
y con el polvo se oscurece el día.
El Sericano dice: "En el momento
quiero que venga a la presencia mía
ese gigante rey de Trapobana
que monta una jirafa por alfana".
No se vió rostro de tan fiera guisa
como el de este jayán nombrado Alfrera.
"¡Hola!, dice Gradaso, date prisa;
ve, feo monstruo, hacia la azul bandera
que tiene estrella de oro por divisa;
sabes, si no la traes, lo que te espera".
Y encarado a otro rey que cerca estaba
y Faraldo de Arabia se llamaba,

"Hazme al barón de Montalbán cautivo,
dice, y el estandarte galicano,
y en él haz modo de envolverle vivo,
y de traerme su corcel a mano;
no dejes que Bayardo fugitivo
se te escabulla, malandrín villano;
pues sabes que salí de Sericana
por ganar a Bayardo y Durindana".
Luego a Framarte, rey de Persia, ordena
que a Matalista prenda y a Morgante.
Al rey de Nubia, Orgón, que tiene llena
de verrugas la cara y es gigante,
"Ensartarásme en una gran cadena
con Isolero, dice, a Balugante".
Al cual Orgón la carne recia y dura
servía de vestido y de armadura.
Al gigante Balerza luego manda
(que tiene el morro tres pulgadas grueso
y monta un elefante) ir en demanda
de Ferraguto, y que le traiga preso.
El pueblo Sericán sin armas anda,
como en expectativa del suceso;
que sólo con su rey al campo sale,
y cuando el riesgo o la ocasión lo vale.
La franca en tanto y la española gente
provoca al enemigo a la batalla,
y marcha, a sus caudillos obediente,
en orden tal, que es un placer miralla.
El campo, de la aurora al occidente,
cuajado está de espesa gentüalla
hasta la mar, y apenas uno sabe
dónde la que después va entrando cabe.
Uno y otro enemigo es sarracino,
menos el buen señor de Montalbano,
y ya está el uno al otro tan vecino,
que se pueden herir tirando a mano.
Llega con Espinela Serpentino,
y embiste al populacho Trapobano;
por ambas partes pavorosa, horrenda
alharaca preludia a la contienda.
El discorde sonar de tamborones,
de trompa, de añafil y chirimía,
hace una confusión de confusiones
que cosa del infierno se diría.

Serpentino, apretando los talones,
al rey de Trapobana acometía;
aquel de quien se ha dicho y se repite
que en lo disforme parangón no admite.
Blandiendo va el gigante gruesa viga
que mástil pudo ser de una fragata;
nada le estorba escudo ni loriga;
de cada golpe a tres o cuatro mata.
Serpentín, que temor jamás abriga
(del coraje español era la nata),
arremetió; mas golpe tal le toca,
que cae vertiendo sangre por la boca.
Pasó de largo la fantasma fea,
con la gran viga abriéndose ancha plaza,
y donde el estandarte azul ondea,
en el pobre Espinela hizo tenaza;
como por diversión le zarandea,
terciada en tanto la robusta maza;
echando luego a la bandera mano,
le envía envuelto en ella al Sericano.
Reinaldos desde lejos vió la fiesta
de Serpentino y de Espinel gallardo,
y no le pareció ser hora ésta
de venir con su gente a paso tardo.
Dejándosela toda en orden puesta,
a sus hermanos manda Ivón y Alardo
sigan con ella, mientras él avanza;
embistiendo al jayán bajó la lanza.
Aunque no le hizo sangre, que cubierta
lleva de cuero de orca la loriga,
del golpe que le da le desconcierta,
y echa a rodar jayán, jirafa y viga;
desenvainando entonces a Frusberta,
carga sobre la cáfila enemiga;
rompe las filas, acuchilla, mata,
y cuanto encuentra arrolla y desbarata.
Tras él la división cristiana vuela,
y sobre el enemigo da de lleno.
Viendo la suya que a la fuga apela,
está el gigante Alfrera hecho un veneno;
mas le cumplió también hincar la espuela,
creyendo que el negocio no iba bueno;
y en pos corrió de la fugaz canalla,
no sé si a detenella o si a imitalla.

Brazos cortando y pechos y cabezas,
no da vagar Reinaldos a la espada;
los trapobanos rompe y hace piezas;
hubo a quien rebanó de ijada a ijada.
Corriendo van por riscos y malezas,
como de cabras tímida manada;
caen, como en la siega las espigas,
los mutilados cuerpos y lorigas.
Pero recuerde ahora que es Reinaldo,
que quieren los de Arabia entrar en danza.
Él, para más honrar al rey Faraldo,
de parte a parte le pasó la lanza;
y luego a los demás da el aguinaldo
abriendo a quién el pecho, a quién la panza;
y dellos hubo a quien de un solo tajo
la gran Frusberta hendió de arriba abajo.
Cúbrese de cadáveres el llano,
que hacen a los que lidian parapeto;
el que puede escapar lo hace temprano,
no le pesque Reinaldos el coleto.
Va Ivón, Guiscardo va tras el hermano,
y Alardo y Angelino y Ricardeto;
y Serpentín, con fresco aliento y fuego,
vuelve otra vez al azaroso juego.
Iba en derrota el árabe, y caía
un dromedario aquí, y allá un camello,
cuando en su yegua tártara venía
Framarte, rey de Persia, sin resuello,
que por probar la lanza se moría
del buen Reinaldo, y se salió con ello,
pues en la lanza el paladín le ensarta,
y fuera se la echó más de una cuarta.
Reinaldo, sin hacer de aquello cuenta,
pasa adelante impávido y sañudo;
parece un rayo en noche de tormenta;
más que mortal le estima el pueblo rudo.
Y Orgón en este punto se presenta,
que va, como un bergante, a pie y desnudo;
pero desnudo así y a pie y bergante,
nadie le ve llegar que no se espante.
Tiene de modo tal la piel curtida,
que el hierro apenas la penetra o taja,
y con el tronco de una haya erguida
terriblemente a los contrarios maja.

Vióle Reinaldos; pero vió en seguida
la turba que con él al campo baja
de atezados vasallos; con que suena
a replegar, y su brigada ordena.
Y mientras, como próvido consulta,
y qué partido tome delibera,
torna a la lid la densa turbamulta
de trapobanos que dirige Alfrera;
y volviendo la cara, ve que oculta
grande espacio de campo otra tercera
hueste, que viene por diversa parte
siguiendo de Balerza el estandarte.
Éste unos gritos da descompasados
con que a los más intrépidos azora;
Alardo y Argelín medio turbados
estiman que cejar conviene ahora.
Reinaldos dice: "Estáis equivocados;
aguardad, compañeros, media hora,
media hora, no más, que media basta
para acabar con esta infame casta".
Los dientes con terrífico rechino
Reinaldo aprieta y contra Alfrera parte.
Pero nuestro jayán, que era ladino,
como le vió venir, se fué a otra parte;
lo que puso a Reinaldos tan mohino
que aguijando a Bayardo, tunde, parte,
desbraza, descabeza a cuantos topa
y hace pedazos la enemiga tropa.
Marsilio ve la gran nubarronada
de huestes que en el campo se congrega,
y envía a Ferraguto una embajada,
que se apresure a entrar en la refriega.
La batalla hasta aquí no ha sido nada;
ahora sí que en porfiada brega
hasta lo sumo el brío se acalora;
lo apurado, lo crítico es ahora.
Porque Reinaldos de diversos modos
sarracenos despacha, que es un gusto;
chorréale la sangre por los codos;
y a los más alentados pone susto.
Y al mismo tiempo van llegando todos
los de más nota; Ferraguto adusto,
Matalista, Isolero, Balugante,
y el fortísimo príncipe Morgante.

No sé decir si fuese ardid o fuerza,
que Don Turpín se lo ha dejado *in petto;*
lo que no tiene duda es que Balerza
se metió bajo el brazo a Ricardeto.
Pugna el mancebo mísero y se esfuerza
por desasirse; mas con poco efeto;
va Ivón tras él y Alardo y Angelino;
Balerza por los tres no da un comino.
Por otra parte Alfrera ha levantado
a Isoler de la silla y se lo lleva.
Ferraguto lo vió; mas no le es dado
que un solo paso su corcel se mueva
contra la gran jirafa, que, espantado,
sobre los pies el cuerpo al aire eleva,
y responde a la espuela y a las voces
dando bufidos y tirando coces.
Sólo el brutal Orgón a nadie pilla;
despachurrar le gusta únicamente;
en derredor, por más de media milla,
toda despavorida huye la gente;
que allí no vale lanza, no cuchilla,
ni el ser diestro aprovecha o ser valiente;
él rompe a un tiempo escudos, armas, huesos;
a borbotones saltan sangre y sesos.
Pero ninguno a compasión excita
a par de Ricardeto, que hecho presa
de aquel otro gigante, "Hermano, grita,
a Ricardeto acorre, date priesa".
Oyó Reinaldos la doliente cita;
y vuelto, ve lo que de ver le pesa,
o por mejor decir, lo que en tan grave
ira le enciende, que de sí no sabe.
Tanto el hermano al bello mozo ama,
que dar por él la vida estima en poco,
y al verle en brazos, no de alguna dama,
sino de aquel jayán, se vuelve loco.
Mas otro asunto la atención me llama,
y yo la vuestra juntamente invoco.
A Barcelona voy, que la tenemos
reducida a los últimos extremos.
El que por dicha ignora dónde sea
de los horrores de la guerra el centro,
una ciudad acometida vea,
el enemigo fuera, el hambre dentro.

De cuanta desventura alguna idea
formarse pueda, allí la suma encuentro;
ni la fama otro cerco relaciona
que se compare al tuyo, Barcelona.
Por do sus torres en la mar se miran,
la baten sin cesar mil galeones;
y en derredor por la campaña giran
de aquellos reyes indios las legiones,
que con ballestas, arcos, hondas tiran,
o sobre el hondo foso echan pontones,
o con enteros árboles lo ciegan,
y ya a la basa de los muros llegan.
Dónde arriman escalas, dónde avanzan
morrudos elefantes a docenas,
que sus torres altísimas balanzan
de ejercitados guerreadores llenas,
que saetas, venablos, piedras lanzan,
batiendo a caballero las almenas,
mientras la poderosa catapulta
con recio embate a la muralla insulta.
Coronan los sitiados la muralla,
y peñascos de enormes dimensiones
hacen caer de arriba, y cuanto se halla
a mano; hasta columnas y artesones.
Esotros cuerpo a cuerpo dan batalla,
y en vez de parapetos y bastiones
sus propios pechos a la lid presentan,
y al enemigo de la brecha ahuyentan.
Descuella sobre todos la figura
de Grandonio, y ya firme está, ya corre;
cuantos hay medios de defensa apura;
a un tiempo manda, riñe, ofende, acorre;
las almenas le dan por la cintura;
semeja desde lejos una torre.
Dijérades al ver su porte y traza
que basta él solo a defender la plaza.
A diestra y a siniestra peñas tira,
y a cada tiro aplasta un elefante.
En tropas la indiada se retira,
invocando a Mahoma y Trivigante.
Infelices de aquéllos do la mira
pone el jayán, de estragos anhelante;
que avienta como paja las escalas,
y a los que pilla hace volar sin alas.

"¡Cobardes! ¿el hüir qué os aprovecha,
si os esperan aquí nuestras espadas?,
dicen los reyes, asaltad la brecha";
y empújanlos a coces y a puñadas.
Grandonio encima hirviente pez les echa,
y líquido alquitrán a calderadas.
"Así, diciendo, adobo yo, belitres,
el yantar a los canes y a los buitres".
Hinchen el aire, asordan los oídos
en varias lenguas dísonos acentos,
el triste lamentar de los heridos,
y el son de los marciales instrumentos;
doquiera dolorosos alaridos,
imprecaciones, votos, juramentos;
doquiera espanto y confusión se advierte,
y el furor en mil formas y la muerte.
Al mismo tiempo el horroroso estrago
del hambre el vulgo en Barcelona siente,
que macilento y por las calles vago,
mendiga el pan con que el vivir sustente.
¡Cuánto el anciano endeble que al amago
de la Parca con pulso intercadente
y lento afán se rinde, cuánto envidia
al que perece en la sangrienta lidia!
Con mustio labio el falleciente hijuelo
los pechos de la madre exprime en vano,
que la lívida cara eleva al cielo,
desamparada de socorro humano.
Crece continuamente el ansia y duelo,
y de hora en hora aguarda el ciudadano
ver de la patria la fortuna extrema,
el saco horrible y la matanza y quema.
Pero, por Dios, dejemos este asunto,
y dejemos también, si os acomoda,
a los indianos reyes, que ya a punto
tienen la gente que gobiernan toda;
tanto, que a una señal de aquel trasunto
de Satanás, el pardo rey Grancoda,
cubren dos mil escalas la muralla,
y sube como hormigas la canalla.
Mudemos en efecto de sujeto,
que pensar no me deja en otra cosa,
y a decir la verdad, me tiene inquieto
la tremenda, la crítica, azarosa

aventura del pobre Ricardeto,
que, si gente le sigue valerosa,
se va con él Balerza sin embargo,
y lleva el elefante a un trote largo.
Bien que como Reinaldos se aproxime,
tiene que detenerse a su despecho.
Ni por eso creáis se desanime,
antes le dice que placer le ha hecho.
Ferrado tronco en la derecha esgrime,
y lo maneja cual liviano helecho.
Vestido está de acero rutilante,
y ya sabéis que monta un elefante.
Por no exponer su buen corcel, se apea
el paladín; pero ¿de qué su ahinco
le sirve, o su valor, cuan grande sea,
si cuatro palmos más no crece o cinco?
Fuéle inspirada una excelente idea;
un brinco da, cual suele ser el brinco
del tigre sobre el corso o la potranca;
del elefante empínase en el anca;
Y al monstruo en el cogote con suceso
tan cabal embutió la hoja luciente,
que tras el casco le taladra el seso,
y hace salir la punta por la frente;
de modo que Balerza suelta el preso
y el último suspiro juntamente.
La vasta mole ensangrentada bota
el elefante, y por el campo trota.
Mudando de caballo Ferraguto,
persigue en tanto al robador Alfrera,
que por salvar la presa, al tardo bruto
que monta, incita a más veloz carrera.
Ello es que el moro se afanó sin fruto,
y que cuando al bergante herir espera,
éste, esquivando el golpe, aprieta el paso,
y se mete en el campo de Gradaso.
Tras él se cuela Ferraguto; pero
el resultado no valió la pena.
Echando en tierra al joven Isolero,
aferra el otro la fornida entena,
y moviéndola en círculo ligero,
da a Ferraguto un golpe que le atruena;
la regia servidumbre se apersona,
y a los dos españoles aprisiona.

Dice a Gradaso Alfrera: "Desconfío
que salgas de esta lid con lucimiento;
ciertamente Reinaldos tiene brío;
yo sólo el tuyo igualo a su ardimiento.
Es tu enemigo y enemigo mío,
y el alabarle no me da contento;
mas la verdad se ha de decir por fuerza:
acaba de matar al rey Balerza.
"Atravesó a Faraldo, y ha ensartado
a Framarte como una pajarilla.
Yo soy de todos el mejor librado,
y tengo dislocada una costilla.
Al verle, no hay peón tan alentado
que no eche a huir creyendo que le pilla.
Tú, si de mi verdad te satisfaces,
mientras es tiempo, mira bien lo que haces".
Riendo desdeñoso el Sericano,
"¿Conque Reinaldos, dice, es tan valiente?
¿Conque te ha dado? Bien está; me allano
a renunciar mi pretensión presente,
si no le venzo y a Bayardo gano
antes que el sol descienda al occidente".
Dijo, y por señas la armadura pide,
y el regio albergue a lentos pasos mide.
Las armas otro tiempo fabricadas
para Sansón, dos reyes le traían:
obra maravillosa de las hadas,
de azul y oro a cuarteles relucían.
Y no bien se las tuvo acomodadas,
era cosa de ver lo que corrían
los que a servirle en torno atienden; tanto
el verle aun a los suyos causa espanto.
Luego de un salto encabalgó la alfana,
que era una yegua de color retinto,
negrísima, tresalba, rabicana,
de gran correr y de marcial instinto.
Saliendo, ve a Reinaldos que rebana,
punza, degüella, troncha y deja tinto
de sangre el suelo, entre cabezas rotas,
informes cuerpos, destrozadas cotas.
El rey Gradaso le miraba atento,
como quien tiene en tales cosas voto;
luego se le dispara truculento;
es una tempestad, un terremoto;

al mismo diablo, si le diese un tiento
con la lanza, el testuz le hubiera roto.
Despavorido un repentino salto
Bayardo da de cuatro varas de alto.
De que el pagano asaz se maravilla;
mas no se cura, y sigue siempre avante.
Hileras desbarata y desparpilla;
ya están en tierra Ivón y el rey Morgante.
Ambos a dos Alfrera al punto pilla,
que tras el rey Gradaso va de infante,
y a prender, no sin pena, se da mano
todos los que derriba el Sericano.
Guiscardo al suelo va, va Serpentino,
Alardo y otros ciento en larga hilera.
Como si en sucesión a su vecino
el que primero cae, caer hiciera,
llévaselos Gradaso de camino
sin suspender un punto su carrera;
casi duda la vista sorprendida
si primero es el golpe o la caída.
Mas el barón de Montalbano ha vuelto,
que, sin apelación, probar fortuna
con el gallardo rey tiene resuelto.
Cual entra con enhiesta media-luna
bravo toro en el circo; desenvuelto,
alta la frente, llega. Ambos a una
se encaran y se embisten fieramente;
paróselos a ver toda la gente.
Fué sobre todo humano pensamiento
pavorosa, crüel la arremetida.
El buen Bayardo (a mi pesar lo cuento)
cae por la vez primera de su vida;
pero resurte y pone en salvamento
al mísero Reinaldos, que la brida
no rige ya. Gradaso, aunque la bella
alfana cae, se tiene firme en ella.
Creyendo que al negocio ha dado cabo,
dice al gigante Alfrera: "Corre y pilla
ese corcel que de ganar acabo;
jaeces nuevos ponle y nueva silla".
Mas le dejó por desollar el rabo,
que el tal corcel ya estaba a media milla,
llevando encima al aturdido dueño,
que al fin sacude aquel pesado sueño.

Y torna nuevamente a la quimera,
apenas recobrado del letargo.
Iba diciendo el socarrón de Alfrera:
"¿A quién se dió jamás tan necio encargo?"
Y como si alcanzarle no quisiera,
ya a corto, ya le sigue a paso largo,
jurando, a fe de Alfrera y de gigante,
que en tenerle a la vista hará bastante.
Mientras a los franceses divertido
está en acuchillar el Sericano,
y a cuál la vida, a cuál quita el sentido,
hiriendo a unos de filo, a otros de plano,
Reinaldos, que pensaba prevalido
de la ocasión, cascarle a salvamano,
le asaltó de costado, y en la frente
le descargó descomunal fendiente.
Mas no hay granito que se ponga al lado
de aquélla; y ved si con razón lo digo.
Como si un coscorrón le hubieran dado,
así se queda; y vuelto a su enemigo,
"Suelo dar, dice, el celemín colmado
a los que gustan de feriar conmigo".
Hácese atrás para que libre juego
tenga el robusto brazo, y carga luego.
Caló sobre el brïoso paladino
silbador altibajo; y por mi vida,
a no tener el yelmo de Mambrino,
ya estaba al otro mundo de partida.
Sobre el pescuezo a dar de bruces vino
de su corcel, que arranca de estampida;
y aciértalo a mi ver, porque sin eso
queda allí su señor o muerto o preso.
Tornó Reinaldo en sí; mas ¡ay! el pecho
otro más crudo golpe le traspasa;
muérese de vergüenza y de despecho;
se desespera, en cólera se abrasa.
Decíase: "Tus bríos ¿qué se han hecho?
¿qué es esto, miserable, qué te pasa?
¿eres Reinaldos? ¿tienes armas? ¿manos?
¿te han hechizado acaso estos paganos?"
Y vuelto a su caballo dice: "¡Ingrato!
dejárasme morir, que de esa suerte
honrado moriría; nunca al trato
de los hombres volvamos; ve a esconderte.

Pero ¿qué estoy diciendo, mentecato?
Volvamos a vengarnos o a la muerte".
Decir, picar, arremeter violento
al rey de Sericana, fué un momento.
Aunque en sus armas la menor falsía
no halló Frusberta aquella vez tampoco,
estrellas le hizo ver a mediodía.
Parecióle la chanza al rey un poco
pesada, y dijo, haciendo que reía:
"¿Habráse visto semejante loco?
Mas yo tengo de ver si te sosiego".
Lanzando por los ojos vivo fuego,
Se abalanza al francés de tal manera,
da tal fuerza, tal ímpetu a la espada,
que ninguno lo vió que no dijera:
"Barón de Montalbán, tu hora es llegada".
Y sin duda ninguna que lo fuera,
si hubiese andado lerdo el camarada.
El siniestro talón Reinaldos hinca;
ágil Bayardo al otro lado brinca.
Dió en vago el golpe el Sericano; empero
otro le segundó que puso grima.
Hurta el francés el cuerpo cual primero,
y un recio tajo al mismo tiempo arrima.
Pagábale al contado en buen dinero,
como quien sabe a perfección la esgrima;
y Bayardo, tan ducho como el amo,
saltando acá y allá parece un gamo.
Gradaso, viendo que trabaja en vano,
va a ver si en otra parte se fatiga
con más provecho, y rompe espada en mano
por las legiones de la adversa liga;
mas no ha dado cien pasos el pagano
cuando Reinaldos otra vez le hostiga,
y gozar no le deja aquel sabroso
andar matando a roso y a velloso.
Trabábase la lid con furia nueva
a no verse Reinaldo en grande aprieto,
pues mientras con el rey su espada prueba,
prisionero hace Orgón a Ricardeto.
De allá el hermano grita: "¡Que me lleva!"

3057. En las otras ediciones se dió *Trabárase*, por *Trabábase*, pero en los manuscritos se lee claramente *Trabábase*. Creyóse probablemente errata lo que es correcto uso del copretérito. (Cfr. *Análisis Ideológica* de Bello, esp. § 127).

y a él acá le tiran al coleto;
no sabe a dó se vuelva ni qué haga,
ni cómo a entrambos lances satisfaga.
Tanto le da que hacer su antagonista
que apenas de su espada se defiende;
pues ¿qué será cuando al gigante embista,
si al mismo tiempo el Sericán le ofende?
No ve socorro humano, aunque la vista
por todo el campo a la redonda tiende.
Pero sin fuerzas y sin voz me siento;
suspendo el canto mientras cobro aliento.

CANTO V

LA BARQUILLA

Suele dar Dios con dulce miel templado
el acíbar del cáliz de la vida,
y aun teniendo el azote levantado,
su providencia paternal no olvida;
por más que en este valle malhadado,
que es de los vicios y el error manida,
no cese un punto la malicia nuestra
de provocar su vengadora diestra.
Mas entre cuantos bienes, los enojos
calmando, que el vivir humano afligen,
grato solaz ofrezcan a los ojos
o al trabajado pecho regocijen,
como flores que brotan entre abrojos,
o que su tallo en mustio yermo erigen,
¡dulce amistad! si el tuyo en este mundo
no es el lugar primero, es el segundo.
Busca el dichoso a ti por confidente,
con quien, partiendo el gozo, mayor le haga;
que, no comunicado, brevemente
el más grato placer nos empalaga.
A ti recurre el ánima doliente,
y tú de la aflicción curas la llaga,
y en ella, ¡oh bienhechora hija del cielo!,
el bálsamo derramas del consuelo.
Pero cuando un afecto su fineza
apura más y acendra y aquilata,

es cuando aquel que con la vida empieza
la estimación lo esmera y lo remata;
y dos almas que unió naturaleza
santa amistad con dobles nudos ata,
yendo con la razón la sangre a una
y la dulce costumbre de la cuna.
Que si a lo más extraño y forastero
el mérito y virtud nos aficiona,
¿qué será cuando aquello que primero
ciego abrazó el cariño, el juicio abona?
Entonces con tan firme y duradero
lazo un afecto al otro se eslabona,
que no se da poder que los desuna
en el mundo, en el tiempo, en la fortuna.
Desto Reinaldo insigne ejemplo ofrece,
que a su hermano menor, bello dechado
de virtud que en temprana edad florece,
quiere y estima en el más alto grado.
Pensad, pues, a qué punto se enardece,
qué furor hierve en él, cuando a su amado
Ricardeto el brutal Orgón cautiva,
según lo dejo declarado arriba.
Poco estuvo Reinaldos vacilante,
que pronta decisión requiere el caso.
Acordó, pues, la suya en el instante,
que fué dar las espaldas a Gradaso,
y luego enderezar contra el gigante,
con la celeridad que pudo, el paso,
para volver, sin ese inconveniente,
la competencia a dirimir pendiente.
Y llegado que fué, tomó el partido
de desmontar, no fuese que el villano
le lisiase el corcel con el fornido,
formidable bastón que lleva en mano.
Orgón, que no pensaba hubiese habido
ninguno, que teniendo el juicio sano,
de venir a embestirle osado fuera,
muerto de risa al paladín espera.
En lo que, cierto, no mostró cordura,
como Frusberta conocer le ha hecho
con un raudo revés y una abertura
algo profunda en el cuadril derecho.
Aúlla el malandrín, blasfema, jura
y se muerde los labios de despecho;

embravecido a Ricardeto arroja,
que el duro suelo con su sangre moja.
Quedó tendido el pobre mozo en tierra
sin habla, sin color, sin movimiento.
Orgón la poderosa porra afierra;
Reinaldo alerta está y a todo atento;
cruje los dientes, cual sonora sierra,
Orgón, y con la clava hiende el viento;
Reinaldo, hurtando el cuerpo, atrás da un paso;
en esto sobreviene el rey Gradaso.
El lance ciertamente es de dar susto,
y casi duda el héroe de Mongrana.
Mas como tiene un corazón robusto
que con ningún peligro se amilana,
un tajo esgrime, que cogiendo al justo
la cintura al jayán, se la rebana;
cayó sangriento el monstruo en dos pedazos;
uno las piernas, otro el busto y brazos.
Como si hubiese algún melón partido,
sereno así sobre Bayardo salta,
y de nuevos alientos revestido
al rey Gradaso el paladín asalta.
Este, de lo que mira, sorprendido,
mostró la diestra desarmada y alta
en señal de pedirle parlamento;
el paladín envaina, y oye atento.
"Fuera, señor, soez descortesía,
el rey le dice, y gran desaguisado,
que, siendo tú de tanta bizarría
y de tanto valor como has mostrado,
fueses vencido por la hueste mía;
que, estando de millares rodeado,
no puedes escapar de muerto o preso,
si eres hombre mortal de carne y hueso.
"No quiera Dios que afrenta tan villana
a un caballero se haga de tal brío.
Yo pienso, si te place, que mañana
(pues tiende ya la noche el velo umbrío),
sin tu Bayardo tú, yo sin mi alfana,
lidiemos cuerpo a cuerpo en desafío,
porque del lauro así y honor primero
no defraude el caballo al caballero.

3154. Casa solariega de la familia de Reinaldos. (N. de Bello).

"Mas con tal pacto hagamos la pelea,
que si me vences tú, todo el que hubiere
de vosotros cautivo, suelto sea;
y si yo te matare o te prendiere,
no pido más rescate ni presea
que tu corcel; y venza el que venciere,
libre, la vuelta de Asia, irá mi tropa,
y el cetro a Carlos dejaré de Europa".
Reinaldos, que no encuentra en esta cosa
mucho que masticar, así contesta:
"Serme no puede menos que gloriosa
la lid, alto señor, que me es propuesta,
pues tanto tu virtud maravillosa
al universo mundo es manifiesta,
que en recibir de un brazo tal la muerte
dará envidia, no lástima, mi suerte.
"Y en lo que toca a la razón primera,
gracias te doy; mas con tu venia añado
que, aunque parezco zozobrar, pudiera
sin ajeno favor salir a vado,
y que si en contra mía el orbe fuera,
y brotara legiones este prado,
no temblara por eso; y lo que digo,
con este acero a sustentar me obligo".
Gradaso a esto no replica nada;
con que, volviendo al comenzado asunto,
de la lid determinan acordada
el dónde, cómo y cuándo: el dónde, junto
a la playa del mar; el cómo, a espada,
armados, claro está, de todo punto,
sin comitiva alguna o compañía,
ambos a pie; y el cuándo, al otro día.
Todo con una flema sin segunda,
lo dejan definido y aplazado,
y por volver a la sabrosa tunda
quisieran fuese el nuevo sol llegado.
No así yo, que de tanta barahunda
estoy, os aseguro, mareado.
Calle un instante la trompeta bélica,
que en el Catay me está aguardando Angélica.
La cual, aunque la causa que la inquieta
a la espalda dejó, no ha sosegado.
Cual simplecilla cierva, a quien saeta
de aleve cazador llagó el costado,

que huye anhelando, y tanto más le aprieta
aquel mortal dolor que lleva al lado,
y en vano busca alivio al mal que siente,
en la nativa selva y clara fuente;
O cual traviesa niña, que en la saya
deja, por acercarse sin cautela,
prender el fuego, y corre huyendo al aya,
y más en el correr la llama vuela;
lleva Angélica así, doquier que vaya,
la amorosa pasión que la desvela;
ni le vale el hüir, antes parece
que su mal con la ausencia se encrudece.
No sabe qué es consuelo ni reposo;
no hay pasatiempo que su pena engañe;
el rostro tiene siempre lagrimoso;
suspira a todas horas, gime, plañe;
si acaso duerme, en vez de algún dichoso
sueño que un punto su llorar restañe,
sueña que mira aquel semblante amado
esquivo para ella y enojado.
Con esto torna en sí sobresaltada,
y volviendo los ojos a occidente,
"¡Oh Francia!, dice, ¡oh tierra celebrada!,
¡dichosa tú, que logras ver presente
el caro bien de que yo estoy privada!
¡Ah! puede ser que ahora cabalmente
otro seno amoroso (¡amarga idea!)
lo que en vano ansío yo, goce y posea.
"¡Pobre de mí! ¿qué haré contra este loco
delirio, este mortal desasosiego?
¿A qué arte apelo? ¿A qué deidad invoco?
Turbé la tierra, el agua, el aire, el fuego;
mas de hechizos Amor se cura poco;
bien a mi costa a conocerlo llego;
que no calme este ardor ningún encanto
decreto tuyo ha sido, cielo santo.
"¿Qué aguardo más? ¿Por qué no doy de mano
a la esperanza en que mi amor se ceba?
¿No sabe que le adoro el inhumano,
o de su ingratitud me falta prueba?
Sólo desdenes te debí, tirano;
mas pagarélos con fineza nueva;
al mago Malgesí, mi prisionero,
dar libertad, porque es tu primo, quiero".

Aquesto dicho, al húmedo aposento
do en medio el mar está el cautivo, baja
valida de no sé qué encantamento,
y las puertas de bronce descerraja.
Oyó el mago el rüido, y al momento,
en el magín la idea se le encaja
de ser llegado su postrero día,
y de que Satanás por él envía.
Cuando aguardaba la infernal visita,
aparecióle el bello ángel humano.
Luego que le saluda y que le quita
los hierros ella con su propia mano,
dice: "Quien te libró de tanta cuita,
piedad igual de ti no espere en vano;
aleccionado por tu propia pena,
aprende a condolerte de la ajena.
"Que si de amor tal vez supiste, y sabes
que de un ingrato enamorada vivo,
juzgarás tus cadenas menos graves
que en las que tengo el corazón cautivo.
Y porque de entender mi ruego acabes,
amo a Reinaldo, y me desprecia altivo;
y de tu libertad en pago quiero
que me sirvas con él de medianero.
"De servidumbre te declaro exento,
y con tu libro cobrarás tu espada,
si me empeñas palabra y juramento
de traérmele a vuelta de jornada".
Mucho al mago cuadró el ofrecimiento,
y diciendo en sí mismo: "El camarada
no se hará de rogar, yo lo aseguro";
responde prontamente: "Sí, lo juro".
Cuanto le pide Angélica, él le jura;
y ¿quién lo mismo, en su lugar, no haría?
Servir amigo y dama se figura,
y hacer cree dos mandados de una vía.
A cumplir su palabra se apresura,
y con desenfadada gallardía
a un diablo Malgesí las piernas echa,
y por los aires va como una flecha.
Por el camino el diablo le *detalla*
(perdóname, lector, si eres purista)
la situación en que la España se halla,
devastada por bárbara conquista,

los lances de la guerra, la batalla
que con Gradaso aparejada y lista
tiene Reinaldos, todo finalmente;
y aún algo más, porque el diablillo miente.
Llegó el francés al campamento, cuando
amagaba rayar el alba apenas.
Del diablo se apeó, y atravesando
tiendas de innumerable gente llenas,
ahora sepultada en sueño blando,
dulce, aunque breve, tregua de las penas,
entró en la de Reinaldos, que halló sola,
y al paladín durmiendo a la bartola.
Reinaldos despertó, no sin trabajo,
y a estrechar va en sus brazos al amigo;
mas éste, rehuyendo el agasajo,
"Unicamente para hablar contigo
salí de mi prisión, le dice, bajo
palabra de volver, si no consigo
que me libertes (pues en ti consiste)
de un cautiverio ignominioso y triste.
"Ni pienses que el librarme ha de ser cosa
de gran dificultad; que no te espera
ningún jayán, sino una dama hermosa
que te ama con la fe más verdadera,
un serafín; en conclusión, la diosa
misma de la hermosura; de manera
que en hacer lo que pido y lo que es justo,
me harás a mí un gran bien y a tí un gran gusto.
"Si aún no lo he dicho, Angélica es la dama".
"¡Angélica!", Reinaldos aturdido,
dos o tres pasos dando atrás, exclama;
el horror en su rostro se ha esculpido.
Parece que en las venas le derrama
súbito hielo el nombre aborrecido;
el pobre hombre quedó como insensato,
y sin hablar palabra estuvo un rato.
Mas como siempre a una alma generosa
repugna el disimulo, de esta suerte
responde: "Mira, Malgesí, no hay cosa
que no la hiciera yo por complacerte;
mándame acometer la más dudosa
empresa; arrostraré por ti la muerte;
embestiré al infierno, si te agrada;
mas con esa mujer no quiero nada".

Cosa a sus esperanzas tan opuesta
oyendo Malgesí, confuso estaba;
no supo qué pensar de tal respuesta,
y al primo preguntó si se burlaba.
Ser positiva, el otro le protesta,
la decisión que de expresarle acaba.
Se esfuerza el Nigromante cuanto puede;
insta, conjura, y Montalbán no cede.
Después que le hubo predicado un rato,
que fué como si en yermo predicara,
dice: "No hay más placer con el ingrato
que echarle los favores a la cara;
tengo el alma por ti en un garabato,
pues porque mi saber te aprovechara,
vendíla al diablo; y tú (¡quién tal creyera!)
quieres que yo míseramente muera.
"De mí te guarda, nada más te digo".
Mustio el semblante y gacha la cabeza,
echando pestes contra el falso amigo,
sale del campo y cierto ensalmo reza.
La tierra, por un lóbrego postigo
que la luz filtra al Aquerón, bosteza,
y de su centro una pizmienta nube
de alados diablos rezongando sube.
"A Caudilordo elijo y a Falseta,
el mago dice; a los demás despido".
Luego con estos dos arma una treta
que no la hubiera Satanás urdido.
Falseta en la figura más perfeta
de un faraute español se ha convertido;
con lunado turbante, alba marlota,
bastón en mano, y blasonada cota.
Va en este traje al rey de Sericana,
y dice que Reinaldos estaría
junto al mar a las diez de la mañana,
y a la aplazada lid le aguardaría.
La cita el noble rey de buena gana
acepta; y en señal de cortesía,
regala al contrahecho heraldo moro
un rico anillo y una copa de oro.
El cual de allí se parte, y otra nueva
forma tomó de trujamán indiano;
en delgado cendal que el viento eleva
y en muselina envuelve el cuerpo vano;

en las orejas los anillos lleva
que antes llevaba en la siniestra mano;
dijérades al verle que venía
de Seringapatán Su Señoría.
En esta forma, pues, y este vestido
al campo de Reinaldos se encamina;
dícele que Gradaso ha prevenido
ir a las ocho en punto a la marina,
a efecto de que el duelo consabido
entre los dos a espada se difina.
Reinaldos, que no entiende la tramoya,
consiente, y al heraldo da una joya.
Hácele reverente la zalema
el bueno de Falseta, y se retira.
Ya el matutino sol las cumbres quema,
y aquella multitud de gentes mira
que desde el monte hasta la playa extrema
hierve, y como en confusas olas gira,
y recobrada del afán prolijo
sólo piensa en placer y en regocijo.
Reinaldos se arma; y como el fin no sabe
de la batalla con el rey pagano,
a Ricardeto en un discurso grave
encomendó el ejército cristiano.
"Si lo peor en esta lid me cabe,
dice, lo llevarás a Carlomano,
y a su servicio en mi lugar te ofrece,
como a quien más que nadie lo merece.
"Sirve a tu buen señor, que si algún día
hice yo lo contrario, fué mal hecho;
lleváronme a una y otra demasía
juvenil arrogancia, amor, despecho.
Piensa que lealtad y cortesía
obligaciones son de un noble pecho;
combate por tu ley hasta la muerte;
humano sé y piadoso a par que fuerte".
No sé qué dijo más; y al caro hermano
después que abraza y da en la frente un beso,
sale armado el barón de Montalbano,
solo y a pie, como era pacto expreso.
Por una oculta senda cortó el llano
y a la sombra parando de un espeso
bosque a la mar vecino, vió a la orilla,
que solitaria estaba, una barquilla.

Cátale Caudilordo, que fingida
de Gradaso la forma, aspecto y traje,
lleva una sobrevesta azul lucida,
y de oro en la cimera alto plumaje,
corona, de diamantes guarnecida,
sobre un yelmo finísimo de encaje,
y escudo, de azul y oro, acuartelado;
era Gradaso, en fin, pintiparado.
No al rey Gradaso el mismo rey Gradaso
tanto como aquel diablo es parecido.
Llega con un estrépito, un fracaso,
que una legión no hiciera igual rüido.
Reinaldos se le acerca paso a paso,
todo en el ancha adarga recogido;
y Caudilordo la función empieza,
y a la frente la espada le endereza.
Rebate esotro el golpe, y al costado
del falso rey con no mejor suceso
amaga. Sigue el duelo equilibrado,
lista la mano y el aliento grueso,
hasta que al fin Reinaldos indignado
de que esté aún su antagonista ileso,
de repente el escudo arroja a tierra,
y con las dos la gran Frusberta afierra.
Baja, cual rayo que abortó la esfera,
la zumbadora espada, y la garzota
le echó a volar, como si un ave fuera,
y la diadema en mil pedazos rota,
y el rico yelmo, y luego toda entera
de arriba abajo le rasgó la cota,
y el anchuroso escudo, y aún no para
que se enterró en el suelo media vara.
El diablo, que esto aguarda justamente,
echa a correr; Reinaldos le acuchilla,
pisándole las huellas impaciente,
y a cada instante piensa que le pilla.
Y como el engañoso espectro intente
acogerse fugaz a la barquilla,
grítale: "¿A dónde vas? torna a la guerra;
torna, no dejes a Bayardo en tierra.
"¿Es posible que dé tan triste prueba
de su valor un rey de Sericana?

3454. Véase la nota de Clemencín en la frase *celada de encaje* en el capítulo 45 de la parte I^{a} del *Quijote*. (N. de Bello).

Bayardo al menos a tornar te mueva,
que de tenerte por señor se ufana.
Jaeces nuevos tiene y silla nueva;
mira que le hice herrar esta mañana.
Si por ganarle acá venido eres,
¿cómo sin él volverte al Asia quieres?"
Caudilordo entre tanto se hace el sordo;
entra en el barco y las amarras taja;
pero Reinaldo en pos de Caudilordo
entra también, le acosa y le trabaja;
de popa a proa, y de uno al otro bordo
corre tras él y brinca y sube y baja.
Al fin se le escabulle la maldita
fantasma, y a la mar se precipita.
Calar semeja, como un buzo, al fondo,
y suelta al zabullir un cierto vaho
que de azufre infernal un tufo hediondo
derrama por el aire y por la nao;
sendos fragmentos quedan del redondo
yelmo y de la coraza de oro y blao
en manos de Reinaldo, v, ¡caso fuerte!
todo en sutil vapor se le convierte.
El francés a la orilla vuelve inquieto
los ojos; pero rastro no hay de orilla;
ve cielo y mar, y en ellos otro objeto
no alcanza a ver que el sol y la barquilla;
y según ella corre, hace conceto
de que la empuja una infernal cuadrilla,
y que va a dar, a legua por segundo,
antes de anochecer, la vuelta al mundo.
Viendo por fin su error, "¡Cielo sagrado!
dice; la más perversa criatura
soy que jamás tu ira ha provocado;
pero esta pena es en extremo dura.
Para siempre seré vituperado,
y si llego a contar mi desventura,
¿cómo encontrar podré quien me la crea,
y una mancha lavar tan torpe y fea?
"Carlos fió a mi brazo y mi consejo
con su salud la de la Francia entera;
¿y ha de pensar que fugitivo dejo
su pueblo a que en poder de infieles muera?
¡Triste! en el pensamiento me bosquejo
la insana rabia del feroz Alfrera;

suena en mi corazón la voz doliente
de la cautiva miserable gente.
"¿Cómo te dejo, Ricardeto mío,
a tanto riesgo en años tan tempranos?
Gemiréis bajo extraño señorío,
Guiscardo, Alardo, Ivón, caros hermanos.
Gradaso, ¿qué dirá del desafío?
La fábula seré de esos paganos.
Pregonarán que de temor me ausento,
y que mi religión, mi patria afrento.
"¿Qué pensará la Francia, y de qué suerte
infamia tal verá en mi nombre impresa?
Estirpe de Mongrana, altiva y fuerte,
fuiste; tu gloria es lúgubre pavesa.
A denostarme puedes ya atreverte,
desalmada prosapia magancesa.
Aleve un tiempo te llamé, y traidora;
sin honra estoy; callar me cumple ahora.
"Llévame ¡oh mar! a do la afrenta mía
no haya nadie que entienda o testifique;
llévame a donde, en soledad sombría
sólo con fieras y árboles platique,
lejos de toda humana compañía;
o más bien esta nave echando a pique,
sepúltame en tu abismo más profundo,
y no vuelva mi nombre a oír el mundo".
Tres veces a la daga puso mano;
y tres veces fué al bordo de la nave,
como para lanzarse al oceano,
para que allí su desventura acabe.
"Recuerda, pecador, que eres cristiano",
dice una voz alentadora y grave.
Reinaldos pide al cielo que le acorra,
y el intento fatal del alma borra.
De Alcides entre tanto el noble estrecho
rodea, y deja atrás la bella Europa;
luego el gran cabo que Natura ha hecho
baluarte del Oriente, mira a popa;
a los dichosos climas va derecho
do su más rica y más lucida ropa
la Aurora viste, y llega al otro extremo
del mundo, sin timón, vela ni remo.
Aunque de vinos y manjares lleva
la nave cuanto al gusto da contento,

el triste navegante nada prueba,
que su pesar le sirve de alimento.
Mas ya avista una isla, do se eleva
alto palacio en florecido asiento.
Surge la nave, y en la bella estancia
pone los pies el campeón de Francia.
Aquí le dejaremos paseando,
que no por él es justo que se olvide
al nada menos infelice Orlando,
que también de la Europa se despide;
y por regiones bárbaras errando,
a cuantos ve detiene y nuevas pide
de su adorada Angélica la bella,
sin que acierte a topar quién sepa della.
Del ancho Tana va, sin compañía,
por la ribera el buen señor de Anglante.
Sin ver a nadie anduvo medio día;
mas al fin vió a distancia un caminante;
viejo era el tal, y a gran correr venía,
volviendo la cabeza a cada instante;
y con doliente voz, "¿Qué malandanza
me roba, dice, mi única esperanza?"
"Dime, así Dios te ayude, peregrino,
¿qué tienes, que a llorar te obliga tanto?"
Así dijo Roldán; y aquel mezquino,
sueltas las riendas otra vez al llanto,
"¡Ay triste!, exclama, ¡ay mísero destino!
¿A qué dejarme vivo, cielo santo?"
De nuevo Orlando instó, y el viejo al Conde,
gimiendo y sollozando, así responde:
"La causa de mi llanto y mi querella
es un vestiglo pavoroso y feo.
A dos millas o tres de aquí descuella
una roca, y desde este sitio creo,
si tienes buena vista, que has de vella;
yo no, que con los años poco veo.
Es toda de color de viva llama;
no mueve el viento allí ni flor ni grama.
"Suena una ronca voz sobre la cima;
alma nacida no la oyó más fiera;

3590. En las otras ediciones:
a cuantos se detiene nuevas pide.
Con la lectura correcta del manuscrito se restituye el sentido.

verdinegra laguna, que da grima,
sirve en torno a la roca de barrera;
la tal laguna tiene un puente encima,
y va el puente a un portal que reverbera,
cual si labrado fuese de diamante;
allí de centinela está un gigante.
"Cerca de este lugar que te he descrito,
yo con un hijo mío en hora aciaga
pasaba, cuando se oye un ronco grito,
y el jayán (¡déle Dios la justa paga!)
sale y agarra al pobre jovencito,
y ahora ciertamente se lo traga.
Toma escarmiento tú en mi historia triste,
y vuélvete, señor, por do viniste".
"Orlando no me llame, si no veo,
repuso el paladín, qué roca es ésta".
"O tienes de morir mucho deseo,
o poco juicio, el viejo le contesta.
¿Crees que se trata aquí de algún torneo
o de correr sortija en una fiesta?
Te digo que de verle solamente
para morirme estuve de repente.
"Tiemblo en sólo acordarme, y a fe mía
tenerle aquí delante me parece".
Ríe Roldán, y dícele que fía
volver en breve, y que, si no, le rece
un paternoster y una avemaria,
y... mas en este punto se le ofrece
el jayán a la vista, y altanero
"¡Hola!, dice, a la espalda, caballero.
"Para que a nadie transitar permita,
de guarda estoy. El empinado asiento
de la Roca una sabia esfinge habita,
a quien humana sangre es alimento;
el que primero por aquí transita
cada mañana, sacia su sediento
ardor; reposa luego; y el camino
se niega, mientras duerme, al peregrino.
"Todo lo sabe, y todo lo adivina;
ni ya el comunicarlo dificulta;
cuestión no le pondrás que no difina,
por extraña que sea o por oculta;
pero suele cobrar una propina
a todo el que curioso la consulta;

si lo que ella a su vez le propusiere
no lo descifra, entre sus garras muere".
"¿Y qué has hecho del mozo que robaste?"
pregunta el Conde. "Téngolo y tendrélo,
dice el zafio jayán, y eso te baste,
que de mis cosas dar razón no suelo".
Orlando, porque el tiempo no se gaste,
vásele encima, como va al señuelo
halcón gentil; un convincente tajo
de Durindana a la razón le trajo.
Luego que el dulce hijuelo recobrado
en sus brazos estrecha el padre ansioso,
de cierto taleguillo que colgado
lleva a la cinta, un libro primoroso
saca, de plata y oro iluminado,
y lo presenta al Conde valeroso,
diciendo: "Eterna vivirá en mi pecho
la memoria, señor, de lo que has hecho.
"Y puesto que a merced tan señalada
no hay recompensa que se iguale, aceta,
te ruego, este librito, que guardada
tiene una singular virtud secreta;
la cosa más difícil e intrincada
que se le consultare, él interpreta;
pero se comunica únicamente
a solas; de otro modo, o calla o miente".
Con el libro en la mano queda el Conde
meditando entre sí de qué manera
escale la escarpada roca, donde
de aquella esfinge está la madriguera;
pues preguntarle en qué lugar se esconde
su Angélica adorada, delibera;
que más alta cuestión no le ofrecía
toda la Natural Filosofía.
Pudo, con sólo abrir aquel librejo,
de su curiosidad haber salido;
mas cuando en mano se lo puso el viejo,
estaba ya tomado su partido,
y no se le ocurrió mudar consejo;
o tal vez el asalto del erguido
risco le pareció más digna empresa
de quien caballería, como él, profesa.
Aunque a Roldán el advertido anciano
de lo que intenta disuadir procura,

como firme le ve, le da la mano,
y a seguir su camino se apresura.
El animoso Senador romano,
a quien ningún peligro da pavura,
hacia la Roca va gallardamente,
y sin estorbo alguno pasa el puente.
Y dueño ya de la contraria orilla
el portal a su salvo descerraja;
pues como Orlando arrastra de malilla,
nuestro gigante se metió en baraja;
luego al corcel desocupó la silla,
y el alto risco en superar trabaja,
hasta pisar la cima, do a la astuta
esfinge vió en el fondo de una gruta.
Cabellos de oro sobre tersa frente,
y rostro de doncella, blanco, hermoso,
garganta y pecho de león rugiente,
alas de grifo, y miembros tiene de oso;
remata el tronco, a guisa de serpiente,
en cola de tamaño prodigioso;
que al que en sus roscas envolvió sofoca,
y sacudida hace temblar la Roca.
Luego que al Conde vió la esfinge horrible,
con ambas alas se cobija el cuero;
sólo la cara le dejó visible,
y le clava la vista al caballero,
que revestido de ánimo invencible,
le dice entre alentado y placentero:
"Diablo, alimaña, o sabia encantadora,
¿en qué lugar se encuentra mi señora?"
"Tu señora (la esfinge mansamente
le responde) encerrada está en la Albraca,
noble ciudad en tierras del Oriente,
oyendo el son de tártara alharaca.
Mas dime ahora tú, Conde valiente,
¿cuál es el animal que empolla y saca
ajenos hijos que feroz devora,
con todos vive y con ninguno mora?"
El paladín los sesos se devana,
sin hallar solución que valga un pito.
Desenvolvióse entonces la villana,
y se le lanza encima dando un grito.
El bravo Conde apela a Durindana
contra aquel fiero aborto del Cocito,

que le embiste de modos diferentes
con las agudas garras y los dientes.
Ya se le pone cerca, ya distante;
ya vuela en alto, ya se arrastra en tierra;
ya le pretende asir con la ondeante
cola, ya con las alas le da guerra.
Salta acá y acullá el señor de Anglante,
y cuantos golpes tira, tantos yerra.
Ella ligera sin cesar le hostiga;
él sin hacerle daño se fatiga.
Tuvo hadada la piel desde la cuna;
si no, quedaba allí descalabrado.
Mas, a ser del imperio alta coluna,
y de la santa iglesia, destinado,
que no haga herida en él arma ninguna
por especial merced fuéle acordado,
siquiera sin loriga y sin escudo
se presente a la lid, y hasta desnudo.
La batalla ha durado una hora entera,
cuando una vez la parda esfinge cala,
y quiso Dios que tan dichoso fuera
el paladín, que le tronchase un ala.
El firme risco sacudió la fiera
con el bramido que al del trueno iguala;
furiosa se revuelca, salta, trota,
y los peñascos con el rabo azota.
Mas el dolor los bríos le renueva;
al conde envuelve en duplicada espira,
y a sofocarle entre las roscas prueba,
y mordiscones y uñaradas tira.
No tiene el conde espacio en que se mueva;
mas forcejando un tanto se retira,
y a la pechuga apunta una estocada
que deja la contienda terminada.
Sedienta va a buscar la cruda hoja
del fiero corazón la sangre hirviente,
y la ancha herida con violencia arroja
de colorado humor larga corriente.
La encrespada cerviz, ya muelle y floja,
sobre un hombro le cae lánguidamente;
ronca se queja; atravesados gira
los turbios ojos; y temblando expira.
Orlando del cadáver se desprende,
y por do el risco está más escarpado

al lago lo arrojó; luego desciende,
monta y va en busca de su dueño amado.
Cierra la noche, y por el campo tiende
pálida luna su esplendor menguado;
a un rústico aduar una vereda
estrecha guía; Orlando en él se hospeda.
Monta otra vez al despuntar del día;
mas antes de endilgar hacia la Albraca,
consultar quiso al libro que le había
dado el anciano, y a la luz lo saca;
de la esfinge algún tanto desconfía,
y quiere averiguar si la bellaca
le ha dicho la verdad de todo en todo;
ábrelo; y halla escrito de este modo:
"De un enemigo ejército cercada
en la Albraca se encuentra tu señora".
Mas otro punto esclarecer le agrada,
que en espinas le tiene a toda hora.
¿De más feliz amor preocupada
está la voluntad de la que adora?
¿O le concede a él propicia estrella
adorando y sirviendo merecella?
¡Oh mortal inquietud, de ansia anhelante
y cobarde terror dudosa guerra!
Trasuda, tiembla; incierto, vacilante,
abre el libro una vez y otra lo cierra;
el más feliz va a ser en un instante,
o el más desventurado de la tierra.
Tiene en la mano el fallo de su suerte.
¿Será de vida, Amor? ¿Será de muerte?
"Cese, dice Roldán, tanta agonía.
¿Qué tormento mayor que este tormento?
Si es que jamás he de llamarla mía,
y cuanto peno y sirvo es dado al viento,
para arrancar del alma esta manía,
la desesperación me dará aliento;
y si no puedo ser lo que quisiera,
a ser retornaré lo que antes era.
"Pero, ¡triste de mí! ¿Quién me asegura
que un loco amor podré sacar del pecho?
¿Se aliviará mi pena por ventura
con saber que el penar no es de provecho?
Dicen que la razón todo lo cura;
mas de decir a hacer hay largo trecho;

y si manda pesares el destino,
es necedad salirles al camino".
Dice, y resueltamente el libro guarda;
mas vuelve presto el interior combate;
nuevamente se atreve y se acobarda;
un afecto le eleva, otro le abate;
lo que tiembla saber, saber le tarda;
suda otra vez, y el pecho otra vez late.
Airado clama al fin: "Ciencia-funesta,
huye de mí, que el alma te detesta.
"Libro fatal, que para daño mío
sin duda Lucifer puso en mi mano,
escóndate en sus ondas este río,
y nunca vuelvas a poder humano".
Dice, y lo arroja. Esclavo el albedrío
del Conde tiene siempre amor tirano;
mas a lo menos la importuna brega
que el pecho le agitaba se sosiega.
De Albraca en tanto a la almenada plaza
corriendo, en busca va de la que adora;
mas la carrera el río le embaraza,
ni de pasar la rápida y sonora
avenida ve el Conde forma o traza,
si no se vuelve un ave voladora,
pues de pendiente roca entre dos vallas
espumajea, que da horror mirallas.
Cabalga Orlando la ribera arriba
por ver si en parte alguna encuentra vado;
y a un gran puente llegó, por el cual iba
a transitar, cuando un gigante armado
le sale al paso, y con mirada altiva,
"¡Tente!, le dice, ¿A dónde vas, menguado?
Bien puedes maldecir tu inicua suerte
que te ha traído al puente de la Muerte.
"Para en este lugar todo camino,
y no hay volver atrás, si aquí se llega;
pues pensar en el puente, es desatino,
porque esta porra el paso a todos niega".
Llámase el tal gigante, Zambardino,
y mide del pantuflo a la albanega
catorce pies; si no se engaña en esto
Turpín, o si no está viciado el texto.
De cuero de dragón tiene la cota,
que es armadura propia de gigante;

y una palanca esgrime herrada y bota,
que lleva tres cadenas por delante,
y a cada cual prendida una pelota,
no de las de jugar con pala o guante,
sino de plomo, y que, según el grueso,
pesan sendas arrobas de buen peso.
Mas falta lo peor; que sobre el puente
un género de red estaba oculto,
tan sutil, delicada y trasparente,
que hace una telaraña mayor bulto;
y si alguien por feliz o por valiente
logra esquivar el formidable insulto
de la gran porra, no por eso escapa,
porque salta la red, y allí le atrapa.
Que alguien la llegue a ver sin que la huelle,
no puede ser; tan escondida se halla;
antes se rompe el hierro, que la melle,
no que le taje una delgada malla;
y Zambardín, pisando cierto muelle,
sabe tan diestramente disparalla,
que el lidiador más avisado y listo
cogido en ella es, y aún no la ha visto.
De Brilladoro el paladín se apea;
la espada empuña, ajústase la adarga;
y como el tiempo aprovechar desea,
nada responde, y animoso carga.
Brava, descomunal fué la pelea;
mas, porque la materia es algo larga,
dejadme descansar, os ruego, un tanto.
El fin sabréis en el siguiente canto.

CANTO VI

EL JARDÍN DE DRAGONTINA

Fazañas valerosas que el divino
premio alcanzaron de inmortal memoria,
recuerdan en papel y en pergamino
ya la moderna y ya la antigua historia.
Héroes por este y por aquel camino
innumerables hubo, que la gloria
anteponiendo al ocio y los regalos,
cogieron palmas y llevaron palos.

¿Quién los trabajos no escuchó de Alcides?
¿Quién de Jasón, Belerofonte y Baco
no oyó cantar las memorables lides,
y del que la alta Troya metió a saco?
Pero perdonen cuantos adalides
hubo, y el mismo matador de Caco,
si digo que va errado el que pensare
que alguno al conde Orlando se equipare.
Dirán que juzgo a usanza de poeta,
y que arrimo la brasa a mi sardina;
mas en las dotes de virtud perfeta,
brío que los peligros no examina,
valentía que todo lo sujeta,
constancia heroica, ¿quién se le avecina?
Los hechos hablen, si es que son los hechos
lo que acrisola generosos pechos.
Nadie al mundo purgó de monstruo tanto;
no Hércules, no Cadmo, no Teseo;
lustre a su patria, a lo demás dió espanto,
y de paganos empachó al Leteo.
Y no hay que dar en si hubo o no hubo encanto
por deslucir algún marcial trofeo,
sí, que de la mismísima manera
que Orlando, invulnerable Aquiles era.
Y no por eso, o porque el dios Vulcano
las armas le forjase, o porque a Juno,
Palas y Tetis tuvo siempre a mano,
sufrió su fama detrimento alguno;
ni la del pío capitán troyano
por el favor de Venus y Neptuno,
o por aquel arnés, no menos fino,
que del yunque vulcánico le vino.
Mas las comparaciones son odiosas.
Así que, a mi propósito tornando,
digo que de las más dificultosas
empresas que arrostró en su vida Orlando,
es una la presente, y de dos cosas
que admiro en ella, estoy considerando
cuál le valiese más, y no lo puedo
dirimir; la fortuna, o el denuedo.
Salta el osado caballero al puente,
y levanta la clava Zambardino;

3941. En los manuscritos este verso es:
Ni hay que tratar de si hubo o no hubo encanto

mas Roldán esquivó ligeramente
el bastonazo que de arriba vino,
y en la muñeca diestra a manteniente
da un golpe a Zambardín con tanto tino,
que de sentido la dejó privada,
y del bastón tremendo desarmada.
Pues el follón, que vió la clava en tierra,
de apelar a la red casi trataba;
mas, recobrado, el corvo alfanje afierra,
y arremete al sin par Conde de Brava.
Y no penséis que este otro golpe yerra,
como el antecedente de la clava;
que sobre el bozo se lo asienta. Dando
traspiés por poco al suelo viene Orlando.
¡Válame Dios! ¿Y quién dirá el enojo,
la rabia que del Conde se apodera?
Blanca tiene la cara y bizco un ojo;
¡pobre gigante! es menester que muera.
Ondea Durindana cual si flojo
mimbre, o cual si flexible caña fuera;
huye silbando el aire, y al empuje
de la empinada planta el puente cruje.
Más blandamente que una hoz la espiga,
la espada el tahalí primero taja;
la loriga tras él; tras la loriga
una de azófar tres-doblada faja,
y últimamente encuentra la barriga,
donde unos cuatro dedos se le encaja;
y pasara tal vez más adelante,
a no caer de espaldas el gigante.
O miedo fuese, o súbito accidente,
se le paró la faz como de cera,
la nariz fría, el pulso intercadente;
y se estiró, cual si difunto fuera;
pero el bastón cobrando de repente,
al buen Roldán, que lance tal no espera,
un latigazo da, con que le trajo
envuelto en las cadenas boca abajo.
Espada, porra, escudo, echando fuera,
que ya servirles pueden poco o nada,
comienza entre los dos la pelotera
más extraña que vista fué o pensada.
El Conde asió al jayán de la gorguera,
y le rompió la sien de una puñada;

mas abrázale el otro fuertemente,
cárgale y a arrojarle va del puente.
Roldán, que la intención le ha conocido,
el brazo, cuanto puede más, levanta;
y dale otra puñada que el sentido
le enturbia y la cabeza le ataranta;
suelta la presa, y cae con tal rüido
que parece que el puente hunde y quebranta;
pero acorrióle el diablo, porque luego
vuelve en sí, y con la clava torna al juego.
Roldán también la espada ha recobrado,
y renueva la lid de buena gana;
bien es verdad que semejaba al lado
de aquel gigante una figura enana;
pero creciendo a brincos otro estado,
esgrime tan de cerca a Durindana,
que poco espacio a Zambardino queda
en donde rodear la clava pueda.
Valerse quiso, pues, de cierta traza:
arranca en aparente fuga, y cuando
piensa tener lugar, vibra la maza
creyendo hallar desprevenido a Orlando.
El caballero, que le daba caza,
y las cadenas vió venir zumbando,
salta (que otro recurso allí no mira)
sobre la maza y un mandoble tira.
En dos la dividió, y a Zambardino
sólo un pedazo deja trunco y breve.
Ahora a Trivigante y Apolino
el pobre diablo encomendarse debe;
sin maza y sin alfanje, no hay camino
de que ventaja en esta lidia lleve;
y Durindana, según ve, no escampa;
no tiene otro recurso que la trampa.
Dale un revés Roldán enfurecido,
que entrando en un cuadril le lleva el anca.
De un hilo el tronco le quedó prendido,
y ya siente que el alma se le arranca.
Viendo, pues, el negocio conclüído,
al tiempo de caer, con una zanca
toca el oculto muelle; el muelle escapa;
dispárase la red, y al Conde atrapa.
Con tanta furia sobre el Conde vino
que a cuatro pasos le aventó la espada;

y en el mismo momento Zambardino
el ánima exhaló descomulgada.
Contra la red bregaba el paladino,
jurando que la chanza era pesada;
y cuanto más forceja y brega y jura,
se le hace la prisión más recia y dura.
Medroso es el lugar y solitario;
alma no ve que por allí transite;
y así prestar paciencia es necesario,
pues nadie le ha de oír por más que grite.
Tomara a buen partido que el contrario
viviese, y ruega a Dios le resucite.
Ni el más leve rumor se percibía
en todo el campo. Orlando pasa el día;
Pasa la noche en la prisión estrecha;
fallece la esperanza, el hambre apura.
Como la vista a todas partes echa,
a un hombre ve, que por la selva oscura,
en túnica de toscas pieles hecha,
con barba que le llega a la cintura,
de tal blancor que al de la nieve excede,
corriendo va cuan presuroso puede.
"¡Favor!, ¡favor!, exclama, Padre mío;
favorecedme, que gran cuita paso".
La señal de la cruz el hombre pío
hízose, temeroso de mal caso.
Vió sobre el puente el gran cadáver frío,
y estuvo por volver atrás el paso;
llega y ofrece a Orlando cuanto quiera
espiritual socorro antes que muera.
"Empuñad esa espada, dice el Conde,
y dad en estos lazos con denuedo".
"¡Santa María!, el otro le responde,
¡no lo permita Dios! Matarte puedo;
hace Patillas de las suyas donde
menos se piensa, y si te mato, quedo
irregular". El Conde al hermitaño
replica que no tema hacerle daño;
Pues ya le ve que está muy bien armado,
y a más impenetrable tiene el cuero.
Tanto le ha dicho y tanto le ha rogado,
que al fin, por contentar al caballero,
del suelo a gran fatiga ha levantado
la espada con entrambas manos; pero

por más que dió en la red de punta y filo,
no pudo en ella falsear un hilo.
Aburrido de ver que no la corta,
suelta la espada, y con semblante humano
al mísero Roldán consuela, exhorta,
asístele a morir como cristiano.
"Hijo, salvar el alma es lo que importa;
no te fatigues por el cuerpo en vano;
a ser vas por este áspero sendero
de la milicia eterna caballero".
Tras esto a Dios bendice, que así quiere
hacerle digno de su reino eterno,
y mil casos de santos le refiere,
probando con lo antiguo y lo moderno,
que sólo rompe aquel que en gracia muere
las redes de la carne y del infierno.
El Senador romano, que no gasta
mucha paciencia, dice: "Padre, basta;
"¡Basta por Dios! Maldito el diablo sea
que no me trajo un ganapán fornido
en vez de este vejete que chochea,
y no me da la ayuda que le pido".
"¡Ay! dice el Monje; ¿así tu fe flaquea?
¿así el malo te ciega, empedernido
pecador, que antepones a la palma
celeste el polvo vil, y el cuerpo a el alma?
"Muestras ser caballero de excelencia,
y ¿a tal punto la vida te aficiona?
Sabe que la Divina Providencia
al que confía en ella no abandona;
cual lo ha probado hoy mismo la experiencia
en la que ves aquí flaca persona,
caduca, inútil, achacosa, inerte,
que ni valerse puede ni valerte.
"Yo, señor, y dos monjes más, salimos
de Armenia el mes pasado en romería;
y como nos perdiésemos, hubimos
de aportar, no sé cómo, a Circasía.
Ayer mañana en esta selva dimos,
cuando el más joven de los tres, que iría
como unos veinte pasos adelante,
vuelve trémulo, pálido, anhelante.
"Y vemos que de un páramo eminente
baja un vestiglo horrible, agigantado,

con sólo un ojo en medio de la frente,
grande, y como una brasa colorado.
¡Misericordia!, todos juntamente
clamamos, y a los pies de aquel malvado
caímos medio muertos; él nos lleva
cargándonos en brazos, a una cueva.
"Allí con estos ojos la infelice
muerte... ¡qué muerte, San Antón bendito!
No pienses que le cueza o descuartice;
vivo devora al joven hermanito;
y vuelto a mí, para esas carnes, dice,
es preciso tener más apetito.
Llevónos a la boca de un hediondo
báratro; a puntapiés nos echó al fondo.
"No te sabré decir de qué manera
pude llegar de aquella sima al centro;
pero al Señor rogué que me acorriera,
y presto me acorrió; porque allá dentro,
a la pálida luz de una tronera,
una nudosa vid acaso encuentro,
que de lánguidos pámpanos el hondo
cementerio tapiza; allí me escondo.
"Y apenas vi ocasión, de nudo en nudo
trepo calladamente; y por el abra
que poco a poco a guisa de un embudo
se ensancha..." No hubo dicho esta palabra,
cuando suspenso queda, absorto y mudo,
y luego echó a correr como una cabra,
"Éste, diciendo, éste es el monstruo fiero";
y a la vecina selva huye ligero.
Huye ligero, sin volver la cara,
hasta esconderse en el follaje umbroso.
El jayán sube al puente, y allí para,
en torno echando el ojo sanguinoso;
alta la jeta y de una forma rara,
con un par de colmillos horroroso;
y de grumos de sangre, seca apenas,
las engrifadas barbas tiene llenas.
Llégase al Conde, y de este y de aquel lado
volviéndole, "¡Oh qué gorda palomilla!,
dice, ¡oh qué gazapillo delicado!
Tendrá el riñón cubierto a maravilla;
ha de ser sabrosísimo bocado,
si le relleno y le aso a la parrilla".

Cargar con él, diciendo así, pretende;
mas la trabada red se lo defiende.
En esto, aquel grande ojo volteando,
a Durindana vió; suelta la maza,
la espada toma, y en las mallas dando,
las rompe poco a poco y despedaza;
todo se cimbra y se contuerce Orlando,
cual malhechor que azotan en la plaza,
y como un toro que agarrochan, muge;
bajo los golpes la armadura cruje.
Más no brinca un león que desgarrada
ha dejado la trampa a diente y uña,
como él brincó; y estando sin espada
la maza del jayán resuelto empuña.
Mucho se escandaliza el camarada
de verlo, y entre dientes refunfuña,
teniendo a gran ofensa y desacato
que piense resistirle un mentecato.
Armas diversas cada cual ensaya
de las que a ejercitar hubo aprendido;
la clava el Conde, que era un tronco de haya,
manejando brïoso y atrevido,
tener procura al enemigo a raya;
y en manos del ciclope enfurecido
apenas verse Durindana deja,
y en el aire un relámpago semeja.
Por más porrazos que Roldán redoble,
encuentra siempre la invencible espada;
y siendo el monstruo de estatura doble,
aun con aquel bastón desesperada
cosa fuera llegarle a parte noble.
Pero tuvo una gran corazonada:
mira el de Zambardino, el suyo bota,
y de aquel otro arranca una pelota.
De Zambardín la clava, como dije
en otra parte, tres pelotas tuvo;
de éstas la que creyó más gorda, elige
Roldán, y desganchado que la hubo,
al ojo del ciclope la dirige
y parece que el tiro haciendo estuvo
un cuarto de hora, pues de aquella herida
le rompió el ojo y le quitó la vida.
Orlando a Dios las gracias retribuye;
y cátate que vuelve el hermitaño.

Aun muerto el monstruo tal pavor le influye,
que torna arredro, recelando engaño;
acércase otra vez, y otra vez huye;
y así se hubiera estado todo el año,
si riendo Roldán no le llamara,
y le mostrase la difunta cara.
Al conde dice: "¡Insigne caballero,
que favor tanto al cielo mereciste!
Suplícote, y si cabe, te requiero
vayas y a los que encierra aquella triste
mazmorra des la libertad. Yo espero
poder guïarte allá, si Dios me asiste;
pero si más jayanes hay, te digo
que solo vas; no hay que contar conmigo".
A la caverna fué guïado el Conde,
y desde afuera a los cautivos grita.
Con doloridos ayes le responde
la pobre gente que en su centro habita.
Bajo un peñasco el boquerón se esconde,
y el removerlo esfuerzo necesita
más que mortal; del uno al otro lado
lo tiene una cadena asegurado.
¡Oh Conde! ¡Oh diestra invicta! No hay terrena
cosa que a tu pujanza no sucumba.
De un tirón hace trizas la cadena;
empuja el gran peñasco y lo derrumba;
vuelve la luz a los que en sombra y pena
guardaba esta de vivos honda tumba.
Todos besan la mano al paladino,
y toma cada uno su camino.
Roldán a Brilladoro cabalgando
llegó, no sé si con feliz estrella,
a cierta encrucijada, y meditando
por qué rumbo camine, hace alto en ella.
Fortuna caprichosa, enderezando
sus pasos hacia Angélica la bella,
al verle tanto en elegir confuso,
un mensajero allí traer dispuso.
"¿A dónde bueno?", el Conde le demanda.
"De Albraca vengo, y voy a Circasia,
responde el caminante, que me manda
en busca de socorro el ama mía,
contra la cual poderes grandes anda
juntando ahora el Kan de Tartaría,

que da en amarla con amor tan fuerte
como ella le odia, que es a par de muerte.
"El padre de la niña, Galafrón,
como prudente príncipe y sagaz,
y que no gusta de tener cuestión
con el tal Kan, que es hombre contumaz,
querría, o con razón o sin razón,
que se casara y le dejase en paz;
pero entre éstas y esotras la liviana
niña se fué de casa una mañana.
"Por último, en la Albraca se ha metido,
plaza famosa, bien fortificada,
que del Catay, su patrio imperio y nido,
poco más distará de una jornada.
Angélica es su nombre, conocido
de polo a polo por estar dotada
de hermosura divina, que sin duda
hará venir el mundo a darle ayuda".
Orlando, que la cuenta al fin por suya,
pues de ser la que busca está seguro,
todo es contento, júbilo, aleluya.
Cabalgando a lo claro y a lo oscuro,
rodeaba un peinado monte, a cuya
falda un raudal se ve sonante y puro,
y una marmórea puente en él, y en ella
con una copa en mano una doncella.
La cual se inclina al Senador romano,
y así le dice en acto reverente:
"¡Oh caballero, en quien se dan la mano,
si tu gentil presencia no me miente,
lo valeroso y lo cortés y humano!
Fresco licor de cristalina fuente
a gustar te convido en este vaso;
si lo rehusas, te es vedado el paso.
"Hereditaria usanza y pleitesía
sólo pasar permite al que lo pruebe".
Orlando, que lo tiene a cortesía,
le da las gracias, toma el vaso y bebe.
Pero no bien aquel brebaje enfría
el seco labio, el alma se conmueve
toda del paladín; nada concibe
de lo pasado; nueva vida vive.
No se le acuerda si es o no es Orlando,
ni sabe si tal Francia hay en el mundo,

ni dónde está, ni cómo vino o cuándo;
su amor de ayer olvido es hoy profundo.
Iba de diestro a Brillador llevando
la ninfa; al paladín meditabundo,
o estúpido más bien, el frontispicio
aparece de espléndido edificio.
Tiéndense al derredor ledos vergeles,
que jamás entristece helada bruma;
alternan con las palmas los laureles,
y a la vid su purpúrea carga abruma;
asoman entre rosas y claveles
cárdeno lirio y pálida ariruma;
y en el ambiente embalsamado el alma
bebe serena paz y dulce calma.
Jamás allí pesar, jamás cuidado,
ansia, temor, los corazones lima,
ni del fastidio el enojoso estado
que la felicidad miseria estima;
contento cada cual y bien hallado
goza de aquel jardín la copia opima,
sin que secreto sinsabor le asalte
de que a su dicha cosa alguna falte.
Ni arquitecto jamás greciano o moro
fábrica diseñó tan elegante,
como en la que, oprimiendo a Brilladoro,
entra el fuera de sí señor de Anglante;
bellos follajes y arabescos de oro
ostenta sobre el mármol rutilante
cada columna y arquitrabe y friso;
y escaqueado jaspe forma el piso.
Orlando se apeó de Brilladoro,
que la dama llevaba de la brida;
y viendo a poco trecho un ledo coro
de ninfas, agregóse a la partida;
de canto y danzas el rumor sonoro
a placer y deporte le convida.
Mas de volver es hora, que ya escaso
me viene el tiempo, al noble rey Gradaso.
Con el arnés que de Sansón fué un día,
altivo el paso y la actitud gallarda,
al sitio marcha en que lidiar debía,
y a su rival tranquilamente aguarda.
Las diez, las once son, ya es mediodía;
mucho el barón de Montalbano tarda.

Podéis pensar si tiempo largo espera
a quien va tantas millas mar afuera.
Viendo que su contrario no ha llegado,
y de luces el cielo se tachona,
de verse así tratar vuelve indignado
al campo, y a la ira se abandona.
¿Pues qué hará Ricardeto desgraciado
que oye el cántico ya que el gallo entona,
y qué sea de Reinaldos no adivina?
Tanto tardar le dió muy mala espina.
Mas no tanto le aqueja el sentimiento,
que no haga en tal conflicto lo que debe;
manda a todo el cristiano campamento
que a dar la vuelta se disponga en breve;
y cumplida la orden fué al momento,
y todo, antes que raye el sol, se mueve,
sin que sospeche el rey Marsilio nada,
cuya hueste a gran trecho está acampada.
Cabalga Ricardeto dolorido,
llevando a Carlomagno la almofalla;
Gradaso, avinagrado, embravecido,
pone su gente en orden de batalla;
y el mísero Marsilio, que ha perdido
la flor de sus guerreros, teme y calla;
creyendo que le plantan sus aliados,
mesábase las barbas a puñados.
Abominando del francés linaje,
viene y se echa a los pies del Sericano,
y le pondera el recibido ultraje,
y a los ausentes carga bien la mano;
obediencia le jura y vasallaje,
y en conclusión, el rey Zaragozano
y el del Oriente hicieron alïanza,
y en buena se trocó la malandanza.
Su hueste Ricardeto ha conducido,
y hace en París la cosa manifiesta.
Levántase en la corte gran rüido,
toda en extrañas confusiones puesta.
Dicen los maganceses al oído:
"Huele a traición a tiro de ballesta".
Ni aun los amigos de Reinaldos hallan
cómo abonarle, y de corridos callan.
Mientras a dobles marchas las legiones
caminan a París del rey Gradaso,

Carlos convoca pares y barones
para tratar de lo que pide el caso.
Previenen torres, fosos, bastïones,
y en derredor se deja el campo raso.
Súbitamente un atalaya avisa
que la enemiga hueste se divisa.
Dan las campanas grandes badajadas;
el pueblo grita, alármase la tierra;
ondean las banderas desplegadas;
suenan los instrumentos de la guerra;
las gentes corren por la calle armadas;
la puerta del alcázar se abre y cierra.
Mándase a Urgel Danés que al campo saque
la primer banda, y dé el primer ataque.
Gradaso la gentuza sarracina
en cinco divisiones acomoda;
es india la primera y abisina;
está tiznada como el diablo toda;
a mandarlas dos príncipes destina;
Urnaso el uno, el otro era Grancoda;
el cual Urnaso ciertos dardos lleva,
de cuyas puntas no hay loriga a prueba.
A Berra la segunda escuadra toca,
que, como un jabalí, tiene la cara;
sálenle dos colmillos de la boca,
largos como la sesma de una vara;
y le acompaña el negro Brutarroca,
que alabardas gordísimas dispara
con un grande arco que dos brazas mide;
a la Etiopía asiática preside.
Sigue la escuadra del gigante Alfrera;
la cuarta es de Marsilio y española;
y rige el rey Gradaso la postrera,
que de sus sericanos era sola;
gente bizarra, impávida, guerrera,
que azules estandartes enarbola.
Principia la función. Hacia el monarca
Grancoda aguija, Urgel de Dinamarca.
Es de doce mil hombres la brigada
de Urgel Danés; lozana tropa y bella,
que del Norte en las nieves engendrada
cuanto encuentra baraja y atropella.
Dando a su dromedario una pinchada,
el rey Grancoda se arrojó sobre ella;

pero el Danés arrepentir le ha hecho,
metiéndole la lanza por el pecho.
Tenerse en los estribos no le vale,
que se enflaquece todo y se marchita;
fuerza es que caiga y que la vida exhale
entre la negra sangre que vomita.
Mas, contra Urgel, Urnaso al medio sale,
y con soberbia y cólera infinita
le tira un dardo; pasa el dardo esquivo
escudo y peto, y llégale a lo vivo.
Arremete el Danés con ciego arrojo;
y tírale el follón, que alerta estaba,
segundo dardo, que de sangre rojo
en el hombro siniestro se le clava.
"Pagármela has, bergante, si te cojo",
Urgel, bramando de dolor, gritaba.
Urnaso, al verle cerca, no se empacha;
bota los dardos y enarbola el hacha.
Y no me causa el hacha tanto miedo
como el caballo, que cabalga Urnaso,
que tiene un asta, a que no falta un dedo
para una vara; y temo andar escaso.
Mas la medida yo del canto excedo,
y tal vez a enfadaros me propaso;
cumple ensayar más alto contrapunto,
para el que sigue serio y grande asunto.

CANTO VII

LA BATALLA DE PARÍS

Mortales, cuyas almas atosiga
el hipo de ser grandes y señores,
¿por qué con tanto afán, tanta fatiga,
a caza andáis de mandos y de honores?
Lo que oro se os antoja es baja liga
que, a pesar de mentidos esplendores,
en el crisol de un sano juicio puesta
no vale la mitad de lo que cuesta.
Ese poder, grandeza, imperio, estado,
justo o no justo es menester que sea.
Si lo primero, aquel que en encumbrado
destino se encopeta y contonea,

sepa que es sólo un siervo asalariado
para que al bien de los demás provea,
sin gozar el placer un hora sola
de dormir y dejar correr la bola.
Al pueblo ha de mirar como un rebaño
que a fuer de buen pastor ampare y cele,
no como duro mayoral extraño
que sin cesar le exprima y tunda y pele;
y si algo yerra, no se llame a engaño,
antes, por más que afane y se desvele,
sepa que el mundo de la culpa ajena
más de una vez le hará sufrir la pena.
Si lo segundo, ¿qué voraz gusano,
qué aguda espina, qué veneno oculto
el alma no atormenta de un tirano?
En cada estruendo un popular tumulto
le toca al arma; con puñal en mano
cree ver un asesino en cada bulto;
la conciencia entre holandas le trabaja,
y al pobre envidia su jergón de paja.
Yo comparo uno de estos desgraciados
que por tener del mundo el gobernalle
viven entre zozobras y cuidados,
a un palaciego que anda por la calle
cubierto de galones y bordados,
echando piernas y luciendo el talle,
mucho brinquillo, mucha placa al seno,
y por debajo está de lacras lleno.
Venid, los que pensáis que un soberano
de la común herencia está excluído,
y ved a este infeliz de Carlomano
en el berenjenal que está metido.
Nadie más justo fué ni más humano;
fué un santo hombre, fué un príncipe cumplido;
pues ved las tempestades que endereza
Fortuna a su corona y su cabeza.
Cual la presente fué, que el rey Gradaso,
por un pueril antojo impertinente,
le suscitó; y en la que el indio Urnaso
sobre la bestia de cornuda frente
iba, como os conté, más que de paso
contra el Danés, a quien furiosamente
arremetió, llevando el hacha alzada.
Pero no le valió la furia nada.

Porque Urgel de un horrífico altibajo
cabeza y tronco hasta el arzón le parte,
si bien le dió el caballo harto trabajo,
que, en el acometer tomando parte,
a Urgel de una cornada al suelo trajo;
y si no fuera el grueso talabarte,
que un tanto al golpe la violencia gasta,
en las entrañas le embutiera el asta.
En tres partes Urgel se hallaba herido;
al hospital en brazos fué llevado.
Y en esto Brutarroca fementido
llegó, sobre un camello encaramado.
Representaba un negro dios Cupido,
aunque, a decir verdad, algo barbado.
Medio desnudo el mastinazo estaba;
en la siniestra el arco, al hombro aljaba.
El colmilludo Berra le acompaña;
y a guisa de ambulantes campanarios
van cubriendo de sombras la campaña
elefantes de guerra y dromedarios.
Carlos a Salomón, rey de Bretaña,
mandó sacar sus diestros sagitarios;
va Ricarte con él, y don Gaiferos,
de Melisendra esposo, y Oliveros.
De San Dionís la puerta abre camino
al ya canoso Naimo de Baviera
con sus hijos Otón, Avolio, Avino
y Bellenguer de roja cabellera.
Con Guido de Borgoña va Angelino,
y con Hugón, Dudonio sale fuera.
El suelo se estremece a gran distancia
bajo las huestes de la invicta Francia.
Carlos en tanto al cielo justiciero
aplacar manda en ceremonias pías,
y en grave canto el religioso clero
misereres entona y letanías;
suena a extramuros el rumor guerrero
de trompas, atabales, chirimías;
responden en París quirieleisones,
al son de las campanas y esquilones.
Ya, pues, que satisfizo a lo cristiano,
con lo Real cumpliendo y lo valiente
sale sobre Bayardo Carlomano,
y de los suyos se coloca al frente.

Todos a un tiempo embisten al pagano;
relumbran mil espadas juntamente;
cada cual taja, pincha, hiende, parte;
no vió jamás tan bella fiesta Marte.
Por donde cabalgando va Oliveros,
deja Altaclara un sanguinoso lago;
vale ella sola por cincuenta aceros;
primero se ve el golpe que el amago;
caballos caen, trabucan caballeros;
no hubo jamás tan espantoso estrago;
corre el varón, y marca doble hilera
de amontonados troncos su carrera.
Amenazando Berra se le encara,
ni a detenerle un punto es suficiente,
porque con un mandoble de Altaclara,
entre ojo y ojo, y entre diente y diente,
en dos mitades el marqués la cara
partida le dejó tan justamente,
como si en la balanza para esto
antes del golpe las hubiera puesto.
Y tan sabrosa le quedó la mano
que por do más tupidos y más llenos
los escuadrones ve, rompe lozano,
hasta llegar a donde con no menos
donaire y ligereza Carlomano
iba despabilando sarracenos,
y el campo henchía, a tajos y reveses,
de sangrientos cadáveres y arneses.
A Carlos, Brutarroca se presenta,
flechador de alabardas y lanzones.
Carlos, como un venablo, se le avienta,
hincados a Bayardo los talones;
y de un lanzazo le ajustó la cuenta
pasándole costillas y pulmones.
Revuélcase en la arena Brutarroca,
y vierte negras ondas por la boca.
Pero mientras Bayardo corre, al paso
le sale aquella bestia del gran cuerno,
que fué caballo del difunto Urnaso,
la cual, sin dueño ahora y sin gobierno,
va haciendo entre las filas el fracaso
que en el bosque una ráfaga de invierno.
Topa a Bayardo y cornearle intenta;
Bayardo no se turba, ni amedrenta.

Con gran serenidad y gran frescura,
vuelta la grupa, dale un par de coces,
que le estampó en los sesos la herradura;
y rompe por do tantas, tan atroces
fases muestra la lid, que por ventura
dijérades que sólo allí feroces
guerreros hay, coraje, ira, matanza,
y todo lo demás es burla y chanza.
Alfrera con el mástil que engarrafa,
a los cristianos da tremenda zurra;
a la gente que toca deja gafa;
la que coge de lleno, despachurra.
En mirando venir la gran jirafa,
nadie tiene lugar, que no se escurra;
sólo Turpín osó salir delante;
Alfrera con gran sorna le echa el guante;
Y a la cintura se lo prende y ata,
a guisa de corneta o de tintero.
Tras esto de camino se arrebata
a Pinabel y a Otón y a Bellenguero,
y, de los tres hecho un manojo, cata
que vuelve a los cristianos el trasero.
Al rey Gradaso los llevó en presente,
y torna a la batalla nuevamente.
Torna el jayán de nuevo a la batalla,
y empieza a machucar que se las pela.
Hete aquí de Marsilio la canalla,
con Ferragú, Morgante y Espinela.
¡Oh cuánto escudo y cuánta fina malla
y cuánta lanza en mil fragmentos vuela!
Cuál hiere, cuál retorna, cuál repara;
crece la confusión y la algazara.
El marqués Oliveros vió la brega,
y del Emperador se puso al lado;
el normando Ricarte se le llega,
y Gano, de sus condes escoltado;
Dudonio, que una gorda maza juega,
Alardo, Guido, en pelotón cerrado,
cargan, como avenida repentina,
sobre la nueva chusma sarracina.
Con Ferraguto encuéntrase Oliveros,
y casi desarzónale el pagano;
rotas entrambas lanzas, los guerreros
tornaron a embestirse espada en mano.

Con Espinel se apechugó Gaiferos,
el rey Morgante con el conde Gano,
con el Califa el duque de Baviera,
hombre con hombre, hilera con hilera.
Cupo a Dudón, Grandonio, aquel gigante
que alcaide un tiempo fué de Barcelona.
Las mazas van y vienen cada instante,
y toda se magullan la persona.
El rey Marsilio embiste al Imperante;
pero se arrepintió de la intentona:
descabalgado sin remedio fuera,
si a punto Ferragú no le acorriera.
Ferraguto se aparta de Olivero
para asistir al rey Zaragozano,
y el marqués, como noble caballero,
fué en ayuda también de Carlomano;
cada cual de los cuatro es buen guerrero,
de valeroso pecho y presta mano;
mas Carlos, que a Bayardo cabalgaba,
a sí mismo esta vez sobrepujaba.
Ninguno al compañero pone mientes,
que por su parte a qué atender le sobra;
tregua no dan las hojas inclementes;
cada cual cuanto sabe pone en obra.
Bonanza en tanto gozan nuestras gentes,
y la pagana multitud zozobra;
a tierra va de España la bandera;
se desparpaja la brigada entera.
Marsilio, que intentaba detenella,
hubo de acompañarla en la corrida;
también es el Califa envuelto en ella,
y síguele Morgante a toda brida;
iba Espinel pisándole la huella,
y Serpentín se agrega a la partida;
unos huyen por fuerza, otros por gusto;
sólo hace rostro Ferraguto adusto.
Cual tigre de monteros acosado,
aun en la fuga espanta y amenaza;
ya a los cristianos cede mal su grado,
ya a los que se la daban él da caza;

4664. En las otras ediciones, a partir de aquí hasta el verso 4856, el orden de las octavas se halla trastrocado. Rectificamos de acuerdo con el manuscrito, que por otra parte sigue el original italiano. (Comisión Editora. Caracas).

pero tantos le cargan, que forzado
se vió por fin a abandonar la plaza,
y a no llegar en este punto Alfrera,
muerto sin duda alguna o preso fuera.
A duros golpes del bastón tremendo
el jayán las hileras aportilla;
Galalón, como un pájaro va huyendo;
a Guido y Naimo arroja de la silla.
Pero viene, llamada del estruendo,
de valerosa gente una cuadrilla.
Dudón le asalta y Carlos y Oliveros;
bríllanle en torno a un tiempo veinte aceros.
Quién de lado le amaga, quién de frente;
seria va pareciéndole la cosa;
háselas el jayán con una gente,
ágil a reparar, a herir brïosa.
La jirafa se mueve lentamente,
como bestia de suyo perezosa.
Los otros cargan; solo está; no hay caso;
corre aturdido en busca de Gradaso.
El Sericano que le vió venir,
y antes le tuvo en opinión tal cual,
en altas voces le empezó a reñir:
"¿A dónde vas, follón? Tente, animal.
¿Cómo vergüenza no te da de huir
con ese corpachón descomunal?
Ocúltate a mis ojos, y cuidado
no vuelva yo en mi vida a verte armado".
Dijo: y al ver que ya su campo embisten
las enemigas huestes, vuelve airada
la cara a los monarcas que le asisten;
los cuales, entendiendo la mirada,
la armadura le traen, se la visten,
le calzan las espuelas, y la espada
le ciñen, puestos a sus pies de hinojos,
y no osan de la tierra alzar los ojos.
El tumulto entre tanto y vocería
llegaba hasta la tienda de Gradaso;
y presumiendo que, pues no salía,
estaba ausente el rey, o enfermo acaso,
daba por suyo nuestra gente el día,
y más que el sol bajaba ya al ocaso.
Llena de confïanza y de contento
comenzaba a pillar el campamento.

Como cuando, amarrado un toro bravo,
el vulgo se le acerca, y por juguete
uno el cuerno le toca, y otro el rabo;
si rotas las prisiones arremete,
se desparpaja de este y de aquel cabo
sin saber la canalla do se mete;
y creyendo que el toro los atrapa,
éste deja la gorra, aquél la capa;
Así, cuando se oyó *Gradaso viene,*
huyendo cada cual se destalona,
y nadie que lo ha oído, se detiene
a ver si es grande o chico de persona;
ni sabe a dónde va, ni a qué se atiene;
las armas tira, y todo lo abandona.
Sólo Carlos quedó; quedó Oliveros;
y no sé cuántos otros caballeros.
Picó Gradaso la guerrera alfana,
y a Dudonio arrojó cabeza abajo;
Ricarte cae también de buena gana;
ni le da Salomón mucho trabajo.
Mientras tunde la hueste sericana
los míseros franceses a destajo,
volando el bravo rey, cual torbellino,
se lleva cuanto encuentra de camino.
No toca con la lanza al conde Gano,
que con sólo el amago le esparranca;
al encuentro le sale Carlomano,
y la silla también le deja franca.
Él a Bayardo entonces echa mano;
pero el bruto gentil le vuelve el anca
con una discreción que maravilla,
y asiéntale una coz en la espinilla.
Y como si a llevar fuese la nueva,
dando bufidos por París entraba.
Valió a Gradaso la encantada greba;
si no, la pierna en Francia se dejaba.
No se puede tener por más que prueba,
y el dolor cada instante se le agrava;
en brazos a su tienda es conducido,
y allí de cirujanos asistido.
Entre los cuales un anciano había
que llamaban maese Ferriducho,
perito en herbolaria y cirugía,
a quien por eso el rey preciaba mucho

Si alguno pierna o brazo se rompía,
sanaba luego aquel doctor machucho
la parte enferma, sin dolor ni gasto,
sólo con aplicarle un cierto emplasto.
Éste, después que al rey la herida observa,
no sé qué voces mágicas murmura.
De malva haciendo, aloe y contrayerba
y díctamo de Creta una mistura
aplícasela en forma de conserva;
y dos minutos no tardó la cura.
Gradaso, habiendo un poco reposado,
sobre la alfana se presenta armado.
Más que nunca soberbio al campo vino.
He aquí la tempestad, huya el que pueda.
El marqués Oliveros al camino
osó salir, y fué a estampar la greda.
Hugón y Avolio con Beltrán y Avino,
y si algún otro de los buenos queda,
todos de aquella lanza derribados
fueron, y todos van aprisionados.
Ya voz de capitanes no es oída;
ya nadie a los infieles hace cara;
arrancan los cristianos de estampida;
llega a París la gresca y la algazara;
en donde, siendo la prisión sabida
de Carlos y los otros, cosa es clara
que en nuevos armamentos no se piensa,
pues no se ve manera de defensa.
Pone la voz el vulgo en las estrellas;
y a los sacros altares acogidas
las madres y las tímidas doncellas,
mandan a Dios plegarias doloridas.
Oyó el Danés la grita y las querellas;
el Danés, que postrado a las heridas
que recibió lidiando con Urnaso,
a duras penas puede dar un paso.
De rabia y de piedad llorando junto,
después que las heridas unge y venda,
se arma; y porque el caballo no está a punto,
que al campo se le traigan recomienda;
y a donde juzga estar más en su punto,
no la contienda (que ya no hay contienda),
sino la atroz horrífica matanza,
a pie va, sustentándose en la lanza.

Llega a la puerta; encuéntrala cerrada,
y de la densa turba oye el lamento,
que en vano a entrar se agolpa, y a la espada
de los contrarios muere ciento a ciento.
Teme el alcaide, abriendo, dar entrada
al enemigo, y no sin fundamento;
a todo el mundo, pues, abrir rehusa,
por más que se le ruega y se le acusa.
"La puerta, dice Urgel, abre al instante;
el defenderla corre a cuenta mía".
"Del puesto, dice el otro, soy garante;
a mi padre que fuese no abriría".
"Ya no hay paciencia, clama Urgel, que aguante;
ha de costarte caro tu porfía".
Huyó el alcaide; Urgel de un hacha afierra;
la puerta a cuatro hachazos echó a tierra.
El puente cala Urgel; y sobre el puente
la desbandada multitud francesa
de tropel se abalanza, cual torrente
que rompe en el invierno la represa.
Sigue a los fugitivos la inclemente
turba pagana; pero asaz le pesa;
a diestro y a siniestro esgrime el hacha
Urgel, y cuatro a cuatro los despacha.
Cuál es hasta París arrebatado
envuelto entre la chusma fugitiva;
cuál de hombres y caballos muere hollado;
y a cuál del puente abajo Urgel derriba;
uno, vivo y entero es derrocado;
otro, cabeza o tronco deja arriba;
hombres, caballos, armas van al foso,
turbio todo a la vista y sanguinoso.
Mas, crece por instantes la faena,
que, saltando en el puente Serpentino,
taja de un lado y otro la cadena,
y da franco a los suyos el camino.
Urgel levanta el hacha; y si por buena
fortuna no llevara un yelmo fino,
y encantado también, según sospecho,
quedaba el español pedazos hecho.
Del Sericano rey toda la corte,
y del campo pagano llega el grueso.
Cercado está a poniente, a sur y a norte;
mas el Danés no echó el pie atrás por eso;

orden da de que el puente se le corte,
mientras él de la lid sustenta el peso;
y salvos los cristianos de esta suerte,
con leda cara va a buscar la muerte.
Con mil combate a un tiempo y con Gradaso,
que, avergonzado, en alta voz ordena
que todo el mundo vuelva atrás el paso;
y desarmando a Urgel con poca pena
(como a quien tiene el cuerpo enfermo y laso
vertiendo rojo humor por cada vena)
manda que se le asista y se le lleve
con el honor que a la virtud se debe.
Fuera París tomada fácilmente,
sino que ya la noche oscurecía.
Óyese de campanas son doliente
que hace a dolientes voces armonía;
en miedo y llanto la infelice gente
aguarda el venidero infausto día
en que ha de ser París abandonada
a destrucción, a saco, a fuego, a espada.
Estaba por entonces arrestado,
como sabéis, Astolfo en la Bastilla;
por todos y por todas olvidado,
merced a Galalón y a su pandilla.
Era a charlar el duque aficionado;
soltósele esta vez la tarabilla:
"¡Cómo se ve que el Sericán lo entiende,
dice, que a tal sazón la guerra emprende!
"Hubiera yo salido a la pelea,
y otro gallo al tal rey le cantaría.
Sabe dónde le aprieta la correa;
mas hay sol en las bardas todavía;
pues quiera Dios que en libertad me vea,
hará triunfar su causa, que es la mía.
Veremos a quién debe Carlomano
su corona, si a mí o al conde Gano".
Gradaso al regocijo se abandona;
no cabe de contento y de ufanía;
preséntasele Alfrera y le perdona;
todo es favor, merced, galantería;
tan alegre jamás le vió persona
ni de tan buen humor, como aquel día,
imaginando que a Bayardo oprime
los lomos ya, y a Durindana esgrime.

Afable al rey de Francia da la mano,
y a par de sí con grande honor le sienta.
"Señor, le dice, un pecho soberano
de honor sólo y de gloria se alimenta;
de la diadema y del aplauso humano
reputo indigno al rey que se contenta
del ocio vil, dejando que la pompa
y la molicie a la virtud corrompa.
"Si del Oriente vine, fué por eso,
y no por tu corona y tu riqueza;
que apenas basto a sostener el peso
de la que ha puesto el cielo en mi cabeza.
Pues hoy en mi poder te he visto preso,
ha llegado a su colmo mi grandeza;
y ni trofeo ni alabanza alguna
queda, con que me tiente la Fortuna.
"El reino, pues, te restituyo entero;
no pienso en cosa tuya poner mano;
tan solamente que me entregues quiero
el corcel del barón de Montalbano,
que tan noble animal a un caballero
no ha de servir tan ruin y tan villano;
y en un año de plazo a Sericana
harás venir la espada Durindana".
Carlos a prometerle no fué tardo
corcel, espada, y más, si más desea.
"Está bien, dice el rey; pero Bayardo
quiero que luego aquí traído sea".
En busca suya va a París Alardo,
donde Astolfo, que suelto regentea,
incontinenti que hubo Alardo expuesto
la comisión que trae, le intima arresto.
Y luego de su parte va un heraldo
a retar a Gradaso y a su gente;
y que si dice que mató a Reinaldo,
o le puso en prisión o en fuga, miente;
que Carlos con lo suyo pague el saldo,
pues Bayardo es de dueño diferente;
y ya que de otro modo nada avanza
venga el rey a ganarlo lanza a lanza.
Movido a risa más que a indignación
con esta singular mensajería,
pregunta el rey Gradaso qué barón
es el que tan civil recado envía.

"Señor, responde Gano, es un bufón
que a toda nuestra corte entretenía;
de lo que diga no hay que hacer aprecio,
ni dársete cuidado, que es un necio".
"Pues necio o no, repuso el Sericano,
él es hombre de espíritu sin duda.
No piense con su labia el conde Gano
que de lo que es razón me tuerce o muda.
Harto a vosotros me he mostrado humano.
Retado, al reto es menester que acuda.
Decid al duque Astolfo que le espero,
y que venga en Bayardo caballero.
"Al cual, si me le gano con la lanza,
ya no seré a cumpliros obligado
los partidos que os hice en confianza
de que el corcel se me iba a dar de grado".
Mucho con esta súbita mudanza
quedó el Emperador amostazado,
pues la corona, imperio, estado sumo
que pensó recobrar, ve vuelto en humo.
Astolfo, apenas la mañana apunta,
sobre Bayardo se presenta armado
con tanta perla y tanta joya junta,
que un cielo semejaban estrellado;
cubierta de oro está desde la punta
la bella espada que le cuelga al lado,
y en su diestra temblando relucía
aquella hadada lanza de Argalía.
El cuerno emboca y a Gradaso reta:
"Ven, fantasmón antojadizo y loco,
que traes por vanidad la tierra inquieta;
ven, espantajo de hombres de tan poco
seso como el rapaz que se desteta,
que le dicen *Gradaso* en vez de *el Coco;*
y venga, si quisieres, a tu lado
el gigantón de Alfrera tu privado.
"Venga Marsilio y venga Balugante,
y toda la española guapería;
Grandonio venga, aquel soez gigante
que ya otra vez probó la lanza mía;
y venga Ferraguto el arrogante,
que en su encantada piel tanto confía;
venga toda tu gente. ¿Por qué tarda?
Un solo caballero es el que aguarda".

Estuvo un rato el rey Gradaso atento,
oyendo al caballero del Leopardo;
poco le ocupa el Duque el pensamiento,
toda le lleva la atención Bayardo.
Hecho el acostumbrado cumplimiento,
así razona al paladín gallardo:
"Díceme Gano que no tienes juicio,
y eres bufón de corte por oficio.
"Otros, aunque aturdido y calavera,
dicen que en la ocasión eres discreto,
garboso, bravo. Sea lo que Dios quiera
(que yo en vidas ajenas no me meto),
a tu llamado vengo, como hiciera
al del más alto y principal sujeto;
mas en cayendo, que caerás de fijo,
venga el caballo; nada más exijo".
"Suele la cuenta errar el que la ajusta,
responde Astolfo, ausente el hostalero.
Tuyo será, si vences en la justa,
este caballo y cuanto valgo; empero,
venciendo yo, propongo, si te gusta,
que restituyas a su ser primero
a todos los cristianos; y al Oriente
podréis marcharos libres tú y tu gente".
"Que me place, responde el Sericano;
la condición que has dicho acepto y juro".
Y revolviendo, y en la diestra mano
blandiendo aquel lanzón rollizo y duro,
no ya postrar creyera un cuerpo humano,
mas arrancar de su cimiento un muro.
El Duque la encantada lanza blande;
la fuerza es poca; pero el alma es grande.
Gradaso mete piernas a la alfana,
y a encontrarle va Astolfo como un viento.
En el escudo al rey de Sericana
pone la mira, a derribarle atento;
y la Fortuna le otorgó liviana
que se saliese con su loco intento;
apenas el escudo toca el Duque,
es fuerza (claro está) que el Rey trabuque.
Vese el altivo Rey tendido en tierra,
y a duras penas cree lo que le pasa.
"¡Oh cuánto el hombre, exclama, oh cuánto yerra!
¡Oh cómo el cielo las venturas tasa!

Vaya que salgo airoso de la guerra;
sin gloria y sin honor me vuelvo a casa;
paciencia y barajar. Ven, oh valiente
caballero cristiano, por tu gente".
El Rey al Duque de la mano guía
haciéndole las honras que es debido.
Nada en el campamento se sabía;
pero todo se daba por perdido.
Carlos al duque Astolfo maldecía,
llamándole de loco y de aturdido.
"¡Ay!, dice, llegó el fin de los cristianos";
dase calabazadas a dos manos.
Astolfo llega, y dice en tono airado
(confirmando Gradaso el fingimiento):
"¿Qué es de ti, Carlomagno desastrado?
Ya toda tu fanfarria es sombra y viento.
Si estuviera Reinaldos a tu lado,
y Orlando, y algún otro que no miento,
en tanta afrenta no se hubiera visto,
como hoy la ves, la santa fe de Cristo.
"Por dar oído y gusto a unos malsines,
oprobio de tu juicio y de tus canas,
extrañaste de ti dos paladines
que de tu trono un tiempo eran peanas.
Con los principios dicen bien los fines:
saca la cuenta y mira lo que ganas.
¿Dónde tu favorito se entretiene,
que a libertarte de prisión no viene?
"¿De qué sirve que un hombre se desviva
sirviendo a quien servicios no agradece,
y con quien sólo el lisonjero priva,
llevando el prez que la virtud merece?
Allá se las avenga el que reciba
leyes de quien le agravia y le escarnece.
Me voy de este país infortunado,
y dejo a quien lo quiera mi ducado.
"Renuncio sangre, ley, naturaleza;
y al buen señor de Sericana sigo,
que me hace su bufón, por la fineza
y los buenos informes de un amigo.
Me empeñaré, señores, con su alteza,
para que os lleve, si queréis, consigo;
Carlomagno será su repostero;
Urgel, escanciador; Turpín, barbero.

"Y pues merced le debo, no pequeña,
galopín de cocina será Gano,
si no quiere más bien cargar la leña
sobre esas espaldazas de villano.
Fortuna me será más halagüeña
bajo mi nuevo invicto soberano,
que no se paga de servil lisonja,
ni con el fasto y el poder se esponja".
Si está Carlos mohino y cabizbajo
oyendo tal, considerar se deja;
es tanta la soltura y desparpajo
de Astolfo, que decir verdad semeja.
Mirándole Turpín de arriba abajo,
"¿Será posible, exclama, que esta oveja
se desbarranque?" "Sí, gran marrullero,
dice el inglés, desbarrancarme quiero".
Lloraba el viejo Naimo como un niño,
Urgel lloró, lloró toda la gente.
No pudo Astolfo al natural cariño
resistir más, y en acto reverente
dice al Emperador: "Postrado ciño
tus regios pies; recíbeme indulgente;
que, tal cual soy, he sido y seré tuyo;
la libertad a todos restituyo.
"Eres dueño de ti y de tu corona;
te vuelvo sin mancilla tus banderas;
tu sagrada magnánima persona
las adquiridas glorias guarde enteras.
Pero por lo que toca a mí perdona
si antes quiero vivir entre las fieras,
que mantener aquí perpetua lidia,
blanco de la calumnia y de la envidia.
"La libertad, señor, es mucho cuento;
sin ella para mí no hay cosa buena;
y si decir me vedan lo que siento,
ni el yantar me es sabroso, ni la cena.
Que Gano haga y deshaga, y el acento
seductor te haga oír de la Sirena;
yo de la adulación no sé el idioma,
y antes que a Gano serviré a Mahoma.
"En busca de mis primos, el de Anglante
y el ínclito señor de Montalbano,
quiero por esos mundos ir errante;
y rogándole al cielo soberano

que conserve tu vida y que levante
más y más tu poder, beso tu mano,
Emperador de Roma esclarecido,
y la licencia de partir te pido".
Todos, creyendo chanza o burla aquello,
míranse unos a otros y a Gradaso;
y hubieron finalmente de creello
cuando el vencido rey refirió el caso.
Galalón con grandísimo desuello
montaba ya su jaca; pero al paso
le sale Astolfo y dice: "Tente, amigo;
la libertad que doy no habla contigo.
"Ten entendido, pillastrón villano,
que prisionero quedas en la guerra".
"¿Prisionero de quién?" pregunta Gano.
"Prisionero de Astolfo de Inglaterra",
contesta el Duque, y luego de la mano
le toma, y dice, la rodilla en tierra:
"Señor, en honra vuestra le concedo
la libertad que retenerle puedo.
"Pero no la tendrá, si no jurare
del modo más solemne y más expreso,
que siempre y cuando yo se lo mandare,
por tres o cuatro días ha de ir preso;
y si él alguna vez lo rehusare
(pues notorio es a todos cuanto en eso
de juramentos es desmemoriado),
vos me le entregaréis, señor, atado".
Jura Gano y rejura la promesa,
diciendo en sus adentros: "¿Qué me importa?"
Sucedió en tanto al miedo la sorpresa,
y ya a todos el júbilo trasporta;
cuál da al inglés los brazos, cuál le besa;
toda alabanza les parece corta.
"Él ha salvado, el pueblo a voces canta,
la patria, la nación, la iglesia santa".
Por más que Carlomagno le festeja
(que aun la corona le ofreció de Irlanda)
constante en su designio a Francia deja,
y en busca ya de sus amigos anda;
pero antes que los halle, me semeja
que se arrepentirá de la demanda;
el tiempo lo dirá, si, Dios mediante,
la empezada labor llevo adelante.

Toma gozosamente su camino
la muchedumbre bárbara pagana;
el Sericán se fué por do se vino,
y en París Carlomagno se arrellana,
al cual, según barrunto, no imagino
he de volver en toda la semana;
que Reinaldos me llama, y me está Orlando
a más variado asunto convidando.
¡Hijo ilustre de Aimón! pisar te miro
esa ignorada playa, errante, incierto,
do tras tan largo, arrebatado giro
tu milagrosa barca tomó puerto.
Mas yo también por encontrar suspiro
(barquero humilde, tímido, inexperto)
seguro abrigo a mi bajel cascado
para volver al piélago salado.

CANTO VIII

ROCATRISTE

La guerra es punto averiguado y fijo
que la dirige Dios, no la Fortuna;
y Dios de los ejércitos se dijo
por esta causa, y no por otra alguna.
Dando palabra de no ser prolijo,
quiero, pues la ocasión es oportuna,
hacer sobre este asunto una homilía
para edificación ajena y mía.
¿Visteis jamás tan grande pelotera?
¿Tanto gigante? ¿Tanto monstruo bravo?
Momentos hubo en que no sé si diera
por el cetro de Carlos un ochavo.
Vióse él, y vió su corte prisionera;
paró su gloria en un desnudo cabo;
y cuando de salud no hay esperanza,
Astolfo llega, y la victoria alcanza.
Golïat, de una honda acerbo estrago,
Holofernes, que muere hecho una sopa,
y aquel a quien Tomiris con el trago
escarneció de la sangrienta copa,
de la prosperidad al blando halago
navegaron un tiempo viento en popa;

mas dejó su soberbia al fin postrada
un niño, una mujer, una nonada.
Vino el gran Corso, escándalo del mundo,
a quien un reino dió cada batalla,
y donde hallar pensó terror profundo,
firme virtud y heroicos pechos halla.
Al noble ejemplo, el brío moribundo
de Europa en repentino incendio estalla,
y el fallo que a un peñasco te deporta,
¡Napoleón! la tierra escucha absorta.
El vulgo estos portentos atribuye
a caprichos y juegos de Fortuna,
la cual se dice que a su antojo influye
en cuanto abraza el cerco de la luna.
Mas cuando a impulso débil se destruye
titánico poder, sin duda alguna
es porque el cielo al oprimido ampara,
y contra la injusticia se declara.
Y aunque es verdad que suelen algún día,
para probar la fe, vencer los malos,
ello la presuntuosa altanería
es humillada al fin y acaba a palos.
Mas (ya lo veo) os cansa la homilía,
y suspirando estáis por los regalos
de la apacible, deleitosa estancia
adonde aporta el Campeón de Francia.
El cual, no bien está la barca surta,
por la lozana orilla el paso mueve;
y atravesando perfumada murta,
estremecida al susurrar de un leve
soplo, que a el alma los cuidados hurta
y la fatiga al cuerpo, a rato breve
una fábrica mira grande y bella
que entre copados árboles descuella.
A un lado y otro, por diversas rutas,
florestas hay de pájaros pobladas,
pensiles, parques, lagos, templos, grutas,
por acá fuentes, por allá cascadas.
Deciros de las flores y las frutas
en jardines, vergeles y enramadas,
fuera juntaros cuanta copia opima
a cada suelo cupo y cada clima.
Conducen a la fábrica eminente
doce marmóreas gradas de colores,

y en columnas de pórfido esplendente
estriban tapizados corredores,
de donde, al manso embalsamado ambiente,
un divino concierto de cantores
y de instrumentos varios esparcía
torrentes de gratísima armonía.
Las flores y la música y la calma
que allí de los sentidos se apodera;
aquel süave olor que llega a el alma
y ya sólo al placer la deja entera;
y lo que en mi sentir lleva la palma
a lo demás, una gallarda hilera
de bellas ninfas, que a encontrarle viene,
todo al barón embelesado tiene.
Después de un gentilísimo saludo
una de ellas le dice: "Caballero,
dichosa la ocasión llamarse pudo
que te trajo a este albergue placentero,
do, si no está tu corazón desnudo
de humanas afecciones, como espero,
y lo anuncia tu garbo y apostura,
será, la que te aguarda, alta ventura".
Así diciendo, al caballero indica
el marmóreo portal del gran palacio;
luego una sala le recibe, rica,
maravillosa, de ovalado espacio;
festones la techumbre multiplica
de crisólito, de ópalo y topacio;
de alabastro el más cándido es el muro;
perfiles y cenefas de oro puro.
Entrando el caballero, en medio se halla
de bulliciosa juvenil cuadrilla
de hermosas ninfas, que al mirarle calla,
y le conduce a la más alta silla.
Una, terciada al hombro alba toalla,
hincada humildemente la rodilla,
una bacía de oro le presenta,
que los primores del cincel ostenta.
Otra, que deja en leve ropa gualda
brujulear las formas a la vista,
y prendida a la cinta lleva el halda,
y en el broche una cárdena amatista,
toma el aguamanil (de una esmeralda
labrado, la más grande que fué vista),

y derrama al señor de Montalbano
líquido aroma en una y otra mano.
Otra dama tras esto, que, ceñida
la frente de arrayán, tiene por gala
única su beldad (que, por mi vida,
la de la más encopetada iguala),
"A punto está, le dice, la comida";
y la gallarda tropa, puesta en ala,
al buen señor de Montalbán se inclina,
y a do el banquete aguarda le encamina.
Junto allí se demuestra cuanto puede
excitar al más lánguido apetito,
y no sé si la copia al arte excede,
o si lo vario es más que lo exquisito;
pues reunido pareciera adrede
para que en este número infinito
de viandas con que al gusto se festeja,
vague la vista, en elegir perpleja.
De la mesa, que entolda entre follaje
verde una red de flores olorosas,
va el caballero al superior paraje
con cuatro damas de las más donosas.
Otras, arregazado el blanco traje,
coronada la sien de blancas rosas,
ministran; y una de ellas, que el divino
néctar servir pudiera, escancia el vino.
Cuando, acabada la soberbia cena,
descubierta quedó la mesa de oro,
a una gran cuadra van de antorchas llena,
do mientras danza alborozado coro
al compás de amorosa cantilena,
de suave cuerda y de metal sonoro,
una discreta dama al distraído
barón se llega, y dícele al oído:
"¿Ves la ventura que te ofrece el cielo?
Predestinóla a ti la reina mía,
que de tu amor aguarda su consuelo,
y si quisieras más, más te daría".
Estaba el buen Reinaldos como lelo,
y a veces receloso se decía:
"¿A que el traidor de Malgesí me engaña,
y cuanto miro es todo una patraña?"
En esto el nombre oyó, por accidente,
de Angélica. Irritado basilisco

se vuelve, y con ceñudo continente
caricias, ruego, amor rehuye arisco.
No hay placer ni hermosura que le tiente;
se despeñara del más alto risco,
y en el más hondo abismo se echaría,
por no ver la que tanto aborrecía.
Por la primer salida, que halla abierta,
de esta, a su juicio, odiosa cárcel, huye.
"De nada aquí te servirá Frusberta
(teniéndole, una dama así le arguye);
lo postrero es del mundo esta desierta
ínsula, que ignorado mar circuye;
en prisiones estás, y no te queda
más arbitrio que hacértelas de seda".
Las cejas el francés airado enarca,
que sólo entonces fué descomedido;
y a la playa en demanda de la barca
corre, con el intento decidido
de abandonarse a ella, aunque la Parca
le dé por tumba el ponto embravecido.
Por la tropa de ninfas atropella,
llega al mar, ve la barca, salta en ella.
Mas heos aquí segunda maravilla:
por más que corta el agua con la espada,
así aparta la nave de la orilla
como si allí estuviese emparedada,
o a las ásperas rocas por la quilla
con cincuenta cadenas amarrada;
moverla no le es dado, más que al viento
sacar un farallón de su cimiento.
Estaba ya Reinaldos impaciente,
pensando si a las ondas se arrojase;
y al intentarlo, inesperadamente
de la costa el barquillo se desase,
y tomando la vuelta del poniente
sin que el barón la causa adivinase,
así va, que saeta no le iguala
en lo veloz, ni disparada bala.
El manto de la noche el mundo vela,
y en tanto el barquichuelo desalado
no corre por el agua, sino vuela;
y lo mejor (si aún no lo he declarado)

5360. En las otras ediciones:
por no ver lo que tanto aborrecía.

es que no se usa en él jarcia ni vela,
ni remo, ni timón; y tripulado
parece estar de duendes, y que sea
el mismo Satanás quien pilotea.
Da fondo en fin al despuntar la aurora,
que en nubes se embozó de infausto agüero.
Reinaldos desembarca, y una hora
anduvo sin destino y sin sendero,
cuando a un anciano ve, que gime y llora,
y le dice: "¡Ah Señor! Un bandolero
me acaba de quitar una hija amada;
de su inocencia y mi dolor te apiada".
Tiénela el tal en una selva espesa,
y a pie el de Montalbán y solo se halla;
mas no por esto rehusó la empresa;
antes presenta al robador batalla.
Conturbado el ladrón soltó la presa;
y luego, dando un silbo, atiende y calla;
apenas fué la seña oída, el puente
calan, de un gran castillo, que está enfrente,
De donde un jayanazo de morena
faz, erizado pelo y mirar torvo,
sale, y un dardo trae y una cadena
que el un extremo tiene agudo y corvo.
Y sin decir razón mala ni buena
el dardo arroja, que, no hallando estorbo
en el escudo, el fino arnés horada
del paladín, y encarna una pulgada.
Rïó Reinaldos desdeñosamente,
que no quedó del tiro muy contento.
A castigar la injuria fué impaciente;
pero el bribón le adivinó el intento;
la espalda le volvió y hacia otro puente
que de uno y otro lado tiene asiento
sobre berruecos de áspera barranca,
corrió como en hüída, a toda zanca.
Hay en medio del puente una argolluela;
de ella el gigante la cadena traba
metiendo el gancho, y cuando ve que vuela
el paladín tras él con furia brava,
y al puente se abalanza sin cautela,
el traidor, que otra cosa no aguardaba,
tira de la cadena, y al instante
húndense paladín, puente y gigante.

Jamás se vió invención tan rara y nueva.
Aturdido Reinaldos del porrazo,
rodando fué hasta el centro de una cueva,
en donde pie con pie, brazo con brazo,
le ata el jayán, que al hombro se le lleva,
diciendo: "No nos dieras embarazo,
y te estuvieras a pie quedo en casa,
y no te pasaría lo que pasa".
El lance, por mi vida, es apurado.
"¡Cómo Fortuna en su rigor se extrema!
dice el barón, ¿quién pudo haber pensado
tan nueva y nunca vista estratagema?
Pero que pinte lo que quiera el dado;
¡perdí el honor! ¿Qué azares hay que tema?
Lo que siento es morir como un baldío,
atado pies y manos, y hecho un lío.
"¡La voluntad de Dios cumplida sea!"
Llegan en esto al puente del castillo,
do de osamenta descarnada y fea
ocupado se ve cada portillo;
aquí una triste víctima boquea;
allá cuelga un cadáver amarillo;
de sangre están teñidos muro y suelo;
todo señales da de espanto y duelo.
Mas no el color por esto se le muda
ni al miedo da cabida el caballero.
Envuelta en largas ropas de viuda
una vieja recibe al prisionero,
de avellanada tez, flaca, barbuda,
y de un mirar desapacible, austero.
"Menguada fué la hora en que viniste,
dice, a jurisdicción de Rocatriste.
"Pero hallándose el número cumplido
de víctimas que mueren cada día,
según el rito ahora establecido
en esta malhadada estancia mía,
ten, si en algo lo estimas, entendido
que tu fin no es llegado todavía;
mas de la luz despídete, que es ésta,
¡mezquino!, la postrera que te resta".
Al solitario albergue de un oscuro
sótano el caballero es conducido,
en que un lecho le aguarda angosto y duro
y un pedazo de pan enmohecido.

Juzga llegado el término inmaturo
de su vida, y lo toma a buen partido,
que sin honor la vista le es amarga
del mundo, y el vivir pesada carga.
Postrado a la fatiga y la tristeza,
del ánima mortal doble beleño,
reclinó, como pudo, la cabeza,
y abandonóse, sin sentir, al sueño.
Mas no ha dormido el infeliz gran pieza,
cuando tocar se siente, y al pequeño
resplandor de una lámpara expirante,
el bulto de la vieja vió adelante.
La cual así le habla: "Caballero,
tu presencia gentil tanto me obliga,
que una proposición hacerte quiero
con que evitar tu muerte se consiga.
Mas por que entiendas mi designio, el fuero
que aquí se guarda es menester te diga,
y que con harta pena haga memoria
de una sangrienta y lamentable historia.
"Un caballero fué, de gran riqueza,
señor de este castillo y tierra un día;
a todos hospedaba con franqueza;
en pompa grande y esplendor vivía;
a gentes de valor y de nobleza
sobremanera honraba y distinguía;
y tuvo una señora por esposa,
tanto como leal y casta, hermosa.
"Ella, que de hermosura fué un lucero,
era llamada, no sin causa, Estela;
llamábase Damón el caballero,
y el castillo que miras, Orcanela,
que en Rocatriste conmutó el primero
nombre por lo que oirás en la secuela.
Damón, por una selva, que cercana
está a la mar, cazaba una mañana.
"Y como a un caballero acaso viera
correr el monte en forma de batida,
según costumbre suya a todos era,
a su castillo y mesa le convida.
Mi marido era el tal (¡nunca lo fuera!);
Marquino, duque entonces de Fonfrida;
y, como los demás, es hospedado
en Orcanela, y grandemente honrado.

"Pues, como lo ordenó fatal estrella,
puso el huésped los ojos en la dama,
y al punto enamorado quedó della,
que siempre amigo fué de ajena cama;
mírala tan honesta como bella,
y tanto más su loco ardor se inflama;
ya no entiende ni piensa en otra cosa
que en robar a Damón la cara esposa.

"De Orcanela se va; mas a la grupa
algún genio infernal pienso que lleve,
que para el robo en que la mente ocupa
le sugiera el ardid más ruin y aleve.
Arma escondidamente una chalupa,
de noche se hace al mar, y aporta en breve
a un oculto lugar de esta ensenada,
y pone a poco trecho una celada.

"Como sonando el cuerno iba Marquino
la siguiente mañana, el sin sospecha
Damón, gozoso a saludarle vino,
y al cuello aquel traidor los brazos le echa.
Cabalgan juntos por aquel camino,
y mi marido, haciendo la deshecha,
frecuentemente vuelve atrás la cara,
como si alguna cosa se dejara.

"Revolver, dice el otro, justo fuera,
si algo os dejáis que os tenga con cuidado.
Es un lebrel que estimo en gran manera,
dice Marquín, mas daros temo enfado.
No haréis tal. Y esto dicho, a la ligera
vuelve Damón las riendas, y el malvado
le lleva a do emboscada está su gente;
muerto fué el infeliz traidoramente.

"Con su propia bandera es el castillo
tomado; en él no dejan alma viva;
uno muere a dogal, otro a cuchillo;
y de sentido a Estela el susto priva,
en quien el más que bárbaro caudillo,
como la ve que alienta apenas, iba
a poner su nefario intento en obra,
cuando ella del desmayo se recobra.

"Fuerzas le da el honor, y a brazos lucha
con este hombre crüel cuanto lascivo,
que gemidos y súplicas no escucha,
antes le sirve el llanto de incentivo.

Bien se defiende Estela; pero es mucha
la desventaja; y ya el denuedo altivo
siente que mengua, y sin aliento se halla
para tan fiera y desigual batalla.
"Mas aunque el cuerpo es débil, no así el alma,
ni el puro corazón, leal y honesto;
por otro estilo quiere ver si calma
de su enemigo el desalmado arresto.
Señor, le dice, es tuya al fin la palma;
mas ¿qué placer en medio del funesto
teatro que tenemos a la vista,
pudiera hacerte dulce la conquista?
"¿Puede dar gusto una mujer sin vida,
víctima del dolor y del espanto?
Si dejar que olvidada y escondida
vaya a un claustro a llorar, te cuesta tanto,
permíteme a lo menos que te pida
un plazo breve a la amargura y llanto
que a un amor fino, aunque infelice, debo,
antes de dar oídos a otro nuevo.
"Concédeme que llore un solo día
y a mi caro Damón dé sepultura;
después tu voluntad será la mía,
y me resignaré a mi desventura.
Si por piedad, honor, caballería
esta breve merced se me asegura,
no digo yo que te amaré, sí digo
que a sempiterna gratitud me obligo.
"Esto propone por si algún vecino
socorro llega, aunque en tan corto plazo;
pensando, si no ve mejor camino,
a veneno morir, a espada o lazo,
antes que consentir del asesino
de su marido el detestable abrazo;
ni pareció, llegada al trance estrecho,
ser su resolución de instable pecho.
"Después de haberlo el duque masticado,
últimamente admite la propuesta.
Viene en el entretanto un fiel criado,
y el caso por menor me manifiesta.
Dice también que el duque le ha mandado
que una droga mortal le tenga presta;
que conmigo a comer vendrá Marquino,
y él mismo ha de mezclármela en el vino.

"¿Por qué una vida sola se escondía,
traidor Marquino, en ese infame pecho,
y no da a mis venganzas cada día
pasto tu corazón pedazos hecho?
Si un infierno, señor, el alma mía
se vuelve ahora, recordando el hecho,
qué debí de sentir, fresca la ofensa,
y reciente la herida, tú lo piensa.

"En el castigo lo verás patente
que yo tomé de mi ofensor villano.
Dos niños tuve de su vil simiente.
Maté al mayor con esta propia mano.
Estaba el pequeñuelo allí presente,
y mirándome herir al pobre hermano,
madre, decía, madre, no tan duro;
asiéndole de un pie le estrello al muro.

"Luego apartando enteras las cabezas,
los tiernos cuerpezuelos descuartizo,
y los divido en mil menudas piezas.
Aún hoy de referirlo me horrorizo,
después que asombros tantos y crüezas
han vuelto en mí lo humano un ser postizo.
Paréceme tener aquí delante
la carne de mis hijos palpitante.

"Mas me vengué; del hecho no me pesa.
Vuelve, pues, mi marido, y con traidora
cara se llega a mí, me abraza y besa.
En varios platos se le sirve ahora
la carne de mis hijos a la mesa;
él mismo que los hizo los devora.
¡Oh sol! tú que lo viste, ¿cómo el paso
no apresuraste a hundirte en el ocaso?

"Valida yo, no sé de cuál pretexto,
dejé la mesa, y con aquel crïado
salgo oculta de casa, y voyme presto
a la frontera del vecino Estado,
cuyo señor, que se llamaba Ernesto,
era primo de Estela, y ya avisado,
para salvar, si era posible, a Estela,
marchaba con los suyos a Orcanela.

"Pues Marquino, que de esto nada sabe,
mi ausencia nota, y manda en busca mía.
Cerrado estaba mi aposento a llave;
la llave falta; llaman; nadie abría.

Cuidadoso Marquino, y algún grave
suceso recelando, a tierra envía
de un puntapié las cerraduras; entra,
y lo que menos imagina encuentra.
"Retrajo el paso, dando un recio grito.
Las dos cabezas vió en una bandeja;
y este letrero, de mi mano escrito,
nada en el caso que dudar le deja:
Tus hijos son; matólos tu delito;
mi venganza en sus carnes te festeja;
sepulta lo que dellos te ha quedado;
lo demás ya en tu vientre has sepultado.
"Mas, recobrado del horror primero,
de indicios varios, que juntar procura,
coligiendo mi fuga y paradero,
venganza contra mí y Ernesto jura;
las armas pide y un bridón ligero,
y pártese a Orcanela en derechura,
no sea que, si tarda, Ernesto equipe
su gente, y a esperarle se anticipe.
"La medianoche o poco menos era,
cuando aquí pareció con su mesnada.
Protesta que la víctima primera
que ha de ser a sus iras inmolada
es el honor de Estela prisionera,
y que ya de sus brazos no habrá nada
que la defienda, y que su gusto estorbe,
si bien se armase en contra suya el orbe.
"A Estela hace llamar. Llega la dama
con pálido semblante y lagrimoso;
y conociendo el fin con que la llama
y que es el resistirle infructüoso,
atenta ya a cumplir lo que a su fama,
tiene jurado y al difunto esposo,
sígueme, respondió; y a una vecina
cuadra con lento paso se encamina.
"Y pisado el umbral, osada y presta
un puñal en el pecho se sepulta.
Hállase, en medio de la cuadra, puesta
el arca triste que a Damón oculta.
Bañada en sangre encima se recuesta,
y al hombre aborrecido que la insulta,
en vez de la beldad que estaba cierto
de profanar, dejó un cadáver yerto.

"Fuese despecho vengativo, o fuese
que el nefando banquete de aquel día
turbados los sentidos le tuviese,
dicen que aun no era parte todavía
este caso funesto, a que cediese
del intento brutal con que venía;
horrorizado, al fin, de allí se aleja,
y a recibir a Ernesto se apareja.
"Ernesto y yo llegamos con la aurora.
Brevemente la roca fué tomada,
y a mi vista exhaló su alma traidora
de mil modos Marquín martirizada.
A la demás caterva malhechora
pasamos por el filo de la espada,
y a la dama se dió sepulcro honroso
a par del caro malogrado esposo.
"Ernesto se volvió; yo en este ajeno
castillo pensé hallar mansión segura.
Era casi pasado el mes noveno,
cuando a deshoras, una noche oscura,
se oyó una voz que, como ronco trueno,
brama en la embovedada sepultura,
lecho postrero de Damón y Estela;
voz que de susto y pasmo a todos hiela.
"Tres gigantes dejó conmigo Ernesto
para atender a la defensa mía.
El que de ellos mostró mayor arresto
fué a ver lo que en la tumba sucedía;
y violo, el pobre, demasiado presto,
porque no bien el suelo removía,
cuando al bramar de la honda voz parece
que el orbe, no el castillo, se estremece.
"Y un monstruo que abortar quiere la tierra,
solevantando la funérea losa,
alza una garra, que al gigante afierra,
y a sí le trae con fuerza poderosa.
Luego que entero y vivo lo sotierra,
un tanto la tremenda voz reposa;
mas al siguiente día otra vez muge,
y el castillo, otra vez temblando, cruje.
"Hombre no se encontró de tan seguro
corazón, que bajar allá quisiera.
Yo en torno mandé alzar un grueso muro,
y que con una máquina se abriera

la cripta sepulcral, de do un impuro
contrahecho vestiglo salió fuera.
de temeroso aspecto y forma rara,
cual verás, si quisieres, cara a cara.
"Es tal su condición, que no hay manera
de que otra carne en vez de humana pruebe;
y si no es que a menudo a la barrera
en que encerrado brama se le lleve
algún mezquino que a sus manos muera
y su voraz horrenda gula cebe,
el fuerte muro a garra y cuerno prueba,
y en todos el espanto se renueva.
"Así que, como ves, dura, forzosa
necesidad es nuestra usanza y fuera,
ni te parezca, practicable cosa
trasladarme a otro sitio, aunque quisiera;
hácenme mis delitos tan famosa,
y tanto me odia el mundo y vitupera,
que no me resta en parte alguna asilo
do esperar pueda un porvenir tranquilo.
"Oye, pues, lo que voy a proponerte:
sé mi esposo, y señor de este castillo;
que si bien es un don de baja suerte
el que te ofrezco, y de pequeño brillo,
quizá, si lo comparas con la muerte,
encontrarás razón de preferillo;
de otro modo ya sabes que te espera
temprano fin en garras de la fiera".
Luego que el buen Reinaldos hubo oído
este prolijo lastimoso cuento,
y casi a carcajadas ha reído
oyendo de la vieja el pensamiento,
así le dice: "Madre, yo te pido
que me permitas ir a ese sangriento
bruto, fantasma, o lo que fuere, armado
como me ves, y con mi espada al lado".
Ceñuda ella responde: "Haz lo que quieras.
Sábete que eso mismo ha de valerte
el ir armado, que si no lo fueras;
que al fin a lo que vas es a la muerte.

5762-5763. En las otras ediciones se deslizó grave error:
necesidad es nuestra usanza y fuero.
No te parezca practicable cosa

¿Qué espada, ni qué arnés, ni qué quimeras?
Sus uñas rasgan de la propia suerte
el hierro que la seda, y no hay tan fino
acero, que en su piel se abra camino.
"Pues que te desagrada mi propuesta,
condescender a tu demanda quiero".
Llegada la mañana, a la funesta
arena es descolgado el caballero.
He aquí el bravo animal; he aquí que a presta
carrera el más valiente huye primero,
y de sus uñas, aun con ser el muro
tan alto y grueso, no se cree seguro.
A paso va Reinaldos, aunque tardo,
firme, desenvainada su Frusberta.
Mas ¿para cuándo a retratar aguardo
esta alimaña en bruto y diablo injerta?
Que diese el ser a este animal bastardo
el diablo y lo amasase con la yerta
carne y la sangre de Marquino helada,
dice el autor que es cosa averiguada.
De Damón fué erigido el monumento
en subterránea bóveda espaciosa
que sostiene un bruñido pavimento,
do dice en letras de oro negra losa:
"Bajo esta piedra el fúnebre aposento
se oculta de Damón y de su esposa;
dechado él de caballeros; ella
de fe constante y de hermosura estrella".
Tirado, pues, a un lóbrego escondrijo,
no lejos del marmóreo mausoleo,
de infernal padre abandonado hijo
que de ninguna madre fué recreo,
poco a poco el diabólico amasijo
desarrollóse horriblemente feo,
hasta que, en vez del infantil vagido,
aquel baladro aterrador fué oído.
No era menor que un buey en el tamaño,
con dos agudas astas en la frente;
los ojos de un color de fuego, extraño,
y de un jeme de largo cada diente;
gruesa la piel, de amoratado paño
y verdinegras pintas, cual serpiente;
prolija barba de sanguazas llena;
cerdosa y desgreñada la melena.

Rollizos miembros tiene como un oso,
y en corvos garfios cada cual termina.
Tiene el aspecto falso y alevoso,
y la mirada de intención dañina.
Cuando, como acostumbra, está furioso,
los dientes con tremendo son rechina;
brama, cual nube que preñada estalla;
con uñas, cuernos, dientes, da batalla.
Tales las señas son del endiablado
bruto, según le pinta don Turpino.
Habiéndose a Reinaldos encarado,
fuésele aproximando *pian pianino.*
Creyendo ya entre dientes el bocado,
sobre los pies traseros hace un pino,
y se abalanza, la bocaza abierta.
Tremendo tajo descargó Frusberta;
Mas, aunque en el testuz se lo hace bueno,
no le ocasiona un átomo de daño.
Brinca al francés la fiera, hecha un veneno,
y con la diestra esgrímele un araño.
Aquella vez no le acertó de lleno;
pero un pedazo llévale tamaño
del ancho escudo con el corvo artejo,
y rásgale la cota y el pellejo.
Reinaldos otro golpe le segunda,
y otro tras éste, y otro sin tardanza.
Brama la fiera al recibir la tunda,
y por los ojos llamaradas lanza;
mas no le es dado que pavor infunda
a Montalbán, que lleno de esperanza,
ora esgrime de lado, ora de frente,
de tajo y de revés, y a manteniente.
Aunque del caso lo peor le toca,
con renovado ardor cada vez carga.
Anda la bestia, que se vuelve loca,
ya por asir la espada, ya la adarga;
con los cuernos embiste, con la boca;
ora el un brazo y ora el otro alarga;
bate la cola, eriza la guedeja,
y al enemigo respirar no deja.
Reinaldo en cuatro partes está herido.
¿Quién vió jamás igual atrevimiento?
Se ve maltrecho, y no se cree perdido;
mengua la sangre, y crécele el aliento;

y tomó ciertamente aquel partido
que era propio de un hombre de talento,
que, si no vence, a manos de la fiera
o a las del hambre, es menester que muera.
Empezaba a ponerse el cielo oscuro,
y la reñida lucha no cesaba.
El paladín la espalda arrima al muro,
y con su sangre la armadura lava;
mas antes de morir quiere dar duro.
Frusberta cada vez está más brava;
si el cuero no penetra, firme y tieso,
a lo menos magulla carne y hueso.
Reinaldo envida el resto a una jugada:
¡Oh cuál zumba la espada tajadora!
Mas ¡ay! el animal de una uñarada
se la quitó. ¿Qué harás, Reinaldo, ahora?
La vida y la batalla es acabada:
seguramente el monstruo te devora.
Siento a los ojos asomar el llanto;
¡ah! permitidme suspender el canto.

CANTO IX

FLORDELIS

Raza humana infeliz, que en cuanto tienes
alrededor de ti desde la cuna
no ves más que mudanzas y vaivenes,
y permanente condición ninguna,
¿por qué apegarte a los falaces bienes
que da y quita a su antojo la Fortuna,
si al voltear primero de su rueda
huyen, y apenas rastro dellos queda?
Todo lo muda esta deidad liviana;
sólo en su instable genio nada innova;
a la belleza, flor caduca y vana,
cualquiera cierzo los matices roba;
pace la errante grey yerba lozana
do reyes albergó dorada alcoba;

5880. En las otras ediciones:
o las del hambre, es menester que muera.
5889. O. C. III, da erróneamente:
Reinaldo envía el resto a una jugada:

de aquella torre que era el viento asombro,
sólo acá y acullá se ve un escombro.
¿Qué resta de Babel? Ni una vislumbre.
Remolinos de polvo humilde loma
cubren, que sustentó la pesadumbre
de sus murallas y pensiles. Roma,
de la soberbia humana última cumbre,
cebóse en ti del tiempo la carcoma,
y la grandeza que hubo dicho *Nunca*
pereceré, roída yace y trunca.
Esa momia que en báratro profundo
sumida está y en decadencia extrema,
de antiguo imperio que dió espanto al mundo,
es ya reliquia y juntamente emblema.
Cayó del sacro altar al cieno inmundo
el ídolo, y el himno es ya anatema.
Un trozo de estructura arquitectónica
es de alguna ciudad toda la crónica.
¡Cuánta grandeza es un gastado escrito,
que no pudo salvar la piedra misma,
y en que con vano estudio el erudito
para deletrearlo se descrisma!
¡Cuánto padrón de bronce y de granito
el Tiempo en sempiterna noche abisma!
¡Cuánta dominación, poder y gloria
apenas un renglón legó a la historia!
Mas, ¿a qué fin el pensamiento busca
lecciones en lo antiguo y lo distante
de la fatalidad que hunde y ofusca
lo más noble y espléndido y gigante?
¿A qué la fama asiria ni la etrusca
interrogar? ¿A qué poner delante
el gran cadáver, que al desierto agobia,
de la ciudad ilustre de Cenobia?
Ved lo que ayer no más Reinaldos era,
a gozar un imperio convidado
y el lecho de una dama placentera,
de músicas y danzas rodeado;
y miradle hoy en garras de una fiera
tan de humano favor necesitado,
que hasta su espada fiel le desampara,
y está viendo a la muerte cara a cara.
Pero dejo al barón de Montalbano,
que una beldad me aguarda, a quien tan fuerte

afán aqueja ahora y tan tirano
como a Reinaldos, aunque de otra suerte;
lucha aquél con la muerte mano a mano,
y esotra llama a voces a la muerte,
a la muerte, que sorda a su querella,
no se digna venir a socorrella.
Si os acordáis de aquella Niña hermosa
que en demanda envïó del caro ausente
a Malgesí, no extrañaréis que ansiosa
de su llegada, los minutos cuente.
El que anhelando estaba alguna cosa
y la aguardó gran tiempo (mayormente
si era cosa de amor), la pena arguya
de Angélica infelice por la suya.
Reside ahora Angélica en la Albraca;
y desde el alto alcázar donde habita,
escucha el sordo embate y la resaca
de la vecina mar, que el austro agita.
La grande hueste tártara no ataca
las murallas aún; sólo la grita
se oye de alguna banda que destruye
las cercanías; tala, quema, y huye.
Vuelto el hermoso rostro a la marina,
si alcanza a ver algún bajel lejano,
"Allí sin duda, exclama la mezquina,
allí viene el barón de Montalbano".
Que cercano cabalga se imagina,
si cuádruple herradura pulsa el llano.
No hay carro, no hay carroza, no hay carreta
en que verle llegar no se prometa.
Volvió en fin Malgesí; mas ¡ay! volvía
(¿quién tal pensara?) con muy mal recado;
de hombros el pobre mago se encogía,
mohino, taciturno, amostazado.
"¿Qué es de tu primo?", dice inquieta. Huía
de sus mejillas el matiz rosado;
temblaba; y lo peor juzgando cierto,
llorosa exclama: "¡Ay desgraciada! Es muerto".
"No es muerto aún (así responde el mago);
pero no pienso que gran cosa falte,
ni que difiera el postrimero trago,
si no se vuelve halcón o gerifalte.
Tiene, señora, al amoroso halago
forrado el pecho en diamantino esmalte;

y de su propia vida no se cura
más que de mi amistad o tu ternura".
Tras esto le contó punto por punto
cómo le trajo a la fatal ribera
de Rocatriste, y que le tiene a punto
de ser despedazado por la fiera.
La vista fija y el color difunto,
escucha aquella historia lastimera
la amante Niña, y tal dolor le asalta
que en tierra cae, de sentimiento falta.
Y recobrada dice: "¡Mal nacido!
Yo haré que de tan negra acción te pese.
¿Su muerte por ventura te he pedido?
El modo de arrancarme el alma es ése.
¿No juraste traerle, fementido?
¿Hacerle no ofreciste que viniese
a consolar mi pecho enamorado?
¿Y dónde está el consuelo que me ha dado?
"¿Pudo ser que designio tan injusto
contra tan noble vida en ti cupiera?
Ni te valga decir que por mi gusto
le sacrificas; porque, dime, ¿no era
mal menos grave y término más justo,
si uno hubo de morir, que yo muriera?
¿Ignorabas, traidor, que en nada estimo
el trono ni la vida sin tu primo?
"¡Triste! Cuando esperaba con mi mano
mis paternos dominios ofrecerte,
y a despecho del tártaro Agricano,
esposo mío y rey del Asia hacerte,
yo misma te conduzco a fin temprano,
yo te doy, yo, la más horrible muerte;
mas con mi vida y con la de este impío
juro darte venganza, ídolo mío".
El mágico le dice: "Darle ayuda,
si quieres, es posible todavía;
mas importa que presto se le acuda,
o la resolución será tardía.
A ti el hacerlo toca; y si no muda
este nuevo favor su rebeldía,
de bronce es menester que tenga el pecho,
y no de sensitivas fibras hecho".
Dice; y le da una lima y una cuerda,
que a manera de red teje y compone,

y una pasta de pez, que al que la muerda,
las dos quijadas pegue y aprisione.
Luego que con la dama el caso acuerda,
y Angélica a la empresa se dispone,
un diablo llega, a quien montada encima,
vuela, llevando red y pasta y lima.
En tanto por momentos se le gasta
a Reinaldos la fuerza, aliento y vida;
que si con su Frusberta apenas basta
contra enemigo tal, ¿qué hará, perdida?
¿Cómo esquivar el diente y garra y asta
de la bruta alimaña embravecida,
que a un lado y otro tarascadas echa,
y le fatiga sin cesar y estrecha?
Una gran viga a siete varas de alto
empotrada está a dicha en la muralla.
Reinaldos que la mira, y que ya falto
de todo otro recurso humano se halla,
juntando cuantas fuerzas pudo, un salto
desesperado da por alcanzalla.
Dos brazas se levanta de la tierra,
y con la diestra mano el leño afierra,
Luego sobre los brazos se alza en peso,
y a horcajadas en él quedó sentado.
Maravilloso fué, raro suceso;
pero es poco en verdad lo que ha ganado;
pues entre insuperables vallas preso,
en medio a cielo y tierra colocado,
fuerza es se rinda al hambre, a la molestia,
a la intemperie, o lidie con la bestia.
Ya la noche tendió su capa bruna,
y él, que no ve otro abrigo ni otra cama,
sobre la viga, al fresco de la luna,
se acomodó, como cuclillo en rama.
A sus pies está oyendo a la importuna
fiera, que sin cesar rezonga y brama,
y en esto por el aire un bulto mira
que ya se acerca y ya se le retira.
Echó luego de ver que era una dama,
y tardó poco en conocer quién era;
y tanto en ira el pecho se le inflama,
que duda si se arroje o no a la fiera.
Ella de lejos tiernamente llama,
y le habla en dulce voz de esta manera:

"Mucho, señor, me pesa verte puesto
por causa mía en trance tan funesto.
"No ha sido mi intención que de mal grado
el placer me otorgaras de tu vista,
sino con voluntad y con agrado;
que a fuerza un corazón no se conquista.
Imagínate, pues, lo que el estado
en que te llego a ver, duele y contrista
a quien el alma y vida, prenda cara,
por ti sin vacilar sacrificara.
"Cese la ingratitud, cese el desvío,
y no a ofensa me imputes el quererte.
Ven a mis brazos, ven, que yo confío
en salvamento y libertad ponerte.
¿Cuál humano favor, si no es el mío,
puede salvar tu vida de la muerte?
¿O a tanto llega tu desdén tirano,
que aun la vida no quieres de mi mano?"
"¡Mujer! (le respondió ciego de enojo)
¿a qué venís aquí? No os he llamado:
ruégoos que me dejéis en paz; escojo
antes morir que veros a mi lado.
Al punto mismo, si no os vais, me arrojo
a ser por esta bestia devorado".
Ella, que tanto al inhumano adora,
que aun su desdén la encanta y la enamora,
Dícele: "Voy, señor, a obedecerte,
que otra cosa, aun queriendo, no podría;
y si gusto llevaras en mi muerte,
la muerte con mis manos me daría".
Terminado el coloquio de esta suerte,
desciende en la infernal caballería
la dama, y de los lomos de su diablo
salta a la arena del murado establo.
Tira al monstruo la pez; la red coloca.
Creyendo ser alguna golosina,
abre el animalón tamaña boca
para engullir la pasta peregrina,
que pega de tal modo cuanto toca,
y así lo traba, así lo conglutina,
que arte ni fuerza a separarlo basta;
tal era la virtud de aquella pasta.
Como se siente presas las quijadas,
el monstruo más que nunca se enfurece,

y lánzase, tirando manotadas,
hacia donde la dama estar parece;
pero de bruces da en la red, y atadas
manos y pies, inmóvil permanece.
La dama, que a Reinaldos cree seguro,
parte volando por el aire oscuro.
Pasa la noche; el nuevo sol despierta;
presa la fiera ve el de Montalbano;
y creyendo que Dios le abre la puerta
de salvación, ligero salta al llano,
y a repetidos golpes de Frusberta
matarla intenta; pero suda en vano;
que a tajarle la piel no era bastante
el filo más agudo y penetrante.
Ya que por este medio nada espera,
de otro modo pensó salir con ello:
montándose a horcajadas en la fiera,
los brazos le echa en firme nudo al cuello,
y apretóle las piernas de manera
que casi la ha privado del resuello;
como dos brasas se le ponen rojos,
y salen de las cuencas ambos ojos.
A la fiera el aliento se le apoca,
y tanto más el caballero afana.
Apretando los dientes y la boca
colorado se puso como grana,
hasta que enteramente la sofoca,
y exhalar le hace el ánima villana,
que con aullido horrísono se queja,
y en paz, por fin, a Rocatriste deja.
Reinaldos, terminada la batalla,
busca por do salir al campo raso;
y cercado se ve de alta muralla,
menos donde una reja impide el paso;
de gruesos hierros intrincada malla,
que ofrece aun a la luz camino escaso.
Reinaldos pugna por echarla abajo;
pero pierde su tiempo y su trabajo.
A treparla arremete, mas de espesas
agudas púas erizada estaba.
La asalta con la espada; ni por ésas.
En suma, el paladín se la tragaba
que el término era aquél de sus empresas,
si por algún milagro no escapaba.

Perplejo está además; el caso estima
desesperado. En esto ve la lima.
La lima que dejado adrede había
en aquel sitio Angélica la bella.
Pensando que algún santo se la envía,
las densas barras va a probar con ella.
Lima que lima estuvo medio día,
y poco a poco el duro hierro mella,
hasta que logra abrir capaz portillo,
por donde sale al patio del castillo.
La cosa por desgracia vió un gigante,
y echó a correr como un espiritado.
"¡Favor! ¡favor!", gritaba aquel tunante;
el bando infame se presenta armado;
cuál una pica trae, cuál un montante,
cuál cimitarra y cuál bastón ferrado.
Más de unos treinta de esta buena gente
sobre Reinaldos dan súbitamente.
Pero miles que fueran, buen despacho
de todos ellos el francés haría.
Jurando hacer añicos al gabacho
viene un jayán, y añaden que tenía
como de un palmo o más cada mostacho;
era el que a Montalbán pescado había.
Reinaldos de un revés le abre la panza,
y a los demás sin detenerse avanza.
Envía por la posta al otro mundo
tres, cuatro, cinco, seis, una docena;
a cuantos llega el hierro furibundo
taja, rebana, pincha, abre, barrena.
Los otros no aguardaron un segundo,
que escarmentaron en cabeza ajena.
Déjalos ir, y embiste a una estacada
que le defiende a lo interior la entrada.
No estima su victoria por completa,
si de aquella mansión de sangre y crimen
no escudriña la parte más secreta,
donde imagina que cautivos gimen
seres humanos, que librar competa
de los follones que al país oprimen.
A demoler se pone la estacada
con el filo y el puño de la espada.
Pues el otro jayán que presumía
ver el toro a su salvo en talanquera,

y ve casi postrada a la porfía
de los tremendos golpes la barrera,
qué partido tomase, discurría.
De armarse al fin le dió la ventolera,
y no curó de lo que más a cuento
le estaba, que era hacer su testamento.
Se le conoce en la fruncida ceja
que el importuno paladín le enoja.
Reinaldo a poco andar en paz le deja,
enderezando al corazón la hoja.
Oído el caso, la maldita vieja
desde el más alto mirador se arroja;
pero no llega al baldosado suelo,
que Satanás le echó la garra al vuelo.
A ejecución los malhechores saca
uno que de verdugo hace el oficio.
A los demás, humilde turba y flaca,
el caballero se mostró propicio;
y luego que la sed y el hambre aplaca
y las heridas unge, desperdicio
no quiere hacer del tiempo; sale al raso;
mas no toma la vuelta del ocaso.
Bien que de allá con poderoso encanto
le tire el siempre dulce patrio nido,
pero ¡cuán vivo en él su oprobio, y cuánto
más penetrante sonará a su oído!
Piensa que Francia del común quebranto
le pide cuenta y del honor perdido;
ve que en el templo y en la regia sala
el dedo de la infamia le señala.
En la marina aguárdale la barca
que le condujo a tan aciago puerto;
pero esta vez Reinaldos no se embarca,
antes a pie, con paso y rumbo incierto,
cruza de Rocatriste la comarca,
desnudo y melancólico desierto.
Cabalga en tanto Astolfo, y en pesquisa
dél y Roldán distante suelo pisa.
De París, como os dije, despedido,
la milagrosa lanza lleva en cuja,
empedrado de joyas el vestido,
obra maestra de curiosa aguja.
En lo galán, lo airoso y lo pulido
ni moro ni francés le sobrepuja.

Las riendas rige del gentil Bayardo
el caballero insigne del Leopardo.
Y de una en otra vino a dar un día
en no sé cuál provincia sarracena,
do Sacripante, rey de Circasía,
una revista general ordena,
y al tártaro Agricano desafía
con muchedumbre innumerable, ajena
y propia; no en verdad estimulado
por la codicia o la razón de estado.
Sólo el amor de Angélica le incita;
y marcha a refrenar la torticera
soberbia de Agricán, que solicita
hacerla su mujer, quiera o no quiera;
y esta demanda a la princesa irrita
de modo tal, que a toda el Asia altera;
y en armas puesta, a su defensa llama
a cuantos capitanes hay de fama.
A Sacripante sobre todos ruega,
que la ama a par del alma y de la vida,
y tanta valerosa gente allega
que ni Agricán ni el mundo le intimida.
A la sazón el duque Astolfo llega;
y en viéndole el Circaso le convida,
pagado asaz de su brïosa traza,
a que en servicio suyo siente plaza.
"Caballero, le dice, la soldada
que pidas te daré por tu persona".
"Dame, responde Astolfo, si te agrada
que yo te sirva, el cetro y la corona;
porque quiero que sepas que con nada
menos mi brazo y fe se galardona;
que estoy desde la cuna acostumbrado
a ser obedecido, no mandado.
"Y para demostrarte claramente
que no soy, como piensas, ningún porro,
si, atado un brazo, a ti y toda tu gente
no venzo luego y desbarato y corro,
estas armas que miras, Rey potente,
quiero trocar por un mandil y un gorro;
y si hay entre vosotros quien se atreva
a dudar de mi dicho, haga la prueba".

6299. En las otras ediciones se publica mal:
si, atado un abrazo, a ti y toda tu gente

Volviéndose a los suyos el Circaso,
luego que del inglés oyó el lenguaje,
"¿No es, dice, caballeros, fuerte caso
que un hombre, al parecer, de alto linaje,
tan rematado esté? ¿No hubiera acaso
para volverle el seso algún brebaje?"
"El es loco de atar, dicen, y poco
sacarás de meterte con un loco".
Viendo que nadie le replica nada,
a gran galope Astolfo se retira.
Mucho su gentileza es ponderada.
Mucho al caballo el Rey mira y remira,
y cuanto más le observa más le agrada,
y con más fuerza la afición le tira;
tanto que va tras él, ligero empeño
imaginando el desmontar al dueño.
Corriendo en tanto el Duque a la ventura
con otro joven caballero topa
de marcial continente y apostura.
Llevando al anca una mujer, galopa,
a quien, no siendo Angélica, hermosura
no tiene igual ni el Asia ni la Europa.
Es Brandimarte el nombre que la fama
da al caballero, y Flordelís la dama.
O porque amor el pecho le heriría,
o por otra razón que no adivino,
en viéndole el inglés le desafía
parándosele en medio del camino:
"Alto ahí, caballero, le decía,
probarte con la lanza determino,
que es para otro que tú tan rica perla.
Prepárate a dejarla o defenderla".
"Primero dejaré, dice el pagano,
no que una vida sola, una docena.
Pero si venzo yo, ¿qué es lo que gano?
que dama no la traes mala ni buena.
Hagamos la partida de antemano,
como es razón; si la fortuna ordena
que en esta lid mi lanza te trabuque,
es mío ese caballo". Otorgó el Duque.
La dama, del combate espectadora
y premio, con alegre confianza
desmonta, y como ha visto vencedora
en justas mil de su amador la lanza,

ni por asomos se le ocurre ahora
que a Brandimarte avenga malandanza;
y aun pienso que de ver la nueva presa
que el Amor le ha rendido, no le pesa.
Tomaron, pues, del campo los barones
todo lo que juzgaron suficiente;
y a un mismo tiempo hincando los talones,
corrieron a encontrarse bravamente.
Chocan los dos fortísimos bridones
en medio del correr, frente con frente;
Bayardo por fortuna quedó sano;
pero cayó sin vida el del pagano.
El cual, como ordenó su adverso sino,
fué a rodar por la arena largo trecho,
y lamenta su mísero destino,
porque la lanza que perder le ha hecho
lo que adoró con el amor más fino,
no le pasó de parte a parte el pecho,
quitándole la carga aborrecida
de una afrentosa y solitaria vida.
"Mas, ¿quién te impide, ¡oh triste!, el postrimero
remedio?", despechado se pregunta.
Astolfo al ver que del luciente acero
aplica al pecho la desnuda punta,
en alta voz le dice: "Caballero,
detén la espada. A los que enlaza y junta
amor con mutua fe tan verdadera,
si desuniese yo, villano fuera.
"Vive por largos años, y a esa rara
belleza goza en paz; yo te la cedo.
Venciendo al que me da muestra tan clara
de ánimo generoso, pensar puedo,
sin que una prenda pierdas tú tan cara,
que honrado asaz y ganancioso quedo;
por amor fué y por fama el desafío;
tuya la dama sea; el lauro mío".
Oyendo al Duque hablar de esta manera
el que ya se contaba por difunto,
tales extremos hace, cual si hubiera
perdido la razón de todo punto.
Bien expresar su gratitud quisiera;
¿mas qué podrá decir en el asunto?
"Ya es doble, exclama, la vergüenza mía;
como en valor, venciste en cortesía.

"Ni deuda tanta sé cómo pagarte;
pues ofrecer mi espada es excusado,
aunque igualara a la del mismo Marte,
a quien de sí tan alta muestra ha dado.
Suplicote tan sólo que dignarte
quieras de recibirme por crïado,
y que a tus pies en homenaje lleve
la vida el que dos veces te la debe".
Esto pasaba entre el caído andante
y el caballero del Leopardo rojo,
cuando cata que llega Sacripante,
y al ver la dama se le alegra el ojo.
Entre ella y el caballo vacilante,
"¿Cuál de estas dos empresas, dice, escojo?
¿La dama o el corcel? Corcel y dama.
Pero primeramente Amor me llama.
"Cualquiera que de vos, dice altanero,
esa bella mujer trajo consigo,
déjela ya, que para mí la quiero;
sepa, si no, que se las ha conmigo".
"Es un felón, no un noble caballero,
y una horca merece por castigo,
responde Brandimarte, el que, a caballo,
reta a quien se halla a pie, como yo me hallo".
Y vuelto al Duque, "Préstame, te ruego,
por un momento tu corcel". "¡Mal año!
aunque manso le ves como un borrego,
no sufre este animal jinete extraño,
responde Astolfo, cree que si lo niego
es porque sólo yo con él me amaño.
Cuanto más que el presente desafío,
si en ello caes, a par que tuyo, es mío.
"Déjame, por tu vida, en dos paletas
con este guapo enderezar la cosa.
El duelo, señor mío, a que nos retas,
será con una condición forzosa:
que si vencido fueres, no te metas
en más cuestión por esta dama hermosa,
y cedas tu caballo al camarada,
que no ha de aventurar todo por nada.
"Y si yo salgo mal de la querella,
a dar las armas y el corcel me obligo,
pero la dama no, que en cuanto a ella,
te debes entender con el amigo".

"¡Gracias!, murmura el Rey, benigna estrella,
la que andas hoy tan liberal conmigo.
¡A un mismo tiempo dama, arnés, caballo!
Lance mejor no pude imaginallo".
Esto entre sí; y al Duque por respuesta
rïendo dice: "Está cerrado el trato".
Dijérades, al verle, que iba a fiesta,
o en baile o zambra a divertirse un rato;
y si de algo le pesa es que le cuesta
la esperada ganancia tan barato;
que a vueltas del arnés, caballo y dama,
holgara de adquirir loor y fama.
Toman, pues, campo, enristran, espolean,
embisten, chocan con mortal fracaso;
entrambos caballeros bambolean;
pero algo más le avino al Rey circaso:
las piernas y rodillas le flaquean;
trabuca, rueda; y vuelve paso a paso,
harto mortificado y descontento,
sin su propio corcel al campamento.
"El pobre diablo, dice Astolfo, vino
a buscar lana, y vuelve trasquilado".
El Duque resolvió mudar destino
por ir de Brandimarte acompañado;
y un par de millas por aquel camino
escasamente hubieron cabalgado,
cuando la dama dice: "A lo que veo,
hemos llegado al puente del Leteo.
"Aquella agua que veis es encantada,
y al que la bebe la memoria quita.
En el puente una ninfa está apostada,
que ofrece de ella a todo el que transita;
y aquél de cuyos labios es probada,
desmemoriado prisionero, habita
en la verde ribera allende el río,
rendido a un torpe amor el albedrío.
"Y si alguno hace gestos a la copa,
y sin gustarla va a pasar el puente,
saliendo a una señal toda la tropa
allí cautiva (entre la cual hay gente
de lo mejor del Asia y de la Europa)
al pasajero asaltan juntamente,
y desigual a tan terrible prueba,
le hacen que a su pesar se rinda y beba.

"Encaminemos, pues, por otra vía,
ya que el seguir por ésta es devaneo".
Pero cuanto la dama les decía,
era poner espuelas al deseo.
Astolfo protestaba que tenía
de ver aquel encanto del Leteo;
y el pagano barón no le va en zaga.
Llegan al puente, y cátate la maga.
Con blanda voz y cara zalamera,
haciendo al Duque humilde acatamiento,
rogóle que templar la sed quisiera
en el fresco licor sin cumplimiento.
"¡Bruja!, responde Astolfo, ¡embelequera!
Ya sabemos acá cómo anda el cuento.
A los cautivos abrirás la puerta
en este mismo instante, o eres muerta".
La Ninfa, que esto escucha, prestamente
dejó caer la enhechizada taza,
y todo al punto vióse arder el puente,
y hundirse estremeciéndose amenaza.
Astolfo casi casi se arrepiente;
que de pasar el río no ve traza.
Dos segundos estuvo o tres perplejo;
al fin tomó de su valor consejo.
Y como el compañero por su parte
también porfía en que el jardín se invada,
y la dama no sabe con cuál arte
de tan loco designio los disuada
(la dama, es a saber, de Brandimarte,
que tanto como bella era avisada),
"Otro sendero, dice, oculto y breve
mostraros puedo, que al jardín os lleve".
Siguen ellos los pasos de la guía,
y atravesando el río del Olvido
por cierto puentecillo, que tenía
Flordelís bien probado y bien sabido,
llegaron a una puerta que se abría
a la fatal estancia, do escondido
vive tanto galán aventurero
olvidado de sí y del mundo entero.
La puerta derribando, ven el huerto
do en gustosa prisión está el de Anglante,
y el caballero del León, Uberto,
y con Grifón el joven Aquilante;

Clarïón, que en el líbico desierto
venció animoso a un gran dragón volante;
Adrián de Creta, y Antifor moldavo,
y el rey Balán, entre los bravos bravo.
Pues al entrar los tres, tal chamusquina
se arma, tal confusión, tanta algazara
de caja, de tambor, trompa y bocina,
cual con dificultad se imaginara.
Señora de estos campos Dragontina
ordena a sus cautivos que hagan cara,
y a los intrusos caballeros traten
de aprisionar, o, en todo caso, maten.
En la mañana de este propio día,
gustado aquel licor que el juicio altera,
el Conde don Roldán llegado había,
rendido amante ya de la Hechicera.
Con la loriga a cuestas todavía,
paciendo Brilladoro en la pradera,
andaba el buen señor entretenido,
cuando oyó el fiero estruendo y apellido.
Y la hada a sus pies llorosa mira,
que humilde dice: "Tu favor imploro".
Súbitamente el Conde, que suspira
de amor por ella, y ve tan tierno lloro,
desnuda a Durindana, ardiendo en ira,
y monta de un gran salto a Brilladoro;
vivas centellas por los ojos vierte,
anunciadoras de venganza y muerte.
Amaba el conde Orlando a Dragontina;
¿quién vió jamás tan raro desvarío?
Encierra la bebida peregrina
de la mágica taza un poderío
que con mojar el labio, no ya inclina,
sino fuerza y arrastra a el albedrío,
aun al que en otro amor cautivo se halla,
y a sola Dragontina lo avasalla.
Embravecido el conde Orlando parte
hacia el lugar en que el tumulto suena,
y en que, mientras arroja Brandimarte
a Uberto del León sobre la arena,
al rey Balán enseña Astolfo el arte
de bajar por las ancas, y se llena
de grande maravilla a la llegada
de Orlando, a quien conoce por la espada.

"¡Orlando amado!, el Duque le decía,
¡corona y flor de todo esfuerzo humano!
¿quién así te turbó la fantasía?
Paréceme que estás calamocano.
Astolfo, Astolfo soy, por vida mía;
¿que no conoces a tu primo hermano?"
De parentescos no se cura el Conde,
y a puras cuchilladas le responde.
Gracias a la ocurrencia de Bayardo,
que era en lances de guerra tan experto;
si no, no estrena el Duque otro leopardo;
que al primer tajo allí quedaba muerto.
Disparando el corcel como un petardo
el muro salva del hadado huerto,
como quien sabe bien que no se gana
gran cosa en argüir con Durindana.
Bien pudo el Duque allí emplear la lanza;
pero lo que ella vale él mismo ignora;
y aunque cayese Orlando, su pujanza
le quedaba y su espada cortadora;
luego, no sé por qué la confianza
que Astolfo tuvo en sí le mengua ahora;
y luego, el contendor su primo era,
y de verle caído se doliera.
Orlando por el puente sale al raso,
pensando al duque Astolfo dar un tiento;
mas aunque Brillador fuera el Pegaso,
quedara este pensar en pensamiento,
porque Bayardo corre, y lleva un paso...
Pero por Dios que ya me falta aliento
para más cabalgar; tiro la rienda,
y suspendo un instante la leyenda.

CANTO X

AGRICÁN

Pensando en la virtud maravillosa
de esta agua del Olvido he estado un rato,
y acá me la comparo a cierta cosa
que llamar suele el vulgo iliterato
gracia, donaire, estrella venturosa,
metafóricamente garabato,

a que no hay prenda que en el mundo iguale,
pues que por todas juntas ésta vale.
No hay honra ni favor que no consiga
el que con esta prenda solicite,
mientras sin ella la virtud mendiga,
y no se estima el mérito un ardite.
De perlas es lo que un petate diga,
como con este almíbar lo confite;
y ¿qué es sin ella el sabio? un estafermo,
nacido para el claustro o para el yermo.
Esta gracia es la copa que contiene
el brebaje que a todos enamora.
¡Oh bienaventurado el que la tiene!
Bien puede hacerse cuenta que atesora
lo que más acá bajo le conviene,
pues como universal reina y señora
domina voluntades y opiniones
a pesar de Epictetos y Catones.
El no dejar que pase por el puente
quien el licor no bebe de la taza,
quiere decir la tema de la gente,
que al que sin artificio ni añagaza
medrar presume, no se lo consiente
en ninguna manera; que en la plaza
del mundo es disparate y desatino
la razón, y la alquimia es oro fino.
Y aquel total olvido significa
la veleidad, que humanas leyes quiebra,
y en lo vedado solamente pica,
y lo que ve flamante, eso celebra.
Lo demás, lector mío, ello se explica.
Cumple ahora anudar la rota hebra
de mi discurso; y vuelvo al punto donde
en pos de Astolfo iba corriendo el Conde.
Mas cánsase sin fruto, que Bayardo
echando treinta millas va por hora.
Corría y más corría el del Leopardo,
llevando siempre el rostro hacia la aurora.
Figúrase el mal rato que el gallardo
Brandimarte estará pasando ahora,
y dejar en aquel tan inminente
riesgo al amigo, en gran manera siente.
Pero no gusta de tener camorra
con aquella terrible Durindana,

que zumbándole está, por más que corra,
en los oídos, aunque asaz lejana.
Tampoco Orlando el aguijar ahorra;
mas con Astolfo su fatiga es vana.
Dándole a Satanás, la grupa vuelve
y al mágico jardín tornar resuelve.
Donde no cesa aun la zurribanda,
pues Brandimarte arroja de la silla
a Aquilante y Grifón; y al suelo manda
a Clarión, hundida una costilla.
Pero asaltado de una y otra banda,
resistir largo tiempo a la cuadrilla
difícil es, por más que sude y bregue;
pues ¿qué será cuando el de Anglante llegue?
Flordelís, la discreta dama y bella
que con el joven Brandimarte vino,
el insistir en la demanda aquella
tiene por un solemne desatino.
Por entre los corceles atropella;
y levantando el brazo alabastrino,
con lagrimosa súplica intercede
para que la cuestión suspensa quede.
Ruega a su amante que la taza admita
y el perder la memoria no le pese,
que ella a sacarle de tamaña cuita
sin duda tornará, si bien supiese
a manos perecer de la maldita
encantadora. Aquesto dicho, fuése;
y atravesando un matorral sombrío,
pasa otra vez el hechizado río.
La desigual batalla fenecida,
a Brandimarte de la mano lleva
la cautelosa maga, y le convida
con el licor; el caballero prueba,
y cuanto supo en el momento olvida;
nuevo ser, nueva vida, llama nueva
abriga, y se disipa por el viento
del dulce amor primero el pensamiento.
¡Rara bebida cierto y peregrino
encanto, que la mente así trasporta!
Aquel amor tan acendrado y fino,
aquella Flordelís, nada le importa;

6689-6690. En las otras ediciones, estos dos versos deshacían la rima. Damos dos versos no tachados por Bello.

no valen a sus ojos un comino
la gloria y el honor; el alma absorta
en Dragontina, la beldad amada,
es todo para él, y el resto, nada.
Llega en esto anhelante y presuroso
Orlando, y a los pies de Dragontina
arrodillado en acto vergonzoso,
hasta la tierra la cabeza inclina,
rogando le perdone si dichoso
no fué bastante para darle dina
satisfacción del bárbaro enemigo
que con la fuga redimió el castigo.
El cual, aún no cobrado del asombro
(pues se figura que le sigue Orlando),
sin tino, sobre cerca y sobre escombro
salta, y a su corcel espoleando
corre, la barba siempre sobre el hombro;
y dejara el correr Dios sabe cuándo,
si no llegase a donde un anchuroso
campo ejército alberga numeroso.
La ocasión preguntó de lo que vía,
y un heraldo le dice: "La bandera
del potente Agricán de Tartaría
es aquella negrísima primera,
que en perlas y oro y varia pedrería
por una y otra parte reverbera,
y tiene por divisa la figura
de un lozano bridón de plata pura.
"Aquella azul del cándido elefante,
es del rey de Mongolia, Sartinero,
y la del oso negro en el flotante
hielo es la bien conocida del guerrero
Radamanto, ridículo gigante,
y no menos que estúpido, altanero,
que habitador de la hiperbórea zona
la nación mosca rige y la lapona.
"El estandarte verde a lunas de oro
es del señor de Hircania, Poliferno,
que potente en estados y en tesoro,
tiene de rudas tribus el gobierno;
a quien sigue el valiente Lurcanoro,
que en desnuda región de hielo eterno
rige a una raza audaz que el mar frecuenta
y en leve esquife arrostra la tormenta.

"Más allá Santaría, rey de Suecia,
y como media milla más distante
acampa el corpulento, que se precia
de mentidas proezas, ruso Argante.
La gentuza cosaca, que desprecia
cerrados muros por vivir errante
en movedizas tiendas, luego aloja,
enarbolando aquella enseña roja,
"Y tiene por divisa un arco y flecha,
y por su jefe al bárbaro Brontino;
a quien, tomando un poco a la derecha,
el godo Pendragón está vecino.
Estas naciones, de las cuales hecha
te dejo relación, van en camino
con el Kan de Tartaria, que da leyes
a todas, y se llama rey de reyes.
"El cual a Galafrón hace la guerra,
que es del Catay emperador anciano;
y jura exterminarle de la tierra,
si no le da de Angélica la mano,
su hija; y si la voz común no yerra,
hermosa sin igual; mas el liviano
capricho suyo y loca ligereza
dicen que aun sobrepuja a su belleza.
"Al Tártaro detesta y aborrece,
que es capaz, por su amor, de dar la vida,
y señora del Asia hacerla ofrece;
mientras por un pelón anda perdida
que descalzar a esotro no merece,
y de su amor ni su beldad se cuida;
con ella los consejos del anciano,
las lágrimas, los ruegos, todo es vano.
"Galafrón, de quien hoy ha recibido
una embajada el Kan de Tartaría,
le protesta que parte no ha tenido
en la desatentada rebeldía
de la joven princesa, que se ha ido
del hogar patrio, y doblemente impía
contra su padre y rey, desde la Albraca
los pueblos le revuelve y le sonsaca.
"Así que, reputando insuficiente
el desdeñado Rey todo otro medio,
mete a saco la tierra, y con ingente
fuerza a la Albraca va a poner asedio.

Ello es que la Princesa inobediente
ha de aceptar el novio sin remedio;
y lo que hará mañana, aunque no quiera,
querer hacerlo ahora, cuerdo fuera".
El duque Astolfo, que el motivo sabe
de la inminente lucha estrepitosa,
y ve en conflicto tan dudoso y grave
a una mujer que un rey soberbio acosa,
ayudarle resuelve en cuanto cabe,
y hasta entrar en la Albraca no reposa;
do llegado, con grande regocijo
abrazándole Angélica le dijo:
"Tan bien venido seas, caro amigo,
como eras deseado ansiosamente.
¡Así mirara yo llegar contigo
al paladín Reinaldos, tu pariente;
y siquiera trajese el enemigo
cuatro veces más armas y más gente!
Que de sus amenazas, a fe mía,
poquísimo cuidado me daría".
"Que sea, dice Astolfo, un extremado
caballero mi primo, te concedo;
mas tú también confesarás de grado
que en eso del valor yo no le cedo.
Ya nos habemos él y yo probado,
y sin jactancia asegurarte puedo
que, si no le tocó peor destino,
al yelmo se lo debe de Mambrino.
"Ni que el valor de Orlando exceda al mío
estimes tú, por cuanto el mundo diga;
pues con el cuerpo hadado, di, ¿qué brío,
qué gracia es que trïunfos mil consiga?
Encántame la piel, y yo te fío
que por el diablo no daré una higa;
mas aun así, princesa soberana,
harto le hice sudar la otra mañana".
Ella, que ya conoce aquel cerbelo,
charlar le deja a su sabor gran rato,
si bien le pesa oír que bajo el cielo
se iguale nadie a su adorado ingrato,
y el ponerse con él en paralelo
Astolfo, le parece desacato;
que en la corte de Carlos bien sabida
tuvo de todos ellos la medida.

Aloja en lo más alto de la Roca
con grande honor el Duque y gran contento.
Otro día un tambor al arma toca,
y de marcial clamor se llena el viento.
La palabra echa apenas de la boca
según lo que jadea polvoriento,
un corredor, que aproximarse avisa
el tártaro Agricano a toda prisa.
Toda la guarnición las armas pide,
que es de tres mil o pocos más guerreros;
y júntanse a consejo, que preside
el animoso inglés, los caballeros;
donde concordemente se decide
los puños apretar y los aceros,
y en ninguna manera dar oídos
a capitulaciones ni a partidos.
Que estando, como estaba, proveída
la Roca de forraje y vitüalla,
y de tres mil guerreros guarnecida,
fuérales mal contado abandonalla.
"Yo no he de estarme aquí toda la vida;
dejadme, Astolfo dice, ir a batalla.
Daréle a ese Agricán en la cabeza,
si Dios me ayuda, un golpe que le escueza".
Astolfo sale en aire de amenaza,
cosas diciendo horribles y estupendas;
la lanza enristra y el escudo embraza,
y al brioso corcel soltó las riendas.
Estaban los contornos de la plaza
de gentes enjambrados y de tiendas;
no en la selva más hojas aura leve,
que allí pendones y penachos, mueve.
Miles manda Agricán diez veces ciento
(escríbelo, Turpín; no es paparrucha),
y Astolfo ríe de todo este armamento,
y hace reír a todo el que le escucha.
Mas el que mucho parla, mucho viento
(dice el proverbio), y poco pan embucha;
y otro antiguo refrán, si bien me acuerdo,
dice que el loco por la pena es cuerdo.
Descabalgado Astolfo fué aquel día,
y aprendió discreción para adelante.
A toda charla el Duque se venía:
"Salga ese Poliferno y ese Argante

(diciendo) y Lurcanoro y Santaría
y Radamanto, ese feroz gigante;
pero salga Agricán primeramente,
y, si tiene valor, hágase al frente".
Viendo venir un solo caballero,
creen que para rendirle otro es bastante.
Con desdeñoso gesto y altanero
toma esta empresa a cargo suyo Argante;
que, estólido además, feroz, grosero,
tiene casi estatura de gigante,
la nariz chata, ensangrentado el ojo,
vedijuda la cara, el pelo rojo.
Con el inglés cerró soberbiamente,
y es derribado por la lanza de oro.
Atónita quedó toda la gente.
Cayó también el bravo Lurcanoro;
cayó Brontino. Entonces insolente
estalla el populacho, y se alza un coro
diabólico gritando: "¡Rayo! ¡Fuego!
¡Muera el perro cristiano! ¡Muera luego!"
De la otra parte intrépido y seguro,
a toda aquella chusma Astolfo espera;
no más incontrastable en tierra un muro,
en la mar un escollo, pareciera.
Roba al cielo la luz el polvo oscuro
que con los pies la turba vocinglera,
arremetiendo al paladín, levanta.
Radamanto a los otros se adelanta,
Y le pisa las huellas Sartinero,
con Agricano y Pendragón, rey godo.
Fué Radamanto, al embestir, primero,
y embistió del mejor posible modo;
ni el ser gigante le valió un dinero,
que fué rodando con caballo y todo.
Pero mientras que Astolfo en él se ocupa,
le viene Sartinero por la grupa.
Sin el menor escrúpulo el villano
le da un golpe terrible tras la oreja,
y al mismo tiempo el tártaro Agricano
otro golpe le da sobre una ceja.
En esto viene Pendragón tirano,
y la cuestión finalizada deja
otro tercero dándole en el pecho,
que del caballo le arrojó gran trecho.

Bañado en sangre el paladín desciende,
dando de aliento y vida muestra escasa;
y mientras ni el cuitado se defiende,
ni se mueve, ni sabe qué le pasa,
desmonta Pendragón, le agarra y prende,
y prisionero se le lleva a casa.
Mas con mejor aviso obró Agricano;
dejando al Duque, echó al corcel la mano.
No sé decir si porque su primero
dueño le falta, o porque hallarse entienda
en extraña región, solo y señero,
sufre Bayardo que Agricán le prenda;
lo cierto es que, cual tímido cordero,
consiente que le lleven de la rienda,
quedando el rey en gran manera ufano
al verse dueño del bridón lozano.
Sin armadura Astolfo y sin sentido
es al Real de Pendragón llevado,
donde manda Agricán que socorrido
al punto sea, y cual merece, honrado.
En extremo le pesa que haya sido
fea y villanamente derribado,
y que, bastando con su lanza, hubiera
otra que en esta lid se entrometiera.
Mas estorbarlo el noble rey no pudo;
tan grande el torbellino bullanguero
del populacho fué salvaje y rudo
que en torno se agolpó del caballero.
Sangriento el Duque y lívido y desnudo,
y difunto más bien que prisionero,
sin arnés y corcel y espada y lanza,
ni aun a sentir su desventura alcanza.
Pues preso Astolfo, y el corcel perdido,
y el rico arnés y bella lanza hadada,
guerrero no quedó tan atrevido
que saliese de Albraca en algarada.
La vista tienden sobre el ancho egido,
la puente levadiza levantada;
todo está en orden tal, que a las almenas
pudiera un ave remontarse apenas.
En tanto el circasiano Sacripante
su poderosa hueste al campo saca;
de la princesa del Catay amante,
vuela animoso a defender la Albraca;

asaltar piensa al Tártaro arrogante
entre el silencio de la noche opaca,
y con los siete reyes que acaudilla
está ya de la plaza a media milla.
Es el primero un príncipe cristiano
(bien que la Fe su pura luz le esconda),
de la Alta Armenia el joven rey Varano,
que manda diestra gente a espada y honda;
Brunaldo se le sigue, que entrecano
tiene el cabello, y reina en Trapisonda;
y Torindo, detrás, la de Turquía,
y la de Media Savaronio guía.
Tras éste marcha Unano, rey bitino,
de gran cabeza, aunque de cuerpo chico,
y Burdacón, gigante damasquino,
de averrugada cara y luengo hocico,
y el rey de Babilonia, Trufaldino,
patiestevado, feo como un mico,
de torcido mirar, falso, bellaco,
cobarde insigne, y más ladrón que Caco.
De cinco o seis centenas de millares
era todo el poder de Circasía;
y a la hora en que llaman los cantares
del gallo velador al nuevo día,
avistaba los altos valladares
de la empinada Albraca, y se venía
con ordenada marcha y sordo paso
sobre el tártaro ejército el Circaso.
Sus gentes en silencio trae Varano.
Suya la acometida fué primera.
Orden les da que sienten bien la mano;
a nadie cojan, todo el mundo muera.
Cayeron sobre el campo de Agricano,
como de lobos tropa carnicera
sobre indefensa grey; espesa nube
de polvo vuela; el grito al cielo sube.
Los ayes de la gente, que del blando
sueño pasa en un punto a muerte horrenda,
y el espantoso estrépito, volando
de fila en fila van, de tienda en tienda.
Uno las armas arrebata, cuando
otro a los pies turbado se encomienda;
cuál va acá, cuál va allá, cuál se está quedo;
vense a un tiempo ira, horror, coraje, miedo.

¡Quién de la arremetida carnicera,
quién de tantas heridas, golpes, tiros,
una décima parte aquí supiera,
o sólo una milésima deciros!
¡Quién de las varias muertes la manera
entre la parda sombra, referiros,
tanto cadáver trunco, y tanta cota
acribillada, y tanta lanza rota!
De Armenios está henchido el campamento;
y bajo el filo de enemiga espada
los Tártaros perecen ciento a ciento,
sin que el pedir cuartel sirva de nada.
Con dolorido dísono lamento
huye la pobre gente desbandada;
y en esto llega el rey de Trapisonda
esparciendo terror a la redonda.
Si antes era tan grande la matanza,
llegando estotro ahora ¿cuál sería?
Alfanje, hacha, segur, espada, lanza,
hacen a cual mayor carnicería;
ni de salud la fuga da esperanza;
todo cerrado está; que al mediodía
carga el turco Torindo hecho un demonio,
al este Unano, al norte Savaronio.
Con los otros dos reyes el Circaso,
aunque la sangre de furor le hierva,
para atender a lo que pida el caso,
queda formando un cuerpo de reserva.
Agricán, que atajarles quiere el paso,
acá y allá, do más reñida observa
y revuelta la lid, y en más aprieto
los suyos juzga estar, va y viene inquieto.
Bien era de Agricán casi doblada
la gente; mas el no pensado asalto
(que el número en la guerra es poco o nada,
si de consejo y disciplina falto)
atónita la tiene y azorada;
nadie obedece; todos hablan alto;
es una babilonia el campamento;
por un golpe que dan reciben ciento.
En voz alta Agricán y amenazante
a cada jefe por su nombre llama:
"¡Poliferno!, gritó, ¡Brontino! ¡Argante!
¿así volvéis, traidores, por mi fama?

¿Qué aguarda Radamanto, ese gigante?
Apuesto a que el bribón se está en la cama.
De usar es tiempo ahora el brazo fuerte.
Barones, ¡a la lid! ¡venganza o muerte!"
Mientras ellos le siguen, él, blandiendo
su lanzón, en Bayardo se adelanta;
las huestes va con el caballo abriendo;
los unos postra, a los demás espanta;
a Varano da un bote tan tremendo,
que el escudo y el peto le quebranta;
hiende, cercena, despedaza, hunde,
y a los suyos su ejemplo aliento infunde.
Brunaldo del caballo es derribado
por Poliferno; el corpulento Argante
a Savaronio le pinchó un costado;
y Radamanto, viendo a Unán delante,
de sangre al suelo le arrojó bañado.
Ello es que teme casi Sacripante
desbaratada ver toda su gente,
si no la acorre él mismo prontamente.
Por donde más trabado vió el combate,
metió el corcel y enderezó la lanza.
A Poliferno, rey de Hircania, abate,
y al godo Pendragón punzó la panza.
Hincando a su caballo el acicate
Argante, receloso de igual chanza,
bonitamente a otro lugar se muda.
La espada Sacripante alzó desnuda;
Y cual suele a la grama en la pradera
bramando en rauda ráfaga el Solano,
tal Sacripante hilera sobre hilera
postra, y cubierto dellas deja el llano.
Entonces sí que fué el hüir de veras
delante del sañudo Circasiano;
despavoridos van por monte y valle
los tártaros, abriéndole ancha calle.
Agricán, que a este tiempo, entretenido
en paraje se hallaba algo remoto,
vió (pues ya el sol rayaba en el ejido)
su pueblo acá y allá disperso y roto;
torva la vista, el rostro excandecido,
corre a donde es mayor el alboroto;
amigos y enemigos atropella;
cuanto topa derriba, allana, huella.

Cual se ve en la estación de hibierno ingrata
bajar de un alto monte hinchado un río,
que árboles, setos, chozas arrebata,
lo culto asemejando a lo baldío,
tal Agricán las huestes desbarata...
Pero una bella hazaña al canto mío
se ofrece, y renovar las cuerdas debo
de mi laúd para el asunto nuevo.

CANTO XI

SACRIPANTE

Sus dones la Fortuna, numen ciego,
aquí rehusa avara, allá acumula,
y lo mismo que da nos quita luego,
y en la inconstancia su placer vincula;
bellos son a la vista, no lo niego;
mas, bajo la corteza que simula
regalado sabor, dorada y roja,
encierran amargura, afán, congoja.
¿Tiene alguno riquezas y dinero?
Veréisle andar de puerta en puerta un día.
¿Aquél es fuerte, es ágil y ligero?
Un accidente al hospital le envía.
¿Esotro es un valiente caballero?
Viene una bala; adiós la valentía.
¿Hoy la corte a un Privado reverencia?
Mañana va a la cárcel Su Excelencia.
Y si a la cárcel no, por gran ventura
irá de embajador a los Batuecos;
o, si la corte y la privanza dura,
¿darán insustanciales embelecos
un solo instante de placer y holgura,
o del aplauso adormirán los ecos,
al que sobre su cuello ve colgada
de un hilo débil cortadora espada?
¡Menguada dicha, que a las almas roba
la dulce paz, y nunca está segura!
Pero lo que la turba necia y boba
admira más y envidia, es la hermosura.
Ved cuál se extasia un hombre y cuál se arroba
ante una dama: ruega, insta, conjura,

compónela sonetos, la regala,
se pinta, se perfuma, se acicala.
Mas un competidor le viene ahora,
y dos, y tres, y cuatro. ¡Pobre dama!
Cada cual le protesta que la adora,
y que ha de ser amado porque la ama.
No puede hacerse piezas la señora;
uno es favorecido; otro la llama
falsa; otro ingrata; esotro se amohina,
y busca a toda costa su rüina.
Hétela triste, mísera, llorosa,
acusando al destino, que en aquella
rara beldad la más funesta cosa
que dar pudo a mujer, le ha dado a ella.
La loca de Agricán tema amorosa,
llora así la sin par princesa bella;
de Agricán, que ha jurado, si no es suya,
que a ella, al padre y al Catay destruya.
Por esa tema inunda en sangre y llanto
al Asia, y trae la tierra alborotada,
pagando el pobre pueblo todo cuanto
delira una cabeza coronada.
Así lo manda Dios, y es justo y santo;
pero toco una tecla delicada.
El bravo Kan, como tendréis presente,
iba en acorro a su vencida gente.
Semeja en su venida repentina
vendaval que las anclas desafierra,
las naves barre y hunde y descamina,
y descarga después sobre la tierra,
y de vasta terrífica rüina
cubre los hondos valles y la sierra;
huyen los temerosos labradores
por el campo, y ganados y pastores.
De amigos y enemigos igual caso
hace, como antes dije, el rey protervo;
¡desgraciado de aquel que encuentra al paso!
"Yo a Sacripante sólo me reservo",
corriendo a toda brida hacia el Circaso
clama; y a vista del estrago acerbo
que derrotada sufre la infelice
tártara plebe, en alta voz les dice:
"De mi vista os quitad, canalla infame,
que servís de afrentarme solamente;

ninguno de vosotros rey me llame,
que rey no soy de tan cobarde gente;
no por mí tan vil sangre se derrame;
yo solo a los contrarios haré frente,
que de este modo alcanzaré victoria
con menos afán mío y con más gloria".
Luego al Circaso dice, hirviendo en ira:
"Toma ya campo tú, que eres tan fiero".
Sacripante, volviéndose, le mira
con alegre semblante y altanero;
y a la beldad por quien de amor suspira
envía prestamente un mensajero
rogándole que salga a la muralla,
y así le doble el brío en la batalla.
Sale la Damisela sobre el muro
y al amante una fina espada envía
con que más bravo lidie y más seguro;
¡qué entrañas esto al otro pobre haría!
Sonríe empero y dice: "No me curo,
que al fin la tal espada será mía,
y su dueño, y la Roca, y esa ingrata
que con desdén tan áspero me trata".
Dijo; y la espalda prontamente vuelta,
toma campo bastante, y enristrado
el lanzón poderoso, da la vuelta,
mientras que Sacripante por su lado
toma campo a la par, y a rienda suelta,
enristrando también, revuelve airado.
Todos en esta lid clavan la vista;
nada se mueve en torno; nadie chista.
Aunque las lanzas en el choque horrendo
se oyeron estallar, y las rodillas
hincaron los corceles, oprimiendo
quedan los combatientes ambas sillas.
El ancho valle repitió el estruendo,
y vuelan hasta el cielo las astillas.
Sacan entonces las templadas hojas,
ambas de sangre hasta los pomos rojas.
Todo sobre un fendiente se abandona
Sacripante, de cólera abrasado,
y al Tártaro hace trizas la corona;
el yelmo no, que el yelmo era encantado.
Mas Agricán le llega a la persona
abriéndole una grieta en el costado,

y de cálida grana hebra flamante
corre por la coraza rutilante.
No tan denso el pedrisco menudea,
ni baja tan espesa la nevada,
como era en esta horrífica pelea
el martillar de la una y la otra espada.
No hay pieza en el arnés que sana sea;
no hay carne que no duela magullada;
salta la malla en leves piezas rota,
y rojo humor de cuando en cuando brota.
Bien es que lo peor lleva el Circaso,
a quien del pecho mucha sangre mana;
pero el vigor restaura al cuerpo laso
mirando aquella efigie soberana
de gentileza y de beldad; y acaso
es más de lo que pierde lo que gana;
lidiar, morir por ella, hado felice
estima; y de este modo entre sí dice:
"Por la beldad que en lo alto de aquel muro
me está mirando, venturoso muero.
¡Pudiera al menos expirar seguro
de que dijese, al ver mi fin postrero:
mezquino pago he dado, inicuo y duro,
a fe tan fina, amor tan verdadero!
Si esto decir te oyese, vida mía,
dulcísima la muerte me sería".
Y sobre esto la ira se le aboca,
el generoso espíritu, el coraje;
haber no cree, si el nombre amado invoca,
pujanza que a la suya se aventaje;
a su rival siniestramente toca,
y al fin le fuerza a que la cresta baje;
mas el brazo flaquea, y el acero
no esgrime ya con el vigor primero.
Los barones que parias le tributan
y atónitos contemplan la refriega,
abandonarle deslealtad reputan
cuando le ven que al paso extremo llega.
Torindo, sobre cuantos lo disputan,
alza la voz y estarse ocioso niega;
cuanto el peligro crece, menos duda
salir a darle prontamente ayuda.

7238. En las otras ediciones:
a fe tan fina, a amor tan verdadero!

"Señores, dice, mal contado os fuera
dejar que un noble arrojo así le lleve
a perecer, pudiendo, si quisiera,
contrastar vuestro esfuerzo al hado aleve;
y tú, ¿consientes que a tu vista muera
tu rey, tu salvador, villana plebe?
Dispersábaste ya despavorida,
y él te restituyó la honra y la vida".
Así diciendo, a la enemiga gente
arremetió Torindo valeroso,
y echó por tierra cuanto halló presente
con el lanzón robusto y poderoso;
sacó luego el acero reluciente,
y matando lo vuelve sanguinoso;
de sangre se ha bañado hasta la gola;
nueva comienza, horrenda batahola.
Pues cada cual, sea siro, sea circaso,
o sea de Trapisonda o de Turquía,
o de los otros que en silencio paso,
que a todos mencionar largo sería,
el campo deja de enemigos raso;
mientras el falso Trufaldín, que guía
a los de Babilonia y de la Meca,
su gente opone a la mongola y sueca.
Aunque no un Alejandro Macedonio,
según se ha declarado y se declara,
manda una gruesa hueste el Babilonio,
y doquiera que aporta, una algazara,
una gresca levanta aquel demonio,
que aun al mismo Agricán suspende y para.
"Tu gente, dice al campeón contrario,
ha cometido un yerro temerario.
"Pero por ella toda a ti condeno,
y me la pagarás temprano o tarde".
Hablando así, partió de furia lleno,
sin decir al Circaso *Dios te guarde.*
Malo está el uno, el otro no está bueno,
y entrambos de valor hacen alarde;
cada cual, por su parte, rompe, mata,
y legiones enteras desbarata.
Ya de la gente babilona y sira
las filas Agricán postreras tala,
y a Trufaldín, que cauto se retira,
sigue con intención dañada y mala.

Trufaldín, recordando que la ira
es pecado mortal, y que la gala
del nadador es no mojar la ropa,
pica el rocín y a la ciudad galopa.
Corre Agricán también hacia la Albraca,
y cuando ya le alcanza y le acuchilla,
una el belitre le jugó bellaca,
que boca abajo se le echó en la silla.
"Yo, dice, como ves, cabalgo un haca,
y tú un corcel que es una maravilla;
echa el pie a tierra tú, como yo lo echo,
y verás si soy hombre de provecho".
El Tártaro la cólera contiene.
"Qué me place", respóndele, y se apea.
Dando el caballo a un paje, le previene
que se lo tenga allí, mientras pelea.
Trufaldín que esto ve, no se detiene;
vuelve al punto la grupa y espolea.
El burlado Agricán de enojo bufa,
y rïendo el bribón se las afufa.
De nuevo se trastorna la batalla.
A exhortaciones, súplicas y ultrajes
sorda la circasiana gentüalla,
huye dejando alforjas y bagajes.
A tierra van corazas, yelmos, malla,
tiraban con los arcos los carcajes;
armenio y turco y trapisondo y medo
apelan a los pies, llenos de miedo.
Huyendo dan con la profunda cava
que a la ciudad estaba en torno abierta,
y la esperanza allí se les acaba
que no hay pasar por puente ni por puerta.
Angélica infeliz se desgreñaba
viendo su gente así acosada y muerta.
La puerta manda abrir, calar el puente,
que salvarse ella sola no consiente.
De adentro puerta y puente han allanado,
y a entrar la turba en gran tropel se aboca.
Envuelto en ella el rey circaso ha entrado,
y síguele Agricán con rabia loca;
mas calan el rastrillo, y encerrado
queda entre las murallas y la Roca,
y trescientos con él de espada y lanza,
que hacen en los sitiados gran matanza.

Con Sacripante el gigantón Burdaco,
que era Emir de Damasco, entrado había.
Hecho una cuba, acércase el bellaco,
y al tártaro Agricano desafía.
De lado embiste, y dice, echando un taco:
"Desventurado rey, llegó tu día".
Oyéndole Agricán al punto para,
da media vuelta, y al jayán se encara.
Manejaba una porra el Damasquino
con cierto regatón de plomo al cabo
que pesaba un quintal, como un comino;
y esgrímela a dos manos contra el bravo
tártaro, que la encuentra en el camino
con la espada, y la parte, como un nabo,
por la mitad. "Veamos, le decía,
si llegó el tuyo o si llegó mi día".
Y dicho así, le tira un gran fendiente
que medio a medio el morrión le taja,
y medio a medio le partió la frente,
y hasta la barba, y hasta el pecho baja.
Del vasto cuerpo el ánima doliente
con mal formada voz se desencaja;
y de sesos y vino y sangre inmunda
más de una tonelada el campo inunda.
Ciego Agricán y falto de sentido,
se enfrasca más y más en la reyerta.
¡Oh, si al magín le hubiese allí venido
dar dos pasos atrás y abrir la puerta!
Quedaba aquel negocio conclüido,
y tu hija, Galafrón, cautiva o muerta;
mas la venganza que sediento busca
le desatienta y la razón le ofusca.
Ni extramuros la lidia en tanto afloja;
diré más bien la rabia y la matanza;
la tierra está de sangre en torno roja,
en cuanto a descubrir la vista alcanza;
cuál hay que al foso a perecer se arroja,
y cuál, por no morir a espada o lanza,
de sed y de fatiga y bajo el peso
de hombres, caballos y armas, muere opreso.
Empero la ciudad mayor tumulto,
más horror, más espanto manifiesta.
Va de Agricán el pavoroso bulto
cual de la Parca la visión funesta;

lanzando muerte, a nadie otorga indulto,
y báñase de sangre hasta la cresta.
Bayardo a gran fatiga sobre la alta
pila de destrozada gente salta.
Estaba en tanto el rey de Circasía
tendido largo a largo sobre un lecho,
y por la mucha sangre que vertía,
como antes dije, del herido pecho,
combatir no tan sólo no podía,
mas ni aun tenerse el infeliz derecho;
inerme está y desnudo el Circasiano,
y cátale la herida un cirujano.
Y como de Agricán la gresca oyese,
que no hace un terremoto igual fracaso,
pregunta inquieto: "¿Qué alboroto es ése?"
Llorando un paje le refiere el caso;
y oído, salta, y sin que osado fuese
nadie a tenerle, arrebatando al paso
la espada y el escudo, sale aprisa,
llevando sólo a cuestas la camisa.
Al ver el triste resto de su gente
envuelto en pavorosa fuga todo,
"¡Cobardes!, grita dolorosamente,
que un hombre solo espanta de ese modo,
¿cómo osáis a la luz mostrar la frente?
Corred a soterraros en el lodo.
Ya que sin el honor la vida os tienta,
¿por qué buscáis la muerte con la afrenta?
"Hüíd, mientras que yo la lid sustento,
mal herido, sin armas y desnudo".
Suspenso el vulgo le escuchó un momento,
de maravilla y de vergüenza mudo;
y luego vuelve atrás con fresco aliento,
y nueva lucha empeña. ¡Tanto pudo
un generoso ejemplo, y tanto cunde!
Al que medroso huyó, coraje infunde.
Agricán, que en la Albraca muerto había
número de contrarios infinito,
con los que ahora Sacripante guía
traba otro nuevo, aunque no igual conflito;
que si bien ejecuta todavía
estrago en ellos bárbaro, inaudito,
más que Agricán les pone susto y miedo,
el mirar a su rey les da denuedo.

Sus cuerpos a los tártaros presentan
cubriendo la persona del Circaso,
y por vil gente y sin honor se cuentan
si pierden combatiendo un solo paso;
de flechas ni venablos se contentan;
densa es la turba y el terreno escaso;
dan los paveses sin cesar batidos
un retintín que asorda los oídos.
Mas Sacripante a todos se adelanta,
y haciendo pruebas estupendas viene.
Desnudo cual está y herido, espanta
el ver cuán alentado se mantiene;
esfuerzo muestra y ligereza tanta
que nada le embaraza o le entretiene;
golpes da y quita a un mismo tiempo varios,
y ocupa él solo a más de diez contrarios.
Ya la cortante espada en torno gira,
ya a dos o tres ensarta con la lanza;
ora un gran dardo, ora un peñasco tira,
ora recula, ora terrible avanza.
Agricán poco a poco se retira,
y con toda su furia y su pujanza
ve que el tomar la plaza es vano intento,
pues de los suyos no le quedan ciento.
Ni a reparar el rey se daba manos
de tantos golpes la tormenta espesa,
pues de circasos era y albracanos
la acometida cada vez más gruesa.
Haciendo siempre esfuerzos sobrehumanos
se baña de sudor, vacila, asesa;
acribillada tiene la loriga,
y tropa nueva sin cesar le hostiga.
Como de cazadores apremiado
deja el león su patrio bosque y cueva,
y de mostrarles miedo avergonzado,
alta la frente y erizada lleva,
ruge, y a cada voz revuelve airado,
bate la cola y el lidiar renueva;
tal aquel rey soberbio al enemigo
pone, aun cediendo, espanto, y da castigo.

7462. Caro creía que *asesa*, de *asesar* 'adquirir seso o cordura', era "aquí extemporáneo y absurdo". Le consultó a Cuervo (Cf. Caro, *Epistolario*, Bogotá, 1941, pp. 63 y ss.). Sospechaba una alteración ortográfica intencional de *acezar* 'jadear'. La lectura de los manuscritos es, sin embargo, clara. Sería muy forzado suponer *asesa* o *aceza* por *aceza*.

A cada veinte pasos se detiene
y a los que le persiguen hace cara;
pero la turba que a ofenderle viene
y que continuamente se repara,
crece de modo y tal caudillo tiene,
que en proseguir la empresa delirara;
y sin embargo lo peor le resta,
que otra nueva avenida le molesta.
Pero de Albraca es fuerza que me aleje
y busque otros objetos a la vista,
aunque la bella Angélica se queje
de que en tan duro trance no la asista;
porque, según los hechos que entreteje
el reverendo Arzobispal Cronista,
cumple a Reinaldos ir, que en el asiento
de una fresca pradera toma aliento.
En cándida hacanea ve una dama
que, según llora, de dolor se muere.
El buen señor de Montalbán la llama,
y cortés la saluda, y la requiere
que por aquella cosa que más ama,
y por el santo a quien devota fuere,
y por todos los ángeles del cielo,
le diga la ocasión de tanto duelo.
Llora ella y la hace el llanto más hermosa
que el de la aurora al entreabierto lirio,
o que labor de perlas primorosa
a roja tela de artificio tirio.
"Ando perdida en busca de una cosa,
y hallarla, respondió, tengo a delirio:
un caballero que con una hueste
de caballeros a lidiar se apreste".
"Aunque igualar, el noble paladino
así responde, a un par tan sólo dellos,
cuantimás a una hueste, no imagino,
ese tan tierno lloro, y de esos bellos
luceros el encanto peregrino
me inducen de tal modo a acometellos,
que de morir o de acabar la empresa,
si la fías de mí, te hago promesa".
Contesta la doncella suspirando:
"Te doy las gracias por la oferta, amigo.
En busca de potente acorro ando;
y aunque sin fruto, en la demanda sigo.

Sábete que uno dellos es Orlando,
y si oíste su fama, harto te digo.
Ni es gente la demás poco gallarda.
No al brazo tuyo empresa tal se guarda".
"Con doble causa este favor te pido;
primo de Orlando soy; partamos luego".
Reinaldos de este modo ha respondido,
y fervorosa instancia añade al ruego.
Ella le pinta el Río del Olvido,
y de la falsa Dragontina el ciego
laberinto en que tanta ilustre gente
del mundo vive y de sí misma ausente.
Flordelís esta dama se llamaba;
la que salió, según fué arriba expreso,
del hadado vergel en que dejaba
a su querido Brandimarte preso.
Como tanto Reinaldos la rogaba
que fïase a sus armas el suceso,
ella, que el garbo advierte, la apostura
y la marcial brïosa catadura
Del caballero que en edad florida
tan generoso espíritu demuestra,
su ofrecimiento acepta agradecida,
y sonrïendo le alargó la diestra.
Mas del presente canto la medida
aquí se cumple, y con licencia vuestra,
mientras la débil voz alienta un poco,
vuestra atención para el siguiente invoco.

CANTO XII

MELIDOR Y FLORIDANA

Que la guerra es la más tremenda plaga
que el cielo justiciero al mundo envía,
y que en la guerra el pueblo es el que paga,
vémoslo por desgracia cada día.
Por cientos y por miles se lo traga
esta voraz, esta insaciable harpía;
y mientras todo el daño al pueblo alcanza,
toda es de Potentados la pitanza.
Como para los hombres no hay ventura
igual a la que un rey les proporciona,

Su Majestad, que el bien común procura
cual carga impuesta a su Real persona,
un pueblo y otro y otro más por pura
benevolencia allega a su corona;
dejadle ir adelante en su carrera,
y hará feliz la humanidad entera.
Mas otro pío augusto personaje
al mismo objeto por su parte aspira,
cobrando a las naciones vasallaje;
éste de un cabo, aquél del otro tira;
y el que, ya al mundo culto, ya al salvaje,
desgarra la más grande y bella jira,
es el más digno del aplauso humano
y el más grande y perfecto soberano.
Mas hablando de veras, ¿no contrista
ver de tal suerte el orbe todo hecho
vasto teatro de inmoral conquista,
do la fuerza es el único derecho?
¿Cuándo será que la razón resista
a ese brillo de gloria contrahecho,
y los goces aprecie que atesora,
aun en sí misma, el alma bienhechora?
Pero si es en un rey grosero engaño,
y a par que gran maldad, gran desatino,
con tanto propio afán y ajeno daño
comprar un bien tan falso y tan mezquino,
¿qué se dirá del que en servicio extraño
el salario recibe de asesino,
y carga de asesino la librea,
y con ella se esponja y pavonea?
¿Para que duque o mariscal te llame
el que hoy te nombra a secas don Fulano,
y que el pecho una estrella o cruz te infame,
que esclavo te denuncie de un tirano,
bárbaro, es menester que se derrame
a torrentes la sangre por tu mano;
y a trueque de esa vana, esa supuesta
gloria, el dolor común te es burla y fiesta?
Lauro eterno al intrépido soldado
si por su patria y por su fe pelea;
si no, tu nombre, ¡oh guerra, abominado
y por siempre jamás maldito sea!

7571. O. C. III dice erróneamente:
vasto teatro de inmortal conquista,

Pláceme que a tus furias tregua he dado,
que aun en sueños me asustas y en idea;
ebria de sangre se me antoja verte
esgrimir la guadaña de la Muerte.
Noble Reinaldos, Flordelisa bella,
obligado a vosotros me confieso,
que habéis venido a interrumpir de aquella
desmocha impía el trágico proceso.
Vuelvo a donde os conté que a la doncella
hace el barón ofrecimiento expreso
de su espada y su brazo, y que, indecisa,
se rinde al fin y acepta Flordelisa.
Que cabalgue, la Dama le suplica,
pues el corcel le falta, la hacanea.
Reinaldos cortésmente le replica
no le proponga acción tan baja y fea;
mas ella las instancias multiplica
tanto, que el paladín no titubea,
y bien que a su pesar, la silla ocupa,
haciendo a Flordelís tomar la grupa.
Sube la Damisela temerosa,
que no del todo al paladín se fía;
pero temor más grande una espantosa
voz le infundió que a corto trecho oía;
a Flordelís la bella tez de rosa
en pálido jazmín se convertía.
Reinaldos con intrépido semblante
salta de la hacanea, y ve un gigante.
Estaba el tal en medio de una senda
junto a la boca de una parda gruta;
la cara tiene abotagada, horrenda,
negro el pellejo y la mirada bruta.
Inevitable juzga una contienda
el barón, y no sólo no se inmuta
mirando aquel vestiglo tan cercano,
mas a encontrarle corre, espada en mano.
Una gran porra empuña el tal, y lleva
de triple malla todo el cuerpo armado,
y se ve a la abertura de la cueva
en cadenas un grifo a cada lado;
pero una cosa más extraña y nueva
que todas éstas, era que guardado
estaba allí el caballo de Argalía;
su guarda a cargo aquel jayán tenía.

El cual caballo en esta cueva oscura
por arte se engendró de encantamento.
Nacida fué su madre de una pura
etérea llama, y fecundóla el viento;
tal fué de Rabicán la genitura,
que de uno y otro rápido elemento
heredó lo veloz de la carrera,
la bella estampa y la índole guerrera.
No probó nunca paja ni cebada,
que de aire solamente se nutría.
Valido de una mágica entruchada
robóle Galafrón para Argalía,
y éste le trajo en la fatal jornada
con que a turbar la cristiandad venía;
y en que a sus verdes años cortó el hilo
de daga mora el acerado filo.
Después que, como os dije, Ferraguto
a palos le ahuyentó de la presencia
de su señor, el generoso bruto
volvió del patrio albergue a la querencia,
que, llena ahora de pavor y luto,
custodia este jayán, con asistencia
de los dos grifos, que argentada pluma
tienen, y fuerza y ligereza suma.
Reinaldo al enemigo se presenta
con no menos denuedo que recato,
alta la espada, y con la vista atenta
a reparar de treta y de rebato.
El jayán, que le ve, ya se hace cuenta
que ha de tener que trabajar un rato;
habiendo dado a más de mil la muerte,
distingue cuál es flojo y cuál es fuerte.
Con la osamenta de la pobre gente
blanquear todo el campo se divisa;
ni por eso temor Reinaldos siente;
morir hará al jayán, y no de risa.
Cerraron ambos presurosamente,
y un tanto la ventaja fué indecisa;
con ojo y pulso igual tiran, reparan,
y golpes dan que riscos destrozaran.
Reinaldos al jayán hirió primero,
y con la punta le alcanzó a la testa;
pero la cubre tan templado acero
que muy poco la herida le molesta.

Soberbio un gran porrazo al caballero
retruca, y conclüir pensó la fiesta;
Reinaldos hurta el cuerpo a maravilla,
y aciértale otra punta a la tetilla.
De hierro un palmo le metió en el pecho,
que la malla de hirviente sangre inunda;
pero aún no de esta herida satisfecho,
otra con más violencia le asegunda.
No fueron al gigante de provecho
sus armas; que Frusberta furibunda
en la barriga le abre una tronera,
y parte del redaño le echa fuera.
Mucho sintió su fuerza enflaquecida
el malandrín, y de color se inmuta;
tanto el dolor le aqueja de la herida
que cercano a la muerte se reputa.
Único medio de salvar la vida
le pareció correr hacia la gruta
y soltar a los grifos la pihuela;
mas no bien libre el uno dellos vuela,
Agarra al pobre diablo de una zanca,
y agarrado a las nubes se le lleva;
mientras el otro hacia Reinaldo arranca
queriendo hacer en él la misma prueba;
grazna horrorosamente, y con la blanca
pluma erizada (fiera lidia y nueva)
embiste al paladín, que atiende inmoble,
y al verle cerca esgrímele un mandoble,
Tan a sabor, que por un tris entera
toda la pierna izquierda le rebana.
Graznando y renqueando huyó la fiera,
el cándido plumaje tinto en grana.
Mas lo peor del caso nos espera;
que el otro grifo, habiendo, cual liviana
presa, alzado al jayán, sobre los picos
de una roca le suelta, y le hace añicos.
Y con el espantoso pico abierto
y las dos alas extendidas, cala.
Dice Turpín, y téngolo por cierto,
que como doce pies mide cada ala.
Se oye un zumbido en todo aquel desierto,
que en pampa austral el raudo sur no iguala;

7688. O. C. III dice erróneamente:
y asiéntale otra punta a la tetilla.

con tanta furia el aire y tanto estruendo
aquella ave infernal viene batiendo.
Déjase con el ímpetu del rayo
caer sobre el valiente caballero,
que, habiendo para aqueste nuevo ensayo
los bríos requerido y el acero,
un súbito revés tira al soslayo,
que al grifo coge y le desgarra el cuero;
aleteando un tanto se retrae,
y sobre el paladín otra vez cae.
Vuélale en torno al príncipe cristiano
buscando cómo pueda echarle el guante;
ya baja de las nubes, cual milano,
ya por detrás, ya asalta por delante;
mas halla al buen señor de Montalbano
apercibido siempre y vigilante;
y por doquier que amenazando viene,
con la punta Frusberta le detiene.
Al cielo enfurecido se levanta,
y piérdese de vista; mas desciende
a poco rato con violencia tanta,
que al barón esta vez casi sorprende.
A la cabeza embiste, y le quebranta
de una uñarada el cerco que defiende
alrededor el yelmo de Mambrino;
pero al yelmo no daña, que era fino.
Por más que se afanaba, no podía
darle golpe Reinaldos que valiera,
pues tan veloz el grifo iba y venía,
que a la vista ir tras él difícil era.
Mientras que Flordelís votos hacía,
corto el aliento, y con la faz de cera,
fatiga el uno al otro, urge, trabaja,
y un átomo no lleva de ventaja.
Viendo el barón con cuánto afán la guerra
aun a la luz equilibrar consiga,
y que la noche a toda prisa cierra,
que teme algún desmán no sé si diga.
Por último recurso se echa en tierra,
fingiendo que desmaya de fatiga.
El grifo, que le cree de vida falto,
hambriento embiste; el príncipe da un salto,
Y a la fiera esta vez coge de lleno,
clavándole la espada en el gollete;

y luego cuatro veces en el seno
hasta los gavilanes se la mete.
Ya que expirando enrojeció el terreno
por bocas el tal grifo seis o siete,
el palafrén, la Dama, de la brida
trajo al barón, instando a la partida.
Mas vino al paladín el pensamiento
de examinar el fondo de la cueva,
y se dirige al boquerón pizmiento,
y a Flordelisa de la mano lleva.
De mármol vió labrado el pavimento;
y de alabastro y pórfido se eleva
a poco trecho espléndida fachada
de lámparas de plata iluminada.
Era de bronce sólido la puerta,
jambas, dintel, columnas y arquitrabe;
y en un oculto nicho descubierta
por la discreta Flordelís la llave,
con ella es la interior estancia abierta,
que era una luenga embovedada nave;
en cien hacheros blanca cera ardía
que claridad perpetua mantenía.
Bajo un dosel de plata, que doblado
repite el resplandor de tanta llama,
aparece alto lecho de brocado,
y en él una gentil difunta dama.
En caracteres de oro está grabado
sobre un negro padrón junto a la cama
un letrero que dice: "Aquel que fuere
llegado a este lugar sepa que muere,
"Si a pasar adelante se aventura,
no haciendo antes solemne juramento
de vengar a esta exánime hermosura
dando a su matador digno escarmiento;
y en don se le concede, si lo jura,
un corcel que en la estampa y el aliento
(salvo uno solo) a cuantos hay excede,
y a dos pasos de aquí montarle puede.
"Caballo de cristiano ni de moro
en el presto correr no le es igual,
pues deja atrás al mismo Brilladoro
y al famoso Bayardo, otro que tal.
Atado está en sutiles lazos de oro,
y cubierto de diáfano cendal;

de paramentos, riendas, freno y silla
y lo demás, provisto a maravilla".
A sí mismo se da la enhorabuena
de este hallazgo el señor de Montalbano.
Luego colgado ve de una cadena
un libro, en roja tinta escrito a mano,
do la historia leyó, con harta pena,
de un tierno amor y de un ardid villano,
y de la dama la infelice suerte,
y por qué causa, y quién le dió la muerte.
Del rey de Babilonia Trufaldino
(arriba varias veces mencionado),
según contaba el libro, era vecino
un conde, de linaje señalado
y gran virtud; por donde ser le avino
de aquel perverso mortalmente odiado;
llamábase este conde Floridelo,
y castellano fué de Montebelo.
Con él vivía una menor hermana
hermosa, y en el mismo grado honesta.
El libro, que la llama Floridana,
dice que en lo discreta y lo modesta,
lo bella, lo graciosa y lo galana,
no hubo mujer cabal, o éralo ésta,
y que con fino amor, puro y constante,
de un caballero amada fué y amante.
El sol no vió, que todo el mundo gira,
como éste, un par de amantes en la tierra.
Si la beldad de Floridana admira,
valor igual en Melidor se encierra,
que entre la gente babilona y sira
famoso fué en la paz como en la guerra;
cortés, bizarro, liberal sin tasa,
y solamente de ventura escasa.
Que, como a un claro mérito inhumana
madrastra la Fortuna siempre ha sido,
no pudo de su cara Floridana
Melidoro llegar a ser marido.
El conde Floridelo, que su hermana
a un poderoso duque ha prometido,
al sin ventura Melidor la niega,
y la empeñada fe y palabra alega.
El libro añade que de foso y muro
se hallaba Montebelo circundado,

sobre la cumbre de un enhiesto y duro
cerro tan sabiamente edificado,
que por cualquiera parte está seguro
por cualesquiera fuerzas amagado,
y solamente vil superchería
defensas tantas allanar podía.
El Babilonio muchas veces quiso
por arte o fuerza conquistar la plaza;
y hallando a Floridelo sobre aviso,
mientras como enemigo le amenaza,
su intento posponer creyó preciso,
y con traidoras muestras lo disfraza;
y para al fin salirse con su tema
valerse resolvió de estratagema.
Averiguada el malandrín tenía
de aquellos dos amantes la maraña;
y sabiendo en qué parte andar solía
a caza Melidor, se da tal maña
que con él se hace encontradizo un día,
traba conversación y le acompaña;
júrale que de tiempo atrás ha estado
a su valor y fama aficionado.
Y cuando cree que franco está el camino
del joven Melidor al pecho hidalgo,
de un punto en otro a sus amores vino:
"Si os merezco servir, le dice, en algo,
entendido tened que os patrocino,
y disponed de cuanto puedo y valgo.
Sé de vuestro rival la intriga toda,
y de la dama la forzada boda".
Como artificio en Melidor no cabe,
y le ciega el amor de Floridana,
que algo se oculte imaginar no sabe
bajo tan noble oferta y cortesana.
Cual náufrago que hundirse ve la nave,
batida de furiosa tramontana,
y en este afán se abraza a la más leve
tabla, pensando que a salud le lleve;
Así amor que esperanza desampara,
de lo más flaco y débil echa mano.
¿Quién, sino Melidor, imaginara
poner la suya en este rey tirano?
¿O quién le diera fe, cuando mirara
otra vislumbre de socorro humano?

Vese perdido, y ve una senda abierta
de salvación (que tal juzgó la oferta);
Y sin ver más la acepta, y ya la hora
de poseer el caro bien le tarda;
que hallando asilo en Babilonia ahora,
ni Floridel ni el mundo le acobarda.
Manda, pues, por mensaje a su señora
que si la fe que le juró le guarda,
venga con él a verse, y a extranjera
tierra le siga; y que en tal parte espera.
Ella, que tanto amaba al caballero
como era dél con tierno amor querida,
le escribe por el mismo mensajero:
"Pronta estoy; apresura la partida;
llega mañana el duque; mas primero
que unirme a él me quitaré la vida,
que vivir no me es dado sin quererte;
soy tuya, esposo mío, hasta la muerte".
Sale, pues, y a la hora y al minuto
concertados se juntan, y con presta
fuga a un palacio van, donde el astuto
Trufaldín los recibe a mesa puesta;
y del largo penar gozan el fruto
pasando el día en regocijo y fiesta,
¡ah! sin pensar que el último sería
de su vida y amores aquel día.
Entregado está apenas al reposo
el caballero en brazos de su amada,
cuando con gran silencio el alevoso
entra en el aposento a mano armada.
Del lado del mancebo valeroso
quitó primeramente arnés y espada;
encima se les echa con su gente,
y préndelos a entrambos juntamente.
Temblando por la suerte de su esposa
mudo contempla Melidor el hecho,
mientras la dama atónita y medrosa
pide misericordia sin provecho.
El rey, amenazando que les cosa
a puñaladas con la daga el pecho,
si no se cumple su intención tirana,
una pluma presenta a Floridana.
Y ordénale que escriba a Floridelo
que el joven Melidoro la ha robado,

y en un bosque cercano a Montebelo
con tres pajes la tiene a buen recado;
que sin rumor, para no dar recelo,
venga, y de poca gente acompañado;
que así podrá, frustrando el torpe intento
del robador, ponerla en salvamento.
Entonces de la negra alevosía
de Trufaldín se desvolvió el ovillo;
prender a Floridelo pretendía,
y apoderarse luego del castillo.
Pero nada alcanzó por esta vía;
Floridana protesta que al cuchillo
antes el cuello entregará, que sea
el instrumento de traición tan fea.
Con esto embravecido el inhumano
manda que se le traiga un hierro ardiente.
A la una se lo aplica y la otra mano;
luego en el seno lo estampó y la frente.
Mas fué la instancia del dolor en vano,
que se mantuvo hasta expirar valiente.
A Melidoro, que romper amaga
los duros lazos, traspasó una daga.
Todo esto en aquel libro se refiere,
pero en más largo cuento y más süave;
pues pone las palabras que profiere
ésta y aquél; y añade que no sabe
cuál de los dos más angustiado muere
y con dolor más enojoso y grave;
si Floridana, que abrasada expira,
o el sin ventura esposo que la mira.
Y dice más, que una hada ha restaurado
la injuriada beldad a la heroína;
que allí cerca el amante fué enterrado,
y que a par dél va a serlo la mezquina,
luego que la venganza haya alcanzado
que el decreto del cielo le destina,
cual ha de darle en tiempo no distante
un bautizado caballero andante.
Toda leyó Reinaldos la escritura,
que a maravilla y compasión le mueve,
y con más veras nuevamente jura
que el rey traidor su merecido lleve.
Restauróse tras esto de la dura
fatiga de la lid en sueño breve;

y al rayo débil del albor temprano,
deja la cueva y monta en Rabicano.
Y cabalgando el palafrén la dama,
siguen los dos en busca del jardín,
donde con otros de alta estirpe y fama
cautivo está Roldán, el paladín.
Andando van por entre rama y rama
de un denso bosque; y llegan casi al fin,
cuando a un feo centauro ven cercano,
que a un gran león rugiente arrastra a mano.
Tenía de caballo la figura
hasta los lomos; y de allí adelante
humano pecho y cuello y catadura,
y brazos poderosos de gigante.
Habitaba la parte más oscura
de la floresta; y siempre en ella errante,
lleva un broquel, tres dardos y una maza,
y del pillaje vive y de la caza.
Tiembla de susto y miedo la montaña
toda en contorno por do va la fiera;
no hay cerca que no salve, ni alimaña
que compita con él en la carrera.
Un adulto león de fuerza extraña
acaba de atrapar, y cual si fuera
pequeño recental recién parido,
de la melena le llevaba asido.
Pues el centauro que la presa mira
nueva, que la fortuna le depara,
suelta al león que huyendo se retira,
y al animoso paladín se encara.
Un dardo con violencia tal le tira
que a cogerle de lleno le pasara.
Reinaldo esquiva el golpe, y sólo pudo
rozarle el hierro el borde del escudo.
Vuelve las ancas él, como azorado,
y luego torna, y otro dardo asesta;
mas en el yelmo de Mambrino ha dado
y hácele sólo retemblar la cresta.
El tercero también ha malogrado,
con que el garrote a manejar se apresta.
Sobre el de Montalbán se viene al trote,
creyendo que esta vez le descogote.

7995. En las otras ediciones:
donde con otro de alta estirpe y fama

Y cierto ha menester el caballero
toda su agilidad; tal le trabaja
aquel grueso bastón que tan ligero
a diestra y a siniestra sube y baja;
ni menos diestramente el compañero
ora a Frusberta esquiva y ora ataja,
pues, amén del coraje que le anima
y de la fuerza, entiende bien la esgrima.

Ya de éste embiste y ya de aquel costado,
ya por la espalda el monstruo y ya de frente;
tanto, que el paladín atolondrado
cabeza y pulso flaquear se siente,
y le parece en giro arrebatado
moverse cielo y tierra, y finalmente,
temiendo vacilar, contra la falda
de un gran peñón tajado se respalda.

Y respaldado, esgrime así la espada
que sin provecho el tal centauro suda;
mas ¡ay! echando en torno una mirada,
a Flordelisa ve, que en susto y duda,
sin color, sin aliento, a la trabada
lid está atenta; de designio muda;
de un salto enfrente a Flordelís se planta,
y de la silla en brazos la levanta.

Y a gran galope por la selva espesa
intérnase, cargando con la dama.
Reinaldos va en pos dél a toda priesa,
y al verse así burlar, de enojo brama.
Llega el centauro a un río y le atraviesa.
"¡Favor! ¡Favor!", la prisionera clama,
pero la historia aquí suspendo, en tanto
que templo mi laúd para otro canto.

CANTO XIII

LA TORRE DE POLIFERNO

Tal vez alguno habrá, que habiendo oído
el caso de la bella Flordelisa,
diga que se lo tiene merecido
hembra que tales vericuetos pisa,

y que si recatada hubiera sido,
saliendo sólo con la dueña a misa,
y en vez de andar así de ceca en meca
cuidara de la aguja y de la rueca,
No en tamaño peligro se mirara,
presa de aquel vestiglo semihumano;
ni cuerdo fué, si en ello se repara,
irse de bosque en bosque mano a mano
con el de Montalbán; que, aunque pasara
la cosa en el más limpio y el más llano
y honesto modo que posible sea,
no sé si encontrará quién se lo crea.
Dice Turpín (y a su opinión me allego)
que la materia es algo delicada,
y que las manos no pondrá en el fuego
por Flordelís ni por la más pintada.
Yo, por mí, ni lo afirmo, ni lo niego;
de mi aldehuela vengo; no sé nada.
Bellacuelo, es verdad, Reinaldos era,
y joven, y gentil... ¡Más que lo fuera!
¿No ha de haber sino *quiéreme* y *te quiero*,
cuando una dama está sola con solo?
No siempre lo probable es verdadero,
ni todo en este mundo es trampa y dolo.
Pero a lo arriba dicho me refiero.
Siempre en tu escuela, Amor, he sido un bolo,
y llevé (tú lo sabes, ¡ay!), bien raras
veces votivos dones a tus aras.
Digo, reasumiendo el cuento mío,
que Flordelís se desgañita y llora,
y que el de Montalbán se arroja al río,
donde segunda lid se traba ahora;
y con tal maña, y tal coraje, y brío,
juega el barón la espada cortadora,
que ya no ve el centauro cómo alcance
a salvar vida y presa en este lance.
Primero con la dama se abroquela
y la presenta a la enemiga espada;
mas viendo que tampoco esta cautela
ha de valerle con Reinaldos nada,
que siempre asesta el golpe a do le duela,
ya de tajo le embista o de estocada,
a Flordelisa arroja airadamente
donde más honda y rauda es la corriente.

Dicha fué no pequeña que supiera
Flordelisa nadar como una trucha,
pues darle en este trance no pudiera
ayuda el paladín poca ni mucha.
Nadando la mezquina saca fuera
la húmeda faz, y con las ondas lucha.
Arrebatada del raudal violento
desaparece a la vista en un momento.
De loca rabia en tanto poseído
el biforme animal la clava esgrime;
zumba el cercano bosque estremecido,
y el aire en torno abriendo espacio gime.
En tres o cuatro partes está herido,
y parece, al mirarle, que le anime
a cada nuevo golpe vida nueva,
y al universo a contrastar se atreva.
Aunque enrojece con su sangre el río,
aflojar no semeja en el empeño;
antes juntando ahora todo el brío
y toda la pujanza de que es dueño,
recula para dar más poderío
al golpe que medita; alza el gran leño,
en los traseros pies el cuerpo libra,
carga a la vez, y un altibajo vibra.
Capaz de destrozar era el porrazo
un monte, cuanto más un caballero;
pero, al bajar, el furibundo brazo
encuentra de Reinaldos el acero.
Como desnudo está, sin embarazo
la aguda punta le taladra el cuero,
y el rollizo lagarto le barrena,
de sangre abriendo caudalosa vena.
Suelta la clava la doliente mano,
y brinca el monstruo a la contraria orilla.
Síguele como un rayo Rabicano,
y sin cesar Reinaldos le acuchilla;
los cascos alza y coces tira en vano;
en vano, que del lomo a la tetilla
atravesado, casi a un mismo punto
cayó bramando y se estiró difunto.
No sabiendo el barón qué rumbo elija,
ni cuál sea de la dama el paradero,
hacia el septentrión acaso aguija,
y a la Fortuna fía el derrotero,

que al jardín del Olvido le dirija,
do vive el conde Orlando prisionero,
o el jurado castigo a dar le lleve
a la maldad del Babilonio aleve.
Mas mientras él camina a la ventura,
al cerco retornemos de la Roca,
do todavía la batalla dura,
y la brigada nueva que se aboca
al tártaro Agricano, así le apura,
así le da molestia y le sofoca,
que de salir con honra y vida entera
casi estoy por decir que desespera.
Circunda la ciudad un ancho río,
que de una y otra parte abarrancado,
aun en lo más ardiente del estío
ni el curso enfrena ni permite vado.
De Albraca el populoso caserío
sobre un pendiente risco está fundado,
y almenada muralla le da en torno,
a par que fuerza y que defensa, adorno.
Coronada de blancos torreones,
está la ciudadela en lo más alto,
que de cien poderosos escuadrones
no tiene miedo al combinado asalto.
De bastante presidio de barones
el muro en derredor no estaba falto,
ni de la ciudadela el arduo asiento,
de la bella princesa alojamiento.
Y por la sola parte que no lava
aquel gran río el empinado muro,
completa las defensas honda cava
con puente levadizo bien seguro.
Éste, como antes dije, alzado estaba;
y Agricán, entre tanto, en el apuro
de abrirse retirada, suda y gime,
y cada vez más multitud le oprime.
Por cada calle un escuadrón avanza,
que acortar le hace el paso a su despecho.
Lluvia de piedras y de dardos lanza
cada torre a su vez, y cada techo.
Casi ya sin aliento ni esperanza
el Tártaro a la turba opone el pecho;
cuando ofrecerle la Fortuna quiso
salvamento y victoria de improviso.

Fué el caso que la tropa, o la ralea
mejor diré, que guarda muro y puente,
viendo cuán densa turba al rey rodea,
desguarnece sus puestos de repente,
y al paraje en que el Tártaro pelea,
toda se dirigió concordemente
a tomar parte en el provecho y gloria
de la que ya juzgó fácil victoria.

Afuera en tanto una brigada escala
el ya desierto muro; y con violenta
irrupción penetrando, el puente cala,
y franco el paso a los demás presenta.
No hay avenida que los campos tala,
no hay rápido torrente que revienta
forzando el dique, y se derrama hinchado
llevándose rediles y ganado;

Como la hueste tártara furiosa,
que a la turba circasa y albracana
de tropel arremete, estrecha, acosa,
postra, destruye, y cuanto encuentra allana.
Caballeros, peones, nadie osa
resistir. Sacripante se amilana,
y a salvar la amagada ciudadela
con las reliquias de su gente apela.

Viendo su pobre pueblo así deshecho,
tírase del cabello la Princesa,
y se tuerce las manos de despecho,
y en hondos ayes su dolor expresa.
La gran ciudad el enemigo ha hecho
en pocas horas mísera pavesa;
ponen doquier los lúgubres despojos
espanto a los oídos y a los ojos.

Aquí fuego, allí sangre, allá rüina,
grita acullá y estrépito y tumulto.
Uno roba, otro viola, otro se inclina
a matar solamente, y mata a bulto.
No la inocencia al párvulo apadrina;
no valen las plegarias al adulto;
no a la vejez las canas; no la bella
pálida faz ni el llanto a la doncella.

Ni el sacro templo reverencia inspira
a la crueldad, de sangre y presa avara.
Entre la refugiada plebe expira
el sacerdote ensangrentando el ara.

Ya donde fué la Albraca no se mira
muro o pared enhiesta, sino rara;
y cubre el suelo yermo la insepulta
gente, a que el vencedor, aun muerta, insulta.
La ciudadela sola se mantiene
de tanto estrago y destrucción exenta.
Trufaldino a esconderse en ella viene;
luego el turco Torindo se presenta,
y Sacripante, que consigo tiene
caballeros de pro como cincuenta,
herido en partes nueve o diez, cubierto
de polvo y sangre, y más que vivo, muerto.
Esto es de tantos miles lo que resta,
y en lo que su salud la reina fía,
pues, aunque tanto el resistir le cuesta,
resiste, sin embargo, todavía,
jurando derramar su sangre en esta
desatentada desigual porfía,
antes que de Agricán llamarse esposa.
Mas lo peor de todo es otra cosa.
O traición sea, o negligencia acaso
(que Turpín, si lo supo, se lo calla),
está el castillo sumamente escaso
de la más necesaria vitüalla.
Manda, pues, el doliente rey Circaso
que, mientras pueda él mismo ir a batalla,
los víveres se tasen a la gente,
y que de los caballos se alimente.
Angélica les dice: "Yo pretendo
ir a traeros prontamente ayuda,
y deudos y vasallos requiriendo,
la fortuna otra vez poner en duda.
Entre tanto a Mahoma os encomiendo,
que a vuestro acorro, como debe, acuda;
y si no os vuelvo a ver, amigos míos,
dentro de un mes (no pido más), rendíos.
"No me culpéis de temeraria o loca
que emprenda tal; que si me pongo al dedo
este encantado anillo o en la boca,
cosa, no sé, que deba darme miedo.
Algo, amigos, por vos hacer me toca;
pues ¿cuánto más lo que segura puedo?"
Tras esto un tierno adiós dice al amante,
casi ya moribundo, Sacripante.

Y después que al esfuerzo y la prudencia
de Trufaldino y de Torindo encarga
que la Roca defiendan en su ausencia,
la cual espera en Dios no será larga,
cabalgando con presta diligencia
su cándida hacanea, el paso alarga,
y a la luz de la luna bajó al llano
que la hueste ocupaba de Agricano.

Postrado a todo el mundo tiene el sueño
después de los afanes de aquel día,
y trabajo costara no pequeño
al muerto distinguir del que dormía.
Vaga un caballo acá y allá sin dueño;
ningún hogar, ninguna luz ardía;
la luna sola fríos rayos vierte
sobre esta escena de pavor y muerte.

Como que lleva para no ser vista
el anillo en la boca la Princesa,
sin que nadie le estorbe o le resista,
segura el campo tártaro atraviesa;
y cuando dél bastante trecho dista,
y ya el peligro, a lo que juzga, cesa,
pasó el anillo de la boca al dedo,
y el verde llano recorrió sin miedo.

Al rojo alborear de la mañana
cerca de un ancho río vió acostado
un vejancón de luenga barba y cana,
que así le dijo: "Sea Dios loado,
que a este lugar en hora tan temprana
os ha, señora mía, encaminado,
porque, según las señas que en vos noto,
de un tierno padre el cielo ha oído el voto.

"Un hijo tengo en la última agonía;
y si mediante alguna yerba o droga,
o algún secreto que sepáis, la impía
fiebre que le consume se desfoga,
muy mayor bien que el de esta vida mía,
vida caduca y mise... (aquí le ahoga
un tropel de sollozos lastimeros)
caduca y miserable, he de deberos".

Ella, naturalmente cariñosa,
"No llores, le responde, buen anciano,
que sé de yerbas y de cuanta cosa
el cuerpo adoleciente torna sano".

Así dijo; y de nada temerosa,
desmonta luego, y con la rienda en mano
va paso a paso a do el traidor la guía,
el cual era la misma hipocresía.
De una torre llegaron a la puerta,
que, al dar el conductor una aldabada,
al punto fué del otro lado abierta,
y entrados ellos, otra vez cerrada.
Entonces la añagaza es manifiesta:
de mujeres la torre está poblada,
que prende y guarda en ella aquel vejete,
bribón de siete suelas y alcahuete.
De Poliferno el tal era vasallo
(el rey de Hircania, mencionado arriba),
que proveedor le ha hecho de un serrallo
en que del Asia está la flor cautiva.
Cuando el rey le mandaba renovallo,
por el país cazando damas iba;
y no hay mujer que, vista, se le escape,
y que por fuerza o por ardid no atrape.
Estando ya la torre bien surtida,
llevarlas piensa al rey en caravana.
Tiene de rubias una gran partida,
y de morenas multitud mediana;
cuál, zahareña, y cuál es relamida,
cuál, grande, y cuál, rechoncha, y cuál, enana;
todas de fresca edad y todas bellas;
y nuestra Flordelisa es una dellas.
Porque, como arrojada por el fiero
centauro iba nadando río abajo,
dió con aquel grandísimo embustero,
que la pescó y a la prisión la trajo.
Para hacer el encierro llevadero,
cuéntanse unas a otras su trabajo;
una llora, otra al verse de esta guisa
se desespera, y otra lo echa a risa.
Narraba al auditorio compasivo
su historia Flordelisa sollozando,
y del jardín les habla en que cautivo
está con Brandimarte el conde Orlando;
y el gran centauro píntales al vivo
con quien quedó Reinaldos peleando;
y cuanto sabe, en fin, les despepita;
que así consuela una mujer su cuita.

Con gemidos y lágrimas la fina
y tierna fe les dice de su amante,
que forzado galán de Dragontina
de la encantada huerta es habitante.
Llega en esto otra joven peregrina
que acaba de apresar aquel tunante,
y se abre de la torre la barrera
a recibir la triste prisionera.
Todo lo oye y lo ve con gran cautela
Angélica, y de todo se socorre;
y, como para entrar la Damisela
recién cautiva en la malvada torre,
se entreabriese el portal, por él se cuela
anillo en boca, y por el campo corre.
Do está Roldán, ha oído a Flordelisa,
y marcha en busca suya a toda prisa.
De tal virtud, si bien incomprensible,
es la sortija aquella, que, en la boca,
no sólo al que la tiene hace invisible,
sino a cuanto cabalga y lleva y toca.
Y sepa el criticastro incorregible
que murmura y en duda lo revoca,
que un Arzobispo es quien lo escribe, y sea
o no mentira, es justo se le crea.
Así que, della Angélica provista,
iba, sin que la viesen, por doquiera;
y bien poco ganara en no ser vista
dado que verse el palafrén pudiera.
Ni en lo improbable algún lector insista
de que en la torre a mano le tuviera;
hallarse a punto y con el freno y silla,
recién llegado aún, no es maravilla.
Angélica, espolea que espolea,
fatiga al sobredicho palafrén,
(o si se quiere, llámese hacanea,
que no me importa el nombre que le den),
y dónde el Río del Olvido sea
y de la maga el deleitoso Edén,
pregunta ansiosa, y llega últimamente
al Río, y sin estorbo pasa el puente.
Cupo la guarda, en este propio día,
de la mágica huerta a don Roldán.
La silla a cuestas, Brillador pacía.
Pende el rojo pavés de un arrayán.

Él, tendido a la larga, parecía
estar embelesado en ver cuál van
de guija en guija con murmullo blando
las linfas de una fuente serpeando.
De caballeros por el parque gira
gallarda tropa; calza aquél la espuela;
éste bohorda; esotro al blanco tira,
o azor mudado o gerifalte vuela;
mientras que Clarïón pulsa la lira,
puntea Brandimarte la vihuela;
cantaba con Grifón el rey Balano;
aquél hace el tenor y éste el soprano.
"El velo que te ciega se descorra",
dice la Dama; y el anillo apenas
a Orlando aplica, en él la imagen borra
que le tiene en suavísimas cadenas.
Como el que vuelve en sí de una modorra
en que el ardor de las turbadas venas
la mente le embargó, los ojos gira,
y no sabe si vela o si delira;
Así perplejo Orlando y vacilante
duda si es realidad o fantasía
lo que le pasa; y más al ver delante
la beldad que buscado en vano había.
Revive en él, y crece, instante a instante,
el muerto amor; aquel amor que un día
le hizo afanar con incesante anhelo
por la que allí bajada cree del cielo.
Angélica le da noticia entera
de su prisión y del jardín hadado,
y de cómo le tiene la hechicera
de razón y memoria enajenado;
y cuéntale de Albraca la postrera
fortuna, el rostro en lágrimas bañado,
y que ha venido a demandarle ayuda,
y que obtenerla de su amor no duda.
Luego a Balán y a Brandimarte frota
la piel, y a los demás, con el anillo.
Mas Dragontina lo que pasa nota,
y a todo su poder quiere impedillo;
al arma suena; el campo se alborota;
consejo vano, que jardín, castillo,
y cuanto aquel florido espacio adorna,
en humo y viento y soledad se torna.

Esta metamorfosis repentina
contempla cada cual absorto y mudo,
hasta que Orlando en un padrón se empina,
y les hace, en el tono un poco rudo
que el uso de las armas adoctrina,
la más discreta alocución que pudo,
probando que piedad, justicia, fama
a la defensa obligan de la Dama.
Y la furia describe de Agricano,
y de la Albraca la fatal tragedia,
y el riesgo de que toda caiga en mano
de la bárbara chusma que la asedia
y ha de meterla a fuego y sacomano,
si Dios por su piedad no lo remedia,
y con presto favor no se le acude,
para que el fiero Kan de intento mude.
Todos conformemente han aceptado,
y juran ir de Orlando en compañía.
Mas aquel Trufaldino, que amasado
era de falsedad y felonía,
y desde tamañito fué malvado,
y lo era más y más de día en día,
una de las que sabe, urdir pretende;
a Sacripante y a Torindo prende.
Heridos, como están, difícil cosa
no ha sido este atentado a la pandilla
de gente desleal, facinerosa
que para tales hechos acaudilla.
En la cueva más honda y tenebrosa
con los demás que descuidados pilla,
turcos unidamente y circasianos,
atados encerró de pies y manos.
Y luego al Kan envía una embajada
diciendo que Torindo y Sacripante
a su mandado están, y que entregada
la ciudadela le será al instante.
Mas no bien fué la cosa declarada,
hinchados los carrillos, centelleante
la airada catadura, a la propuesta
del mensajero el rey así contesta:
"Por vida de quien soy, que con mi mano,
si no te escondes a la vista mía,
te descuartice, malandrín villano.
Huye, y di de mi parte al que te envía,

que jamás con traidores Agricano
usó tratar, y que se acerca el día
en que a los dos, para escarmiento y pena,
colgaros he de la más alta almena".
El triste mensajero que el semblante
ve de Agricán en cólera inflamado,
y hubiera, por estar de allí distante,
de Trufaldín las dos orejas dado,
no se hizo de rogar, tomó el portante,
por no exponerse a algún desaguisado,
y un poco más veloz de lo que vino
tornó con el mensaje a Trufaldino.
Iba en este comedio el conde Orlando
por aquellos desiertos noche y día,
con la princesa del Catay trotando
y con su valerosa compañía;
y de una cumbre altísima bajando
los campos vió de Albraca, que cubría
a todos vientos infinita gente,
en armas y colores diferente.
Tanto estandarte ven, tanta bandera,
y tanto pabellón, y tropa tanta,
que desistir Angélica quisiera,
según la inmensa multitud la espanta;
pero no es hombre Orlando que lo hiciera;
antes con más denuedo se adelanta.
"Por entre todo ese soez gentío
salva, le dice, irás, tesoro mío".
Guerreros nueve el animoso bando
cuenta, que en orden triple se reparte.
Cabalga a la vanguardia el conde Orlando,
y a su lado el brioso Brandimarte;
el centro Adrián y Uberto iban formando,
con Aquilante y Claros, nuevo Marte;
la retaguardia es de Antifor, Balano,
y el buen Grifonio, de Aquilante hermano.
Los cuales eran hijos de Oliveros,
no inferiores al padre en bizarría,
aunque a la bella cara los primeros
mostachos hacen sombra todavía.
En medio de estos nueve caballeros
toda medrosa Angélica venía,

8548. O. C. III dice erróneamente:
mostachos no hacen sombra todavía.

y de pensar temblaba en la contienda
que les aguarda, desigual y horrenda.
Como al pasar en tropa un ancho río
diz que acostumbra el próvido elefante,
que a los de menos fuerza y menos brío
el de más vasta mole va delante,
y desbravando él solo el poderío
de la rauda avenida resonante
a los demás con el ejemplo incita,
y el peligroso vado facilita;
No de otra suerte el bravo Orlando avanza,
y sonando el gran cuerno mientras tanto,
(aquel que a millas veinte a oírse alcanza,
y a cuantos le oyen pone horror y espanto),
con voz que se duplica en lontananza
reta al rey de Tartaria, a Radamanto,
Savarón, Poliferno, Santaría,
y a cuantos otros en el campo había.
Súbita alarma y súbito alarido
discurre por las bárbaras hileras;
todo el mundo a las armas ha corrido;
descógense estandartes y banderas.
Cual vasto mar, que reposó dormido,
si las calladas ondas placenteras
airado vendaval silbando azota,
hierve improvisamente y se alborota;
Así se alza el clamor y se dilata
por la que Albraca fué, ya vasta arena.
Agricano las armas arrebata,
y que Bayardo se le traiga ordena;
jaquelado pavés de negro y plata
embraza, y negro morrión estrena,
que por cimera en vez de airón galano
lleva una Muerte con guadaña en mano.
Discurre el noble Kan de Tartaría
que el viejo Galafrón es quien le ataca,
del cual tuvo noticia que venía
en acorro de Angélica a la Albraca.
¿Ni cómo imaginar que provenía
toda esta confusión, esta alharaca,
de nueve caballeros solamente,
contra tan grande número de gente?

8581. En las otras ediciones se dió en mala lectura "jaquelado"; "yaquelado", en 1862; y "y aquelado" en *O. C. III.*

Y por eso al corcel poniendo espuela,
seguido del gigante Radamanto,
corre el valiente Rey, que se las pela,
su campo a defender; mas entre tanto
que él corre, o por mejor decir, que vuela,
yo, interrumpiendo un rato breve el canto,
tomo para mi lira plectro nuevo,
como para tan alto asunto debo.

CANTO XIV

ORLANDO EN ALBRACA

El poeta filósofo del Lacio
dice que la mujer (yo no interpreto
literalmente, porque el propio Horacio
se lo prohibe a un traductor discreto;
y si bien ocupando igual espacio
puede expresarse en castellano neto
la misma cosa, hacerlo así sería
al bello sexo gran descortesía).
Dice que la mujer, ya antes de Helena,
guerras al mundo ocasionó fatales,
cuando el hombre, erizada la melena,
luenga la barba, en grutas y jarales
vida vivió de sobresaltos llena,
y sus rudos instintos animales
con gritos y baladros exprimía,
sin rey, ni ley, ni juez, ni policía.
No hubo aceros allí, pavés, ni cota,
y los inciertos amorosos goces
se disputaban, como la bellota,
a puñadas tal vez, tal vez a coces;
andaban nuestros padres en pelota;
pero todo cambïó; cunden precoces
artes de destrucción; la ciencia avanza;
se inventan arco y honda, espada y lanza.
El derecho de gentes, aunque justo,
como el de ahora, usaba otro lenguaje;
tirano entre los flacos el robusto
hablaba a lo soez y a lo salvaje.
Decía: "A mí me toca hacer mi gusto,
porque tengo más fuerza y más coraje;

y todo aquel que osado se me oponga,
sepa que este puñal le desmondonga".
Así habló la razón, así el derecho;
hoy (a no ser en uno que otro caso)
no va un rey de ese modo a vías de hecho;
y si saca su hueste a campo raso,
el probar que su fuerza y su provecho
son la justicia, es necesario paso;
y bien porro será quien no lo pruebe
en nuestro sabio siglo diez y nueve.
Ni fué el tipo de Aspasias y Lucrecias
el mismo que después: ancho el cogote,
y fornida la espalda, y carnes recias,
y encallecido el pie de andar al trote,
y un ribete de zafias y de necias,
eran donaire y hermosura y dote;
y el rapazuelo a la materna ubre
mamaba lo rollizo y lo salubre.
Por este de beldad primer instinto,
temprana Troya, ardió la choza un día,
y el arroyo corrió de sangre tinto,
y el adüar cambió de dinastía.
Tipo después acá y allá distinto
prevaleció; la griega fantasía
encarnó el suyo en palpitantes bronces;
¿mas fué mejor que el de antes el de entonces?
Creo que una joroba no hermosea,
que un hombre sin nariz no es un Apolo,
y que la calva es una cosa fea
en el austral y en el opuesto polo;
sigo también la popular idea
de preferir dos ojos a uno solo;
en esto mis creencias recopilo
sobre lo bello; en lo demás vacilo.
Pero cualquier dechado de hermosura
que una edad reconozca y autorice,
cualquiera que el lenguaje y la armadura
sean con que le ensalce y patronice,
siempre de amor la loca travesura
(y de ello Salomón que así lo dice,
dejó en sí mismo insigne documento)
de la razón se burla y del talento.
Testigo este Agricán, que delirando
de amor conmueve el Asia, y luto y duelo

a tantas gentes da; testigo Orlando,
de varonil virtud cabal modelo
en otro tiempo, ahora oprobio infando
de la cristiana fe, del patrio suelo,
embelesado en tontos amoríos,
indignos de su fama y de sus bríos;
Testigo Sacripante, que destruye
todo su pobre pueblo circasiano
por un mentido bien, que se le huye,
cuando ya piensa en él poner la mano.
Y a tanto adorador ¿qué retribuye
por el largo penar y el cotidiano
peligro de la lanza y de la espada
esta mujer falaz, desamorada?
Desamorada para todos, menos
el que odia y vilipendia su hermosura;
por éste sólo anubla los serenos
ojos, a los demás o falsa o dura.
¡Cuántos por ella extensos campos llenos
están de informes troncos, inmatura
mies de la Parca! Y ya su altar infausto
viene en sangre a bañar nuevo holocausto.
Forman los dichos caballeros nueve,
aunque pequeña, irresistible escuadra;
la cual, por dondequiera que se mueve,
enteras huestes rinde, abre, taladra.
Como a una causa al parecer tan leve
tanto tumulto en su opinión no cuadra,
ignorando Agricán qué cosa sea,
dudoso un breve instante titubea.
Mas luego Orlando le quitó la duda,
que se le fué, con Durindana, encima.
No recibió Agricán jamás tan cruda
carga, y el mismo rey así lo estima.
En vano se enfurece, en vano suda,
en vano apela al arte de la esgrima,
en vano el tiempo y el esfuerzo gasta;
escasamente a defenderse basta.
Metióse por fortuna de repente
entre los dos gran golpe de canalla,
y a pesar de uno y otro combatiente
partida fué la horrífica batalla.
Orlando se reúne con su gente,
y empujan juntos la cerrada valla

de tanta espada, lanza, pica, porra;
no hay sino su valor que los socorra.
Como silbante plomo un balüarte
de débiles adobes aportilla,
las filas de este modo rompe y parte
a gran correr la intrépida cuadrilla.
Descabezados troncos de una parte
y otra cayendo van que es maravilla.
Al ver delante tanta sangre y tanto
destrozo, tiembla Angélica de espanto.
Pues Agricán, que al fin se desembarga
del gran tropel en que arrastrado gira,
y ve los caballeros a no larga
distancia, y la beldad por quien suspira,
pensad con qué furor vuelve a la carga,
y con cuánta violencia Amor le tira,
cuando a la mano el cielo le coloca
la prenda antes guardada en la ardua Roca.
Contando que le echaba ya la uña,
aguija hacia los nueve; y como era
el buen Roldán la punta de la cuña
que hace en las filas tártaras tronera,
embístele; y si bien no le rasguña
las encantadas carnes, de manera
le muele y le magulla y le fatiga,
que a recogerse en el pavés le obliga.
En esto Radamanto, el jayanote
que al Duque derribó, da en la tetilla
a Balán con el asta; al recio bote
va al suelo el rey, hundida una costilla;
pero esgrimiendo el corvo chafarote
lava con harta sangre esta mancilla;
terrible cosa de mirar fué aquélla;
de un tajo solo, a dos o tres degüella.
A su corcel por todas partes busca;
que pueda recobrarlo dificulto,
pues tan espesa polvareda ofusca
los ojos, y tan grande es el tumulto,
el confuso tropel y la chamusca,
que a cuatro pies no se distingue un bulto;
triste de aquel que pierde en ella el tino,
pues de salud no encontrará camino.
Visto que le hubo en tan dudoso estrecho,
fué a socorrer Grifón al rey Balán;

y como en otro encuentro se le ha hecho
pedazos el lanzón, y aquel jayán
el suyo enristra y se lo apunta al pecho,
temeroso Grifón de algún desmán,
tírale un tajo que le corta el asta
en dos pedazos, como blanda pasta.
Radamanto, arrojando el cabo al suelo,
recibe con la espada al adversario.
Trábase igual entre los dos el duelo,
y danse golpes con suceso vario.
No se llevaba el uno al otro un pelo
de ventaja; y durara el sanguinario
trance sin duda alguna todo el día,
si no se entrometiera Santaría;
Santaría de Suecia, que ha querido,
por sus pecados o su mala estrella,
lidiar con Antifor; y le ha cabido
tan desmedida zurra, que atropella
atolondrado y casi sin sentido
por cuanto encuentra al paso, y va y se estrella
con Radamanto y con Grifón, haciendo
tanto alboroto y confusión y estruendo,
Que el corcel del gigante se dispara
y por las filas rompe como flecha.
Crece la turbación y la algazara;
todos corren a izquierda y a derecha;
corren, y nadie vuelve atrás la cara,
y cada cual a su vecino estrecha;
éste empuja, aquél vuelca, esotro casca;
parece el campo súbita borrasca,
Cuando a lo lejos por la mar serena
levanta el viento crespa espuma, y cunde
de un lado y otro el temporal, y suena
más y más, según raudo se difunde,
hasta que el horizonte en torno llena,
y vasta playa estrepitoso tunde;
corriendo el campo va del mismo modo
la horrenda gresca, y lo alborota todo.
Miraba el ruso Argante en otra parte
la reñida refriega, y a su vista
hubo de presentarse Brandimarte,
a quien nada parece que resista.
Un rato aquel bribón se estuvo aparte,
atisbando el momento en que le embista;

y cuando la ocasión vió favorable,
cierra con él, llevando en alto el sable.
Brandimarte, si bien la desventaja
tuvo al principio, se repuso luego;
sube el acero prestamente y baja,
y sigue entre los dos igual el juego.
Y de los nueve cada cual trabaja
no menos; y al herir no dan sosiego
Adriano, el conde Claros, ni Aquilante,
ni el Rey Balán, que haciendo va de infante;
Ni Antifor, ni Grifón, ni el conde Uberto,
ni Roldán, sobre todos animoso;
los cuales juntamente y de concierto,
acuchillando a roso y a velloso,
dejan rastro larguísimo cubierto
de un cúmulo de muertos espantoso;
pero por más que ayudan a Balano,
fué menester dejarle en el pantano.
Tremendo fué el destrozo, extravagante;
y sin embargo, vese siempre el mismo
descomunal ejército delante,
que no cabe en el campo, ni en guarismo;
en medio de la trápala incesante,
parece que regüelda el hondo abismo,
y que de tanta multitud se ahita,
y nuevamente al mundo la vomita.
Un poco menos fácil el camino
a la pequeña hueste se ofrecía,
pues se lo cierran Agricán, Brontino,
Lurcón y Poliferno y Santaría.
Éste, llevando a Uldano de padrino,
a Antifor nuevamente desafía;
y sostiene a los dos aquel bergante
de Radamanto, y a los tres Argante.
Peleaba Antifor heroicamente
con todos cuatro; pero a tanto exceso
no pudo contrastar, por más valiente
que fuese; en suma, le llevaron preso.
Y vueltos al lugar do el remanente
de la cuadrilla aguanta el grave peso
de la enemiga hueste, con más brava
furia la sanguinosa lid se traba.
Hace la escolta de la bella dama
prodigios de valor en su defensa;

pero Agricán, que cada vez se inflama
en pasión más ardiente y más intensa,
"*A ellos*", furibundo, "*a ellos*", clama,
y arremete de modo que no piensa
nadie sino en salvar la propia vida,
de cien opuestas puntas combatida.
La Dama, al verse en tan estrecho paso,
apelar al anillo determina;
mas metiólo en el seno por acaso
al salir del jardín de Dragontina;
y buscándolo ahora (¡fuerte caso!),
no pudo hallarlo; y casi desatina
creyéndolo perdido, y que en perdello
a su mala ventura ha puesto el sello.
Del cabello se tira, y se maltrata,
y al Conde voces da que la liberte.
El Conde se enfurece, se arrebata,
y llamaradas por los ojos vierte;
tíñesele la cara de escarlata,
y aprieta las rodillas de tal suerte
que no tuvo vergüenza Brilladoro
de echarse a tierra, y brama como un toro.
Mas álzase ligero, que el sañudo
Conde le hace saltar de un espolazo.
Ni es ya a sus iras suficiente el crudo
herir de punta y filo y cintarazo;
échase a las espaldas el escudo
como si le sirviera de embarazo,
y con ambas las manos empuñada
brilla como un relámpago la espada.
Muévese Durindana, que no fuera
cosa fácil decir si sube o baja;
y abriendo a su señor ancha carrera,
batallones enteros desparpaja;
asombro da mirar de qué manera
punza, troncha, cercena, hiende, taja;
horroriza el silbar de la iracunda
espada, que de sangre el suelo inunda.
A un peón que se mete en la jarana
degüella; y fué la cosa divertida;
tiene tan fino el corte Durindana,
y cuando el buen Roldán le infunde vida
con tal blandura y suavidad rebana,
que el pobrecillo no sintió la herida,

y dando tajos con el ojo abierto,
andaba acá y allá, y estaba muerto.
Ocasión de su propia desventura
fué al pobre Radamanto su grandeza.
Vióle tan alto Orlando, y se la jura.
Tírale un gran fendiente a la cabeza,
y de la coronilla a la cintura
le parte en dos, y ni aun allí tropieza,
que hasta los dos arzones ha tajado;
cayó medio jayán de cada lado.
Hállase Saritrón algo adelante,
haciendo de peones gran cosecha,
y vista la tragedia del gigante,
de escabullirse la ocasión acecha.
Rebanóle la espada fulminante
el tronco de la izquierda a la derecha;
cayó el sangriento busto al pie de Orlando,
y siguen las dos piernas cabalgando.
Hácele igual honor al rey Brontino,
pues de un revés le corta la cabeza,
que con el yelmo y la cimera vino
rodando por el campo una gran pieza.
Pendragón, rey de Gocia, en el camino
estaba por descuido o por simpleza;
tírale Orlando al cuello una estocada,
y le salió por la cerviz la espada.
La cual, no hallando obstáculo bastante,
hasta la guarnición no es mucho que entre,
ni que, como esconderse piense Argante
detrás de Pendragón, saliendo encuentre
la punta de la hoja penetrante
al pobre diablo, y le barrene el vientre;
cae muerto Pendragón, y al mismo punto
Argante echó a correr medio difunto.
Corría el infeliz cuanto podía,
sobre el arzón llevando la asadura,
mientras que Orlando en pos también corría,
que la cuestión finalizar procura;
y de paso una gran carnicería
hace de cuanto encuentra en la llanura.
¿A qué pedir perdón, merced ni gracia?
que su furia, aun matando, no se sacia.
No hay terremoto, no hay tormenta oscura,
ni rápida avenida, que le iguale;

no le resiste espada ni armadura;
hüir o pelear lo mismo vale;
pone espanto de lejos su figura,
que entre un montón de muertos sobresale;
parece que en el yelmo el rostro le arda;
todos al verle gritan: "*¡guarda! ¡guarda!*"
Con Agricán batalla pavorosa
trababa en tanto el joven Aquilante,
cerca de donde Angélica llorosa
llamaba a voces al señor de Anglante.
Era ya de Aquilante peligrosa
la situación; mas llega en ese instante
el Conde, quebrantando armas, bridones,
banderas, caballeros y peones.
Como era aquel mancebo su pariente,
sobrino de Alda bella, y le traía
a mal traer el Tártaro inclemente,
y las plegarias de su dama oía,
quiso librar el pleito a un gran fendiente
sobre el testuz del rey de Tartaría;
tigre sobre la res no da igual salto
que el Conde sobre el rey, la espada en alto.
En la cabeza el más desapiadado
golpe que dado fué jamás, le asienta.
Merced al morrïón, que era encantado,
Agricán, si no es eso, no la cuenta.
Quedó el rey de sentido enajenado,
y apenas a caballo se sustenta;
mas el gentil bridón, huyendo a escape,
impide que a su dueño el Conde atrape.
Bayardo era el bridón, y el conocello
maravillado al conde Orlando deja;
antes no pudo reparar en ello;
tanto le desfigura y desemeja
la malla que le cubre frente y cuello
y el cuerpo hasta la cola y la cerneja.
Orlando aguija con el doble empeño
de apoderarse del bridón y el dueño.
Síguelos por el campo a rienda suelta,
creyendo que la Dama no tenía
ya que temer; mas en la gran revuelta
que en derredor por todo el campo había,
ejecutaron una acción resuelta
Poliferno, Lurcón y Santaría;

Santaría a la Dama echando el guante
llévasela abrazada por delante;
Y defienden la presa Poliferno
y el rey Lurcón, y se les junta Uldano,
sin duda alguna el más malvado terno
que tuvo en sus brigadas Agricano.
Los seis barones entre aquel infierno
de bruta gente casi dan de mano
contra tan grueso ejército, a la empresa
de salvar a la mísera Princesa.
Lástima grande causa oír el duelo
de la cautiva, que, a los vientos dando
la rubia cabellera, sin consuelo
gritaba: "¡Orlando mío! ¡Amado Orlando!"
Traen a Clarión al redopelo,
y a Brandimarte va el vigor menguando;
ni ya es Uberto a resistir bastante,
ni Grifón, ni Adrïano, ni Aquilante.
Agricán que entre tanto se recobra,
vuelve anhelante a vindicar su afrenta;
y vuelve en pos Orlando, que la obra
creyó acabada por error de cuenta.
Con gran sorpresa advierte que zozobra
el bando amigo en muy mayor tormenta,
y oye la voz doliente de la Dama
que sin cesar "*¡Orlando! ¡Orlando!*", clama.
Lánzase como un tigre a la pandilla
que le lleva su dueño soberano,
y a Lurcón en la misma coronilla
un golpe da como de aquella mano;
hácele la cabeza una tortilla,
que, en vez de dar de filo, dió de plano;
el yelmo a tierra va, si antes redondo
y empenachado, informe ahora y mondo.
¡Extraña cosa, inusitada y fiera,
que superar parece a fuerza humana!
No se ve de Lurcón la calavera
en parte alguna próxima o lejana;
dentro del yelmo no se halló ni fuera;
volvióla toda polvos Durindana.

8985-6. En las otras ediciones:

Y defiende la presa Poliferno
y el rey Lurcón, y se le junta Uldano,

Medroso Santaría, sólo pudo
en la bella cautiva hacerse escudo.
Otro recurso o fuerza o poderío
que en aquel trance le defienda, ignora.
Sujeta el brazo y tiene a raya el brío
el Conde, por no herir a su señora.
Mas ella grita: "Orlando, Orlando mío,
si me tienes amor, muéstralo ahora;
mátame con tus manos; antes muera
que verme de estos canes prisionera".
Confuso el Conde y por demás perplejo
no sabe qué resuelva; al fin, la espada
envaina, y toma por mejor consejo
matar a aquel ladrón de una puñada.
Temblaba el malandrín por su pellejo;
y al ver la invicta diestra desarmada,
creyó trocado el lance, y determina
valerse de ocasión tan peregrina.
De la Dama que lleva delantera
sobre el siniestro brazo echó la carga,
porque mejor de adarga le sirviera,
dado que menester hubiese adarga;
y al Conde una estocada en la ventrera,
mucho más pronto que lo digo, alarga,
que, echado a las espaldas el escudo,
de todo amparo le creyó desnudo.
Mas el escudo al Conde tanto importa,
como si fuera un bulto de diamante.
El Conde quiso hacer la cuenta corta
pagando con usuras al instante;
a dos dedos del tronco de la aorta
le imprime el puño y el ferrado guante;
quítale así la vida; así rescata
la bella presa; y de salvarla trata.
En brazos la tomó, y el acicate
hincando a Brilladoro, hacia la Roca
corre veloz, y cuanto encuentra abate.
Agricán, que le ve, se abrasa en loca
furia; seguirle quiere; mas combate
con seis a un tiempo, y lo peor le toca;
los seis la lid con nuevo aliento emprenden,
y ya en lugar de defenderse, ofenden.
Llega en tanto a la puerta del castillo
el Conde amante, y que le admitan ruega;

mas Trufaldín, el consumado pillo,
asomado a una torre, se lo niega;
y no sólo rehusa recibillo,
sino le insulta, y a intimarle llega
que guerra les harán él y su gente,
si de allí no se apartan prontamente.
Insta la Dama y llora; mas en vano.
Grita y brama Roldán; pero sin fruto.
Acércase Agricán; se acerca Uldano;
y nada mueve el alma de aquel bruto.
Hierven de gentüalla risco y llano,
y estará toda en menos de un minuto
al pie del alta Roca; y el malvado
más terco cada vez, más obstinado.
Las piedras y los dardos menudea
mezclando con las obras el denuesto.
Pues ¿quién podrá formarse alguna idea
de la pasión, del frenesí funesto
que al corazón de Orlando señorea,
en tal peligro y tal afrenta puesto?
Brama de enojo y de pavura treme;
mas no por sí, por ella sola teme.
Teme por la beldad que adora fino;
en cuanto a sí ningún temor abriga.
Le arroja de los muros Trufaldino,
y ya la chusma bárbara enemiga
envuelta en polvoroso remolino
osada embiste y más y más le hostiga
con dardos y venablos y saetas,
al son de los clarines y trompetas.
Clarión y Aquilante y Adriano
lidian con Agricán a todo trance;
el noble Uberto es un león insano;
donde él está no hay bárbaro que avance;
proezas de ardimiento sobrehumano
hace Grifón en repetido lance;
y Brandimarte, si decirse puede,
en fuerza y brío a los demás excede.
La Dama en tanto al pie del muro gime,
y ruega humilde el Conde a Trufaldino
que por Dios se conduela y se lastime
de una infeliz que a tan crüel destino

9088. En las otras ediciones:
mas no por sí, por ella sólo teme.

reducida se ve; nada hay que lime
el corazón perverso, diamantino,
de aquel traidor, para quien es materia
de pasatiempo el llanto y la miseria.
No hay ruego, no hay promesa que le ablande,
y en el alma de Orlando el reprimido
furor fermenta; y cada vez más grande,
revienta al fin con hórrido estallido.
Por más que el Conde a sus afectos mande,
por más que, en el hablar, desconocido
le fué el baldón, denuestos cuando tocan
en lo más vivo, a denostar provocan.
"Recibirásme, infame, a tu despecho,
le dice, haz cuanto puedes, cuanto sabes;
será este muro en átomos deshecho
para que al fin, como debiste, acabes;
arrancaré de tu alevoso pecho
el corazón; lo comerán las aves;
nada, aunque fuese el mundo de tu parte,
de la horca, follón, podrá salvarte".
Diciendo así, descarga con el lomo
de la espada tal golpe en la muralla,
que hace saltar dos piedras de gran tomo.
Trufaldín, que de Orlando en la batalla
supo los hechos, y ve ahora cómo
terror infunde y susto a la canalla,
y se figura que a la Roca misma
con la tremenda espada hunde y abisma,
Y observa el fuego que en sus ojos arde,
y oye de aquel acento la braveza;
como de suyo es la traición cobarde,
pónese a tiritar de pie a cabeza;
y si antes hizo de insolencia alarde,
de abatimiento ahora y de bajeza.
"Pon mientes, Conde, a lo que digo; apelo,
de mi verdad en testimonio, al cielo.
"Negar no puedo, ni negar podría,
que contra mi señora he delinquido;
pero la culpa principal no es mía,
que en Dios y en mi conciencia no he tenido
la menor intención de felonía,
y probarélo, siendo Dios servido.
Contra mí cometieron mil excesos
mis camaradas y los puse presos.

"Esta es mi culpa, y es lo que me abona
si todo falso juicio se destierra;
porque jamás fué blanco una persona
de tan injusta y tan malvada guerra.
Mas como el ofensor nunca perdona,
sé que, en viéndose libres, cielo y tierra
moverán contra mí, y han de quererte
inducir a mi afrenta y a mi muerte.
"Así que, mi señor, si entrar pretendes,
será con pacto y juramento expreso
de que a pie y a caballo me defiendes,
y me mantienes salvo, sano, ileso,
y si alguno me ataca, al punto emprendes
batalla, y me le entregas muerto o preso.
Si esta precisa condición te agrada,
entras; si no la aceptas, no hay entrada.
"Y lo que a ti te digo, a todos digo;
a nadie admitiré, sin que primero,
poniendo a el alto cielo por testigo,
me dé palabra y fe de caballero,
que en todos lances estará conmigo
y ha de ampararme a fuero y contra fuero,
mientras se tenga en pie, mientras respire;
y el que no jure así, que se retire".
Orlando inexorable se lo niega,
antes con más enojo le amenaza;
mas la Dama intercede y se lo ruega,
y el cuello al Conde estrechamente abraza.
Aquella alma soberbia se doblega,
y a Trufaldín le sale bien la traza.
El desabrido trago apura el Conde;
jura por sí y de los demás responde.
Aquilante, Adrïano, Brandimarte,
Grifón y Clarïón y el conde Uberto,
lidiando están con Agricano aparte,
que, si bien de fatiga medio muerto,
fiera descarga entre los seis reparte;
y aunque en la Roca al fin tomaron puerto,
si Orlando en su defensa no viniera,
desocupado ya, no sé qué fuera.

9166. En las otras ediciones:
batalla, y me le entregas muerto y preso.

9185. Las otras ediciones dicen erróneamente:
Aquilano, Agricano, Brandimarte,

Pues, como digo, entraron en la Roca,
asilo dentro y fuera mal seguro,
donde por toda munición de boca
un caballo salado, seco y duro,
se les sirve a la mesa, y no fué poca
dicha, que, estando bloqueado el muro
de tanta muchedumbre, alguna gente
tuvo en esta ocasión que estar a diente.
Cupo a Roldán de aquel caballo un cuarto,
y se comieron los demás el resto.
Aunque la carne está como un esparto,
no hubo ninguno que le hiciese gesto.
Diz que Roldán apenas quedó harto.
Ello es que consumido ya el repuesto,
o han de buscar, lidiando, vitüalla,
o será con el hambre la batalla.
Determinaron que al siguiente día
Roldán con este fin bajase al llano,
y que le hiciese Uberto compañía,
Clarïón y Brandimarte y Adrïano.
Y porque justamente desconfía
de Trufaldín el Senador romano,
a Grifón y Aquilante en el interno
ámbito del castillo da el gobierno.
Orlaba el manto de la noche umbría
una cinta en Oriente rosa y alba,
y el coro alado en dulce melodía
cantaba ya la bienvenida a el alba.
Sale Roldán con el naciente día;
y sonando su cuerno, hace la salva
al ejército tártaro; aquel cuerno
que remeda el bramido del infierno.
No alegre entonces y festivo suena
como de quien cazando se deporta,
sino como la nube cuando truena,
y sierpes de purpúrea lumbre aborta.
De sobresalto y de pavor se llena
la hueste de Agricano, y queda absorta;
no hay uno solo que a Roldán resista;
todos corren, huyendo de su vista.
Solo a los fugitivos el sañudo
Agricano delante se presenta.
El acero mostrándoles desnudo,
en balde contener la fuga intenta;

que si atajarla en una parte pudo,
por otras mil la turbación se aumenta,
y al ronco son que amenazando brama,
veloz por todo el campo se derrama.
Vuelve altivo los ojos Agricano,
y al ver que en derredor de monte a monte
hierve el cobarde vulgo, y en el llano
la amedrentada turba hace horizonte,
la espada envaina; la derecha mano
(cuál ángel infernal que al cielo afronte)
alza, apretando el puño fieramente,
y de mirar no se dignó a su gente.
Della no haciendo ya maldito caso,
monta el corcel, escudo toma y lanza,
por la revuelta chusma se abre paso,
y a la contienda embravecido avanza.
Combatir quiere él solo a campo raso;
y lleno de valor y confianza,
suena también su cuerno horriblemente.
El resto oiréis en el cantar siguiente.

EL PROSCRITO*

FRAGMENTOS DE UNA LEYENDA

CANTO I

LA FAMILIA

"Keep thy smooth words and juggling homilies for those that know thee not".

(Lord Byron).

Ante la reja está de un locutorio
de monjas, a la hora de completas,
(no digo la ciudad ni el territorio
por evitar hablillas indiscretas),
la mujer del anciano don Gregorio
de Azagra, caballero de pesetas
pocas, pero de alcurnia rancia, ilustre,
a quien ni aun la pobreza empaña el lustre.

Que dió espanto a las huestes agarenas
un don Gómez de Azagra con la espada,
y añicos hizo él solo tres docenas
de moros en la Vega de Granada;
y que su sangre corre por las venas
de don Gregorio, en cuya dilatada

* Extenso poema que Bello empezó por los años de 1844 o 1845, según testimonio de M. L. Amunátegui (*Vida Bello,* p. 612). A la muerte de Bello, el poema había quedado inconcluso e inédito. Antes de ser publicado todo el texto (en *O. C. III*), don Emilio Bello Dunn, hijo de Bello, publicó cincuenta y una octavas del primer Canto (*La Familia*) en la *Revista Americana,* nº 1, Santiago, 29 de agosto de 1869; y, además, proporcionó las once primeras octavas del Canto tercero (*La Chacra*) a *Rojas Hermanos* para la edición de 1870, donde fueron publicadas con el título de *El Campo.* Del mismo modo en *Rojas Hermanos, 1881* y en *Caro, 1882. Amunátegui, Vida Bello,* p. 613 y ss. da largos fragmentos del poema. Al carecer de fuentes manuscritas para esta edición, hemos tenido que recurrir a las anteriores publicaciones, algunas con muchas erratas. Consignamos en nota las variantes de texto. (Comisión Editora. Caracas).

prosapia no encontró jamás indicio
judaico que tiznar el Santo Oficio;
Ni cayó de traición la mancha fea,
ni hubo sectario alguno de Mahoma,
ni abuelo con raíces en Guinea,
ni, en fin, más fe que la de Cristo y Roma;
claramente verá todo el que lea
(donde se lo permita la carcoma)
la iluminada ejecutoria antigua
que contra malas lenguas lo atestigua.
Cuenta en sus bienes el señor de Azagra
dos minas broceadas; vasta hacienda
de campo, que le rinde renta magra;
y vieja casa de capaz vivienda,
do la vida le endulza y le avinagra
alternativamente la leyenda,
el mate, la tertulia un corto rato,
los acreedores, la mujer y el flato.
Era también de esclarecida cuna
su mujer doña Elvira de Hinojosa;
y aunque en el matrimonio la fortuna
de su marido no medró gran cosa,
fué una santa mujer sin duda alguna;
y como tan austera, escrupulosa
y timorata que es, ciertas cosillas
que en don Gregorio ve le hacen cosquillas.
A la tertulia sin cesar combate,
porque se viene tardes y mañanas
a beberle la aloja y chocolate,
gastando el tiempo en pláticas profanas.
Dice que su marido es un petate,
y algunas veces le llamó Juan Lanas;
quiere que todo, en fin, se le someta,
y trata a don Gregorio a la baqueta.
Cosa muy natural seguramente
en tan alta virtud; ni pudo menos
la que abrasada en santo celo, siente,
aún más que sus pecados, los ajenos.
Y lo peor de todo es que el pariente,
cuando estalla en relámpagos y truenos
su bendita mujer, vira de bordo,
toma la capa, o calla y se hace el sordo.
De esta feliz matrimonial coyunda
tuvo Azagra hijos dos; perdió el primero;

y le vive Isabel, prole segunda,
que ya su corazón ocupa entero.
No ha vuelto la señora a ser fecunda;
y como la Isabel de enero a enero
en aquel monasterio se lo pasa,
no hay más que Elvira y don Gregorio en casa.

De lo que dejo dicho se colige
que la tal Isabel es la heroína
de mi leyenda, y de rigor se exige
que la retrate. Cabellera fina,
rizada sin que el arte la ensortije,
negra; rosada cutis; coralina
boca con marfilada dentadura;
espalda, cuello y brazos, nieve pura.

De beldad envidiados caracteres,
Isabel, en tu patria menos raros,
madre de donosísimas mujeres,
de hombres valientes y de ingenios claros;
pero en el talle esbelto única eres,
y en esos ojos, de su fuego avaros,
fuego amoroso y juntamente esquivo,
en tus tímidos párpados cautivo.

Edúcase la niña en el convento,
sin ver ni la ciudad, ni la paterna
casa jamás. El crítico momento
de pronunciar su despedida eterna
del mundo va a llegar; y el pensamiento
(en que arrullada fué desde la tierna
infancia) de celeste desposorio,
a toda la familia es ya notorio.

Quiere su madre, y quiere fray Facundo,
su confesor, que tome luego el velo;
y ella, a quien el recinto del profundo
retiro en que ha vivido es, bajo el cielo,
el universo todo; ella, que el mundo
recuerda como un sueño vago, al celo
del confesor y a la materna instancia,
cede sin aparente repugnancia.

Bien que a las veces este sueño vago
le muestra un no sé qué dorado, hermoso,
que hace en el alma excitador halago,
muy diferente del claustral reposo.
Quisiera ver el valle, el río, el lago,
la montaña elevada, el mar undoso,

y en libertad triscar por la pradera,
con alguna querida compañera;
Objetos que no ha visto y se figura
aún más bellos acaso que la propia
naturaleza; pues la infiel pintura
de la imaginación, partes acopia,
que unidas no se ven; y es toda pura,
es toda bella y diáfana la utopia
de joven alma, que su forma aeria
y su albor virginal da a la materia.
"¿Y este claustro ha de ser depositario
de mi existencia toda?" Isabel mira
el silencioso, umbrío, solitario
recinto; y sin saber por qué, suspira.
"¿Viviré, como vive mi canario,
que sin cesar de un lado al otro gira
de su prisión, y sin cesar se roza
contra las rejas?" Isabel solloza.
Pero este triste pensamiento pasa,
como en el cielo fugitiva nube,
como el aura sutil que un lago rasa;
y a su nivel de nuevo el alma sube.
Por lo que fray Facundo se propasa
a declarar que no es razón se incube
con tan superfluo empeño en esa idea,
pues la niña consiente y lo desea;
Que de su inclinación sale garante,
en cuanto serlo puede el juicio humano;
pero que el corazón es inconstante;
el juvenil espíritu liviano;
y perder no se debe un solo instante
en cumplir un designio tan cristiano,
poniendo un muro indestructible, eterno,
entre el alma inocente y el infierno.
"Esto (concluye) es lo que pide el caso:
no aburrir con sermones a la niña".
"Eso es lo que repito a cada paso",
Elvira dice, y maliciosa guiña.
"Estoy (responde Azagra) un poco escaso;
pero con la primera plata-piña..."
Mirando a su mujer medroso calla;
la doña Elvira por un tris estalla.

139. *Caro, 1882* da este verso:
"Eso es lo que repite a cada paso",

Sólo el respeto al padre la modera.
"¿Qué plata-piña?, dice, ¿cuánta han dado
tus minas, perdurable sangradera
de dinero, en este año, ni el pasado,
ni en seis años atrás? Si la primera
plata-piña es el fondo destinado
para que mi Isabel pronuncie el voto,
¿por qué no dices claro: *no la doto?*"
"Si no han dado, darán". Aquí el enojo
de doña Elvira iba a soltar el dique,
y Azagra echaba a su sombrero el ojo,
pues no sabe qué alegue, o qué replique,
cuando el padre advirtiendo por el rojo
color de doña Elvira, que está a pique
de reventar la concentrada bilis,
"Mi don Gregorio, en eso está el busilis
(Dice con una flema, una cachaza
admirable), en que den. Pero yo pienso
que podemos hallar alguna traza...
algún arbitrio .. verbigracia, un censo
sobre la hacienda". Doña Elvira abraza
la indicación con un placer inmenso:
"Ya se ve; ¿por qué no?" "Si acaso el fundo
no está gravado (agrega fray Facundo;
Y una mirada exploratoria lanza,
como que algún obstáculo presuma);
y si lo está, con una buena fianza
podemos a interés buscar la suma.
Mi compadre don Álvaro Carranza..."
"Al que en sus garras pilla lo despluma,
(responde Azagra). No se piense en eso;
un dos por ciento, padre, es un exceso".
"Su tertulia de usted don Agapito...",
repone el fraile. Elvira refunfuña:
"No le puedo tragar; es un bendito,
que come, bebe, pita, el mate empuña,
y sorbe, y charla; y no le importa un pito
que la señora de la casa gruña.
Sólo el mirarle, Dios me lo perdone,
pero no está en mi mano, me indispone".
"¡Caridad!" "Y su tema favorito
es toma el fraile y daca la beata".

152. *Caro, 1882* da este verso:
¿por qué no decir claro: no la doto?"

"Hereje (dice el padre), un sambenito
le viniera de perlas. ¡Democrata!
¡francmasón! Pero al fin don Agapito
es hombre servicial y tiene plata.
Ocurramos a él; sé que le sobra;
hará a lo menos esa buena obra".
Ellos, por más que don Gregorio tienta
medios para salir de un compromiso
que a su cariño paternal violenta,
(pues en su corazón está indeciso,
y si accede al monjío, lo aparenta,
por amor a la paz); quiso o no quiso,
acuerdan apelar al contertulio,
y hacer la fiesta en el cercano julio.
La precedente discusión pasaba
en la mañana misma de aquel día
en que, como antes dije, Elvira hablaba
por entre la enrejada celosía
a las amigas monjas; se trataba
de la pobre Isabel... Mas todavía
no le llega su turno al locutorio,
que tiene la palabra don Gregorio.
Acabo de decir que consentía
por el bien de la paz en el monjío.
Aun cuando el primogénito vivía
(que pereció cautivo al filo impío
de cuchilla araucana), lo tenía
por un desacordado desvarío,
bien que pacato, tímido, indolente,
nunca lo contradijo abiertamente.
De lo que procedió que, poco a poco
y sin sentirlo, a indisoluble empeño
se viese encadenado. "¿Estaba loco,
decía, o de mí mismo no era dueño?
¿Cómo ya el concertado plan revoco?
¡Maldita dejadez! ¡fatal beleño,
que a todos los caprichos me sujeta
de ajena voluntad! Soy un trompeta...
"¿Qué digo?... Un padre bárbaro, inhumano,
que ve inmolar esa inocente niña
a un celo iluso, que a interés mundano

193. *O. C. III*, da esta lectura: *Ello por más que don Gregorio tienta.* Nos atenemos al texto de *Caro, 1882.*

sirve tal vez, o a infame socaliña,
y no osa alzar la voz, meter la mano,
porque su ama y señora no le riña,
y no regañe el necio conciliábulo
que la da en su delirio apoyo y pábulo.
"No, ¡por Dios!, no he de ser yo quien permita
se sacrifique así, se eche una losa
sepulcral a mi pobre Isabelita;
no será que me arranquen mi amorosa,
mi cándida, mi tierna palomita.
Sin duda tronará mi santa esposa...
¡Que truene! El corro ladrará... ¡Que ladre!
Quiero ser hombre al fin, quiero ser padre.
"Pero si ella ama el claustro, si la encanta
el claustro, como afirma el fraile seria
y gravemente (y nadie tiene tanta
proporción de juzgar en la materia),
¿debo yo de esa senda pura y santa
extraviarla, hundirla en la miseria
y corrupción del mundo? No lo creo,
porque una cosa dicen y otra veo.
"Ella es verdad que salta y juega y ríe;
¿mas quién no juega y salta en años quince?
Nadie de tales síntomas se fíe,
que de tener se precie un ojo lince.
El que la observe, el que en su rostro espíe
ora el sollozo ahogado, ora el esguince,
verá que en sus adentros Isabela
contra ese pensamiento se rebela.
"De cierto tiempo acá se me figura
que pensativa y lánguida la miro.
Cuando oye hablar de profesión futura,
escápasele a hurto algún suspiro.
Y si su madre la elocuencia apura
pintando las delicias del retiro,
vuelve a un lado los ojos, o impaciente
suele tocar asunto diferente.
"¡Cuántas veces en mí clava la vista,
y luego melancólica la baja!
No se queja, es verdad; no habla; no chista;
mete ella misma el cuello en la mortaja;
en vez de que la esquive o la resista,
a las que se la ponen agasaja;
así va el corderillo al matadero,

y le lame la mano al carnicero.
"¿Y yo he de consentirlo? Si viviera
mi malogrado Enrique, ese consuelo,
ese apoyo, ese báculo tuviera
en mi vejez... ¿mas cómo, ¡santo cielo!,
cómo dejar me quiten mi postrera,
mi única prenda? A ti, mi Dios apelo;
tú con las fuerzas los deberes mides,
y sacrificio tanto no me pides".
El buen señor los sesos se devana,
y no ve cómo salga del apuro.
A una mujer tan terca y casquivana
hacer la guerra cara a cara es duro.
Su inconquistable genio le amilana;
a la sordina es mucho más seguro.
Un instrumento fácil y expedito
se le presenta; y es don Agapito.
Don Agapito Heredia, el tertuliano
de cuyo filantrópico bolsillo
iba a salir la dote; buen cristiano,
si los hay, aunque amigo del tresillo,
más que del ejercicio cuotidiano,
y nada afecto a gente de cerquillo;
injusta prevención, que no me admira
le tenga en mal olor con doña Elvira;
Pero a lo que maquina don Gregorio
circunstancia en extremo favorable;
pues el proyecto Heredia hará ilusorio,
o al menos, por lo pronto, impracticable,
con un *no* terminante y perentorio,
cuando con él la pretensión se entable;
para lo cual hablarle piensa al punto
con la reserva propia del asunto.
En el suceso don Gregorio fía
haciendo entre los dos aquel enjuague;
y si más adelante otra crujía
sobreviniere que a Isabel amague,
"Con esta industria no hay temor, decía,
porque mientras la dote no se pague
(que no se pagará *volente Deo*),
pensar en el monjío es devaneo".
Mientras que así discurre el caballero,

283. *Caro, 1882* da este verso:
A una mujer tan necia y casquivana

y el vaporoso espíritu refresca
dulce esperanza, desvolvió el yesquero;
suena la piedra herida, arde la yesca;
y ya ondeante nube de ligero
humo el cigarro esparce, que la gresca
de pensamientos agitados calma,
y en deliciosa paz aduerme el alma.
Si no estuviera yo de prisa ahora
(que a la mujer de nuestro don Gregorio,
por lo menos hará su media hora,
a la reja dejé del locutorio),
gustoso templaría la sonora
lira para cantar a mi auditorio,
tabaco amado, compañero mío,
tu blando, inexplicable poderío.
Ya el cigarro te exhale, o ya circules
en largos tubos o enroscadas pipas,
o en polvo las narices estimules,
tú los cuidados, tú el pesar disipas.
A príncipes, magnates ó gandules,
¿una incomodidad ralla las tripas?
¿abruma la fatiga? ¿enfada el ocio?
Tú eres del alma cordïal socrocio.
Despejas tú la embarazada cholla
del sabio, y le solazas las vigilias;
más vívidos sus cuadros desarrolla
el pensamiento, cuando tú le auxilias;
y si el poeta alguna vez se atolla,
le acorres tú; la rima le concilias
que a sus esfuerzos se resiste ingrata,
y en fácil verso el numen se desata.
Mas ahora es forzoso que se trate
de don Gregorio, que discurre y pita,
pita y discurre; y luego pide un mate:
"¡Un mate!" El buen señor se desgañita,
y el mate no parece. "¡Cunefate!
¡Serafina! ¡Tomasa! ¡Margarita!
Es de perder el juicio, ¡Dios eterno!
¡Qué crïados! ¡Qué casa! ¡Qué gobierno!"
Viene por fin el mate. "¿Y doña Elvira?"
"Salió". Gregorio pone el gesto grave,
sorbe, y a la pared atento mira.

323. O. C. *III* da mal este verso:
por lo menos habrá su media hora,

"¿Y Margarita donde está?" "¡Quién sabe!"
"Toma; y no más". El mozo se retira.
"Cierra esa puerta, ¡bestia!" "¿Le echo llave?"
"¡Bruto! ¿quieres aquí tenerme preso?
Júntala sólo, y márchate, camueso".
Tras esto don Gregorio se reclina,
y echa antes de comer su larga siesta.
Despierta; pita; sorbe; Serafina
viene a decir que está la mesa puesta.
Comen. Un guachalomo, una gallina,
porotos, charqui, un pavo, tal cual fiesta
es, con su buen porqué de ají y de grasa,
lo que da la despensa de la casa.
Un rato Azagra está meditabundo;
y ya que el buche con un trago enfría
de lagrimilla, "Es mucho fray Facundo
(dice como entre veras e ironía);
¡qué talento de fraile! y ¡qué rotundo,
qué colorado está! Por vida mía,
¡que tiene harta razón su reverencia,
para decir que engorda la abstinencia!"
Dudando si lo que oye es befa o loa,
dice la dama con mirar perplejo:
"Aunque al siervo de Dios la envidia roa,
es hombre de virtud y de consejo".
"Y do el siervo de Dios pone la proa,
responde en tono socarrón el viejo,
no hay cosa que al esfuerzo no sucumba
de su elocuencia". Impertinente zumba,
Y de que el buen señor se arrepintiera
en otras circunstancias. Ni al presente
osara tanto Azagra, si no fuera
que al recordar su treta, el pecho siente
bullir de gozo. Elvira no se altera:
"Resuella por la herida mi pariente",
dice a su sayo y calla. "Fué un bonito
recurso el de la bolsa de Agapito,
Prosigue Azagra. Es franco caballero;
tengo de su amistad más de una prueba;
y prestará gustoso su dinero,
cuando tan santo fin la cosa lleva.
Hija, mañana mismo hablarle quiero".
"Nuestra Señora sus entrañas mueva,
y nuestro pensamiento ponga en planta";

contesta doña Elvira, y se levanta.
Don Gregorio tomó sombrero y capa;
doña Elvira la saya y la mantilla.
Ella se va a las monjas; él se escapa
al tajamar, en donde la pandilla
de tertulianos al pasar le atrapa.
Se habla de independencia y de malilla;
y de Marcó del Pont y de la España,
y de cera, polvillo y telaraña.
Eran aquellos días de funesta
memoria, en que la Patria moribunda
cambió en lutos la túnica de fiesta,
y la guirnalda en la servil coyunda.
La noble frente que miraba enhiesta
al astro de la gloria, ya en profunda
sombra eclipsado, triste inclina al suelo,
y no divisa un término a su duelo.
Noche improvisa oscureció la aurora
de libertad. Venciste, ¡tiranía!
Mártires y cautivos atesora
allá el presidio, acá la tumba fría;
y de los hijos que la Patria llora
se ve crecer la suma cada día.
Doquiera oculto el espionaje acecha,
y va la proscripción tras la sospecha.
Noche fué de dolor; no de letargo;
que si el pecho una vez respira aliento
de dulce libertad, no sueñe largo
desmayo, ni durable rendimiento
el opresor; vendrá desquite amargo;
de la retribución vendrá el momento;
mientras él altanero se entroniza,
arde divino fuego en la ceniza.
Tal el estado de la Patria era;
reina Marcó del Pont; y aquella inculta,
baja, soez canalla talavera
roba, asesina, y más que todo, insulta.
El *dieciséis* principia su carrera,
y a la arboleda y a la mies adulta
las frutas pinta y las espigas dora,
ardiendo el campo en sed abrasadora.
Y a par del turbio río iba y venía
nuestra tertulia en platicar discreto,
que temeroso de escondido espía

tras cada tronco y cada parapeto,
en tímido susurro se confía
con aire de misterio y de secreto
cada vez que dan sueltas a la crítica
sobre cualquier asunto de política.
De varias trazas eran, genios, modos;
y aunque de armas tomar ninguno fuera
(porque de los cincuenta pasan todos),
son por una mismísima tijera
cortados en tratándose de godos;
y si de Elvira el nombre no sirviera
de protección, tuvieran hoy la cancha
en parte no tan fresca ni tan ancha.
Este de O'Higgins el valor celebra,
o de Carrera o Freire las hazañas;
quién la exacción deplora, que a una quiebra
le reduce y le saca las entrañas;
maldiciones aquél (¡qué horror!) enhebra
contra el augusto rey de las Españas;
y en profética trípode se encumbra
alguno ya, y a San Martín columbra.
Sentada en tanto Elvira ante las rejas
del locutorio, como arriba indico,
aligeraba un poco las bandejas
de las devotas madres. Con el pico
que Dios le ha dado ensarta mil consejas,
moviendo sobre el seno el abanico,
y dando todo el grato condimento
en que consiste la sazón de un cuento;
No el de la destrucción que hiere y mata,
mas de la caridad que muerde y pica,
con aquella prudencia timorata
y aquel celo cristiano que edifica.
De esta manera justamente trata
a don Gregorio su mujer: critica
su dejadez; su indevoción censura;
mas, propiamente hablando, no murmura.
Sobre el programa, en fin, del ya cercano
monjío el general discurso rueda.
Tembló Isabela oyendo aquel tirano
decreto que en un claustro la empareda;
cáesele el abanico de la mano;
pierde el color; atónita se queda;
mas al imperio maternal se inmola,

y no pronuncia una palabra sola.
Nadie averigua si en el alma siente
inclinación al religioso estado.
¿Puede no amar la joven inocente
el santo asilo donde se ha crïado?
Aquel *sí* irreflexivo, indiferente,
pedido no diré, sino dictado
a la niñez que su sentido ignora,
indisoluble vínculo es ahora.
¡Indisoluble!... así lo juzga. El pecho
que resignado y dócil y sumiso
natura y arte a competencia han hecho;
a quien la abnegación deber preciso,
y ajeno mando es natural derecho;
que sólo quiso, en fin, lo que otro quiso;
¿la suerte que una madre le destina
rechazar osará? Ni aun lo imagina.
"¿De qué me asusto? (en su interior exclama).
¿No he sido siempre destinada al velo?
¿No lo admití? ¿No lo esperé? Me llama
el cielo mismo; ¿y contradigo al cielo?
Un mundo vil, que tanto vicio infama,
¿he de poner con Dios en paralelo?"
Diciendo así, conformidad serena
rayó en el alma, y mitigó la pena.
Esto en el sobredicho locutorio;
mientras desde el paseo le decía
a su cara consorte don Gregorio:
"Bravo chasco te pegas, prenda mía".
Jamás le vió el andante consistorio
de tan jovial humor como aquel día;
¡mísero! y truena ya la nube parda
de la tormenta horrible que le aguarda.
Luego que la oración da el campanario
de la vecina iglesia, a la morada
de don Gregorio van, donde el rosario
rezaban doña Elvira y su mesnada.
No hubo esta noche nada extraordinario
en la tertulia: naipes, varïada
conversación, el consabido mate,
cigarros, dulce, aloja y chocolate.
Al sonar el reloj las nueve y media,
"Señores, con la música a otra parte",
a sus contertulianos dice Heredia;

y cuando ya, como los otros, parte,
el don Gregorio la ocasión promedia,
y a hurto en baja voz, "Quisiera hablarte,
le dice, es un favor de poca monta;
y..." "Ya sabes que está mi bolsa pronta
Para servirte", respondió Agapito.
"Negocio conclüido; no hables de eso".
"No es lo que tú imaginas; es..." "Repito
que es cosa hecha, peso sobre peso".
"¿Qué cosa?" "Los dos mil". "No necesito.
En otra muy distinta me intereso.
No quiero que prometas, ni que entregues,
ni que fíes; se trata de que niegues".
"¿Que niegue? Es imposible, amigo es tarde".
"¡Misericordia!" "Fray Facundo vino
(eran como las cuatro de la tarde)
con un recado muy atento y fino
de tu querida esposa, que Dios guarde..."
"No pases adelante; lo adivino".
"Como me aseguraba tu anüencia,
expresada, me dijo, en su presencia.."
"Sí, la expresé, con una soga al cuello".
"Y como entiendo que la niña anhela
meterse monja, y empeñada en ello
parece estar tu santa parentela..."
"Basta, no digas más. Echado el sello
a mi desgracia está. ¡Pobre Isabela!
Todo al revés, Heredia, me sucede.
Parece que el demonio lo hace adrede".
"No tal; esos petardos te granjea
el hacer, como haces, a dos caras.
Si no quieres que ciña la correa
tu hija Isabel, ¿por qué no lo declaras?
Y si la pobre chica titubea,
o lo repugna, y tú la desamparas
que protegerla debes, cruel, impía,
abominable esa omisión sería.
"Y más diré. Si yo su padre fuera,
y en esa tierna edad la viera ansiosa
de vestir el sayal, lo resistiera
con todo mi poder; que no, no es cosa
en que se deba estar a la ligera
decisión de alma incauta, veleidosa,
dócil a toda voz, a todo imperio,

el consignar la vida a un monasterio.
"La que renuncia al mundo en esa verde
edad primera, ¿podrá ser que estime
lo que la aguarda, o sepa lo que pierde?
Y cuando, vuelta en sí, ve que la oprime
cadena eterna, y despechada muerde
el duro hierro, ¿a quién acusa, dime?
Al que su juicio leve, antojadizo,
debió haber alumbrado, y no lo hizo.
"En dar consejos donde no hay deseo
de recibirlos, siempre hallé reparo.
Mi genio lo repugna. Mas te veo
en aflicción, y debo hablarte claro.
Tu flojedad es un delito feo.
La autoridad paterna es el amparo
natural de Isabel. Defiende, guarda
su inocente candor. ¿Qué te acobarda?"
"¿Y entregado el dinero fué?" "Lo mismo,
porque lo tengo prometido y pronto".
"¿A quién se puso, Heredia, un sinapismo
como el de esta mujer? ¿Qué pobre tonto
sufrió jamás tan fiero despotismo?
Pero verán, si en cólera me monto,
de lo que soy capaz. Volverá al techo
paterno mi hija... volverá a mi pecho...
"Volverás, volverás, yo te lo fío...
Harto tiempo tratada como ajena
fuiste ya, mi Isabel, regalo mío,
víctima de..." Diciendo así, refrena
la voz un repentino escalofrío;
en el hinchado esófago le suena
tumultuoso vapor; eructa; brama;
en suma, le da el flato, y va a la cama.

CANTO II

LA ENFERMEDAD

"BRABANTIO

. . .My particular grief
is of so flood-gate and o'erbearing nature
that it engluts and swallows other sorrows,
and it is still itself.

DUKE

—Why, what's the matter?

BRABANTIO

—My daughter! Oh, my daughter!

SENATOR

—Dead?

BRABANTIO

—Ay, to me".

(SHAKESPEARE).

Mientras afuera el sol de enero brilla,
en la cerrada alcoba el caballero
duerme; y de congojosa pesadilla
atormentado gime. El candelero
lanza una llama trémula, amarilla,
agonizante, y lanza ya el postrero
rayo en la faz que interna angustia altera,
y en la desordenada cabellera.
Se le figura que su cara hija,
ya en el griñón cautivos los cabellos,
una tierna mirada le dirija,
hinchados de llorar los ojos bellos.
Los brazos le echa en torno; y ella, fija
su vista en la del padre, afirma en ellos
la lánguida cerviz. A la inocente
víctima va a besar la blanca frente. . .
¡Fiera trasformación! La rubicunda
color de sus mejillas hondas huye;
arde en los ojos una luz profunda;
las cuencas tinte cárdeno circuye.
No llora ya. Los brazos furibunda
le opone; el beso paternal rehuye;
y a los labios poniéndose un nudoso
dedo, le dice en baja voz: "¡Mi esposo!. . .
"¿Qué hay en este dictado que te asombre?

631. En *Vida Bello*, p. 617, Amunátegui da así este verso:
y a los labios poniéndose un medroso

El de mi corazón tiene las llaves...
llaves que poseer no es dado al hombre.
Mi esposo, sí, mi esposo eterno... ¿Sabes
a quién me desposaste? Oye su nombre:
¡desesperación! Mira los graves
grillos y la cadena que me agobia;
éstos son los arreos de la novia".
Huye el espectro lívido, lanzando
mezcladas con gemidos maldiciones,
y alzado el rostro al cielo, exclama, dando
un grito de dolor: "¡No le perdones!"
Vuelve a otro lado el infeliz, temblando,
y al son de plañideros esquilones
lenta, enlutada procesión advierte,
y oye entonar el himno de la muerte.
"¡Qué!... ¡ya difunta!... ¡mi Isabel!... ¡mi hermosa!
Iré a besar su tumba". Fray Facundo
sale a su encuentro en forma pavorosa:
"Los pasos vuelve atrás. Profano, inmundo
aun el paterno llanto es a la losa
de la velada virgen. Para el mundo
años ha falleció. Muerta ni viva
sueltan estas paredes su cautiva".
Negra capa de coro al franciscano
los anchos lomos cubre; y se agiganta
de manera su cuerpo, que al humano
es dos veces igual, y aún le adelanta.
Descomunal hisopo tiene en mano,
y airado sobre Azagra lo levanta,
como si no tan sólo agua bendita
quisiera darle. Don Gregorio grita.
Sueña que el hisopazo del robusto
reverendo el testuz le descalabra;
y como sacudido con el susto
de la visión tamaños ojos abra,
de Cunefate ve el cercano busto,
el cual, sin proferir una palabra,
con rostro imperturbable le propina
la acostumbrada taza matutina.
"¡Qué noche! ¡qué mortal desasosiego!
¡qué sueño horrible!", don Gregorio exclama.
Incorporóse, no sin pena; y luego
arrójase otra vez sobre la cama

desfallecido. En sus entrañas, fuego
febril rápidamente se derrama,
que sus fuerzas consume. Cunefate
se llevó silencioso el chocolate.
Aquel día, el siguiente y el tercero,
leve se juzga el mal que le incomoda,
y se recurre al régimen casero,
y a la usüal farmacopea toda.
La cachanlagua se aplicó primero;
luego el culén; la doradilla; soda;
clísteres de jabón y malvavisco;
y un cordón bendecido en San Francisco.
Ni por ésas; la fiebre no minora;
de la jaqueca el bárbaro martirio
crece; y a la disputa veladora
sigue inquieto letargo con delirio.
Por lo cual determina la señora
se llame a don Canuto Litargirio,
médico castellano celebérrimo,
y del mercurio partidario acérrimo.
Nuestro doctor a don Gregorio pulsa;
da cien golpes la arteria por minuto;
seca la piel; la lengua está convulsa;
sanguinolento y víscido el esputo.
"¡Un chavalongo!", dice Elvira. "¡Insulsa
nomenclatura!", exclama don Canuto.
¿Y cuántos días van, señora mía,
de enfermedad?" "Hoy es el cuarto día.
"Pero se le acudió muy tempranito
con la soda, el culén, friegas calientes
de unto con sal. . ." "Sí, sí; con el maldito
ripio de aplicaciones impotentes
que dejan vivo el fomes. ¡Qué prurito
de meterse a curar! ¡Pobres pacientes!
no se nos llama hasta que el caso apura;
se mueren; y el doctor erró la cura".
La próvida consorte que barrunta
algo triste al oír razones tales,
"¿Encuentra usted peligro?", le pregunta.
"Aún no aparecen síntomas mortales,
dice el doctor. El caso pide junta;
que vengan Mata, Valdemor, Grajales;

700. Corregimos "víscuido" por "víscido".

y porque en tanto el morbo a más no pase,
dadme pluma y papel". Receta y vase.
Elvira, sin dejar (como es preciso)
de suspirar y hacer algún puchero,
a fray Facundo da oportuno aviso
de la ocurrencia; el alma lo primero.
El padre comisiona a fray Narciso
para que al viejo asista; él fuera; pero
por un capricho, Azagra, inexplicable,
no quiere que le vea, ni le hable.
Y como abriga aquel ardiente celo
por el ajeno bien, no sólo encarga
a fray Narciso le encamine al cielo;
mas a la Elvira en carta escribe larga
que, por si el accidente pone lelo
a su querido esposo o le aletarga,
haga que otorgue luego en buena forma
su testamento; y le incluyó la norma.
Que no llore, ni plaña, ni se aflija,
mas se resigne, y todo, como debe,
a la salud eterna lo dirija
de su consorte; y pues que viste en breve
el sagrado sayal su cara hija,
haga de modo tal, que limpia lleve
el alma a mejor vida don Gregorio,
y se le abrevie al pobre el purgatorio.
Ella, que a media voz al padre entiende
(que si ladino es él, no es ella lerda),
con eficacia a consumar atiende
el concertado plan, y el modo acuerda.
Era ya noche; en el salón se enciende
duplicado blandón; activa y cuerda
asiste a las señoras Margarita,
que una tras otra llegan de visita.
Llénase de parientas el estrado
y de beatas; que la triste nueva
no bien a sus oídos ha llegado,
a dar consuelo, a dar la usada prueba
de su cariño van. El fresco helado,
el bizcochuelo su apetito ceba;
el chocolate, el alfajor circula.
Danse la mano caridad y gula.
Mientras que en el estrado, casi estrecho
a tanta gente, el cuchicheo bulle,

pasa las horas cabe el triste lecho
la doña Elvira; la almohada mulle;
la colcha extiende; está en continuo acecho;
y si de cuando en cuando se escabulle,
sólo es para decir desde la puerta:
"Que no entre nadie! ¡Serafina, alerta!"
Discurre acá y allá la servidumbre;
cuál carga a paso lento el azafate;
otro para el cigarro lleva lumbre;
otro la pasta caraqueña bate.
Y la tertulia, que, según costumbre,
se viene al husmo de la aloja y mate,
hace sobre el suceso comentarios,
o ensarta en baja voz discursos varios.
Don Agapito Heredia, que no supo
cómo en la alcoba entrar, después que lucha
con la apostada centinela, al grupo
de los doctores silencioso escucha.
La exposición a Litargirio cupo
del caso que los llama; desembucha
raudo torrente de palabras griegas,
y explora la opinión de sus colegas.
Grajales dice: "Es un absceso hepático".
Mata descubre congestión nefrítica.
Litargirio asegura en tono enfático
que es una vieja lúe sifilítica.
"Y debe, añade, dársele el viático,
porque la cosa me parece crítica.
Aquel hipo, a mi ver, no es muy católico".
Su pronóstico, en suma, es melancólico.
Si sobre el mal, según aquí relato,
tanto difieren, ¿cómo no en la cura?
Mas Valdemor, después de un breve rato
de profundo silencio y de madura
meditación, "Señores, yo no trato
(dice con reposada catadura)
de combatir ajenas opiniones
fundadas en tan sólidas razones.
"En mi sentir, el caso es menos grave;
ni tiene en las entrañas el asiento,
sino en el alma sola. ¿Quién no sabe
lo que puede un ahogado sentimiento,
una pasión intensa que no cabe,
que sacude el angosto alojamiento

de un sistema vital, que debilita
la vejez, y el más leve soplo agita?
"No es delirio, señores, lo que noto
en el paciente; el vago devaneo
de una mansa locura, el alboroto
de ardiente frenesí, no es lo que veo.
Es imbécil terror que pone coto
a la efusión de un íntimo deseo;
es profunda pasión que opresa gime,
y a veces lanza el peso que la oprime.
"*¡Mi hija! ¡mi hija!* repite; el balbuciente
labio su nombre a cada instante exhala.
La sacrílico, es la expresión doliente
que entre ayes y gemidos intercala.
Mas doña Elvira acude prontamente,
y con dedo imperioso le señala
el santo crucifijo. *Dios lo ordena,*
y ella lo quiere, dice; *ya es ajena.*
"Yo traspaso tal vez mi ministerio,
y mi aserción tendréis por temeraria;
pero hay sin duda en esto algún misterio
cuya averiguación es necesaria.
Ella ejercita un absoluto imperio
que no ablandan lamento ni plegaria;
se amilana al oírla, se estremece
el extenuado enfermo, y enmudece".
Don Agapito Heredia, que apartado
en un ángulo estaba, se apersona
ante el docto hipocrático senado,
y obtenida su venia, así razona:
"Un íntimo dolor reconcentrado,
porque el miedo en su pecho lo aprisiona,
es lo que aqueja a mi infelice amigo;
con la más firme convicción lo digo.
"Yo a curarle me empeño, y de contado
voy a poner los medios". Con gran calma
contesta Litargirio: "Lo apurado
es el cuerpo, señores, no es el alma;
y con permiso de la junta, añado
que en lugar de estas borlas, una enjalma
al médico se debe que se mete
en lo que sólo al confesor compete.
"Si hay en el alma intrínseca batalla,
el pulso ni lo afirma ni lo niega,

e interrogado el orinal lo calla.
¿Qué más incumbe a una persona lega?"
Contesta Valdemor: "De acuerdo se halla
conmigo mi doctísimo colega.
Fíese del espíritu la parte
a la amistad, y la del cuerpo al arte".
Diciendo así, concluye que a su juicio
el método expectante es el más propio.
Don Canuto, que observa claro indicio,
o evidencia más bien, de antiguo acopio
de virus, quiere corregir el vicio
con el mercurio, el tártaro y el opio;
Grajales, calomel; Mata decreta
sanguijuelas, cantáridas, lanceta.
Mientras en esta parte de la casa
sigue el debate medical, escena
harto diversa en otro sitio pasa,
donde su testamento Azagra ordena.
La triste alcoba alumbra luz escasa,
tanto que la escritura lee con pena
Panurgo Fraguadolo, el escribano,
que la trajo extendida de su mano.
Dispone don Gregorio lo siguiente:
instituye en sus bienes heredera
a su alma sola, que perpetuamente
los deberá gozar, en la manera
que encarga a su estimado confidente
y comisario, don Julián Herrera
de Ulloa y Carvajal, primo segundo
del reverendo padre fray Facundo.
La herencia pasará de don Gregorio
como los mayorazgos de Castilla,
pero con el servicio obligatorio
de una misa anüal en la capilla,
iglesia, monasterio u oratorio
donde quiera el patrón mandar decilla;
la cual misa se diga (que es el punto
cardinal) por el alma del difunto.
Y porque siempre el tal servicio dure,
quede bajo estrechísimo reato
de la conciencia, y piérdase *ipso jure,*
en caso de omisión, el patronato.
Empero a doña Elvira se asegure
(amén del espadín y del retrato,

plata labrada y árbol gentilicio)
el goce de los bienes vitalicio.
Y muerta doña Elvira de Hinojosa,
pase toda la herencia al comisario
y a su posteridad, con la forzosa
carga del antedicho aniversario.
Y a la de Cristo prometida esposa,
doña Isabel, su hija, el necesario
asenso el otorgante ruega y pide,
para que el patronato se valide.
Leído el testamento, el escribano
lo da a firmar; el testador firmólo
con triste cara y temblorosa mano,
y luego don Panurgo Fraguadolo
y los testigos. El doliente anciano
en la sombría estancia queda solo
con su mujer; la primanoche pasa;
toda es silencio y soledad la casa.
Huye la negra sombra; el alba ríe;
la sonrosada luz primera asoma
sobre la cordillera; y se deslíe
en el ambiente un delicioso aroma.
Ya apenas queda torre que no envíe
su nota usada; ya no queda loma
que con el sol no brille; ya no queda
pájaro que no cante en la arboleda.
Hora en que el toque repetido llama
de la temprana misa a la devota;
hora en que el jugador se va a la cama
maldiciendo del as y de la sota;
mientras en blando sueño joven dama
bailar cree la cuadrilla o la gavota,
y ufana de hermosura y galas, tiende
la red traidora en que las almas prende.
No así la Isabelita, que un tesoro
de gracias acumula y no lo sabe;
y ve del alba los celajes de oro,
y oye el saludo que le canta el ave;
y luego que las madres van al coro,
sale a gozar el hálito süave
de la temprana flor, que al aire frío
se orea, salpicada de rocío.
Es para ella el claustro y la frondosa
huerta, ciudad y plaza y alameda.

Una recién venida mariposa
que en alas ve volar de gasa y seda,
un vivo chupaflor, que nunca posa,
y de repente equilibrado queda
en el aire, o del pico apenas preso
al azahar que liba, es un suceso.
Así corren las horas placenteras
de su vida apacible; limpia fuente
que entre peñascos nace; y plantas fieras,
el cristal no le enturbian trasparente;
pero esas ondas luego entre riberas
lozanas van, y en su fugaz corriente
¡cuánta agostada flor y mustia hoja
de que a la selva el ábrego despoja!
Tú no lo sabes, niña; ¡al cielo plega
que no lo sepas nunca!... Ella discurre
a un lado y otro; sus claveles riega,
ceba su pajarito... Al fin se aburre.
Sobre sí misma el alma se repliega;
en odio al claustro, en odio al huerto incurre;
y la importuna reflexión la asalta
de que a su dicha alguna cosa falta.
Echa su casa menos; menos echa...
no sabe qué. Tan rara vez alcanza
una noticia a la morada estrecha
que con su vida encierra su esperanza,
que aun de su padre nada sabe... Acecha
por una reja; un grito en lontananza
se oye; el eco del claustro lo duplica;
sólo así con el mundo comunica.
Mas un rüido inusitado, extraño,
que en aquel monasterio no sonaba
más que una vez o dos en todo el año,
se oye en la calle; una calesa acaba
de parar a la puerta; no es engaño
de la imaginación, que ya la aldaba
da un recio golpe, y el sonoro estruendo
se va de claustro en claustro repitiendo.
Y la campana al punto mismo avisa,
y corre desalada la tornera;
luego a la superiora vuelve aprisa,
y un recado le da. La cosa era,
según las apariencias, improvisa
y de importancia; porque sale fuera

de su celda la madre, oído el caso,
y al locutorio va, más que de paso.
Retorna a poco rato sor Camila
(que tal el nombre fué de la abadesa),
y llama a su presencia a la pupila,
que, inclinándose, el hábito le besa.
"Dios, Isabel, que sobre ti vigila,
guíe tus pasos, dice; una calesa
te está aguardando; conducirte debe
a tu familia; volverás en breve.
"Viene por ti tu tía, mi señora
doña Leticia". Como aquel que emprende
un largo viaje, y de la mar traidora
por la primera vez las olas hiende,
así se siente Isabelita ahora,
y toda se confunde y se sorprende,
y parece que a un tiempo su alma oprima
pavor que halaga y gozo que lastima;
Si bien la idea del albergue amado
en que los suyos viven, la alboroza;
y no sabiendo el peligroso estado
de don Gregorio, anticipadas goza
las caricias de un padre idolatrado,
y el placer en su pecho le retoza
al pisar otra vez la cara estancia
que vió el primer pinino de su infancia.
De este modo Isabela se divide
entre un afecto y otro y otro vario.
De las devotas madres se despide;
besa a Camila el santo escapulario,
y que por ella ruegue a Dios le pide
y a la sagrada Virgen del Rosario.
De la calesa a recibirla pronta
se abre la puerta. "¡Adiós!", repite, y monta.

1006. Caro (*Epistolario*, Bogotá, 1941, p. 64) observa con razón que la palabra final del verso debe ser *retoza* y no *reboza* (rebosa) que por mala lectura se había dado en las otras ediciones. Cfr. *reboza* en verso 2014.

CANTO III

LA CHACRA*

"Mais l'amour sur ma vie est encore loin d'éclore;
c'est un astre de feu dont cette heure est l'aurore".

(LAMARTINE).

¡Al campo! ¡Al campo! La ciudad me enoja.
Esas tristes paredes do refleja
la luz solar intensa, ardiente, roja,
no quiero ver, ni del balcón la reja,
donde una flor cautiva se deshoja,
e inclinándose lánguida semeja
suspirar por la alegre compañía
de sus hermanas en la selva umbría.
¡Al campo! digo yo como Tancredo;
mas no en verdad al campo de batalla,
donde el tronar del bronce infunde miedo
y el zumbar de la bala y la metralla;
ni al campo donde el bárbaro denuedo
de un falso honor, teutónica antigualla,
dos pechos pone a dos contrarias puntas
por ofensas reales o presuntas;
Sino al campo que alegra fuente pura
con el rumor de su cristal parlero;
y de la selva a la hospital verdura,
de paz y holganza asilo verdadero;
do el aura entre los árboles murmura,
y la diuca revuela y el jilguero;
y de trémulos iris coronada
salta del monte al valle la cascada;
Y a la colina que, al rayar la aurora,
la ciudad nebulosa me descubre,
mientras el suelo en derredor colora
de azules lirios genial octubre;
do fresco baño el río, y mugidora
vaca me ofrece su tendida ubre,
o salgo envuelto en poncho campesino
a respirar el soplo matutino;

* Arístides Rojas publicó parte de este canto con el titulo *El campo.*
1046. Arístides Rojas da este verso:
vaca me ofrece su repleta ubre,
1048. Arístides Rojas da este verso:
a respirar el aire matutino.

A la animada trilla, y al rodeo,
de fuerza y de valor muestra bizarra;
del pensamiento al vago devaneo
bajo el toldo frondoso de la parra;
al bullicioso rancho, al vapuleo,
al canto alegre, a la locuaz guitarra,
cuando chocan caballos pecho a pecho,
y en los horcones se estremece el techo.
Pláceme ver en la llanura al guazo,
que, al hombro el ponchô, rápido galopa;
o con certero pulso arroja el lazo
sobre la res que elige de la tropa.
Pláceme ver paciendo en el ribazo,
que una niebla sutil tal vez arropa,
la grey lanuda, y por los valles huecos
de su ronco balido oír los ecos.
Pláceme penetrar quebrada umbrosa,
y dando suelta al pensamiento mío,
fijar la vista en la corriente undosa
con que apacible se desliza el río,
a cuyo murmurar visión hermosa
evoca el alma en dulce desvarío;
visión de alegres días que corrieron
sobre mi vida, y para siempre huyeron;
Y se desvanecieron, cual la cinta
de aéreo iris que en la azul esfera
deshace el viento, o cual la varia tinta
que, cuando el sol termina su carrera,
blanco vellón de vagas nubes pinta,
o cumbres de nevada cordillera,
y el soplo de la noche las destiñe,
y parda franja al horizonte ciñe.
Véolos otra vez aquellos días,
aquellos campos, encantada estancia,
templo de las alegres fantasías
a que dió culto mi inocente infancia;
selvas que el sol no agosta, a que las frías
escarchas nunca embotan la fragancia;

1062. Arístides Rojas da este verso:
que una niebla gentil tal vez arropa,
1070. Arístides Rojas da este verso:
arroba el alma en dulce desvarío,
1081. Arístides Rojas da "Véalos", por "Véolos"; *Caro, 1882* lee "Viéralos".
1086. Arístides Rojas da este verso:
escarchas ni aun embotan la fragancia,

cielo... ¿más claro acaso?... No, sombrío,
nebuloso tal vez... Mas era el mío.
Naturaleza da una madre sola,
y da una sola patria... En vano, en vano
se adopta nueva tierra; no se enrola
el corazón más que una vez; la mano
ajenos estandartes enarbola;
te llama extraña gente ciudadano...
¿Qué importa? ¡No prescriben los derechos
del patrio nido en los humanos pechos!
¡Al campo! ¡Al campo! Allí la peregrina
planta que, floreciendo en el destierro,
suspira por su valle o su colina,
simpatiza conmigo; el río, el cerro
me engaña un breve instante y me alucina;
y no me avisa ingrata voz que yerro,
ni disipando el lisonjero hechizo
oigo decir a nadie: *¡advenedizo!*
Pero volviendo al cuento comenzado,
digo que don Gregorio en tiempo breve
tanto convaleció, que trasladado
es a vecina chacra donde eleve
el tono de sus nervios relajado
la salubre impresión de un aire leve,
puro, que el grande pueblo adonde mora
se hallaba entonces sucio, como ahora.
Y haciendo a cada cual justicia neta,
digo también que, no al doctor Grajales
la salud le debió, ni a la lanceta,
ni a doctas confecciones mercuriales;
sino a la terapéutica discreta
de Valdemor, que sólo cordïales
y anodinos a el alma enferma aplica,
que no se hallan en frascos de botica.
Es en sustancia el régimen süave
que llama antiflogístico la ciencia.
A doña Elvira alejan (ya se sabe
que era toda flogisto por esencia)
y empeño fué dificultoso y grave,
pues le parece cargo de conciencia

1088. Arístides Rojas da este verso:
nebuloso talvez... ¡Así era el mío!

1104. Arístides Rojas y *Caro, 1882* dan este verso:
oigo a nadie decir: ¡Advenedizo!

que, si muere, no lleve don Gregorio
su recomendación al purgatorio.
Y más interesada que la suya,
ni que tanto la carga le aligere
cuando de su prisión el alma huya,
no puede haber. Repugna, pues, no quiere,
por más que se le diga y se le arguya,
de su lado apartarse. Que se muere
su caro esposo, exclama sollozando,
y en trance tal, si no le asiste, ¿cuándo?
Del tono moderado por instantes
al de la ira y la soberbia pasa.
"¡Qué par de consejeros importantes!...
Señor don Agapito, en esta casa
mando yo... Vomitivos y purgantes,
mi buen doctor, prescriba usted sin tasa;
en cuanto a lo demás no le consulto,
y su proposición es un insulto".
Pero al oír que deja el monasterio,
y que su hija prontamente llega,
toma un semblante la contienda serio;
ya no es ira la suya, es rabia ciega.
Propásase al baldón, al improperio;
grita, patea, jura. Al que la ruega,
al que la insta, ordénale que calle,
y le muestra la puerta de la calle.
Don Agapito, que, si bien modesto
y circunspecto, nada emprende en balde,
tiene ya prevenida para esto
la intervención del cura y del alcalde.
En el rostro de Elvira descompuesto,
al carmín desaloja el albayalde;
el furor la enajena, la sofoca;
de la casa se va como una loca.
No volvió más; sucede a la señora
la señorita; el suspirado abrazo,
al padre alienta, sana, corrobora;
sola Isabel le cuida; el tierno brazo
le tiene la cabeza y le incorpora;
tal vez la calva frente en su regazo
posa; tal vez, solícita enfermera,
a su lado pasó la noche entera.
Tal vez, abriendo angélica sonrisa
frescos labios, do el viento aromas bebe,

el revuelto cabello asiendo, alisa
con la mano gentil de pura nieve.
De báculo le sirve si va a misa,
si por el corredor los pasos mueve;
diviértele el fastidio; le consuela;
la que le ceba el mate es Isabela.
¡Y él también, cuánto la ama! ¡Pobre anciano!
¡Cuántas veces en tanto que dormita,
velándole ella en el sillón cercano,
decir le oye: "¡Isabel! ¡Isabelita!";
y puestas la una mano en la otra mano,
¡cuántas veces a ti, Virgen bendita,
los ojos vuelve, y presintiendo azares
en su orfandad, te ruega que la ampares!
Por la ciudad en tanto la noticia
de la nueva beldad al punto vuela.
¡Visitas mil! No es ella la que oficia
en el salón, sino una tía abuela;
la que por ella fué; doña Leticia
de Azagra Valdovinos y Varela,
la más discreta y más cabal matrona
que llenó estrado, o que oprimió poltrona.
Doquiera que la niña ver se deja,
tras sí arrastra las almas con la vista.
Lleva desaliñada la guedeja;
no le cortó el vestido la modista;
mas en gracia, en beldad, no hay su pareja;
viejo ni mozo no hay que la resista.
Dicen al ver su cara y cuerpo y traza
los hombres, ¡ángel! las mujeres, ¡guaza!
No canta... Importa poco. A el alma cuela
de aquella voz la innata melodía,
mejor que la más dulce cantinela
de la hechicera Malibrán García.
No baila... Pero tiene la Isabela
un talante, un andar, que sentaría,
si no de Chipre a la deidad liviana,
a la casta hermosura de Diana.
Pero la historia es menester que siga.
Recibe la carreta el cargamento;
el carretero unce y empertiga;
los perezosos bueyes al violento
primer arranque la picana obliga;
y rueda estremeciendo el pavimento

la vacilante mole, y con chirridos
horrorosos taladra los oídos.
Iban en la carreta Margarita,
Tomasa, el consabido negro paje,
con la balumba bárbara, infinita
de que consta un doméstico menaje,
y que llevar consigo necesita
todo el que alguna vez al campo viaje,
si vivir al estilo, no le agrada,
de nuestros padres en la edad dorada.
Cabalgan en unión y compañía
de tal cual obsequioso tertuliano,
el don Gregorio, la Isabel, la tía,
y Cunefate. Un espacioso llano
(que allá y acá interrumpe una alquería,
hermosa con los dones del verano),
y de una acequia el mal seguro puente,
huella la cabalgata lentamente.
Y luego entre la salva vocinglera
de una turba de perros ladradores,
recibe de naranjos larga hilera
a nuestros polvorientos viajadores,
que, apenas desmontados, la escalera
suben; y ya en los altos corredores,
vasto paisaje admiran de sembrados,
potreros, rancherías y arbolados.
Don Agapito, de la chacra dueño,
cariñoso a los huéspedes atiende;
a la doña Leticia rinde el sueño;
y el don Gregorio su cigarro enciende;
mientras Isabelita el halagüeño
panorama, que ante ella el campo extiende,
goza con emoción, que no le cabe
dentro del pecho, y descifrar no sabe.
Allá eleva la torre de la aldea
su pardo fuste; acá la choza exhala
blanca espiral; la viña verdeguea;
la higuera ostenta su frondosa gala;
susurrando un ciprés se bambolea;
el toro muge; el corderillo bala;
pelado risco arroja en la llanura,
dominador jayán, su sombra oscura.
No hay verde seto de tupida zarza
do a su amador la tórtola no arrulle,

ni umbrío bosquecillo que no esparza
perfume grato, si agitado bulle;
navega ufano el ánade; la garza
cándida en el estero se zabulle;
todo semeja que a gozar incita,
y que de amor y de placer palpita.
¿Qué sientes, Isabel, en el otero
cuando cuelga la noche su cortina
lúgubre, y paso a paso el valle entero
ocupa, y su fanal en la colina
occidental enciende ya el lucero,
que al pálido crepúsculo domina,
como lámpara triste que destella
sobre un sepulcro, triste pero bella?
Y cuando persiguiendo la pintada
mariposa, te internas en la espesa
arboleda, y te paras agitada
de secreto pesar ¿qué te embelesa?
En el recinto oscuro tu mirada
¿qué fija así? ¿Qué suspensión es ésa?
¿A qué mágico canto, a qué rüido
misterioso diriges el oído?
Y cuando ves el baile de la choza,
y la sonora voz de la vihuela
los descuidados pechos alboroza
de la rústica turba ¿qué revela
al tuyo aquel mirar que tanto goza
en lo que mira, aquel mirar que anhela,
y el que responde cariñoso y grato,
y el que tímido amor hurtó al recato?
Pero el alegre canto bien publica
lo que habla de los ojos el idioma,
y lo que en bajo acento se platica;
y qué dice la mano que se toma,
o se esquiva, o se da; qué significa
aquel rubor que a la mejilla asoma,
cuál es de los suspiros el sentido,
y del adiós mil veces repetido.
¿Mas qué te turba ahora y te amilana,
pobre Isabel? Pausada, grave, austera,
como el consejo de una madre anciana,
el viento trae, tu pecho reverbera,
la conocida voz de la campana
del monasterio; voz que se apodera

del alma toda, y cada son que emite
ven, niña, ven, parece que repite.
Como de caballeros joven tropa,
en cierto drama, de alborozo llenos,
se ven banquetear, henchir la copa,
brindar, reír; y cuando piensan menos,
en grave marcha, en luenga y parda ropa,
entra una procesión cantando trenos
de penitencia, y para la alegría
en aflicción, y en funeral la orgía;
Así al oír aquella voz sonora,
a la visión de mundanal contento,
a la dulce emoción encantadora
(germen de un imperioso sentimiento,
destello de un incendio que devora)
temor sucede y mustio abatimiento.
A el alma inquieta aquella voz reclama;
es voz del otro mundo, que la llama.
¿Tan joven, y tan tímida, y tan pura,
y un roedor remordimiento abriga?
¿A los goces de un ángel de dulzura
se mezcla ya de un sinsabor la liga?
¿Es que la copa de mortal ventura
siempre esconde un fermento que atosiga?
¿O nuestros propios míseros errores
ponen tal vez la espina entre las flores?
Yo no lo sé. Mas hay un pensamiento
que a todas horas en el alma nace
de Isabel; que acibara su contento,
y no deja que libre se solace;
las eternas paredes del convento...
¡tumba de vivos en que el alma yace!...
¡desierta melancólica morada,
a los placeres... al amor cerrada!
¿Al amor? sí; no hay duda; ya Isabela
pronunció la palabra misteriosa;
la mágica palabra que revela
una existencia nueva, deliciosa,
excelsa; los mil ecos que encarcela
el corazón, bandada bulliciosa,
despiertan, y más pura y encendida
la llama centellea de la vida.
Yo no daré (qué fastidioso haría
el cuento a mis lectores) el diario

BIBLIOTECA NACIONAL

del padre, de la hija y de la tía
en este hermoso albergue solitario.
Un día pasa, y otro, y otro día
sin que nada notable, nada vario
suceda allí; la noche al fin primera
de marzo vino, en esta historia era.
Isabela dormía (era la una
o poco más); y despertando acaso,
en el contiguo corredor alguna
persona cree sentir, que a lento paso
va y viene. Lanza la creciente luna,
trasmontando los cerros del ocaso,
un rayo, que se rompe en una reja
y en el opuesto muro la bosqueja.
Y en el espacio que la luna tasa
a la luz en aquel opuesto muro,
nota Isabel que un hombre a veces pasa,
quiero decir de un hombre el trazo oscuro,
con manta y guarapón. Es de la casa,
según se ve, por el andar seguro,
y por no haber un perro que le ladre.
"¿Un criado tal vez? ¿tal vez mi padre?"
Isabela concluye que no puede
ser sino algún criado; y ya no tarda
en dormirse otra vez, cuando sucede
lo que tanto la turba y acobarda,
que respirar apenas le concede
y encomendarse al ángel de su guarda;
llegóse el hombre a la cerrada puerta,
que hallarse suele rara vez abierta;
Porque esta alcoba sólo comunica
con el cuarto vecino, do acostada
doña Leticia duerme. El hombre aplica
con la mayor frescura a la vedada
puerta una llave... "¡Dios!... ¿Qué significa?...
¡Sin duda algún ladrón!... ¡Desventurada!"
El hombre entró... Después, con gesto grave,
cerró otra vez la puerta y la echó llave.
Y luego con la misma flema arroja
sobre la tierra el guarapón; se quita
la grosera chamanta azul y roja,

1361. Caro (*Epistolario*, Bogotá, 1941, p. 64) observa con razón que la palabra final del verso debe ser *tasa* por *traza*, que se había dado erróneamente en las otras ediciones.

y... "¡Socorro! ¡socorro! Isabel grita.
¡Un hombre!... ¡un hombre!" "¡Cielos!... ¿quién aloja
ahora en este cuarto?... ¡Señorita!,
dice el mancebo (que lo era), ha sido
un desgraciado error... ¡No más rüido!
"Silencio ¡por la Virgen! Si usted llama,
me pierde para siempre. Yo venía,
como suelo, a dormir en esa cama,
por supuesto creyéndola vacía...
¡Silencio!... Sois mujer, sois una dama;
ser causa de mi muerte os pesaría;
sabed que soy... mi suerte deposito
en vuestra compasión... soy un proscrito".
"Salga usted luego, pues; salga usted luego"...
dice ella y tiembla. "Salgo en el instante;
pero ¡por Dios! ni una palabra, os ruego,
ni una palabra a nadie... El más distante
rastro, el menor indicio de que llego
a este sitio, a perderme era bastante,
¡y ojalá que a mí solo!.. Hay una vida
cara, preciosa en mí comprometida.
"¡Adiós!" "El cielo de peligro os guarde",
dice Isabel, del joven apiadada.
Iba a salir; mas por desgracia es tarde;
de Gregorio a la voz, viene alarmada
la gente de la casa, haciendo alarde
de garrote, puñal, pistola, espada.
"Hija, dice el anciano, ¿qué sentiste,
qué te asustó, que tales voces diste?"
"Nada, caro papá.. fué un susto vano".
Aunque las voces de Isabel ha oído
Gregorio solo, que si bien lejano
tiene su cuarto y lecho, no ha podido
esta noche dormir el pobre anciano,
juraban los demás no haber sentido,
sino visto también extraña gente,
que pinta cada cual diversamente.
Dos guazos, asegura Cunefate;
el negro, tres; hombre hubo que vió cinco:
el dicho ajeno cada cual rebate,
y se aferra en el suyo con ahinco.
"No puede ser". "Sí tal". "Es disparate"...
Y en esto allí se apareció de un brinco
un perro extraño, que en la voz, los gestos,

da de inquietud indicios manifiestos.
Huele y escarba en el umbral vecino,
y gritos da como que avisa o llama.
Afortunadamente un inquilino
llega, que como suyo lo reclama.
"Señor, dice el patán, que era ladino,
yo no he visto moverse ni una rama.
¿Hombre en la chacra extraño?... ¡Tontería!
¡Tanto perro!... y la luna como el día".
Azagra al fin se vuelve satisfecho,
pero dejando guardia suficiente
para que estén alerta y en acecho
por si en la casa algún rumor se siente.
Vese Isabel en un terrible estrecho:
salir el mozo es imposible; hay gente
alrededor que vela; ¿pero dónde
le dará asilo? ¿en qué lugar le esconde?
¡En su alcoba un mancebo! ¿Y a qué hora?
Solamente el pensarlo la estremece
y hasta su frente de rubor colora.
Fuerza es se vaya luego, antes que empiece
el matutino albor; que si la aurora
le encuentra en este sitio, el riesgo crece;
o más bien es preciso ¡horrible idea!
que todo el mundo y su papá le vea.
Es menester que al punto le desvíe
de este lugar, concluye Isabelita,
o que su vida a mi papá confíe
y al favor celestial de la bendita
madre de la Merced. ¡Ella le guíe,
que a los cautivos las cadenas quita!
Esto entre sí; y en tímido, confuso,
piadoso acento, al joven lo propuso.
Que alcance su secreto alma nacida
resiste él, y de nuevo recomienda
a Isabel a guardarlo: "Que la vida,
dice, va en él, la estimación, la hacienda
de... Pero libre el paso a la salida
parece... El cielo os guarde". "Él os defienda".
Paró un instante, a ver si alguien cuidase
del largo corredor; y visto, vase.
El corredor estaba despejado,
y atravesarle sin peligro pudo;
pero dos o tres gradas no ha bajado

de la escalera, cuando un grito agudo
de alarma a la familia aquel menguado
negrito dió, que así medio desnudo
como está, de la tierra se levanta,
y le sigue, y le agarra de la manta.
"Suelta, dice el mancebo, o te traspaso
con esta daga el corazón". Su presa
soltó el negrito, y hacia atrás dió un paso;
el otro corre; una arboleda espesa
le oculta; monta en su caballo; al raso
sale después; e impávido atraviesa
cercas, potreros, huertas, viñas, soto,
dejando a la familia en alboroto.
Uno coge puñal, otro machete;
otro un descomunal bastón agarra.
Éste en el denso matorral se mete;
aquél registra el huerto, aquél la parra;
y Cunefate, alzado a matasiete,
le jura escarmentar si le echa garra;
todo es correr por campos y por cerros,
gritar de guazos y ladrar de perros.
Y mientras de este modo se alborota
la chacra, y la feliz doña Leticia,
que vence en el dormir a la marmota,
ni un instante de sueño desperdicia,
la asustada Isabel reza devota,
con el oído puesto a la noticia
que a su regreso cada cual relata,
y que el patrón recibe en gorro y bata.
Y cuando ha oído que el ladrón supuesto
escapa, y no se sabe a do camina,
gracias por un favor tan manifiesto
rinde a Dios; y corriendo la cortina
(pues el calor de estiva noche el puesto
cede ya a la frescura matutina)
hunde otra vez la frente en la almohada,
y queda en dulce sueño sepultada.

CANTO IV

EL PROSCRITO

"I woke. — Where was I? — Do I see
a human face look down on me?
And doth a roof above me close?
Do these limbs on a couch repose?
Is this a chamber where I lie?
And is it mortal yon bright eye,
that watches me with gentle glance?
I closed my own again once more,
as doubtful that the former trance
could not as yet be o'er.
A slender girl, long-hair'd, and tall,
sate watching by the cottage wall;
the sparkle of her eye I caught,
even with my first return of thought;
for ever and anon she threw
a prying, pitying glance on me
with her black eyes so wild and free:
I gazed, and gazed, until I knew
no vision it could be, —
but that I lived, and was released
from adding to the vulture's feast".

(Byron).

El día en los tejados centellea,
y ya la Isabelita al campo baja;
el aura que los árboles orea
húmedos de rocío la agasaja;
y el velo de sutil cendal ondea,
que del sombrero rústico de paja
cuelga; débil defensa al aire crudo,
al sol, al polvo, al punzador zancudo.

Un vestido de blanca muselina
lleva, con franjas negras en la falda,
un cinto negro y negra mantellina,
que le cobija la nevada espalda;
y en la diestra, una bolsa de extrafina
sarga, do al catecismo de Ripalda
acompaña el salterio en castellano,
y un pañuelo bordado de su mano.

Lleva también allí plata menuda,
que suele repartir de choza en choza;
donde el huérfano vive o la viuda,
o el infeliz que de la luz no goza,

o la indigente madre, a quien, desnuda,
tierna familia en derredor retoza,
o el que, fingiendo mano o pierna gafa,
a la sencilla caridad estafa.
Iba por los senderos caminando
de la chacra, a sus ojos un imperio
de que ella es reina ahora; suspirando
recuerda alguna vez el cautiverio
que la amenaza; lee de cuando en cuando
una página o dos en el salterio;
pero hay un pensamiento, hay una idea
que a las demás apaga y señorea.
"¡Aquel proscrito!... ¿Quién será? Pariente
sin duda del señor don Agapito.
¿Quién otro pudo entrar tan libremente?
¿Quién alojarse aquí? Mas ¿qué delito
el suyo puede ser, que de la gente
se oculta así? ¡Tan joven! ¿Y proscrito?
¿Y si le viera alguno o le prendiera,
y yo ocasión a su desgracia diera?
"Una madre, una esposa lloraría
por mi causa... ¡Gran Dios! ¡Qué triste idea!
Pero ha escapado. Le amanece el día
lejos, muy lejos. Y que en una aldea
favor le falte, ayuda y simpatía
no seré yo tan simple que lo crea.
¿Quién le tuvo el caballo tan a mano?
Forzoso es que haya en esto algún arcano".
Silogizando así la niña hermosa
anda, sin sospechar que silogiza
(como monsieur Jourdain hablaba prosa),
cuando de un rancho o seto que tapiza
florida enredadera, entre frondosa
estancia de frutales y hortaliza,
apresurado sale un inquilino,
que viene a detenerla en el camino.
Everaldo se llama; justamente
aquel que al perro extraño, como dije,
echó mano la noche precedente;
y estas dolientes voces le dirige
con aire misterioso: "Un accidente
fatal, una desgracia que me aflige
sobre manera..." "¡Acaba! ¿qué hay de nuevo?"
"¡Ah, señorita! casi no me atrevo

A referirlo a su merced... ¡Qué nueva
para el pobre patrón!" "¿Qué ha sucedido?"
"¡Cómo lo va a sentir! Es una prueba
terrible... Desangrado, mal herido..."
"¿Quién?" "Y no me permite que me mueva
a dar noticia a nadie... Y sin sentido
está ya". "Pero ¿quién?" "El señorito,
sobrino del señor don Agapito".
Como estatua quedó de inmóvil hielo
Isabel con el susto, y sólo exclama:
"Virgen sagrada, a tu socorro apelo";
mas recobrada luego: "Corre, llama...
Pero no llames... Voy a verle... El cielo
me dé valor". Entrando, va a la cama,
y en ella ve un objeto que la llena
de inexplicable turbación y pena.
El mancebo yacía sobre un lecho
de pellones. Dormido se diría,
si aquel semblante pálido, deshecho,
y los lánguidos párpados que abría,
como para buscar la luz, y el pecho
que alza y baja en difícil agonía,
y una cárdena sien que sangre vierte
no anunciara el desmayo de la muerte.
¡Y qué inmatural Errar no pienso un año
si dos o tres le añado a la veintena.
Cuerpo gentil, de regular tamaño;
cándido el pecho, si la faz morena;
cabello crespo y de color castaño;
facciones lindas, expresión serena
en el dolor; como el cincel exprime
alado genio que en la tumba gime.
Herido está de dos o tres sablazos
(a más de aquella herida de la frente)
en el desnudo pecho y en los brazos;
y de la sangre obstruye la corriente
la banda y la camisa hechas pedazos;
vendajes puestos ruda y toscamente
por Everaldo, en que se estanca apenas
el rojo humor de las abiertas venas.
Sírvele de almohada una armadura
de silla de montar que le lastima,
aunque se la hace un poco menos dura
el lanudo vellón que tiene encima.

Cerca la daga está; la empuñadura
ensangrentada toda, que da grima.
Lleva sobre el calzón bota de campo,
y echado está a los pies su fiel Melampo.
Lo que pasa en el alma de Isabela
no sé decir: enajenada, absorta
parece en el semblante, y como lela.
Pero esta suspensión ha sido corta.
Al pañizuelo de la bolsa apela;
saca las tijerillas y lo corta
en pedazos, y en parte lo deshila,
para atajar la sangre que destila.
Descubre cada herida con su fino
y delicado tiento; en ellas fija
una porción del deshilado lino;
luego con los pedazos las cobija
del pañizuelo; luego el purpurino
rastro de sangre con la más prolija
atención limpia, lava; y a Everaldo
preparar manda prontamente un caldo.
Un *caldo* es mal sonante en poesía;
pero la exactitud es lo primero.
Suena mejor sin duda la ambrosía;
mas no se encuentra con ningún dinero.
Ría la sombra de Hermosilla, ría;
llámeme chabacano y chapucero;
veraz historia escribo; soy heraldo
de la verdad. Volvamos, pues, al caldo.
El caldo estaba pronto. Una escudilla
en que servirlo se echa sólo menos,
cosa que se hallará por maravilla
en ranchos perüanos o chilenos,
mas a falta de ajuar y de vajilla
fraternalmente acude a los ajenos
el que los necesita; caso extraño
que no ocurre dos veces en el año.
A buscar, pues, un plato y una taza
y una cuchara sale el inquilino,
y al mismo tiempo es fuerza se dé traza
de que no sepa amigo ni vecino
para qué son. A su salida enlaza
la puerta, que es el modo campesino
de echarle llave; y mientras tanto vela
al herido la joven Isabela.

No estaba el rancho enteramente oscuro:
la luz del sol por cien troneras brilla
del techo humilde y del informe muro,
de secas ramas fábrica sencilla.
No hay más asiento allí que el suelo puro.
Isabel, fatigada, se arrodilla
junto a la pobre cama, y de hito en hito
mira el pálido rostro del proscrito.
Inocente y piadosa, no le ocurre
que la modestia femenil condene
su tierna compasión; antes discurre
que ella la culpa en cierto modo tiene
de la desgracia, y que en pecado incurre,
y a la naturaleza contraviene,
no socorriendo a un pobre moribundo,
que no tiene otro amparo en este mundo.
Sabe ya que es un hombre a quien persigue
inexorable la venganza humana;
que no hay hogar paterno a que se abrigue;
ni que a la misma caridad cristiana
puede invocar, temiendo la castigue
como delito una opresión tirana;
¿y en trance tal desapiadada, impía
a un infeliz desamparar podría?
Mientras esto pensaba, atenta mira
aquella helada cara, helada y bella;
y cada vez que el mísero suspira,
compasiva también suspira ella.
Ni es sólo compasión lo que le inspira;
un afecto más tierno con aquella
piedad se mezcla ya; por él implora
con ruego ardiente al cielo; Isabel llora.
Y semeja a la súplica devota
el cielo dar oído el ángel santo
de la piedad enjuga aquella gota
de compasivo y amoroso llanto.
Ya en el mancebo una expresión se nota
de alivio y calma; no suspira tanto;
cesa el sudor de aquella yerta frente;
parece adormecerse dulcemente.
Estaba en una incómoda postura;
el vellón que le sirve de almohada
ha rodado; y lastima la montura
aquella hermosa frente desmayada.

Isabel vaciló; mas ¿qué aventura
con uno que no ve ni siente nada?
"Es fuerza, dice, ¡tarda tanto el guazo!"
Y reclinada sobre el lecho, un brazo
Cuan suavemente puede pone bajo
la cerviz del mancebo; la cabeza
le solevanta con algún trabajo,
y la dura almohada le adereza;
mas, o la conmoción o el agasajo,
o ya del velo de Isabel, que empieza
por el pecho a pasarle y por la cara,
la extraña sensación, le despertara;
Abrió los ojos él, y sorprendido,
en mirar aquel ángel se embelesa;
ella se tiñe de un color subido
cuando ve su embeleso y su sorpresa;
y más cuando a encontrarse en medio han ido
la mirada del joven que le expresa
la admiración, la gratitud más viva,
y su tierna mirada compasiva.
Pero reclina al joven blandamente
y aparta dél los ojos; la acobarda
un movimiento que en el alma siente,
y le manda el pudor ponerse en guarda.
Confusa, temerosa y ya impaciente,
"Válgame Dios, lo que Everaldo tarda",
dice en sí misma. Pareció el mancebo
desfallecer, y se adurmió de nuevo.
Ya es un profundo y apacible sueño
al que rendido yace; lo que libra
a Isabelita de terrible empeño;
porque su corazón, en cada fibra,
en tanto que él de sus sentidos dueño
la está mirando, estremecido vibra.
Pero la agitación ya se sosiega,
y más ahora que Everaldo llega.
Llegó Everaldo; y ella como advierte
que al parecer mejor está el herido
(que si se ha visto próximo a la muerte
ha sido por la sangre que ha perdido),
encarga se le dé, cuando despierte,
sustento; se le ponga en más mullido
lecho; y que el inquilino cuanto pase
la haga saber; y aquesto dicho, vase.

Miró al soslayo al joven Isabela,
y huyó cobarde; y si huye así cobarde,
ella sabe por qué; y aun la cautela
me parece que llega un poco tarde.
Mas el lector saber la historia anhela
de tal proscrito, y no es razón que aguarde.
Suene la lira en alto contrapunto,
que lo merece bien el nuevo asunto.

CANTO V

LA DERROTA DE RANCAGUA

"ESPAÑOLES
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
. . . . . .
PIZARRO
¡A ellos, españoles!
ESPAÑOLES
¡A ellos!
PIZARRO
Mueran antes que se amparen
de las breñas".

(CALDERÓN).

Ya la segunda noche se aproxima
de aquel aciago octubre catorceno,
cuya memoria sola pone grima
y sobresalto al corazón chileno.
Obstáculo no queda que reprima,
del Cachapoal en el distrito ameno,
al español, que enardecido vaga,
y de pillaje y muerte se embriaga.
La plaza de Rancagua es el postrero
asilo en que la hueste patriota
sostiene aún la lucha; no hay sendero
que ofrezca un medio de escapar; se agota
la munición; en torno el crudo ibero
con alharaca horrísona alborota;
y cuanto más resiste, más ofende
el enemigo, y más la lid se enciende.
Es mayor cada instante la matanza
que hace en sus filas el silbante plomo,
y más se estrecha el cerco; y de esperanza

no se divisa ni un lejano asomo.
¿Qué puede allí la espada, ni la lanza,
ni qué el fusil? Cruzó el celeste domo
por vez segunda el sol; la noche oscura
vuelve otra vez y el fiero asalto dura.
Es para el enemigo cada techo
un fuerte desde donde a salvo tira,
mientras desnudo nuestra gente el pecho
presenta, y no descansa, y no respira
sino con pena en el recinto estrecho
a que más concentrada se retira,
bajo el llover de bala, y piedra, y teja
que ya donde moverse no le deja.
Una ventana espesa bocanada
de fuego y humo sin cesar vomita;
en otra la familia desolada
¡favor! ¡favor! a sus amigos grita;
y cada bocacalle está enjambrada
de soldadesca vándala maldita
que cierra las salidas de la plaza
y a los nuestros de lejos amenaza.
Como la artillería su baluarte
de débiles adobes aportilla,
las filas enemigas rompe y parte
a gran correr la intrépida cuadrilla.
Víctimas de sus iras a una parte
y otra dejando va, que es maravilla;
pincha, taja, derriba y atropella;
marcan sangre y cadáveres su huella.
Iba entre los infantes (que una bala
pudo descabalgarle en la refriega),
el joven capitán Emilio Ayala,
que a varonil edad apenas llega,
y por su talle y apostura y gala,
y por el ardimiento con que juega
la espada, y por el aire altivo y franco,
de la enemiga furia se hizo el blanco.
Sobrino fué de aquel don Agapito
tantas veces mentado en mi leyenda;
y sobrino mimado y favorito,
y presunto heredero de la hacienda.

1800. Faltan tres octavas, que no han podido encontrarse. (EDICIÓN CHILENA. SANTIAGO).

Bravo, arrestado. Aún era tiernecito
cuando lanzar un potro a toda rienda
y enlazar un novillo en el rodeo
era su pasatiempo y su recreo.
Patriota, no se diga. Ni pudiera
no serlo el que educado por su tío
fué, desde la infeliz temprana era
de guerra incauta y de inexperto brío,
soldado de la patria. Su primera
milicia vieron Maule y Biobío;
y si su nombre a Chile enorgullece
y España lo maldice, lo merece.
Iba, pues, como digo, en la valiente
tropa; en el centro alguna vez oculto,
cuando le carga demasiada gente
del enemigo, por pescarle el bulto;
ora lidiando valerosamente
donde es mayor la gresca y el tumulto;
y ora asaltando súbito al que observa
más desapercibido en la caterva.
Estaba tan mezclada la española
con la chilena gente, que no puede
usar el enemigo la pistola
ni la escopeta; y el terreno cede
mal de su grado si se empeña sola
el arma blanca, en que el patriota excede,
y con ventaja lidia indisputable,
ora puñal esgrima, espada o sable.
Pero es forzoso ahora hincar la espuela
antes que la restante fuerza hispana
al sitio acuda; Ossorio mismo vuela
al frente de la tropa veterana
a que en los casos de importancia apela;
pero su diligencia ha sido vana;
distantes van los nuestros, y lejano
se oye el casco veloz pulsar el llano.
Emilio se quedó corto, ya sea
que le embarace el enemigo el paso,
o que alejarse a los demás no vea
(pues ya oscuro el crepúsculo, un escaso
destello arroja), o que en parcial pelea
enardecido en medio del fracaso
y confusión, su propio riesgo olvide,
y (lo que nunca suele), se descuide.

Le encuentran solo; y a correr aprieta;
y le siguen tres vándalos a una.
Llevaba el de adelante una escopeta
(el habérsele roto fué fortuna
en anterior acción la bayoneta);
y a la distancia alzándola oportuna,
de descargar un fiero golpe trata
al mozo en el testuz con la culata.
"De ésta, le dice, a Satanás te mando,
miserable insurgente". Esquiva el viento
la culata terrífica silbando;
mas su baladronada fué un acento
de aviso y salvación. El joven, dando
media vuelta con ágil movimiento,
huye el bulto, y al godo que le hostiga
mete un palmo de acero en la barriga.
Maldiciones vomita el fusilero;
y puestas ambas palmas en la herida,
dice con quebrantada voz: "Me muero...
A manos de un traidor, pierdo la vida...
¡Camaradas, venganza!..." Al compañero
como los otros dos de la partida
vieran caer, a darle van auxilio;
así logró ponerse en cobro Emilio.
Toda Rancagua en tanto era despojo
del español, que tala, rompe y quema
sólo por contentar su ciego enojo
en el dolor y en la miseria extrema.
Lo mismo insulta en su brutal arrojo
al rico, al pobre, a la deidad suprema;
quiere dejar de su venganza ejemplo
en la calle, en el rancho, hasta en el templo.
Mirad los que dudáis si el hombre es fiera,
una ciudad que hostil espada doma;
no importa qué uniforme o qué bandera
o qué divisa el enemigo toma.
Guardia imperial, soldado talavera,
sectario de Moisés o de Mahoma,
iniciado en la fe por el bautismo
o la circuncisión, todo es lo mismo.
Con los lamentos de la triste gente
miradle cuál se exalta y se alboroza,
y cuál por la delicia solamente
de herir y destrozar, hiere y destroza;

y cómo, salpicado hasta la frente
de sangre, en verla derramar se goza,
y con qué risa endemoniada espía
los visajes de la última agonía.
Devoto campeón de un rey devoto,
vedle del templo hacer taberna obscena,
do la blasfemia, el desalmado voto,
y su habitual interjección resuena,
do roba y pilla, y todo freno roto,
con los sagrados vasos bebe y cena,
y ni a la madre de su Dios perdona
arrancando a sus sienes la corona.
¡Lámpara fiel que ante los santos bultos
ardes perenne! cuenta lo que viste:
las abominaciones, los insultos,
los sacrilegios de esta noche triste;
los arrastrados párvulos y adultos,
y la ultrajada virgen que resiste
asida del altar, y opone en vano
lloroso ruego al forzador villano,
Mas con sus hechos harta ya es la fama.
Fatiga este "destello peregrino
de antorcha celestial", como él se llama;
esta de lo infernal y lo divino,
según yo pienso, equívoca amalgama,
en quien la rienda, el arte, el culto y fino
vivir social, palía sí, no enfrena
el instinto del tigre y de la hiena.
Volvamos, pues, al capitán, que sigue
corriendo a gran correr por la llanura;
y aunque español ninguno le persigue,
y ya la noche va cerrando oscura,
teme topar con alguien que le obligue
a hacer alto; y por donde la espesura
de las cercas su fuga patrocina,
diligente y solícito camina.
Oye en tanto a distancia el gran lamento
de los vencidos y la horrible gresca
de que en torpes orgías hinche el viento
la mal disciplinada soldadesca.
De *Viva el rey* al repetido acento,
volviendo el rostro Emilio, una grotesca
y lastimosa escena ve a la triste
lumbre de que Rancagua se reviste.

Partidas de soldados y oficiales,
desmandadas mujeres, niños, viejos,
vagan por los confusos arrabales
entre humo y sombra y cárdenos reflejos.
Negra visión de estancias infernales
a la vista parece desde lejos,
en que tropa de diablos turbulenta
a las míseras almas atormenta.
Pero ¿qué nuevo incendio se levanta?
¿qué coro doloroso de alaridos
hace al mancebo suspender la planta
y dirigir atento los oídos?
Altas llamas devoran (Virgen santa,
¡qué horror!) el hospital de los heridos.
Claman ¡piedad! ¡piedad! Y les contesta
algazara feroz de burla y fiesta.
Vió la siguiente luz de la mañana
las manos, por el fuego ennegrecidas,
a las rejas aún, de la ventana,
como en la lucha de la muerte, asidas;
y de cuajada sangre americana
pavimentos, paredes, vió teñidas,
y de perros y buitres los insultos
a destrozados cuerpos insepultos.
Jura venganza Ayala, y su carrera
dirige a cierto rancho conocido,
do habilitarse de un caballo espera
y mudar de sombrero y de vestido.
Tras un torcido tronco de alta higuera
acecha la ocasión, cuando oye el ruido
de trotadores cascos, que veloces
pulsan el llano, y de mezcladas voces.
"Este, dice una voz, es el camino
que se le vió tomar". . . "Paren ustedes,
dice otra voz, en tanto que examino
si le ocultan acaso estas paredes".
Toca a la puerta. Un viejo campesino
sale. "¿Qué necesitan sus mercedes?",
pregunta temeroso. "Escucha, ¡infame!
Si no quieres que toda se derrame
"Esa vil sangre al filo de mi acero,
entrégame al malvado que se esconde
por estos andurriales". "Caballero,
protesto y juro, el viejo le responde,

que a nadie he visto". "¡Mientes, marrullero;
le tienes escondido!" "Pero ¿dónde?
Si no merezco yo que se me crea,
pase adelante su merced, y vea".
Era el que hablaba un cabo veterano
que muestra por el habla y continente
haber cargado un poco más la mano,
que lo que fuera justo, al aguardiente.
Nada dice que el ajo castellano
con fuerza peculiar no condimente;
zafio además, amigo de bureo,
patiestevado, y como un mico feo.
Desmonta, pues, y al viejo el insolente
aparta de un tirón, y entra a la choza,
do con el viejo habitan solamente
una anciana mujer y una hija moza,
la cual, entrando el cabo de repente,
con una tosca manta se reboza;
pero no es hombre el cabo que se empacha,
porque se le reboce una muchacha.
El cabo, que la ve, se le aficiona,
que era la chica, a la verdad, no mala,
y como con los humos de la mona
de un pensamiento en otro se resbala,
su primero propósito abandona
de perseguir al capitán Ayala,
que atisba lo que pasa no sin miedo,
y en su escondrijo se mantiene quedo.
El cabo, que al placer de la conquista
nueva se entrega todo, a rato breve
sale dando traspiés, torva la vista,
y en mal formada voz, que a risa mueve:
"Una o dos leguas más seguid la pista
de ese traidor, que Lucifer se lleve
(dice), la seña, Tarragona; el santo,
San Ildefonso; aquí os aguardo en tanto".
Los otros corren; él se queda, y junta
la débil puertecilla del tugurio;
y nuestro Ayala, que un desmán barrunta
(pues no le pareció de buen augurio
quedara el cabo), andando va en la punta
de los pies hacia el rancho; y al murmurio
de la conversación, que atento escucha,
oye un rumor surgir como de lucha.

Voces, lloros y gritos oyó luego,
y reputando ya por cosa cierta
lo que temía, arrebatado y ciego
a tierra echó de un puntapié la puerta.
Un salto da, y al mísero gallego,
que estupefacto y con la boca abierta
quedó del susto, asiendo de la gola,
"A Chile, dice, este puñal te inmola.
"Pídele a Dios misericordia, y muere!"
"¡Perdón, mi capitán!, exclama el triste
cabo, atajando el brazo que le hiere.
¡Perdón a un infeliz que no resiste!
¡Piedad!" "Piedad de mí ninguna espere
un español, un monstruo. ¿La tuviste
de la mujer que deshonrabas?" "¡Toma!
¿No vió usted, capitán, que era una broma?"
"¿Te burlas, miserable?" "Nada de eso;
pero vamos al caso. Usted me mata.
Muy bien... Los otros vuelven... Llevan preso
a este infeliz, y usted, usted que trata
de protegerle, es quien, por un exceso
de protección, le aprieta la corbata...
No, no se enfade usted... Por mí, me allano
a perecer... pero este pobre anciano...
"A más, usted la causa americana
defiende, y la de Chile... Santo y bueno.
Lo mismo hiciera, y de muy buena gana,
el hijo de mi madre, a ser chileno.
Pero ¿qué quiere usted? Nací en Trïana;
soy, como acá se dice, sarraceno;
y no hago más que usted, si se examina,
en arrimar la brasa a mi sardina.
"Déjeme usted, y a respetar me obligo..."
"Silencio, charlatán; y si es que en algo
aprecias el pellejo, ven conmigo".
"Pero ¿a dónde, por Dios, señor hidalgo?"
"¡Monta!" "¿Con qué me voy?" "Que montes digo;
la grupa tomaré". "Solo, cabalgo
mucho mejor". "O monta, o muere". "Monto".
"¡Hacia la cordillera, y pronto, pronto!"
Iban los dos corriendo a toda brida.
El cabo a veces charla, a veces reza,
a veces canta, a veces voz perdida
exhala; y ya dormita, ya bosteza;

el viento, el aire, la veloz corrida
le fueron despejando la cabeza.
Rayó la aurora, y no distante un ancho
río aparece; allende el río, un rancho.
Atraviesan; descansan; se despoja
de su uniforme Ayala; y un sombrero
de paja y una manta azul y roja
toma para seguir su derrotero.
Decir qué rumbo lleva y dónde aloja
con el involuntario compañero,
prolijo cuento y fastidioso fuera;
pero pasan, por fin, la cordillera;
La cordillera yerma, no cual antes,
de silenciosa paz vasto distrito,
que sólo el pie de raros caminantes,
o del cóndor rapaz turbaba el grito,
o el de las tempestades resonantes
que hacen vibrar sus lomos de granito;
sino cruzada entre bullicio hirviente
por luengas filas de apiñada gente.
Por cada cima, y cada valle, y cuesta
la multitud apresurada huía,
cual suele verse en una insigne fiesta
la calle principal que al templo guía;
mas lo que en la expresión se manifiesta
de los semblantes ¡ay! no es alegría,
sino aflicción, y las que esparce al viento
son voces de plegaria y de lamento.
Corren hombres, mujeres, chicos, grandes,
unos tras otros en continuas olas,
y los páramos cubren de los Andes,
huyendo de las iras españolas;
pues de que tu rigor, España, ablandes
no hay esperanza, y donde tú tremolas
tus odiados castillos y leones
hiela servil terror los corazones.
¡Ah! ¡cuánto pie lastiman delicado
la roca dura, y de la intensa nieve
el valladar antes de tiempo hollado!
Y al patrio suelo que en paisaje breve
se les presenta ahora ataviado
de lustrosa verdura y de la leve
túnica de la niebla, ¡cuánta muda
despedida de lágrimas saluda!

La paz de los sepulcros y el letargo
¿aceptarán de la opresión de España?
Primero mendigar el pan amargo
del emigrado, el pan de gente extraña,
y el agrio cáliz de esperanza largo,
que con befa crüel Fortuna engaña,
tornando en triste y espantosa vela
cada soñar que al infeliz consuela.

Pero no a ti prolijo duelo aguarda,
destronada Sïón, que a Ibëria quita
de su tutela infiel la dura guarda
tremenda ley en bronce eterno escrita.
Sueña ella que su espada la retarda.
¡Vano error! en el vidrio que limita
la duración que el cielo da a tus penas
se ciernen ya las últimas arenas.

RUDENS

O

EL CABLE DEL NAVÍO *

(Traducción de PLAUTO).

PRÓLOGO

ARTURO

—En la ciudad celeste de los dioses
conciudadano soy de aquel que mueve
mares y tierras y las gentes todas.
Pues soy, cual veis, la blanca estrella fúlgida,
astro que nace a la debida hora
en cielo y tierra: Arturo me apellidan,
que de noche en el cielo entre los dioses
brillo, y de día entre los hombres ando,

* En la *Introducción* a las *Poesías* (O. C. *III* p. lxix-lxxii), Miguel Luis Amunátegui publicó el *Prólogo* de la traducción del *Rudens* de Plauto, hecha por Bello. Los 119 versos, que constituyen dicho Prólogo, leídos, como dice Amunátegui, de entre "un manojo de papeles de todos tamaños, y escrito con borrones en vez de letras, en los cuales está consignada esta traducción", es todo lo que hasta ahora había visto la luz. Menéndez Pelayo se dolía de no verlo impreso todo: "¡Lástima que no consiga descifrar el manuscrito del *Rudens*!". (*Caro. Epistolario.* Bogotá, 1941, pág. 255).

Damos en esta edición el *Prólogo,* y los tres primeros actos de la obra de Plauto, de la traducción de Bello, en un total de 1342 versos, añadiéndole al pie las variantes de redacción, con los intentos de versión del texto latino. Ignoramos si los actos IV y V fueron traducidos por Bello. Por la forma como termina la última hoja del manuscrito del traductor, parece que la versión no fué continuada, pero no puede

1. Primera redacción:
—En la ciudad de los celestes dioses

4. Primera redacción:
Pues soy, cual veis, la blanca estrella espléndida

5. Primera redacción:
astro que nace siempre al tiempo propio

como también acá los otros bajan
lucientes astros, pues aquel que impera
a Dioses y a mortales rey supremo
por partes diferentes nos envía
a observar de los hombres las costumbres,
la fe y piedad, y de qué modo llegue
a la fortuna cada cual; si falsa
litis con falsos testimonios mueva
o si sus deudas, perjurando niegue;
y de los tales luego el nombre escrito
llevamos al Tonante. Así conoce

asegurarse si alguna parte del trabajo de Bello habrá sufrido extravío "a causa de las peregrinaciones a que estos borradores han estado sujetos", como dice Miguel Luis Amunátegui.

El manuscrito de la obra puede fecharse con bastante seguridad en 1849. En primer lugar, por el tipo de letra del manuscrito correspondiente a los textos de este tiempo, y, además, porque algunos fragmentos del manuscrito de Bello figuran en papeles con fecha; por ejemplo, un pasaje de la traducción está en el dorso de una carta dirigida a Bello por José M. Núñez el 19 de abril de 1849; otro trozo de la traducción está escrito en el dorso y en los espacios en blanco de una invitación al reparto de premios del Colegio Minvielle de Santiago, invitación impresa pero rubricada por Rafael Minvielle el 18 de abril de 1849. (Comisión Editora. Caracas).

9-33. Otros intentos de redacción:

como a los otros astros, que a la tierra
también descienden; pues aquel que manda

bajan también, pues Júpiter que reina,
supremo emperador, sobre los dioses todos
y los mortales,

A ver de los humanos las costumbres
la fe y piedad, notemos

a que la fe y piedad de los humanos

su fe y piedad notemos; de qué modo

su fe y piedad notemos; por qué medios

a cada cual ayuda la Fortuna;
y si con falsos testimonios causa

y quien con falsos testimonios mueva
inicua litis,

quien con falsos testigos falsas litis
mueva, o sus deudas niega perju(?)
la fe y piedad, y de qué modo sabe

la fe y piedad, y de qué modo adquiere
cada cual su fortuna

o recaba de juez sentencia inicua,
y de los tales al instante mismo,

y de los tales en el mismo instante
escribimos el nombre y al tonante
se lo enviamos
se lo llevamos

al que busca lo malo, o con perjurios
triunfar del adversario solicita
o recabar del juez inicuo fallo
con malas artes. Él lo ya juzgado
juzga de nuevo, y les impone multa
que el valor de la causa que vencieron
excede en mucho. De los buenos lleva
también registro en su estrellado trono,
que no, como el malvado se imagina,
aplaca al Dios con víctimas o dones;
antes el gasto y el trabajo pierde,
porque de las ofrendas del perjuro
no acepta nada Jove; [y a los buenos]
indulgente y benigno oye la súplica.

* *y de los tales luego el nombre escrito*
llevamos al Olimpo. Así conoce

escribimos su nombre y al Tonante
se lo enviamos. Así sabe quiénes

se lo enviamos. Así sabe cuáles
buscan el mal

corren tras la maldad, y con perjurios
solicitan vencer del adversario

intentan triunfar del adversario
o recabar del juez, con malas artes,
lo que apetecen. El lo ya juzgado
* *juzga de nuevo, y les impone multa*
mucho mayor que lo que el pleito vale

mucho mayor de lo que el pleito vale

de mucho más valor

que el valor de la causa en que ha vencido

que el valor de la causa que ganaron
* *excede en mucho. De los buenos lleva*
también registro en su mansión celeste
* *que no, como el malvado se imagina,*
puede a Jove aplacar con sacrificios
y dones antes a un tiempo

porque no acepta Dios

no acepta Jove; parte alguna y suele

no acepta nada Jove; y a los ruegos

más fácilmente oye los ruegos

indulgente y benigno oye las preces

y al bueno da indulgente lo que pide

escucha las plegarias favorable.

Parad mientes por tanto a lo que digo
vosotros que, buscáis derechamente
el bien, y vida franca, honrada y pía;
seguid así, y os holgaréis un día.
Pero decir me cumple a lo que vengo.
Difilo, autor de esta comedia, quiso
que esta ciudad Cirene fuese; y mora
Démones en la misma, en esta granja
que veis a orillas de la mar; anciano
que desterrado vino aquí de Atenas,
hombre de buena pasta. Ni carece
de sus patrios lugares por delito.
Antes, sirviendo a los demás hallóse,
perdida en hacer bien hacienda pingüe,
embarazado y empeñado y pobre
de puro liberal... y para colmo
de desgracia, una niña en edad tierna,
hija suya, robáronle piratas,
a quienes un bribón de siete suelas
que habita aquí también, compróla. Un día

38. Primera redacción:

Tiempo es ya de decir a lo que vengo

Tiempo es ya de que oigáis a lo que vengo

40-42. Primera redacción:

que esta ciudad la de Cirene fuese;
Démones vive en ella; que cultiva
un campo y granja junto al mar; anciano

que esta ciudad Cirene fuese; y vive
Démones en la misma, el cual un campo
y una granja cultiva junto al mar

45. Otros intentos de redacción:

de su patria el cuitado por delito

Démones de su patria por delito

del patrio suelo

46-49. Otros intentos de redacción:

Pues sirviendo a los demás hallóse,
de repente en apuro
embarazado y de trabajos lleno,
de rico que antes fué, necesitado

embarazado y endeudado y pobre

* *embarazado y empeñado y pobre*
de puro liberal... Una donce[lla]

52-53. Primer intento de redacción:

a quienes un grandísimo bellaco
que aquí mora

que de tañer la flauta
en la vecina escuela
la niña, joven ya, tornaba a casa,
un mozo hubo de verla, compatriota
del dueño de la granja que os he dicho,
Ateniense también, y al mismo punto,
enamoróse; ve al rufián; contrata
con él que se la venda como esclava
por treinta minas; dióle el joven prenda,
y el trato confirmó con juramento
aquel follón que de la fe jurada
se burla y mofa, y se le da una higa
de lo que más sagrado hay en el mundo.
El caso fué que vino de Agrigento
un viejo igual a él; facineroso
si los hay, fementido y alevoso.

54. Primera redacción:
que de la escuela de tañer la flauta

57. Primera redacción:
hubo de verla otro ateniense un mozo

59. Primera redacción:
Ateniense como él, y él mismo al punto

62-95. Intentos de redacción, con algún verso ilegible por las tachaduras:
que en treinta minas se la venda;

con él que en treinta minas se la venda;

por treinta minas dióle buena prenda

dale una buena prenda

y el trato ratifica

y el trato aquel infame ratifica
con juramento.
Imaginad qué caso
del juramento haría
aquel infame, que no da una higa

aquel bribón que de la fe jurada
* *se burla y mofa, y se le da una higa*
por cuanto hay en el mundo de sagrado

por cuanto de sagrado hay en el mundo,
ni por lo que al mancebo ha prometido
se burla. En tanto viene de Sicilia
un viejo, otro que tal,

un viejo otro que tal, malvado
un traidor a su patria, si los hay,

Hospedóle el rufián, y como viera
a la doncella, empieza
a ponderar su gracia y gentileza
celebraba asimismo la apostura
de otras mujeres, que el rufián tenía
para su abominable granjería.
Dícele que a Sicilia
se vaya, donde abunda
la juventud alegre y licenciosa
y deja inmenso lucro aquel comercio
de mujercillas, que fortuna grande

se burla. En tanto viene de Agrigento
un siciliano, otro que tal; maldito,

un siciliano, otro que tal; malvado

un viejo, otro que tal; malvado insigne

un viejo, igual en todo a él; malvado,
si los hay que a su patria había vendido

intentado vender y ahí se hospeda;

en casa, digo, del rufián. Cayóle
en gracia luego al viejo la hermosura
de la doncella, y de las otras mozas

Sucedió cabalmente
que vino de Agrigento en mala hora

vino aquí de Agrigento en mala hora

fué el caso que de Sicilia vino
un viejo agrigentino,

y en casa del rufián se hospeda. El viejo
que vió de la doncella la hermosura
la alaba y encarece
y celebra no menos la apostura

su gracia y apostura
y el de las otras que el rufián tenía

de la doncella, alábala en extremo,
como a las otras que el rufián tenía;
y a proponerle empieza que levante
el campo y que a Sicilia se encamine,
que dicen que en la isla hay muchedumbre
donde los hombres de placer abundan,
y puede en poco tiempo hacer fortuna

y se hace gran ganancia con el tráfico
de tales mujercillas, y fortuna
podrá sin duda hacer

hará sin duda en poco tiempo. El otro
se dejó persuad[ir]

había de darle en breve. Persuadióle;
un bajel se fletó secretamente,
y de noche se lleva
todo el ajuar a bordo. Al pobre amante,
dice el rufián que va a cumplir un voto
en el Templo de Venus,
que veis allí, vecino a la ribera
y que después del sacrificio espera
le acompañe a comer. Tras esto vase
furtivamente al mar; el siciliano
y las mujeres y el rufián se embarcan;
se cuenta al joven lo que pasa; al puerto
apresurado corre; a gran distancia
iba la nave ya. Pues yo que miro
que así se van con la infeliz doncella
quise al rufián perder; salvarle a ella.

en breve hará; persuadióle; en secreto
han fletado un bajel;
* *y de noche se lleva*
* *todo el ajuar a bordo. Al pobre amante,*
comprador de la niña

que ha comprado la niña,

comprador de la niña, dice en tanto
que un voto a Venus va a cumplir. El templo

de Venus; en el templo que a la vista

de Venus está el templo; en él le espera

a Venus en el templo de la diosa,
que allí cercano está; que en él le espera

que allí cercano está; que en él le aguarda

a Venus; está el templo en la ribera
de la mar que miráis

* *le acompañe a comer. Tras esto vase*
al mar; se embarca en él y sus mujeres

ocultamente al mar; el siciliano
* *y las mujeres y el rufián se embarcan;*
cuentan al joven lo que pasa

cuentan el hecho al joven; la partida
del pérfido rufián; corre al puerto;
ya la nave va a gran distancia

la nave estaba ya. Pues yo que veo
que se llevan la mísera doncella.

Bramé tempestüoso;
olas levanté al cielo
altísimas, horrendas; que si suelo
embravecerme en el nacer, más bravo
mi usado giro en occidente acabo.
La nave dió al través; los malandrines
viejo y rufián arroja, que se amparan
de un pelado arrecife;
y la niña al esquife
con otra joven sierva
sobrecogida de pavor se lanza.
Se lanzan temerosas
y a la playa vecina
la alborotada mar las encamina
no lejos de do mora
Démones, de su patria desterrado
como os he dicho ya; cuyo tejado
hizo pedazos esta noche el viento.

97-99. Otros intentos de redacción:

Bramé como el invierno; hinchadas olas
levanté como suelo

como suelo, levanté;

altísimas, horrendas; como suelo

102-103. Otros intentos de redacción:

la nave es ida a pique; ambos se amparan

la nave es ida a pique; y los malvados
el viejo y el huésped

y huésped y el rufián.

105-119. Otros intentos de redacción:

y en tanto en un esquife
la virgen y una esclava

Con otra joven sierva la doncella
se lanzan temerosas; y ya a la playa
condúcelas el mar, junto a do mora
el viejo que de Atenas desterrado

el que de Atenas desterrado anciano
de que antes os hablé; cuyo tejado
en gran manera el viento ha maltratado.

Casi ha deshecho el viento.
Ese que veis salir, esclavo suyo

Este que sale esclavo es suyo. Al joven
enamorado, que compró la niña
presto veréis; y concluyóse el cuento.
Resta que os diga mi palabra extrema:
Vivid, medrad, y el enemigo os tema.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

CEPARNIO

—¡Oh dioses inmortales;
qué tormenta furiosa
esta noche pasada
nos envïó Neptuno!
La casa toda el viento ha destechado.
¿Para qué ponderarlo? No era viento
sino el rayo de Júpiter Tonante
que en la Alcmena de Eurípides estalla.

éste que sale esclavo es suyo. El joven
amador de mi cuento,
que a la niña compró,
no tardará en venir
y concluyóse el cuento.

presto veréis y aquí se acaba el cuento.

Espectadores, mi palabra extrema
es que medréis, y el enemigo os tema.

Resta a vosotros mi palabra extrema:
Tened salud para que el mundo os tema.

120-123. Intentos de redacción:

—¡Dioses! ¡qué tempestad tan horrorosa
en esta noche pasada
* *nos envïó Neptuno!*

—¡Oh dioses inmortales qué tormenta
fiera nos enviasteis

* *—¡Oh dioses inmortales;*
qué tormenta horrorosa

126. Intentos de redacción:

sino el rayo de Jove que bramando

sino el rayo de Jove que tronando

Así soplaba, tanto estrago ha hecho;
bien que a la habitación más luz ha dado
abriéndonos ventanas en el techo.

ESCENA SEGUNDA

PLEUSIDIPO

—Siento, a decir verdad, que hayáis dejado
vuestros negocios propios por mi causa,
sin fruto alguno. Mas, si bien no pude
en el puerto alcanzarle, no por eso
desalentarme quise, abandonando
toda esperanza, y os detuve. Ahora
quiero al templo de Venus dirigirme,
a donde dijo que venir debía
para sacrificar.

128-130. Otros intentos de redacción:

De tal manera arranca y quiebra y triza,
poniéndonos ventanas en el techo

Tal resonaba y tal estrago ha hecho;

de ventanas llenándonos el techo.

129. Empezó a redactarlo:

bien que a la casa

131-135. Otros intentos de redacción:

—Yo siento haberos hecho
dejar vuestras haciendas
sin fruto alguno. No me fué posible
alcanzarle en el puerto.
No quise estarme ocioso.

—Yo siento haberos hecho
dejar vuestros negocios por mi causa
sin fruto. Fué imposible
en el puerto alcanzarle. Mas no quise

en el puerto alcanzarle. Mas con todo
quise dejar la empresa

135. Otra redacción:

desanimarme quise, abandonando

137. Intento de redacción:

quiero el Templo de Venus visitar

Había comenzado a redactar *llegarme*

CEPARNIO

—Se pasa el día;
sudemos en la ingrata
faena de este barro que me mata.

PLEUSIDIPO

—Cerca parece que hablan.

DÉMONES

—Oyes, digo,
¡Ceparnio!

CEPARNIO

—¿Quién mi nombre
pronuncia?

DÉMONES

—El que por ti dió su dinero.

CEPARNIO

—Que soy tu esclavo infiero
de lo que dices.

DÉMONES

—Cava,
cava, Ceparnio amigo; ¡barro! ¡barro!

141. Primera redacción:
Saquemos este barro que me mata

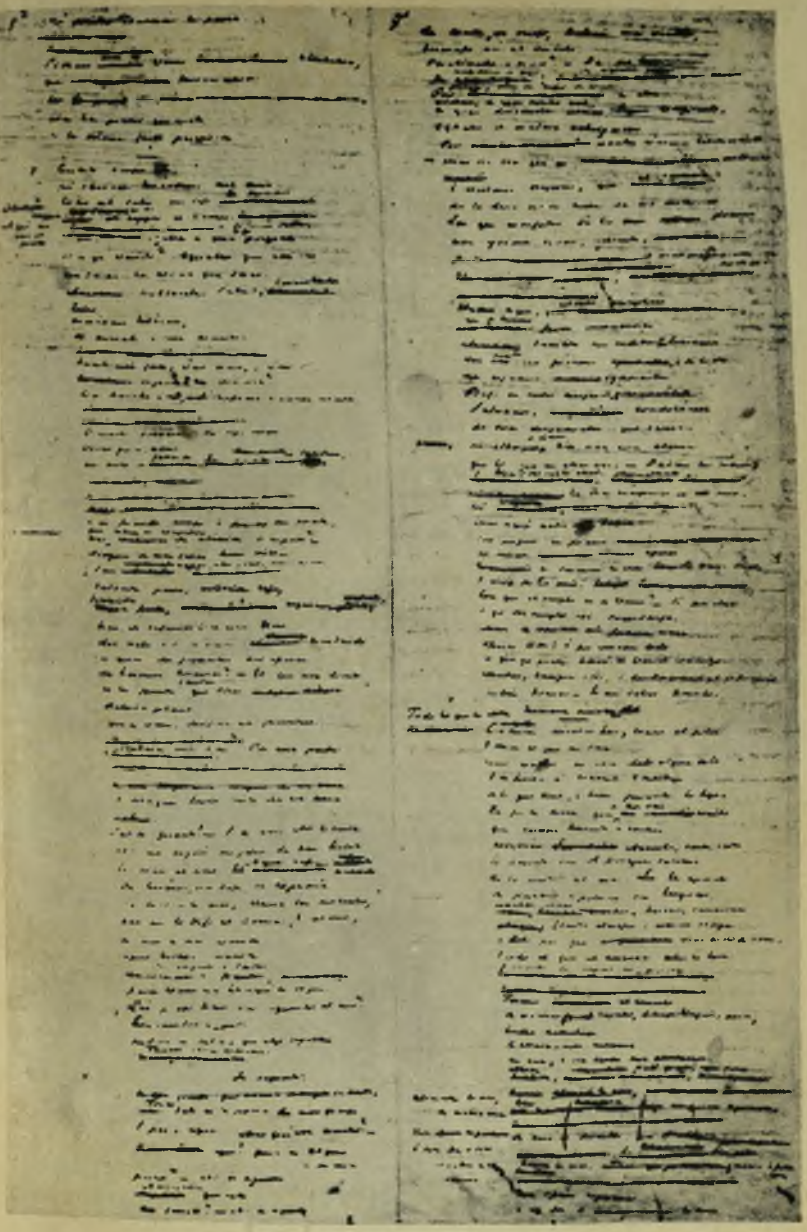
142. Primera redacción:
—No sé quién habla cerca

143. Primera redacción:
—¡Ceparnio!

CEPARNIO
—¿Quién me llama?

145. Otra redacción:
—Esto es llamarme, Démones, tu esclavo

147. Primera redacción:
—Cava, Ceparnio, cava



Facsímil de una página del manuscrito original de Bello, de la traducción del *Rudens* o *El cable del Navío*, de Plauto.

porque según sospecho
hay que adobar de cabo a cabo el techo,
más agujero tiene que una criba.

PLEUSIDIPO

—¡Padre! Salud, y a ti también saludo.

DÉMONES

—Guárdete el cielo.

CEPARNIO

—¿Eres, hija o hijo,
que le apellidas padre?

PLEUSIDIPO

—Ciertamente
varón soy.

CEPARNIO

—Otro padre
buscarte debes; que una hija sola
tuve y perdíla; hijo
ninguno tuve.

148-149. Aparece un buen número de frases inconexas e inconclusas, como intentos de redacción de estos versos. Solamente anotamos la variante del 148:

es para reparar según sospecho

151. Primera redacción:

PLEUSIDIPO

—¡Padre! Salud, y a ti.

DÉMONES

—Guárdete el cielo.

152. Otra redacción:

DÉMONES

—Guárdete el cielo.

CEPARNIO

—¿Qué eres, hembra o macho?

154-158. Otra redacción:

PLEUSIDIPO

Varón soy.

CEPARNIO

—Otro padre buscar debes
que yo una hija sola
tuve yo y la perdí. Varón ninguno
me dió nunca ese nombre.

PLEUSIDIPO

—Mas querrán los dioses
dártelo.

CEPARNIO

—Y malandanza al que se viene
con pláticas ociosas
a donde ve que trabajando estamos.

PLEUSIDIPO

—¿Moráis aquí?

CEPARNIO

—¿Qué te va en ello? Espías
por do venir a hurtar.

PLEUSIDIPO

—Sin duda alguna
esclavo eres mimado, adinerado,

PLEUSIDIPO

—*Mas el cielo*
un hijo te dará.

En el penúltimo verso aparece tachada la palabra *título* y sustituída por *nombre.*

158. Primera redacción:
dártelo.

CEPARNIO

—*Y malandanza a ti que vienes*
a distra[*er*]

160. Otras redacciones:
a los que ve que trabajando sudan.

cuando nos ve que trabajando estamos.

161-168. Otra redacción:

PLEUSIDIPO

—*Moráis aquí.*

CEPARNIO

—*Pues qué os va en ello. Observas*
por do venir a hurtar.

PLEUSIDIPO

—*Honrado*
debes sin duda ser y adinerado

que hablas así delante
de tu señor y a un hombre libre insultas.

CEPARNIO

—Y tú sin duda algún truhán, bergante,
que en casa ajena molestar pretende
donde no tienes que buscar.

DÉMONES

—Ceparnio
¡Silencio! y tú ¿qué has menester?

PLEUSIDIPO

—Del cielo
la maldición sobre un esclavo que osa
la palabra tomar, presente el dueño.
Pero, si no te enoja, preguntarte
una cosa querría.

DÉMONES

—Aunque afanado,
como ves, ya te escucho.

CEPARNIO

—¿Pues no fueras,
más bien, Señor, y del marjal trajeras
cañas con que la casa
techar, mientras el cielo está sereno?

eres siervo de honor y de fortuna
* *que hablas así delante*
de tu señor y a un hombre libre ofendes.

CEPARNIO

—Y tú sin duda algún bergante truhán
* *que en casa ajena molestar pretende*
donde de nada

en donde nada tienes que te deban

donde no sé que se te deba nada.

169. Intento de redacción:

Calla; que has tú

175-177. Primera redacción:

Señor, más bien y del marjal trajeras
cañas con que techar, mientras sereno

DÉMONES

—Calla, Ceparnio; y tú, si quieres, habla.

PLEUSIDIPO

—Que me digas, te pido,
¿has visto por ventura
un hombre de malísima figura,
cabello crespo, cano; zalamero,
adulador, grandísimo embustero?

DÉMONES

—Infinitos; por ellos la miseria
paso que ves.

PLEUSIDIPO

—Alguno que viniese
a ese templo cercano
con dos mujeres jóvenes, hermosas.

178-182. Otros intentos de redacción:
—Calla, Ceparnio, y habla sino tú.

PLEUSIDIPO

—¿Viste aquí por ventura
* *un hombre de malísima figura,*
alto, crespo, entrecano, zalamero?

crespo, de pelo cano, zalamero?

cabello crespo, canoso, zalamero?

184-189. Otros intentos de redacción:
—Infinitos; por ellos justamente

—Infinitos; por ellos cabalmente

—Infinitos; por ellos esta vida
en la miseria vivo

estoy en la miseria

en la miseria que me ves me encuentro

en que me ves.

PLEUSIDIPO

—El de que os hablo vino

—¿Alguno, digo, que viniese
a ese templo vecino
de Venus con dos jóvenes mujeres

¿Cómo a ofrecer a Venus sacrificio
ayer u hoy?

DÉMONES

—No sé, por vida mía
que nadie en este tiempo haya venido
a cosa tal, y a fe que lo sabría,
porque ninguna víctima se inmola,
que el sacrificador no venga luego
a pedirme agua o fuego,
asador, o vasijas o cuchillo,
caldero en que se cuezan las entrañas.
¿Y qué sé yo? para la diosa Venus
vasos y pozo aderecé sin duda,
no para mí. Mas hace algunos días
que descansar me dejan.

PLEUSIDIPO

—Perdido soy, según lo que me dices.

DÉMONES

—No tengo en ello parte.

CEPARNIO

—Hola el amigo
que se anda ocioso a visitar los templos
para sacar el vientre de mal año,

como a sacrificar hoy o mañana?

como a sacrificar en este día
o en el de ayer?

DÉMONES

—No sé, por vida mía

196. Primera redacción:
de una olla o caldero en que se cueza

199. Primera redacción:
no para mí. Pero hace algunos días.

202-211. Primera redacción:
—Lo siento, mas en mí ningún estorbo
hallarás a tu dicha.

CEPARNIO

—Hola el que va los templos visitando
en busca de banquetes
* *para sacar el vientre de mal año,*

¿no fuese bien que hicieses la comida
guisar en casa?

DÉMONES

—Si a comer vinieses,
el que te convidó no ha parecido.

PLEUSIDIPO

—Muy bien.

CEPARNIO

—Y que me ahorquen
si en ayunas a casa no volvieres.
Mejor patrona a Ceres que no a Venus,
que da, si amores Venus, trigo Ceres.

PLEUSIDIPO

—Burlóme indignamente el fementido.

DÉMONES

—Pero, dioses, ¿qué miro? ¿Ves, Ceparnio,
aquellos hombres en la playa?

¿no fuese bien hacerte la comida
guisar en casa?

DÉMONES

—Apuesto a que viniste,
convidado a un banquete.

PLEUSIDIPO

—Está muy bien, comprendo

—Muy bien.

CEPARNIO

—Y a lo que entiendo no te escapas

—Y a lo que entiendo que me maten
si en ayunas te vas.

volvieres ayuno a tu casa. Hasta

de volver en ayunas. Cuanto fuere
mejor servir a Ceres que no a Venus,
que da, si Ceres pan

212. Otra redacción:

—Burlóme indignamente aquel malvado.

CEPARNIO

—Juzgo
que fueron convidados de camino
al templo.

DÉMONES

—¿Qué imaginas?

CEPARNIO

—Imagino
que después de la cena se lavaron.

DÉMONES

—En el mar naufragaron.

CEPARNIO

—No lo yerra
tu discurso. Y nosotros en la tierra.

214-218. Primera redacción:

aquellos hombres en la playa?

CEPARNIO

—Pienso
que de camino han sido convidados

fueron en el camino convidados
que en el camino convidados fueron
al sacrificio al templo.

DÉMONES

—Pero ¿por qué lo juzgas?

al templo.

DÉMONES

—¿Por qué imaginas?

CEPARNIO

—Entiendo
que después de cenar ayer, después

que después de cenar se lavarían.

DÉMONES

—Naufragio han hecho

219. Primera redacción:

Y nosotros en tierra con la granja

DÉMONES

—¡Ah! ¡lo que son los míseros humanos!
Helos ahí que arrebatados nadan.

PLEUSIDIPO

—¿Dónde están, por tu vida?

DÉMONES

—Hacia el derecho
lado. ¿No ves? A no muy largo trecho
de la ribera.

PLEUSIDIPO

—¡Oh si el malvado fuese!
¡Ea!, seguidme amigos. Dios os guarde.

CEPARNIO

—Verémoslo nosotros con cuidado.
Mas ¡oh tú, Palemón, que amigo y socio
de Neptuno te llamas! ¿Qué es aquello?
Dos afligidas solas
pobres mujeres en pequeño esquife

221. Primera redacción:

Helos allí cómo arrojados nadan

222. Primera redacción:

PLEUSIDIPO

—¿Dónde están, por tu vida?

DÉMONES

—A la derecha

Siguen algunos comienzos de versos inconexos.

224-225. Primera redacción:

de la ribera.

PLEUSIDIPO

—Exactamente; amigos
venid tras mí.

226-227. Primera redacción:

—En cuidando nosotros lo veremos.
Mas ¡oh tú! Palemón, que compañero

229-230. Primera redacción:

¿Qué ves? dos pobrecillas
mujeres, solas, en aquel esquife.

juguete de las olas.
¡Cómo la mar acá y allá lo empuja,
y a las cuitadas amedrenta! ¡Bravos!
La ola del escollo las aparta,
y a la playa lo lleva. No lo haría
el piloto mejor. ¡Ondas! mayores
ondas no pienso que jamás he visto.
Si el esquife no vuelca,
será fortuna. Ahora es el peligro,
¡ahora!... Cayó al agua la una de ellas.
Mas hay vado por dicha. Fácilmente
podrá salir. ¡Oh Júpiter! ¡echóla
a la playa la ola!
Levántase; a este sitio se encamina;

231. Intentó redactarlo:
¡Oh los vaivenes de la mar!

¡Oh los embates de la mar!

232-233. Primeras redacciones:
¡Cómo la mar acá y allá lo tira

¡Cómo la mar acá y allá lo arroja
y cómo tiemblan las cuitadas! ¡Bravos!

y cómo lloran las cuitadas. ¡Bravos!

y cómo gritan las cuitadas. ¡Bravos!

235. Primera redacción:
y a la playa lo empuja. No lo hiciera

237. Primera redacción:
ondas no vi jamás

238. Primera redacción:
Si las evitan, no hay peligro al agua

239-244. Primeras redacciones:
Salvas serán. Ahora es el peligro,
¡ahora!... ¡Cayó al mar! Hay vado. A tierra

¡ahora!... ¡Cayó al agua! Hay vado. A seco
salir podrá a la tierra. Pero aquella

salir podrá. Mas la que el buque ocupa...
¿No ves cómo las olas la arrebatan

¿Las olas arrebatan a la otra
y dan con ella en tierra? Levantóse
y hacia allá se encamina

y hacia allá me parece que camina

podrá salir. ¡Oh Júpiter! las olas
echan a la infeliz sobre la playa

la arrojaron. Levántase

salvóse... Mas la otra
del esquife a la tierra
salta. ¿Se ve que de temor vacila
y en la resaca de rodillas cae?
Escapó de la mar, pisó en la playa.
¡Salva está! Mas ¿a dónde en mala hora
se vuelve? Erró el camino.

DÉMONES

—¿Qué te importa?

CEPARNIO

—Si de la roca a do se acoge cae
miedo no habrá de que otra vez lo yerre.

DÉMONES

—¿Piensas cenar acaso de su cena,
que sólo de ellas cuidas?
Si de la mía, a mi servicio atiende.

245-258. Primeras redacciones:

* *salvóse... Mas la otra*
en el esquife, adonde alborotando
la lanza (?) el mar. Saltó por fin a tierra

de rodillas cae? Luchando viene
en el agua; escapó; pisó la playa.
¡Hela!, que ya se vuelve a la derecha
descaminada, erró el camino.

DÉMONES

—¿Acaso
te importa que lo yerre o no lo yerre?

CEPARNIO

—Si del peñasco en que se ampara cae

Si se desliza poco trecho acaso,
el error durará

Será de su extravío el postrer paso

si del peligro en que se ampara cae

si del peñasco do se acoge cae
* *miedo no habrá de que otra vez lo yerre.*

DÉMONES

—¿Has de cenar acaso de su cena
para que de ellas cuides solamente

para que de ellas todo cuides tanto?
¿o de la mía?
Si sólo de la mía,
a mi servicio atiendes.

CEPARNIO

—Nada, señor, te digo:
Tienes harta razón.

DÉMONES

—Sígueme.

CEPARNIO

—Sigo.

ESCENA TERCERA

PALESTRA

—Nunca el hombre imagina tan acerbos
los contratiempos de la humana vida
como tengo amarguras padecidas.

CEPARNIO

—Nada digo

atiende a mi trabajo.

CEPARNIO

—Nada digo

trabaja a mi servicio.

CEPARNIO

—Nada digo;
tienes mucha razón.

DÉMONES

—Sígueme

CEPARNIO

—Sigo.

259-264. Intentos de redacción:

—No tan amarga el hombre se figura

—No tan amarga el hombre se imagina

—Mucho menos amarga es referida
la mísera fortuna de los hombres
de lo que el padecerlo nos parece

de lo que nos parece padecida

de lo que en la experiencia la encontramos

Esto me reservabas, ¡Santo Cielo!
¿Yo echada por la mar a extraño suelo
tímida peregrina?
¿Destino tal, cuando nací, me cupo?
¿O el premio es éste que concede Jove
a la que pía le adoró? Que fuera
la miseria presente llevadera,
si jamás a mis padres o a los dioses
criminal ofendiera.
Pero si estuvo, celestiales númenes,
siempre lejos de mí culpa tan grave,
en la suerte infelice que me cabe
no sois conmigo justos, ni al decoro
vuestro satisfacéis... ¿Por qué, decidme,
qué guardáis al impío,
si al inocente honráis de esta manera?
Si yo me echase en cara
contra vos o mis padres culpa alguna,

—Mucho menos amarga se imaginan
los hombres la mísera fortuna,
de lo que la encontramos padecida.

que después, padecida, se les muestra.
¿Para esto Dios me reservabas

¿Para esto reservabas, ¡Santo Jove!

¿Desgracia tanta reservabas, ¡Cielo!,
a la infeliz Palestra?
Yo de este modo en este traje

¡Yo en esta condición! ¿Yo errando tímida,
por ignorado suelo,
arrojada del mundo?

del mundo abandonada,
por una tierra extraña?

¿Yo en esta condición errando tímida
por ignorado suelo
desechada del mundo?

269-277. Primera redacción:

si a mis padres jamás o si a los dioses
criminal ofendí. Pero si lejos
siempre estuvo de mí culpa tan grave
números en la suerte que me cabe
* *no sois conmigo justos, ni al decoro*
vuestro satisfacéis... ¿qué se le guarda
al malhechor, si honráis de esta manera
al inocente?

menos de mi fortuna
atenuase el rigor, menos llorara.
Mas la maldad sin duda
llevo yo sobre mí del amo mío
y mi desgracia viene del impío.
Perdió en el mar la nave y cuanto tuvo;
de que yo soy único resto. Aquella
también que en el esquife iba conmigo
en la mar pereció; yo sola quedo
en orfandad completa y desamparo,
que a tenerla conmigo, no tan triste
fuera la condición de que me quejo.
¿Qué esperanza, qué auxilio, qué consejo
los dioses me deparan?
Nada en torno se ve, sino desnuda
soledad, rocas muertas (?)
y resonantes olas.
Ninguno que al encuentro
me valga y me socorra,

282-283. Intentos de redacción:

Mas la maldad acaso

Mas la maldad tal vez del amo mío
llevo yo sobre mí.
Su iniquidad me daña

286-291. Intentos de redacción:

yo sola soy lo que le resta. Aquella
misma que en el esquife iba conmigo,
cayó; soy sola

sumergida en las ondas

* *en la mar pereció; yo sola quedo.*
Que si ella fuese salva me restase

Que a tenerla a mi lado no tan grave

no tanto mi infortunio me pesase

293. Primera redacción:

puede ofrecerme el cielo?

294-302. Primera redacción:

Todo es aquí desierto y solitario;
peñascos, olas, que bramando espantan
y ni señal de humano

peñascos, olas, que bramando asustan

hombre ninguno que ampararme pueda,
Esta mojada ropa es mi riqueza

ni pan que me alimente,
ni techo que me acoja.
Y toda mi riqueza
estas mojadas ropas.
¿A qué la vida quiero
si menos de ella espero?
¡Si a lo menos alguno me mostrara
por do de esta región desconocida
hallase al fin salida!
No sé por do mis pasos enderece
ni de cultivo humano
miro señal, y de pavor y frío
temblando estoy. ¡Desventurados padres
el infortunio mío
cuán distantes estáis de imaginaros!
De nada me sirvió que yo naciese
libre y de abuelos claros,

este mísero traje
es mi riqueza toda:
no hay ni pan que me sustente.

304. Comenzó a redactar:
Sin esperanza

305-307. Primera redacción:
Si al menos encontrara
quien el camino o senda me indicara
para encontrar salida
de esta

Otra redacción del segundo verso:
quien la senda o camino me in[*dicara*]

310-314. Intentos de redacción:
miro señal. De miedo me estremezco

miro señal. Pavor y duda

temblando estoy. Amado padre mío
y amada madre,

amados padres míos

¡ah!, no sabéis el infortunio mío.
Lejos estáis, muy lejos
y las amargas lágrimas que lloro

lejos estáis de imaginar

Para qué me sirvió que yo naciese

qué me sirvió nacer

si dura servidumbre me aguardaba
cual si naciese esclava,
ni aquel ser que os debí pude pagaros.

ESCENA CUARTA

AMPELISCA

—¿Qué cosa puedo hácer de más provecho
que sacarme del pecho
esta mísera vida
tan enojosa y de cuidados llena?
Si el destino la corta,
hágalo en hora buena; no me importa;
cuando las esperanzas que abrigaba
todas me abandonaron. He corrido
acá y allá; rincón tan escondido
que no haya registrado no me queda.
Con la voz, los oídos y los ojos,
he buscado, he llamado a mi consierva
sin que encontrar pudiera
a mi desventurada compañera
de servidumbre, ni a dónde me encamine
sé, ni de quién me informe, que me diga
si una señal ha visto o resto suyo.
Y desierto lugar como el que miro
en derredor, no tiene el mundo todo.

324-328. Intentos de redacción:

hágalo en hora buena ¿qué me importa
si cuantas esperanzas fomentaba
he perdido?

me abandonaron. He corrido ansiosa
acá y allá; no queda ya escondrijo
que registrado no haya.

que no haya examinado

333. Este endecasílabo es incorrecto; en primera redacción:

y ni encontrarla puedo; ni a do vaya

336-337. Intentos de redacción:

Y soledad mayor que la que miro
en torno a mí no tiene el mundo todo

lugar más solitario
como el que miro en derredor viendo

Mas si en alguna parte oculta se halla
no habrá rincón, peñasco, ni sendero
que no visite hasta encontrarla viva.

PALESTRA

—¿Quién habla aquí tan cerca?

AMPELISCA

—Temerosa (?)
¡Tiemblo! ¿Qué voz es ésa?

PALESTRA

—¡Buena esperanza! Acórreme.
¿No es el que escucho mujeril acento?

AMPELISCA

—Sácame te suplico,
de pena tanta.

338-340. Primera redacción:

Pero si vine acaso de buscarla

Mas si en alguna parte vive oculta
no habrá rincón, ni cueva
que ansiosa no visite hasta encontrarla.

341-349. Primera redacción:

PALESTRA

—*¿Quién habla aquí tan cerca?*

AMPELISCA

—*¡Jove santo,*
qué pavor! ¡Y tiemblo! ¿Qué voz es ésa?

PALESTRA

—*¡Esperanza feliz! No me huyas.*

—*¡Buena esperanza! Acórreme. Te ruego.*

—*¡Buena esperanza! Acórreme. Te pido.*
Acento es de mujer. ¡Ah! por tu vida
no me hagas llamar más.

Acento es de mujer. ¡Por Dios te ruego!

AMPELISCA

—*Sácame de temor.*

PALESTRA

—De mujer no hay duda,
es esta voz que mis oídos hiere.
¿Es acaso Ampelisca?

AMPELISCA

—¿Eres Palestra acaso?

PALESTRA

—Por mi nombre me llama:
¡Ampelisca!

AMPELISCA

—¿Quién eres?

PALESTRA

—Palestra soy.

AMPELISCA

—¿Dó estás?

PALESTRA

—En la miseria.

AMPELISCA

—Yo te acompaño y no es menor la parte
que a mí me toca. Deja verte.

PALESTRA

—Deja
que yo te vea.

PALESTRA

—*Mujer sin duda*
es la que cerca está.
¿Eres, dime, Ampelisca?

AMPELISCA

—*¿Te escucho, di, Palestra?*

353-356. Primera redacción:
que yo te mire.

AMPELISCA

—Guíe
nuestros pasos la voz. ¿Dó estás?

PALESTRA

—Me tienes
a tu presencia; acércate y me acerco.

AMPELISCA

—Voy ya.

PALESTRA

—Dame la mano.

AMPELISCA

—Toma.

PALESTRA

—¿Vives?

AMPELISCA

—Y la causa eres hoy de que la vida
odiosa no me sea,
cuando a tocarte llego, y casi, casi
tocarte dudo. Abrázame, esperanza,
esperanza querida, que aligeras
de mis penas la carga.

AMPELISCA

—*Ven. Nūestros p*[*asos*]

358. Comenzó a redactar:

—*Que me place*

362-367. Primera redacción:

tocarte dudo. Abrázame, querida,
abrázame te ruego

esperanza querida, que la carga
de duelo alivies y pesares tantos.

PALESTRA

—Me quitas de la boca
lo que decirte quiero. Mas conviene
irnos de este lugar al punto.

AMPELISCA

—¿A dónde?

PALESTRA

—A par de la ribera caminemos.

AMPELISCA

—Te sigo a donde guíes.

PALESTRA

—¿Con la ropa
mojada así, de caminar tenemos?

AMPELISCA

—Fuerza es. ¿Mas qué veo?

PALESTRA

—¿Qué te admira?

AMPELISCA

—¿No es templo aquél?

PALESTRA

—De la boca me quitas
* *lo que decirte quiero. Mas conviene*
partirnos al instante

salir de este lugar

Es tiempo de partir

AMPELISCA

—¿A dónde? dime.

369. Empezó a redactar:

—Gustosa sigo

Otro intento de redacción:

—Te sigo a donde quieras.

372-373. Primera redacción:

AMPELISCA

—¿No es templo aquél?

PALESTRA

—¿Qué templo?

AMPELISCA

—Aquel que a la derecha se descubre.
Morada hermosa y de la diosa digna
parece ser.

PALESTRA

—Y cerca
hombres habrá, que no en desierto puede
tan bello sitio hallarse. ¡Oh Dios! salúdote
quienquiera que tú seas
y que a nuestra desgracia pongas término
humilde te suplico; favorece
a estas que ves cuitadas, miserables,
de todo amparo y protección desnudas.

ESCENA QUINTA

PTOLEMOCRACIA

—Oír me ha parecido
voz de plegaria, que a salir me mueve.
¿Quiénes son las que ruego dolorido
envían a la diosa mi patrona?

PALESTRA

—¿Qué templo?

AMPELISCA

—A la derecha

375-381. Primera redacción:

parece ser.

PALESTRA

—Y cerca conjeturo
* *hombres habrá, que no en desierto puede*
tan bello sitio hallarse. ¡Oh Dios adórote!
* *quienquiera que tú seas*

¡Oh Dios!, y te suplico
que a nuestra miseria

humilde te suplico y patrocines
a nosotras, cuitadas, miserables.

383-390. Primera redacción:

—¿Quiénes son las que preces
dirigen a la diosa mi patrona?

Diosa indulgente y pía
benigna, complaciente
y a los humanos ruegos nada sorda
invocan.

PALESTRA

—Salud, Madre.

PTOLEMOCRACIA

—Y salud a vosotras. Mas ¿de dónde,
de dónde, os ruego, habéis acá venido,
húmedo así el vestido,
desaliñado y triste?

PALESTRA

—De no lejos,
cerca de aquí, de aquella
playa, mas el lugar de donde a ella
vinimos, a gran trecho está.

PTOLEMOCRACIA

—Comprendo,
caballo de madera cabalgasteis
por las azules vías.

Pues parecióme oír voz de plegaria
y a salir me movió. Benigna y pía
indulgente deidad

indulgente patrona en gran manera
es la que invocan.

PALESTRA

—*Salve, madre.*

392-393. Primera redacción:

venís así con húmedos vestidos

así venís que mueve el pecho a lástima

395-397. Primera redacción:

de aquí cerquita, de la playa aquella;
pero de donde se nos trajo a ella
a gran distancia está.

399. Comenzó a redactar:

por azules caminos

PALESTRA

—Ciertamente.

PTOLEMOCRACIA

—Mas era bien que blanca vestidura
y víctimas trajeseis, que al santuario
de la diosa no se entra de ese modo.

PALESTRA

—Las que arrojadas de la mar pisamos
esta yerma ribera, ¿dónde, ropas
o víctimas pudieran procurarse?
Henos aquí, cuitadas peregrinas,
que de humano favor menesterosas
humildes tus rodillas abrazamos,
del suelo que pisamos, y de toda
esperanza, ignorantes.
Bajo tu techo acógenos.
Sálvanos. Condolécete
de estas desventuradas que recurso

400-412. Primera redacción:

PTOLEMOCRACIA

—Mas era bien que en cándido ropaje
vinieseis
y víctimas trajeseis, que en el templo
* *de la diosa no se entra de ese modo.*

PALESTRA

—Las que arrojadas de la mar salimos
esta yerma ribera, ¿dónde, dime,
pudieran procurarse ropa?
He aquí que

peregrinas, errantes, desoladas

peregrinas, errantes de favor

peregrinas, errantes, y privadas
de todo humano auxilio.

Henos aquí, que míseras, errantes,
y de humano favor menesterosas,
abrazamos humildes tus rodillas;
del sitio que pisamos ignorantes,
sin esperanza, ¡oh! madre.
Bajo tu techo acógenos. Conduélete.
Sálvanos, compadécete

ni albergue tienen, ni otra cosa alguna
que lo que en ellas ves.

PTOLEMOCRACIA

—Dadme las manos
hijas; del suelo alzad. Naturalmente
soy la más compasiva de mi sexo.
Mas aquí nadie habita
sino mujeres en pobreza suma.
Yo misma alcanzo apenas
a sustentar la vida. A Venus sirvo
y vivo de lo mío.

AMPELISCA

—¿Conque el templo es de Venus?

PTOLEMOCRACIA

—Sí, por cierto,
y yo del templo soy sacerdotisa.
Mas a vosotras mi fortuna escasa
ofrezco toda; y por vosotras todo
lo que yo pueda haré. Venid conmigo.

PALESTRA

—Madre, benigna sois y el infortunio
sabéis honrar.

PTOLEMOCRACIA

—Es mi deber hacerlo.

416-423. Primera redacción:

levantaos del suelo. Sumamente

levantaos del suelo. Compasiva
soy en extremo.

Soy sumamente, cual mujer ninguna.

Soy compasiva, cual mujer ninguna.
Mas aquí nadie vive
sino mujeres en pobreza extrema.
Yo misma apenas tengo
lo necesario a sustentar la vida

a sustentar la vida. Sirvo a Venus
y vivo de lo mío.

AMPELISCA

—¿Conque el templo

428. Primera redacción:

—Madre benigna y pía y la desgracia

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

PESCADORES

—Cuantas miserias hay, conoce el pobre
y más el que no tiene
cómo valerse ni arte alguna sabe.
Y es fuerza se contente y satisfaga;
de lo que tiene, y buen provecho le haga.
Ya por la traza que nos veis concibo
que nuestra hacienda y rentas
colegiréis. Anzuelos, cañas, redes
la hacienda son. A forrajear salimos
de la ciudad al mar. El aparato
de gimnasio y palestra son langosta,
conchas, ostras, erizos, camarones,

432. Primera redacción:

cómo valerse ni arte sabe alguno

435. Primera redacción:

Ya por la traza que nos veis colijo.

430-439. Estos versos tienen redacción distinta, en hoja aparte, que transcribimos a continuación:

—Todo lo que la vida humana encierra
de duro, triste y grave
conoce el pobre; y más el que no sabe
arte alguna, ni tiene
cómo valerse; y de lo poco o nada
que su triste fortuna le previene
es fuerza se contente y satisfaga
y buen provecho le haga.
Ya por la traza que nos veis barrunto
que nuestra hacienda y renta
* *colegiréis. Anzuelos, cañas, redes*
la hacienda son. De la ciudad salimos
a la mar en demanda de forraje

Enmiendas a esta redacción:

que su triste figura le depara

Ya por la traza que nos veis discurro

a las ondas en busca de forraje

441. Comenzó a redactar:

ostras, erizos, conchas

blandas almejas y marina ortiga
y todo pez que vive asido a roca,
y todo el que al anzuelo abre la boca.
Y cuando la campaña no prospera
tenemos el consuelo
de volvernos lavados, limpios, puros,
calladamente entramos
en casa y sin cenar nos acostamos.
Ahora, verbigracia, según vemos
alterada la mar, de escasa cena
nos ofrece esperanza
y con dos o tres conchas a lo sumo
será preciso contentar la panza.

442. Comenzó a redactar:
almejas

443. Comenzó a redactar:
y todo ser que a peña
Tachó *peña* y escribió *roca* en este mismo intento.

445-447. Primera redacción:
El mar nos da el sustento y si lo niega,
lavados, limpios, puros, nos volvemos

Tenemos la ventura
* *de volvernos lavados, limpios, puros,*

450-453. Intentos de redacción:
Y ahora, según vemos,

Y ahora, a lo que veo,
alterada la mar, no me parece
que esperanza tenemos
de una cena tal cual se nos alcanza

Y ahora triste esperanza

Y ahora poca esperanza

bien mezquina esperanza

alterada la mar, poca esperanza

alterada la mar, pobre esperanza

brava la mar no hay que pedirle cena

brava la mar de escasa y pobre cena

nos dé esperanza, y dos o tres conchuelas.

Pidamos pues a Venus bienhechora,
que favorezca ahora
con la piedad que suele
a la mísera gente pescadora.

ESCENA SEGUNDA

TRACALIÓN

—Cuidado siempre mío
fué obedecer las órdenes del amo.
Como al salir me dijo le aguardase
en el templo de Venus,
a do venir debía,
aquí me vine al punto.
¿Mas a quién le pregunto
si es ya venido? Aquellos que allí veo
me darán la noticia que deseo.
Hablaréles. ¡Salud! carnestolendos (?)
marítimos ladrones,
de anzuelo y caña armados.
Hambrienta gente, ¿cómo estáis, y cómo
se pasa?, ¿con miseria?

455-456. Intentos de redacción:

Supliquemos ahora

Pidamos a esta Venus bondadosa
que nos ayude ahora

461-464. Intentos de redacción:

Como al salir me dijo que iba al puerto
y en el templo de Venus le aguardase
aquí me vine

Como al salir me dijo
que iba al templo de Venus,
y que en él le aguardase,
obedecile al punto.

468. Comenzó a redactar:

Acércome.

471. Intento de redacción:

Humana raza (?) hambrienta gente

472. Primera redacción:

la miseria se pasa?

PESCADORES

—Con hambre y sed, conforme a nuestra usanza,
viviendo solamente de esperanza.

TRACALIÓN

—¿Visteis pasar acaso
un mozo de gallarda catadura,
y de fornido cuerpo y tez rosada,
que lleva en compañía
tres mancebos de clámide y espada?

PESCADORES

—Ninguno de estas señas hemos visto.

TRACALIÓN

—¿Y un vejete alto, feo, nariz roma,
redonda panza, retorcida ceja,
fruncida frente, engañador, astuto,
lleno de infamias y de vicios lleno
del cielo y de la tierra maldecido,
a quien dos jovencitas acompañan
bastante hermosas?

473-474. Intentos de redacción:

—Con hambre y sed y frío
viviendo de esperanza
según es nuestra vida.

según es nuestra usanza.

476-477. Intentos de redacción:

un mozo de ojos vivos, faz rosada

un mozo de ojos vivos, cara fresca
rubicunda, y la traza
de un valentón, que a vérselas podría

cuerpo fornido y rubicunda cara

479. Primera redacción:

tres valientes de clámide y espada?

481-483. Intentos de redacción:

—¿Y un viejo calvo de narices romas
* *redonda panza, retorcida ceja,*
rugosa frente, astuto, fraudulento

fruncida frente, engañador, malvado

485. Primera redacción:

del cielo y de la tierra aborrecido

PESCADORES

—El que esté dotado
de las prendas y méritos que dices
debería primero
que a Venus, dirigirse al matadero.

TRACALIÓN

—¿Habéisle visto o no?

PESCADORES

—Por esta parte
a ninguno hemos visto de esa traza.
Dios te guarde.

TRACALIÓN

—Y a vos. Me lo temía.
No me engañó mi juicio. Le han birlado
la niña al amo. Aquel rufián malvado
de Cirene, sin duda, se expatría.
Se hizo a la mar. Llevóse las mozuelas,
bien me lo dijo el corazón. ¡Y al amo
de más a más, convida
aquel bribón, manida

488. Intentos de redacción:

de las prendas que dices ir debiera

de las prendas que dices debería

491-494. Intentos de redacción:

—*Si le visteis decid.*

—*Decid si le habéis visto*

PESCADORES

—*No ha venido*
a este lugar ninguno de esa traza.

a esta costa ninguno de esa traza.
Salud.

495. Primera redacción:

la niña al amo. El malandrín malvado.

de engaños y delitos,
para tomar con él aquí la sopa!
¿Qué puedo hacer sino aguardar al amo?
Esta sacerdotisa
pudiera ser tal vez que algo supiera.
Tomaré de ella informe.

ESCENA TERCERA

AMPELISCA

—Ya comprendo.
Tocar debo la puerta de esta granja
y pedir agua.

TRACALIÓN

—¿Mas qué voz escucho?

AMPELISCA

—¿Quién es el que a mi vista
parece?

TRACALIÓN

—¿No es aquélla
Ampelisca que sale
del templo?

AMPELISCA

—¿No es aquél
el Tracalión, de Pleusidipo paje?

501. Primera redacción:
de crímenes y fraudes, a que venga

506. Primera redacción:
Veréla, informaráme.

507. Intentos de redacción:
en esta granja que cercana al Templo

en esta granja que cercana se halla

509. Primera redacción:
—*¿Quién habla aquí? ¿Quién es el que a mi vista*

TRACALIÓN

—Es ella.

AMPELISCA

—Es él. A Tracalión saludo.

TRACALIÓN

—Saludo a mi Ampelisca.
¿Cómo lo pasas?

AMPELISCA

—Mal, sin merecerlo.

TRACALIÓN

—Mejor irá.

AMPELISCA

—Conviene
al varón cuando habla verdad en todo.
¿Qué es de tu dueño Pleusidipo?

TRACALIÓN

—¡Vaya!
¿Te burlas? ¿Tal preguntas
dejándolo allí dentro?

514-515. Primera redacción:

TRACALIÓN

—Es ella.

AMPELISCA

—Es él. Saludo a Tracalión.

TRACALIÓN

—Es la bella Ampelisca.

517-525. Primera redacción:

TRACALIÓN

—Mejor irá.

AMPELISCA

—Conviene al varón cuerdo.
—¿Dónde está Pleusidipo, el amo tuyo?
—¿Dónde está el amo tuyo, Pleusidipo?

TRACALIÓN

—¡Vaya! ¿Te burlas? ¿No está dentro?

AMPELISCA

—Ni está dentro.
Ni se ha dejado ver en este sitio.

TRACALIÓN

—¿No se ha dejado ver?

AMPELISCA

—Ni más ni menos
que la verdad has dicho.

TRACALIÓN

—No lo acostumbro. Pero vamos, dime,
¿la comida está pronta?

AMPELISCA

—¿Qué comida?

TRACALIÓN

—Que habéis sacrificado es cosa cierta.

AMPELISCA

—Tracalión, por tu vida,
¿Sueñas?

TRACALIÓN

—¿No ha convidado
Labrax a Pleusidipo, tu amo al mío?

AMPELISCA

—Dentro
no está ni en este sitio ha parecido

TRACALIÓN

—¿No ha parecido?

AMPELISCA

—La verdad es ésa.

TRACALIÓN

—No acostumbro decirla, pero vamos

529. Intentos de redacción:
—¿Estás soñando acaso?
—¿Estás soñando? ¡di!

AMPELISCA

—Nada dices que cause maravilla,
que si engañó a los dioses y a los hombres,
hizo como rufián.

TRACALIÓN

—¿Conque vosotras
no habéis venido a sacrificio alguno,
ni tampoco Labrax?

AMPELISCA

—De cabo a cabo
te lo adivinas.

TRACALIÓN

—Pues, ¿a qué viniste
y cómo estás aquí?

AMPELISCA

—De mil trabajos
y de zozobras mil y de peligros
a la sacerdotisa
de Venus le debemos vernos libres,
que privadas de todo auxilio humano
a Palestra y a mí nos da hospedaje.

531. Primera redacción:
—Nada dices que extrañe
533. Primera redacción:
hizo como rufián.

TRACALIÓN

—¿Con que no hay nada?
536. Intentos de redacción:
dices exactamente.

lo adivinaste todo.
537. Primera redacción:
¿y por qué estás aquí?

AMPELISCA

—De mil angustias
Sigue otro intento de verso:
en que nos iba la exist[encia]
542. Primera redacción:
a Palestra y a mí nos dió refugio.

TRACALIÓN

—¿Conque Palestra aquí, también, la amada
de Pleusidipo? Lo celebro. Nada
has podido decirme que me diese
gusto mayor. Mas, Ampelisca mía,
¿cuál el peligro ha sido que me cuentas?

AMPELISCA

—Tracalión, nuestra nave
en la pasada noche se fué a pique.

TRACALIÓN

—¿Vuestra nave? ¿qué nave?

AMPELISCA

—¿Acaso ignoras
cómo quiso Labrax irse a Sicilia
llevándonos a hurto, y puso en ella
su hacienda toda? Y toda ha perecido.

543-547. Primera redacción:

TRACALIÓN

—¿Palestra, pues, la amada
de Pleusidipo está contigo?

AMPELISCA

—Cierto

de Pleusidipo? ¿está en tu compañía?
Me alegra por mi vida la noticia

Me alegra la noticia grandemente,
Ampelisca querida.

AMPELISCA

—Cierto.

TRACALIÓN

—Celebro mucho
lo que me dices, Ampelisca mía.
Mas ¿qué peligro ha sido el que me cuentas?

Los versos 545-546 tienen otro intento de redacción:

me podrías decir
que más gusto me dé.

548-549. Primera redacción:

—Tracalión, nuestra nave se fué a pique
en la pasada noche.

551. Empezó a redactar:

como que el rufián de

TRACALIÓN

—¡Oh Neptuno propicio!, te saludo,
gracias te doy; no hay jugador que sepa
rodar el dado como tú. La parte
diste al traidor, que merecida tuvo.
¿Pero el rufián dó está?

AMPELISCA

—Según barrunto
se murió de beber. Tales los tragos
con que Neptuno le brindó serían.

TRACALIÓN

—¿De aquella copa grande, formidable
que el convidado rechazar no puede?
Entiendo. ¡Oh cuánto te amo,
cómo eres deliciosa, mi Ampelisca,
y cuán almibarado es lo que dices!
Pero Palestra y tú, ¿cómo escapasteis?

AMPELISCA

—Te lo diré. La nave arrebatada
por la tormenta en contrapuestas rocas
iba a dar; yo y Palestra
saltamos temerosas, al esquife;

554. Comenzó a redactar:
—¡Oh propicio

556. Primera redacción:
echar un punto como tú. La parte

561-564. Primera redacción:
—¿De aquella copa grande a que no puede,
el huésped rechazar? ¡Oh cuánto te amo!
¡Cómo eres suave y bella, mi Ampelisca,
y qué dulces palabras las que dices!

El penúltimo verso tiene otra redacción:
cuánto eres deliciosa, mi Ampelisca,

567-572. Intentos de redacción:
—Te lo diré. Saltamos temerosas
de ver la nave

por la tormenta en tremendo escollo
iba a dar; temerosas yo y Palestra
saltamos al esquife; rompo el cable

y el cable que a la nave sujetaba.

yo el cable que al bajel le aseguraba
desato al punto; y mientras que los otros
sólo al peligro de la nave atienden
la tempestad nos lleva a la derecha
más y más alejándonos. Batidas
por el mar, por el viento,
temiendo perecer cada momento.
Pasamos esta noche pavorosa;
y a la mañana casi ya perdida
toda esperanza, y casi ya sin vida
nos echó la tormenta a la ribera.

TRACALIÓN

—Suele Neptuno hacer de esta manera.
Es edil fastidioso
que arroja toda mala mercancía.

AMPELISCA

—¡La maldición del cielo en tu cabeza!

TRACALIÓN

—En la tuya más bien querida mía.
No me engañaba ese rufián bergante.

576-590. Intentos de redacción:

por el viento y las olas

por el viento y la mar, brisas mortales
tuvimos que sufrir la noche toda;
y en la mañana el viento
nos arrojó a la playa.

TRACALIÓN

—Suele hacerlo
Neptuno así: las malas mercancías
que ve de mala calidad arroja
cual fastidioso edil.

AMPELISCA

—¡Maldición caiga
en ti y en tu cabeza!

TRACALIÓN

—Mi Ampelisca

—En la tuya más bien, cara Ampelisca.
Conocí bien lo que el rufián quería

Bien se lo dije al deshonrado amante.
Nací para adivino y he de sello.
Dejaréme crecer barba y cabello.

AMPELISCA

—¿Y tu amo que lo supo, o tú siquiera,
por qué al rufián dejasteis que se fuera?

TRACALIÓN

—¿Qué pudo hacer?

AMPELISCA

—Donosa
pregunta, ¡por mi vida! ¿No la amaba?
Tuviérala a la vista noche y día.
Hiciérale perpetua centinela.
Pero fué su cuidado, ¡vive Cástor!,
lo que ese amor.

TRACALIÓN

—¿Qué dices tú?

AMPELISCA

—Digo
lo que el hecho demuestra.

y al amo muchas veces se lo dije.
Dejaréme crecer cabello y barba
y profeta seré.

592-594. Primera redacción:

por qué no le impedisteis que se fuera?

TRACALIÓN

—¿Qué pudo hacer?

AMPELISCA

—Donosa es la pregunta.
No la amaba

597. Intentos de redacción:

Mas, ¡vive Cástor!, hice lo que todos

Mas, ¡vive Cástor!, apreciόla un poco

TRACALIÓN

—¿Ignoras, dime,
lo que pasa en los baños? cada uno
cuida de que el vestido no le hurten;
y se lo hurtan; porque observa a todos,
y los ladrones sólo a él observan.
Pero llévame a ella. Verla quiero.

AMPELISCA

—Entra al templo; y verásla, que sentada,
la mano en la mejilla,
no hace más que llorar.

TRACALIÓN

—¡La pobrecilla!
¿y por qué llora?

AMPELISCA

—Te diré, la causa
de su dolor ha sido, una cestilla
que cuidosa guardaba,
que consigo llevaba,

604-608 Intentos de redacción:

* *Pero llévame a ella. Verla quiero.*
¿En dónde está?

AMPELISCA

—Sentada

—¿A dónde está?

AMPELISCA

—Sentada,
en lágrima bañada,
la hallarás en el templo. Me conduele

Entra en el templo y la hallarás sentada

Pero llévame a ella. ¿Dónde puedo
verla?

AMPELISCA

—En el templo la hallarás sentada
llorosa.

TRACALIÓN

—¡Pobrecilla!
Mas ¿por qué llora?

esperando con ella que algún día
a conocer sus padres llegaría;
y con harto motivo piensa ahora
que en la mar pereció; por eso llora.

TRACALIÓN

—¿Dónde guardarla en el bajel solía?

AMPELISCA

—Quitósela el rufián, porque temía
que por ella a sus padres descubriese,
y en su valija la encerró.

TRACALIÓN

—¡Descaro
insigne! pretender que viva esclava
la que debe ser libre.

AMPELISCA

—En la valija
iba pues la cestilla de Palestra,
y de Labrax el oro y las alhajas
y todo fué al profundo con la nave.

TRACALIÓN

—Pudo alguno (¿quién sabe?)
la valija atrapar, saltando al agua.

612. Primera redacción:
y por la cual esperaba que algún día

617. Primera redacción:
—Quitósela el rufián y piensa ahora

619-621. Intentos de redacción:
y en su valija la encerró.

TRACALIÓN

—Notable
insolente, querer que viva esclava
la que debe ser libre.

la que a la libertad tiene derecho.

623-624. Primera redacción:
iba el oro, y alhajas y dinero,
y todo con la nave fué al profundo.

626-627. Primera redacción:
la valija tomar, saltando al agua.

AMPELISCA

—Palestra en fin se duele y se lamenta
de que ya para siempre la ha perdido.

TRACALIÓN

—Por eso mismo importa verla y darle
en su aflicción consuelo,
que tal vez a gran duelo
felicidad sucede inesperada.

AMPELISCA

—Antes el que esperanza tuvo alguna
se la birló, mil veces la fortuna.

TRACALIÓN

—A lo menos, un ánimo contento
es de la desventura
el mejor condimento.
Pero con tu licencia
voy al templo.

AMPELISCA

—En buena hora. Yo el encargo
de la sacerdotisa

AMPELISCA

—Como quiera, Palestra

629. Comenzó a redactar:
—Tanto conviene más que

630. Primera redacción:
a su dolor consuelo

635. Intentos de redacción:
—Pero cuando la suerte es enemiga.

—Quita el alma serena.

—Endulza la paciencia, sin embargo.

—Mas la paciencia

—Al menos la paciencia.

—A lo mejor endulza animosa.

a cumplir voy, trayendo del cortijo
el agua, pues me dijo
que dada me sería,
si al vecino a su nombre la pedía.
Y en verdad que no he visto nunca anciana
más digna y respetable, ni a quien tanto
deba el cielo y la tierra ser propicios.
¡Cuán liberal, y pronta, y cariñosa,
nos acogió mojadas, doloridas
y de todo favor necesitadas!
Más atenta y solícita una madre
no pudo ser. La túnica ella misma
se asegura, y el agua pone al fuego
para servirnos de lavar. Conviene
la que a buscar mandó llevarle luego.
¡Hola!, los del cortijo,
¡abrid! ¿Ninguno me oye? ¿No hay quien salga?

641-644. Intentos de redacción:

voy a cumplir trayendo a toda prisa

voy a cumplir trayendo de la granja
el agua, pues me dijo que pidiéndola

* *que dada me sería,*
si en ella a su nombre

no se me negaría

* *a cumplir voy, trayendo del cortijo*
* *el agua, pues me dijo*
que si en él, a su nombre la pedía

646-647. Primera redacción:

más digna y respetable ni a quien deba
ser la tierra o el cielo más propicios.

648-649. Intentos de redacción:

¡Cuán liberal, graciosa, pronta, afable
nos acogió, medrosas,

mojadas, doloridas,
casi ya sin aliento,

y sin recurso, fuerzas,
sin alma

nos acogió, medrosas, doloridas

mojadas, sin aliento, doloridas.

654-657. Intentos de redacción:

para que entremos prontamente al baño.

para servirnos de bañar. Conviene
el agua que pidió llevarle luego.
¡Hola!, digo, en la gra[nja]
¡abrid! no hay quien

¡abrid! ¿Alguno me oye? ¿Alguno sale?

ESCENA CUARTA

CEPARNIO

—¿Quién es el que esos golpes da a la puerta?

AMPELISCA

—Yo soy.

CEPARNIO

—Pardiez. Ventura es ésta mía.
Es linda, ¡vive Pólux!, la raposa.

AMPELISCA

—Joven, ¡salud!

CEPARNIO

—Y a ti, la jovencita,
saludos mil.

AMPELISCA

—Yo vengo...

CEPARNIO

—Te hospedaré, si vienes. Mas ¿qué cosa

658. Aparecen como intentos de redacción de este verso:
—Quien esas tremendas patadas; terribles golpes.
No constituyen ningún verso.

659-661. Intentos de redacción:

AMPELISCA

—Yo soy.

CEPARNIO

—¡Pardiez! Ventura es ésta. Juro

—¡Oh! qué bella mujer
¡Vive Pólux!, que es linda la mozuela

AMPELISCA

—Joven, ¡salud!

CEPARNIO

—Y a ti, mozuela hermosa.

buscas en esta granja, amada mía,
guapa, donosa?

AMPELISCA

—Demasiadamente,
te propasas conmigo.

CEPARNIO

—¡Vive Jove!,
que de la misma Venus eres copia,
eres la imagen propia.
¡Qué gallarda figura!
¡Qué ojuelos habladores! ¡Qué trigueña
lozana tez! ¡Qué cuello de cigüeña!
De cisne iba a decir. ¡Qué hermoso seno!

AMPELISCA

—¡Aparta!

664. Aparece tachado un intento de redacción en el que se lee: *pero qué te trae aquí, gallarda, graciosa, alegre, amada mía, amada, hermosa, gentil. A esta granja.* Todo ello expresión de ideas que no llegan a constituir versos.

665. Primera redacción:

gentil, gallarda, hermosa?

666. Empezó a redactarlo *eres conmigo.*

Aparece otro intento de este verso:

te propasas conmigo.

CEPARNIO

—A las deidades

667-669. Primera redacción:

que eres de Venus tú la propia imagen

eres la imagen propia. ¡Qué figura!

671-674. Intentos de redacción:

¡hola trigueña, qué gracioso talle,
donosa tez! ¡Qué cuello de cigüeña!
No, de garza más bien. ¡Qué li[ndo]

De garza iba a decir. ¡Qué lindo seno!

AMPELISCA

—¡Qué . . . ! ¡Vaya, aparta, quita!

—¡Quita, aparta!

CEPARNIO

—¿Por qué esquivas
y mis caricias huyes?

AMPELISCA

—Nos hablaremos otra vez, si quieres.
Concede ahora o niega lo que pido.

CEPARNIO

—¿Qué cosa?

AMPELISCA

—¿No lo infieres
de lo que ves en mí? Por agua envía
la venerable anciana,
Sacerdotisa del vecino templo.

CEPARNIO

—¿Por qué con tal dureza?

—¿Por qué tan dura eres?
Me tienes por ultraje.
Mostrenca.
Tan huraña y esquiva.

676-677. Intentos de redacción:

Ahora a lo que vengo
debo decir, y tú concede o niega,
escucha y di si o no.

CEPARNIO

—¿Con qué te sirvo?

Ahora a lo que pido
respóndeme si o no

CEPARNIO

—¿Qué es lo que quieres?

Concede o niega ahora

677-679. Intentos de redacción:

—¿De lo que ves no infieres lo que busco?
Pediros agua me mandó la anciana

CEPARNIO

—¿Qué cosa?

AMPELISCA

—¿No lo infieres
en mí? Agua te pide la anciana

CEPARNIO

—Y yo que soy el mozo
Sacerdotiso del vecino pozo
cavados con los picos
nuestros, y con sudor de nuestra frente,
dígote que una gota
no has de llevar, si no me ruegas blanda
y cariñosamente.

AMPELISCA

—¿Mezquino eres conmigo
de lo que el enemigo al enemigo
es liberal?

CEPARNIO

—¿Y tú niegas mezquina
lo que le da al vecino la vecina?

AMPELISCA

—Después dirás que te gusta, bien mío.

CEPARNIO

—¡Bueno va! Soy su bien, pero de balde
no quiero, vida mía, ser amado.
El agua te daré.

AMPELISCA

—Dámela luego.

CEPARNIO

—En el momento. Un solo instante aguarda.

681. Primera redacción:
—*Y yo que soy sacerdote del pozo(?)*

685. Primera redacción:
te digo y te respondo claramente

692. Primera redacción:
—*Ahora verás, bien mío, te aseguro*

694. Primera redacción:
no quiero ser amado, vida mía.

AMPELISCA

—La anciana, al ver que tanto el agua tarda,
¿qué pensará? ¡Qué miedo
me da la mar, de solamente verla!
Mas en la playa, ¡oh dioses!, a lo lejos
qué es lo que miro, ¡ay triste! Los dos viejos,
el siciliano y el rufián malvado
sin duda son. Mayor desgracia ahora
nos amenaza, que pensar pudimos.
Aprisa corro a casa,
a decir a Palestra lo que pasa
para que al sacro altar nos acojamos
antes que llegue el viejo, y nos agarre.
No hay un momento que perder. Corramos.

ESCENA QUINTA

CEPARNIO

—¡Dioses! Jamás creí que placer tanto
pudiera dar el agua. ¡Qué delicia
al sacarla del pozo! Mucho menos
hondo me ha parecido que otras veces.
¡Qué fácilmente y qué de buena gana
me pareció subir! Guárdeme el cielo
de mirada envidiosa.

702. Primera redacción:
el siciliano y el rufián maldito.

705-706. Primera redacción:
Al templo corro aprisa
y le digo a Palestra lo que pasa

708. Primeras redacciones:
antes que llegue aquel facineroso

antes que llegue el viejo y nos sorprenda

antes que llegue el amo
y nos sorprenda aquel facineroso

y nos sorprenda aquí.

711. Primera redacción:
en el agua existiera. ¡Qué delicia

715-716. Primera redacción:
me pareció subir! Ventura mía
de envidiosa mirada.

¿Pero en amor no es mucho andar el mío?
Hoy empecé no más y ved. Hermosa.
Tienes el agua aquí. Con el cariño
que yo la traigo, te la llevas ahora.
Mas, ¿dónde estás? Ya entiendo, me enamora.
Jugando está conmigo al escondite.
Donosa, toma; toma, hermosa, el cántaro.
¡Dónde te ocultas! Basta ya de juego.
¿Lo recibes o no? Por más que miro
no la diviso; divertirse quiere.
En medio del camino dejaréselo.
Pero no; que si alguno se llevara
este de Venus cántaro sagrado
caro probablemente me costara.
¿Si acechanzas la pícara me pone
para que el santo vaso de la diosa
se encuentre en mi poder, y al magistrado
pague yo con la vida el sacrilegio?
Porque marcado está con letras: dice
sin duda de quién es. Entregarélo
a la sacerdotisa. Voy al templo.
Oyes Ptolemocracia —Aqueste cántaro
me trajo una mujer desconocida.
Tómale. Buen negocio, ¡por mi vida!
Daros el agua y además traerla.

719. Primera redacción:

Aquí te traigo el agua. Con la gracia

723-724. Primera redacción:

Basta, donosa, toma, toma el cántaro.
¿Dónde escondida estás?

727-728. Primera redacción:

Dejaréselo en medio del camino.
Pero no; que si alguno se lo toma

731. Primera redacción:

¿Si acechanzas me pone la preciosa

733. Primera redacción:

se encuentra en poder mío

738. Primera redacción:

Oyes Ptolemocracia.
Este sagrado cántaro

740. Intentos de redacción:

Tómalo, ¡por mi vida!

Tómale. ¡Buen negocio! ¡linda gracia!

ESCENA SEXTA

LABRAX

—El que quiera pedir de puerta en puerta
vida y hacienda al Dios Neptuno fíe,
y no se maraville, si se viera
tan bien parado como yo me veo.
¡Oh Libertad que nunca el pie pusiste
con Hércules a bordo de la nave,
qué discreta anduviste!
¿Dónde se queda el huésped malhadado
que me perdió? Mas hele aquí que viene.

CÁRMIDES

—¿A dónde, hombre, caminas tan aprisa?
¡El cielo te confunda! No me es dado
a ese paso seguirte.

LABRAX

—A Jove eterno
pluguiera que primero que te viese
allá en Sicilia hubieres perecido
en una cruz; pues por tu causa arrastro
esta vida infeliz.

742. Empezó a redactar:
—El que pedir quiera

743. Comenzó a redactar:
confíe al

744. Primera redacción:
y quien así lo hiciere
no tenga a maravilla, si se viere

749-750. Empezó a redactar:
Mas ¿dónde?

Primera redacción:
Pero ¿dónde está el huésped malhadado
que me ha perdido? Aquí conmigo viene
paso a paso a mi lado

755. Primera redacción:
allá en Sicilia en una cruz hubieres

756. Primera redacción:
en una cruz que por tu causa arrastre

CÁRMIDES

—Y al sumo Jove
pluguiera que primero que yo entrase
en tu casa y contigo el pan partiese,
un hondo calabozo me hospedara.
El cielo quiera, en tanto que vivieres
huéspedes tales darte cual tú eres.

LABRAX

—Condújote a mi hogar fortuna impía
¡que a bribón semejante diese oídos,
y de mi patrio suelo me sacase,
y con él me embarcase, un navío
para perder aún más de lo que tuve!

CÁRMIDES

—Qué extrañas zozobrase
la nave si era en ella conducida
la maldad misma y tanta hacienda ajena
malvadamente habida.

758-762. Intentos de redacción:

pluguiera que primero que a tu casa
viniese, y que contigo el pan partiese,
la más honda mazmorra me hospedara.
A los dioses suplico
que mientras existieses
huéspedes tales tengas, cual tú eres.

Quieran los dioses, mientras tú vivieres

763-764. Primera redacción:

—Condújote a mi hogar fortuna adversa.
Porque a un bribón

766. Debajo de este verso aparece tachado el siguiente intento:

nos llevase a los dos

768-770. Intentos de redacción:

—Ni el naufragio me admira, ¡vive Pólux!

—Ni extraño que se hundiese
la nave, que llevaba
la maldad en su seno

la nave, si iba en ella

a la maldad en persona
y tanta ajena hacienda

LABRAX

—Con tus zalamerías me embaucaste.

CÁRMIDES

—La cena de Tïestes y Tereo
no fué más que la tuya, abominable.

LABRAX

—¡Qué bascas! ¡Ay de mí! Tenme te ruego.

CÁRMIDES

—No vomitarás el pulmón.

LABRAX

—Palestra,
¿dó estás? ¿y tú, Ampelisca?

CÁRMIDES

—De los peces
en el profundo mar son alimento.

LABRAX

—¡Con tus falsas magníficas promesas,
a la mendicidad me has conducido!

772-773. Primera redacción:

—Con tus zalamerías me engañaste.

CÁRMIDES

—La cena de Tïestes más impía

776. Primera redacción:

—No vomitarás el pulmón maldito.

777. Primera redacción:

Ampelisca, ¿dó estáis?

CÁRMIDES

—Son de los peces

778. Comenzó a redactar:

en el hondo

CÁRMIDES

—Gracias darme debieras,
que salado te hice
de insulso y desabrido que antes eras.

LABRAX

—¡Vete!, ¡de mí te apartes!
¡tu cabeza, follón, maldita sea!

CÁRMIDES

—¡Dilo a la tuya, malandrín!

LABRAX

—¡Ay mísero!
¿Hombre más desgraciado habrá en el mundo?

CÁRMIDES

—Sin duda; y yo lo soy.

LABRAX

—¿De qué manera?

CÁRMIDES

—Como yo no creo justo que lo fuera
y tú sí.

LABRAX

—Venturoso esparto, esparto
que la palma se lleva de lo seco.

CÁRMIDES

—Parece que los miembros ejercito.
Según que sacudiéndome tirito
con la lengua y la voz chisporroteo.

784. Primera redacción:
¡Vete, de mí te apartes! en mala hora.
786. Comenzó a redactar:
—¡Sea la tuya
788. Empezó a redactar:
—Sin duda alguna

LABRAX

—¡Qué frío y destemplado
es tu baño, Neptuno;
que aún con la ropa encima, estoy helado
qué escasa el agua tibia en tu morada
y qué tragos salados
a los huéspedes das!

CÁRMIDES

—¡Afortunados
mil veces los herreros
que sudan de calor!

LABRAX

—¡Oh!, ¡quién tuviera
del ánade la suerte
que nadando en el agua se divierte
y sale a tierra con la pluma enjuta!

CÁRMIDES

—¡Oh!, ¡quién para tarasca se alquilara
de alguna tierra!

LABRAX

—¿Y bien?

CÁRMIDES

—Nadie sonara
los dientes como yo. Bien empleado
me tengo el zabullir; a nadie culpo.

795-796. Primera redacción:

—¡Neptuno, cuánto el baño
que (ileg.) *das es frío*

799. Primera redacción:

y qué salados tragos

802-803. Primera redacción:

que sudan de calor!

LABRAX

—¡Dichoso el ánade
que sale de las aguas

808-809. Primera redacción:

los dientes como yo. Pero me tengo
bien empleado el zabullir

LABRAX

¿Y por qué a ti?

CÁRMIDES

—Por atreverme, ¡ay triste!
a embarcarme contigo,
que desde el fondo el mar me revolviste.

LABRAX

—¿Y tú a mí no dijiste
que era grande en Sicilia la ganancia
de mi comercio en meretrices bellas
y que iba a ser riquísimo con ellas?

CÁRMIDES

—Y tú, sucio animal, ya imaginabas
que cosa fácil era
devorar la Sicilia toda entera.

LABRAX

—Tú que llevabas mi tesoro amado,
mi oro, mi plata, ¿qué ballena impía,
hambrienta te tragó, valija mía?

810. Primera redacción:

LABRAX

—¿Por qué?

CÁRMIDES

—Por atreverme, ¡ay de mí

815. Primera redacción:

del comercio que llevo

819. Primera redacción:

devorar toda entera

820. Empezó a redactar:

—¡Valija mía, que

821-824. Primera redacción:

mi oro, mi plata (que una ballena)
devoradora, hambrienta te tragó.

CÁRMIDES

—La que tragó el bolsón de plata neta
que llevaba guardado en la maleta.

LABRAX

—¡Ay dioses! ¡Cuál me veo
reducido a esta túnica tan sólo
y esta mísera capa!
¡Perdido soy!

CÁRMIDES

—Desgracia igual me cupo.
En tu miseria te acompaño.

LABRAX

—¡Al menos
quedárame Palestra, me quedara
Ampelisca, y no tanto me quejara!
¡Y si me viese Pleusidipo ahora
que en fe de aquella venta engañadora
arras me dió, ridículos (?)
vive Jove, estaríamos!

CÁRMIDES

—¿Qué tienes,
necio, de qué lloras? pues que la lengua
te queda, ¿que mintiendo, a todos pague?

CÁRMIDES

—La que tragó sin duda mi bolsita
que guardada llevaba en la maleta.

827. Primera redacción:

y este triste manteo!

830. Primera redacción:

quedárame Palestra, me quejara

836-837. Otra redacción:

de qué lloras, gaznápiro
la lengua con que halagues

ESCENA SÉPTIMA

CEPARNIO

—¿Qué será que a la estatua de la diosa
abrazadas están las dos mujeres?
¿A quién temer pudieran? Esta noche
dicen que el mar las arrojó a la playa.

LABRAX

—¿Esas mujeres, donde están, mancebo?

CEPARNIO

—En el templo de Venus.

LABRAX

—¿Cuántas?

CEPARNIO

—Tantas
como tú y yo.

LABRAX

—Son mías.

CEPARNIO

—Eso no sé.

838-840. Primera redacción:

—¿Qué será que las dos a la sagrada
estatua de la Diosa
abrazadas están y tanto lloran?

abrazadas están y lloran tanto?
¿Qué es lo que temen?...

842. Primera redacción:

—Ruégote, me lo digas, por tu vida,
mancebo, ¿dónde están esas mujeres?

—Por tu vida, te ruego, que me digas

845-848. Intentos de redacción:

CEPARNIO

—Eso no sé.

LABRAX

—¿Qué traza tienen?

CEPARNIO

—Bellas.

LABRAX

—Jóvenes, ¿es verdad?

CEPARNIO

—La verdad pura
es que me cansas ya. ¡Qué gentecita!
ve a verlas tú.

LABRAX

—Las mías
seguramente son, amado Cármides.

CÁRMIDES

—¿Qué me va a mí? Maldígate
Jove, si son; y si no son, confúndate.

LABRAX

—*¿Qué cara ti*[*enen*]*?*

CEPARNIO

—*Lindas.*
Cualquiera que las dos preferiría.

LABRAX

—*¿Conque, mujeres?*

CEPARNIO

—*Conque no me enfades,*
ve a ver; si gustas.

LABRAX

Sin duda, mozas, ¿ah?

CEPARNIO

—*Sin duda enfadas*
—Es que me enfadas ya.

849. Primera redacción:
—*Seguramente, oh Cármides querido,*
Se lee otro intento de este verso:
—*Las mías ciertamente son*

LABRAX

—Al templo voy.

CÁRMIDES

—¿No fueses al abismo?
Tú, mancebo, que ves mi triste estado,
apiádate de mí. Dame, te ruego,
dónde un momento duerma.

CEPARNIO

—Donde quieras
puedes hacerlo; en esta playa nadie
tiene dominio.

CÁRMIDES

—¡Qué! ¿no ves los húmedos
vestidos que me cubren?
Llévame a casa y dame ropa enjuta
que me abrigue, entretanto que la mía
se seca al sol y espero
que he de poder pagártelo algún día.

CEPARNIO

—Sólo aquel saco tengo, que de capa
me sirve cuando llueve,
tómalo, si te place; yo tu ropa
a secar llevaré.

853-854. Intentos de redacción:

Dame, joven amigo, te lo ruego

Tú, mancebo, pues ves mi triste estado

857-860. Primera redacción:

tiene dominio.

CÁRMIDES

—Mas, ¿no ves la ropa
húmeda que me cubre? A tu casa
llévame, y dame alguna ropa enjuta
que me ponga, entretanto que la mía

863-866. Primera redacción:

—Sólo aquel saco tengo que ofrecerte,
que de techo y de capa cuando llueve
servirme suele; tómalo, si quieres,
y dame lo tuyo, y de secarlo
tendré cuidado.

CÁRMIDES

—¿Quieres acaso
que, porque hube en las olas bancarrota,
la haya en tierra otra vez?

CEPARNIO

—No doy un bledo
por banca tuya rota o la cabeza
que fuera; no hayas miedo
si no soltaras prenda, que te fíe
el valor de un comino; vivas o mueras
sudes o tirites, como más te cumpla.
¡Meter en casa yo persona extraña!
¡Bella proposición! No quiero; y basta.

CÁRMIDES

—¡Déjame ya! Por mercader le tengo
de esclavos, según es piadoso y blando
de corazón. Mas ¿qué me estoy temblando
aquí con estas ropas empapadas?
Iré al templo de Venus, y la zorra

CÁRMIDES

—¿Quieres tú por dicha?

868. La intervención de Ceparnio: *—No doy un bledo* empezó a redactarse: *—Tanto me*

869. Primera redacción:

por banca tuya o por cabeza rota

872-873. La redacción de estos versos quedó inconclusa.

873. Intentos de redacción:

sudes o tirites, como más te guste.

sudes o tirites, como más te agrade.

875. Intentos de redacción:

¡Ni por pienso! No en mis días, y basta.

No en mis días, y basta de disputas.

876-877. Primera redacción:

—¡Déjame ya! Por mercader de esclavos
le tengo, según es piadoso y tierno

dormiré del banquete de Neptuno
que con salados vinos griegos quiso
a fuerza de beber que reventásemos.
Cierto, que si demora
la fiesta un poco más, allá dormimos.
Casi muertos salimos.
Veré qué hace en el templo a la hora esta,
el otro convidado de la fiesta.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

DÉMONES

—¡Cómo burlan los dioses a los hombres
poniéndoles delante de los ojos
portentosas figuras, que aun durmiendo

881-883. Intentos de redacción:

allí desollaré, con que Neptuno

allí desollaré, que en el banquete
de Neptuno tomé

que a fuerza de beber matarnos quiso

que con vino salado de la Grecia
a fuerza de beber quiso matarnos

884-888. Intentos de redacción:

¿Para qué ponderarlo?

¿Qué más diré? Si dura
la cena un poco más, allá dormimos;
y respirando apenas vivos
así fué que salimos.
Veré qué hace entre tanto en el templo
mi rufián, compañero de convite.

mi rufián, camarada de convite.

889-893. Intentos de redacción:

—Cierto que las deidades
se burlan de los hombres, y les ponen
delante de los ojos en el sueño
maravillosas formas

y les ponen delante de los ojos
portentosas figuras que el descanso

descansar no nos dejan! Yo lo diga
que esta noche pasada un sueño extraño
tuve y jamás oído. Parecióme
hacia un nido trepar de golondrinas
afanada una mona; no pudiendo
a las aves llegar; a mí se viene;
y una escala me pide; yo respondo
que nacidas de Progne y Filomela
eran, como yo soy, de Atenas hijas.
Que no les haga daño le suplico.
Irritada la mona
amenazarme semejaba; intenta
llevarme al juez. Yo entonces no sé cómo
la estrecho cuerpo a cuerpo, y en cadenas
logro poner la pésima alimaña.

no nos dan ni aun durmiendo. Yo lo diga
que tuve anoche un sueño extraño

895-897. Intentos de redacción:

hasta un nido trepar de golondrinas
una mona anhelando y trep[adora]

con grande ansia, una mona; no podía
la nidada sacar; a mí se llega;

la nidada alcanzar; a mí se llega;

899. Comenzó a redactar:

que son hijas de Pro[gne]

900-902. Intentos de redacción:

hijas de Atenas eran
como yo soy; dañarlas no . . .

y le suplico no les haga daño.

que dañarlas no puedo.

Enfurecida entonces la alimaña

Entonces me amenaza la alimaña

903. Intentos de redacción:

la dicha mona entonces me amenaza

amenazarme pretendiendo intenta

905. Intentos de redacción:

hube de asirla cuerpo a cuerpo

la tomé cuerpo a

la agarro cuerpo a cuerpo, y en cadenas

Lo que esto significa, no he podido
conjeturarlo. ¿Pero qué rüido
es aquél en el templo? Cosa extraña
parece.

ESCENA SEGUNDA

TRACALIÓN

—Cirenenses compatriotas,
labradores, vecinos, habitantes
de esta comarca, vuestro auxilio imploro.
Amparad al que gime desvalido.
Reprimid, vindicad un atentado.
¿Dejaréis que la fuerza del malvado
sobre los inocentes prevalezca,
que la infamia del crimen aborrecen?
¡Dad escarmiento a la insolente audacia!
¡Proteged a la tímida modestia!
Venid, corred al templo de la Diosa.
A los que cerca estáis favor os pido;
y cuantos mi reclamo hayáis oído.

907. Primera redacción:
Lo que esto signifique, no he podido

910. Primera redacción:
semeja.

TRACALIÓN

—Cirenenses compatriotas,

912. Primera redacción:
de esta comarca, vuestra ayuda invoco.

915. Intentos de redacción:
Horroroso, malvado

¿No dejéis que la fuerza del impío

918. Comenzó a redactar:
¡Escarmentad

919. Intentos de redacción:
y dad a la virtud modesta, premio!

dad premio a la modestia pudorosa!

920-922. Intentos de redacción:
Reina la ley aquí; no la violencia

Favor, ayuda pido

Favor a los que habéis mi acento oído.

Favor a los que habéis mi voz oído.

Socorred a los tristes, que se ponen
según antiguo rito
bajo la guarda de la madre Venus
y su sacerdotisa. A la injusticia
antes que llegue a vos, torced el cuello.

DÉMONES

—Hombre, ¿de qué se trata?

TRACALIÓN

—Humilde abrazo
quienquiera que tú fueras
tus ancianas rodillas.

DÉMONES

—Pero ¡deja
mis rodillas y dime qué sucede!
¿Qué tienes? ¿Por qué gritas de ese modo?

TRACALIÓN

—Y te ruego y te pido y te suplico.
Así este año te crezca la hortaliza
y sin contrario viento
llegue al puerto de Capua el cargamento
que allí enviaste de ella; y no se diga
que importuna legaña
tus ojos ni tus párpados empaña.

DÉMONES

—¿Quién oyó semejante
deprecación . . . ? ¿Deliras?

924-925. Intentos de redacción:

Según costumbre antigua se da amparo
de Venus y su

bajo la guarda de la diosa Venus

929. Primera redacción:

quienquiera que tú seas

937-941. Intentos de redacción:

que allí enviaste de ella
y no empañe legaña
tus ojos ni tus párpados.

DÉMONES

—¡Extraña
oración! ¿Estás loco?

TRACALIÓN

—Y así cojas
de rábano semillas por fanegas;
que me escuchas atento, buen anciano.

DÉMONES

—Y yo por tus espaldas, tus talones
y tus piernas te ruego, así te venga
de varas de olmo próspera vendimia
y una cosecha cojas de azotainas
a todo tu sabor, que no me tengas
suspenso por más tiempo. Acaba, dime,
¿qué quieres?

TRACALIÓN

—¿Me maldices, cuando sólo
felicidades para ti deseo?

DÉMONES

—No es maldecirte, amigo, desearte
lo que mereces.

TRACALIÓN

—Oye, pues.

TRACALIÓN

—*Y así cojas*

El segundo verso tuvo otra redacción:

y no se diga que jamás legaña

El último comenzó a redactarse:

explicación

944. Primera redacción:

—*Y yo por tus talones y tu espalda*

946-949. Primera redacción:

de gruesas varas de olmo una vendimia
y una cosecha tengas de azotainas
a tu satisfacción, que no retardes
en suspenso más tiempo.

950. Comenzó a redactar:

¿qué es lo que pasa?

952. Intentos de redacción:

—*No es maldecirte, demandar, amigo,*

—*No es maldecirte desearte, amigo,*

DÉMONES

—Despacha.

TRACALIÓN

—Dos jóvenes mujeres, inocentes,
han menester tu protección y amparo;
a quienes contra ley, contra derecho
en el templo se ha hecho
y se hace ahora desafuero insigne.
La misma venerable
sacerdotisa indigno ultraje sufre.

DÉMONES

—¿Quién es tan temerario que se atreva
a vejar de ese modo
a la sacerdotisa y qué mujeres
son ésas y qué agravio se les hace?

TRACALIÓN

—Ambas asidas de la estatua santa
están, y un malandrín facineroso
quiere de allí arrancarlas; una y otra
la libertad reclaman.

957-959. Intentos de redacción:
se ha hecho y se hace injuria

y se hace ahora descarada injuria

y se ha hecho ahora desafuero grave

y se ha hecho ahora desafuero horrible
en el templo de Venus; y a la misma

en el templo de Venus; y aún la misma

961. Comenzó a redactar:
—¿Quién es tan atrevido que

962. Primera redacción:
a violar de ese modo

964. Comenzó a redactar:
son las que dices?

965. Comenzó a redactar:
—Abrazadas ambas

966. Primera redacción:
estaban, y un ladrón facineroso

DÉMONES

—Y el que tanto
al templo y su ministra desacata
¿quién es?

TRACALIÓN

—Un hombre de delitos lleno,
de fraude, y parricidios, y perjurios;
violador de las leyes insolente,
impuro, desalmado, y por decirlo
de una vez, un rufián. Ocioso fuera
deciros más.

DÉMONES

—Un hombre pintas digno
de la ira celeste.

TRACALIÓN

—Que apretando
a la sacerdotisa
misma las fauces por un tris la ahoga.

DÉMONES

—Costarle ha caro. ¡Fuera! ¡Salid fuera!
Turbalión, Esparax; ¿dó estáis?

TRACALIÓN

—¿Qué tardas?
¿Que no vas, y a las míseras acorres?

971. Primera redacción:
de fraudes, de perjurio y parricidios;

973. Primera redacción:
impuro, descarado, desalmado

974-975. Primera redacción:
de una vez, un rufián. Yo no pudiera
decirte más.

979. Comenzó a redactar:
—Costarle ha caro. ¡Salid fuera!

980-981. Primera redacción:
Turbalión, Esparax; ¿dó estáis?

DÉMONES

—¡Basta! Seguid vosotros.

TRACALIÓN

—Que le arranquen
los ojos como suelen a las jibias
en la cocina.

DÉMONES

—Asidle y arrastrando
cual degollado cerdo,
sacadle de los pies.

TRACALIÓN

—Oigo el tumulto,
ya con los puños al rufián adoban.
¡Cómo verle sin dientes las encías
me fuera grato! Pero ya del templo
salen despavoridas las mujeres.

ESCENA TERCERA

PALESTRA

—Ahora sí de todo auxilio, acorro,
favor, amparo u orfandad completa;
ni un rayo de esperanza se divisa,
ni salvamento, ni refugio alguno
do acogernos podamos aparece.
¡Que venga el amo en tan aciaga hora
y nos haga en el mismo santuario
injuria tal! Impío, temerario

TRACALIÓN

—*Al templo*
entra, a las desvalidas favorece...

985-986. Primera redacción:

—Sacadle de los pies
* *cual degollado cerdo.*

996-1008. Intentos de redacción:

¡En tan aciaga hora vino el amo
y en este santo templo
nos ha hecho injuria tal!

arrojando a empellones la sagrada
ministra de la diosa, y el asilo
íntimo profanando de su templo
como aparta, con bárbara violencia,
de la divina estatua.
¿Qué es pues lo que nos resta
en esta angustia, en esta
desesperada suerte,
sino morir? La muerte
es lo mejor en la miseria extrema.

TRACALIÓN

—A consolarlas voy. ¿Qué dolorida
lamentación es ésa?

PALESTRA

—¿Quién nos llama?

TRACALIÓN

—¡Ampelisca!

A la sacerdotisa
arrojóla a empellones; vino luego
y de lo más adentro del santuario
de los pies de la diosa con violencia
nos arrastró furioso.
¿Qué resta pues ahora
de nuestra suerte en la miseria extrema
* *sino morir? La muerte*

¡En tan aciaga hora vino el amo
y en este santo templo
tal injuria nos ha hecho
pues sin respeto alguno
rechazando a la venerable anciana

1009-1015. Intentos de redacción:

—¿Qué dice aquélla? Consolarlas debo

—¿Qué lamento es aquél

—¿Por qué no voy...? ¿Palestra?

PALESTRA

—¿Quién me llama?

—¿Por qué no voy...? ¿Palestra?

PALESTRA

—¿Quién es este
que me llama?

TRACALIÓN

—¡Ampelisca!

PALESTRA

—¿Quién eres?

AMPELISCA

—¿Quién pronuncia mi nombre?

TRACALIÓN

—Mírame y lo sabrás.

PALESTRA

—¡Oh mi postrera
esperanza!, ¿qué tardas? ven, acaba
esta vida infelice.

TRACALIÓN

—¡Deja el llanto!
¡Ten valor!

AMPELISCA

—*¿Quién me nombra?*

TRACALIÓN

—*Vuelve la cara y lo sabrás.*

PALESTRA

—*¡Oh, tú*
para nosotras última esperanza!

TRACALIÓN

—*Deja el llanto y anímate*

—*Mírame, deja el lloro, y ten buen ánimo.*

PALESTRA

—*¡Buen ánimo! ¿Dó está?*

TRACALIÓN

—*Deja el llanto y anímate. Los ojos*
vuelve a mí.

—*Deja el llorar, serena el pecho y mírame.*

Figuran correcciones marginales, tachadas, de las cuales sólo pueden leerse algunos intentos de verso:

mi postrera esperanza.

TRACALIÓN

—*Deja el llanto*

—*Deja de lamentar.*

1016-1018. Intentos de redacción:

¡Y ten valor!

PALESTRA

—Si es que a tanto
no llega ya la fuerza que me oprime
que aun me vede el morir.

TRACALIÓN

—Calla, deliras.

PALESTRA

—No, no te empeñes más en consolarme.

AMPELISCA

—Si otro auxilio que darme
no tienes, que palabras vanas, ¡déjame!,
Tracalión, esto es hecho.

PALESTRA

—Estoy resuelta.
Antes matarme quiero
que tolerar segundo asalto... Pero
¡ay de mí! Soy mujer, fallece el ánimo.
Me hace temblar el miedo de la muerte.

PALESTRA

—Si acaso
no llega la violencia que me oprime
que aún el morir me vede.

que aún me la quite a mí.

1020-1021. Comenzó a redactar:

—Con tus palabras

Otro intento de redacción:

—Si no me auxilias más que con palabras

1023-1025. Intentos de redacción:

Si de nuevo el rufián

Antes me mataré

Antes he de matarme, que tolere

que un nuevo asalto del rufián tolere

que a nuevo asalto del rufián me exponga
Mas... al fin soy mujer

Pero, al fin soy mujer

Mas ¡ay! al fin soy mujer

TRACALIÓN

—Aunque es triste sin duda
el estado en que os veis, cobrad aliento.
Conservad la esperanza.

PALESTRA

—¿Qué esperanza?
¿De dónde haberla?

TRACALIÓN

—No temáis, os digo.
Junto a este altar sentaos.

AMPELISCA

—¿De qué puede
servirnos el altar, cuando la diosa
misma no ha sido a protegernos parte,
y de sus pies nos arrancó el malvado?

TRACALIÓN

—Sentaos. Yo os defiendo.
Sirva de ciudadela el ara; el muro
me toca a mí guardar. Con el auxilio
de Venus nada temo.

1027-1028. Primera redacción:
—Aunque es triste el estado en que te miras

1031. Comenzó a redactar:
Sentaos en este altar

Junto a este altar

Primera redacción:
Aquí las dos sentaos junto al ara.

1032-1035. Intentos de redacción:
servir el ara, si la diosa misma
cuyos pies abrazábamos, no pudo
bastante a protegernos y a la fuerza

bastante a protegernos y arrancadas

bastante a protegernos y arrastradas
fuimos de allí?

TRACALIÓN
—Sentaos. Yo os defiendo

1037-1038. Intentos de redacción:
me toca a mí guardar. Y con la ayuda

me toca a mí guardar. Venus me ayuda,
y no temo al rufián.

AMPELISCA

—A tus consejos
obedecemos. Alma Venus, oye
el ruego que llorosas te enviamos,
abrazando tu altar arrodilladas.
Bajo tu guarda acógenos, defiéndenos,
a los perversos que tu templo santo
desacataron, da condigna pena.
¡Oh!, déjanos tocar tu ara sagrada,
y si náufragas, míseras, desnudas
de todo, a tu presencia no venimos
cual fuera menester, no a desacato
lo imputes, ni por eso menos pía
nuestra plegaria escuches.

TRACALIÓN

—Nada pide,
que no sea justo y que implorar no deba.
Perdonarlas te cumple; desvalidas,
de la mar arrojadas
hija del mar tu protección imploran.

AMPELISCA

—*Así lo haremos*

1044-1048. Intentos de redacción:

desacataron, da el castigo digno,
y déjanos que en paz

y déjanos aquí

y déjanos estar
que si arrojadas de la mar náufragas
de todo, no venimos
como debido fuera

de todo, cual debiéramos
como debido fuera, no por eso

1052. Comenzó a redactar:

Dispénsales

Otro intento de redacción:

Oh diosa, hija de la mar, perdónalas.

1053. Comenzó a redactar:

vienen a ti

1054. Primera redacción:

hija del mar tu protección invocan.

Mas he aquí el ancïano,
vuestro patrono y mío.

ESCENA CUARTA

DÉMONES

—¡Sal afuera, hombre impío,
detestable, sacrílego
sobre los hombres todos! Y vosotras
al altar acogeos. ¿Pero dónde
están ellas?

TRACALIÓN

—Aquí.

DÉMONES

—Muy bien. Ahora
acércate y veráslo. ¿De los dioses
piensas también atropellar las leyes?
Dale en la cara.

1055. Comenzó a redactar:
Mas viene

1057-1059. Intentos de redacción:
¡Sal fuera, hombre sacrílego,

¡Sal fuera, hombre impío,

¡Sal, sal del templo, impío,

¡Sal, sal del templo, malhechor impío,

¡Sal, sal del templo, malhechor impuro,
sobre cuanto hay de impío y de sacrílego

¡Sal afuera hombre impuro,
sobre cuanto hay sacrílego a la fuerza

1060-1061. Primera redacción:
al altar acogeos. Mas ¿a dónde
las mujeres están?

Tracalión contestaba: *Allá,* sustituído luego por *Aquí.*

1062. Primera redacción:
llégate y lo verás. Piensas habértelas

LABRAX

—Pagaráslo un día.

DÉMONES

—¿Osas también, bribón, amenazarme?

LABRAX

—Reclamo lo que es mío: mis esclavas.

TRACALIÓN

—Elige del senado de Cirenes
un esbirro y decida, si son tuyas
si a la libertad tienen derecho,
y has de ser encerrado en cárcel dura
do tanto mores, que la gastes toda.

LABRAX

—Yo no he pensado en argüir el punto
con un patibulario. Es al anciano
a quien la voz dirijo.

DÉMONES

—No, con ese
que te conoce has de entenderte.

LABRAX

—Sea;
hablo contigo pues.

1065. Primera redacción:
—¿Osas también, audaz, amenazarme?
1071. Primera redacción:
do tanto tiempo mores que la gastes.
1073. Primera redacción:
con un ladrón, patibulario. Anciano
1074. Comenzó a redactar:
a quien dirijo,
bien al final del verso tachó *este* y escribió *ese.*
1075. Tachó *argüir* para escribir *entender.*
1076-1077. Primera redacción:
hablo contigo pues.

TRACALIÓN

—Mal que te pese.
Estas mujeres, di, ¿son tus esclavas?
Pues si lo son, acércate a una de ellas,
a la que quieras; tócala tan sólo
con el dedo meñique.

LABRAX

—Y si me llego
y las toco, menguado, ¿qué has de hacerme?

TRACALIÓN

—Grandísimo follón, y perjurísimo.
Te cuelgo, como fuelle pugilístico,
y colgado te muelo con el puño.

LABRAX

—¿Lícito no es en el altar de Venus
tomar yo mis esclavas?

TRACALIÓN

—Mal de tu grado.
Dime, ¿son tus esclav[as]?

1080-1088. Intentos de redacción:

con la punta de un dedo.

LABRAX

—Y ¿qué has de hacerme?

y la toco, ¿qué has de hacerme si llego

TRACALIÓN

—Te cuelgo como a fuelle pugilístico,
y colgado a puñadas

y colgado te mido con el puño
de cabo a cabo el cuerpo,

los huesos...

LABRAX

—¿Conque no puedo tomar yo de Venus

—¿Conque no puedo del ara de Venus
tomar yo lo que es mío, mis esclavas?

tomar yo mis esclavas?

DÉMONES

—No te es lícito.
Védalo aquí la ley.

LABRAX

—Con vuestras leyes
yo no tengo que ver. Sacarlas quiero
a las dos. Y tú, anciano, si las amas
¿cómo no das por ellas tu dinero?
A Venus agradaron.
Pues que lo pague Venus.

DÉMONES

—Para que sepas mi intención, te digo
que si hacerlas violencia la más leve
intentas, chanza o juego que ello sea,
saldrás de tal manera aderezado
de este lugar, que no has de conocerte.
Y si vosotros, al menor aviso,
a una guiñada mía, le dejáredes

DÉMONES

—No lo puedes;
prohíbelo la ley entre nosotros.

LABRAX

—Con vuestras leyes nada tengo...

yo no tengo que ver. Sacadlas fuera

1090. Primera redacción:
Venga el dinero luego

1091-1092. Intentos de redacción:
Páguelo Venus y en buena ho[ra].

Pues que las pague Venus, si le agradan.

Pues el dinero que lo pague Venus.

1093. Comenzó a redactar:
—Ya lo dará. Mas en tanto

1094-1095. Primera redacción:
que si hacerlas intentas la más leve
fuerza, por chanza o por juego que ello sea,

violencia, chanza o juego que ello sea.

1099. Primera redacción:
a la menor guiñada, que yo os diera

uno solo que sea de los ojos
os cubriré de mimbres como cubren
juncos el arrayán que a Venus llevan.

LABRAX

—Eso es hacerme fuerza.

TRACALIÓN

—¿Tú la fuerza
reprochas, que en delitos y atentados
hierves?

LABRAX

—¿Y tú te atreves a insultarme,
malhechor de tres horcas?

TRACALIÓN

—De tres horcas
soy malhechor, y tú, modelo insigne
de virtud y honradez. Mas no por eso
has de tener esclavas las que deben
ser libres por la ley.

LABRAX

—¿Libres?

TRACALIÓN

—No sólo
libres, sino amas tuyas, ¡voto a Hércules!

1101-1104. Intentos de redacción:

os cubriré de varas, cual se lleva
el arrayán

os cubriré de varas, cual de juncos
se cubre el arrayán que a Venus llevan.

LABRAX

—Eso es hacerme fuerza.

TRACALIÓN

—¿Tú reprochas
la fuerza, tú

1109. Primera redacción:

has de ver las esclavas, las que deben

Como que de la Grecia tienen sangre,
y ha nacido una de ellas en Atenas
de ingenuos padres.

DÉMONES

—¿En Atenas dices?

TRACALIÓN

—Libre nació, repito, y ateniense.

DÉMONES

—¿Conque es, según refieres,
conciudadana mía?

TRACALIÓN

—Pues ¿no eres
hijo tú de Cirenes?

DÉMONES

—Nacido fuí, crïado y educado
en la ateniense Atenas.

1112-1117. Intentos de redacción:

nacidas en el centro de la Grecia

Como que son de

Como que sangre tienen griega y pura,
de honrados padres

y ateniense una de ellas

de ingenuos padres.

DÉMONES

—¿Ateniense has dicho?

TRACALIÓN

—Libre nació en Atenas.

—Libre ha nacido, digo.

DÉMONES

—¿Mi compatriota, pues?

—¿Conque es de mi país?

—¿Conque es paisana mía?

TRACALIÓN

—Defiende, pues, anciano, a tus paisanos.

DÉMONES

—¡Oh hija de mi vida
la que en tan tierna edad lloré perdida!
¡Cómo de ti me acuerdas,
cómo por ti suspiro,
cuando a esta joven miro!
¡Ah! de tres años era;
la misma edad tuviera.

LABRAX

—Yo por ambas a dos di mi dinero
al dueño cuyas eran. ¿Que nacieran
en Atenas o en Tebas no me importa,
si tienen de servirme a mí?

TRACALIÓN

—¿Pretendes
que te sirvan, malvado
hijas robadas a familias libres,
y hacer con ellas tu comercio infame?
Aunque a decir verdad la patria ignoro
de la una de ellas, sólo sé que tiene
mejor sangre y merece
mejor suerte que tú, monstruo manchado
con todos los delitos.

LABRAX

—¿Las reclamas
por tuyas?

1130-1131. Primera redacción:

al dueño cuyas eran. ¿Qué me importa
que en Atenas nacieran o en Corinto?

1139. Intentos de redacción:

mejor suerte que tú, ladrón malvado

mejor suerte que tú, ladrón impuro

TRACALIÓN

—Litiguemos
piel a piel, si te place; y si no sacas
más ronchas en la tuya y verdugones
que una nave de guerra tiene clavos,
soy el más mentidor de los esclavos.
Mira después la mía
y venga un ampollero,
y si no la encontrase limpia y pura
y la mejor del mundo para cuero,
no eres tú ni perjuro ni embustero,
¿Qué me detiene ya, desuellacaras
qué no te harto de varas
y te vuelvo una criba?
¿Qué estás en ellas viendo? ¿Qué reparas?
Osa tocarlas, y sin ojos quedas.

LABRAX

—Pues porque me lo vedas,
has de ver que conmigo me las llevo.

DÉMONES

—¿Qué pretendes?

LABRAX

—Vosotros

1143. Primera redacción:
más negros verdugones en la tuya

1147-1149. Intentos de redacción:
y venga un curtidor

y venga un botellero,
y si no la creyere
para ampollas excelente

1155. Primera redacción:
tócalas y los ojos te hago trizas.

1156. Primera redacción:
—Pues bien; por eso mismo que lo vedas

1158-1162. Intentos de redacción:

DÉMONES

—¿En qué piensas?

LABRAX

—Vosotros

¿a Venus invocáis? pues yo a Vulcano
de Venus enemigo.

TRACALIÓN

—¿A dónde vas?

LABRAX

—¿Quién vive aquí? ¡Vecinos!
¡Hola! ¡Vecinos!

DÉMONES

—Si tu mano toca
otra vez esta puerta, te aseguro
buena mies de puñadas en la boca.

UN ESCLAVO

—Se come en esta casa todo, seco.
Y no conoce fuego la cocina.

TRACALIÓN

—Yo daré fuego, y tu cabeza estopa.

LABRAX

—Voy a buscarlo en otra parte luego.

* *¿a Venus invocáis? pues yo a Vulcano*
que a Venus aborrece.

de Venus adversario.

TRACALIÓN

—¿A dónde vas? ¿Qué intentas?

LABRAX

—¡Hola! ¿Quién vive aquí?
¡Hola! ¡Vecinos!

DÉMONES

—Si otra vez golpeas

1164. Comenzó a redactar:
una mies buena

1166. Comenzó a redactar:
Y no tenemos fuego en la cocina.

DÉMONES

—¿Y qué piensas hacer con ese fuego?

LABRAX

—La más hermosa hoguera en torno al ara.

DÉMONES

—Para quemarte a ti.

LABRAX

—De asarlas tengo,
de asarlas a las dos, de asarlas vivas.

TRACALIÓN

—Verás cómo te cojo
de la barba, y te arrojo
a las llamas, belitre,
y de tus carnes chamuscadas hago
festín sabroso al águila y al buitre.

DÉMONES

—Ahora caigo en ello; ésta es la mona,
aquella mona del ensueño mío;
y éstas las golondrinas que el bellaco
quiere sacar del nido en que se albergan.

1170. Primera redacción:

—Una famosa hoguera en torno al ara.

1173-1175. Primera redacción:

—De las barbas te cojo
y a las llamas te arrojo

1177. Comenzó a redactar:

festín al cuervo

Otros intentos de redacción:

rico festín al águila y al buitre.

a los cuervos festín.

a los cuervos banquete.

1180. Primera redacción:

y éstas las golondrinas en que impío.

TRACALIÓN

—¿Sabes lo que te pido, buen anciano?
Que las custodies, y que no permitas
que fuerza se les haga, mientras busco
a mi señor, y aquí le traigo.

DÉMONES

—Busca
a tu señor y tráelo.

TRACALIÓN

—Pero advierte
que...

DÉMONES

—Si a tocarlas llega, ha de pesarle.

TRACALIÓN

—¡Cuidado!

DÉMONES

—Ya lo tengo; ve.

TRACALIÓN

—Conviene
que al rufián mismo guardes; y partirse
no lo dejes de aquí, pues prometimos

1186. Intentos de redacción:
a tu señor y tráelo.

TRACALIÓN
—Mas cuidado
—Pero cuento
—Pero cuida.

1187. Comenzó a redactar:
que si las tocas, ha

1189. Primera redacción:
que al rufián mismo guardes, que partirse

o un talento en dinero,
o llevarle, en persona al carnicero.

ESCENA QUINTA

DÉMONES

—¿Quieres estarte quieto
con la cabeza rota,
o de tu grado, si es posible? ¡Escoge!

LABRAX

—Viejo, de lo que dices no hago caso.
Las mías a despecho
tuyo, y de Venus y del mismo Jove
por el cabello arrancaré del ara.

DÉMONES

—Tócalas.

LABRAX

—Tocarélas, voto a Hércules.

DÉMONES

—Acércate a este sitio.

1192. Comenzó a redactar:
al carnicero
Otro intento de redacción:
llevarle al carnicero.
1197-1198. Intentos de redacción:
Lo mío a tu despecho

Lo mío y a despecho
de Venus y de Jove
1199. Intentos de redacción:
asidas del cabello he de llevarme.

arrancaré del ara.

DÉMONES

—*Arranca.*

LABRAX

—*Arranco.*

LABRAX

—A tus esclavos
manda que se retiren.

DÉMONES

—No por cierto
sino que a ti se lleguen.

LABRAX

—No me place,
¡voto a Pólux!

DÉMONES

—¿Qué harás, si a ti se llegan?

LABRAX

—Dejaréles el campo. Pero sabe
que si te pillo en la ciudad un día,
no me llamo rufián, o he de jugarte
pieza tal, que has de ser toda tu vida
la irrisión y la fábula del pueblo.

DÉMONES

—Hazlo en buen hora, entonces, mas en tanto
arrímate y verás lo que te pasa.

LABRAX

—¿Qué ha de pasarme?

DÉMONES

—Nada más ni menos
de lo que a tus iguales corresponde.

1203. Primera redacción:
sino que a ti se lleguen

LABRAX

—¡Voto a Pólux!

1210. Primera redacción:
—Hazlo en buena hora, mas en tanto, entonces,

LABRAX

—No me importa un ardite esa amenaza.
Me las llevo.

DÉMONES

—¿Qué tardas?

LABRAX

—¡Voto a Hércules!
que lo cumpla al instante.

DÉMONES

—¿Sabes cómo?
Turbalión corre a casa; trae corriendo
aquellos dos garrotes.

LABRAX

—¿Qué garrotes?

DÉMONES

—Dos de muy buena ley. Corre, te digo.
Hoy has de ser honrado, cual mereces.

LABRAX

—¡Ay triste! que el morrión perdí en la nave,
¡si lo tuviese aquí! Mas a lo menos,
a mis esclavos puedo hablar.

DÉMONES

—No puedes,
que ya el de los garrotes se aproxima.

1215-1216. Primera redacción:

—*Me las llevo.*

DÉMONES

—*¿Qué tardas?*

LABRAX

—*¡Voto a Pólux!*
que he de llevarlas

LABRAX

—No, sino el del zumbido en las orejas.

DÉMONES

—Tú toma el uno, Turbalión; tú el otro,
Esparax; y apostaos
a los dos lados del altar. Ahora
parad mientes los dos a lo que digo:
Si a las mozas se llega
contra su voluntad, brindadle luego
con ésas de manera
que no lo deje en pie la borrachera;
o lo pagáis los dos. Si las llamare,
responderéis vosotros a su nombre
y si de aquí partirse quiere, hacedle
que le sirvan de grillos los garrotes.

LABRAX

—¿Ni siquiera irme puedo?

DÉMONES

—Ya lo dije
y cuando con su dueño aquel esclavo
que fué a buscarle, vuelva, idos a casa.
Haced cumplidamente lo que os digo.

LABRAX

—¡Cómo se mudan por acá los templos!
El que de Venus era, ya es de Alcides;
pues ha puesto el anciano
dos hércules aquí con clava en mano.
¿A dónde me refugio, cuando guerra

1226. Comenzó a redactar:
—Turbalión, toma

1231. Primera redacción:
contra su voluntad, dadle una tunda

1236. Primera redacción:
y si de aquí partirse determina

1246. Primera redacción:
¿A dónde me refugio, si la guerra

me hacen a un mismo tiempo mar y tierra?
¡Palestra!

ESCLAVO

—¿Qué me quieres?

LABRAX

—Dos Palestras
el nombre se disputan, a porfía.
Pero la que responde no es la mía.
Oyes Ampelisquita.

ESCLAVO

—¡Guarda! Sigue
del cobarde el consejo,
que es el camino de llegar a viejo.

LABRAX

—Pero a vosotros digo:
¿que yo dos pasos la distancia acorte
podrá seros molesto?

ESCLAVO

—No a nosotros.

1248. Primera redacción:
¡Palestra!

ESCLAVO

—¿Qué me quieres?

LABRAX

—Se disputan

1251. Primera redacción:
¡Ampelisca!

ESCLAVO

—¡Cuidado!

1254-1257. Intentos de redacción:
—¿Seros podrá molesto
que me acerque al altar en tanto ponga

que yo algún tanto la distancia acorte
al ara

—¿Podrá ser que os importe
o que os moleste

ESCLAVO

—No a nosotros por cierto.

LABRAX

—Y a mí.

ESCLAVO

—No, si te guardas.

LABRAX

—¿De qué me guardo?

ESCLAVO

—De infortunio grueso.

LABRAX

—¿Irme podré?

ESCLAVO

—Si a ello llevas gusto.

LABRAX

—Eres hombre de bien, piadoso y justo.
Gracias te doy. Pero acercarme quiero.
No hay acercarse aquí. ¿No es fuerte caso
que ni atrás ni adelante dar un paso
se me permita? No levanto el sitio
aunque me vaya en ello la cabeza.

1259-1260. Otra redacción:

LABRAX

—¿Irme acaso podré?

ESCLAVO

—Verás, si gustas.

LABRAX

—Sois generosos. Gracias mi[*l*]

1262. Primera redacción:

No hay acercarme aquí. ¿No es fuerte caso

1264. Primera redacción:

se me permita? Bien está. Veremos

ESCENA SEXTA

PLEUSIDIPO

—¿A mi amada el rufián violentamente
quiso del ara separar?

TRACALIÓN

—Te digo
que es la verdad.

PLEUSIDIPO

—¿Por qué no le dejaste
muerto en el sitio?

TRACALIÓN

—Espada no tenía.

PLEUSIDIPO

—¿Un bastón o una piedra te faltaba?

TRACALIÓN

—Qué, ¿cómo a un perro de matarle había
por malvado que fuera?

LABRAX

—Perdido me hallo, Pleusidipo es éste.
Este barre conmigo, polvo y todo.

PLEUSIDIPO

—¿Decías que sentadas las mujeres
estaban en el ara
cuando en mi busca fuiste?

1268. Primera redacción:
que es la verdad.

PLEUSIDIPO

—¿Por qué no le mataste?

1275-1276. Primera redacción:
—¿Decías que en el ara las mujeres
ambas estaban cuando

TRACALIÓN

—Y en el ara
están aún.

PLEUSIDIPO

—¿Y quién las guarda?

TRACALIÓN

—Un viejo
que no conozco; que vecino vive
al santuario de Venus. Dióles cuanto
pudo favor y amparo. Con sus siervos
él las custodia; dile yo el encargo.

PLEUSIDIPO

—Condúceme al rufián. ¿Dó está?

LABRAX

—Saludo
a Pleusidipo.

PLEUSIDIPO

—Tu salud no quiero.
Escoge si colgado he de llevarte
por el pescuezo, o por los pies te arrastro.
Lo que tú quieras; ¡luego!

LABRAX

—Ni uno ni otro.

1278. Primera redacción:
están; helas allí.

1282-1283. Primera redacción:
las custodia; encargúeselo.

PLEUSIDIPO
—Llévame al tal rufián. ¿Dó está?

LABRAX
—Saludo.

1285-1286. Primera redacción:
Di si por el pescuezo he de llevarte
colgado, o por los pies

Escoge si te llevo suspendido

BIBLIOTECA NACIONAL

PLEUSIDIPO

—Corre a la playa, Tracalión; y diles
a los que a este lugar conmigo traje
para llevarle al carnicero, vayan
a la ciudad, y que en el puerto aguarden
y vuelves luego, y haz aquí la guardia.
Yo llevo este bribón al magistrado.
¡Vamos! ¿Qué te detiene?

LABRAX

—¿Qué delito
cometí?

PLEUSIDIPO

—¿Tal preguntas? Me vendiste
una mujer; las arras recibiste
y luego de Cirenes la sacaste.

LABRAX

—No la saqué.

PLEUSIDIPO

—¿Lo niegas?

LABRAX

—¿Pues no es claro
que sacarla no pude,
desdichado de mí? La traje sólo
a este lugar. Te dije que en el templo
de Venus te aguardaba. ¿En qué te falto?
¿No es éste el templo?

PLEUSIDIPO

—Ven, y lo que quieras
responde al juez. Una palabra sola
aquí me basta. Sígueme.

1289. Primera redacción:
a los que traje a este lugar conmigo

1305. Comenzó a redactar:
te digo aquí. Ponte en

LABRAX

—Te ruego,
Cármides mío, que me des ayuda.
Me llevan en volandas
por el pescuezo.

CÁRMIDES

—¿Quién me llama?

LABRAX

—Cármides
¿no ves cómo me llevan?

CÁRMIDES

—Sí lo veo;
y me huelgo de verlo.

LABRAX

—¿No te atreves
a socorrerme?

CÁRMIDES

—¿Quién te lleva?

LABRAX

—El joven
Pleusidipo.

CÁRMIDES

—Lo tienes merecido.
Ten valor, y prepara las espaldas.

1308. Comenzó a redactar:
por el pescuezo; ¿no lo ves?

Otro intento de redacción:
por el pescuezo.

CÁRMIDES

—¿Quién me llama?

LABRAX

—Amigo

Lo que más en el mundo se desea
has logrado.

LABRAX

—¿Qué cosa?

CÁRMIDES

—Hallar lo que se busca.

LABRAX

—Pero al menos
sígueme; por tu vida.

CÁRMIDES

—Petición como tuya.
¿Vas al verdugo y quieres que te siga?

PLEUSIDIPO

—Aparta, no me toques.

LABRAX

—Soy perdido.

PLEUSIDIPO

—Así lo espero. Tú, Palestra mía,
y tú, Ampelisca, aquí aguardad, en tanto
que os vuelvo a ver.

1314. Comenzó a redactar:
Te ha sucedido lo que todos
1315-1316. Primera redacción:
hoy has logrado tú.

LABRAX

—*¿Qué cosa?*

CÁRMIDES

—*Hallaste*
lo que buscabas.

El verso 1316 comenzó a redactarse:
—*Hallar lo que buscabas.*
1321. Primera redacción:
—*Así lo pido al cielo.*
1323-1324. Intentos de redacción:
que a veros vuelvo.

ESCLAVO

—*Pienso que sería*

ESCLAVO

—Mejor será, si gustas,
que en nuestra casa aguarden.

PLEUSIDIPO

—Que me place.

¡Gracias!

LABRAX

—Esto es hurtar.

ESCLAVO

—¿Por qué?

LABRAX

—¿No es hurto
llevarme arrebatado de ese modo?
¡Ah, Palestra! ¡Palestra! por tu vida...

PLEUSIDIPO

—Sigue, ladrón crüel.

LABRAX

—Huésped querido.

CÁRMIDES

—No soy tu huésped, tu hospedaje abjuro.

LABRAX

—¿Me desprecias así?

que os vuelvo a ver.

ESCLAVO

—Discurro que sería
mejor que en nuestra casa

1325-1326. Primera redacción:

Os lo agradezco.

LABRAX

—Es hurto
lo que conmigo haces.

ESCLAVO

—¿Por qué?

LABRAX

—¿Llevarme

1330. Intentos de redacción:

LABRAX

—¿Me desprecias así?

CÁRMIDES

—Me basta un trago.

LABRAX

—Los dioses, pillastrón, te den el pago.

CÁRMIDES

—Dilo a ti mismo tú. Si, como creo,
tócale a cada hombre transformarse
en tal o cual extraña
figura de alimaña,
colijo yo que de la misma suerte
el rufián en palomo se convierte
y da en un palomar con su cabeza;
do el carcelero ha de mullirle el nido.
Iré con todo; haréle la obra buena
de defenderle y no será perdida
si le agravo la pena.

CÁRMIDES

—*Sin duda*

1331-1333. Primera redacción:

LABRAX

—*Los dioses te maldigan, malandrín,*

CÁRMIDES

—*Dilo a ti mismo tú. Si, como dicen*
que le toca a todo hombre
transform[*arse*]

1335-1342. Intentos de redacción:

* *figura de alimaña,*
el rufián en palomo
va a convertirse, y que dará discurro

va a convertirse, y que dará barrunto
en algún palomar con su [*cabeza;*]
donde el verdugo ha de mullirle el nido.
Pero es preciso ser reconocido.
Iré con todo, abogaré. Si logro

Iré con todo, abogaré. Si alcanzo

Iré con todo, abogaré. Y el tiempo
no daré por perdido

* *Iré con todo; haréle la obra buena*
de defenderlo, y no será perdido
si le consigo duplicar la pena.

NIBELUNGOS*

Maravillas nos cuentan las canciones,
que la pasada edad gustosa oía;
hazañas de magnánimos varones,
lances de guerra y fiestas de alegría;
quejas de doloridos corazones
venganza atroz y desleal falsía;
escuchad los prodigios que os refiero,
de fe constante y de valor guerrero.

En la rica Borgoña una doncella
de esclarecida estirpe se criaba;

* Bello tradujo solamente este fragmento de los *Nibelungos*, que corresponde a las dos primeras "Aventuras", denominadas *El sueño de Crimilde* (versos 1-96); y *Sigfrido* (versos 97-142). De la traducción hay dos manuscritos, que por la letra son de fechas bastante distanciadas: uno es de los tiempos de Londres, antes de 1829; y otro, de hacia 1840, o sea bastante después de haber llegado a Santiago de Chile. Damos la lectura de ambos manuscritos con las variantes correspondientes. Amunátegui (*O. C.* VI, "Introducción", p. cxxix-cxxxiii) utilizó sin distinguir el texto de ambos manuscritos, aun cuando correspondan a dos intentos de traducción distintos.

Bello no terminó su obra, ni pulió el fragmento traducido. Así se explica, por ejemplo, que haya indecisión hasta en los nombres propios: *Jilesar*, al lado de *Gilisar* (el *Geiselher* del poema); *Segismundo* al lado de *Sigismundo*. También algún verso quedó inconcluso, con lo que se deshace la rima. Hemos respetado la forma del manuscrito, sin modificar nada por nuestra cuenta. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

1. Primera redacción:

Maravillas nos cuentan los cantar[es]

3-5. Primera redacción:

proezas de magnánimos varones,
hechos de guerra y fiestas de alegría;
infortunios también, desolaciones

8. Lo comenzó a redactar:

de amor

10-14. Primera redacción:

de la más noble estirpe se educaba

otra ni tan pulida ni tan bella
no hubo jamás; Crimilde se llamaba.
Creció la niña, y la beldad con ella,
que origen fué de competencia brava
de dolores y lágrimas sin cuento;
y muchos héroes trajo a fin sangriento.

Nacida por decreto soberano
para la dicha y el amor parece.
Nobles jefes aspiran a su mano
y un reino en dote cada cual le ofrece.
Rinde, avasalla a todo pecho humano
la luz que en sus miradas resplandece.
Pudo hacer, repartida con largueza,
muchas bellas mujeres su belleza.

Guárdanla tres caudillos de alta fama
Gunter, Gernot, y el de gentil persona

otra en el mundo no se vió tan bella,
ni tan gentil; Crimilde se llamaba.
Creció la gracia, y la beldad con ella,
que después a la raza escandinava,

16. Primera redacción:
y muchos bravos trajo a fin sangriento.

17-24. En la primera redacción presentaba el siguiente orden de versos, además de algunas variantes:

* *Nacida por decreto soberano*
para los goces del amor parece.
* *Rinde, avasalla a todo pecho humano*
* *la luz que en sus miradas resplandece.*
* *Nobles jefes aspiran a su mano*
* *y un reino en dote cada cual le ofrece.*
Pudo hacer, repartida por Natura,
mil hermosas mujeres su hermosura.

Comenzó a redactar el tercer verso y el penúltimo:
Rindese humilde

Pudo hacer repartida a la ventura

25. Varios intentos de redacción de este verso:
Guardaban tres caudillos a la dama,

Guárdanla tres caudillos de gran fama;

Guardaban tres caudillos a esta dama

mancebo audaz, que Giselar se llama;
reyes los tres de gente borgoñona.
De sus proezas que la tierra aclama
el merecido lustre los abona.
No hay lengua que los nombres manche o tilde
de aquellos tres hermanos de Crimilde.

Cerca del Rin, en Wormes la opulenta,
residen. Y componen su mesnada
caballeros bizarros de gran cuenta,
famosos por la lanza y por la espada.
Víctimas que a catástrofe sangrienta
reservaba una estrella malhadada,
arrebatados por la ciega envidia
de dos mujeres a tremenda lidia.

De los caudillos referidos era
Dancrato, el padre, que en edad temprana
coronó de victorias su bandera,
y Uta, noble mujer, la madre anciana,

29-31. Primera redacción:

De sus proezas la extendida fama
en las tierras de Atila, los abona,
y no hay lengua mortal que el nombre tilde

39-40. Primera redacción:

¡ah! arrastrados por la ciega envidia
de dos mujeres a horrorosa lidia.

41-48. Esta estrofa tiene tres intentos de redacción no tachados. En el texto se ha tomado el tercero, por considerarlo última redacción de Bello. A continuación se reproducen los dos restantes, con sus enmiendas correspondientes:

* *De los caudillos referidos era*
Uta, noble mujer, la madre anciana:
Dancrato, el padre, de virtud guerrera
ganó loor desde una edad temprana.
Uta le sobrevive, que se esmera
en cultivar aquella flor temprana,
que a tempestad terrible se destina;
como, tal vez, la rosa matutina.

Enmiendas a este primer intento de redacción:

se llevó el prez desde una edad temprana.
Uta, viuda, en cultivar [*se esmera*]

Uta, viuda, en educar se esmera
la hermosa (?) *hija; aquella flor lozana*

que ya viuda en educar se esmera
la hija querida, aquella flor lozana
que en su albor y frescura matutina
a espantosa tormenta se destina.

Soñó una vez Crimilde que en la mano
llevaba un bello azor, en imprevista
acometida con furor insano
dos águilas lo matan a su vista.
Ve en este sueño un misterioso arcano,
que sin saber la causa, le contrista.
Revélalo a su madre, y la discreta
anciana de este modo lo interpreta:

—"El bello azor que has visto en el ensueño

la bella hija; aquella flor lozana

la cara hija; aquella flor lozana
que a tempestad tremenda [*se destina*]

Segundo intento, inconcluso, de redacción:

* *De los caudillos referidos era*
* *Dancrato, el padre, que en edad temprana*
se ganó el prez de la virtud marcial

Enmienda el último verso:

se ganó el prez de la virtud guerrera

49-56. Primera redacción:

Soñó Crimilde (el hado así lo quiso)
que un preciado neblí, que al vuelo alista,
tiene en la diestra mano, y de improviso
* *dos águilas lo matan a su vista.*
Ve en este sueño un misterioso aviso
que a su pesar la aflige y la [*contrista*]
Refiérelo a su madre, y la discreta
* *anciana de este modo lo interpreta:*

Enmiendas a esta estrofa:

* *Soñó una vez Crimilde que en la mano*
llevaba un bello azor que al vuelo alista

Soñó una vez Crimilde que llevaba

generoso neblí que al vuelo alista,

asombroso neblí que al vuelo alista.

y de improviso con furor insano

Lo refiere a su madre, y la discreta

57. Varios intentos de redacción:

Ese neblí que has visto en el ensueño

El bello neblí que has visto en el ensueño

El azor generoso de tu sueño

es un noble señor, que será un día
de tu hermosura y tus amores dueño,
y todo tu contento y alegría.
Mas le amenaza un desgraciado empeño,
si no le guarda el cielo, amada mía".
—"¡Noble señor! ¿qué me decís? (contesta
la hermosa niña, tímida y modesta).

"Quiero siempre vivir, madre querida,
sin conocer amores de guerrero.
Pasaré junto a vos toda la vida.
Otra dicha en el mundo no la quiero".
Uta se sonrió: —"No inadvertida
renuncies lo que ignoras: el primero
de los bienes del mundo es un esposo
gentil, amable, ilustre, valeroso.

"Dios te ha dado sin tasa la hermosura;
él un esposo digno te depare".
—"¡No!, responde Crimilde, no hay dulzura
que al amor de una madre se equipare,
¿ese estado feliz quién asegura
que un repentino azar no lo acibare?

64. Primera redacción:
la tierna virgen, tímida y modesta).
aquella virgen

72. Primeros intentos de redacción:
gentil, de ilustre sangre y valeroso.
gentil, de ilustre sangre, intrépi[do].
galán, de ilustre sangre, amable.
galán, de ilustre sangre, espléndido y brioso.

73. Primera redacción:
Dióte el cielo sin tasa la hermosura

75-80. Primera redacción:
—"¡No! jamás: no apetezco una ventura
que al menor soplo enturbie y acibare.
Ese dulce vivir, esa ventura
que no hallo que nada se equipare,
cuantas veces lo vi, mudado el cielo,
cambiarse todo en aflicción y en duelo".

Enmiendas a los versos primero y tercero:
—¡No! jamás: no hay contento, no hay dulzura,
Esa felicidad, esa dulzura

Muchas veces lo vi, mudado el cielo,
cambiarse de improviso en luto y duelo".

Crimilde así de amar se defendía,
y pasaba la vida dulcemente.
"Hombre no habrá que inquiete el alma mía",
dice entre sí la virgen inocente.
Pero vendrá, Crimilde, vendrá un día
que pensarás de un modo diferente.
Verás el caballero venturoso
a quien querrás apellidar esposo.

Y cumpliráse la visión oscura
que te explicó tu madre, y derramada
será del bello azor la sangre pura
por tropa infiel en daño tuyo armada.
Ni ya el amor en ti será ternura,
sino furia crüel, desapiadada,
y en recompensa de una vida sola,
miles verás que tu venganza inmola.

83-85. Primeras redacciones:

A ninguno era dado, todavía
turbar su pecho cándido, inocente.
Pero vendrá, Crimilde, vendrá el día

A ninguno era dado, (ileg.)
No era dado a un mortal (ileg.)

Los versos 83-84 tienen, además, estos dos intentos de redacción no tachados:

A misiones de amor no presumía
dar entrada jamás su alma inocente

Contra la (ileg.) *del amor creía*
segura su alma cándida inocente

88. Primera redacción:

a quien te plazca apellidar esposo.

89. Primera redacción:

Verás cumplida la visión oscura

Tacha *Verás* y escribe *Será.*

91-92. Primera redacción:

del amado nebli la sangre pura
por hueste infiel en daño tuyo armada,

Comenzó a redactar el primer verso:

de tu querido azor la [*sangre pura*]

de tu caro nebli la [*sangre pura*]

Cerca de donde el Rin al mar entrega
sus aguas lleva, una ciudad había,
Janten llamada; igual no tuvo el mundo
desde el helado norte al mediodía.
Hijo de Giselinda, y Segismundo,
un infante real allí se cría,
de gran belleza y no menor denuedo.
Los cantares le nombran Sigifredo.

Bizarro a maravilla era el infante;
no hubo mancha en su nombre la más leve.
Apenas se le vió de edad bastante

97. A partir de aquí el manuscrito es menos elaborado que lo que hasta ahora llevamos transcrito. Así, la palabra final de este primer verso destruye la rima consonante de la octava, y del mismo modo el sentido con el verso siguiente. Amunátegui (*O. C.* VI, p. cxxxii), da *profundo*, en lugar de *entrega*, con el fin de restablecer la rima. Lo hace por su cuenta, porque no aparece en el manuscrito. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

97-98. Primeros intentos de redacción:

Cerca de donde el Rin al mar tributa
sus caudalosas aguas, hubo un día

Cerca de donde el Rin al mar oceano,
lleva sus claras ondas, hubo un día
una rica ciudad, que hasta el lejano
límite de la tierra

Otras enmiendas:

lleva su ancha corrien[te]
una rica ciudad, Janten llamada; y llega
su fama hasta el lejano mediodía,

En este último verso está *nombre* antes de *fama.*

99. Primera redacción:

que de tal fama no la tuvo el mundo,

100. Después de este verso aparece tachado el siguiente:

un infante real allí se [cría]

103-104. Primera redacción:

* *Los cantares lo nombran Sigifredo.*
Su gentileza iguala a su denuedo.

Este verso tiene una corrección inconclusa:

De sin par gentileza

105-107. Primeros intentos de redacción:

Gallardo a maravilla era el infante;
mancha no cayó ni la más leve
sobre su honor. No bien de edad bastante

mancha sufrió en su honor ni la más leve.
Y no bien se creyó en edad bastante

Hay intentos de cambiar *Y no bien* por *Apenas* y *Y apenas.*

para que el casco y la coraza lleve,
cuando por toda Europa anduvo errante,
dejando larga fama, en tiempo breve,
de tanta empresa y tantos hechos raros,
que apenas uno en mil podré contaros.

Desde la juventud su valentía
era cantada en rústicos loores.
Con la cual su hermosura componía
codiciado blasón de mil amores.
Si era la educación que recibía
solícita en extremo, superiores

108. Siguen estos intentos de redacción imprecisos e inconclusos:

en más de un reino extraño su pujante
brío mostró dejando en tiempo breve

tantas empresas

por muchos reinos

por gran parte del

por lejanos países iba errante

vastas ejecutando en tiempo breve

altas empresas y sucesos raros
que apenas uno

Enmiendas a estos intentos de redacción:

cuando por latitudes iba errante

vastas acometiendo en tiempo breve

113-114. Primera redacción:

En la temprana juventud se oía
cantar de su valor grandes proezas,

El primer verso lo comenzó a redactar:

Era joven y

El segundo verso lo enmienda así:

cantar su brío, en rústicos loores,

115. Sigue este verso tachado:

que a muchas damas inspiraba amores.

Lo corrige:

que a bellas damas inspiraba amores.

116. Primera redacción:

envidiado blasón de mil amores

fueron en él las naturales prendas;
fértil asunto a historias y leyendas.

No bien se muestra en la paterna corte,
admiración a todo el mundo inspira;
y al ver su gentileza y bello porte
más de una dama en su interior suspira.
Pero no hay que temer ciego transporte,
pues dondequiera que los pasos gira,
viejos ayos que enfrenen con cuidado
su juvenil ardor van a su lado.

Así cumple que a bélicas facciones
se forme el alma y el valor se apreste,
y al halago de pérfidas pasiones
el pecho endurecido contrarreste.

119-122. Primera redacción:

eran aún las naturales prendas;
rico asunto a romances y leyendas.

Así no bien apareció en la corte
la admiración de todos se granjea

Otra redacción del penúltimo verso:

Cuando no bien apareció en la corte

125-128. Primera redacción:

Mas para que prudente se reporte,
a dondequiera que los pasos gira
marchan ancianos ayos a su lado;
de prudencia y virtud cabal dechado.

Celebrar quiso el padre una gran fiesta;
la fama a los vecinos reyes llega:

Enmiendas a esta redacción:

Mas para que modesto se reporte,
van ancianos maestros a su lado;

para librarlo

avisados maestros de

solícitos maestros de avisado

viejos ayos que templen con cuidado

Celebrar un festín su padre quiso

129-130. Primera redacción:

Así cumple que a bélicas acciones
el mancebo alertado se prepare;

131. Primeros intentos de redacción:

y al halago de mórbidas pasiones

y al soplo seductor de las pasiones

Así conquistará nuevas regiones
y tendrá de vasallos larga hueste;
y ya siente bullir marciales bríos
bajo los cortesanos atavíos.

Por este tiempo ordena Sigismundo
que se anuncie en la corte regia fiesta
y se convide a cuantos en el mundo
por noble alcurnia o coronada testa
merecen este honor; campo fecundo
de distinción y gloria

138-139. Primera redacción:

que se anuncie una fiesta en la corte
y corra la noticia por el mundo,

140. Primera redacción:

por noble sangre o coronada testa

142. Aquí se interrumpe el original manuscrito. Las cinco octavas primeras tienen otra redacción, en manuscrito aparte, con toda seguridad anterior a la que damos en el texto. La transcribimos con sus enmiendas:

Maravillas nos cuentan las canciones
que la pasada edad gustosa oía;
proezas de magnánimos varones,
y festines de espléndida alegría;
v *infortunios también, desolaciones,*
venganza atroz, y desleal falsía;
permitid que los hechos os refiera,
de los varones de esa edad guerrera.

En la rica Borgoña una doncella
x *de la más noble estirpe se educaba.*
Otra en el mundo no se vió tan bella,
ni tan gentil; Crisilde se llamaba.
Creció la niña, y la beldad con ella;
que después a la raza escandinava
xv *dió dolores y lágrimas sin cuento;*
y muchos héroes trajo a fin sangriento.

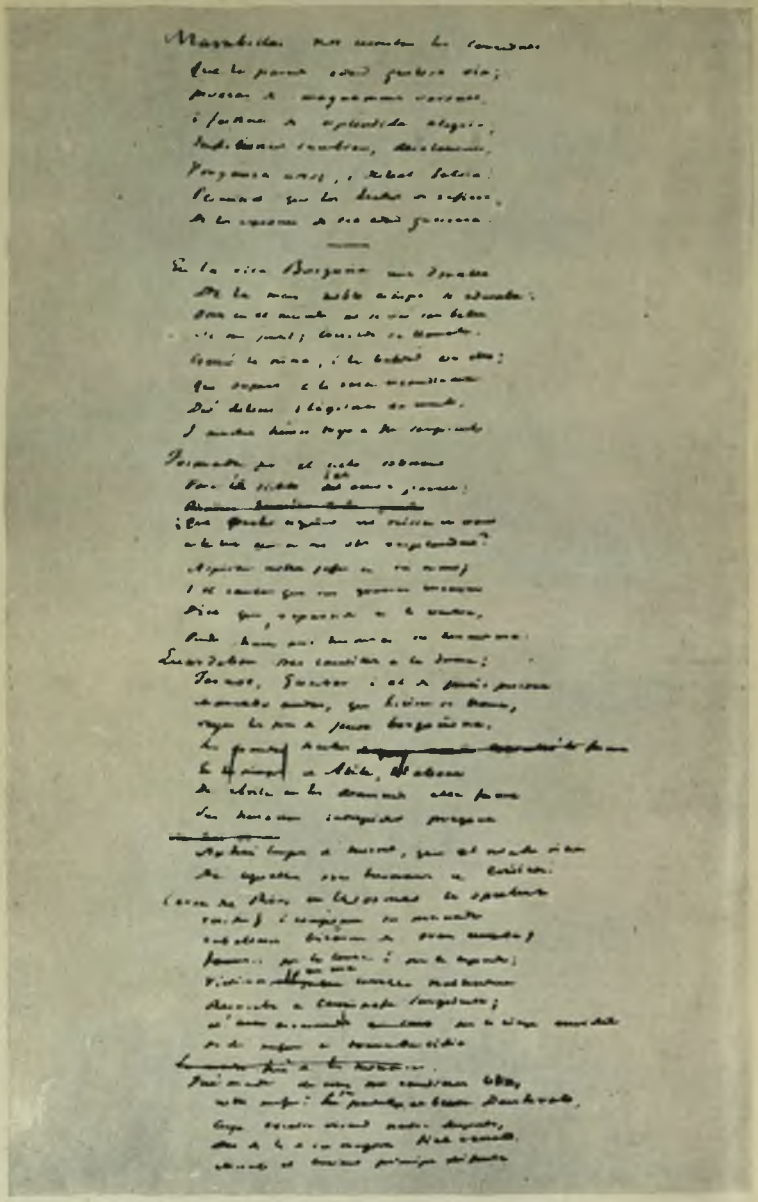
Formada por el cielo soberano
para la dicha y el amor parece.
¿Qué pecho esquivo no resiste en vano
xx *a la luz que en sus ojos resplandece?*
Aspiran nobles jefes a su mano;
y el cantar que sus gracias encarece
dice que, repartida a la ventura,
pudo hacer mil hermosas su hermosura.

xviii. Primera redacción:

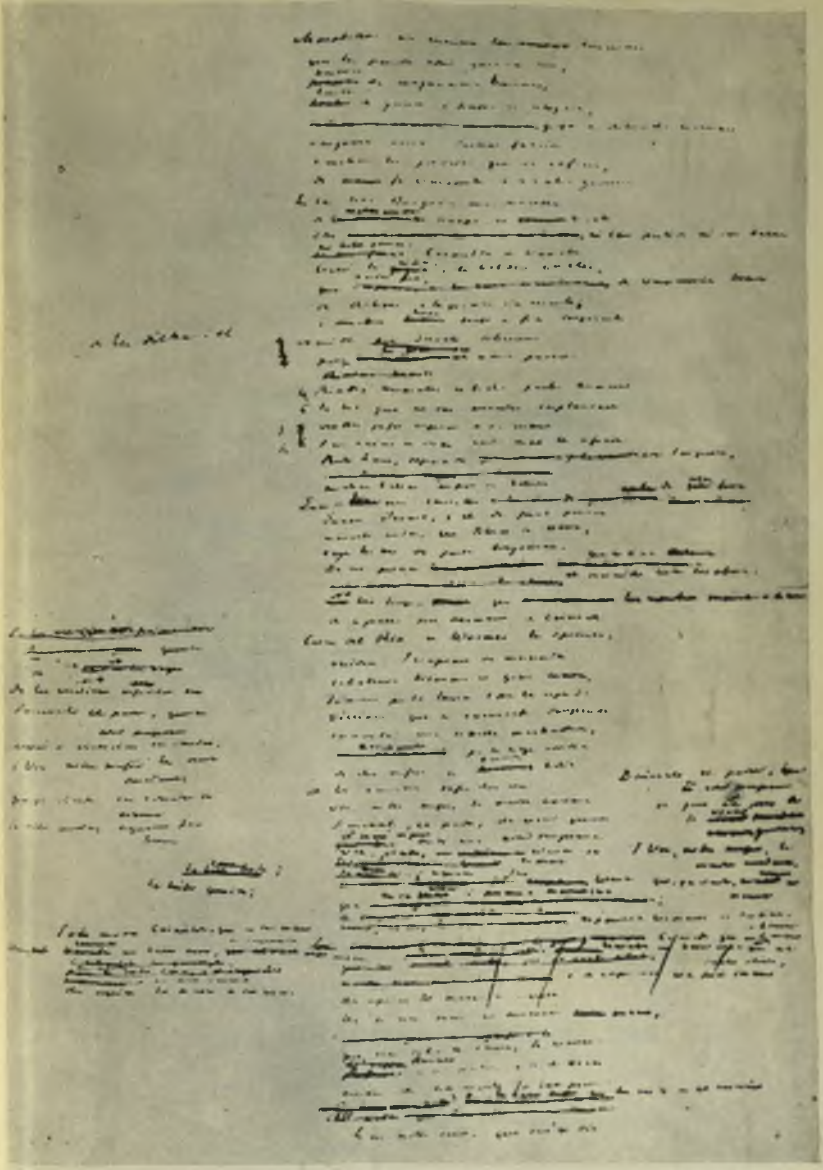
para las dichas del amor parece.

xix. Primera redacción inconclusa:

Rindese humilde todo pecho



Facsímil de dos páginas manuscritas originales de Bello, con la traducci



duc[illegible] los *Nibelungos*. Corresponden a dos redacciones del mismo fragmento inicial.

xxv *Guardaban tres caudillos a la dama;*
Gernot, Gunter y el de gentil persona
mancebo audaz, que Giselar se llama;
reyes los tres de gente borgoñona.
De Atila en los dominios alta fama
xxx *sus hazañas intrépidas pregona.*
No hay lengua de mortal, que el nombre tilde
de aquellos tres hermanos de Crisilde.

Cerca del Rin, en Wormes la opulenta,
residen; y componen su mesnada
xxxv *caballeros bizarros de gran cuenta,*
famosos por la lanza y por la espada;
víctimas que una estrella malhadada
reservaba a catástrofe sangrienta;
¡ah! arrastrados por la ciega envidia
xl *de dos mujeres a tremenda lidia.*

Fué madre de estos tres caudillos Uta,
noble mujer; su padre el buen Dankrato,
cuya excelsa virtud nadie disputa,
de la de sus mayores fiel retrato.
xlv *Muerto el anciano príncipe disfruta*

xxix-xxx. Primera redacción:

Los grandes hechos que ensalzó la fama
en los tiempos de Atila, los abona

Otra redacción del primer verso:

Los grandes hechos que cantó la fama

xxxvii. Primera redacción:

víctimas, ¡ah! que estrella malhadada

xli. Primera redacción:

La madre fué de los monarcas [*Uta*].

ÍNDICES

ÍNDICE DE PRIMEROS VERSOS

Pág.

A plantar mis versos van 205
A un caballo dió un toro tal cornada, ... 352
Adiós campiña hermosa 173
¡Ah, qué de marchitas rosas 208
Aleccionado por el alma fuerte 334
Amable Pepa, en esa edad florida . . . . . 340 y 343
Ante la reja está de un locutorio 577
Aquel tributo que mi pobre ingenio 277
Árbol bello, ¿quién te trajo 32
Atesore el avaro 138
Una bella Cometa se encumbraba 251
Boscajes apacibles de la Hermita, ... 290
Cambió Sión la pompa de alegría 27
Canto las armas de la fe, y al héroe 360
Celebra, ¡oh patria!, el venturoso día 169
La ciudad por el campo dejé un día 79
¡Compañeras, al baño! alumbra el día 246
Deja, discordia bárbara, el terreno 127
Despierta, Chile, del letal reposo 175
Dieciocho de setiembre, *hermosa fiesta* 199
Divina Poesía 43
En la ciudad celeste de los dioses 630
Epigrama me titulo 295
Errante pasajero 16
Es fuerza que te diga, caro Olmedo; 93
Escucha, amigo Cóndor, mi exorcismo; 301
Fuese Lucillo enhorabuena 189
Hay una magia en tu cantar, Teresa 331
Hijo alado 134
Hoy que comienza, Darmid, ... 131
Irrite la codicia 5
La joven beldad que quiera 292
Libranos de la fiera tiranía 354
Lleno de susto un pobre cabecilla 41
Madama Ardilla con un Dogo fiero 348
Maravillas nos cuentan las canciones, ... 735
No bulle 229

Pág.

No dudes, hermosa Elvira, ... 137
¿No es éste el suelo que mi débil planta 188
¿No ha vuelto el mensajero todavía? 178
No habrá pulso que siga su carrera; 333
No para mí, del arrugado invierno 42
Nunca más bella iluminó la aurora 34
¡Oh Casma, Llaclla, Buin! mientras los hombres 174
Otra vez con cadenas y muerte 75
¿Para qué el odio mutuo entre las gentes? 294
Pide la dulce paz del alma al cielo 164
¡Piedad, piedad, Dios mío! 357
Por la región del viento 256
¿Qué nuevas esperanzas 36
Que se corone el pabellón de estío 313
¡Quién pudiera, Biobío, ... 297
Quise más de una vez, en mala hora, ... 259
Quisiera amarte, pero... —¿Pero qué? 132
¿Recuerdas, Olimpio, aquella 216
Rompe el león soberbio la cadena 35
¿Sabes, rubia, qué gracia solicito 7
Saludad, pobres cautivos 338
¡Salve, fecunda zona, ... 65
Santa casa de oración, ... 190
Si es humilde homenaje, si es tardío, ... 335
Solemne audiencia un día . . . . . 282 y 286
Subiste, Ovalle, a la mansión que el cielo 171
Tirsis, habitador del Tajo umbrío, ... 28
Vasconcelos ilustre, en cuyas manos 8
Vaya que mejor albergue 141
Ve a rezar, hija mía. Ya es la hora 238
Viva perpetuamente en la memoria 176
Ya de la primavera el blando aliento 103
Yo siento a par del alma que no hubiera 361

ÍNDICE DE IMITACIONES Y TRADUCCIONES

Pág.

BERNI, FRANCISCO (1497-1535).
V. Boyardo, Mateo María.

BOYARDO, MATEO MARÍA (1434-1494).
Orlando enamorado (refundido por Berni) 361

BYRON, LORD (George Gordon, 1788-1824).
Mariano Faliero 178
Sardanapalo 313

DELILLE, JACQUES (1738-1813).
La Luz 79
Los Jardines 93

FLORIAN, JEAN PIERRE CLARIS DE (1755-1794).
La Ardilla, el Dogo y el Zorro 348

HORACIO FLACO, QUINTO (65-8 a. J. C.).
A la nave 56
Pide la dulce paz del alma al cielo 164
Fuese Lucilio enhorabuena 189

HUGO, VÍCTOR (1802-1885).
Las Fantasmas 208
A Olimpio 216
Los Duendes 229
La oración por todos 238
Moisés salvado de las aguas 246

LAMARTINE, ALPHONSE DE (1790-1869).
¿Para qué el odio mutuo entre las gentes? 294

NEBELUNGOS 735

PETRARCA, FRANCISCO (1304-1374).
¿No es éste el suelo que mi débil planta 188

PLAUTO, TITO MACCIO (254-184 a. J. C.).
Rudens o El cable del navío 630

POPE, ALEXANDER (1684-1744).
Aleccionado por el alma fuerte 334

QUARTERLY REVIEW (vol. CLXX, setiembre de 1849).
Señales de la muerte 333

Pág.

ROSSI, GIOVANNI GHERARDO DE (1754-1827).
La Corte de Amor . . . . . 282 y 286
SALMO L.
Miserere 357
SEQUENTIA (Himno eclesiástico).
A la Virgen de las Mercedes 338
TASSO, TORCUATO (1544-1595).
Jerusalén libertada 360
TIBULO, ALBIO (c. 54-19 a. J. C.).
Atesore el avaro 138
VIRGILIO MARON, PUBLIO (70-19 a. J. C.).
Égloga 28

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Retrato al óleo de Andrés Bello, conservado en la Biblioteca Nacional de Caracas. Ha sido atribuido al pintor francés Raymond Quinsac Monvoisin . . . . ENTRE II-III

Facsímil de las páginas CX y CXVII, relativas a Bello, de la *Antología de poetas hispanoamericanos*, de Marcelino Menéndez y Pelayo, de la edición de Madrid, 1927 . . . . . ENTRE XLVIII-XLIX

Facsímil de dos páginas de la *América Poética*, primera colección de poesías hispanoamericanas publicada en 1846 por Juan María Gutiérrez. El libro se inicia con la *Alocución a la Poesía* de Bello. Las dos páginas que se reproducen contienen la nota biográfica sobre Bello y el principio de la Silva *La Agricultura de la Zona Tórrida* . . . . . ENTRE LXIV-LXV

Facsímil de la portada de la edición de Caracas de las *Poesías Originales de Andrés Bello*, preparada por Arístides Rojas, en ocasión del Centenario del nacimiento del poeta . . . . . ENTRE XCVI-XCVII

Facsímil de la portada de la edición de las *Poesías de Andrés Bello*, prologadas por Miguel Antonio Caro, publicadas en la Colección de Escritores Castellanos, en Madrid, 1882 . . . . . ENTRE CXXXVI-CXXXVII

Facsímil del original manuscrito de Miguel Antonio Caro, con la traducción al latín del soneto: *A la Victoria de Bailén* . . ENTRE 34-35

Facsímil del manuscrito original de la oda *A la nave*, imitada de la de Horacio *O Navis. referent* &. El poema de Bello pertenece a su edad juvenil, vivida en Caracas . . . . . ENTRE 36-37

El Samán de Güere, según dibujo de Laplante . . . . . ENTRE 56-57

Facsímil de la página del comienzo de la Silva *La Agricultura de la Zona Tórrida*, en su primera edición en *El Repertorio Americano*, revista publicada por Bello en Londres. Este poema abre el primer tomo correspondiente a octubre de 1826 . . . . . ENTRE 64-65

Paisaje del Ávila, óleo del pintor venezolano Manuel Cabré . . . . ENTRE 72-73

Andrés Bello y la Zona Tórrida. Obra de Tito Salas, existente en la sede central del Banco de Venezuela, en Caracas . . . . ENTRE 88-89

Facsímil de una página manuscrita de la parte inédita de *Los Jardines* de Delille, poema traducido por Bello . . . . . ENTRE 120-121

Facsímil de una página del manuscrito inédito con la traducción del principio de una *Elegía* de Tibulo . . . . . ENTRE 140-141

Ruinas del Convento de las Mercedes, por *Jacinto Inciarte.* Óleo propiedad del Dr. Vicente Lecuna . . . . . ENTRE 338-339

Facsímil de una página manuscrita original, con una de las redacciones del poema *Las Ovejas* . . . . . ENTRE 356-357

Facsímil de una página del manuscrito original de Bello, de la traducción del *Rudens o El cable del Navío,* de Plauto . . ENTRE 640-641

Facsímil de dos páginas manuscritas originales de Bello, con la traducción de los *Nibelungos.* Corresponden a dos redacciones del mismo fragmento inicial . . . . . ENTRE 744-745

ÍNDICE GENERAL

	Pág.
Abreviaturas y signos convencionales	VIII
Introducción General a las Obras Completas de Andrés Bello	IX
Advertencia editorial	XXI
Introducción a la Poesía de Bello, por Fernando Paz Castillo	XXXVII
Nota bibliográfica	CXXXIII

POESÍAS

CARACAS 1800-1810

El Anauco	5
Mis deseos	7
A la vacuna	8
Venezuela consolada	16
Octava a la muerte del I. S. O. Francisco Ibarra	27
Égloga	28
A un samán	32
A una artista	34
A la victoria de Bailén	35
A la nave	36

LONDRES 1810-1829

Dios me tenga en gloria	41
No para mí, del arrugado invierno	42
Alocución a la Poesía	43
La Agricultura de la Zona Tórrida	65
El Himno de Colombia	75
La Luz	79
Carta escrita de Londres a París por un americano a otro	93
Los Jardines	103
Canción a la disolución de Colombia	127
Salutación de Año Nuevo	131

	Pág.
Diálogo	132
El vino y el amor	134
La burla del amor	137
Atesore el avaro	138
Florelo	141
Pide la dulce paz del alma al cielo	164

CHILE 1829-1865

Al Diez y ocho de Setiembre	169
Inscripciones patrióticas con ocasión de las exequias oficiales del vicepresidente *José Tomás Ovalle*	171
Adiós campiña hermosa	173
Al ejército restaurador del Perú	174
Despierta, Chile, del letal reposo	175
Viva perpetuamente en la memoria	176
Marino Faliero	178
¿No es éste el suelo que mi débil planta	188
Fuese Lucilio enhorabuena	189
El incendio de la Compañía	190
El Diez y ocho de Setiembre	199
En el *álbum de la señora doña Enriqueta Pinto de Bulnes*	205
Las Fantasmas	208
A Olimpio	216
Los Duendes	229
La oración por todos	238
Moisés salvado de las aguas	246
La Cometa (Volantín) (1833)	251
La Cometa (1846)	256
La Moda	259
Diálogo entre la amable Isidora y un poeta del siglo pasado	277
La Corte de Amor (texto A)	282
La Corte de Amor (texto B)	286
A Peñalolen	290
En el álbum de la señorita doña Mercedes Muñoz	292
¿Para qué el odio mutuo entre las gentes?	294
El tabaco	295
Al Biobío	297
El Cóndor y el Poeta	301
Sardanapalo	313
En el álbum de la cantatriz doña Teresa Rossi	331
Señales de la muerte	333
Aleccionado por el alma fuerte	334
A la señora doña Julia Codecido de Mora	335
A la Virgen de las Mercedes	338
En el álbum de la señora doña Josefa Reyes de Garmendia (texto A)	340
En el álbum de la señora doña Josefa Reyes de Garmendia (texto B)	343
La Ardilla, el Dogo y el Zorro	348
El Hombre, el Caballo y el Toro	352
Las Ovejas	354
Miserere	357

Pág.
Jerusalén libertada 360
Orlando enamorado 361
El proscrito 577
Rudens o El cable del navío 630
Nibelungos 735
Índice de primeros versos 748
Índice de imitaciones y traducciones 750
Índice de ilustraciones 752
Índice General 754